



La odisea del espía inglés
que fotografió el asesinato
de Federico García Lorca.



me van
a matar
en agosto

Luis Andrés-Vázquez

CAPITULO 1º. Toque de queda. 1936

Aquella madrugada de agosto de 1936, a poco de comenzar la Guerra Civil, iba a marcar para siempre con odio y sangre la vida de Anthony Martin y de cuatro inocentes de Granada.

A pesar de mediar el verano Tony hubo de arrojarse esa noche, cosa bastante normal en aquel pueblo de la Sierra de Cogollos de poético nombre, Nívar, en realidad un villorrio. Pensó que los refranes siempre tienen razón, “En agosto, frío en rostro”, mientras contemplaba por los postigos entornados de la ventana la tenue claridad de un amanecer camino de su nacimiento y cuyo trágico desenlace no podía imaginar.

Se arrebujó junto al calor que emanaba del cuerpo de Inés. Sus encuentros adolecían de la fugacidad de una noche incompleta, siempre sin redondear. No se quedaba con ella más allá de los albores del día por temor a comprometerla. Siempre fue consciente de las habladurías, tan usuales en el lugar y que servían para entretener las veladas de las comadres sentadas a la puerta de sus casas o las charlas de los hombres en la taberna del Dioni.

De todas maneras, siempre habían sido discretos, cosa valorada hasta por don Celes, el párroco del Santo Cristo de la Salud, que solía llegar para su primera misa en la iglesuca de airoso campanil cuando ya Anthony había abandonado la casa de la calle del Horno y a lomos de su bicicleta, ni vieja ni nueva, emprendía el regreso a Granada.

Rara era la ocasión en coincidir con algún parroquiano; a veces con el panadero Joaquín Espigares, curioso apellido para quien se dedicaba al trabajo de la harina, saliendo sudoroso y blanquecino del obrador a liarse un cigarro, y a menudo se cruzaba con algún cabrero iniciando con sus animales el camino del monte, despertando a algún chucho somnoliento con el tañer de las esquilas de los machos.

Aunque todo eso cambió el mes pasado con la rebelión de los militares. Ahora no se veía ni un alma mientras el sol no había superado con creces el filo del horizonte.

Siempre consideraba necesaria esa discreción, más bien una cortesía dedicada a su amante, en la creencia de que una viuda joven debía guardar las apariencias, especialmente en una sociedad tan católica y puritana como la

española, y más en un minúsculo pueblo de la profunda Andalucía.

El hecho de ser ella la joven farmacéutica del término municipal la convertía también en una especie de personalidad, conocida y apreciada en la población, por lo que en todo momento gustaba de aparecer como la persona respetable que en realidad era.

—¿Duermes? —preguntó él quedamente.

—No, hace rato que te siento inquieto, pensando en que se acerca la hora de volverte a Granada.

—Inevitable, *darling* (a veces bromeaba regalándola con algún apelativo de su idioma de origen, le parecía más tierno, aunque resultara algo cursi en aquel entorno).

—He pasado una noche terrible, mientras tú dormías a mi lado como un auténtico ceporro. Los hombres sois tan simples y primitivos que podéis dormir en el palo de un gallinero. No sabes cómo te envidio. He sentido una desazón continua, como si fuera a pasar algo atroz sobre lo que no tuviera yo posibilidad alguna de influir, qué desastre de noche.

—No me extraña. Aparte de tu pesimismo habitual, siempre estás con premoniciones de sucesos macabros y tenebrosos. Las mujeres tenéis todas algo de brujas —generalizó asimismo él, para hacerla rabiar.

Evitó decirle que él también se había sentido inquieto, desasosegado, y su despertar había sido agitado por algo indefinible que le preocupaba, pero que no podía concretar.

Ella intentó distraerle, en la esperanza siempre vana de retenerlo por una vez.

—¿Has hecho muchas fotos al venir?

—Sí, he pasado la tarde con los quejigos y romeros del monte, que en esta época están preciosos. Hay un tomillar en un claro de la sierra que no tiene desperdicio, con unas luces que parecen irreales. El encinar que hay a la salida de Alfacar también estaba en todo lo suyo, qué naturaleza tan asombrosa. Espera que mande a Londres algunas de las fotos, estoy convencido de que *World Flower Magazine* las publicará antes de fin de año, y es que la nueva cámara Leica que me he comprado es algo digno de un profesional. Especialmente con poca luz ambiente, tiene un sistema de exposición nunca visto hasta ahora, claro que así me ha costado la muy ladrona, no hay seguramente en toda Andalucía ni media docena de máquinas como ésta. Me va a venir muy bien para las fotos que me publica el *Ideal de*

Granada de vez en cuando. Desde su fundación en el 32 no han parado de darme la tabarra para que abandonase *El Defensor de Granada* y me incorporase a sus filas, cosa que han logrado hace dos meses, como creo que ya te he contado.

—Sí, me lo dijiste la semana pasada. La verdad es que me gusta que tengas una afición tan bonita.

—Sí, no sé si te he dicho alguna vez que se la debo a mi tío Raymond, el hermano de mi madre, que era un gran fotógrafo y me regaló mi primera cámara, una *Ensign* inglesa de segunda o tercera mano, cuando yo solo tenía doce años. Por si no lo sabías, allí también se fabrican cámaras de fotos, y bastante buenas. Mi tío me enseñó primero los secretos de un buen enfoque, de cómo utilizar la luz a mi favor, lo que era la profundidad de campo, todo eso y mucho más, era un entusiasta y le concedieron un montón de premios en humildes concursos de los pueblos de Gales, incluso ganó algún certamen en Cardiff y Londres. Me introdujo en lo que para mí era un mundo misterioso: cómo revelar los negativos en el cuarto oscuro, todo aquello de los líquidos para hacerlo, el manejo de la ampliadora, en fin, un universo nuevo para un chaval. Aquello fue el comienzo y si no me he dedicado a esto en plan profesional ha sido por no morirme de hambre, no por falta de ganas.

—Las fotos que me hiciste con la otra cámara también eran muy especiales.

—Sí, pero no hay comparación, tengo que hacerte algunas con la nueva. Te voy a sacar preciosa.

—¿Es que puedo salir alguna vez fea? —coqueteó ella, posando su pierna sobre la de él.

—Para mí nunca, y ahora tengo que irme, va a amanecer pronto.

Inés se mostraba especialmente inquieta.

—Ahora fuera de bromas, deberías quedarte. Es muy peligroso que te saltes el toque de queda, la dichosa ley marcial. Y no es la primera vez que lo haces, porque solo se puede circular entre las ocho de la mañana y las ocho de la noche, y eso ahora, en verano. Una cosa es un cabrero y otra un inglés como tú montado en una bicicleta. Estoy aterrorizada. Sabes bien que la aviación republicana la ha tomado con Granada y ya han caído bombas en el Albaicín, en Maracena, en la fábrica de tabacos e incluso en la mismísima Alhambra.

—Siempre tan exagerada —intentó calmarla.

El día diecisiete del mes anterior se habían rebelado en Melilla, la bella plaza española en el Norte de África, oficiales del ejército y algunos falangistas, en nombre del que era jefe supremo de la zona, el general Franco, y rápidamente, con apoyo de la Legión, ocuparon todos los edificios públicos, fusilando a las autoridades, tanto civiles como militares, así como a los oficiales que se resistieron al golpe y deteniendo a todo el que fuera sospechoso de ideas izquierdistas o de haber votado al Frente Popular en las elecciones del febrero anterior. No era el típico pronunciamiento militar tan al uso en la historia de España, era el comienzo de una terrible contienda entre españoles cuya duración y consecuencias no se podían ni sospechar en aquellos momentos.

La sublevación se extendió de inmediato a Tetuán, a Ceuta y a todo el Marruecos que constituía el protectorado español. Los rebeldes de Melilla comunicaron a Franco, que en aquel momento se encontraba poco menos que desterrado por el gobierno en Canarias, que el alzamiento ya era un hecho, por lo que el general dirigió un manifiesto a la totalidad del ejército para que se uniera al pronunciamiento y se trasladó rápidamente a Casablanca en un avión privado de nombre "*Dragon rapide*" que puso a su disposición Juan Ignacio Luca de Tena, editor del diario ABC, para hacerse cargo del ejército de Marruecos y desde allí iniciar la invasión de la Península.

En Andalucía, un general polémico con fama de bebedor y pendenciero, Gonzalo Queipo de Llano, tomó Sevilla en un rápido golpe de mano y se hizo cargo asimismo de la sublevación en algunas ciudades como Córdoba, Cádiz, Algeciras, Jerez y Granada.

¿Cómo había llegado España a esta situación? ¿Cómo era posible un golpe de estado del ejército de esas características, que habría de extenderse como reguero de pólvora sobre la mitad del país en pocos días e iniciar una contienda generalizada contra un gobierno legalmente constituido, cuando ya quedaban lejanos los pronunciamientos frecuentes de militares en el siglo anterior, a los que relegaba a meros juegos de aficionados? Todo tenía su explicación, todo se había ido gestando paso a paso en ese país tan virulento y apasionado, tan vehemente y crispado, cuna perenne de hombres aventureros y mujeres ardorosas, o al menos así era como lo veían sus vecinos europeos, los que realmente contaban en el mundo y en la historia.

En 1900 el país acababa de perder su imperio colonial (la última en abandonar el barco de la no demasiado querida Madre Patria fue Cuba en

1898, con ayuda de su nuevo aliado norteamericano), un imperio que había dado comienzo en las postrimerías del Siglo XV y contado con descubridores y conquistadores de características personales más acordes con la leyenda que con la realidad. Un imperio que se expandió desmedido por los cinco continentes, que colmó de oro y plata hasta los bordes las arcas del Tesoro, riquezas que fueron en su mayor parte dilapidadas por los sucesivos monarcas en guerras de religión por toda Europa, en conflictos con las naciones rivales y en el mantenimiento de los virreinos de las Indias Occidentales.

La pérdida de este imperio había venido suponiendo de forma paulatina una merma decisiva en los recursos del Estado y un generalizado sentimiento nacional de melancolía, nostalgia y pesimismo que tuvo su más fiel reflejo en la corriente literaria denominada *Generación del 98*.

El escenario del siglo XX se presenta en España con un régimen monárquico encabezado desde 1902 por Alfonso XIII, perteneciente a una dinastía, la de los Borbones, que reinaba desde comienzos del siglo XVIII y que se ve obligado a regir a la nación en un ambiente de gran conflictividad laboral y sucesivas crisis políticas por la fragilidad de los gobiernos, incapaces de erradicar el caciquismo que domina la sociedad rural y que manipula las elecciones, la creciente agitación obrera y la profusión de huelgas generales.

Si bien se logra evitar la participación en la Primera Guerra Mundial, el régimen tiene que soportar la aparición del anarquismo como fuerza creciente entre las capas más desfavorecidas, los atentados que se cobraron las vidas de importantes políticos, la crisis agraria que acarreó una creciente emigración, la impopular Guerra de Marruecos que acabó motivando el golpe de estado del general Primo de Rivera en 1923, por el que se implantó el régimen de dictadura en el país y que había de durar hasta 1930, y eso sin contar con la pujante aparición de otros partidos de izquierdas, el socialismo y el comunismo, en gran parte con ideologías revolucionarias y contrarias al régimen monárquico, defensores a ultranza de la implantación de la república.

Este convulso panorama desemboca en las elecciones municipales de 1931 en las que, pese a perderlas los republicanos como se vio en el recuento final de votos, su clara victoria en las grandes ciudades precipitó la proclamación de la 2ª República, lo que motivó la renuncia al trono de

Alfonso XIII, que se negó a ser la causa de enfrentamientos fratricidas entre los españoles.

La implantación del nuevo régimen se vio preñada de dificultades, de la que no fue la menor la separación de los votantes en posiciones radicalmente enfrentadas de derecha e izquierda. Entre los partidos que defendían la primera de las posturas se encontraba principalmente la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) descendiente de movimientos religiosos católicos fomentados por la jerarquía eclesiástica y otros como Falange Española y las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas), que se autodeclaraban como de tendencia fascista y que se asemejaban en gran manera a los emergentes movimientos de esa índole imperantes en Alemania desde 1933 y de ideología compartida en otros países, principalmente en Italia.

Entre los partidos de izquierda se contaba el Partido Socialista Obrero Español, con su poderoso sindicato la Unión General de Trabajadores (UGT), el Partido Comunista, la Federación Anarquista Ibérica (FAI) con su influyente Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y otros como el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) o el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), todos con una clara base marxista, además de Izquierda Republicana y Unión Republicana. Para completar el cuadro se insertan en él el conservador movimiento carlista, con hondas raíces en el Norte de España, así como Esquerra Republicana de Catalunya y el Partido Nacionalista Vasco, que no niegan sus tendencias independentistas, precisamente en las dos regiones más ricas e industrializadas del país. El galimatías estaba servido y los comensales sentados a la mesa, dispuestos a disputarse las viandas utilizando los medios que fueran necesarios.

El deterioro de la situación política se complica con el conato de golpe de estado llevado a cabo por el general Sanjurjo en 1932, abortado en sus orígenes, la huelga general revolucionaria impulsada por la UGT en 1934, con el intento de asalto de la Presidencia del Gobierno en Madrid, los disturbios en el Norte, que ocasionaron más de 40 muertos, la proclamación del Estado Catalán y, muy especialmente, la revolución de los mineros en Asturias, que supuso la proclamación en el Principado de la República Socialista Asturiana, con ataques organizados a determinados ayuntamientos, puestos de la Guardia Civil, fábricas de armas y quema de iglesias, o de la biblioteca de la Universidad, del emblemático Teatro Campoamor y de la

Cámara Santa de la Catedral, lo que motivó una dura represión por el Gobierno de la nación.

En este ambiente de disturbios y de crímenes políticos, se llega a 1936, con la constitución del denominado Frente Popular, que aglutina a los principales partidos de izquierda en una coalición que pudiera ganar las elecciones de febrero a los partidos de derecha, lo que se consigue y provoca una situación ya insoportable a la jerarquía eclesiástica, la burguesía acomodada y al resto de las clases conservadoras del país, que atribuyen a los izquierdistas intenciones claras de abolición de la religión, de la propiedad privada, de instituciones tradicionalmente tan sagradas como el Estado y la familia o amenazas como la desintegración de España, la redistribución de la riqueza y la asignación al Estado de poderes totalitarios absolutamente contrarios a la ideología católica y liberal-conservadora.

Una parte importante de la oficialidad del ejército comparte este descontento y comienza la preparación de un golpe militar en toda regla que dé un vuelco a la situación. La conjura se encuentra bastante avanzada al comenzar el mes de julio de ese año de 1936 y el detonante va a ser el asesinato del líder de la oposición de derechas, José Calvo Sotelo, cometido por pistoleros socialistas en macabra compensación por el previo asesinato del teniente José Castillo, conocido militar antifascista que tenía a su cargo la instrucción de las milicias de las juventudes socialistas.

—Mira, —apuntó temerosa Inés— solo hace un mes de la ocupación de Granada por los militares rebeldes y se oyen muchas cosas. Los fusilamientos están a la orden del día, aunque la gente no hable de ellos. Hay un pacto de silencio y todo el mundo mira para otro sitio, pero se habla de cientos de ajusticiados frente a las tapias de los cementerios, tal vez miles. Son unos salvajes, aunque mi padre esté de su parte y mi difunto marido militara en las filas de Falange. Ya te dije hace días que han convertido la casa de *La Colonia*, esa que está a la salida del pueblo, en sede de la Primera Bandera de Falange, con una especie de calabozo secreto de donde salen los detenidos para su ejecución. Lo sé de buena tinta, aunque aquí nadie se refiera a ello ni de lejos.

Antes era un precioso molino de harina, luego lo convirtieron en una fábrica de tejidos y hasta hace poco se usaba como casita de recreo para vacaciones de escolares, pero estos asesinos la han transformado en una antesala de la muerte, sin garantía legal para el reo ni juicio de ninguna clase.

Ese energúmeno que es el general Queipo de Llano, al que todos conocen ya como *El Virrey de Andalucía*, ha obligado a leer un bando en todas las plazas públicas declarando el estado de guerra y se precia, en Unión Radio Sevilla, de que va a limpiar el Sur de España de la canalla roja y de hijos de la Pasionaria. Y debes saber, y esto va por ti, que el muy bárbaro ha prohibido, bajo pena de muerte, hacer fotografías en todo el territorio ocupado por sus fuerzas.

—Ya me he enterado y tomo mis precauciones —se justificó Tony—. Oculto la cámara cuando viajo en la bici y espero a estar solo para hacer cualquier foto; si veo aparecer a alguien disimulo rápidamente. De todas maneras llevo siempre encima mi pasaporte inglés por si las moscas. Granada está lejos de Sevilla y no es lo mismo fusilar a alguien que toma fotos de una manifestación política de protesta o de la resistencia de los anarquistas en el Albaicín el mes pasado, por ejemplo, que un chiflado profesor de inglés y contable de Pujante Spices, S. A., de quien es bastante conocida su chaladura de fotografiar la naturaleza, no solo en montes y campos, sino en los propios parques y jardines de Granada.

—Los ingleses no tenéis remedio, siempre tan aventureros y temerarios en tierra extraña —protestó ella.

—Es cierto, para vosotros somos un poco raros, pero míralo desde nuestro punto de vista: ¿qué pensaríais vosotros de un país donde se puede organizar, como el mes pasado, una huelga de toreros? Es increíble ¡de toreros! Y todo porque la prensa se ha puesto a decir que los toreros mejicanos lo hacen mejor que los nacionales, es el colmo.

Inés sabía que, pese a todo, su condición de británico alcanzaba solamente a la mitad de su personalidad y que España no tenía nada de extraña para él, Anthony Martin en su Gales natal y Antonio Martín en su entorno andaluz, si bien para sus íntimos siempre era Tony. Sus hondas raíces hispanas las debía a que su padre, Olegario Martín, era originario del pintoresco pueblo de Loja, en la misma provincia de Granada.

Por otra parte, la capital era de un tamaño todavía muy abarcable; todo quisque que era algo en ella se conocía o sabía quién eras y no había pasado desapercibido un chaval bien plantado que llegó con su padre viudo desde tierras inglesas con quince años para integrarse en la vida escolar de la Puebla de Don Fadrique, donde su padre había adquirido, con los ahorros generados en Gales, un taller de talabartería en el que no faltaban los encargos para la

fabricación de arreos de caballerías, zahones y correajes.

Los compañeros del instituto de enseñanza media le acogieron con curiosidad al principio y con agrado después, pues había aprendido español de labios de su padre allá en Gales (él no decía nunca Inglaterra como los demás, que ampliaban esa denominación para todo el conjunto británico), y se esforzaba en adaptarse a un país tan diferente al suyo. La orfandad que suponía el haber perdido a su madre tan joven, movía a los compañeros a tratarle con especial atención, cosa que él notaba y agradecía.

Al cumplir los dieciocho, su padre le trasladó a Granada, a ver al cónsul inglés, Mr. Brendan Chadwick, que les recibió con agrado por estar bien enterado de la nacionalidad británica del muchacho. Padre e hijo estaban preocupados por desconocer la legislación inglesa sobre el servicio militar y el momento en que Tony debería incorporarse a filas.

—*Don't worry at all, my friends* —contestó el cónsul — en la actualidad no existe obligación de prestar en nuestro país el *military service*, o como allí se lo llama comúnmente, *the conscription*, lo que aquí llaman “*la mili*”, vamos. Esa obligación desapareció el año 19, poco después de terminar the *World War*. Y supongo que no desearás prestar el servicio militar español.

—No, yo siempre he considerado que soy inglés, a pesar de que mi padre decidiera que nos trasladásemos a España al morir mi madre y de que me haya habituado a vivir en este país. La verdad es que me sería muy difícil ya vivir en otro, a tal grado me he acostumbrado a él y a sus gentes, pero mis raíces son mis raíces y no quiero renunciar nunca a ellas, me parecería que estoy traicionando a mi madre y a mis abuelos, que siempre me inculcaron el amor por todo lo británico.

—*Dog's bollocks!* Perdón por mi horrible educación, quería decir *all right!* Y para conservar tu documentación en regla, tráeme tu *British Passport* para la renovación cada cinco años. Con eso será suficiente para tu completa identificación, tanto en este país como cuando viajes al nuestro y en todo el mundo. Si cambiara en un próximo futuro la legislación sobre el servicio militar, te tendría al tanto. Como mucho, conseguiríamos que prestaras unas semanas de instrucción en Gibraltar y luego podrías pasar las tardes en este Consulado desempeñando alguna labor administrativa, pero no creo que llegue pronto ese momento, si es que llega. Y en cuanto a tus posibles obligaciones de ese tipo con este país, no te preocupes, yo me encargo de hablar con Félix San Mateo, el gobernador militar de Granada,

con el que me reúno frecuentemente para jugar al *bridge* en el Centro Artístico y Literario de la plaza de Puerta Real, único juego que merece la pena, *of course, my dear*, y no esos juegos bárbaros que se practican aquí como el tute, la brisca y demás simplezas impropias de auténticos *gentlemen*.

Terminado el bachillerato y el llamado Examen de Estado, Tony se inscribió en la Escuela de Titulados Mercantiles granadina para estudiar contabilidad, lo que le acabó proporcionando trabajo en Pujante Spices, con un salario si no espléndido, sí más que suficiente para llevar una vida desahogada y ahorrar algo con lo que fundar una familia, cosa en la que no tenía demasiada prisa. De hecho, al comenzar la rebelión de los militares en julio de 1936, con veintisiete años cumplidos, ya tenía muchos amigos casados y alguno con descendencia. Sin embargo, sus devaneos con las mozas locales no pasaron de ahí hasta que conoció a Inés Paredes que, en principio, ocupaba un escalón social muy superior al suyo como hija que era de Abelardo Paredes, rico terrateniente granadino que ejercía ampliamente de cacique local y que, a pesar de estar afiliado a la CEDA y ser amigo personal de José María Gil Robles, uno de sus fundadores, se había decantado por apoyar a los militares rebeldes desde el llamado *alzamiento*. Inés había enviudado hacía un año largo de Evaristo Zomeño, que había sido médico titular de Nívar y que en 1931, durante sus estudios en la Universidad de Valladolid, se afilió a las JONS de Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, para integrarse posteriormente en Falange Española.

Por su parte, el patrón de Tony en el trabajo, Avelino Pujante, era un industrial nato, con una rara iniciativa empresarial, no precisamente heredada de su padre, D. Diego Pujante, fundador fracasado de un negocio de recolección de plantas para la fabricación de aceites esenciales (tomillo, romero, espliego y lavanda, entre otros) que recogían sus braceros en los montes de las sierras vecinas y vendía a los destiladores, para que éstos fabricaran los aceites tan cotizados en mercados exteriores, haciendo con ello el verdadero negocio y obteniendo los beneficios que él nunca supo cosechar.

Don Diego Pujante había contraído matrimonio con Martirio Alegre (el nombre había sido una broma de su padre, que siempre le reprochó la esposa), hija única del más rico terrateniente y cacique de la Puebla de Don Fadrique, a la que todo el pueblo llamaba "*Chochito de Oro*", cuando no estaba presente, claro está, y en alusión directa a la fortuna que como novia aportaría a su casamiento. El incompetente industrial no tardó en malvender

gran parte de las fincas de su esposa para enjugar las pérdidas del negocio, hasta que su hijo Avelino, de acuerdo con la madre, decidió hacerse con las riendas de la empresa y darle la vuelta a base de dedicación, inteligencia, acertadas inversiones y una iniciativa fabril corajuda y rayana en lo temerario, pero que funcionó y corrigió el rumbo desastroso que le había dado el fundador. Para empezar, trasladó la sede de la mercantil a las afueras de Granada, abandonando unas instalaciones pueblerinas y obsoletas y acometiendo la aventura de hipotecar algunas de las últimas fincas familiares con el fin de obtener créditos que le permitieran fabricar los aceites esenciales con los que otros industriales habían venido enriqueciéndose a su costa, adicionando valor a las hierbas recolectadas por don Diego el Pródigo. Y funcionó.

Vaya si funcionó, devolvió los préstamos, capitalizó la empresa y no solo se quedaron pronto pequeñas las extractoras de aceites esenciales, que tuvo que ampliar en sucesivas ocasiones ante la demanda exterior, sino que, a petición de sus clientes, extendió la actividad al comercio de especias, que importaba, y del pimentón, que le agenciaban sus corredores de Extremadura y Murcia, adquiriendo pronto fama de hombre serio y cumplidor con sus compromisos ante proveedores y clientes. Su ya boyante situación patrimonial mejoró además tras el casorio con Águeda Márquez, insulsa y recatada hija del rico terrateniente Acisclo Márquez, con propiedades en toda la provincia y su ingreso, en el más estricto secreto, eso sí, en la logia masónica Giner de los Ríos, de la ciudad del Darro, apadrinado por el notario y político andalucista Blas Infante, orgullo de la Gran Logia Regional del Mediodía.

Estos entresijos de la actividad de su patrón los conocía de corrido Tony pues, a más de llevar toda la contabilidad de la empresa, se había convertido en su hombre de confianza, le asesoraba en no pocas ocasiones con su sentido común y, por añadidura, le estaba enseñando la lengua inglesa a él y a sus hijos Cosme y Damián, a los que Avelino puso estos nombres en honor de los santos médicos, que seguramente habrían utilizado otrora algunos mejunjes basados en las hierbas con que Pujante Spices comerciaba hoy. Curiosamente, cuando todo el mundo estudiaba francés en España, Pujante vio de lejos la necesidad de ponerse al día en la lengua que utilizaba en el comercio gran parte del mundo, especialmente desde que todo el imperio británico y sus antiguas colonias americanas, como él decía, habían vencido

sin reservas en la Gran Guerra.

—Dejemos que los franceses dominen el lenguaje de la diplomacia, al que le quedan tres días, y estudiemos a fondo el idioma que va a regir el comercio internacional, y si no, al tiempo —gustaba decir a sus hijos para motivarlos en el aprendizaje.

La lealtad entre empleado y patrón se incrementó cuando Tony le ayudó a salir airoso de las diversas huelgas locales que la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT anarquista, convocó en Granada y a nivel nacional desde la instauración de la República en 1931, defendiendo a la empresa y a sus trabajadores a capa y espada frente a aquellas ideas utópicas que alcanzaban entre la población rural gran predicamento. Esta complicidad entre ambos llevó incluso a Pujante a ponerle al frente de la administración de la casa de su querida, pues sabido era que nadie era algo en Granada si carecía de una mantenida con todo tipo de lujos. Se llamaba Carmela Belmonte, “Carmelilla”, una pechugona muy agraciada que había trabajado en la fábrica como empaquetadora y que le hacía especialmente feliz en la cama. Avelino gustaba de embromarla en la intimidad dogmatizando que su apellido se debía seguramente a la belleza sin par de su *monte de Venus*.

Pero Anthony no podía retrasar ni un instante más la hora de dejar a Inés. Debía iniciar la bajada a Granada y llegar a su trabajo el primero si quería convertir su oficio de contable en administrador y mano derecha de su jefe en un futuro no muy lejano.

—Me voy, es preciso, y tú lo sabes —le dijo.

—¡Qué le vamos a hacer!, eres un cabezota y un día vas a tener un mal encuentro con los civiles o algo peor al circular por los caminos a estas horas, pero ya me he acostumbrado a que siempre te salgas con la tuya.

Anthony se aseó y vistió a toda prisa mientras ella le servía un tazón de leche de la fresquera y le preparaba unos picatostes del pan sobado que tanto le gustaba y que devoró en un santiamén, untados con manteca, espesa y colorada, un desayuno muy poco inglés, como reconocía él a veces. La bicicleta le esperaba en el zaguán de la casa y con el sabor del último y apasionado beso de aquella mujer que le volvía loco, inició la marcha para salir de Nívar en dirección a Alfacar, desde donde, en pocos minutos, accedería a Granada a través de Jun.

Era diestro con la bicicleta y adquiriría pronto un ritmo ciertamente rápido para el mal estado que presentaban los caminos rurales hasta la capital. Tras

un rato de pedaleo, al pasar un recodo antes de llegar a Fuente Grande, en la parte alta de Alfacar y a los pies de la Sierra de la Alfaguara, oyó voces y se apeó rápidamente para esconderse en el pinar cercano. No era plan que la guardia civil le sorprendiera a esas horas del toque de queda y le diera un disgusto hasta tanto justificara con su pasaporte su nacionalidad. Y podían hacerle incómodas preguntas sobre lo que hacía por allí a esas horas, de donde venía y por qué no respetaba el bando sobre la ley marcial. Incluso le descubrirían la cámara de fotos y seguro que no volvía a verla en su vida.

CAPITULO 2º. Una puñalada trapera. 1900

Las dificultades de Olegario como jornalero en las fincas de los terratenientes de Loja, donde le tomaban para faenar un día sí y cuatro no, con la consiguiente vida de miseria y privaciones, le impulsaron a buscarse la vida lejos de su tierra. Bueno, eso y la puñalada trapera que le asestó al capataz de la finca *Los Cacharrales*, aquel mal nacido que le quitó la novia en la verbena de la Virgen de Agosto.

Afortunadamente, el capataz era de pellejo tieso y duro como el cuero del cinto que le dieron en la mili para sustituir a la cuerda con que se ataba los remendados calzones y las consecuencias fueron menos graves de lo previsto. A instancias de la moza, que no quería pasarse la vida en boca de las cotillas del pueblo, el herido no presentó denuncia en el cuartelillo de la guardia civil y Olegario consideró salvada su honra, limitándose a poner tierra por medio, a sabiendas de que por aquellos lares nadie contrataría en adelante a un tipo con reputación de pendenciero, eso sin contar con que se había ganado un enconado enemigo que le duraría lo que la vida de cualquiera de los dos durase.

Se hizo con sus pocos ahorros, sacudió el polvo de las esparteñas y, con la vieja maleta de madera que había usado en alguna ocasión para acudir a las vendimias de Jerez o de Sanlúcar, emprendió por tren el camino de Francia y luego, tras montar en barco por primera vez en su vida, siguió viaje hacia Gran Bretaña, en donde su primo Genaro, que era secretario del Ayuntamiento de Íllora y tenía más letras que él, le había hablado de que se cobraban muy buenas “*perras*” trabajando en las minas de carbón de Gales y no hacía falta hablar otra lengua que la del trabajo duro y una jornada de nueve extenuantes horas. Corría el año de 1900 y Olegario acababa de cumplir 22 años.

A su llegada a Inglaterra, el país estaba viviendo el fin de la era victoriana, un largo período iniciado hacia 1837, cuando accedió al trono la

Reina Victoria, que había de permanecer en él durante 64 años y que supuso para aquel Estado la culminación de su revolución industrial, la primera que como tal se produjo en el mundo, y el momento álgido del conocido como Imperio Británico, proporcionando a la nación una prosperidad nunca antes conocida. El sistema colonial desarrollado durante tan extenso período supuso la presencia británica en multitud de conflictos bélicos, como la Guerra de Crimea, la complicada ocupación de Irlanda, la dura contienda con los Boers en Sudáfrica o las campañas en la India, Sudán o China y la anexión de una enorme extensión de territorios que los convertiría en amos del mundo, con presencia en África, Asia, el Caribe o el Sudeste Asiático.

En la *Welsh Mineworkers Trade Union* de Cardiff, el sindicato de mineros galés, aconsejaron al español dirigirse a una mina de carbón situada en Cwmtillery, pueblecito de Gwent, dentro de los límites históricos del condado de Monmouth, uno de los trece condados antiguos del País de Gales. Al parecer, habían solicitado mineros para trabajar en una mina de carbón llamada “*South Wales Colliery*”, más conocida en el pasado como la “*Tir Nicholas Colliery*”. Nada más llegar, se presentó a la oficina local del sindicato y, tras informarle de la dureza del trabajo y del salario que percibiría, le pusieron en manos del jefe de personal de la empresa que lo aceptó como trabajador sin experiencia, por lo que le asignó al turno de un capataz que le enseñaría lo poco que el oficio tenía de complicado, aunque sí de arduo y rudo, pero por eso mismo lo pagaban razonablemente bien.

Cwmtillery significaba en galés “El valle del río Tillery”, que habría sido idílico si no fuera por los destrozos paisajísticos causados por la mina de carbón. Discurría el río en un valle ciertamente estrecho, con dos pequeños lagos y a los pies de boscosas colinas, conjunto que se completaba con los huertos que cultivaban los lugareños. Desde su llegada hizo buenas migas con dos españoles, Blas Sabater y Saturnino Carro, que habían trabajado en las minas de carbón de Villablino, en León, y que dejaron su tierra en busca de un salario mejor que les permitiera ahorrar algo con lo que establecerse más tarde en El Bierzo o en Babia, montando algún negocio con el que engatusar a alguna aguerrida moza de aquellas frías tierras para que les calentara la cama cada noche, les diera media docena de hijos y les preparara de vez en cuando alguna olla de botillo con el que chuparse los dedos.

El trabajo era duro, pero era trabajo. No dependía de la mala o buena voluntad de un capataz de finca de señorito andaluz al que cayeras bien y le

pluguiera contratarte o robarte la novia, ni tenías que lamerle el culo a nadie. Había un sindicato que protegía al minero de los antiguos abusos del patrono o de la sociedad minera, que se encargaba de vigilar regularmente las condiciones de seguridad de la mina, de la búsqueda del maldito grisú que se llevaba antes la vida de tanto trabajador y que ahora parecía estar más controlado. La fraternidad entre los mineros era proverbial, consecuencia visible de los esfuerzos y peligros compartidos a diario. Era curiosa la uniformidad en el vestuario y en el equipo que cada día acompañaba a los mineros hacia la bocamina. Cientos de trabajadores con la misma gorra de plato que les protegía algo de la inclemente lluvia, el farol de carburo agarrado al cinto y la curiosa tartera en que guardar la comida con la que reparar fuerzas a la hora establecida.

A los dos años de su incorporación a la mina ya chapurreaba el inglés con aceptable soltura, él era el primero en asombrarse de ello, aunque de galés ni ripio, ni falta que hacía, “a esa especie de habla de gatos en celo que le vayan dando”, y entonces uno de los compañeros que al terminar la jornada se encargaba de tareas sindicales, Alex Scott, cayó a uno de los pozos de la mina, dejando viuda y cuatro hijos. La caída se produjo por rotura del piso de la jaula que hacía de ascensor del personal, con lo que quedó inutilizado hasta que vinieran a arreglarlo. Se dio la fatalidad de que los mecánicos de Cardiff que debían encargarse del asunto se encontraban ocupados sacando otro elevador de una mina de Tower Colliery, donde habían quedado atrapados cuatro mineros.

El cuerpo del infortunado quedó en el fondo del pozo, a más de cien metros de profundidad. Esperar a que viniera a recogerlo el exiguo equipo de bomberos del pueblo en colaboración con la no menos parva cuadrilla de seguridad de la mina era la única solución. Nadie, ni siquiera uno de los *bankmen* encargados de los diversos ascensores, pensó en ningún momento en arriesgar la propia vida descendiendo por el costado del pozo, en donde se anclaban los rancios peldaños que formaban la escalera de emergencia. Nadie sabía en qué estado se encontraban los malditos peldaños; podían estar carcomidos por la humedad o por parásitos de la madera, sin haberse comprobado su estado por la compañía minera desde hacía años, pese a los requerimientos de los sindicatos y los raros controles de la *Security Industry Authority* galesa.

El riesgo era evidente y nadie daba el primer paso en el necesario rescate del cadáver del compañero caído. Olegario no se lo pensó demasiado. “Van a ver estos mamones donde están lo que ellos llaman *bollocks* y para qué sirven”, se dijo, atándose al pecho su lámpara de carburo, suficiente para iluminar tan terrible descenso.

—Buscad rápido una cuerda más larga de lo que mide este cochino pozo, que a Alex lo saco yo —ordenó con autoridad a los compañeros.

—¿Estás loco? Son más de cien metros, nadie tiene fuerzas suficientes para sacarlo de allí —respondió uno de los capataces.

—No van a ser mis fuerzas las que lo saquen de ahí, van a ser las vuestras, *bloody stupid boys*. ¿Para qué coño pensáis que quiero la cuerda?

Cuerdas en un mina hay para dar y vender. Si algo sobra en ese trabajo son cuerdas de todos los tipo y tamaños y Timothy, el aprendiz conocido de todos por ser el encargado de pasear la *Tommy Box*, una especie de caja de lata con la que se distribuían bocadillos a los mineros, tardó menos de un minuto en aparecer con una soga que medía más del doble de la profundidad del pozo. Olegario se ató con firmeza la cuerda al torso, bajo los sobacos, encomendó al capataz que la sujetaran con resolución por si daba un traspies, sufría un desmayo o le ocurría cualquier otro percance, e inició la marcha hacia el interior del pozo. La luz de su lámpara iluminaba los tramos en donde apoyar los pies. Cada paso estaba marcado por la prudencia. Primero apoyaba su bota con suavidad y luego presionaba con fuerza el estribo para conocer la resistencia de la madera.

Cien metros dan para muchos tramos, al menos trescientos, que debían ser probados uno a uno si no quería acabar como el amigo Alex, que en gloria esté, pensaba recordando el dicho que en España se aplicaba a los muertos. Héroe sí, pero no un imprudente gilipollas, vayamos despacito que “poco a poco, hila la vieja el copo”, como repetía continuamente el pelmazo de su amigo Jaime, allá en Loja, que había hecho del refranero su particular catecismo. Cada paso era medido, comprobado, aquilatando la seguridad que barruntaba poco comprobada por los responsables. Además, ¿Quién había bajado de aquella manera al pozo en los últimos años? Nadie. Desde que la jaula subía y bajaba no hacía falta utilizar otro sistema para que los *colliers* bajaran en busca del carbón o el *duff*, el polvo del mineral.

Los hombres que le veían bajar reflejaban en sus rostros emociones encontradas. Muchos de ellos, nerviosos y angustiados por demás, mascaban

tabaco según su costumbre, ya que fumarlo en el subsuelo estaba rigurosamente prohibido.

—*Bastard Spanish!* —mascullaba Wayne Moe, uno de los más veteranos—. Este es capaz de dejarnos a todos en ridículo. Cuando se enteren en Cwmtillery se van a reír de nosotros hasta los gatos.

—¡Bien, chico —pensaba Nick Manley, una buena persona en opinión de la mayoría—. Sube a ese desgraciado y te ganarás el aprecio de todos, especialmente de su viuda y del sindicato!

—¡Ánimo, Oleg, que no se diga, demuéstroles a éstos lo que es el temple de los toreros españoles! —le gritaba Matt Heather, uno de los capataces.

La azulada luz que generaba el gas acetileno al mezclarse en la lámpara el carburo con agua, producía un silbido característico y constituía a diario la única música que acompañaba el intermitente golpeteo del pico del minero. Un resplandor fantasmagórico inundó las paredes del pozo en la bajada de Olegario. Simulaba una luna llena dejándose resbalar por las entrañas del enorme agujero, de paredes negras y brillantes por el carbón y la humedad.

Cuando llevaba bajados unos treinta metros, la tensión de la inseguridad le hizo flaquear durante unos instantes, pero se obligó a seguir, a no pensar en otra cosa que en llegar al fondo. Uno, dos, tres peldaños más. De repente oyó el crujido de la madera, tenue y traicionero. Presionó a fondo el peldaño y se quebró blandamente, como corcho podrido, para caer hasta el piso del pozo golpeando las paredes con la presteza que imprime la gravedad. Afortunadamente, el siguiente era sólido y soportó el golpe de su bota; de lo contrario habría tenido problemas. Siguió el descenso, con las voces de los compañeros cada vez más apagadas, aunque todavía podía comprender el significado de las palabras de ánimo que le dirigían.

Le tuvo que echar valor pensando en que ya no tenía alternativa; si subía ya podía cambiar de oficio y buscarse algo bien lejos del pueblo, porque las risas se iban a oír hasta en Cardiff. Vamos abajo, pensó, “Contra pereza, diligencia”, como les decía de niños en la escuela el coadjutor de la iglesia de San Gabriel de Loja, un curita joven que atendía por don Senén y que se ruborizaba cuando cualquier chaval le pedía que explicara qué era aquello de la lujuria. ¡Mira que acordarse ahora de don Senén, tenía guasa la cosa! ¡Qué lejos ya los tiempos en que acudía a confesarse con él de haberle metido mano a la novia...!

En nada de tiempo ya había bajado más o menos setenta metros y las voces desde arriba eran como una cantinela ininteligible, pero suponían un apoyo, qué carajo, seguro que estaban tratando de animarle diciéndole lo macho que era, que viva la madre que lo había traído al mundo y que le iban a hacer una fiesta en donde correría más cerveza que caudal llevaba el río Severn a su paso por Denny Island.

—Si sabrán estos cretinos lo que es un río sin haber visto nuestro Guadalquivir a su paso por Sevilla —todavía recordaba cuando ya mocetón acompañó a su padre a vender dos carros de apretado esparto a una fábrica de alpagatas de la ciudad; fueron casi doscientos kilómetros desde Loja, cada uno al cargo de dos mulas—. Eso sí que era un río, con sus barquitas y su gente tomando el sol de junio, padre e hijo con un cartucho de pescaíto frito, de adobo y de choquitos, contemplándolo desde lo alto del puente de Triana, para acabar quitándose la sed con unos chatos de manzanilla en el primer bar, con unas tortillitas de camarones. Igualito que aquí, no te digo... Pues no son *desaboríos* estos gachós en cuestiones de bebercio y manduca, aquí solo trasiegan cervezas, que se las toman a palo seco y cogen una *tajá* en cuanto se descuidan.

Afortunadamente no hubo más percances con los peldaños. No es que estuvieran muy bien, pero pisando con tiento no había mayor problema. Antes de darse cuenta había llegado al fondo. Pisó tierra firme y allí estaba el desgraciado de Alex Scott, o lo que quedaba de él. Con los ojos desmesuradamente abiertos, como atónito al empezar la caída ante lo que le esperaba cien metros más abajo, como no creyéndose que un accidente como aquel pudiera ocurrirle a él, porque hasta entonces estaba claro que los siniestros solo iban con los demás, no con uno. Lo vió con una pierna en imposible contorsión, la cabeza hundida a la altura de la sien, con un hilillo de sangre hacía rato coagulada. Pobre muchacho, mal fin para nadie. A saber qué sería ahora de su viuda, que a estas alturas ya estaría enterada de su infortunio. Y que solo pensaría en cómo sacar adelante a los cuatro hijos que le dejaba.

Trató de serenarse. Era duro aceptarlo pero era lo que había, estaba muerto y bien muerto. Le vino a las mientes el crudo refrán español: “A burro muerto, la cebada al rabo” que él interpretó muy libremente como: Vamos a aprovechar lo que se pueda de este pobre hombre, que su muerte nos sirva para algo a sus deudos y a mí que me estoy dejando la piel para sacarlo de

este hoyo asqueroso. La mina era dura y endurecía a todo el que pasaba por ella. Le cerró los ojos al muerto, se pasó la soga alrededor del propio cuerpo y del de Alex, por debajo de los sobacos de ambos y por delante de sus pechos, como había hecho antes consigo mismo y comprobó que los nudos ofrecían resistencia más que suficiente para soportar los ochenta kilos del cadáver y los suyos.

—¡Tirad, tirad ahora! —exclamó con todas las fuerzas de sus pulmones.

Los de arriba, más que oír con claridad la orden, la intuyeron. Heather, el capataz, mandó a uno de los desocupados que le acompañaban en la espera que amarrase la cuerda a la última vagoneta del sucio trenecillo minero de tracción animal y que le pidiera al mulero que lo hiciera avanzar con suavidad, con mucha suavidad. La cuerda tardó unos veinte segundos en tensarse. Veinte segundos que parecieron una eternidad.

El cuerpo sin vida de Alex, tan unido al de Olegario, se enderezó con la tensión de la sirga, la cabeza gacha, los brazos colgando, como si estuviera inmerso en un profundo sueño, e iniciaron juntos la marcha hacia el exterior del pozo. La subida fue lenta, apartándose a cada momento de las paredes del hoyo, dominando la situación con los brazos y con las piernas, colgando cada vez a mayor altura. No era momento de pánico ni de temblores, en poco tiempo estaría a salvo.

Así fue, multitud de brazos se desvivían por sujetar a los que subían al llegar a la boca del pozo. Las miradas no sabían adonde atender, si al héroe que había bajado para rescatar al compañero, o al caído que nunca más volvería a levantarse, ni a arrimar el hombro con ellos en el duro tajo, ni a compartir una pinta de cerveza en “*Tony’s*”, en “*The Golden Dram*” o en cualquier otra de las tabernas del pueblo. Una vez entregado el cadáver a los responsables del sindicato, que se ocuparían de todo, las felicitaciones llovieron sobre Olegario, todos querían abrazarlo, zarandearlo, achucharlo. ¡Y luego decían que los ingleses eran fríos como los pies de una esposa! Allí se mezclaron la alegría de la proeza llevada a buen término por Oleg y la tristeza de haber perdido al amigo que trabajaba para ellos desinteresadamente desde el sindicato.

Fue ese mismo sindicato el que se encargó de presionar a la empresa para que los dos hijos mayores del accidentado encontraran ocupación en la mina y a Olegario le propusieron ocupar su sitio en la *trade union*, tras una breve votación en la que salieron a relucir su valor, su capacidad de decisión

y las dotes de mando que había demostrado de manera más que suficiente. Él no le hizo ascos a la propuesta. Sabía que si trabajabas para el sindicato te ganabas el respeto de tus compañeros y la garantía de que la empresa no te despediría hasta haber dado la carta de despido a los demás mineros. Suponía más horas de dedicación, pero solo como estaba en aquel país le serviría de distracción y para aprender lo que era una organización como aquella desde dentro.

Su popularidad aumentó poco a poco. No era fácil para una sociedad tan cerrada como aquella admitir que un joven *Spaniard* defendiera los intereses de los mineros, que venían luchando por sus derechos desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, Oleg se reveló como un buen negociador, menos adusto que sus compañeros en la organización. Los representantes de la empresa le preferían a él para negociar cualquier tema susceptible de provocar roces entre la patronal y los obreros. Sabían que una vez que tomaba una decisión jamás se echaba para atrás y que sabía enseñar los dientes cuando era preciso, pero también era cierto que tenía mano izquierda con los patronos y que sopesaba todos los pros y los contras antes de provocar la ruptura de las negociaciones y la adopción de medidas de enfrentamiento.

A esa popularidad pudo contribuir el gracioso apodo con que designaban a Olegario por todas partes. Ocurrió una noche de viernes en la taberna *The Golden Dram*, de Cwmtillery, por donde apareció en compañía de sus paisanos Blas y Saturnino.

—¡Aquí llega la *Spanish Armada*! —gritó alguien desde el fondo del pub, refiriéndose al nombre que le daba a la flota de Felipe II hasta el más iletrado súbdito de la *Pérfida Albión*, añadiendo a veces el adjetivo de *Invencible* para más sorna.

—¡Cañones fuera y atentos a la voz de mando! —respondió Olegario—. ¡Cerveza para todo el mundo!

Hasta Nils Aiden, el vicario del pueblo, de la Iglesia Anglicana, que había acudido con su esposa Emma para hacerse ver entre sus parroquianos y recordarles el oficio del próximo domingo, brindó por esos tres mineros, seguramente tan *papistas* como el resto de los españoles. Que Dios les bendijera, pese a todo, como a los demás; no era poca cosa haber descendido a recoger los restos del infortunado Scott, aunque, dicho sea de paso, no recordaba haber visto al finado pisar su iglesia desde el bautizo de su cuarto y

último hijo. Que Dios se apiade de su alma perdonándole sus faltas, que no serían pocas, seguramente.

Desde aquel instante, todos en la mina llamaban a Olegario “*Armada*”, aunque siempre había alguno que le recordaba por su antiguo nombre de Oleg, que parecía más un apelativo vikingo que español. Él aceptó el apodo de buena gana, pues nadie era alguien en la mina sin un apodo. Por eso llamaban a Mitch Teagan “*Mousy*”, dado su parecido facial con un ratón, a Perry Steven “*Scary*”, por una cicatriz que le cruzaba el brazo izquierdo de arriba abajo, consecuencia de la caricia de una vagoneta en un descuido, y “*Kaiser William*” a Ray Sloane, que lucía unos mostachos enormes con las puntas hacia arriba y que, de viernes a domingo, aparecían cubiertos de espuma de cerveza, para desesperación de su resignada mujer y de sus no tan pacientes hijos.

Tuvo que compatibilizar su trabajo en la mina con su labor en la *trade union*. A sus nueve horas en el duro oficio tuvo que añadir a menudo dos o tres en la pequeña oficina prestada por la empresa para que el comité sindical pudiera reunirse. Al no tener obligaciones familiares que atender, no le suponía un mayor sacrificio y era una oportunidad para conocer a todo el mundo y desempeñar un cometido altamente valorado en la mina.

De esta forma pasó los cuatro años siguientes, consiguiendo unos ahorros que de ninguna manera podría haber hecho en su Loja natal por más que hubiera trabajado de sol a sol. Distracciones disfrutaba de las justas en una tierra en la que la lluvia y el mal tiempo eran lo predominante, pero un primero de marzo de 1906, aunque aquel año caía en jueves, Blas y Saturnino fueron a recogerle a la especie de pensión en la que vivía, una habitación en casa de un viejo matrimonio galés del pueblo. El anciano había sido también minero y la silicosis le acabó retirando cuando todavía no había cumplido los sesenta años, por lo que él y su esposa se ayudaban alquilando un par de habitaciones de la casita que con sacrificio construyeron en su años mozos.

Aquel uno de marzo, día nacional de Gales por celebrarse la fiesta de su patrón San David, amaneció increíblemente claro y despejado, pese a que la primavera no había empezado todavía a engalanarse y a extender su alegre capa floreada. Todo el mundo, hombres y mujeres, llevaban sobre su ropa una ramita de narciso o de un sencillo puerro, pues los dos son considerados como la flor emblema del país, tan populares como el *Y Ddraig Goch*, el dragón rojo que adorna su bandera.

Los amigos obligaron a Olegario a endomingarse con las mejores ropas que tenía y prácticamente le arrastraron en un carro prestado hasta el recogido pueblo de Abertillery, donde se celebraba una fiesta porque se casaba un amigo que había sido minero. La sidra y la cerveza correrían como ríos, y las salchichas serían sabrosas y abundantes, así como el maldito *pudding* inglés, al que los españoles consideraban poco menos que bazofia y que sus compañeros británicos devoraban con delectación.

—Y por si no lo sabes, en las bodas se conocen mozas porque acuden de los pueblos vecinos y quién sabe si acabaremos “mojando” esta noche, que falta nos hace —dijo Saturnino—. Y les aviso a ustedes de que si hay alguna pelirroja me la pido, que me gusta comerles las pecas más que los huevos con tocino que te dan aquí para desayunar.

Y efectivamente, en el amplio y cuidado jardín trasero de aquel tradicional hogar galés había una pelirroja pecosilla, pero no fue para Satur porque, nada más llegar los tres mozos, ella solo tuvo ojos para Olegario y Olegario solo tuvo ojos para ella. De modo que dejó bien claro desde el primer momento que estaba interesado en aquella chica y que no quería bromas sobre el asunto. Los dos compañeros lo entendieron en seguida. Ellos solo habían ido a divertirse, lo de buscar novia inglesa no entraba en sus planes, como repetidamente habían manifestado. Donde estuviera una recia leonesa, preferiblemente berciana, que se quitaran todas las demás, de cualquier nacionalidad que fuera. Y, más bien antes que después, con los ahorros a cuestas, acabarían marchándose de aquel país a ser posible sin que la silicosis u otra cosa peor los alcanzara.

—Hola —comenzó tímidamente Olegario, dirigiéndose a aquella chavala que rondaría los veinticinco o veintiséis años—. ¿Eres de aquí?

—Pues sí, soy la hermana del novio. Aquel alto y guapo de allí es mi hermano Raymond. Se casa con Elissa Haywood, una chica de Cardiff. Mira, es aquella del traje blanco rodeada de amigas —dijo, señalando a su ya próxima cuñada—. Se conocen desde hace dos años y es estupenda. Trabaja en el sindicato de estibadores del puerto de aquella ciudad.

—¿Tu hermano también trabaja en Cardiff?

—No, él era minero, pero se cansó de la profesión y la cambió por lo que era su mayor afición. Ahora es fotógrafo y tiene su estudio en Newport, aunque está muy apegado a esta casa y siempre ha sido el preferido de mi padre. Su boda con Elissa le ha motivado para trasladarse a Cardiff y está

buscando un local para establecerse allí. Y tú... ¿Trabajas en alguna mina de por aquí cerca?

—Pues sí, en Cwmtillery, en la *South Wales Colliery*, ¿Se me nota mucho?

—Es inevitable, os pasa a todos. Por limpios y cuidadosos que seáis, es difícil que consigáis eliminar hasta el último rastro de carbón de vuestras uñas.

—Vaya, lo siento, no creí que se notara tanto, me he pasado casi una hora dándole al cepillo y al jabón, pero veo que ha sido inútil.

—No te preocupes —terció ella —las chicas del valle estamos más que acostumbradas, casi nos gusta un poco de dejadez en nuestros hombres para poder reñirles con frecuencia, y no creas que todos son tan aseados como tú. Por cierto, ¿de dónde eres?, porque tienes un acento que no reconozco...

—No puedo evitarlo, por más que lo intento y llevo ya aquí seis años, es inútil. Soy del Sur de España, pero me encuentro muy a gusto en Gales. Los tipos con los que trabajo son de primera. La mina y su peligro continuo unen mucho, favorecen especialmente el compañerismo y la camaradería. Luego está el *pub*, donde se pasan juntos muchas horas, sobre todo los que no tenemos familia. Por otra parte, el salario es inimaginable en mi tierra, con lo que me voy habituando a la vida aquí. Lo peor es este tiempo de todos los demonios, ¡Vaya, lo siento!, he aprendido que estas expresiones os molestan bastante, aunque en España somos mucho más liberales con el lenguaje, no le damos gran importancia a las palabras un tanto gruesas.

La ceremonia de la boda comenzó con sencillez, se veía a los novios muy enamorados, al vicario y a los padrinos muy en su papel, por lo que pronto acabó todo y comenzó el festejo con el clásico banquete de bodas de los pueblos galeses. Antes de comenzar el convite, Timothy Sappington, el orgulloso padre del novio, pidió silencio a los comensales con el propósito de dirigirles unas palabras.

—Querido hijo Raymond, querida nuera Elissa, queridos todos, familiares y amigos venidos de cerca y de lejos. Gracias por vuestra presencia y vuestra compañía en este momento de alegría para la familia. Hoy abandona esta casa para fundar su propio hogar el único varón que mi esposa Sarah y yo hemos traído al mundo. Como sabéis, el resto de la prole son esas tres preciosidades que veis ahí: Betty, Bonnie y Eliona. Tres chicas estupendas por si alguien se anima a pedir su mano, aunque de una en una,

claro está y no es preciso que sea hoy mismo, por supuesto —bromeó el anfitrión.

—¡Papá...! —Exclamaron falsamente enfadadas las tres aludidas, entre las risas y bromas de los concurrentes.

—Bien, ahora que mi hijo no va a acompañarme en mis largos paseos por los montes cercanos, ni me ayudará a cortar y apilar la leña que devoran con codicia cada invierno nuestro hogar y nuestra cocina, ni alegrará con su juventud mis salidas a la pesca de la trucha, ni tantas otras cosas con las que me ha obsequiado desde su más tierna infancia, espero que la parejita me proporcione pronto un buen montón de nietos para que den el calor de la compañía a su abuelo y hagan feliz a su abuela con sus mimos y travesuras. En momentos importantes como éste creo firmemente que debemos dar gracias a Dios por todos los bienes que de él recibimos a diario, por habernos dado un país tan hermoso como Gales en el que vivir, unas tradiciones tan respetables y una institución como la monarquía que da estabilidad a nuestra patria. Por eso os pido a todos que gritéis conmigo: ¡Dios salve al Rey Eduardo!

—*God save the King!* —gritaron al unísono las bocas de todos los presentes, incluidos los tres mineros españoles invitados a la ceremonia.

—Y ahora —añadió el padre del novio —cantemos el glorioso himno galés que tantas veces hemos entonado, *Hen Wlad Fy Nhadau*, “El viejo país de mis padres”....

Nuevamente, hombres y mujeres, chicos y grandes, pronunciaron orgullosos las estrofas en galés de aquel himno que hablaba del amor a su tierra, de sus valerosos hombres, de montañas, valles y agrestes costas. A más de uno de aquellos duros varones de corazón celta, casi todos mineros, se le escapó alguna lágrima furtiva que trataba de ocultar sin conseguirlo, para sonoro regocijo de sus mujeres, poco acostumbradas a ver flaquear a sus duros maridos. A aquel sagrado himno siguieron canciones folklóricas y tradicionales compartidas por las bocas de todos: *Merch Megan*, *Men tra Gwen* y muchas otras.

Tras esta inevitable introducción, empezó el generoso banquete de bodas. Había fuentes de berberechos cocidos por doquier y algún otro plato de marisco o de pescado, como el rape, que se servía con salsa de menta. La presencia del cordero galés se multiplicaba en asados y estofados con patatas, verduras y panceta, pero había también abundancia de queso horneado, *bara*

brith, una especie de pan moteado con pasas, pasteles de carne de cordero y puré de patata, platos de verdura entre los que reinaba la sopa de puerros, los *crempogs* o panqueques de mantequilla, albóndigas de cerdo, y salchichas de Glamorgan. No faltaba de nada con el fin de que aquellos invitados tan comilones saciaran su apetito y pregonaran más tarde las excelencias de la boda entre los no invitados, para que supieran lo que se habían perdido.

La felicidad de Olegario era total. Junto a aquella pelirroja y en aquel ambiente de alegría se encontraba absolutamente integrado y feliz. La moza empezaba a hacerle tilín de verdad, o tal vez era la abundancia de pintas de cerveza que se había echado al colete para acompañar toda aquella pitanza que tanto le recordaba, salvando las distancias, las clásicas matanzas del cerdo cebado por la familia cuando se celebraba un evento parecido en su Andalucía natal.

Ella le habló, orgullosa, de sus tradiciones galesas: de la antigua institución del *Gwahoddwr*, que era el encargado de avisar a parientes y amigos de que estaban invitados a la boda, el pago del *pwython* por los invitados para ayudar económicamente a los contrayentes, del ramo de la novia que debía llevar siempre algo de mirto, o de la “cuchara de amor” que los pretendientes tallaban en madera para sus amadas durante el noviazgo con curiosas formas de corazón, de campana o con muescas para señalar el número de hijos que tendría la pareja.

—Y lo más divertido —prosiguió —es la institución del “secuestro” de la novia, que lleva a cabo su propia familia. Entonces acude el novio con sus amigos a “rescatarla” de una casa cerrada a cal y canto y defendida con encono, produciéndose una simulada lucha entre los dos bandos, entre las risas y las bromas de todos. Cuando vence el novio, como es de rigor, todavía tiene que buscarla por toda la casa, pues los familiares la han disfrazado, por lo general de anciana dedicada a labores caseras típicas de las abuelas.

Al terminar la celebración, Olegario le pidió a la moza permiso para visitarla, ante lo que ella se ruborizó ostensiblemente, para regocijo de su padre que oyó desde cerca la propuesta del minerillo, extranjero pero no extraño. Ya era hora de que aquella hija, que en julio cumpliría los veintiséis años, empezara a pensar en abandonar el nido y darle algún nieto, qué caramba.

—Bien, si ese es tu deseo, no tengo inconveniente en que te pases a verme por aquí cuando quieras—. lo que quería decir que le encantaría que lo

hiciera, porque ella no iba a pensar en adelante en otro hombre que no fuera aquel españolito de fuerte acento al hablar, anchas espaldas y recio mentón, ojos negros tan poco comunes en Gales y un carácter tan abierto y risueño, cosa también muy rara por aquellos lares de cielos nublados y vientos húmedos cuando no gélidos.

—*All right!*, a propósito, me llamo Olegario, aunque todos me llaman Oleg, cuando no me llaman *Armada* estos bandidos que tengo por compañeros de trabajo.

—Está bien, Oleg, aunque no me lo has preguntado en toda la tarde y debería sentirme muy ofendida por ello —alegó ella coqueta —mi nombre es Elizabeth, pero no se te ocurra llamarme así, todos me dicen Betty y tú también lo harás.

—*At your service!* —lo que era un equivalente del militar “¡A sus órdenes!” —y hasta el sábado próximo.

No fue un solo sábado, sino muchos más. El minero español trabajaba y vivía pensando en la galesita de taheña melena que cada fin de semana le esperaba anhelante para hablar de su presente y su futuro, preguntarle sobre la lejana España, dar largos paseos por los alrededores de Abertillery, adentrándose en el valle de Ebbw Fach del distrito de Glamorganshire, en el pintoresco Sur de Gales, a veces llegando, cuando el tiempo acompañaba, a las pequeñas aldeas de Nantyglo y Blaina o a Six Bells y Aberbeeg, de sonoro nombre galés, para lo que hacía falta tener buenas piernas y un recio bastón de caminante, por si algún perro ladrador les salía al camino. Afortunadamente, la institución de la *chaperon* o carabina que seguía a los novios vigilando que no adelantaran determinadas expresiones cariñosas al momento de la boda, ya había pasado de moda y sus excursiones eran tranquilas y risueñas, ayudándoles a conocerse cada día un poco mejor.

La dulzura del adorable paisaje galés, galán sempiterno y delicado de las borrascas atlánticas, amo y señor de la mayor variedad de verdes que paleta de pintor nunca pudo imaginar, el rumor de los abundantes arroyos del valle que buscaban anhelantes su maridaje con el Ebbw River, el movimiento perpetuo y cantarín de las hojas que adornaban la foresta cambiando coquetas de color en cada estación, acompañaban a Oleg y Betty en sus paseos y en sus proyectos, arropándolos y envolviéndolos como antes hicieron con tantos otros amantes.

CAPITULO 3°. El reclutamiento. 1931

Tal y como le había indicado Mr. Brendan Chadwick, el cónsul inglés en Granada, al presentarse con dieciocho años para conocer sus obligaciones sobre un posible servicio militar en Gran Bretaña, a los cinco años de aquel primer encuentro, en noviembre de 1931, Tony se volvió a presentar ante el legado consular británico para renovar su pasaporte. Conocedor de la ciudad, recordaba que su padre le llevó a un piso de la calle Verónica, larga y estrecha, que partía de Puerta Real, en lo que había sido un antiguo arrabal llamado Bibarrambla. Allí, a medio camino entre el Palacio de los Patos que hacía unos años se había hecho construir un rico industrial remolachero, y el Beaterio de Santa María Egipcíaca, también llamado de “Recogidas” por dar amparo a prostitutas arrepentidas, ondeaban en el balcón, a ambos lados del escudo consular, la bandera de Gran Bretaña y la de España, en un detalle de Mr. Chadwick para con la ciudad, que agradaba mucho al alcalde Paco Menoyo y disgustaba enormemente al embajador en Madrid, el casi gigantesco George Dixon Grahame, que se cuidaba mucho de ponerlo de manifiesto, claro está, pero que evitaba cuanto podía las visitas de cortesía al consulado.

El cónsul le hizo esperar un poco, no demasiado, pero era un secreto a voces que de vez en cuando visitaba una discreta casa de señoritas conocida como *El Palomar*, pues la madama que la regía era de origen madrileño y se llamaba Paloma. La secretaria del consulado y única oficinista para todo, Miss Claudine Clint, eterna enamorada del cónsul en secreto, le aseguró que debía estar a punto de regresar porque ya hacía tiempo de su partida. De hecho le contó que Mr. Chadwick estaba aguardando a Tony por aquellas fechas, sabedor de que cumpliría con la obligación de personarse para la renovación del documento de identidad. La situación personal del chico había cambiado considerablemente, ya era un hombre de 23 años, con una carrera y un trabajo estable y empezaba a darse a conocer en la sociedad granadina por la publicación frecuente de amables reportajes en *El Defensor de Granada*, diario decano de los de la provincia y que presumía de su independencia política.

Las especiales circunstancias por las que la vida le había hecho pasar, como la prematura muerte de su madre, la partida de su país de origen para incorporarse a otro tan distinto, su acceso temprano a un trabajo de responsabilidad, etc., habían hecho de Tony un hombre especialmente maduro para su edad, y esa característica era consustancial a él, la notaban sus amigos, sus compañeros, su padre o su patrón. Su seriedad en el trato y especialmente en el trabajo no le privaban de ser un hombre simpático y de trato cercano, amigo de sus amigos y apreciado en cualquier ambiente, pero los que le conocían sabían que su palabra era ley y la cumplía costase lo que costase, aunque le perjudicara mantenerla.

—*Good morning, my friend, nice to see you again!*, toma asiento, por favor —le dijo el cónsul al llegar, contagiado de la inveterada costumbre del tuteo español, tan poco inglesa de hecho—. ¿Cómo te han ido estos años?

—Muy bien, señor, no me puedo quejar. Como imagino sabrá, porque Granada es pequeña, encontré trabajo como contable en Pujante Spices y el tiempo que me queda libre lo dedico a la fotografía y a dar clases de inglés a quien solicita mis servicios.

—Ya, ya, tengo una idea de tus actividades y me alegra que hayas venido sin tu padre en esta ocasión porque, aunque me lo he pensado mucho, he llegado al convencimiento de que debo proponerte algo que puede ser muy importante para tu vida y para tu verdadero país, Gran Bretaña. De hecho, tengo que confesarte que durante estos años no te he perdido de vista. No somos muchos los ingleses que se aventuran a vivir en España en estos tiempos tan revueltos y me gusta tener información sobre mis paisanos, por si necesitan alguna ayuda y por si puedo ofrecerles en algún momento lo que hoy quiero brindarte a ti.

—Usted dirá, señor —respondió Tony bastante perplejo y tratando de no dejar traslucir su curiosidad, como verdadero británico.

—¿Sigues sintiéndote ante todo inglés? Y cuando digo ante todo creo que me entiendes, quiero decir si sientes que tu verdadera patria es Gran Bretaña, que tu amor por este país que fue y es el de tu padre y que os ha acogido después de su voluntario exilio en Gales, no impide que te consideres todo lo británico que yo necesito que seas para que sepas apreciar el proyecto que hoy te voy a presentar.

—Por supuesto, señor. Así se lo manifesté cuando todavía era un muchacho y sigo pensando lo mismo que entonces. He seguido en contacto

frecuente con mis parientes de Gales que me aprecian de verdad y a los que escribo a menudo. Además, y por aquello de mi afición fotográfica, he estado enviando algunos reportajes a revistas británicas, especialmente sobre la flora local, que son muy apreciados y me han permitido ganar algunos peniques, no demasiados, claro está. Sin ánimo de ofender a este país que me ha acogido tan generosamente, no puedo olvidar mis raíces, de las que me siento especialmente orgulloso.

—¡Bien, bien! El caso es que esa lealtad tuya para con tus orígenes podría ser de especial utilidad para Gran Bretaña en este momento. Los tiempos son difíciles para el Imperio. Los analistas políticos hablan de grandes convulsiones por llegar, a las que no podremos sentirnos ajenos. El papel de Inglaterra en el mundo es hoy especialmente difícil. La verdad es que el Tratado de Versalles que puso fin a la Gran Guerra contra Alemania está motivando un desastre económico en aquel país de consecuencias desgraciadamente bastante previsibles. Aquel compromiso supuso una insoportable humillación para Alemania, una afrenta ignominiosa a la que la historia no les tenía acostumbrados. Francia, su enemigo secular, convenció a sus aliados para que se obligase a los alemanes a reconocer su culpabilidad en el inicio de la contienda, a ceder importantes territorios como Alsacia y Lorena y la totalidad de sus colonias, a que redujeran considerablemente sus fuerzas armadas y a que se les exigiera el pago de insoportables reparaciones de guerra que deberían ser abonadas a los vencedores.

Pero, de un tiempo a esta parte, está resurgiendo con inusitada fuerza el sentimiento de orgullo patrio en aquel país. Las convulsiones que ha generado la Gran Depresión, con millones de desempleados, está provocando una violenta reacción nacional contra las indemnizaciones de guerra y contra la vergüenza, el oprobio y la ignominia que supuso para el pueblo germano tener que aceptar las cláusulas del Tratado. Las luchas de partidos están a la orden del día y el nacimiento del partido nazi no augura nada bueno. Las promesas que hace continuamente su líder, Adolf Hitler, sobre generar empleo para todos, cesar en el abono de las indemnizaciones de guerra y recuperar el papel hegemónico en Europa que Alemania desempeñó en el pasado, no son nada saludables para el futuro de Inglaterra, que empieza a abrigar el temor de que comiencen de nuevo las ansias expansionistas de aquel país, a costa, evidentemente, de sus vecinos más débiles, en una carrera que nunca se sabe cómo acabaría y que podría culminar poniéndolos a las

puertas de nuestra querida patria. Los anglosajones siempre hemos sido primos de los sajones alemanes, pero tradicionalmente unos primos muy mal avenidos. Hay lazos de parentesco que perjudican en lugar de beneficiar. Algo parecido nos ha pasado con nuestros otros primos, los normandos, pero con estos nos llevamos mejor últimamente, sobre todo después de la Gran Guerra, en que les echamos una manita.

Y me preguntarás qué tiene que ver eso con España, donde tú vives. Pues bien, como sabes, desde la implantación de la República en el pasado mes de abril, la situación política no ha dejado de enrarecerse. La marcha de Alfonso XIII ha supuesto para Inglaterra la pérdida de un aliado, no olvides que el depuesto monarca español estaba casado con Victoria Eugenia de Battemberg, sobrina de nuestro rey Eduardo VII y nieta nada menos que de nuestra reina Victoria, la reina más significativa del Imperio Británico.

En el momento tan difícil que está pasando España no deja de ser previsible el aumento de la influencia que los partidos de izquierda, especialmente anarquistas, socialistas y comunistas, tengan en un muy próximo futuro. El enfrentamiento de estos partidos con el poder establecido, con la Iglesia y los terratenientes, se considera inevitable por los más perspicaces analistas políticos de nuestro país.

Esos partidos de izquierda, con diferencias irreconciliables y que se declaran enemigos entre sí, se unirán tarde o temprano contra el “burgués sanguinario y cruel” que, según ellos, oprime al proletariado. No en balde pregona “*la Internacional*” lo que llama el fin de la opresión.

Ello quiere decir que los próximos tiempos en España van a ser especialmente difíciles y nuestro país necesita ojos y oídos que le puedan proporcionar la información que precisa para tomar las decisiones correctas. Si el partido nazi sigue aumentando su influencia en Alemania, puede llegar el momento en que trate de evitar a toda costa que su enemigo declarado, el marxismo, domine España, lo que supondría tarde o temprano que Europa se encontrara entre los dos extremos de una terrible pinza, con Rusia en un lado y la Península Ibérica en otro. ¿Te das cuenta de su miedo?

Y te preguntarás qué papel te está reservado a ti en todo este embrollo —continuó Mr. Chadwick.

—Sí, señor, la verdad es que hace rato que me lo estoy preguntando.

—Pues bien, lo primero que te voy a demandar es si eres capaz de guardar un secreto, un secreto importante para tu país.

Sí, señor, puede contar con mi discreción.

—Bien, así me gusta. Voy a exponerte los planes que tu país tiene preparados para ti. Cuestión tuya es si los aceptas o los rechazas. En este último caso nadie te reprocharía nada, solo te rogamos el sigilo y la reserva más absoluta.

—*You keep me on tenterhooks, sir!* Me tiene usted en ascuas, señor, si me permite la expresión.

—¡La clásica impaciencia de la juventud! —rió el cónsul, encendiendo un cigarro habano con delectación y parsimonia británicas —Está bien, basta de rodeos y circunloquios, lo que estoy tratando de decirte es que estás en una edad y viviendo en un entorno geográfico e histórico en los que a tu país le interesaría sobremanera que le sirvieras de fuente secreta de información. Como te he anticipado antes, las decisiones correctas a tomar por nuestros políticos en situaciones delicadas y de posible antesala de conflicto, deben apoyarse en la información más veraz y detallada posible. Tu situación aquí y ahora, dentro de la clase media, muy cerca de la clase trabajadora, en una empresa de importación y exportación, trabajando de *freelance* en un diario local, en contacto con la noticia fresca y con quien la recoge, es ideal para nuestra causa nacional.

—Todavía no comprendo qué es lo que se pretende de mí, señor cónsul.

El delegado consular hizo una pausa. Le gustaba recrearse en el misterio del momento. Se sacudió la ceniza del cigarro puro que le salpicaba aquí y allá el chaleco del terno de tweed del que siempre presumía como procedente de los mejores sastres de Savile Row, la famosa calle londinense, cosa que nadie que lo conociera creía en Granada, dada su fama de tacaño escocés. En no pocas ocasiones acababa quemándose la camisa en pequeños orificios que evidenciaban su soltería, por delatar una dejadez en el atuendo que ninguna amante esposa hubiera tolerado.

—Es muy sencillo —prosiguió Mr. Chadwick —He recibido la orden del embajador en Madrid, como tantos otros cónsules a lo largo y ancho de toda Europa, de reclutar a jóvenes dispuestos a jugarse la vida por su país, no solamente proporcionando los datos que se les demanden desde Londres, sino sirviendo en ocasiones de ejecutores de las órdenes recibidas para defender nuestros intereses allá donde haga falta, para lo que, previamente, deberán incorporarse a los servicios de inteligencia británicos. ¿Quieres que siga?

—Por favor, señor.

—Abandonarías tus actividades laborales en España durante un tiempo, no demasiado corto pues el aprendizaje del oficio en Inglaterra es bastante arduo y complejo. No te preocupes por tu trabajo actual, ya hemos hablado con tu jefe, Avelino Pujante, que nos ha prometido reservarte el puesto durante el tiempo que sea necesario. Conocedor de la afiliación masónica de tu superior, un secreto muy bien guardado, hemos contactado, y recalco el plural, con Sir Reginald Aaren, grado 33 de la masonería en la logia *Royal Athelstan*, una de las clásicas de Londres que, a través de su padrino masón Blas Infante, le ha pedido el favor de dejarte ir durante un tiempo y, como ya te he dicho, guardarte tu empleo, a lo que ha accedido después de protestar un poco porque te tiene en muy alta estima, dicho sea de paso. El carácter claramente anglófilo de Pujante ha jugado a nuestro favor. Lo que no dice tu patrón es que no sería demasiado fácil remplazarte, pues no abundan contables tan preparados y discretos como tú que dominen el inglés, lo que le resulta cada vez más imprescindible para la venta de sus productos en el exterior.

Por lo que respecta a tu padre —continuó el cónsul —le diremos que ha cambiado la situación del servicio militar en nuestro país y que se te ha solicitado que prestes servicio en la madre patria durante algún tiempo. Como ya eres una persona independiente, no creo que ponga ningún tipo de reparos. Sí conviene que te mantengas en contacto epistolar frecuente con él si decides “incorporarte a filas”, lo contrario resultaría extraño y no queremos llamar la atención de nadie en ningún momento. En *El Defensor de Granada* dirías que dejas de colaborar durante algún tiempo por regresar a tu país a encargarte de asuntos inaplazables de la familia de tu madre, pero que a tu vuelta estarías encantado de seguir colaborando. Esos son otros que no encuentran fácilmente una bicoca como tú y que encima cobre la miseria que te pagan.

—Mi respuesta solo puede ser positiva, Mr. Chadwick, pero le ruego me conceda unos días para hacerme a la idea y preparar mis asuntos y los que de mí dependen para una larga ausencia.

—*All right, my friend.* Otra contestación me habría defraudado porque lo sensato y responsable es que no queden asuntos pendientes en ninguna de tus actividades y dejar buen sabor de boca en tus jefes y compañeros. Tómame una semana o diez días, pero el tema es urgente, no lo olvides, y en Londres agradecerían una respuesta rápida, porque lo que podríamos denominar entrenamiento ya ha comenzado con muchachos residentes en otros países, la

tuya no sería la primera promoción, ni mucho menos. Finalmente te diré que a cada uno de los participantes se le remunerará con los mismos rendimientos económicos de que disfrutaban en sus países de origen y si éstos fueren escasos, con el sueldo de que disfrutaba cualquier miembro de tipo medio de los servicios de inteligencia británicos. No es que esto sea lo más importante, pero se considera necesario que os encontréis a gusto incluso en este aspecto.

—De acuerdo, señor, en unos días me tendrá de vuelta y a sus órdenes.

Al abandonar el consulado las ideas bullían en la cabeza de Tony. Nunca podía haber esperado que su país requiriera sus servicios como agente de información, era algo con lo que en ningún momento había contado. Hasta ese instante, su vida en España, superado el trauma de la pérdida de su madre, el alejamiento de su país y de sus amigos y familiares, había transcurrido con la normalidad inherente a cualquier vida de cualquier ciudadano del país mediterráneo.

Al llegar a la Puebla de Don Fadrique su padre había vuelto del trabajo y parecía estar esperándolo mientras tomaba un vaso de vino fresco y un plato de queso, resguardado del relente bajo la parra que perdía sus hojas, cobrizas y cárdenas ya por lo avanzado de la temporada. Su mirada impaciente demostraba a las claras que estaba aguardando alguna noticia consecuencia de la visita al cónsul.

—Padre, tengo que hablarte.

—Tú dirás, hijo.

—Me voy de vuelta a Inglaterra. El cónsul me ha dicho que cuentan conmigo para el servicio militar del que en principio iba a librarme. La cosa se tomaría el tiempo reglamentario. Mi jefe dice que me guarda el puesto.

—¿Y tú que piensas de eso?

—En el fondo, y aunque suponga un paréntesis importante en mi vida y lo trastoque todo hasta mi vuelta, me alegra que cuenten conmigo, me apetece volver a mi país. Veré a la familia, que no es solo la de mamá, sino también la mía e incluso la tuya, no hay que olvidarlo, y volveré a sentirme inglés. Soy consciente de que será una cosa temporal, lo tomo como una aventura que rompe la monotonía, si no lo hago ahora, más tarde sería más difícil, sobre todo por mi trabajo.

—Ya sabes, hijo, que siempre he comprendido tus sentimientos para con el país que era el de tu madre y que te vio nacer, lo que nunca ha impedido mi deseo de que también te sientas español por la herencia que yo he podido

transmitirte y por tu vinculación ahora con esta tierra. No obstante, creo que debes acudir a la llamada, aunque te echaré mucho de menos. No ha importado que estuvieras tú en Granada y yo en la Puebla, sé que te tengo cerca y eso me consolaba, me hacía sentirme menos solo. Sin embargo, lo primero es lo primero. Ve a cumplir con tu obligación que yo estoy bien aquí y así me encontrarás a tu vuelta. Diles a tus abuelos y a tus tíos que no los he olvidado y que sigo queriéndolos.

A la mañana siguiente, Tony regresó a Granada, se despidió de su jefe y compañeros en Pujante Spices S. A. así como de los compañeros de la redacción de *El Defensor de Granada*. Don Avelino Pujante le reiteró su deseo de que a la vuelta de su servicio militar se reincorporase a la empresa, le soltó una buena gratificación, casi espléndida, y le estrechó calurosamente la mano como se hace con un buen amigo, algo más que un simple empleado.

Los periodistas de *El Defensor* le hicieron una fiesta en la cantina de “Los Claveles”, en pleno Sacromonte, más allá del Paseo de Los Tristes y de la Cuesta del Chapiz, y hasta contrataron a dos gitanas bailaoras y a un guitarrista que lo hacía medio bien, a los que su compañero May Abajo se empeñó en no soltar un duro hasta que acabaran la actuación, no fuera a ser que cogieran el dinero de los señoritos y salieran corriendo, lo que era bastante usual.

Costó más trabajo despedirse de la Señora Flora, la dueña de la Pensión Guadix, donde residía Tony desde su traslado a Granada, que le apreciaba especialmente, por encima del resto de los demás huéspedes y que, sin reconocerlo, le protegía como a un hijo y vigilaba estrechamente que las criadas que la ayudaban no se propasaran demasiado con el chico, que alto y guapetón como era, resultaba el capricho de toda la que pasaba por la pensión. Más de una le habría puesto los cuernos al novio de buena gana con aquel mocetón respetuoso y poco experimentado.

—¡A ése le abría yo los ojos en un plis-plas si la *Señá* Flora bajara la guardia un minuto! —decía desvergonzada la Eulalia, una criada que había venido del mismo Guadix, dejando con su madre a un hijo que tuvo con Ramón el lechero en un descuido y a escondidas de la mujer de éste.

—Pues que no te pille la dueña, porque te vuelves a tu pueblo en menos que canta un gallo —le respondía Jacinta, la cocinera.

A los siete días justos de la entrevista con Mr. Chadwick, Tony volvió a visitarle para ponerse a sus órdenes. Todo lo había dejado ya dispuesto para

una prolongada ausencia y ahora ardía en deseos de iniciar aquella especie de aventura que no podía imaginar cómo acabaría, qué influencia podría tener en su vida, por qué derroteros le llevaría en adelante, sabiendo que su país todavía influía en medio mundo, sus decisiones eran respetadas y su voz escuchada con atención por el resto de las potencias.

—Bien, mañana a las siete en punto —ordenó el cónsul, refiriéndose al martes 10 de noviembre —preséntate con tu maleta, confío en que lleves solo lo imprescindible y no sea demasiado voluminosa, en la Plaza de Las Pasiegas. Allí verás una furgoneta de esas americanas que llaman “rubias”, con los costados de madera. El conductor y dueño es Manolo Pacheco, más conocido por “el Choti”. En ese coche mete con calzador a nueve personas y a cada una le cobra como si fuera el único pasajero, pero es el único medio para llegar a Córdoba desde Granada a tiempo de coger el expreso de los Ferrocarriles Andaluces que baja hasta Bobadilla, donde harás transbordo para coger el tren de la antigua [Algeciras & Gibraltar Railway Company](#) que tiene servicio con Algeciras cada día. Yo hablaré con él esta tarde y reservaré y abonaré el importe de tu plaza. Después de parar en cualquier pueblo en que se baje alguno de los pasajeros, rinde viaje en la estación de ferrocarril de Córdoba. Aquí tienes el importe del billete combinado hasta Algeciras en tercera clase y algo más de dinero para otros gastos que vayan surgiendo. Como eres joven te adaptarás a los duros asientos de madera del tren. Viajas por cuenta de la Corona y no quiero presentar una cuenta de gastos abultada. En Algeciras tomarás una tartana que, también con más pasajeros, te llevará hasta La Línea de la Concepción. Desde allí, andando, te presentarás en el puesto fronterizo de Gibraltar, con tu pasaporte en una mano y la maleta en la otra.

La entrada en *The Rock*, aunque sea territorio británico, no reviste ninguna dificultad para los españoles, pues son muchos los que allí trabajan, pero para ti que portarás tu pasaporte en regla, será como regresar a casa, nada más sencillo. Procura llegar antes de las nueve de la noche a lo que los lugareños llaman “la verja”, pues la cierran a cal y canto a esa hora y, sin llamar la atención, te encaminas directamente a la base militar, al puerto, en donde solicitarás al cabo de guardia que te acompañe hasta el buque en el que, al igual que otros con la misma misión, deberás hacer la travesía hasta Inglaterra. Se trata del *HMS Hood*, el más representativo crucero de batalla de la Royal Navy. Es un buque realmente grande, espero que te adaptes bien a

él. Al llegar, pregunta por el suboficial contraamaestre y dile que vas de mi parte. Él tiene una lista con todos los que embarcáis en Gibraltar y sabe cual es vuestro destino. Supongo que aprovecharéis la travesía para recibir algún tipo de instrucción, así no os aburrís a bordo. No olvides que, aunque seas un civil, se te va a considerar militar desde el momento en que pises la cubierta del barco.

Hijo, te deseo la mejor suerte del mundo. A partir de este momento vas a ponerte a disposición de tu país en una misión muy especial de la que no te puedo dar más datos, pues infringiría el deber de secreto que se nos ha impuesto a la clase diplomática como reclutadores de efectivos. Solo puedo decirte que únicamente la edad me impide a mí ir en tu lugar. No tengo otras ataduras que mis años, pero éstos lo condicionan todo. Cuando Inglaterra llama a sus hijos en momentos especiales de su historia, el pueblo, desde los orgullosos descendientes de la nobleza rural hasta el más humilde peón de sus caballerizas —gustó el Cónsul de mostrarse trascendente y grandilocuente —responde como un solo hombre. Intelectuales de Oxford, menestrales de Bristol, financieros de la City, campesinos de Lancashire, estudiantes, comerciantes, empleados o funcionarios, ya sean galeses, escoceses, ingleses o irlandeses, todos sienten en lo más hondo de su ser idéntico patriotismo y ofrecen lo mejor de sí mismos en las situaciones difíciles de la nación. Esto es lo que nos ha hecho siempre grandes y yo lamento no tener la posibilidad de incorporarme a filas en semejante servicio. Eso sí, desde mi humilde puesto de cónsul en esta ciudad del Sur de España, haré lo que se me ordene con la mejor disposición, tenlo por seguro.

Y, finalmente, solo quiero dejarte clara una cosa. Carezco de hijos hasta el momento, al menos que yo sepa —sonrió Mr. Chadwick apoyando paternalmente su manaza en el hombro de Tony —y me gustaría que tuvieras presente a partir de hoy que tendría mucho gusto en echarte una mano cuando te encuentres en una situación apurada. No dejes de ponerme a prueba cuando lo necesites, comprobarás que el apoyo que te brindo es sincero y leal. Tú has respondido a la llamada de tu patria a través de mi propuesta y yo responderé a tu petición de ayuda cuando me la formules, no lo dudes.

Un sincero apretón de manos selló aquel momento. El muchacho había pasado a ser el joven amigo y protegido de aquel solterón impenitente que solo vivía para el servicio exterior de su país, sus puros habanos y para sus partidas de *bridge*. Tony entendió que, a partir de ese día, contaría con el

apoyo de Mr. Chadwick cada vez que se encontrara en un apuro y estuviera en las manos de aquel solucionarle la papeleta, cualquiera que esta fuera, porque el señor cónsul estaba seguro de que su recomendado cumpliría más que adecuadamente en Londres durante su entrenamiento y posteriormente en los objetivos que se le encomendaran, cualesquiera que estos fueren.

Todo se fue cumpliendo según las previsiones de Mr. Chadwick. Al atardecer de aquel soleado aunque fresco día de otoño, en el extremo Sur de la Península Ibérica, con África al fondo como testigo imperturbable y casi a tiro de piedra, Tony accedió a la cubierta del *HMS Hood* acompañado por el contramaestre, sargento Ronald Griffin, que le presentó al oficial de guardia y le tomó los datos del pasaporte para indicarle cual era su litera en el compartimento reservado para pasajeros civiles.

—Mr. Martin, este será su dormitorio durante los próximos días. Para las demás actividades se adaptarán a las instalaciones del buque según se les vaya ordenando. Permítame que le presente a los que, súbditos británicos como usted, van a incorporarse a un mismo servicio a las órdenes de Su Majestad. Solo me está permitido hacerles partícipes de los países en que residen y de los que procedían al enrolarse en este buque. En primer lugar Adrian Dawson, que viene de Italia. Colin Kynaston, procedente de Turquía; Cameron Mavis, que se reunió con nosotros en Grecia; Harvey Nolan, que reside en Francia; Jutta Borsdorf, de Alemania y Virgil Alexander, de Suiza. Con usted, Mr. Martin, son siete. Este será su dormitorio común, excepto para la señorita Borsdorf, a la que se le ha adjudicado un pequeño compartimento habitualmente dedicado a pertrechos del buque, ya que no disponemos de camarotes para miembros femeninos de la tripulación; el comandante del buque me pide le transmita sus excusas. Todos ustedes han de saber que, a partir de este momento serán considerados y denominados en el buque como “cadetes”, y por lo tanto como alumnos que reciben entrenamiento militar, lo que les convierte en miembros de la tripulación de la nave y sometidos a la disciplina y las normas de la misma. Sin embargo, no deben olvidar que este título de cadetes lo es solamente con carácter honorario, ya que los verdaderos cadetes constituyen el grado más bajo de lo que en la marina se entiende por oficiales, y esta categoría solo puede adquirirse previo ingreso en la correspondiente Academia Naval.

Por otra parte, deben conocer algunos datos preliminares que serán completados mañana cuando les reciba el Capitán Julian Francis Chichester

Patterson, que ejerce sus funciones a las órdenes del Contraalmirante Tomkinson, suprema autoridad a bordo y con el que no está previsto que tengan ustedes trato de ningún tipo, *of course*. Toda relación de ustedes como cadetes con cualquier otro miembro de la tripulación, singularmente con los oficiales, pasará siempre a través de mí, que seré su mentor en toda ocasión. Espero que no olviden esta sencilla norma: no se dirijan a ningún oficial si éste no se dirige previamente a ustedes. Esta regla es aplicable incluso con los guardiamarinas, que no ostentan aún cargo de oficial pero que en todo momento considerarían a un simple cadete como mera escoria indigna de otra cosa que no sea limpiarles los zapatos.

El Contraalmirante Wilfred Tomkinson estudió desde temprana edad como cadete en la renombrada Stubbington House School, llamada cariñosamente “*La Cuna de la Armada*”, tradicional escuela de grandes militares, especialmente de la Royal Navy, como Lord Alexander Mountbatten, Príncipe de Battenberg y nieto de la Reina Victoria. Esta estricta formación —añadió el contramaestre Griffin— ha marcado su carácter militar, por lo que aprecia especialmente la dedicación al servicio y no tolera indolencia alguna en el desempeño de las funciones del buque, y mucho menos consiente bromas que puedan alterar la seriedad y gravedad de nuestra labor diaria. Por lo tanto, no deben ustedes temer chanzas ni bromas procedentes de los guardiamarinas, que sí serían consentidas en otros buques. Ni que decir tiene que se espera de todos ustedes la misma seriedad y dedicación.

Por cierto, no se equivoquen ustedes pensando que esta peculiaridad de rigidez y defensa de la disciplina del Contraalmirante está reñida con la adoración que toda la tripulación del buque le profesa. Con independencia de la admiración que sentimos por un hombre que ha participado en conflictos de la magnitud de la Guerra de China de 1900 o la Gran Guerra europea de 1914 y que ha recibido distinciones y condecoraciones no solo de nuestro país, sino de aliados como Francia, Bélgica o Italia, la clase de marinería no olvidará nunca su actuación en el llamado *motín de Invergordon*, hace tan solo dos meses, cuando la rebaja ordenada por el gobierno de los sueldos de oficiales y clases de tropa provocó una insólita huelga, la primera en la historia de la Royal Navy, que afectó a diez buques de la flota atlántica anclados en aquel puerto escocés y que mantuvo en jaque al almirantazgo y al propio gobierno de Mr. Ramsay MacDonald. Por cierto, —volvió a usar

Griffin su muletilla —que ya veremos las consecuencias que para su carrera puede tener la comprensión demostrada por el Almirante hacia los amotinados, porque se habla de que el Almirantazgo le culpa de mano blanda con los huelguistas, pero yo no les he dicho nada.

Descansen esta noche porque mañana a las seis en punto se toca diana en la nave y a las seis y media tienen que estar ustedes en el comedor de tropa desayunando. Serán fácilmente identificables como invitados de la Royal Navy, porque serán los únicos que no portarán uniforme. No obstante, el resto de la tripulación conoce su condición de cadetes y serán tratados como tales. Procuren hacerse respetar en su estatus y no confraternicen con la marinería ni pretendan en ningún momento estar a la misma altura que los oficiales. A las siete de la mañana está previsto soltar amarras y dirigirnos hacia Tánger, donde confidencialmente les comunico que recogeremos a un compañero de servicio de ustedes. Confío en que el capitán les conceda unas horas para visitar la ciudad que les resultará exótica e interesante.

Finalmente por si alguno de ustedes es practicante en lo religioso, les aviso de que el reverendo Turner, capellán anglicano del buque, oficia a las siete de la mañana en la capilla del barco. Para los católicos romanos, su capellán el padre O'Hara dice una misa poco antes de la cena, pueden hablar con él los interesados. Si se encuentran con algún oficial antes o después del oficio religioso, dedíquenle el saludo reglamentario aunque vistan ustedes de paisano; dentro de la capilla no se practican saludos. Les supongo conocedores del saludo de reglamento, pero por si hubiera algún despistado entre ustedes, ésta es la forma de ejecutarlo —apostilló el contramaestre al tiempo que se llevaba marcialmente la mano abierta al costado de su gorra de plato —Buenas noches y que ustedes descansen.

-Gracias, mi sargento —contestaron al unísono los nuevos cadetes, saludando y cuadrándose debidamente, con mayor o menor fortuna y por primera vez en su vida.

-Perdón, mi sargento, ¿puedo hacerle una pregunta? —intervino Colin Kynaston, que había sido presentado al resto del clan como procedente de Turquía.

-Adelante —respondió el apelado.

-Me ha parecido ver un perro, concretamente un bulldog, ¿es la mascota del Contraalmirante?

-Más bien es la mascota del barco y no es la única. Hay también dos gatos, los dos machos y de muy buenas razas, llamados *Ginger* y *Fishcakes*.

El bulldog se llama *Angus* y lo donó al buque nada menos que Lady Hood, descendiente por línea directa del [almirante](#) del [siglo XVIII Samuel Hood](#), del que este barco recibió el nombre. Los tres son muy queridos por la tripulación y muy apacibles, nunca causan problemas. No pasó lo mismo con la anterior mascota, un marsupial parecido a un canguro pequeño que fue donado al barco de forma muy oficial en una escala que hicimos en Australia. Ése sí que dio problemas, aunque era el capricho de la tripulación porque el carnicero de a bordo lo entrenó para boxear, con lo que toda la tropa quería luchar con él, que hirió levemente a más de un marinero. Su nombre era *Joey* y fue el autor de todo tipo de trastadas: comía colillas de cigarrillos e incluso petacas de tabaco y aprovechaba cualquier escala para abandonar el buque y hacer de las suyas en puerto. Tantas andanzas fueron su perdición porque la superioridad ordenó su traslado a un zoo desconocido y no se ha vuelto a saber de él. *It was truly a pity.*

Una vez solos, volvieron a recordarse sus nombres y sus países de origen. Los más locuaces, Adrian Dawson, de Italia y Cameron Mavis, de Grecia, añadieron algo sobre sus profesiones, sus gustos, lo que habían dejado en sus países de acogida y lo que esperaban encontrar en Inglaterra.

-¿A ti quien te seleccionó, Mavis? —preguntó Dawson, que era hijo de italiana y lucía una hermosa cabellera negra que parecía totalmente incompatible con el reglamento y ordenanzas que regían la disciplina de un buque de guerra.

-A mí me escogió el cónsul honorario de nuestro país en El Pireo, Adrastos Tsakalidis, inglés hasta la médula o, como dicen en Inglaterra, *English through and through*, a pesar de su nombre. Conoce bien a mi padre, piloto en un barco de cruceros muy caros que parte de ese puerto periódicamente para recorrer las más vistosas islas del Egeo: Rodas, Santorini, Mikonos. Son buenos amigos desde hace tiempo y aprovechan cualquier momento para tomar juntos una copa de *ouzo* y zamparse una sabrosa *moussaka*, con su clásico arroz en hojas de parra.

Le habló de lo mal que se ve el futuro en los medios políticos y diplomáticos del Reino Unido por lo que está ocurriendo en Centroeuropa y de la necesidad que tiene nuestro país de disponer de ojos en un enclave tan estratégico como el que ocupa Grecia y así, poco a poco, le fue llevando a la posibilidad de que yo me incorporara a este grupo de voluntarios. En un principio mi padre se opuso radicalmente a hablar conmigo, pero con paciencia su amigo trataba de convencerle de que se era inglés para lo bueno

y para lo malo. El viejo marino se resistía con uñas y dientes a comentarme el tema, temiendo que mi carácter aventurero me llevaría a decir que sí desde el primer momento, cuando lo que él tenía pensado es fundar su propia naviera de recreo al acabar yo mi preparación náutica.

La verdad es que me pasa como a todos vosotros, seguramente. Aunque amo profundamente a Grecia que nos ha acogido y es la tierra de mi madre, me siento obligado hacia Inglaterra, nunca he dejado de considerarla mi patria. De hecho, tenía pensado volver allí algún día. Llevo ya dos años estudiando para oficial de la marina mercante en Salónica y me gustaría dedicarme a la navegación transatlántica entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Pese a esa idea de mi padre sobre fundar nuestra propia naviera, el Jónico y el Egeo los encuentro un poco pequeños en este momento y he pensado dejarlos para cuando tenga su edad y prefiera una vida más tranquila.

El caso es que su amigo continuó dándole la tabarra durante semanas, con lo que cada vez se sentía más acorralado por las razones de peso que utilizaba el diplomático. Cuando los argumentos de defensa se le acabaron, mi padre le dijo que si quería que hablara con su hijo tenía que ganarle a una partida de mil puntos al antiguo juego del “tabli”, que es como en Grecia llamamos al backgammon, pensando que así desistiría, pero el cónsul no se arredró y aceptó el desafío. No os voy a explicar aquí cómo se juega al tabli, un juego de dados que apasiona a los griegos, solo os diré que es una especie de carrera estratégica en que cada contrincante debe tratar de sacar sus quince fichas del tablero antes que el otro. Como las partidas son breves, mi padre y Tsakalidis empezaron fijando un total de cinco puntos por partida, cantidad que se podía doblar una o más veces a voluntad de los jugadores.

La partida se jugó en el puerto pesquero de Mikrolímano, en una taberna popular llamada “Palinurus” (La langosta), atestada de marineros de la flota pesquera que, en cuanto se enteraron de que se jugaba a mil puntos, se interesaron por la pugna, pensando en que los dos jugadores estaban locos. Cada tarde se arremolinaban más y más curiosos alrededor de los contrincantes, tomando partido por uno o por otro. Cuando llevaban cerca de un mes jugando, consumida una considerable cantidad de vino *retsina* y la partida se había hecho famosa en todo El Pireo, especialmente porque todo el mundo desconocía el motivo de la apuesta, Tsakalidis derrotó a su oponente en una victoria pírrica, por escasísimos puntos, y mi padre consintió en hablarme de esta aventura. Y tú, ¿Cómo fuiste reclutado? —preguntó a Adrian Dawson.

-Pues veréis, yo tengo la fortuna de estudiar Derecho en Bolonia, una de las más antiguas universidades de Europa, conocida como “*Alma mater studiorum*”, aunque soy napolitano, concretamente de Sorrento, la ciudad de los bellos acantilados y la famosa canción que, modestia aparte, yo interpreto magistralmente con mi educada voz de barítono —presumió el interpelado entre risas de los demás—. Fue un profesor de Derecho Internacional de mi facultad el que me convenció para estar hoy y aquí con vosotros. Lleva viviendo en Italia más de treinta años, pero sigue sintiéndose tan inglés como el primer día, hasta el extremo de que muchos de sus alumnos imitan a menudo su gracioso acento extranjero. Yo estoy convencido de que, con independencia de su trabajo, realiza algún cometido de información para la embajada de nuestro país en Roma.

Me convencieron sus razones para hacer un paréntesis en mis estudios y dedicárselo a Inglaterra en un momento de la historia como éste que se pronostica muy complicado. Bueno, eso y los deseos de disfrutar de la aventura que se adivina en todo este embrollo. Con pena en el *mio cuore* he dicho *arrivederci* provisionalmente no solo a Bolonia sino a mi Sorrento adorado. Tened en cuenta que desde la terraza de mi casa sorrentina se divisa cada mañana el Vesubio en todo su esplendor y la entrañable bahía de Nápoles, que tengo a un paso Amalfi y las islas de Isquia y Capri, el paraíso chicos, pero o ahora, o nunca. No pretenderéis que hagamos esto dentro de veinte años, cargados de hijos y prominente barriga, *my friends*.

CAPITULO 4°. Me van a matar en agosto. 1936

En momento tan trascendental para la vida de cuatro hombres, el gobernador civil de Granada, José Valdés, estaba ausente de su despacho, tal vez por lo avanzado de la hora de un día agotador hasta la náusea. La decisión estaba, no obstante, tomada y Nicolás Velasco, su lugarteniente que en tiempos fue teniente coronel de la Guardia Civil, sabía a qué atenerse porque conocía la respuesta que Queipo de Llano le había dado a su jefe a la pregunta de qué hacía con el escritor: “Dale café, mucho café”. La siniestra consigna aplicada al caso por el general desde Sevilla no era otra que una orden de ejecución, utilizando la palabra “café”, cuyas siglas no significaban otra cosa que “Camaradas, Arriba Falange Española”.

De cualquier manera, a Velasco no le suponía ninguna contrariedad cumplir la orden recibida. Todo lo contrario. Con ello daría gusto al poderoso clan familiar de los Roldán, al que tanto debía de sus tiempos al frente de la Comandancia de la Guardia Civil de Granada. Además, así se enteraría ese

escritorcillo de lo que suponía ridiculizar a la benemérita en aquel bodrio de *El Romance de la Guardia Civil Española...*

—¡Romero! —gritó a uno de los inspectores de policía que se encontraban de guardia aquella noche.

—¡A su órdenes, mi teniente coronel!

—Organíceme inmediatamente el traslado de los cuatro detenidos a La Colonia de Víznar.

—¿A La Colonia, mi teniente coronel? —preguntó el inspector como no creyéndose la terrible orden cuyo significado y consecuencias conocía a la perfección.

—¡Ya me ha oído! ¿Está usted sordo, coño? ¡No son horas para preguntas estúpidas. Encárguele al teniente Fajardo que los meta en el Buick y salga para allá cagando leches! Ah, y que no se olvide de esposarlos antes de subir al coche, no tengamos un follón añadido esta noche. ¡Venga, mueva el culo!

Los detenidos se encontraban en bastante mal estado, habían sido golpeados con la saña habitual empleada con los “rojos”. Su sumisión era completa, resignados ya ante la suerte que les esperaba; ni eran las primeras víctimas ni serían las últimas en aquel estado de guerra que invadía al país. Los deseos de sublevarse ante semejante destino habían acabado amansados por la brutalidad sufrida durante su detención y todos mostraban en sus carnes claras señales del trato recibido, solo deseaban que aquel suplicio acabara cuanto antes.

El teniente Martínez Fajardo introdujo sin demasiados miramientos a los cuatro prisioneros en el viejo automóvil americano que había conocido mejores tiempos y, escoltado por un piquete de guardias de asalto, inició la marcha hacia Víznar, a una decena de kilómetros de la capital, conduciendo malhumorado por una estrecha carretera llena de baches, curvas, subidas y bajadas que, si de día podía reunir cierto interés paisajístico por las vistas sobre el monte y los olivares, a esa hora y con semejante carga era más bien una pesadilla. Siempre le tocaban a él estos encarguitos de mierda, protestó para sus adentros.

La noche, pese al toque de queda que impedía los desplazamientos de la población, era tranquila y hermosa, cuajada de estrellas, y olía a verano como cualquier otra noche de agosto. Lástima que todo en España se hubiera vuelto tan difícil desde hacía unos años. Antes de las conmociones que había traído

el cambio de régimen de monarquía a república, el teniente recordaba lo felices que podían ser las vacaciones estivales en cualquier pueblo español, y más en la cautivadora tierra andaluza, tan llena de embrujo como aseguraban los naturales de la zona. Hasta bien entrada la madrugada cada cual sacaba la silla de anea a la puerta de su casa y los vecinos acudían a la plática que seguía a la cena, por frugal que esta hubiera sido. Los hombres liaban un cigarro, las mujeres hacían calceta para el mozo que entraría en quintas ese otoño e incluso alguna se atrevía con el encaje de bolillos a la luz de un buen farol. La chiquillería no paraba, nunca era hora de ir a la cama, jugaban a pídola, a las canicas, a la peonza, a lo que fuera y cuando se les llamaba para ir a dormir las protestas se generalizaban. Mientras tanto, siempre había un rincón oscuro para pelar la pava con la novia y los más atrevidos se perdían por el monte sabe Dios a qué... Pero la maldita guerra que había comenzado hacía un mes lo había trastocado todo y por el momento nadie sabía cómo ni cuándo volverían las aguas a su cauce, la mula al arado o al trillo en la era y las sillas a la calle en el frescor de la noche, a disfrutar de los escandalosos aromas del jazmín y la dama de noche, que invadían patios, terrazas y hasta la propia calle.

Al llegar a aquel poblacho montañés, casi a medianoche, Fajardo conocía su obligación de dirigirse al Palacio del Obispo, residencia veraniega otrora del ordinario de la diócesis (tenía gracia la expresión, pensó), en donde se encontraba la jefatura del sector militar de Víznar, a cargo de Nestares, el duro capitán que debía autorizar el ingreso en La Colonia y que se encontraba dormitando en un catre instalado provisionalmente en su despacho, agotado por la dura jornada.

—¿Qué pasa, teniente? ¿No sabe usted qué hora es o es que ya no puede uno descansar tranquilo, joder?

—A las órdenes de mi capitán. Vengo del Gobierno Civil con el encargo de que ingresen en La Colonia a cuatro detenidos, ya se imaginará usted con qué destino. La orden viene directamente del teniente coronel Velasco, en nombre del señor Gobernador.

—¡Los papeles de los detenidos! —exigió Nestares, que empezaba a estar harto de tanta ejecución sumaria y de que siempre le cayera a él el mochuelo de semejante responsabilidad. Nadie sabía si algún día tendría que responder por su participación en tales linchamientos, por más que se limitara a cumplir las órdenes que le llegaban de más arriba en la cadena de mando.

—Aquí los tiene usted, mi capitán, y le ruego que no se enfade conmigo, que yo solo soy un mandado. Ni me gusta el trabajo, ni la hora en que vengo a molestarle a usted, téngalo por seguro —adujo el teniente, conocedor de las malas pulgas del capitán cuando alguien osaba tocarle los cojones.

—A ver, a ver... quiénes son estos desgraciados —leyó —“Francisco Galadí Melgar y Joaquín Arcollas Cabezas, líderes sindicalistas anarquistas afiliados a la CNT-FAI. Participaron en la organización de la sublevación del Barrio del Albaicín ante el glorioso Alzamiento Nacional, de donde huyeron al fracasar la revuelta para ser posteriormente detenidos y puestos a disposición de la autoridad”. ¡Pero leche, si estos dos hijos de puta son los banderilleros granadinos a los que he visto varias veces en la plaza de toros de El Triunfo asistiendo a Chicuelo y a Cagancho cuando éstos lo precisaban, y la verdad es que no lo hacían nada mal! ¡Quien les mandaría meterse en política en una ciudad gobernada por caciques, si serán gilipollas! A ver si ahora son capaces de darle una larga cambiada a las balas cuando les llegue el momento... ¡Pobres diablos!

—Ahora tenga usted el papel del cojo —el teniente Fajardo le acercó otro documento.

—¡María Santísima! Éste se llama Dióscoro nada menos. Y dice usted, teniente, que encima es cojo.

—Sí, mi capitán, por lo visto es un maestro nacional muy conocido, por maestro y por rojo. Dicen que lo de la cojera le viene de su juventud, por un tranvía madrileño que le atropelló y se llevó su pierna izquierda, al menos eso es lo que cuentan en Pulianas, el pueblo donde trabajaba, ahí mismo, junto a la capital.

—A ver, a ver... — requirió al teniente su superior para que le hiciera llegar el documento incriminatorio—. “Dióscoro Galindo, maestro librepensador ejerciente en Pulianas y en Santiponce, Granada. Defensor encarnizado de la escuela laica. Repetidamente enfrentado con los representantes en la diócesis de la Santa Madre Iglesia por negar de forma contumaz la existencia de Dios ante sus alumnos de parvulario, lo que motivó graves enfrentamientos con gran número de padres, que denunciaron el hecho en reiteradas ocasiones y dejaron de llevar a sus hijos a la escuela por este motivo. Representante del Frente Popular en la mesa electoral de su municipio, en donde fue objeto de aclamación en las algaradas que sucedieron a los comicios”.

—Al parecer, mi capitán, en el pueblo lo adora todo el mundo, salvo los tres mandamases de siempre.

—¡Calle, coño! A ver si se va a meter usted también en política ahora... Los militares nos limitamos a obedecer órdenes, ya debería saberlo. Así que punto en boca.

—“Sórdenes”..., mi capitán.

—Y vengan los papeles del último de los cuatro, a ver si me puedo ir a dormir de una jodida vez, que son las doce de la noche.

—Aquí tiene usted, mi capitán, lo he dejado para el último porque me huele que no le van a gustar.

—Déjeme ver —empezó a leer el documento—. ¿Pero, se han vuelto locos en el Gobierno Civil?

—Cuidado, mi capitán, que ahora es usted el que se está metiendo en política...

—“Federico García Lorca —leyó Nestares en voz alta—. Dícese poeta y dramaturgo. Comunista. Cofundador de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética. Presumió en ocasiones de anarquista y libertario. Homosexual. Enemigo declarado de la Benemérita Institución de la Guardia Civil, a la que ha denostado incluso en su obra escrita. Simpatizante declarado del Frente Popular. Firmante de diversos manifiestos de signo marcadamente izquierdista junto a otros auto-llamados intelectuales progresistas. Pertenece a la orden secreta de la Masonería, afiliado a la Logia Alhambra de Granada. Director de la compañía de teatro *La Barraca*, de ideario claramente comunista. Se considera absolutamente necesario impedir, ahora y en el futuro, su participación en movimientos contrarios al glorioso Alzamiento Nacional”.

—Si todo eso es verdad... —comenzó a argumentar el teniente Martínez Fajardo.

—Pero Rafael, no me seas zote —Nestares le tuteaba y llamaba por su nombre en ocasiones de confidencias, como en aquel momento—. Está declarado reiteradamente en prensa que este tío no se ha afiliado a ningún partido en su vida, a ninguno. Incluso se dice que es amigo de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de Falange Española, hasta el extremo de que Lorca le ha soltado algunos dineros de forma reservada ante la indignancia de su partido político. Lo que pasa es lo que pasa. Este tío está en medio de una rivalidad que viene de lejos entre su familia y las de los Roldán y los Alba,

todos ellos grandes terratenientes de la Vega Baja granadina. Esto lo sabe en Granada hasta el *Potito*. La familia de Lorca, los García, siempre ha sido republicana y no se ha cansado de pregonarlo ante las otras dos que pertenecen a Acción Popular, de la derecha más recalcitrante. Creo que también mantenían disputas por lindes de fincas, ya sabes cómo son los del campo, capaces de matarse por unos cochinos metros de tierra infértil. Y la influencia de los enemigos de los García ha crecido tremendamente desde la toma de Granada por el ejército el veinte de julio pasado, lo mismo que ha bajado el poder de los García desde entonces. Si a eso le sumas su declarado espíritu izquierdista, sea comunista, anarquista o lo que sea, su conocida homosexualidad que a tantos parece incomodar y la envidia que genera en este país que alguien con esas características descolle a nivel no solo nacional, sino cada vez más internacional, el cóctel resultante es explosivo.

—La verdad es que eso cuadra bastante con lo que he oído en los pasillos del Gobierno Civil —apuntó Fajardo—. Se dice que, en el fondo, lo que más cuenta es la creciente influencia de las familias enemigas, que son de la derecha granadina más conocida y que piensan que ha llegado la hora de ajustar cuentas. Se han llevado primero para adelante al alcalde socialista de la capital que salió elegido el 10 del mes pasado, Manuel Fernández Montesinos, médico, que era el marido de Concha, la hermana del poeta, así que éste es el segundo palo tremendo que le pegan a la familia García. ¡Vaya racha! Por otra parte, un inspector un tanto bocazas que fumaba a la puerta del cuartelillo le contaba a quien quisiera escucharle que aquello de las familias enfrentadas eran zarandajas, que lo que pasaba era consecuencia del enfrentamiento que mantienen en Granada los de la CEDA y los de Falange, por eso dice que los primeros se enteraron de que los Rosales, que son falangistas reconocidos, lo estaban protegiendo y han ido a sacarlo de su casa a gorrazos, más que nada para joderlos.

—Sea como sea, me parece un error inmenso y de consecuencias imprevisibles. A un tipo como este resulta muy peligroso cargárselo, ya veremos en qué queda la cosa. No me extrañaría que en todo esto anduviera metido Queipo de Llano que, de ti para mí y aunque sea un general de los nuestros, es un bárbaro.

—Si no me cita usted como fuente de la información, mi capitán, le diré que en el Gobierno Civil se daba por seguro que a García Lorca no se le tocaba ni un pelo sin la autorización del general, se pusieran como se

pusieran en Granada los familiares, los de Falange y los de la CEDA. Y al parecer la orden se la dio directamente Queipo al Gobernador Valdés, aunque cualquiera sabe.

—Bien, pues las cosas son como son y las órdenes son las órdenes. Con todo pesar por mi parte, aunque eso no lo repetiré en ningún otro sitio por lo que usted se puede imaginar —Nestares le retiró el tuteo ante la gravedad de la situación —le doy permiso, teniente, para trasladar a los cuatro detenidos a La Colonia, en ejecución de las órdenes recibidas y con las consecuencias inherentes al caso. Que Dios se apiade de las almas de esos desventurados.

—¡A sus órdenes, mi capitán! ¿Ordena usted alguna otra cosa?

—Nada, nada. Puede retirarse —Contestó Nestares, rompiendo con rabia la copia de la orden emitida por el Gobierno Civil—. Avise al jefe de la Columna Motorizada que les acompañe hasta su destino y más tarde que presencie la ejecución. Sí, ya sé que Martínez Bueso acaba de perder a un hijo, pero eso no es excusa, tenemos una misión y hay que llevarla a buen término, valga la paradoja.

Al llegar a La Colonia, el Buick aparcó discretamente junto a la entrada y se hizo descender a los detenidos, que pasaron a una destartalada habitación donde permanecieron estrechamente vigilados. De madrugada, el jefe de la columna destacada en el recinto reclamó la presencia de los encargados de la ejecución:

—A ver, tú, Salvio, y tú, Marín, y vosotros, Ajenjo, Baro, Cascales y Correa, coged las armas que ya sabéis a dónde vamos. Mariano —se dirigió a Ajenjo —tú como sargento dirigirás a la escuadra.

—¿Me puedo apuntar yo, sargento? —Era Antonio Benavides, un falangista recalcitrante que presumía de gustarle dar los “paseos” a tanto rojo como había en Granada.

—Vale, vente, pero no olvides que aunque no seas guardia ni militar estás en todo momento a mis órdenes.

—Yo también me apunto, sargento, quiero ver como os cargáis a ese maricón—. Era Juan Luis Trescastro, que había venido por su cuenta desde Granada y que resultaba ser pariente en cierto grado de Federico García Lorca, por estar casado con una prima lejana de su padre.

—De acuerdo, no se hable más, sacad a los detenidos y emprendamos la marcha hacia el sitio de siempre.

Así, el pelotón de fusilamiento se constituyó con tres guardias de asalto,

dos policías, un guardia civil y un falangista, a los que acompañaba, en principio sin tomar parte en la ejecución, el tal Trescastro, que había intervenido activamente en la detención de Federico cuando, huyendo de su casa familiar “La Huerta de San Vicente”, donde no se encontraba seguro al producirse el alzamiento militar, se refugió en la casa de su amigo el poeta Luis Rosales, nada sospechoso por contar entre sus hermanos con señalados dirigentes falangistas de la escena política granadina.

Iniciaron la marcha a pie, como era costumbre en este tipo de ejecuciones, en forzado silencio sobre el suelo de esa aldea granadina, antes un pequeño pueblo como cualquier otro y ahora maldito para siempre porque su nombre acabaría apareciendo, tarde o temprano, en la pluma de escritores, pregonando a los cuatro vientos que de sus calles partió para morir uno de los más preclaros escritores españoles. Qué horrible forma de aparecer el nombre de tu pueblo como la última residencia de semejante víctima del odio que desata una guerra civil. Con el tiempo, el nacido en Víznar acabaría renegando de sus orígenes, en una inútil huida de lo que ya no tendría nunca remedio. Nadie querría revelar que su cuna era lo que para García Lorca y otros muchos había sido una inmerecida antesala de la muerte.

Aunque el paraje al que se dirigía el silencioso grupo se encontraba bastante próximo, cada prisionero sabía que aquellos serían sus últimos pensamientos, no habría más, allí se acababa su trayectoria vital, fin, se acabó. Adiós a todo, mierda.

“Los muy canallas no me han dado ni tiempo para despedirme de Juliana y de mi Antoñito —pensaba el maestro de escuela -. Qué será ahora de ellos. No respetan nada estos fascistas asesinos, ni sentimientos, ni ideas, ni anhelos, ni proyectos, ni siquiera lo más sagrado: la vida. ¡Pobre país! En qué manos vas a caer, cuantos sueños rotos...

Para vosotros van mis últimos pensamientos, mi fiel compañera y mi amado hijo. Cómo se rebeló ante la detención de su padre, que si no le paro a tiempo se lo llevan conmigo a él también estos bandidos. Si la vida siguiera a la muerte, espero encontrarnos cuando vosotros crucéis la frontera que yo tengo ya tan cercana. Si no hay nada después, como siempre he creído, que al menos superéis el dolor de mi ausencia y consigáis ser felices algún día en esta vida. Antonio, ya eres un hombre, cuida de tu madre. Que el valor que has demostrado durante mi arresto lo dediques a partir de ahora a ayudarla y

a salir adelante. Os quiero.

En cuanto a mí, pobre maestro de escuela ya que no pude ser veterinario como fue mi gusto, al final no ha resultado tan mal oficio este de desasnar hijos de campesinos, tratando de conseguir que abandonaran la ignorancia y la miseria de sus padres y logaran mejorar este mundo en lo que les resultara posible. Humildemente, creo que me puedo sentir orgulloso de lo conseguido. Muchas veces me han demostrado su agradecimiento y su cariño, con eso me siento más que pagado. Mi fallo fue enfrentarme a la Iglesia, no supe medir mis fuerzas y las suyas y ahora lo pago.

Un último adiós también para los compañeros del Frente Popular. Gracias por vuestro apoyo y ¡luchad! No permitáis que la barbarie fascista se adueñe del país. Esta vez va en serio, están organizados y van a por todas. Superad la desunión de las fuerzas democráticas, buscad verdaderos líderes que sepan dirigir la lucha. De lo contrario, este país está perdido y yo seré solo una de las muchas víctimas que caerán bajo las botas de estos malditos”.

Juan Arcollas, uno de los banderilleros anarquistas que caminaba hacia su muerte, arrastraba los pies por el polvo del camino, más que por cansancio, por el dolor que todavía sentía en todo el cuerpo al haber sido azotado y golpeado tras su detención en Granada. Su pensamiento volaba muy bajo, el castigo físico había sido terrible.

“Aquí se acaba la cosa, leche. Estos cabrones nos fusilan en cuanto lleguemos al primer recodo del camino que les guste y, si te he visto, no me acuerdo, el muerto al hoyo y el vivo al bollo, como toda la vida. Lástima de temporada taurina, lástima de compañeros de la CNT, mierda de haber sido “hombres de acción” del sindicato, al carajo todo.

Sin embargo no me arrepiento de nada. El pueblo es lo primero y no voy a darles a los malditos caciques granadinos el gusto de flojear en el último momento. Tarde o temprano el anarquismo triunfará, este es un país de anarquistas aunque muchos no lo sepan. Nuestro ideario acabará triunfando sobre la reacción, ellos tienen hoy el dinero y el poder, pero nosotros tenemos la razón, que les jodan”.

Su compañero Francisco Galadí lloraba en silencio mientras procuraba caminar hacia su destino con la mayor dignidad que le permitían sus escasas fuerzas.

“*Dita sea*, todo lo he jodido yo por querer despedirme de mi hijo. Dos días peleando en el Albaicín como fieras, combatiendo la sublevación hasta

que ya no fue posible resistir para, al final, ir a ver a mi hijo antes de largarnos y caer prisioneros. ¡Vaya forma de cagarla! Yo y solo yo soy el causante de nuestra detención, pobre Juanillo, ahora podríamos estar por Jaén o camino de Madrid para seguir la lucha. Lástima. Todo perdido. Perdida Granada, perdidas Córdoba y Sevilla, la sublevación militar se extiende por Extremadura hacia el Norte. Y nosotros no estaremos allí para impedirlo”.

Salvador Baro, uno de los guardias de Vigilancia y Seguridad, miraba a los abatidos banderilleros y se deleitaba recordando las células anarquistas que había ayudado a desarticular con el capitán Nestares. Aquello sí que era servir a la Patria. Menudos elementos, empeñados en la destrucción del Estado y de toda autoridad, de la índole que fuera. Cuando la autoridad y la disciplina eran los únicos baluartes que en ese momento podían salvar a España. Por eso participaba gustoso en los “paseos” a tanto enemigo de la Patria, de la fe, del honor, del respeto al orden establecido. ¡Que se jodan..! Y si le soltaban, a él y a los otros, quinientas pesetillas por cada ejecución en la que participasen, miel sobre hojuelas. Ni él ni ningún compañero le haría ascos a aquellos cuartos tan bien ganados.

Cascales, otro de los policías, no reflejaba en su rostro la misma satisfacción. Se había relegado al último puesto de la fila con el pretexto de vigilar a los reos, pero con la verdadera intención de evitar que los compañeros leyeran en su semblante el cargo de conciencia que le suponía todo aquello y su moral empezaba a estar tan baja como en otras ejecuciones. Siempre le habían ardido en los bolsillos de su uniforme los dineros cobrados por esos trabajos. A la parienta le dijo en alguna ocasión que le recordaban las treinta monedas de plata y ella, más pegada a la tierra, siempre le decía que las perras les venían de perlas y que corría el rumor de que a los que cumplían con su deber en aquellos trances les ascenderían muy pronto. Tendría razón, pero le partía el alma ver al escritor caminar delante, con el alma y el cuerpo rotos.

“Todavía no me lo puedo creer —pensaba Federico—. Si no me hubiera movido de Madrid, si no hubiera tomado el tren para Granada el mes pasado, si no hubiera pensado que estaría mejor en “La Huerta”... Si hubiese aceptado el dorado exilio que hace tan poco me ofrecían en Colombia y Méjico, hermosos países para vivir y trabajar, nada de esta pesadilla estaría pasando. Es para no creérselo. Tantos proyectos que tenía... Ahora nadie podrá llevarlos a cabo. ¿Me echarán de menos en los círculos literarios y

artísticos? ¿Me recordarán siempre Dalí, Buñuel, Alberti? ¿Sobrevivirán ellos a toda esta barbarie? ¿Qué será de mi obra, dónde se publicará si éstos energúmenos no dejan títere con cabeza? A lo peor la historia me condena al olvido, como a tantos escritores insignes que hoy nadie cita. Entonces sí que se habrían salido con la suya estos fanáticos. El olvido es la peor muerte que puede sufrir un escritor, un artista. Si tu obra no perdura, de qué vale tanto sacrificio, tanta dedicación. Necesitamos el reconocimiento como el aire para respirar, esa es la verdad.

Y cómo ha luchado Luis Rosales y toda su familia por mí, primero por ocultarme, luego por liberarme de mi detención en el Gobierno Civil. Y eso a pesar de que mis ideas y las suyas son tan distintas. Se la han jugado por mí, hay que reconocerlo. Todo inútil. Yo estorbo, mi pensamiento, mi obra y mi forma de entender la vida perturban e incomodan en el nuevo concepto nacional que quieren imponer estos. Mi pluma nunca podría estar a su servicio, sería un crítico molesto, rebelde, una china en el zapato y prefieren quitarme de en medio, es lo más sencillo. Con mi desaparición se asesta así otro golpe a mi familia. No les basta con haber matado a Manolo, que habría sido un buen alcalde en tiempos tan revueltos. ¡Pobre Concha, hermana mía!

No pueden perdonarme mi éxito en esta España cuyo pecado capital ha sido siempre la envidia. No pueden perdonarme que me aclamen en Estados Unidos, en Cuba, en Argentina, en todo el mundo. Que se acojan allí las representaciones de mi crítica de esta sociedad caciquil, ni mi Casa de Bernarda Alba, ni mi Romancero Gitano, ni mucho menos que sea maricón y no lo oculte.

Y me van a matar en agosto, con el aroma de los romeros, cuando el tomillo y el brezo dan su mejor color, cuando la madreSelva inunda con su fragancia la pérgola de mi Huerta de San Vicente y la buganvilla revienta de añiles en el porche. No volveré a sentarme a la sombra de mi nogal, ni volveré a contemplar el gallardo ciprés que planté con mis propias manos, ni los rosales, el nisperero, los granados, el macasar y las olorosas higueras. No me sentaré más en alguno de los poyetes desde los que divisaba la Alhambra, el Albaicín y Sierra Nevada, junto al quedo cantar del agua de la acequia robada al Genil, ni a beber la que me traían en borrico desde la Fuente del Avellano.

Solo queda una cosa: morir con dignidad. Ya que hay que morir, sepamos hacerlo con orgullo. Solo se muere una vez y es mi triste privilegio

saber que va a ser ahora. Adiós a todo lo conocido, bienvenido lo desconocido. No les des el gusto de verte decaído. La cabeza bien alta, lo voy a hacer por mí, lo voy a hacer por todo lo bueno que he vivido y por todo lo que respeto”.

El día se resistía a amanecer, pero a lo lejos, en el horizonte, parecían adivinarse ya las claras del día en su hora más fresca. Se aproximaban al lugar habitual utilizado para los fusilamientos, pasaron un pequeño puente que pillaba a la derecha del camino, antes del paraje conocido por todos en Alfacar como Fuente Grande y llegaron a lo que era un campo de instrucción de tropas, donde tantos reclutas habían aprendido a desfilar entre gritos e improperios de sus mandos.

Cuando los detenidos vieron que el pelotón aminoraba la marcha y que sus ejecutores iniciaban la preparación de su armamento, eligiendo el sargento el sitio más adecuado a la cabecera del campo, conocieron que estaba llegando el momento. El terror comenzó a reflejarse en sus rostros y los ánimos comenzaron a flaquear. Federico pensaba “Que sea rápido, por favor”, el maestro cojo se intentaba animar “¡Dignidad, ante todo, dignidad!”, el banderillero Arcollas blasfemó para sus adentros y Galadí pretendió dar ánimos a su compañero de tantas cuadrillas:

—¡Ánimo, Juanillo, que no se diga, no les des el gusto de flaquear a estos cabrones! También pasábamos miedo en la plaza. ¡Hasta siempre, compañero, salud!

Anthony se dio cuenta rápidamente de que no era la guardia civil lo que le había inducido a dejar la bici y esconderse entre los pinos. Aquello era lo que todo el mundo comentaba desde hacía un mes en voz baja y solo ante los más amigos, era un pelotón de fusilamiento y le había tocado a él coincidir en el camino con semejante horror. Maldita sea.

Se estremeció profundamente. Su más íntimo yo se sublevaba contra la injusticia de aquel inminente linchamiento, reflejo claro del odio que media España sentía hacia la otra media. Se oía que las atrocidades se estaban cometiendo por los dos bandos en conflicto, pero era peor cuando se trataba de una guerra civil. Si se combatía a un enemigo foráneo, todo el país permanecía unido contra un mismo objetivo, se defendía el espíritu de una nación, todos eran una piña que permanecía unida en busca de la victoria

sobre el extraño. Pero ahora no se combatía al extranjero, al invasor, sino al vecino, al semejante y solo por defender una idea, una forma de pensar o de vivir. La consecuencia era que los odios y rencores secularmente escondidos, los deseos de venganza reprimidos en pro de una convivencia armónica, salían a la luz y explotaban con mayor crudeza, sin piedad alguna.

Se avergonzaba de sus raíces españolas tratando de asirse con fuerza a sus orígenes ingleses en busca de un aislamiento y de un amparo que sabía imposibles. Y ahora el azar le había puesto en la terrible e insoportable tesitura de presenciar la muerte de unos pobres hombres indefensos a manos del poder establecido. No quería presenciarlo, deseaba huir de aquel escondite y olvidar que había sido testigo de semejante barbarie, pero no podía delatar su presencia, su vida peligraba si llegaba a conocerse que se había convertido en testigo involuntario de los hechos. Por algo los fusilamientos se ejecutaban de noche, en lugares apartados, lejos de poblaciones donde el fragor de las detonaciones pudiera ser escuchado por oídos que algún día fueran capaces de relatar los hechos, aportar datos de cómo se realizaron por personas de uniforme, teóricamente dedicadas a la protección de las vidas, no a arrebatarlas sin las garantías judiciales que en situaciones de normalidad debían proteger a todos.

Se acurrucó en su escondite, a suficiente distancia para observar sin ser observado. Descubrió por su seguridad que más que ver lo que ocurría, lo que interesaba era no ser descubierto. Sin embargo, no podía apartar la vista del grupo de personas que tenía enfrente.

De repente, el horror se reveló en toda su intensidad: conocía a dos de los reos. Uno, el más recio, de cabeza poderosa y ya declarada calvicie era el conocido maestro cojo de no recordaba qué pueblo de las cercanías de Granada, sí, sí, de Pulianas, eso es, el maestro que se había enfrentado a la Iglesia y a los caciques locales como decidido partidario del Frente Popular, pobre hombre.

—Pero ese otro, no es posible, ese es García Lorca, sí, Federico, el poeta. No me lo puedo creer, están locos estos golpistas, fusilar a García Lorca... Se van a echar encima a toda la opinión pública, la de aquí y la de fuera. Bueno, la de aquí no se atreverá a rechistar, está acogotada, no son pocos los periodistas que ya se han llevado por delante. Harán la vista gorda por la cuenta que les trae. Pero, un tío tan famoso, cómo es posible que se atrevan. Si su obra está reconocida fuera de España en todas partes, la que

van a armar... Y me toca a mí ser testigo de esta atrocidad. ¡Dios, cómo no me he dado cuenta antes, vamos a ser testigos yo y mi cámara Leica, mi fantástica cámara Leica G, capaz de sacar soberbias fotos con menos luz de la que hay aquí y ahora! Pondré el objetivo en exposición, las figuras no se van a mover apenas cuando se forme el pelotón de fusilamiento. Preparado, preparado y en el silencio más absoluto.

La tenue luz del anunciado amanecer iba a ayudar a Tony a inmortalizar aquel momento vergonzante para la humanidad entera y muy especialmente para un régimen militar que se las estaba dando de liberador del país de las hordas rojas, de defensor del orden y de los principios básicos de la familia, la religión y el Estado. Preparó su cámara, apoyándola firmemente mientras permanecía echado en el suelo cuan largo era, en la posición del furtivo que acecha a su presa sin ruido, sin mover un músculo, sin el menor pestañeo. Poco se imaginaban aquellos ejecutores que su monstruosa hazaña tenía semejante testigo. Las consecuencias de captar esa barbarie ya las evaluaría más adelante, un fotógrafo no podía desaprovechar ese momento, se arrepentiría toda su vida. Se había convertido, de repente y por mor del azar, en el inesperado aliado de aquellos desdichados, de aquellos desahuciados. Aguzó el oído, escuchando el silencio. Hasta el último grillo se había retirado hacía rato, en parte por la presencia humana y en parte por el agotamiento de toda una noche dale que te pego a los ruidosos élitros sin que las hembras más próximas le hicieran caso. Tony era consciente de que aquel amanecer cambiaría su vida.

En aquel momento el sargento Ajenjo se dirigía a los miembros del pelotón:

—¡Atención! Ya conocéis el procedimiento, no sois novatos. No quiero dilaciones innecesarias, sabéis que no las soporto. Colocad a los detenidos en el sitio habitual y situaros en posición.

El abatimiento de los reos era total, ya no eran capaces de coordinar los pensamientos más elementales, el sufrimiento y la desesperación eran tan profundos que no ofrecían la más mínima resistencia a sus captores. Se dejaron colocar en fila, unos junto a otros, sin mirarse, cabizbajos, con los ojos hacia el suelo, la cerviz doblada, humillada. Solo el maestro cojo consiguió reunir unas últimas briznas de coraje para levantar la frente en un gigantesco esfuerzo por mantener la dignidad. Al verlo, Federico levantó el rostro y le dirigió una mirada de admiración. Dióscoro le contempló a su vez

con lo que el poeta entendió como un claro signo de respeto y comprensión.

No les dio tiempo a más. Los guardias y policías estaban deseando terminar con aquello. Todos intuían que aquellos detenidos no eran iguales a otros tantos a los que habían pasado por las armas. Se oiría hablar de aquella ejecución y estaban inquietos, justificándose interiormente en el cumplimiento de una orden.

—¡Atención, pelotón! ¡Preparados! —gruñó de mala gana pero con firmeza el sargento, haciendo una pausa—. ¡Carguen! —se oyó el correr de los cerrojos de los fusiles como si fuera la brusca arrancada de un tren de vapor sobre sus raíles de acero—. ¡Apunten! —y llegó la consigna fatal, definitiva—. ¡Fuego!

La descarga fue cerrada, como si un solo hombre hubiera apretado los seis gatillos al unísono. Los cuerpos se doblaron y cayeron. García Lorca cayó hacia adelante, el maestro lo hizo hacia un lado, doblándose con lentitud sobre su postiza pierna izquierda. Los dos banderilleros cayeron hacia atrás, como dando un salto macabro y grotesco.

La Leica cumplió su misión con la precisión que la caracterizaba. La primera fotografía captó los preparativos para la ejecución. El tiempo de exposición aplicado al objetivo recogió con fidelidad al pelotón antes de recibir la primera orden, los militares en posición todavía de descanso, los reos ordenados en una sola fila, de cara a los que iban a ser sus verdugos. Se apreciaba con detalle el abatimiento que reflejaban sus rostros, evidencia desconsolada de la tragedia inminente. La segunda foto mostraría a los encargados del fusilamiento con sus armas enhiestas, dirigidas a sus víctimas, preparadas para acatar la orden de mando que sesgaría las vidas de aquellos enemigos de la patria, que habían osado subvertir el orden natural, defendiendo doctrinas libertarias, comunistas y judeo-masónicas.

Para la tercera fotografía Tony retiró el modo de exposición al objetivo a fin de obtener la rapidez suficiente que le permitiera captar el disparo de los seis fusiles. Cuando oyó que el sargento daba la orden de disparar, presionó el obturador al unísono con el movimiento de los dedos sobre los gatillos de las armas. La sincronización fue total y la instantánea visualizaría el humo de la pólvora vomitado por los cañones, la potencia mecánica desencadenada por su bárbara explosión, casi se escucharía en la foto el estruendo de las detonaciones.

Finalmente, la cuarta toma recogería a los fusilados en el suelo, en las

posiciones extravagantes que adoptaron al caer, perdida ya la vida, con las miradas fijas en el infinito de ojos que ya no servirían para ver, ni para acariciar, ni para reprochar, ni para revelar sorpresa, deleite o admiración, ni para mostrar sentimientos de ningún tipo. Ojos muertos como de pescados en una lonja. Tony sudaba con un sudor frío que le resbalaba de la frente y se le introducía en los ojos donde, escociéndole con su sal, se confundía con lágrimas de impotencia y vergüenza de ser hombre. Ocultó el rostro en la tierra, generando por sí mismo un barro pegajoso que le untó los labios, proporcionándole un sabor acre que le devolvió a juegos de su infancia, trayéndole recuerdos de reproches maternos por su descuido, al tiempo que su padre restaba importancia a sus travesuras de chaval.

El sargento dio orden de recoger a los muertos y enterrarlos en las inmediaciones. En ese momento Tony pudo presenciar algo que más tarde se hubiera negado a creer, si no fuera por haber sido testigo directo del lamentable hecho. El tal Juan Luis Trescastro, el pariente político lejano de Lorca, que se había apuntado a la ejecución en el momento en que el pelotón salía de La Colonia, empuñó su pistola como el que muestra un falo obscuro y acercándose al cadáver de Federico, le disparó dos veces en el trasero.

—¡Toma, por maricón! —le espetó, ante el general disgusto de los demás, que no consideraban correcto ensañarse con un cadáver.

—¡Fuera de ahí, hijo de puta! —le gritó el sargento Ajenjo—. No te pego un tiro porque me la jugaría, pero quítate de mi vista ahora mismo, no te quiero volver a ver. Maldigo la hora en que te permití acompañarnos.

Terminado el enterramiento, sudorosos, emprendieron el retorno a Nívar.

CAPITULO 5°. Carpe diem. 1931

La travesía del Estrecho de Gibraltar y la llegada a Tánger fueron breves pero excitantes para los siete seleccionados. Todos coincidían en la experiencia de ser la primera vez que se enrolaban en un navío de guerra y de aquella categoría; incluso alguno de ellos, como el medio-suizo Virgil Alexander, jamás había embarcado en nada más grande que las golondrinas y transbordadores que recorrían el apacible lago Lemán, en las que se sentía tan seguro, pues la única galerna que conocían era la que Gioachino Rossini

describe con desbordante imaginación en su ópera “Guillermo Tell”. Nadie se dirigió a ellos con orden ni cometido alguno, bastante tenían con ir haciéndose a la idea poco a poco de que su vida había cambiado radicalmente. Ya no eran individuos, ahora pertenecían a un equipo, un grupo compacto al que se le iba a encomendar una conspicua misión, que podría ser determinante tal vez en las decisiones que se tomaran en Gran Bretaña a muy alto nivel. Eso era al menos lo que en los reclutamientos de cada uno de los peones de aquel juego de ajedrez se les había vendido: la importancia de la misión que se les iba a encomendar y la gran responsabilidad que entrañaría para cada uno, lo que podía parecer incompatible con la extremada juventud de sus componentes.

Algunos de ellos se preguntaban por la travesía del buque hasta llegar a destino, qué escalas haría y qué maniobras llevaría a cabo. Corrió el rumor, que se confirmaría más tarde, de que las próximas escalas en Tánger y en Lisboa tenían como único objeto el de recoger a los dos últimos integrantes del grupo de jóvenes que Londres reclamaba. Si ello era cierto, el equipo de siete se transformaría en otro de nueve miembros, a los que habría que añadir los que por otros medios hubieran alcanzado el destino final del peculiar *team*.

Al llegar a Tánger, un automóvil descapotable esperaba en el muelle de atraque ocupado por un chófer y un personaje ataviado de blanco, desde el sombrero panamá a los zapatos, pasando por el fresco y caribeño traje de chaqueta y decorado con una corbata multicolor de fantasía, vistosa por demás. Tan pulcro personaje no era otro que Leonard Hiorns, el cónsul inglés en la ciudad, que descendió de inmediato del vehículo para dirigirse a la escalerilla de acceso a la nave, en la que, tras identificarse, se le franqueó rápidamente la entrada pues solicitó ser recibido por el Capitán Patterson. El cónsul comunicó al capitán del navío que la persona que esperaban experimentarían un retraso de 24 horas en su incorporación al barco, por enfermedad repentina de poca importancia.

—Vaya, eso sí que es en extremo inconveniente —respondió Patterson —Que el *HMS Hood*, el buque insignia de la flota de su Majestad Jorge V, tenga que sufrir un retraso de 24 horas por una enfermedad de poca importancia de uno de sus pasajeros ocasionales no deja de ser cuando menos bastante excepcional, molesto y en extremo gravoso para el Tesoro Británico. Le sugiero una explicación presentable sobre el incidente, señor cónsul,

habida cuenta de que tenía usted encomendada la custodia y presentación del candidato al servicio para el que fue seleccionado.

—Bien, capitán, hubiera preferido que se conformara con esa explicación, pero en el fondo siempre supe que demandaría usted una buena aclaración y se la voy a dar, muy a mi pesar porque me obliga a quebrantar el sagrado deber de discreción consustancial con mi cargo —respondió el atildado dignatario—. Como bien sabe, Tánger tiene estatuto de ciudad internacional, esto quiere decir que, desde hace poco más de seis años, está sometida a un condominio del que forman parte Francia, España, Estados Unidos, Holanda, Portugal, Rusia y nuestro propio país. Esta curiosa característica ha conferido a la ciudad un carácter muy especial y distinto al resto de las localidades marroquíes. Por decirlo de alguna manera, Tánger se ha convertido en un paraíso del espionaje, de los timadores y estafadores internacionales de guante blanco, repleto de *bon-vivants*, artistas comprometidos con las últimas tendencias y, sobre todo, juerguistas impenitentes que no pueden acometer libremente sus correrías licenciosas en otros lugares de un país islámico como es éste. Los cabarets y lugares de diversión proliferan porque dan jugosos beneficios a sus propietarios y placeres extravagantes e insólitos a sus usuarios.

Pues bien, como usted también sabe, Capitán, el resto del país está dividido desde 1912 en dos protectorados, el francés y el español. El primero comprende la parte más rica y productiva del país, mientras que el español se ciñe a una franja al Norte con su capital en Tetuán y una gran extensión prácticamente desértica al Sur.

—Todos estos datos me son conocidos, señor Cónsul, le ruego se ciña a los hechos que motivan el retraso en la partida del buque —gruñó Patterson.

—Mi Capitán, con el debido respeto —mostró sus uñas el legado consular —le recuerdo que soy autoridad civil, especialmente comisionado por el Foreign Office para el cargo que desempeño de ministro plenipotenciario, que como tal autoridad civil escapo, por decirlo de alguna manera, a la potestad militar que usted representa y que expondré los hechos en el orden y en la manera que considere oportunos. De lo contrario, no tengo ningún reparo en abandonar el barco *ipso facto* y recibirle en mis dependencias consulares mañana por la mañana en horario de oficina.

—Bueno, bueno —recogió apresuradamente velas el marino —expóngalo como desee, señor Cónsul.

—Prosigo. El caso es que el Sultán de Marruecos, Mohammed V, tiene como Jalifa, que es quien ostenta todos los poderes administrativos y legislativos por delegación de aquel, a Muley Hassán bin el Mehdi. Curiosamente, este Jalifa heredó el cargo de su padre, Muley [Mohammed Mehdi uld ben Ismael](#), en 1925, a la temprana edad de 13 años y todavía no ha cumplido los 19. Cosas de estas monarquías de opereta, aunque esté mal decirlo.

Pues bien, el Alto Comisario del Protectorado Español, que es quien realmente pone las peras al cuarto, perdón por la expresión, al Sultán y al Jalifa, don Luciano López Ferrer, tiene nombrado como Delegado de Asuntos Indígenas a don Antonio de Riquelme y Pedraza, Marqués de la Villa de Lorquí, un joven aristócrata español que aún no ha alcanzado la treintena, alto, bien parecido y afortunado hasta extremos inimaginables en sus relaciones con el sexo opuesto. A lo que voy, este Delegado de Asuntos Indígenas ha recibido el encargo secreto e imperativo de conseguir que el joven Jalifa pierda lo que todo joven de su edad está deseando perder si todavía no lo ha hecho: su virginidad. Ya se sabe, la vida en la corte, sus múltiples aunque figuradas ocupaciones, etc., qué voy a contarle que usted no sepa, han conseguido que el Jalifa continúe incólume, intacto e íntegro hasta la fecha y el Sultán, conocedor del problema, ha instado al Alto Comisario a echarle una mano en tan delicado asunto por ser éste un país islámico y, consecuentemente, muy estricto en estos temas.

—Sigo sin alcanzar a comprender qué tiene todo esto que ver con la demora en la partida de mi barco —se atrevió a apuntar el capitán.

—Todo a su debido tiempo, señor, todo a su debido tiempo. El caso es que, abrumado ante semejante encargo, el joven aristócrata español indagó entre su círculo de amigos y oficiales destacados en el Protectorado sobre cómo podría llevar a cabo con éxito la misión encomendada, con objeto de no defraudar al Alto Comisario. Y hete aquí, que la solución partió de un alférez de navío encargado del protocolo con la Casa Real, que dijo conocer la estrecha relación de camaradería existente entre Jim Gray y el propio Jalifa pues, aunque es algo mayor, son muy amigos y le da clases de inglés periódicamente en palacio. Y usted se preguntará quien este Jim Gray, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, Míster Hiorns —replicó Patterson, tratando de ocultar su exasperación.

—¡Pues ni más ni menos que el seleccionado para la misión que va a compartir con el resto de los “invitados” que usted lleva en este barco!

—¡Aleluya! Ya parece que se le puede ver la punta a todo este guirigay...

—Pues sí, se recurrió al susodicho Mr. Gray y don Antonio de Riquelme y Pedraza, por su dominio del campo enemigo femenino, acompañó al súbdito de su Graciosa Majestad y al Jalifa de Marruecos, de riguroso incógnito, eso sí, a la conocida casa de citas de Tánger “*Chez Bernadette*”, regentada por una tal Madame Bernarda, española y gallega para más señas, con el objeto de que Muley Hassán bin el Mehdi abandonara su estado virginal para incorporarse a las filas de los hombres experimentados en las artes amatorias.

—¿Y se consiguió cumplimentar debidamente tan secreto e imperativo encargo? —interrogó el Capitán, cada vez más fuera de sus casillas.

—Lo ignoro, mi capitán, puede usted suponer lo que quiera porque carezco de datos fidedignos, ya que lo único que ha transcendido es que el aristócrata español y el profesor de inglés agarraron tal cogorza, de la que se abstuvo el musulmán como está mandado, que todavía duermen la mona en las barrocas estancias de la casa de lenocinio, la más elegante del país seguramente. Esa es, y con esto acabo, la razón de que Mr. Gray no se haya incorporado al barco ni creo que pueda hacerlo hasta mañana.

—Bien, explicado, muchas gracias y hasta una próxima ocasión, Mr. Hiorns —se levantó el Capitán dando por finalizada la conversación y con ello la visita del peripuesto cónsul, que se despidió apresuradamente y abandonó el buque.

—¡Teniente Clutterbuck! —bramó Patterson.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—¡Forme de inmediato un pelotón con los marineros más fuertes y malencarados del buque y salga de estampida hacia una casa de putas llamada “*Chez Bernadette*” en Tánger! ¡Tráigame de las pelotas a un inglés llamado Jim Gray y, aunque sea borracho y sin equipaje, que se incorpore al calabozo del barco a dormir la mona! ¡Mañana y pasado me lo tiene usted baldeando la cubierta desde las seis de la mañana a las seis de la tarde, hasta que le salgan ampollas en las manos! Que se las cure el oficial médico, el comandante Babington; así aprenderá a demorar a mi barco ese bastardo...

Ah —añadió el capitán —si lo encuentran acompañado de un oficial

español, que no se les ocurra tocarle ni un pelo. Solo me faltaba provocar ahora un conflicto diplomático...

Se prohibió a la tripulación desembarcar para visitar la ciudad, en vista del retraso producido por el incidente amorio y, a la llegada del pasajero nuevo, se soltaron amarras y el *Hood* zarpó hacia Lisboa a toda máquina.

El amanecer sorprendió a los ocho cadetes con el toque de diana en el barco y la inmediata aparición del sargento Griffin comprobando la puesta en marcha del equipo, al que recordó el horario de actividades:

—Después del desayuno y del servicio religioso para los que deseen participar en él, a las ocho se los concentrará en el departamento de telegrafía, donde recibirán información técnica acerca del sistema de comunicaciones del *HMS Hood* con el exterior. El sargento Giles es el *signalling instructor*, el suboficial telegrafista que se encuentra al cargo de nuestra comunicación con el resto de la flota y con la sede del Almirantazgo.

Llegado el momento, siete de los cadetes se personaron en la cabina del radiotelegrafista, bastante amplia pues contenía los más modernos sistemas de comunicación mediante telégrafo, atendidos permanentemente por el suboficial Giles y nada menos que cinco ayudantes. El sargento al mando se dirigió a los cadetes como lo haría cualquier profesor de cualquier universidad o escuela especializada:

—Caballeros y señorita cadetes, buenos días. He sido comisionado por el Capitán Patterson para la primera toma de contacto de ustedes con el sistema operativo de comunicaciones de un barco, lo que entra dentro de los conocimientos que se les impartirán durante el proceso de instrucción y adiestramiento al que van a someterse. Por si nadie les ha hablado todavía del tipo de navío en que se encuentran, tengo el gusto de informarles de que están ustedes pisando el mayor buque de guerra, no solo de la *Royal Navy*, de la que es su buque insignia, sino de todas las flotas que en estos momentos surcan mares y océanos, como dirían nuestros antepasados: que navegan por los “siete mares”. La armada británica, hoy por hoy la más poderosa máquina naval militar del mundo, es también conocida en nuestro país con el sobrenombre de *Senior Service*, por ser la más antigua rama de nuestro sistema defensivo. Gran Bretaña ha venido manteniendo desde el siglo XVIII la política de que su flota de guerra debe ser mayor que la suma de las flotas de sus dos inmediatas seguidoras, y así sigue siendo hasta el momento, para orgullo de ustedes y de todo el pueblo británico pues, dado nuestro carácter

insular, la supremacía naval ha sido decisiva en la protección de los suministros de alimentos, armas y todo tipo de productos a la nación, fundamentalmente en tiempos de conflicto bélico, así como en la salvaguarda de las líneas de tráfico marítimo que nos han permitido defender nuestros intereses políticos y comerciales en todo el globo.

El *Hood* es un crucero de batalla de la clase *Admiral*, con una majestuosa eslora de 263 metros y una manga de 32, así como 49.000 toneladas de desplazamiento y, desde su botadura en Escocia en 1918, ha recorrido la mayor parte de las singladuras del ancho mundo, al que ya ha circunvalado. Su motorización está compuesta por cuatro enormes turbinas que reciben su alimentación nada menos que de veinticuatro calderas, con las que obtiene una potencia de 144.000 caballos de vapor que le permiten alcanzar una velocidad de más de treinta nudos y una autonomía de navegación superior a las cinco mil millas, lo que no está nada mal. Su tripulación supera los 1.400 efectivos, lo que tampoco es moco de pavo. Está dotado de 8 grandes cañones de 381 milímetros, 12 de 140 milímetros y otros de menor calibre, así como de cuatro tubos lanzatorpedos para cuando lo requiera la ocasión. Acaba de experimentar una revisión de gran calado y una importante mejora en sus medios de observación y ataque por habersele dotado, como ya habrán podido ustedes apreciar, de un sistema de catapulta para lanzar con rapidez los cuatro hidroaviones que se han incorporado a la nave.

Eso por lo que respecta a la “chalupa” que hoy les acoge, pero ustedes tienen encomendada a partir de esta mañana la tarea de ser instruidos en los secretos de la transmisión de la telegrafía sin hilos y yo soy precisamente el encargado de introducirles en esos conocimientos. Por cierto, me dijeron que ustedes eran ocho y solo veo a siete, ¿alguien puede explicarme esta aparente anomalía?

—Sí, sargento —intervino Tony —el octavo cadete se incorporó al barco ayer tarde en Tánger, pero ha sido objeto de arresto por el Capitán Patterson y en este momento debe encontrarse baldeando la cubierta de la nave, si no me equivoco.

—Bien, sin embargo considero importante que también él reciba la instrucción que se les va a impartir a ustedes. Aguarden un momento mientras averiguo qué se puede hacer al respecto.

El suboficial telegrafista solicitó ser recibido cuanto antes por el Capitán

Patterson, por lo que éste dio la orden de que se presentara inmediatamente en el puente de mando para ser atendido.

—¡A sus órdenes mi capitán! Desearía hablarle sobre un asunto relacionado con la instrucción de los nuevos cadetes.

—Lo estaba esperando, sargento Giles, ya me imaginaba que vendría usted a pedirme lo que viene a pedirme.

—Señor, usted estaba presente cuando el Contraalmirante nos reunió en la sala de oficiales del buque y me ordenó la instrucción en las técnicas del telégrafo de todos, y subrayo la generalidad de la frase, de todos los cadetes de nueva incorporación. Si uno de ellos deja de recibir la información adecuada, se incorporará en Londres al servicio para el que ha sido seleccionado con una carencia que habrá que explicar. Entiendo perfectamente la justicia del arresto, pero tal vez pueda reconsiderarlo dada la situación. En caso contrario, alguien deberá explicárselo al Contraalmirante. Tal vez fuera posible sustituir el arresto por otro tipo de castigo que no le impida asistir a la clase que se me ha encargado impartirles. Es solo una sugerencia, señor.

—Ya lo había pensado y acabo de dar orden de que ese chico se incorpore al grupo de inmediato. Su arresto se sustituirá por el de quedarse sin permiso para abandonar el buque en Lisboa, de modo que sus compañeros bajarán a divertirse y él se quedará arrestado a bordo. Buenos días, sargento.

—¡A sus órdenes, señor! Y si me permite, le diré que ha sido una sabia decisión —se atrevió a calificar el suboficial, amparado en los muchos años de servicio junto a aquel hombre justo.

—¡Salga de aquí, Giles, maldita sea! ¡Es usted un adulator zalamero y un pelotillero de cuidado! Si no fuera porque es el mejor radiotelegrafista de la *Royal Navy*... —sonrió el capitán, que tenía al jefe de transmisiones en gran estima—.

De regreso a la cabina de radiotelegrafía, el sargento encontró incorporado al cadete Jim Gray, relevado por el capitán de sus labores de limpieza en cubierta. De inmediato se dio cuenta de que el carácter franco y extrovertido del muchacho había conquistado las simpatías de los componentes del grupo, que se reían con sus ocurrencias y con la descripción de sus andanzas en el burdel tangerino. A pesar de agradarle el ambiente de camaradería que observaba, se consideró obligado a solicitar la atención y la gravedad que el programa de enseñanza requería.

—¡Señores cadetes, orden, por favor! No consentiré alteración alguna de la disciplina en este recinto militar. Hoy se les van a impartir a ustedes los rudimentos de las comunicaciones que un buque utiliza para relacionarse con otros barcos o con estaciones de tierra. Presten la debida atención.

Todos ustedes han oído hablar del alfabeto Morse. Deberán aprender a manejarlo como si se tratara de cualquiera de los dos idiomas que utilizan habitualmente, es decir, el inglés y el del país donde residen. El dominio de este código debe ser absoluto, total. Cuando lleguen a su destino en Londres, quiero poder presumir de lo que en este barco les hemos enseñado. Tomen ustedes estos textos y memorícenlos. No se asusten, no es un alfabeto fácil, pero infinidad de marinos y no marinos lo han aprendido antes que ustedes. Sufrirán, por decirlo de algún modo, exámenes frecuentes sobre la materia, porque el trayecto hacia Inglaterra, a pesar de la prevista escala en Lisboa, es bastante corto.

Como pueden ver, el transmisor de esta cabina emite ondas electromagnéticas, fáciles de registrar en destino por utilizar el mismo código de rayas y puntos usado en un principio por el telégrafo con hilos inventado por Samuel Morse, un norteamericano oriundo de Massachusetts, por si lo ignoraban ustedes. El posterior telégrafo inalámbrico de Marconi permitió su utilización en las comunicaciones marítimas y de todos es conocida su utilidad, entre otras, en el salvamento de vidas, por ejemplo en el naufragio más famoso de la historia, el del *Titanic*, el 14 de abril de 1912. Incidentalmente les diré que mis colegas radiotelegrafistas en aquel infortunado viaje se llamaban Jack Phillips y Harold Bride, dos auténticos héroes civiles que permanecieron en sus puestos hasta el último momento.

—¿Sobrevivió alguno de ellos?- intervino el cadete Dawson, el que presumía de barítono de Sorrento.

—Pues sí, vivió para contarlo el segundo de ellos, Bride. Phillips logró subir a un bote salvavidas, pero éste volcó y pereció congelado, como tantos otros pasajeros y tripulantes. No obstante, su labor de comunicación con otros buques, como el conocido *Carpathia*, consiguió el salvamento de unas setecientas vidas, nada menos, a pesar de encontrarse a casi cien kilómetros de distancia al recibir la petición de ayuda, y han de saber que el *Titanic* fue uno de los primeros barcos que utilizaron el código SOS para solicitar esa ayuda.

—¿Se nos permitirá utilizar el transmisor a nosotros durante la travesía, sargento? —inquirió la cadete procedente de Alemania.

—Por supuesto, señorita Borsdorf, está previsto como práctica de su aprendizaje. Así aprenderán ustedes que su participación en todo tipo de actividades de espionaje e información al servicio de su país puede tener íntima relación con los conocimientos que adquieran en estos días. Incluso sus vidas pueden llegar a depender de la forma en que esa transmisión sea llevada a cabo. De hecho, cada telegrafista tiene un perfil y un estilo peculiares a la hora de realizar la transmisión. Es como el lenguaje hablado; si ustedes son capaces de reconocer la voz de una persona no solo por su tono, sino por sus inflexiones, sus intervalos entre las diferentes expresiones, etc., en la transmisión por código morse acaba pasando lo mismo. Hay expertos en reconocer el estilo del transmitente con suma facilidad, lo que permite identificar a suplantadores enemigos cuando se captura al agente destacado en un conflicto, por ejemplo.

—¿Será lo único que aprenderemos durante la travesía hasta nuestro país, señor? —cuestionó el cadete Harvey Nolan.

—No, les enseñaremos los sistemas más importantes que se utilizan a bordo. Por ejemplo, a utilizar el heliógrafo con la soltura suficiente para hacerse entender.

—¿Es este espejo un poco raro que hay sobre la mesa, sargento?— se atrevió a señalar el medio-suizo Virgil Alexander.

—Efectivamente. Aunque le parezca un instrumento complicado es un simple heliógrafo de persiana que, moviendo sus lamas y aprovechando la reflexión de la luz del sol, puede emitir de forma visual el mismo código Morse que están a punto de aprender. Por otra parte, les enseñaremos la utilización de la linterna de señales marítimas. Es prácticamente lo mismo que el heliógrafo, pero aquí la fuente luminosa no proviene del sol, sino de la

propia batería del aparato, que en este caso es un eficaz *Admiralty Pattern*, bastante extendido en la marina de su Majestad.

—Pero yo he visto algunas veces en el Bósforo cómo los buques de la flota rusa se hablan por medio de banderas cuando, desde el puerto de Odessa, se dirigen al Mediterráneo —interrumpió Colin Kynaston.

—Pues sí, y ése será el último método de comunicación que aprenderán ustedes aquí. Hay dos categorías de banderas de señales. En la primera se transmiten mensajes mediante múltiples tipos de banderas, con colores y formas diferentes, cada una de las cuales equivale a un número o una letra del alfabeto. Este es un sistema que prácticamente solo se usa de barco a barco y no se les va a enseñar a ustedes, que sí aprenderán otro método, conocido como “semáforo”, que se practica con solo dos banderas iguales, ambas cuadradas y de colores rojo y amarillo. Con una bandera en cada mano, se describen las diversas letras o números mediante círculos que son visualizados desde el punto de recepción del mensaje, generalmente otro barco. No es demasiado complicado, pero también tendrán que esforzarse en aprenderlo.

La clase teórica se desarrolló con normalidad. El sargento Giles se reveló como un gran pedagogo, capaz de enseñar el alfabeto Morse al más obtuso de los alumnos. Su paciencia era infinita y poco a poco fue introduciendo en las molleras de aquellos muchachos unos conocimientos bien diferentes a los que venían usando en sus respectivas profesiones. Como apoyo inestimable, el profesor contaba con la colaboración de los *signallers* Tom Spragg y Wes Dayrell, encargados de la enseñanza y práctica de todo lo relacionado con el heliógrafo y las banderas y linterna de señales. Los alumnos lo tomaron como un juego y practicaban entre ellos a todas horas, con lo que combatían la rutina de la travesía y contentaban al sargento demostrando un inusitado interés en el aprendizaje de los diversos códigos.

La sala de oficiales del barco se convirtió, por orden expresa del Capitán, en lugar de concentración y estudio para los alumnos, lo que provocó situaciones embarazosas para algunos oficiales, a los que se remitía a la cantina del barco para sus reuniones, motivando la guasa de bastantes tripulantes, con chanzas y chascarrillos para todos los gustos. Los más perjudicados fueron los guardiamarinas, que eran los últimos en la escala de mando y disponían de más tiempo libre.

Durante la travesía por el Atlántico la mar no resultó demasiado movida,

pese a ser noviembre un mes otoñal propenso a la entrada de las borrascas que acababan atravesando la Península Ibérica de Oeste a Este, preñadas de la humedad del océano con la que enriquecer, empapando, las sedientas tierras del Alentejo portugués y de la Castilla española.

La intensa sensación patriótica que invadía los pechos de aquellos jóvenes reclutados de lejanas tierras para servir a su país de una manera diferente se veía reforzada por la disciplina militar a que obligaba la vida en el *HMS Hood*. Algunos se enfrentaban por primera vez a la idea de que su país era una potencia mundial de primer orden y esa preeminencia no surgía de la nada, se lograba con el apoyo de cada inglés que, en los momentos más delicados, era consciente de su deber y cumplía con él, como ellos iban a hacer ahora. Un amplio y generoso sentido de orgullo se iba apoderando de los jóvenes seleccionados al contemplar desde cubierta cómo su barco hendía las aguas con autoridad y sensación de soberanía. Más de uno volvió a escuchar en su interior aquella marcha de gozo y arrogancia, de honor y dignidad: “Rule, Britannia! Britannia, rule the waves: Britons never never shall be slaves”: “¡Gobierna, Britannia! gobierna las olas: los británicos jamás serán esclavos”.

Si el Imperio Británico había dejado de ser lo que fue con la reina Victoria, su voz seguía oyéndose tonante en el mundo y la comunidad de naciones que surgió de ese Imperio seguía vinculada a la metrópoli con otros lazos, lejanos ya a la sumisión, pero entrañablemente unidos en un pasado común y en un futuro de posible amistad y cooperación entre iguales. Ese era su país, ese era su mundo y no estaban dispuestos a renunciar a ello, costase lo que costase.

Al caer la tarde, la costa portuguesa se vislumbró ya con nitidez y al poco el buque enfiló majestuoso el estuario del Tajo, entrando en el puerto de Lisboa, el puerto de Don Enrique el Navegante y de Vasco de Gama, de donde temerarios marinos salieron al descubrimiento y conquista de nuevas tierras para la corona lusitana en el Nuevo Mundo, en África y en el lejano Oriente. El pueblo lisboeta se arremolinaba, comiendo altramuces y gastando bromas, en los muelles del embarcadero para ver con asombro como atracaba el buque, todo un espectáculo cuando se trataba de un monstruo tan enorme, hecho de energía y de acero, de brío y de porfía, que iba a vomitar una formidable cantidad de marinos. Los prostíbulos de la ciudad se frotaban las manos pensando en el negocio que se avecinaba con tanto marinero

necesitado de distracción tras una singladura larga y monótona. Los mejores restaurantes de la ciudad hacían acopio de los más selectos víveres en los mercados de abastos por la próxima visita de la oficialidad, cansada del rancho de a bordo y conocedora de las exquisiteces de la cocina lusa por los encuentros periódicos con su tradicional aliado portugués.

—Me ha encargado el capitán que os transmita que esta noche estamos invitados a una recepción en el Ayuntamiento de la ciudad, seguido de cena y baile, al que acudirá lo más granado de la sociedad lisboeta, acompañado, por supuesto, de sus hijas casaderas, *old chaps* —espetó el guardiamarina Evan “Smart” Gurney a sus compañeros en la cantina del buque, mientras degustaba una soda, pues no estaba permitido consumir alcohol durante ciertas maniobras, como la arribada a puerto.

—Siendo portuguesas, seguro que la mayoría de las chicas tienen bigote —contestó el rudo Bill Salter, famoso por su sinceridad y sus frases inconvenientes.

—Pero mira que eres asno, Bill —volvió a intervenir *Smart* —la que sí tenía bigote era tu hermana Doris, a la que trajiste a la fiesta del buque en Belfast y con la que nadie quiso bailar, pese a tus sobornos. ¿O ya no te acuerdas, aunque fue en mayo? Ah, muchachos, se me ha advertido que iremos todos de gala, con la chupa de reglamento.

Al igual que sucedió en Tánger, se repetía en el muelle del puerto la escena de un automóvil con pasajeros esperando el atraque de la nave para subir a bordo. En esta ocasión se trataba de un elegante caballero que por su atildamiento no habría podido negar su origen británico y de un joven alto y de aspecto grave situado a su izquierda. Cuando la escala de acceso al buque quedó debidamente colocada, el conductor del vehículo se dirigió de forma ceremoniosa al cabo de guardia que había desembarcado y le comunicó que el Agregado Honorífico de la Embajada de Su Majestad en Lisboa deseaba ser recibido por el Contraalmirante Tomkinson. Transmitida con celeridad la petición, se recibió la autorización para subir a bordo.

El capitán Henderson, ayudante y secretario del Contraalmirante, acompañó al Agregado de la legación hasta el puente de mando del navío, donde se encontraba el Contraalmirante, dejando al muchacho en la Cámara de Oficiales del buque a la espera de recibir instrucciones, e hizo las presentaciones protocolarias de rigor, aunque los dos interlocutores eran viejos conocidos pese a la juventud del diplomático.

—Señor, el Agregado Honorífico de la Embajada británica en la República Portuguesa, Mr. Markus John Cheke.

—Hola, Markus, ¿Cómo estás? —avanzó decidido el Contraalmirante con la mano extendida para saludar a su huésped -. Aunque ya veo que te sientan bien la diplomacia y este gentil país; tienes el mismo aspecto que cuando formabas parte del equipo de rugby en el Trinity College. ¿Aquí llueve menos que en Oxford, verdad? A propósito, ¿Cómo está tu padre? Transmítele mis saludos cuando hables con él, ya sabes cómo le aprecio.

—La estima es mutua, Wilfred, y tú lo sabes. Por lo que a mí respecta, procuro cuidarme. A ti te encuentro también en plena forma, y eso después del calvario que habrás pasado con la huelga y el motín de Invergordon, menudo trago, chico.

—No me hables. Ahí te hubiera querido ver yo con toda tu carrera diplomática, entre la espada que representaba el Gobierno con sus descuentos salariales y la pared de unas tripulaciones levantiscas y dispuestas a todo. Tengo informaciones confidenciales de que el Gobierno me considera a mí en cierto modo como responsable del motín, por no haber aplicado estrictas medidas disciplinarias desde un primer momento a unos hombres extraordinarios que se ven agraviados por los políticos de turno. De ahí a que el Almirantazgo me retire su favor, solo hay un paso.

Como siempre, se necesita un chivo expiatorio y me temo que voy a ser yo. Pero nadie del Gobierno vino a dar la cara después de aplicar una rebaja a los sueldos de todos los marinos del diez por ciento en unos casos y de hasta del veinticinco en otros. Este último descuento fue el que provocó la revuelta. Es cierto que a todos los funcionarios del Estado se les aplicó la primera de las rebajas en un intento de equilibrar el presupuesto nacional, afectado por la misma Gran Depresión que el resto del mundo, pero ello ha coincidido con la salida de los laboristas del Gobierno y la clase de tropa lo ve como una traición a los trabajadores. No es fácil aceptar una rebaja en la marina superior a la del resto de los empleados públicos. Hasta los *Petty Officers*, los sargentos, han sido víctimas de semejante reducción salarial del veinticinco por ciento; demasiado han aguantado, en mi humilde opinión.

Tendrías que ver soliviantadas a las tripulaciones de diez buques de guerra: mi *Hood*, el *Dorsetshire*, el *Norfolk*, el *Repulse*, el *York*, el *Malaya*, el *Rodney*, el *Valiant*, el *Warspite*, y el *Adventure*, a los que más tarde se unieron el *Nelson*, el *Centurion*, el *Shikari*, el *Snapdragon* y el *Tetrarch*.

Total, los mejores acorazados y cruceros de la flota atlántica. Para que te hagas una idea: los amotinados consiguieron la adhesión a la huelga incluso de los *Royal Marines*, que, como sabes, están encargados de mantener el orden y la disciplina en todo momento, no te digo ya en caso de motín, claro. Y yo como máximo responsable designado para acabar con el conflicto porque el Almirante Hodges se encontraba hospitalizado. Muy oportuno, para él, claro. Ya veremos en qué acaba la broma. Lo que más siento es que este incómodo percance pueda salpicar a mi segundo, el Capitán Patterson, un caballero y un militar de verdadera valía.

—¿Cómo se lo ha tomado Edith Joan? —preguntó Cheke refiriéndose a la esposa del Contraalmirante.

—Está preocupada, evidentemente. De todas maneras, siempre me dice lo mismo: que llevo cuarenta años en la Royal Navy y que ya va siendo hora de que vuelva a casa a jugar al golf y escribir mis memorias o, cuando menos, a echarle una mano en el jardín. Imagínate, yo echándole una mano en el jardín, lejos de mis olas, de las soberbias tormentas de este océano y de dar órdenes a todas horas. De risa... Pero hablemos de otra cosa, preséntame a tu acompañante, que supongo pasará a ser mi invitado ya mismo.

—Efectivamente, si te parece nos trasladamos a la Cámara de Oficiales donde está esperando órdenes.

Llegados a la austera pero elegante sala, el Agregado cumplió con las labores de protocolo oportunas:

—Contraalmirante, tengo el gusto de presentarle a Mr. João McConnell, hijo de Brendan McConnell, Primer secretario de nuestra legación en Lisboa, y alumno del *Diplomatic Service* de Su Majestad. Aunque su puesto le reclama en Londres, ha tenido que desplazarse ocasionalmente a Lisboa por el infausto fallecimiento de su madre.

—Le acompaño en el sentimiento, Mr. McConnell —interrumpió Tomkinson —y le ruego haga extensivo este pésame a su padre, al que tuve el gusto de conocer en mi última visita a este país.

—Gracias, señor, así lo haré —respondió el muchacho.

—Bien, como le decía, señor, Mr. McConnell ha sido seleccionado para incorporarse, a la mayor brevedad, al nuevo servicio de espionaje al que se va a sumar el resto de sus invitados procedentes de Francia, España, Italia, etc. Ni usted ni yo estamos autorizados para conocer más datos de este servicio, tan solo intervenir en la selección de posibles candidatos y, por lo que al

Hood respecta, en su traslado a la metrópoli.

—Entendido. Me hago cargo del nuevo pasajero de mi barco y le libero a usted a partir de ahora de cualquier obligación respecto de su persona. Póngase usted, Mr. McConnell, a las órdenes del sargento Giles a partir de este momento y considérese incluido en la categoría militar de cadete como el resto de sus compañeros. Bienvenido a bordo.

João McConnell se volvió a recoger su equipaje y pudo ver al sargento Giles detrás de él, en clara disposición de acompañarle a su nuevo alojamiento.

-Y ahora, Wilfred, si te parece, —intervino Markus Cheke, cuando se quedaron solos —te invito a cenar en el mejor restaurante de fados de Lisboa, “O Concelho”, en el típico barrio de pescadores de Alfama, donde vas a degustar el mejor *bacalhau* del mundo, con un *vinho verde* que alegrará nuestros tibios e insulsos corazones británicos, *my friend*. Lástima que no esté aquí mi padre, tu amigo. Me gustaría que nos acompañara el comandante del buque, Patterson, pero, abusando de tu confianza, he dispuesto que te represente ante el alcalde José Vicente de Freitas en la recepción con cena que dedica al *HMS Hood*. Te he excusado alegando que tienes que entrevistarte con nuestro embajador, lo cual no es del todo inexacto, pues ha dispuesto recibirte mañana a las diez de la mañana en nuestra legación para tratar asuntos de Estado.

—Vaya, si no fuera porque voy de uniforme, solo te falta decirme de qué color tengo que ponerme la corbata —rió el Contraalmirante —Sigues siendo un soltero de oro, muchacho.

—Pues aún hay más, ya que lo mencionas, y espero que no te rías de lo que te voy a decir: Me ha rogado el embajador que te transmita la súplica de que, como comandante de la flota más poderosa que surca mares y océanos, así como representante aquí y ahora de un aliado tradicional de Portugal como es Inglaterra, acudas a su entrevista con tu uniforme de gala.

—¡No estarás hablando en serio!

—Mira chico, la verdad es que el embajador es un hombre al que le encanta el protocolo y todos sus boatos y hopalandas, con lo que tu aparición en la puerta de la legación, saliendo de su Bentley y con tu vistoso uniforme de gala, será un evento que recogerá toda la prensa de esta pequeña capital y se convertirá en la comidilla de la sociedad local. ¿A ti que trabajo te cuesta darle ese gusto, hombre?

—Sea, pero me debes una y gorda, porque cuando se enteren en el Club de Oficiales del Almirantazgo me va a ser imposible pasar por allí...

La salida del buque se produjo de forma escalonada, los sargentos al mando de la marinería no habrían consentido otra cosa. La imagen del barco quedaba reflejada en aquellos detalles de respeto para con sus anfitriones los ciudadanos lisboetas, que gustaban de la marcialidad de aquellas tropas secularmente amigas. Pero igual que esa seriedad en el desembarque era muy del gusto de los observadores ocasionales del puerto, también disfrutaban advirtiendo cómo los marineros se desmadraban en cuanto perdían de vista el barco y buscaban por las callejas del *Chiado* lo que ofrecían aquellas mujeres de rostros excesivamente maquillados que trataban de atraerlos con zalamerías de todo género en un idioma curioso que les resultaba totalmente ajeno.

A la clase de tropa siguieron los guardiamarinas, tan elegantes con sus *short jackets* de gala que causaron la fascinación y el deleite de las mujeres que abarrotaban los muelles, poco acostumbradas a hombres tan gallardos con aquellos vistosos uniformes. Los jóvenes militares reían seguros de su éxito y cruzaban apuestas sobre el número de señoritas lusitanas que ostentarían los bigotes anunciados por el zafio Bill Salter.

La llegada del sargento Giles al camarote de los cadetes originó la natural sorpresa, pues no habían sido avisados de que un nuevo miembro se incorporaría en Lisboa al grupo. Efectuada la presentación de los componentes, que ya estaban deseando bajar a tierra, McConnell se ofreció como cicerone:

—Aunque inglés, he vivido en Lisboa largas temporadas, mi padre es diplomático del Foreign Office y reside aquí desde hace años, así que si queréis que yo os sirva de guía, conozco la ciudad de cabo a rabo, además de hablar el idioma como cualquier portugués.

—Por mí, encantado y agradecido —habló Tony Martin en representación del grupo entero—. La verdad es que, dado lo avanzado de la hora, pensábamos dar una pequeña vuelta por lo más turístico de la ciudad y luego acercarnos a tomar un bocado y unos vinos de Oporto a algún local donde se canten fados. Nos han dicho que son tristes, pero que no nos los perdamos. ¿A ti que te parece?

—Pues me parece que eso es exactamente lo que procede y que cuanto antes nos vayamos, más cosas podré enseñaros. En cuanto al fado, no admite

medias tintas: a unos os encantará y a otros os parecerá insoportable. Normalmente, y aunque los hay muy alegres, son canciones bastante tristes que expresan los sentimientos más profundos del alma portuguesa. Resultan muy populares porque tocan temas que atañen fundamentalmente al pueblo más llano, susurran sus problemas, sus dificultades, sus dudas y sus desengaños. Los fadistas que los interpretan, hombres o mujeres, acaban convirtiéndose en verdaderos ídolos, la masa los adora.

Durante la visita de la ciudad, que disfrutaron todos especialmente por ser conscientes de que dentro de poco estarían tan ocupados que sería difícil disfrutar plenamente de momentos de esparcimiento como aquel, Tony hizo un aparte para acercarse a McConnell:

—Comprendo lo que sientes, João. Yo perdí a mi madre en Gales hace ya bastantes años y todavía la echo mucho de menos. No es fácil superarlo.

—Gracias, chico. ¿Eres Tony Martin, el que viene de España, verdad? —respondió mientras recibía la conformidad del interpelado—. Me ha resultado muy duro y creo que ha sido peor todavía para mi padre. Mi madre era muy hermosa y estaba muy colado por ella, desde siempre. Confío en que su trabajo en la embajada le absorba lo bastante para que pueda ir superándolo.

João, conocedor de la ciudad hasta en sus más retirados rincones, llevó a sus compañeros hasta el Barrio Alto y los introdujo en un local nada suntuoso pero muy acogedor, con sillas y mesas bajas y poca luz, casi toda proveniente de viejas botellas recubiertas de la cera que caía de los prendidos cirios que soportaban, en el que servían de cena la omnipresente sopa portuguesa y los ricos pescados que la flota pesquera traía a puerto cada día.

—Aunque este país —destacó— siente adoración por el bacalao que traen de Escocia o de Noruega y, los barcos que practican la pesca de gran altura, de Terranova. Vais a comprobar lo que es comida rica y a escuchar auténticos fados portugueses, seguro que mejor cantados que los que oigan los oficiales del *HMS Hood* en los locales de moda de Lisboa. La chica que canta hoy, Deuvânia Oliveira, una auténtica belleza de Évora, es una gran profesional en su estilo y tiene muchos seguidores. Dentro de un rato veréis cómo empieza a llenarse el local con clientes que no vienen a cenar como nosotros, que solo somos turistas de visita en la capital, sino que acuden a degustar los vinos del país y a escuchar a esta notable artista.

En el local, que hasta su llegada estaba casi vacío, estaban encantados de

recibir a aquellos muchachos, a los que catalogaron en seguida como amigos ingleses y, según ordenaba João, iban llegando platos llenos de viandas que regresaban a la cocina vacíos y limpios como patenas. La hermosa Deuvânia les entonó varios fados muy sentidos que gustaron a la mayoría, pese a ser la primera vez que oían ese tipo de folklore tan particular. Después de la copiosa y sabrosa cena, en un descanso de la música, la alemana Jutta, que parecía sentir cierta inclinación por el guapo portugués, le pidió que completara la agradable velada contando un poco la romántica historia que se adivinaba entre su padre inglés y la linda portuguesa que habría sido su madre.

—Pues veréis —no se negó a aceptar el reto que le planteaban —mi padre de soltero estaba destinado en 1902 en el consulado inglés en Oporto y una tarde, se dio una vuelta por Coímbra, la ciudad universitaria portuguesa por excelencia, y quedó prendado de una joven alta y morena que salía con unas amigas de la facultad de Letras, donde estudiaba la carrera. Mi padre acudía frecuentemente a esa bonita ciudad para distraerse del abrumador trabajo que ocupaba casi todo su tiempo en la ciudad de las bodegas y los vinos generosos, con lo que acabó relacionándose con bastantes profesores jóvenes de las diversas facultades, muchos de ellos residentes en esos pisos de estudiantes que allí llaman “repúblicas”, nombre curioso por demás.

Hizo entre ellos las pesquisas oportunas hasta que uno le dijo que la chica se llamaba Maria Carmem Magalhães y que era alumna suya en la clase de Historia Moderna, con lo que fue bastante fácil provocar un encuentro “casual” que sirvió para hacer las presentaciones de rigor. Desde aquel preciso momento no se separaron. Mi madre había recibido toda su educación en un colegio de monjas de Lisboa en el que estuvo interna, pues había nacido en Angola, colonia portuguesa, donde su padre era propietario de una compañía pesquera y de maderas de cierta importancia y allí escaseaban los buenos centros de enseñanza, como podéis imaginar.

En 1903, el padre de mi madre, Otávio Magalhães, que ya había enviudado, viajó a Lisboa, en parte por negocios, en parte por visitar a su hija y conocer al que decía que era su novio para darle el visto bueno; entonces la opinión de los padres era casi ley en las costumbres de este país. Mi abuelo cerró buenos negocios con sus clientes de la metrópoli, pasó casi un mes con su hija, a la que hacía dos años que no veía, y dio su aprobación a la posibilidad de enlace entre los dos jóvenes, poniendo como única condición

su deseo de que la boda se celebrase en Luanda, la capital de la colonia y su residencia en aquellas tierras. Así fue, un año después la pareja de jóvenes viajó a Angola y se celebró el enlace.

Mi madre tiene un hermano mayor, Tomé, que, aunque casado ya en aquel momento, no ha tenido descendencia. Es por eso que el abuelo Otávio intentó por todos los medios atraer a mi padre al aventurero mundo de sus negocios, con la intención de que alguno de los nietos que éste pudiera darle quisiera continuar la obra que él había emprendido, cuando mi tío Tomé dejara el bastón de mando. Le llevó al puerto de Lobito, donde amarraba su flota pesquera, base de sus fábricas de salazones y de harina de pescado, le habló de sus concesiones de maderas tropicales en las selvas del enclave de Cabinda, de las inmensas posibilidades de la región y le presentó a sus compatriotas portugueses que gobernaban vastas fincas agrícolas o minas de diamantes en el Noreste de la colonia. Nada de esto acabó convenciendo a mi padre, que deseaba para sí y para su familia una vida más tranquila al servicio de la diplomacia de su país, Inglaterra.

Desesperado, el aguerrido aventurero portugués le hizo prometer que le visitarían de tiempo en tiempo y que, cuando sus nietos fueran capaces de decidir por sí mismos, les llevaría a pasar unas buenas vacaciones para que conocieran la colonia y resolvieran libremente si algún día querían hacerse cargo de aquel pequeño imperio que había montado su abuelo.

Mi madre tuvo dos hijos, de los que yo soy el primogénito y mi hermano Lourenço el benjamín, al que le llevo dos años. Ambos nacimos al Este de Inglaterra, en casa de mis abuelos John, del que recibo el nombre en su versión lusitana, y Lena, que siempre han vivido en Ipswich, una ciudad del condado de Suffolk con su gracioso puerto en el estuario del río Orwell. Allí nacimos y allí estudiamos los dos muchos años, en que vivíamos con los abuelos, visitando a mis padres en Portugal de tiempo en tiempo, salvo durante los años de la Gran Guerra europea, en que no nos movimos de Inglaterra, claro.

Llegado el momento oportuno, mi padre cumplió su promesa y, cuando Lourenço cumplió veintiún años, hace ahora tres, cogimos el barco toda la familia y pasamos con el abuelo nuestras vacaciones de verano, que allí, por debajo del Ecuador, coincide con su estación seca aunque no demasiado calurosa. A ambos nos enseñó sus posesiones y el poder que daba dedicarte a la industria y los negocios en un territorio colonial como aquel.

Durante aquellas vacaciones mi hermano, influenciado quizás por la novela de Joseph Conrad “El corazón de las tinieblas”, tan de moda entre los estudiantes ingleses, le pidió que nos llevara a una expedición por el río Congo, que conforma parte de la frontera Norte de la colonia, a lo que mi abuelo accedió entusiasmado. Pese a su edad, está hecho un roble y sigue con una ascendencia sobre la población indígena en extremo notable porque siempre ha tratado muy bien a sus trabajadores, denunciando en multitud de ocasiones al gobernador portugués que todavía subsiste de forma clandestina el tráfico de esclavos, con negreros que secuestran a nativos para su envío a plantaciones sudamericanas y a países árabes del Norte de África. La excursión resultó apasionante. Utilizamos un pequeño barco de mi abuelo para recorrer el río desde su desembocadura al Atlántico en Muanda hasta la ciudad portuaria de Matadi, ya fuera de la colonia, en pleno Congo Belga, un recorrido de casi ciento cuarenta kilómetros. Os podéis imaginar: cocodrilos, hipopótamos y una inmensa variedad de aves que nos maravilló. Junto a eso, mosquitos, mosca tsé-tsé y toda clase de parásitos con los que hay que aprender a convivir.

Total, yo había terminado ya mi carrera de Derecho y empezado a trabajar en el Foreign Office, siguiendo la carrera de mi padre que era lo que me gustaba. Encontraba todo aquello muy exótico, pero pensaba que estaba en el fin del mundo, que mi abuela Caetana, a la que nunca conocí, había muerto de una rara enfermedad tropical, al igual que tantos otros colonos y, para completar el cuadro, el mundo de los negocios nunca me ha atraído, así que le dije a mi abuelo que, por lo que a mí concernía, prefería una vida más civilizada. Sin embargo, mi hermano Lourenço sí le tomó gusto a aquello y desde hace dos años vive allí con el abuelo y ayudando al tío Tomé en todo. Los dos le han tomado mucho cariño y yo me alegro por todos ellos y, especialmente, por mí.

Volviendo horas después al barco, coincidieron en los muelles del puerto con los guardiamarinas que regresaban de la recepción en el Ayuntamiento. Algunos discutían sobre la experiencia y se lanzaban todo tipo de reproches:

—La culpa es tuya, Bill Salter —bramaba el guardiamarina Keith Gornall, un gigante de 1,93 metros —¿De dónde sacaste que la mayoría de las mozas lisboetas tenían bigote? ¡Me has hecho perder una pequeña fortuna en las apuestas, *ugly bastard!*

-¡Ya os advertí de que era un *fucking liar*! A mentir no le gana nadie —remachó *Smart Gurney*—. Yo, en cambio he ganado una buena pasta apostando por la belleza de las señoritas y su ausencia de mostachos, y eso que os lo avisé.

-¡Mira, *Smart*, vete al infierno de una vez! —sentenció *Bill Salter*—. Estaba muy claro que nunca había oído la famosa sentencia de Confucio: “*Nunca hagas apuestas. Si sabes que has de ganar al otro, eres un tramposo...Y si no lo sabes, eres un tonto*”.

CAPITULO 6°. Noblesse oblige. 1931

A las nueve y media de la mañana del día siguiente, el cabo de guardia transmitía la noticia al capitán Henderson, como secretario personal del Contraalmirante, de que un lujoso automóvil Bentley modelo *Speed Six* con el banderín de la Embajada Británica se encontraba estacionado a pie de la escalerilla del *HMS Hood* y se había notificado por el conductor que esperaba para el traslado del *Command Flag* del crucero de batalla a la legación diplomática.

La máxima autoridad del *HMS Hood*, en vistoso uniforme de gala, descendió del buque con la mayor pompa y circunstancia de que fue capaz, escuchando complacido las reglamentarias notas del silbato de ordenanza, para acceder al elegante automóvil cuya puerta trasera mantenía abierta en posición de saludo el conductor adscrito a la embajada, tras lo cual inició la marcha por los muelles del puerto hasta alcanzar su salida, donde se cuadraron militarmente los componentes de la guarnición portuguesa, e incorporarse ceremonioso al caótico tránsito rodado de la capital.

En pocos minutos, ante la admiración de los demás automovilistas, el vehículo se detuvo con solemnidad frente a la Embajada Británica, en la señorial Rua São Francisco Borja, en el distinguido barrio de La Estrela, cerca del Parlamento y de la residencia oficial del Primer Ministro portugués, de la iglesia anglicana de St. George y del Cementerio Británico, la zona de mayor influencia inglesa de la capital del país.

—Buenos días, Wilfred, bienvenido a la sede del Embajador de su Británica Majestad —Markus Cheke acudía al encuentro de Tomkinson aludiendo al título oficial del legatario diplomático y con la mejor de sus sonrisas—.

—Hola, Markus, hoy me toca a mí visitar *tu barco* —contestó el marino estrechando su mano.

—Vas muy elegante, *mon Dieu* —bromeó el Agregado.

—*Noblesse oblige* —continuó Tomkinson con la broma en francés.

—Una advertencia, Wilfred. Como ya te he dicho, el embajador es muy riguroso con los temas de protocolo. El pasado año obtuvo el título de Caballero de manos de Su Majestad en la denominada *Fiesta de Honores* que se celebra en el cumpleaños del Rey y no está dispuesto a que se le apeee de su tratamiento de *Sir* en ningún momento. Tenlo en cuenta, por favor. Sería muy embarazoso que lo olvidaras, sobre todo para mí.

—No te preocupes, lo tendré muy en cuenta. A mí me da igual que me llame Tomkinson, Contraalmirante, señor, o *Command Flag*, aunque supongo que ignorará este apodo naval.

—Te sorprenderá lo preparado que está. No en vano ha servido ya en multitud de legaciones, incluidas España, Francia y Rusia. Nada más y nada menos.

Juntos accedieron a la gran escalinata de subida, decorada con una magnífica alfombra de Arraiolos del Siglo XVII y con tapices flamencos de la misma época, que conducía al gran Salón de Embajadores de la primera planta, de paredes completamente recubiertas con una obra maestra del azulejo portugués en azul cobalto y blanco marfileño, representando la batalla de Trafalgar, por encargo del embajador [Sir Arthur Charles Magenis](#) en 1866, lo que siempre se había considerado como un detalle con la nación lusa que les daba acogida.

Grave, en pie y en ceremoniosa pose, el embajador recibió al Contraalmirante Tomkinson. Markus Cheke hizo las presentaciones de rigor:

-Sir Claud, tengo el placer de presentarle al Comandante en Jefe de la flota de cruceros de guerra de Su Majestad, Contraalmirante Wilfred Tomkinson. Contraalmirante, es para mí un honor presentarle a Sir Claud Frederick William Russell, Embajador del Reino Unido en Portugal.

—Encantado de conocerle, Contraalmirante.

—Mucho gusto, Sir Claud, como ha dicho el señor Agregado, es para mí un honor y, si me lo permite, desearía felicitarle por la reciente concesión por su Majestad del título de Caballero, así como por la Gran Cruz de la Orden de Cristo que le ha otorgado el Gobierno portugués.

—Gracias, Contraalmirante, pero en el fondo convendrá usted conmigo en que todo eso no son sino “pompas prefúnebres”, como decía mi padre, Lord Arthur —bromeó el embajador que, pese a su sempiterno envaramiento, no carecía de un acendrado ingenio inglés.

—Admiro su sentido del humor, Sir Claud, aunque lamento no coincidir con esa calificación porque estoy persuadido de que los honores dispensados son merecidísimos —protestó educadamente el Contraalmirante.

—Muchas gracias, Tomkinson, es usted muy amable, pero estamos aquí para tratar asuntos de cierta envidia que pueden afectar al gobierno de este país y al nuestro propio. Como usted no desconoce, Portugal abandonó el régimen monárquico en 1910, exiliándose el rey Manuel II en Gran Bretaña y constituyéndose en república desde aquel momento. Tras década y media de disturbios y desórdenes, el ejército tomó el poder y dirige de facto la vida de la nación a partir de entonces. Pero los militares por sí solos no han sido capaces de llevar a buen término la política nacional, por lo que han recurrido desde hace unos años a la colaboración de una persona de prestigio, un competente profesor de la Universidad de Coímbra al que han nombrado Ministro de Finanzas, con el ánimo de que ponga todo su saber y experiencia en la labor de levantar al país, que se encuentra bastante alejado de los patrones económicos de otros países europeos. Esa personalidad de intachable reputación no es otra que don Antonio de Oliveira Salazar, doctor abogado y economista, soltero pese a sus 42 años, antiguo seminarista y ferviente papista, o como aquí llaman, católico convencido.

Ha obtenido un éxito considerable donde los demás han fracasado hasta ahora: en equilibrar el presupuesto nacional, consiguiendo un meritorio superávit en las finanzas del Estado, mediante un control férreo de ingresos y gastos de los diversos ministerios. Su influencia y su poder no dejan de aumentar. Hoy todo el que tiene algo que decir en Portugal lo considera el “salvador de la patria”, así de contundentemente.

Hasta aquí todo correcto y nada que objetar, pero el mes pasado fui llamado en audiencia privada y confidencial, por no decir secreta, por el Presidente de la República, el Honorable general Carmona, el mismo que ha colocado a Salazar en el puesto que ahora ocupa y me ha hecho partícipe de su temor de que la ambición de este Ministro de Finanzas le lleve a exigir en un plazo más o menos breve el puesto de Primer Ministro y se haga con las riendas de un poder que hoy por hoy detenta un grupo de militares encabezado por el propio Carmona. De ahí a un régimen dictatorial dominando la nación hay un paso, según el general, y me ha pedido que, de manera discreta, haga llegar estos temores a las más altas magistraturas de nuestro país, tradicional aliado de Portugal.

Por este motivo —prosiguió el embajador —le he hecho llamar. No quiero transmitir este delicado asunto por valija diplomática, pese a no dudar de la seguridad de ésta. Prefiero aprovechar la visita de un marino del prestigio de usted para que comunique de viva voz a Londres los temores que hoy ocupan la mente del presidente de este país amigo y las consecuencias que podría tener la implantación de una dictadura en el aliado de una nación como la nuestra que presume de ser la cuna de la democracia moderna y del parlamentarismo. Ni que decir tiene de la importancia estratégica que los archipiélagos de Madeira y Azores pueden representar para nuestra flota en momentos en que se habla de una Alemania que se empieza a rebelar contra las consecuencias del Tratado de Versalles.

—Entendido, Sir Claud. Acepto, como no podía ser de otra forma, tan honroso y delicado encargo que transmitiré en unos días al Almirantazgo para que este lo haga llegar al Primer Ministro McDonald y, dada la conocida y delicada salud de éste, al Presidente del Consejo Stanley Baldwin, si lo considerasen pertinente.

—Muy agradecido, Contraalmirante. Como representante de nuestra nación le expreso mi más sincero reconocimiento. Buenos días y feliz regreso a Inglaterra.

Tras dar fin a la entrevista de forma tan protocolaria, Sir Claud puso a Tomkinson en manos del Agregado Honorario para que le acompañara en su salida de la legación diplomática.

—Sigues siendo un viejo zorro, Wilfred —se despidió Markus Cheke—. Tengo que confesarte la admiración que me ha producido cómo te has ganado, desde el primer momento, la simpatía del embajador, aludiendo a su título de Caballero y a la distinción que le ha concedido el Gobierno Portugués.

—Como dice un viejo refrán español que aprendí en Cartagena de Indias: “Más sabe el diablo por viejo que por diablo”, querido amigo. Nosotros los ingleses decimos “There's no substitute for experience”, pero tiene mucha menos gracia.

Con el mismo boato que a la llegada, el señorial Bentley inició lentamente el regreso al *Hood*, crucero de batalla de Su Majestad Jorge V del [Reino Unido](#), de los [Dominios](#) de la [Mancomunidad Británica](#) y [Emperador](#) de la [India](#).

En los asuetos oficialmente programados, cada cadete era invitado por los demás a dar datos sobre las actividades que desarrollaba antes de su incorporación al grupo, su *vida y milagros*. Ello favorecía el conocimiento mutuo y llenaba las horas de navegación del buque, en los descansos entre agotadoras jornadas de estudio. Tony Martin se había revelado como instigador de aquellos encuentros porque con su desparpajo granadino inspiraba confianza entre sus compañeros, que se mostraban así propensos a la confidencia.

—No estuvo mal tu llegada al barco, menuda la armaste —provocó a James Gray, que había embarcado “triumfalmente” en Tánger—. Pero aparte de eso, no sabemos nada sobre ti, ni a qué te dedicabas en Marruecos, Jim.

—Bueno, a vosotros creo que puedo contároslo, habida cuenta de que dentro de poco compartiremos muchos conocimientos de los que no podremos hablar con nadie. Todos sabemos más o menos lo que nos espera en Londres y a qué nos vamos a dedicar. Os ruego que lo que ahora os narre lo consideréis materia tan reservada como el resto de lo que aprendamos en nuestro destino —comenzó el tangerino ante el asentimiento general de sus compañeros—.

Bien, yo vivo en Marruecos desde los catorce años. Mis padres son *Brummies*, es decir, de Birmingham, donde vivíamos, y tenían allí un negocio de tejidos en Broad Street, la más importante de la ciudad. Pero les fue mal con un socio que les estafó y tuvieron que poner tierra por medio porque los acreedores se los comían. Alguien les habló de las oportunidades que se ofrecían a los europeos emprendedores en una ciudad internacional como Tánger, vendieron lo poco que les quedaba y montaron en aquella cosmopolita ciudad una tienda de, asombros, ropa interior femenina. ¡En un país musulmán! Pero lo hicieron muy bien, con una discreción que nunca ofendió los principios de esa religión y, *voilà!*, hicieron fortuna. El carácter peculiar de la ciudad la ha convertido en sede o lugar de paso de todo tipo de occidentales, gran parte de ellos podridos de dinero, cuyas esposas, novias y mantenidas se han convertido en asiduas clientes del negocio. Además, las recatadas mujeres de los musulmanes enriquecidos por su trato mercantil con esos occidentales, se han acabado dando cuenta de la influencia que una prenda femenina de cierta clase ejerce sobre sus maridos a la hora de engatusarles para conseguir algún capricho, con lo que también han acabado

pasando por la hoy imprescindible *Boutique Anglaise*.

Mi padre me obligó a seguir estudios de comercio y cálculo mercantil con el objeto de que me incorporase a la tienda, pero a mí no me gusta la idea de pasarme la vida encerrado y atendiendo clientes, con lo que me he dedicado a otras actividades tal vez más peligrosas, pero muy lucrativas. Concretamente, al contrabando de tabaco norteamericano con destino a Europa, principalmente a España. En el país vecino, casi el único tabaco que se cultiva, en la deprimida región de Extremadura, es de una variedad bastante deplorable que ellos llaman *tabaco negro*, de aroma acre y fuerte, más propio de menestrales y gente ruda que de caballeros y señoritas. Por otra parte, el momento histórico que está padeciendo el país, donde acaban de dar una buena patada en el trasero al rey Alfonso XIII y de instaurar una Segunda República que da sus primeros y vacilantes pasos dejando como buena a la Primera del siglo pasado, ha motivado una lamentable situación entre los importadores de tabaco, principalmente por la ausencia de divisas, lo cual me favorece de manera considerable, todo hay que decirlo.

Tras grandes esfuerzos y moviéndome con generosas prodigalidades entre la sociedad más influyente del sultanato marroquí y del Protectorado Español, he conseguido la amistad del representante para Marruecos de *Ligget & Myers Tobacco* (el de los cigarrillos *Chesterfield* y *L & M*), un tal Eddy Taylor; del de [Philip Morris International](#), un californiano muy simpático y mujeriego llamado Frankie Robinson y del distribuidor de [RJ Reynolds Tobacco Company](#), que curiosamente es un español llamado Pascual Cervantes, un fumador empedernido más alto que la torre del *Big Ben*, muy influyente en el Alto Comisariado del Protectorado y al que vuelven loco las armas, cortas y largas, cuya colección se ha visto copiosamente ampliada con mis generosas donaciones.

Los tres distribuidores me proporcionan todo el tabaco que preciso para mi tráfico, fresco y a buen precio, pues rivalizan entre sí por conseguir la mayor parte del pastel. Para ellos es un negocio totalmente legal, pues venden y cobran sin salir de Tánger, pero mis actividades me obligan a *untar* a un considerable número de personas, principalmente entre la guardia costera española y números de la Guardia Civil, que hacen la vista gorda a cambio de mis aportaciones, los más honrados para su colegio de huérfanos y los más pillos para sus propios bolsillos. La salida del producto desde Tánger la tengo cubierta con mi otra actividad de enseñar inglés a hijos de influyentes personalidades marroquíes, hay que preverlo todo. Por si no os habéis

enterado, ha sido un pequeño favor personal que hice al Jalifa de Marruecos, Muley Hassán bin el Mehdi, mi buen Hassán, el que me proporcionó una cómoda aunque breve estancia en el *Gran Hotel Ritz-Hood*, concretamente en su calabozo, lóbrega mazmorra donde las haya, en la que he logrado sobrevivir gracias a mis donaciones de cigarrillos a determinados carceleros cuyos nombres me negaré siempre a revelar.

Todos rieron las ocurrencias de Jim Gray, la verdad es que la profesión, por decirlo de algún modo, de contrabandista que había elegido parecía irle muy bien a un carácter aventurero y locuaz como aquel.

-Bravo —intervino Tony —seguro que un hombre con tu iniciativa y desenvoltura triunfa largamente en el servicio que nos espera, no me cabe la menor duda. ¿Y tú que puedes contarnos que nos amenice la travesía, Virgil? —prosiguió dirigiéndose a Virgil Alexander, que venía desde Suiza.

-Pues poca cosa, los suizos tenemos fama de aburridos, casi tanto como los ingleses —todos rieron de buena gana—. Yo accedí a este buque en Nápoles, al igual que nuestros compañeros de Italia Adrian Dawson, *il trovatore di Sorrento*, de Francia, Harvey Nolan y de Alemania, Jutta Borsdorf. Aquí nos encontramos al subir a bordo con los que ya habían embarcado en El Pireo: Cameron Mavis, nuestro marino griego que algún día eclipsará como viajero a su paisano Ulises de Ítaca, y con Colin Kynaston, que se había desplazado hasta allí desde Estambul.

Y si me acuso de aburrido no os miento, desde hace dos años me he dedicado a los negocios de la banca, tan típicos de mi pequeño pero opulento país de acogida. A diferencia de algunos de vosotros, yo no nací en Inglaterra, sino en Suiza, de padres ingleses que al nacer me inscribieron como súbdito británico en la embajada de Berna, por lo que disfruto de las dos nacionalidades. Naturalmente, mi padre, directivo del *Royal Bank of Scotland* en Montreux, la bonita ciudad del cantón de Vaud a orillas del lago Lemán, se ocupó desde bien pronto de que estudiara en Inglaterra y me vinculara estrechamente con nuestra familia británica, muy extensa y oriunda de Wolverhampton. Mi abuela materna Adeline, viuda de mi egregio abuelo Theodore Pares-Holsworth, un rico terrateniente de los West Midlands, me pagó los estudios en la *London School of Economics*, con lo que encontré trabajo en Suiza en cuanto terminé la carrera, en un pequeño banco privado de la misma ciudad de Montreux.

Como es natural por mi residencia y mi profesión, hablo con soltura el francés, el suizo-alemán y algo, más bien poco, el italiano. Me he integrado

bien en la estricta sociedad de mi cantón, por lo que formo parte del *staff* honorario del *Museo del Vieux-Montreux* y soy conservador del patrimonio cultural del Castillo de Chillón, una preciosidad que os recomiendo visitar algún día y que hunde las raíces de sus pilares en el mismísimo lago Lemán, uno de los más bellos de Suiza.

Lo que sí puede divertirlos es mi experiencia de servicio militar. Al regresar de mis estudios en Inglaterra me presenté a las autoridades militares suizas y les manifesté mi deseo de cumplir ese servicio en el Vaticano, como alabardero de la Guardia Suiza. Después de un corto período de instrucción en el ejército helvético, y habida cuenta de que soy católico, me facilitaron todos los pasos para que me incorporase a ese pequeño ejército papal y os puedo asegurar que ha sido una de las más bonitas vivencias que he tenido, tal vez no comparable a esta que ahora nos espera en nuestro país, pero muy interesante y diferente a cualquier otra forma de hacer el servicio militar. Entre otras cosas porque Su Santidad Pío XI tuvo a bien bendecir a su guardia en multitud de ocasiones, siempre de forma reservada y lejos del alcance de los ojos de los fieles, como dándole el significado de ceremonia íntima y entrañable.

La aparición del sargento Giles puso fin a las confidencias de los cadetes de Su Majestad.

-Caballeros, hoy se les impartirá la última clase en este barco. Han pasado ustedes brillantemente los exámenes sobre transmisión telegráfica en código morse, la utilización del heliógrafo y de la linterna de señales. Admiro su sentido de la responsabilidad y la dedicación que han prestado a cada una de las enseñanzas impartidas. Confieso que no esperaba tanto y que ahora he empezado a comprender por qué ustedes y no otros han sido los seleccionados para tan importante misión. Ha quedado para el final la práctica relativa a las banderas de señales porque, de todos estos medios, es el que más raramente tendrán necesidad de utilizar. No obstante, y aunque no van a ser objeto de examen de esta, llamemos, disciplina, sí conviene que aprendan ustedes las nociones más rudimentarias, por si en alguna ocasión desean profundizar en el tema.

Acabada la instrucción sobre el semáforo de banderas, que resultó muy vistosa por el desarrollo de un texto entre dos marineros emplazados a cierta distancia en la cubierta del barco, maniobrando cada uno sus dos banderolas en amplios y llamativos círculos, el sargento volvió a dirigirse a sus alumnos:

-Caballeros cadetes, tras la cena de hoy, el comandante del buque les

dirigirá unas palabras de despedida, pues mañana a primera hora arribaremos a Plymouth, donde el navío rinde viaje y serán recogidos para incorporarse a su destino en Londres. Por mi parte, debo manifestarles que me alegro sinceramente de haberles conocido. Las clases han sido seguidas con indiscutible aprovechamiento y me siento verdaderamente orgulloso de haber participado en la tarea de su incorporación al servicio de Su Majestad. Aunque la visita de ustedes a este crucero de batalla no aparecerá en ningún registro naval, ni siquiera serán contabilizados los víveres consumidos por el grupo ni las clases impartidas, quiero hacerles llegar el sentimiento más profundo de afecto y gratitud de este instructor y de sus cinco ayudantes por el grato período compartido a bordo del *HMS Hood* y por el esfuerzo y dedicación que, en su más brillante juventud, van a desarrollar en sus países de origen como los ojos y los oídos de nuestra patria. Que Dios les bendiga y buena suerte...

Procurando disimular su emoción como buen inglés y como militar, el sargento fue estrechando las manos de aquellos nueve jóvenes a los que difícilmente volvería a ver a lo largo de su vida. A continuación, los cinco marineros que completaron la instrucción impartida por el superior, pasaron uno a uno por la fila de cadetes, ante los que se cuadraron y saludaron reglamentariamente.

Más de uno de aquellos muchachos tuvo que reprimir la genuina expresión de lo que sentía, pues habían llegado a tomar afecto a aquel grupo de instructores que, lejos de menospreciarles por ser civiles en un barco de guerra, tomaron todo el interés de que fueron capaces en enseñarles unas técnicas que no solo servirían para comunicarse con los destinatarios de sus mensajes, sino que podrían llegar a salvarles la vida en momentos de apuro extremo.

Como el sargento había anunciado, al terminar la cena, el Capitán Patterson se incorporó de su asiento y tomó la palabra.

-Contraalmirante Tomkinson, oficiales y guardiamarinas del *HMS Hood*, caballeros cadetes honorarios: como ya han podido apreciar, se nos ha encomendado por el Almirantazgo la misión de completar la singladura habitual en la mar vigilando los intereses de nuestro país con la de recoger en determinados puertos del Mediterráneo y del Atlántico a los cadetes honorarios que hoy comparten nuestra mesa y nuestros más altos ideales en el servicio de la patria. Ha sido para todos nosotros un honor, e incluyo aquí a todos los guardiamarinas presentes, siempre tan celosos de su rango y

condición —bromeó el Capitán al tiempo que se hacían sentir algunas risas discretas entre los oficiales —que la instrucción de estos futuros agentes haya comenzado en la *Royal Navy* y especialmente de que haya tenido lugar en este crucero de batalla.

Tengo conocimiento, a través de los instructores, de que las enseñanzas impartidas han sido asimiladas debidamente por todos y cada uno de ellos, e incluso con el grado de excelencia como cabía de esperarse. Este tesón demostrado por los alumnos necesariamente revertirá, no solo en su provecho, sino en el crédito y renombre de quienes los seleccionaron y de la tripulación de este buque.

Quiero no obstante, hacer una última advertencia que será asimismo transmitida a los suboficiales y clases de tropa del navío: oficialmente no ha existido en ningún momento ningún grupo de cadetes a bordo de este buque recibiendo ningún tipo de enseñanza. No hemos recogido a ningún paisano en El Pireo, ni en Nápoles, ni en Gibraltar, ni en Tánger ni en Lisboa. No nos cabe la menor duda de que los movimientos y escalas de los navíos de Su Majestad, especialmente los de éste como buque insignia, son observados por agentes de otros países, hoy considerados como amigos pero puede que mañana no. Si bien no podemos evitar que los datos sobre esas escalas sean conocidos, no podrán ustedes comentar con nadie, repito, con nadie, ni siquiera entre ustedes, que este grupo de seleccionados ha tomado parte en las actividades del barco. Su existencia ha sido clasificada, por lo que a nosotros respecta por el Almirantazgo, como de alto secreto.

Cedo la palabra a la máxima autoridad del *Hood*, el Contraalmirante Tomkinson, que desea despedir a los caballeros cadetes con un brindis.

-¡Para eso era el *champagne* que acaba de colocar el ordenanza de comedor sobre la mesa, nada menos que un *Mumm “Brut Millésimé”*! —susurró a Tony Martin su compañero Harvey Nolan, el procedente de Francia.

Se levantó el Contraalmirante y el resto de los comensales hizo lo propio como si se tratara de un solo hombre. Tomó su copa en la mano diestra y, con el ceremonial propio de quien se sabe protagonista de un momento histórico, se dirigió solemnemente a todos, expresando en su semblante la gravedad y transcendencia del momento:

- Gracias, Pat —tomó la palabra el Contraalmirante llamando al Capitán Patterson por su cariñoso apodo—. Señores, a todos los que servimos en este crucero y a los que de forma anónima para la generalidad se han incorporado

temporalmente a él nos une un mismo sentimiento del deber: el de servir a nuestra patria cualquiera que sea el destino y el cometido que se nos asigne. No creo incurrir en ninguna indiscreción si expreso aquí y ahora la inquietud íntimamente sentida de que el mundo se encuentra al final de una etapa de paz precaria y a la espera del comienzo de otra más conflictiva. Lo que algunos han dado en llamar *los felices veinte* no han sido más que períodos de euforia previos a otros de más difícil superación. La depresión económica que en este momento padece el orbe entero incrementa la desazón y el pesimista convencimiento de que algunos países se encuentran ante una auténtica encrucijada histórica cuyas consecuencias para Inglaterra y sus aliados son imprevisibles.

Es en esta coyuntura delicada cuando un puñado de jóvenes civiles, todos ingleses por su origen y nacionalidad, pero profundamente ligados por lazos de familia, vecindad o agradecimiento a los países que les acogieron, han elegido dar lo mejor de sí mismos, incluso el supremo sacrificio de sus vidas si llegara el caso, para que Inglaterra siga desempeñando en el mundo su papel de guía, baquiano y ejemplo de gobiernos democráticos, justos y comprometidos con la paz. Es, pues, en honor de estos valientes por lo que celebramos esta cena, para desearles suerte en el servicio a Inglaterra y para que sepan que todos los que servimos en este buque les recordaremos en el futuro como caballeros cadetes del *HMS Hood*. ¡Caballeros, alcemos las copas: Dios salve al Rey!

—¡Dios salve al Rey! —exclamaron todos al unísono, tras lo cual el Contraalmirante y el Capitán en primer lugar y luego el resto de la oficialidad, estrecharon las manos de los cadetes y se dio por terminado el acto.

Dado lo singular de la situación, se les permitió a los alumnos remolonear a su antojo por el buque no sin mediar la advertencia de retirarse pronto al camarote asignado, con lo que se dirigieron a la cantina del *Hood*, donde trasegaron unas pintas de *Guinness*, que soltaron la lengua de más de uno a la hora de hacer confidencias sobre su agitada o anodina vida.

—¡Eh tú, llena la jarra hasta arriba, que no pienso pagar por aire ni por espuma, *damn!* —increpó el contrabandista Jim Gray al ordenanza camarero.

Aquella noche de primeros de noviembre de 1931, fresca y vigorizante

en la travesía del Atlántico, mostraba en toda su magnificencia un firmamento límpido y terso, sin nube que lo mancillara, en el que la estela de la Vía Láctea semejava la bocanada de aliento helado de un coloso galáctico.

—La verdad es que la inmensidad y grandeza de este cielo estrellado abruma el espíritu y me hace sentir como una minúscula e insignificante pieza del universo —se atrevió Tony a romper el silencio del pequeño grupo de cadetes.

—Esa es precisamente la sensación que ejerce la Vía Láctea sobre el ánimo de quienes la contemplan —intervino Cameron Mavis—. Como marino me he visto obligado a estudiarla y puedo decir que lo que desde la Tierra vemos es una de las más grandes galaxias, algo inferior en tamaño a la de Andrómeda, y dentro de ella se encuentra integrado nuestro sistema solar. La vemos desde el borde, como se vería una moneda observándola desde su canto, pero se trata de una galaxia en espiral con multitud de brazos que acogen a cientos de miles de millones de estrellas, que se dice pronto. Sus dimensiones son difíciles de entender con nuestra limitada capacidad intelectual. Solo los científicos se aproximan mínimamente a su conocimiento y no paran de efectuarse flamantes descubrimientos gracias a los emplazamientos de los nuevos telescopios.

Su curioso nombre latino, que no significa otra cosa como sabéis que “Camino de Leche”, se debe a la mitología griega, tan pródiga en todo tipo de fábulas y leyendas. Según una de éstas, Hércules como recién nacido se encontraba mamando del pecho de Hera, esposa de Zeus, el dios de los dioses, y dada su fuerza debió hacerle daño, por lo que la diosa lo separó bruscamente de sí, derramando por el cielo parte del preciado líquido, que dio origen a ese conjunto de estrellas. Como veis, la imaginación de mis antiguos paisanos no tenía desperdicio...

—Ni la de los míos tampoco —terció Tony —porque en España llaman “Camino de Santiago” a la Vía Láctea, se supone que guía a los peregrinos hasta la tumba del apóstol.

En aquella serena noche, con sentimientos encontrados sobre lo que les esperaba en tan solo unas horas y la satisfacción de haber cumplido ampliamente con los cometidos asignados en el buque, ninguno tenía prisa por retirarse a descansar. La excitación producida por la felicitación y la despedida de sus mandos les causaba un alegre insomnio y ganas de hablar, de compartir aquellos últimos momentos en la mar oceánica, como habría

calificado al vasto Atlántico cualquier marino de siglo XVI.

—Curiosamente, tú nos motivas para conocernos comentando lo que ha sido en el pasado nuestra vida, pero que yo sepa, hasta ahora no has hablado una palabra sobre ti, y creo que ya va siendo hora —dijo Virgil Alexander dirigiéndose a Tony—.

—Sí, tienes toda la razón —respondió éste—. No hay mucho que contar...

Y en aquella paz solo turbada por el siseo del agua al hendirla el buque con la roda de su proa, como un arado surca el predio fértil antes de la siembra, Tony les habló de sus orígenes galeses, de la madre perdida, de la mina que proporcionó a su padre el pan familiar, de su traslado a España, sus estudios, su trabajo en Pujante Spices y sus encuentros con el cónsul en Granada Mr. Brendan Chadwick, que le habló de aquella misión compartida con sus nuevos compañeros.

Noche de confidencias, todavía faltaban por hablar sobre sus vidas Jutta Borsdorf, de Alemania, Harvey Nolan, de Francia y Colin Kynaston, de Turquía, y se adivinaba que aquel era el momento para hacerlo, antes de llegar a su destino en tierra inglesa.

—No me importa seguir yo —empezó Kynaston—. Tarde o temprano todos debemos saber lo máximo sobre los demás. Desconocemos lo que nos espera en un mañana que pintan tan negro los que tienen más experiencia que nosotros, ojalá se equivoquen. Por si no fuera así, no está de más conocernos bien, puede que algún día mi carrera o incluso mi vida dependan de alguno de vosotros.

Pues bien, mis orígenes han estado siempre vinculados al comercio textil, concretamente a las alfombras turcas y persas, en un negocio que mi bisabuelo materno, Orhan Qamsheh, estableció en el Gran Bazar de Estambul. Era un cristiano jacobita, miembro destacado de la pequeña iglesia ortodoxa siria, pero siempre fue muy querido y respetado por sus colegas musulmanes, que conocían sus buenas relaciones con el sultán [Abd-ul-Aziz](#), cuando ya el Imperio Otomano se encontraba en pleno declive. Mi abuelo Jusuf, por su parte, amplió el negocio con un gran almacén de exportación y con giras comerciales a las principales capitales de Europa. Así fue como conoció a mi padre, Douglas Kynaston, que en 1882 era secretario de la *London Chamber of Commerce and Industry* y consiguió convencerlo para que aceptase la representación de su firma en Londres.

Inevitablemente, en uno de sus viajes a Estambul, mi padre conoció a mi madre, gracias a la tradicional hospitalidad turca que practicaba mi abuelo y a que, como avanzada de su época, trabajaba en el comercio del Gran Bazar, por haber estudiado en la *Escuela de la Comunidad Internacional de Estambul* y dominar el inglés, el francés y el alemán. Ella era la que tenía encomendada la atención a las intrépidas mujeres occidentales, que se aventuraban a viajar a Turquía para adquirir personalmente las alfombras que luego venderían en sus selectas tiendas de Londres, Nueva York, París o Berlín.

Aquello terminó en boda, como podéis suponer y, tras unos años en Inglaterra, donde nació y se desarrollaron los primeros años de mi vida, se vieron obligados a regresar a Estambul, pues los dos hijos varones de mi abuelo cayeron en la batalla de Gallípoli, en el Estrecho de los Dardanelos, frente a las tropas inglesas, francesas y australianas, durante la Gran Guerra. Como sabéis, en ese conflicto, Turquía se alió con Alemania, Austria-Hungría e Italia, los integrantes de la *Triple Alianza*, y la derrota subsiguiente le costó la intervención del país por las potencias vencedoras, los autodenominados *Aliados*, con las consecuencias de la desaparición de lo que quedaba del imperio otomano, la abolición del sultanato y la proclamación de la República de Turquía, a cuya cabeza se colocó un militar de prestigio, Mustafá Kemal Pasha, a quien el pueblo llano ha acabado denominando Kemal Ataturk porque en turco *ataturk* significa “padre” y se le considera el padre y fundador del nuevo estado laico y moderno.

De hecho, mi padre, que se incorporó al negocio en Estambul en 1923, coincidió en el tiempo con la instauración de esa República, tiempos nuevos que requerían actores y escenarios nuevos. Ataturk ha iniciado una sistemática europeización del país, bastante traumática pero muy necesaria, que ha supuesto el cambio de la escritura árabe por el alfabeto latino, la modernización de la legislación y el cierre de las escuelas musulmanas, las *madrasas*, permitiéndose el consumo de alcohol, entre otras muchas medidas, como la prohibición de los atuendos de hombres y mujeres que pudieran recordar los tiempos del sultanato. Tal vez esto es lo anecdótico, pero lo que se pretende es la conversión de un estado islámico en otro laico y renovado, adaptado a los nuevos tiempos.

Por una de esas casualidades de la vida, el nuevo líder, que procura cultivar la relación con los occidentales afincados en Turquía, acabó

conociendo a mi padre, que se ha convertido en un industrial acreditado en el ramo textil, con el que ha llegado a intimar hasta compartir en multitud de ocasiones mesa y mantel e incluso su afición por la bebida, pues es de todos conocido que Mustafá Kemal sopla como un cosaco. Esa amistad ha influido en gran manera, como podéis imaginar, en la prosperidad del negocio familiar, hoy día muy consolidado y en el que yo me he integrado como no podía ser menos, tras estudiar a fondo las alfombras persas y turcas que son la base de nuestro comercio. He viajado con mi padre varias veces a Persia, algunas veces hasta las tribus nómadas que tejen alfombras de complicados dibujos, otras a Isfahan y Tabriz o a Kasham y Qom.

Comprendiendo que Colin Kynaston había concluido su relato, Tony ejerció de moderador, un papel que le ofrecía un discreto protagonismo con el que disfrutaba realmente por su carácter abierto e inquieto:

—Bueno, la verdad es que ha sido realmente interesante, Colin, y ahora podríamos escuchar a Harvey, si lo tiene a bien.

—Encantado —aprobó el aludido —aunque no esperéis nada tan emocionante, claro, va a ser muy difícil aportar algo tan ameno como lo que acabamos de oír. En fin, como ya sabéis procedo de Francia y soy originario de Besançon, una bonita ciudad medieval del Noreste, enclavada en el bucle que el río Doubs hace con uno de sus meandros. Realmente es una pequeña villa de la región del Franco-Condado, fortificada con una imponente ciudadela, entre el Macizo del Jura que la separa de Suiza y la región de Borgoña.

Pocos apellidos ingleses encontraréis en esta región francesa. Tal vez sea más fácil lograrlo con apellidos españoles pues, aunque a los locales no les gusta recordarlo, durante un breve período del Siglo XVII, Besançon formó parte de la Corona Hispánica y algunos soldados se enamoraron de aquellas tierras y no volvieron. Sin embargo, la explicación de mis orígenes ingleses es fácil de entender. Durante la Gran Guerra europea, mi padre intervino como teniente al mando de un tanque en la segunda batalla del río Marne, en las proximidades de Reims, en que el 22 Cuerpo de Ejército británico y tropas norteamericanas apoyaron a los franceses en el verano de 1918. Al parecer, la intervención de más de trescientos tanques, un arma nueva en esa guerra, inclinó decisivamente la batalla a favor de los aliados, aunque a costa de muchas bajas. El tanque de mi padre pisó una mina, él perdió un brazo y los demás ocupantes la vida.

Al acabar la batalla y distribuir a los heridos por los diversos hospitales de retaguardia, a mi padre lo mandaron a Besançon y allí acabó enamorándose de una enfermera, como ocurrió con tantos heridos durante el conflicto. El caso es que la enfermera se convirtió en mi madre. Al igual que algunos de vosotros, yo he conservado la nacionalidad de mi padre porque se empeñó en que yo naciera en Aberfeldy, en el centro geográfico de Escocia, de donde son mis abuelos, que tienen allí una pequeña industria de elaboración de whisky y que al parecer tiene mucho éxito, por su carácter artesanal. Su nombre es “Ye Nolans” y os aseguro que está muy bueno, siempre le manda unas botellas a mi padre por Navidad. Es una más de los cientos de destilerías de whisky que han dado tanta fama al país.

Siguiendo con Besançon, desde el siglo XVIII en que unos relojeros suizos se instalaron en ella, esta industria nos ha dado de comer a la mayoría de sus habitantes. Siempre contamos a los forasteros que, al pasar Napoleón por la ciudad en 1800, cuando todavía no era emperador, un artesano local llamado Lipmann le regaló un precioso reloj en nombre de la comunidad judía de la ciudad, a la que él representaba. Ese mismo artesano fundó años más tarde una industria relojera que, junto a otras que fueron surgiendo a su sombra, pervive hasta nuestros días y que es la creadora de la famosa marca de relojes Lip, o al menos es muy famosa en Francia —aclaró Harvey— no os riais. Allí trabaja todavía mi padre como encargado de ventas al exterior y yo trabajé como aprendiz relojero desde los dieciséis años, hasta que comprendí que mi vista se resentiría con el tiempo como les ha pasado a muchos de los trabajadores, por lo que decidí cambiar de oficio.

Con los ahorros logrados en varios años, me inscribí en la Escuela de Enología de Dijon, la capital de la Borgoña bastante próxima a Besançon y, una vez conseguido el título, encontré trabajo en una pequeña bodega local dedicada a los vinos de más calidad que podáis imaginar, los denominados “Grand crus” de la pequeña y prestigiosa zona vinícola de la *Cote d’or*, perteneciente a Monsieur Claude Dupontel. Caí bien desde el principio porque he conseguido en cuatro años dos medallas de oro y una de plata en las ferias vitivinícolas de la región, con lo que el propietario está muy contento con mi trabajo. Su mujer y él heredaron la bodega de sus padres y abuelos y no han tenido descendencia, lo que les preocupa porque no quieren venderla a los posibles clientes, las grandes empresas del sector que les han pasado ofertas.

Quieren que se mantenga el espíritu artesanal de sus antepasados, por lo que me han hecho una oferta que acabo de aceptar: me venden a muy buen precio la bodega con tal de que yo mantenga los principios que la han regido desde sus orígenes, esmerada elaboración y honradez en los tratos con los que han sido sus clientes de toda la vida. Con eso y con una pequeña participación mientras vivan se dan por satisfechos, y a mí me conviene porque voy a trabajar en lo que me gusta y además seré el propietario. He decidido no utilizar mi apellido inglés que no tiene tradición alguna en este sector, por lo que voy a mantener el nombre de “Chateau Dupontel” para la bodega. El mes pasado presenté mis nuevos caldos en una feria en París y aproveché para llevar la representación del whisky de mi abuelo, con lo que maté dos pájaros de un tiro y tuve bastante éxito. El caso es que en un momento dado se me presentó el Primer Secretario de la Embajada de Su Majestad Británica. Me dijo que conocían perfectamente la trayectoria de mi padre y la mía y me habló de este proyecto en el que todos nos hemos embarcado. No supe decirle que no, creo que estoy obligado a corresponder como lo hizo mi padre en su momento. Y hasta aquí mi pequeña historia, muchachos. A ver quién sigue ahora, la noche es joven.

—Pues ya solo faltas tú, Jutta. Te escuchamos —dejó caer Tony a continuación.

—Bien, lo primero que voy a hacer es explicaros la vinculación de mi apellido polaco con mi nacionalidad inglesa, porque a primera vista puede resultar chocante que me llame como me llamo y sea súbdita de Su Graciosa Majestad. ¿Estamos de acuerdo?

—Claro, claro —observó Tony, muy en su papel de autonombado árbitro de aquel encuentro.

—Bueno, por si no estáis muy puestos en historia de Polonia, os diré que ese país, entre los siglos XIV a XVII y tras su alianza con Lituania, se constituyó en uno de los imperios centro-europeos más importantes, imponiendo la autoridad de la dinastía Jagiellon lituana a vastísimos territorios que iban desde el Mar Báltico al Adriático y al Mar Negro. Este estado de cosas acabó en enfrentamientos armados con sus naciones vecinas que, celosas de tanto poder, se repartieron el imperio en tres ocasiones, aprovechando momentos de debilidad y rivalidades internas entre nobles y campesinos. La última de esas particiones tuvo lugar en 1795, en que rusos, prusianos y austriacos consiguieron la división de Polonia en tres partes, que

se adjudicaron, provocando la desaparición de la identidad polaca que no se recuperaría totalmente hasta 1918.

Los polacos se levantaron en armas para recuperar su independencia en diversas ocasiones y uno de aquellos intentos tuvo lugar en 1864, cuando mi abuelo Czeslaw Borsdorf tenía 19 años. La familia vivía entonces en Bialystok, la capital de la región de Podlaquia, que había sido anexionada por Rusia y la represión ante el levantamiento fue tan feroz que mi bisabuelo, que era ya un buen violinista pese a su juventud y formaba parte de una pequeña orquesta de cámara, decidió emigrar a Inglaterra, país alejado de la conflictiva zona y tan culto que podría proporcionarle trabajo con cierta facilidad. Tal fue su entusiasmo en la aventura que logró convencer a los otros cuatro miembros del quinteto y, una noche, sin ni siquiera vender sus propiedades para no llamar la atención, embarcaron con lo puesto en un carguero en Gdynia y pidieron asilo político al llegar a Aberdeen en Escocia. Tuvieron la inmensa suerte de que la *Scottish Orchestra* de Edimburgo estaba reclutando músicos y los cinco encontraron acomodo en ella, por lo que se les concedió rápidamente la nacionalidad británica, lo que convenía a todos en gran manera.

Desde entonces, mi familia es británica y el apellido ha pasado a ser tan escocés como Buchanan o McDonald... bueno creo que he exagerado un poco —tuvo que admitir Jutta ante las carcajadas de sus oyentes—. Lo cierto es que pronto se integraron en la forma de vivir de Edimburgo, allí nació mi padre William Borsdorf en 1875 y allí nací yo en 1905, por lo que os es fácil calcular que ahora tengo veintiséis abriles. Me pusieron el nombre de Jutta en memoria de una tía mía alemana que vivía en Darmstadt y que, carente de descendencia al morir, le dejó en herencia su casa a mi padre, a quien no tuvo la suerte de conocer.

En Escocia permaneció la familia hasta que en 1918, al concluir la Guerra Europea y, aunque Polonia recuperó su independencia como nación tras el Armisticio de Compiègne y el Tratado de Versalles, mi padre decidió trasladarse a Darmstadt, en el land alemán de Hesse. Tanto mi abuelo como mi padre habían seguido los pasos del bisabuelo en la música y eran expertos violinistas, pero mi padre no encontró trabajo en las orquestas escocesas, por lo que decidió probar fortuna ocupando la casa heredada de tía Jutta y aceptando un puesto en la *Philharmonisches Staatsorchester* de Maguncia, ciudad no muy alejada del nuevo domicilio de la familia y cuya orquesta

tenía un prestigio ganado a pulso desde sus orígenes en 1876.

Por mi parte, mi trayectoria es bastante sencilla, estudié Ingeniería Química en la reconocida *Hochschule Darmstadt* y al acabar fui fichada casi inmediatamente por la industria farmacéutica Merck que, literalmente, me arrancó de las garras del Departamento de Investigación Química de esa Universidad para dedicarme a la investigación de un antídoto que combata los terribles efectos que el gas mostaza causó en la pasada guerra. Puedo hablaros de ello porque no se ha considerado secreta esta investigación en ningún momento. Todo lo contrario, aunque los gases de este tipo han sido expresamente prohibidos en las Convenciones de Ginebra de 1906 y 1929, cabe la posibilidad de que algún país no firmante se decida a utilizarlo y es urgente encontrar un remedio. Tal vez este tipo de investigación sea lo que ha motivado que hace unos meses me visitara muy reservadamente el Cónsul británico en Francfort y me animara para unirme a este grupo. No pude negarme, como habéis visto, mi familia le debe mucho a Inglaterra y todo lo que yo pueda hacer por ella me parece poco. Y si os parece nos retiramos todos, porque mañana tendremos que madrugar y, por lo menos yo, no estoy acostumbrada a trasnochar tanto.

CAPITULO 7°. Tiempos de tribulación. 1908

La boda de Oleg con Betty tuvo lugar, por expreso deseo de la novia, el 1 de enero de 1908 y resultó tan encantadora como la de su hermano Raymond dos años antes, aunque el frío reinante impidió utilizar el jardín trasero de la casa de sus padres. Gran parte de los asistentes eran compañeros de la mina y del sindicato de Olegario. A la voz de “¡Se casa *Armada!*” la convocatoria tuvo un éxito sin precedentes en el valle. Gran cantidad de amigos de Cwmtillery y Abertillery estaban presentes y la humilde casa se encontraba a reventar, porque la integración de aquel minero español en la cerrada sociedad galesa del característico condado de Monmouth era total. Apenas recordaba Olegario su lejana Loja, allá en Granada. Sus padres habían muerto y él, sin parientes cercanos ni ataduras, consideraba como familia al conjunto de mineros de los que se había constituido en representante ante la empresa, con la que tampoco se llevaba mal si no era imprescindible.

En febrero, Betty le anunció exultante a Oleg que iban a tener un hijo para finales de octubre, con el regocijo general porque sería además el segundo nieto para sus padres, ya que tan solo hacía dos meses que Raymond y Elissa habían anunciado que también tendrían, por fin, descendencia. Timothy y Sarah, que ya se veían abuelos por partida doble, lo anunciaron a familiares y amigos, prometiendo celebrarlo a lo grande cuando sus nietos asomaran al mundo sus lustrosas y sonrosadas caritas.

Apoyado en su matrimonio con Betty, en la anunciada paternidad y en la circunstancia de residir en el país por más de tres años, Olegario solicitó la

nacionalidad británica, que le fue concedida tras los trámites imprescindibles, por lo que se desplazó al *City Hall* de Cwmtillery y prestó el preceptivo juramento de lealtad a la Corona británica, tras lo cual se celebró una íntima comida familiar en el hogar paterno de los Sappington donde su suegra Sarah se esmeró en la cocina como tenía por costumbre. Los compañeros del sindicato y algunos de la mina también disfrutaron de numerosas pintas de cerveza en “*The Golden Dram*”, donde Owen Joyce, el propietario, le felicitó exhaustivamente e invitó a una ronda, cosa nada frecuente porque con semejantes “esponjas” le podía salir carísima.

A mediados de año los mandamases de la *Welsh Mineworkers Trade Union* de Cardiff, el sindicato de mineros galés que, a la llegada de Alex a Gales en 1900 le habían aconsejado buscar trabajo en la mina de carbón de Cwmtillery, le llamaron a Cardiff para mantener una entrevista y él acudió no sin cierta curiosidad. La acogida fue en extremo cordial. Sentados a la mesa de reuniones de aquel sencillo local, solo uno de los tres hombres que le saludaron tomó la palabra. Se adivinaba en él un recio carácter y unas dotes de mando innatas, ejercidas durante muchos años al servicio de la causa obrera, por lo que en la organización que dirigía con mano firme no solo se le respetaba y obedecía, sino que se le tenía en gran estima, no en vano era el primero en darlo todo por los compañeros en los momentos de apuro y necesidad.

—Bienvenido *Armada*, soy Keegan Sturrock, coordinador y máximo dirigente de este sindicato que, como ya debes saber, controla y defiende los intereses de gran parte de los mineros del carbón de Gales. Estamos hablando de una cifra próxima a los doscientos cincuenta mil trabajadores en más de seiscientas minas distribuidas por todo el país y por nuestras manos pasan cerca de sesenta millones de toneladas al año, unas cifras realmente escalofriantes. He dirigido esta luchadora institución desde hace más de treinta años y te aseguro que, aunque jamás pude soñar de joven con este honor, la verdad es que ya me siento cansado. Tengo casi setenta años y, no obstante encontrarme todavía fuerte, estoy deseando retirarme. He pasado por muchas batallas, unas laborales y otras que la vida me ha deparado en mi entorno familiar. Un hijo mío murió en la mina de carbón de Morfa, en las inmediaciones de Port Talbot, en 1890, por una explosión de grisú que se llevó también por delante las vidas de otros ochenta y seis compañeros.

Aquel terrible siniestro no marcó solo mi vida y la de los deudos de

tanto compañero malogrado, sino que causó un impacto innegable en toda la minería galesa y supuso el nacimiento de una doble superstición que desde entonces va unida a la minería del carbón. Se contaba por una parte que el diez de marzo de aquel año, antes de la deflagración, un fuerte olor a rosas se extendió por los alrededores de la mina y por otra que tres pájaros, una paloma, un petirrojo y un pichón, sobrevolaron la zona. Como habrás podido apreciar a menudo en tu trabajo, los mineros somos bastante supersticiosos, nos basta cualquier chisme bien contado por el compañero más veterano, en el ambiente cargado del *pub*, para creer a pies juntillas cualquier majadería por absurda que sea. El caso es que la mitad de los trabajadores se encerraron en sus casas y se negaron a incorporarse al trabajo. Por la tarde se produjo el desastre y, como te he dicho, muchos compañeros perdieron la vida en aquella ocasión.

Desde entonces, cada vez que tres pájaros de esas características se cruzan delante de la mina, cuesta Dios y ayuda que los hombres entren al tajo. Y no veas lo difícil que resulta explicárselo a los patronos, claro. Les da a los mineros por decir que han visto a los *pájaros de cadáveres* y se extiende el terror por toda la comarca.

Sin embargo, a mi mujer y a mí nos queda todavía el consuelo de una hija y unos nietos maravillosos a los que dedicar lo que nos reste de vida, por lo que no quiero seguir trabajando. Creo que me he ganado la jubilación. Somos gente sencilla y con lo que me queda de pensión tenemos de sobra para tabaco para mi pipa y para comer carne al menos una vez por semana. Mi mujer con su invernadero y sus visitas a la capilla y yo con mi pequeño huerto de nabos y coles y alguna pinta en el *pub* de tiempo en tiempo podemos llegar a alcanzar la felicidad que otras épocas de nuestra vida nos negaron. Pero para eso necesito que alguien me sustituya en la dirección de este sindicato. La persona que lo haga debe gozar de cierto prestigio entre los compañeros de la mina. Los colegas que me acompañan en esta mesa, Tod Clark y Bill Kellaway, son unos organizadores eficaces y entregados a la causa, pero hace muchos años que no pisan una mina; ellos mismos son conscientes de que carecen de la autoridad que da sentirse arropado por los compañeros junto a los que bajar cada día para arrancar el carbón a golpe de pico y pala.

Es por eso que necesitamos un hombre inédito, que modernice este sindicato y lo adapte a esta nueva época, un hombre con el prestigio que da

haber trabajado duro en la mina hasta hoy mismo, al que respeten los patronos y sigan los obreros como un solo hombre, que aporte ideas originales para que lo escuchen las autoridades en los conflictos, para que la prensa quiera hacerse eco de sus ideas y defender sus posturas, y hemos pensado que, hoy por hoy, ninguno puede desempeñar ese papel mejor que tú, Oleg.

—¡Pero yo no soy más que un *bastard Spanish* y eso podría suponer alguna dificultad! —protestó Olegario —Es posible que a más de uno le moleste ese origen por seguir considerándome un extranjero.

—Error, —desmintió cariñosamente Sturrock —tú eres ya un súbdito británico como cualquier otro. En nuestro ambiente laboral no se pide el *pedigree* a nadie, a ver si te crees que esto es *Eton College*, chico. Además, me consta la aceptación total de tus compañeros, especialmente después del episodio en que arriesgaste tu palmito para rescatar el cuerpo sin vida de Alex Scott hace seis años.

—Dejaría descabezado el sindicato en la “*South Wales Colliery*” —arguyó Olegario.

—Ya lo hemos previsto, te puede sustituir tu segundo, Alan Kaleigh, con el que ya hemos hablado y está de acuerdo. Sabes que es un hombre entregado y que haría un buen papel.

—¡Será traidor! —bromeó Olegario—. Pero sí, es un buen hombre, tal vez mejor que yo, ¿Por qué no se lo pedís a él?

—Es muy joven, le falta experiencia y carisma para un cargo de esta responsabilidad, esto no es una mina de carbón en Cwmtillery, es bastante más que eso. Mira, hemos buscado durante más de un año en las diversas minas galesas y hemos llegado a la convicción de que te queremos a ti, ya te lo he dicho, la unanimidad es total y sabemos que estarás a la altura de lo que se avecina, porque se prevén tiempos revueltos en la minería y en otros campos. La masa obrera está comenzando a enseñar los dientes al sistema capitalista. La muerte de la reina Victoria y la incorporación al trono de su hijo Eduardo no ha supuesto mejora alguna para las clases inferiores, tal vez, incluso, haya empeorado algo la situación. La sociedad que surgió de la revolución industrial precisamente en este país empieza a experimentar cambios de impensables consecuencias y la acción sindical debe estar preparada. Vas a cambiar el duro trabajo en la mina por el no menos duro trabajo de la negociación, de la dirección de esa fuerza que es el movimiento

obrero y de la toma de decisiones que pueden beneficiar o perjudicar a muchas personas. La responsabilidad es enorme. No podrás quejarte de tu salario, que será bastante superior al que venías percibiendo en la mina, pero te aseguro que tendrás que ganártelo a pulso, día a día.

No tendrás, como hasta ahora, un horario para bajar al pozo y otro para salir camino de tu casa. No tendrás tan frecuentemente la charla amistosa de los compañeros en el *pub*, ni tiempo libre para salir de pesca con tu suegro por los arroyos de aquel recogido valle o para pasear con tu mujer hasta las aldeas vecinas, como hacías de soltero. La familia siempre se puede resentir de una labor como esta que te ocupa tanto tiempo. Solo podrás pensar día y noche en tu obligación para con los mineros y cada jornada se constituirá en una batalla a ganar. Pero también te digo que no hay satisfacción alguna como el respaldo de tus mineros y su gratitud por tu trabajo y entrega. Eso, sinceramente, no se paga con nada. Supongo que has comprendido todo lo que te he dicho y espero de corazón que te decidas a sustituirme porque, insisto, no vemos a nadie mejor que tú para este puesto y espero que tu apodo de *Armada* se haga popular en las minas galesas.

—Bien, como tú dices es una gran responsabilidad —coincidió Olegario — y debo hacer partícipe de ella a mi mujer, que tiene derecho a decir lo que piensa del tema. Si ella tiene que disfrutar o sufrir las consecuencias de un trabajo que absorberá la mayoría de mi tiempo y mis energías, debe estar de acuerdo en que yo acepte el cargo. Necesito unos días para pensarlo; te prometo estudiarlo con todo el interés que merece.

-De acuerdo, tómate una semana para decidir. Como podrás imaginar, la cosa urge un poco porque no es fácil buscar un nuevo candidato; lleva tiempo y tendríamos que dedicar todas nuestras energías a encontrarlo, cuando las tareas son muchas en este sindicato y escasas las manos para llevarlas a cabo.

De vuelta a Cwmtillery, Olegario expuso a Betty la propuesta de Keegan Sturrock. Ella escuchó preocupada y, mirando a su marido con todo el cariño que le profesaba desde su primer encuentro el día de la boda de su hermano Raymond, procuró que sus palabras más que dichas fueran susurradas, musitadas con la delicadeza y la trascendencia que el momento requería:

—Oleg, cariño, me pides consejo y tengo miedo de darte una opinión que nos perjudique en el futuro. Lo que tienes ahora es bueno, un honrado trabajo en la mina y una dedicación al sindicato cada vez más completa. Lo que te está ofreciendo Sturrock en Cardiff es otra cosa, un cambio radical en

nuestra vida. En casos difíciles como éste la costumbre entre nosotros es convocar al consejo de familia. Parece algo muy pomposo y solemne, pero no es otra cosa que reunirnos sus escasos miembros y deliberar entre todos sobre cual de las dos opciones es la mejor, si seguir con lo que tenemos o aceptar una oferta como la que te han hecho. Naturalmente, el consejo puede equivocarse, pero oirías la opinión razonada de cada uno de sus miembros. A veces, de la discusión sale la luz. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien. Mi familia en España era tan corta, solo mis padres y yo, que la deliberación era muy rápida, como podrás imaginar. En tu familia solo he conocido a gente sensata, por lo que nos pueden ayudar a decidirnos. Convoca ese consejo y expongámosles nuestro problema, a ver qué nos dicen.

El sábado por la tarde Sara Sappington, madre de Betty, preparó abundante té, en esta ocasión especial preparó la infusión con el primoroso té galés de Pembrokeshire, tortas con mantequilla y melaza, pan dulce *bara brith* con pasas, que estaba delicioso y que Oleg ya había probado en la boda de Raymond y Elissa, queso horneado y pasteles galeses que cocinaba sobre una piedra, como hacían su madre y su abuela, pues sabía que la velada sería larga, se prolongaría más tarde con la cena y el tema a discutir era importante. Era consciente de que los corazones se expresan mejor cuando el estómago está contento y, mientras los demás preparaban la mesa para la reunión familiar, animó a su hija Eliona a tocar un poco el arpa galesa que tanto gustaba a todos y que infundía paz y descanso en los ánimos y, según decía el patriarca Timothy, abría las ganas de comer hasta al más inapetente.

Como miembro de la familia convocante del consejo y consorte de quien tenía necesidad de orientación y asesoramiento, Betty abrió la reunión:

—Bien, ya sabéis todos lo que venimos a plantearos: a Oleg le han propuesto dirigir el sindicato que agrupa a la práctica totalidad de las minas de carbón de Gales, la *Welsh Mineworkers Trade Union*. Es el puesto de máxima responsabilidad y, como primera medida, nos obligaría a abandonar Cwmtillery para trasladarnos a vivir a Cardiff. Nos gustaría que nos dijerais qué os parece y que nos aconsejarais.

—Hijos míos —tomó la palabra Timothy —sentiré vuestra marcha, especialmente cuando los niños vayan llegando, porque la ilusión de un abuelo es disfrutar de sus nietos en la última etapa de su vida. Comprendo la oportunidad que esta oferta supone, pero sois los segundos que os vais a

Cardiff, siguiendo los pasos de Raymond y Elissa. ¡Qué le vamos a hacer! Supongo que lo primero es lo primero. Yo he sido minero y no puedo ni quiero influir a Oleg para que continúe día a día bajando a la mina. Es un trabajo muy duro y no exento de peligros, como muy bien sabe él. Aún en el caso de que no sufra nunca un accidente allá abajo, sí es cierto que el riesgo de contraer la silicosis u otras enfermedades como la artrosis, neumonías, etc., no es despreciable. Disponed de toda la libertad del mundo para tomar vuestra decisión, no arruinéis vuestro futuro por permanecer a nuestro lado. Cardiff no está lejos y podréis venir a vernos de vez en cuando, incluso a pasar largas vacaciones en esta casa, donde cabemos todos. Vuestras hermanas Bonnie y Eliona no parece que tengan mucha prisa en casarse y seguramente seguirán con nosotros durante algún tiempo. Cuando encuentren pareja, si lo hacen, Dios dirá.

—Con vuestro permiso —expuso Raymond—. Como sabéis, yo fui minero aquí antes de dedicarme por entero a la fotografía y montar mi estudio en Newport, que luego trasladé a Cardiff cuando me casé con Elissa. Pues bien, Oleg, tengo que decirte que nunca me arrepentí de tomar aquella decisión. Respeto tu gratitud por la mina que te ha dado trabajo en este país y ha sustituido la precariedad económica de tu Andalucía natal por un claro desahogo económico, pero convendrás conmigo en que es un trabajo muy duro y en que algún día querrás algo mejor para ese hijo que Betty te va a dar pronto. El peligro en la mina no es desechable, aunque no guste a los mineros pensar en él. Lo que se te ofrece ahora es una gran oportunidad. ¡Ojo! Una oportunidad que te has ganado a pulso con tu labor en el sindicato local, que tengas claro que no te regalan nada, porque vas a trabajar duro y vas a tener que dar lo mejor de ti mismo. Pero, si sirves para la negociación y para la dirección de una vasta organización, ¿por qué conformarte con arrancar cada jornada el carbón de su veta a costa de tu salud? No le veo mucho sentido, la verdad. Me parece que un quehacer en gran parte intelectual como el que se te ofrece, es mucho más enriquecedor y te producirá más satisfacciones que un trabajo manual, que al fin y al cabo puede ejecutar cualquiera. Para entendernos, es la diferencia entre el jornal del que trabaja con sus manos y el sueldo que se paga al dirigente.

—Yo también quisiera decir algo —interrumpió con dulzura Elissa -. Sabéis que yo trabajo en el sindicato de estibadores del puerto de Cardiff. Si bien es cierto que mi trabajo es de mera escribiente, mantengo cordiales

relaciones con los dirigentes, que son personas duras pero asequibles. Te puedo conseguir una entrevista con ellos y te enseñarán las técnicas de negociación más habituales y cómo se dirige un sindicato. Eso sin pensar en que Keegan Sturrock no se marchará hasta que te haya transmitido todo lo que durante tantos años de servicio ha aprendido y el resto de la plantilla del sindicato te apoyará desde el primer momento sabiendo que cuentas con el refrendo de quien hasta ahora ha sido su mentor. Conocemos muy bien la ciudad y podemos ayudaros a encontrar una casa adecuada en poco tiempo. Mientras llega ese momento podéis vivir en nuestra casa y nos sentiremos muy honrados.

—Gracias, gracias de verdad —otorgó Olegario—. Esta familia siempre me ha abrumado con su cariño. En mi dura tierra de Loja éramos más rudos y los sentimientos no fluían con la facilidad con que lo hacéis todos aquí. Si me cuesta aceptar tan espléndida oferta no es solo por la distancia que vamos a tener de vosotros, sino porque me parece un poco como abandonar a los compañeros, que han confiado en mí desde que me nombraron su representante ante los patronos.

—Pero Oleg —ponderó Betty —no los vas a abandonar, todo lo contrario, vas a darles lo mejor de ti mismo desde la central del sindicato y seguro que ellos aprecian el esfuerzo que te va a suponer abandonar estos valles en que has fundado tu familia y tienes tu hogar y tus compañeros. Si me apuras, va a ser más duro para mí, que me separo por primera vez de mi familia y en un estado, el de mi embarazo, en que puedo necesitar a mi madre más que nunca. Pues bien, yo lo acepto de buen grado si ello supone un futuro mejor para los dos, los tres dentro de poco.

—Bien, os agradezco sinceramente vuestras palabras —accedió Olegario. Tengo una semana para pensarlo y voy a agotarla estudiando los pros y los contras, pero os adelanto que, seguramente, nos iremos a Cardiff, el puesto es muy bueno y supone un reto muy importante en nuestras vidas que no creo convenga despreciar. ¡Y ahora, vamos a comer todos, basta de ponernos trascendentes, vamos a disfrutar de los manjares de mi amada suegra!

El jolgorio y la pitanza se hicieron dueños de la reunión. Eliona, la arpista, que era la más sentimental de las hermanas, no pudo evitar derramar abundantes lágrimas, mitad de alegría por el futuro de la pareja que se marchaba y mitad por no poder mimar a sus posibles sobrinos todo lo que

ella habría deseado, como auténtica tía soltera ejerciente de tal. Bonnie siempre había sido más práctica, por lo que procuraba consolar a su hermana diciéndole:

—No seas tonta, es por el bien de ellos y cuenta con que tú y yo tendremos dos casas en Cardiff para ir cuando queramos con cualquier excusa, por ejemplo, para ayudar a las dos embarazadas a traer al mundo a los dos nuevos Sappington, bueno, quiero decir al nuevo Sappington y al nuevo Martin.

Como estaba previsto, transcurrido el plazo dado por Keegan Sturrock, Oleg se presentó en las oficinas de la *Welsh Mineworkers Trade Union* de Cardiff anunciando que aceptaba el ofrecimiento, por lo que fue cálidamente acogido, con un suspiro de alivio por parte de su antecesor en el puesto y con evidentes muestras de apoyo de los que serían sus ayudantes y compañeros de faena. Su llegada a la ciudad se producía en pleno apogeo de las ventas de carbón para la siderurgia. De los muelles de su puerto salían cada año varios millones de toneladas del oro negro extraído de las minas del Sur de Gales con destino a todo el mundo. La fabricación de hierro y acero requería con inusitada urgencia el suministro garantizado del combustible y semejante tráfico no podía dejar de influir decisivamente en la prosperidad de la zona. Más de doscientos buques de carga se dedicaron con ahínco al tránsito del mineral. La rivalidad entre las grandes compañías navieras se manifestaba especialmente en el regio edificio de la *Coal Exchange* o Bolsa del Carbón, donde se llevaban a cabo las compras y ventas del producto cuyo transporte había abandonado hacía tiempo la tracción animal y aprovechaba ahora obras faraónicas como el Canal Glamorganshire que unía Merthyr con el [estuario](#) del río Taff y los muelles de Cardiff, tras recorrer cuarenta kilómetros.

Pero hasta las barcazas que circulaban por ese canal estaban siendo sustituidas paulatinamente por medios más rápidos como el *Taff Vale Railway*, pues navieras tan prominentes como la [Evan Thomas Radcliffe Co.](#) o como [William Cory & Son](#) preferían la rapidez del ferrocarril con tal de llegar antes a la reñida negociación que sobre el precio del mineral se disputaba en la Bolsa del Carbón. De hecho, el puerto de Cardiff había adquirido por mal nombre el apodo ya generalizado de *Tiger Bay*, la Bahía del Tigre, por la actividad delirante que en él se desarrollaba y por los altos

índices de delincuencia sin posible castigo de los culpables que acompañaban a ese desaforado dinamismo en el que los barcos arribaban en lastre, cargaban el carbón y se marchaban rápidamente, con lo que era muy difícil para la policía local la identificación de los autores si algún marinero cometía algún crimen durante la breve estadía del buque.

Sin embargo, este auge comercial del carbón sirvió a su vez para impulsar a la industria local, lo que motivó asimismo la proliferación de vistosas edificaciones públicas en lo que se dio en llamar “estilo Eduardiano”, muy influido por el denominado estilo Modernista, Art Nouveau o Jugendstil que invadía el continente y que revistió de elegancia el *City Hall*, el *New Theatre* y diversos museos, revitalizando el centro comercial de la ciudad. A Betty Martin, que desde su matrimonio abandonó el apellido paterno como era de rigor, le encantaba pasear junto a la [Catedral de Llandaff](#) y por las elegantes calles de Queen Street y St. Mary's Street, buscando la ropa que su bebé a punto de nacer pronto necesitaría.

Olegario, al que todos en el sindicato seguían llamando *Armada*, se hizo cargo de las riendas en un momento especialmente difícil para el movimiento obrero. Si bien era cierto que el auge del comercio energético había supuesto abundante trabajo para todos, no era menos cierto que, una vez desaparecida la época victoriana, la incorporación al trono de Eduardo VII no supuso una mejora en la relación entre clases altas y bajas, como muy bien había advertido Keegan Sturrock a Olegario. Todo lo contrario, persistió palmaria la lucha de clases y una especie de esnobismo excluyente lo dominó todo, en el arte, en las relaciones sociales y, como no podía ser menos, en la política.

Amplios sectores que secularmente habían sido excluidos de toda influencia política, como las mujeres, a las que se les negaba el voto electoral e incluso carecían del derecho de propiedad, o como los trabajadores manuales, que empezaban a agruparse en sindicatos de clase y agrupaciones como el partido laborista, entraban con fuerza en el escenario social hasta entonces reservado a las clases dirigentes, a los lores y a los políticos conservadores. Incluso la prensa tomó partido por las clases más desfavorecidas y puso de manifiesto lo injusto de una situación de opresión nacida de la revolución industrial y la necesidad de que un estado de cosas tan anacrónico fuera evolucionando de una vez. La mujer sufragista y el obrero debían ser escuchados y sus reivindicaciones tenían que ser estudiadas.

Como estaba previsto, Elissa Sappington dio a luz dos meses antes que Betty una preciosa niña, a la que pusieron el nombre de Martha, en honor a su abuela materna que la ayudó solícita a venir al mundo, y con el que todos los Sappington estuvieron muy conformes. Como la madre quiso seguir trabajando casi hasta el último momento, las tías solteras de Abertillery se desplazaron a Cardiff, la dulce Eliona a casa de los Martin y la práctica Bonnie a la de Raymond y Elissa.

—No he visto en mi vida un cabello tan rubio como el de esta niña — alabó Bonnie, que se había juramentado consigo misma, desde el día de su llegada a aquella casa, para considerarla a perpetuidad como su preferida, viniera lo que viniera en un futuro a la familia Sappington. De hecho, cuando el resto de la familia le reprochaba cariñosamente que se le notaba excesivamente su predilección, siempre lo negaba, manteniendo que para ella todos los sobrinos eran iguales, con lo que no engañaba a nadie por muy seria que se pusiera al afirmarlo.

La llegada de aquella niña supuso cambios importantes en la vida de los padres. Era tan notoria la adoración de Bonnie por su sobrina y tan claro resultaba para todos que su soltería tenía todas las trazas de perpetuarse en el tiempo sin que la propia Bonnie lo lamentara, que la cuñada Elissa, agobiada a menudo por la idea de tener que abandonar su trabajo que adoraba y que le proporcionaba un salario tan indispensable, les propuso primero a Raymond y luego a ella que se quedara a vivir con ellos por algún tiempo y les echara una mano en el cuidado y educación de Martha. Nada pudo complacer más a Bonnie y a su hermano. El problema era decírselo a los abuelos, que empezaban a ver vacía su propia casa.

—Si hay algo que me impide deciros ahora mismo que sí, que me quedo a vivir con vosotros, es que antes quiero hablarlo con papá y mamá. Si Eliona decide permanecer en Abertillery, no creo que haya problema, pero no quiero plantearles la situación como algo definitivo hasta ver cómo van a quedar ellos, supongo que lo comprenderéis —matizó Bonnie.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a contestar Raymond—. Si os parece, cuando vaya a dar a luz Betty, que me ha dicho que quiere hacerlo en casa de los padres, ayudada por mamá y por Constance Philpott, la comadrona, les planteamos el asunto a ver qué opinan.

Y así fue, a mediados de octubre, próxima ya la fecha prevista para el parto de Betty, los Martin se desplazaron a la casa paterna de Abertillery acompañados de sus cuñados, los primeros en la confianza de que Betty se encontraría arropada, mimada y protegida para traer al mundo al que con el tiempo se sabría que había de ser su único hijo y los segundos con la esperanza de que sus padres consintieran en desprenderse de su amada hija Bonnie para que a partir de entonces y, mientras la necesitaran, se integrase en la pequeña célula familiar fundada por su hermano Raymond y su cuñada Elissa.

Como no podía ser menos, los padres dieron su conformidad, pensando en lo bien que a Elissa le vendría cualquier ayuda que se le pudiera ofrecer. Estaban realmente convencidos de que su hija sería una segunda madre para la recién nacida y de que procuraría traerla a casa de los abuelos con mayor frecuencia que si los padres no contaban con su cooperación. Por otra parte, Eliona no pensó ni por un momento en abandonar la casa paterna. Siempre decía que le importaba un comino quedarse soltera, pero que sí le importaba en gran manera ser el apoyo para sus padres en su vejez, con lo que expresó su bienvenida a todos los sobrinos que quisieran visitarles, pero que, salvo ocasiones en que sus hermanos la necesitaran de manera perentoria, su puesto estaba en aquella casa, cuidando a sus padres, echando una mano en la cocina y el jardín o tañendo su arpa galesa en las largas noches de invierno, disfrutando del humo de la pipa de su padre y viendo como la abuela Sarah cosía pequeños vestidos y prendas de abrigo para sus nietos. Eso y no otra cosa era para ella la felicidad y si no había un hombre que quisiera compartirla con ella, él se lo perdía.

Olegario dejó a su oronda esposa en manos de mamá Sarah y regresó a sus obligaciones sindicales en Cardiff, no sin antes girar visita a las minas del valle de Glamorgan, a Cwmtillery, Aberdare, y Blaenau Gwent, en todas las cuales recogió las persistentes y no por ello menos amargas quejas de los representantes locales del sindicato, que hablaban de las condiciones de trabajo y de los escasos salarios, haciéndole partícipe del descontento general que se iba extendiendo entre los afiliados como reguero de pólvora.

—Esto se está pareciendo cada vez más a un polvorín —advirtió Olegario a su ayudante Bill Kellaway —y estoy convencido de que debemos

estar preparados para tiempos de tribulación. Prefiero ver venir de frente los problemas a que me pillen desprevenido. Como saben bien los compañeros de la mina de Cwmtillery, antes de provocar un enfrentamiento cuyos resultados no podemos conocer de antemano, prefiero examinar el problema detenidamente con las bases del sindicato y con la patronal, en el convencimiento de que un acuerdo que no deje contentas a las dos partes pero que suponga cesiones de ambas, es siempre mejor que un conflicto que acaba perjudicando a los obreros y al capital. Las cosas como son.

Toma nota, Bill. En cuanto volvamos a Cardiff vamos a retomar el tema de la *caja de resistencia* que, permíteme decirlo, teníais muy abandonado. Como primera medida hay que reunir a los representantes del sindicato en cada una de las minas y les vamos a pedir que convenzan a los asociados para que, junto a la exigua cuota sindical que ahora abonan, empiecen a aportar una pequeña cantidad para atención de las contingencias graves que, si no me equivoco, están prontas a aparecer. Esto es como un seguro y así hay que vendérselo. Todo el sacrificio que ahora se les pide va a repercutir, exclusivamente, en su beneficio cuando lleguen los tiempos duros. Sin huelga no hay posibilidad de presionar a la patronal y si no hay una buena reserva en la caja de resistencia, ya me contarás de qué van a vivir los mineros y sus familias mientras la huelga dure.

La visita a las minas de carbón en los valles del Sur de Gales sirvió, al menos, para darse a conocer en los pozos en los que algunos habrían oído hablar de él, pero en los que para la mayoría era todavía un perfecto extraño. Notó que, dentro del malestar generalizado por las duras condiciones de trabajo, las largas jornadas en todos los pozos y los bajos salarios que apenas llegaban para evitar el hambre, los mineros mantenían la unión y confiaban en el sindicato, entre otras cosas porque no les quedaba otro remedio y era el único medio para que su voz se oyera dónde procedía. La labor de Sturrock durante tantos años había dado sus frutos, ganando la confianza de aquellos hombres, enfrentados cada día a tan duras pruebas. Pero esa confianza y esa unión sufrían desde hacía demasiado tiempo las demandas de la patronal de tasas de rendimiento continuas e insostenibles.

El país pasaba por una nueva depresión económica que afectaba especialmente a la clase asalariada. Inglaterra estaba perdiendo a marchas forzadas su hegemonía industrial en el mundo y mientras ella retrocedía, Estados Unidos, y en menor medida Alemania, crecían a su costa,

disputándole parcelas cada vez más importantes de mercado.

En esta tesitura, a su llegada a Cardiff, Olegario se planteó una profunda reestructuración del sindicato como instrumento de defensa de sus asociados y de enfrentamiento a la patronal, que no parecía dispuesta a ceder ni a negociar en ninguna de las minas visitadas. Un buen día de octubre de ese año de 1908 pidió a sus colaboradores Tod Clark y Bill Kellaway que convocaran al resto de la plantilla de Cardiff a un pleno para el lunes día veintiocho y, llegada la fecha, se dirigió a ellos con una circunspección tan manifiesta en el semblante que apreciaron en seguida la gravedad del momento y se prepararon para afrontar los hechos.

—Compañeros, la situación, como ya os habrán adelantado Tod y Bill, es prácticamente desesperada. Por eso he convocado este pleno del personal del sindicato; quiero que estéis todos enterados de las medidas que he decidido tomar en beneficio de las diversas cuencas mineras de Gales. Estoy convencido de que lo que se nos viene encima puede tener muy graves consecuencias y es nuestra obligación adelantarnos a los hechos y estar preparados para afrontar cualquier contingencia por dura que sea. Voy a exponeros mis ideas a este respecto. Si estáis de acuerdo conmigo y decidís que sigamos adelante, me tendréis a vuestro lado como el primero en la lucha, pero si pensáis que estoy equivocado, en este momento y lugar renuncio a la dirección de la *Welsh Mineworkers Trade Union* y me vuelvo a mi mina de Cwmtillery como un minero más.

Antes de que votéis por mi continuidad en la dirección de esta casa, os planteo como imprescindibles la adopción inmediata de las siguientes dos medidas: Primera, como ya les he comentado a Tod y a Bill, vamos a constituir desde este momento una importante caja de resistencia, que se dotará con aportaciones obligatorias de todos y cada uno de los mineros. Sé que va a costar trabajo retirar una parte, aunque sea pequeña, de un salario ya de por sí exiguo, pero estoy persuadido de que esa reserva de dinero para huelgas es imprescindible constituirla ya, sin dilación. Creo firmemente que más pronto o más tarde, todas las cuencas van a entrar en un período de huelgas como nunca se ha visto. Ya se empiezan a ver muestras de agitación en Irlanda y en otros lugares, y algunos han empezado a llamar a la situación como “el Gran descontento obrero”. Como sabéis, en Belfast los trabajadores han superado las diferencias que desunían a los diversos sectores productivos y se ha producido una huelga general que ha motivado la intervención de la

policía y del ejército, con efectivos venidos de fuera porque la contienda se les iba de las manos. Y esto es solo el principio. Los obreros metalúrgicos y los que trabajan en los astilleros del Noreste de Inglaterra se han sumado a la huelga del sector textil y se ha parado en el último momento la que iba a afectar a los ferrocarriles.

Es por todo esto que considero necesario infundir nueva vida a la caja de resistencia que en este sindicato dormía el sueño de los justos y resultaba inoperante desde hace años. Creo que si se aprueba esta medida debe ponerse el tema en manos de nuestro abogado, Harold Jenkins, aquí presente, para que redacte sin demora un reglamento de general aplicación a la totalidad de las minas afiliadas a esta *Trade Union*.

Como segunda medida propongo la constitución de unos “Grupos de defensa y combate” en cada uno de los pozos afiliados. Su misión, como podréis imaginar es monopolizar en un principio la violencia que se pueda producir en situaciones de conflicto, evitando que la masa total de obreros de la mina se lance sin dirección a una lucha contra las fuerzas de seguridad que podría estar abocada al fracaso si no cuenta con una hábil orientación para, en un segundo momento, cuando sea imposible alcanzar una solución pacífica al conflicto, dirigir al conjunto de los mineros en una lucha no carente de estrategia y técnicas de ataque, que evite en lo posible las heridas a los participantes y consiga los resultados que se pretendan, demostrando a la patronal hasta donde estamos dispuestos a llegar en la pugna por un salario justo y unas condiciones de trabajo razonables. Estos grupos de defensa y combate deben ser entrenados por profesionales que les hagan comprender las diferentes tácticas que requieren los enfrentamientos con la policía y el ejército, con fuerzas que combatan a pie y con las que lo hagan a caballo, a campo abierto en la boca de la mina y en las calles de las localidades vecinas.

Mientras tanto, y antes de que se produzcan estas situaciones no deseadas por nadie, la Junta que bajo mi mando dirige este sindicato tiene el decidido propósito de entablar de inmediato negociaciones con las diversas compañías propietarias de los pozos, con el objeto de evitar el coste que una huelga general puede suponer, tanto para ellos como para nosotros. Por nuestra parte se efectuarán todos los esfuerzos que sean necesarios para llegar a los acuerdos que eviten el enfrentamiento, cediendo en donde podamos ceder y exigiendo en lo que consideremos imprescindible. Os prometo que no nos dejaremos llevar por el cansancio, ni nos desanimaremos ante las

primeras muestras de cerrazón y negativa por parte de la patronal. El minero debe saber del tesón y la tenacidad que se van a emplear por los dirigentes de este sindicato como representantes suyos que somos, pero para culminar adecuadamente esta dura labor necesito saber si cuento con vuestro apoyo o pensáis que hay otra forma de actuar más adecuada y otras personas más capaces para llevarla a cabo. Sin vuestro respaldo, todo esto no estaría legitimado y preferiría que otro me sustituyera.

Se produjo un silencio sólido, macizo, más que por conceder el respaldo que *Armada* pedía, por darse cuenta los presentes de que la situación era extremadamente grave y de que en breve plazo se podían desatar conflictos cuyo final era imposible prever. En ese momento entró precipitadamente Raymond Sappington en la sala y visiblemente alterado, se dirigió a su cuñado Oleg:

—Pido disculpas por interrumpir de esta forma la reunión, pero tu suegro me manda decirte que tu mujer se encuentra de parto desde hace unas horas y parece que la cosa está bastante complicada y va para largo, por lo que agradecería tu presencia en Abertillery a la mayor brevedad.

CAPITULO 8°. Ubi bene, ibi patria. 1931

“Donde se está bien, allí está la patria”, parecía pregonar el *HMS Hood* cuando, de lluviosa amanecida, arribaba al puerto de Plymouth. La sempiterna borrasca atlántica se le había adelantado en unas horas, por lo que el ambiente era húmedo en extremo y desapacible, lo que no pillaba de sorpresa a nadie, claro está. Lo raro habría sido encontrar un escenario similar al de la soleada Granada o el luminoso Gibraltar, pensaba Tony, que recordaba de repente su experiencia infantil en el mojado Gales de su madre y abuelos. Y además era noviembre, qué se puede esperar del otoño inglés. Se subió el cuello del capote militar que le había proporcionado en el buque el teniente al cargo de la intendencia y bajó la escalerilla desde cubierta como el resto de los compañeros, saludados por el cabo de guardia que les despedía militarmente.

A pocos pasos en el muelle se encontraba estacionado un pequeño ómnibus militar sin indicación alguna que revelara su adscripción a ningún tipo de negocio o actividad, público o privado. A su costado, un encargado que trataba inútilmente de ocultar su condición castrense portando ropas civiles y con aspecto de hombre locuaz y dicharachero, les esperaba en clara actitud de acogida, pues había comprendido con celeridad el gesto del cabo de guardia, indicándole sin una palabra que aquel era el grupo que estaba esperando.

—Buenos días, por decir algo, señores —se dirigió especialmente a Tony que parecía el más resuelto de aquellos muchachos—. Bienvenidos a Inglaterra. Soy el sargento mayor Robert Roy del Regimiento de Guardias Escoceses de las fuerzas armadas de Su Majestad y estoy destinado en el mismo servicio al que ustedes se van a incorporar desde hoy. Si bien Roy es

un apellido bastante común en los *Highlands*, y yo soy de Inveraray, todo el mundo aquí me llama Rob, Rob Roy, como mi paisano el héroe escocés que inspiró la novela de Sir Walter Scott, aunque les aseguro que esto lo he contado ya en multitud de ocasiones y estoy un poco cansado de repetirlo. De lo que no me canso es de decirles que yo seré para ustedes y a partir de ahora el “hombre para todo”, una especie de asistente colectivo y de la mayor confianza. Todo el mundo en el servicio me encarga las cosas más corrientes y las más peregrinas, así que no se priven de dirigirse a mí durante su estancia entre nosotros con sus problemas y necesidades, como hacen los demás, desde el más alto al más bajo en categoría. Y ahora, si no les importa, según vaya nombrándoles, vayan subiendo al vehículo, que partirá en cuanto tome asiento el último de ustedes. Ah, y si alguien les asegura que soy un parlanchín, no le hagan caso, la gente es muy dada a la murmuración en este Londres tan pecaminoso.

Pasada lista y colocados los equipajes de todos, el conductor del autobús inició la marcha hacia Londres, con la vana esperanza de que dejara de llover en algún momento a lo largo de aquella carretera secundaria que serpenteaba entre verdes campos, tan distintos de los que podían contemplar en algunos de sus países de acogida los recién llegados. Las miradas emocionadas de aquellos jóvenes les traían a todos recuerdos familiares, evocaciones de momentos de su infancia y adolescencia, donde paisajes y personas habían contribuido tanto a formar los primeros rasgos de su carácter. Algunos se habían integrado de tal forma en la vida de sus nuevos países que casi habían olvidado aquellos glaucos y húmedos orígenes, aquellos rostros sonrosados y característicos, la forma de vestir, de comportarse, aquel humor inglés tan peculiar y diferente, aquel orgullo de sentirse isleños, distanciados de sus vecinos continentales a los que la niebla y el mal tiempo “aislaba” frecuentemente.

—Tenemos por delante unas ciento ochenta millas de carretera monótona secundaria hasta llegar a Londres —terció el jefe de aquella discreta expedición—. Acomódense y, si lo desean, pueden descabezar un sueñecito, pues tendrán una jornada bastante intensa desde el momento en que lleguen a su destino. Como habrán podido apreciar, se han obviado con todos ustedes los engorrosos trámites de identificación que los pasajeros civiles tienen que pasar al entrar en nuestro país. La aduana para ustedes, por decirlo de alguna manera, soy yo, por lo que les ruego que, antes de nada, me

entreguen los pasaportes que sus embajadas o consulados les proporcionaron en los países de los que proceden. Muchas gracias.

Acatada la discreta orden, los muchachos se acomodaron convencidos de que les resultaría imposible dormir con la excitación de encontrarse de nuevo en Inglaterra, alguno después de tanto tiempo; ya tendrían oportunidad cuando acabara la jornada, por dura que esta fuera. Todos se preguntaban cómo serían recibidos, qué clase de enseñanzas les esperaban, de qué forma iba a cambiar su vida después de haber aceptado aquella misión. Se iban a comprometer con una existencia rodeada de secreto, con los ojos bien abiertos para cumplir adecuadamente con los objetivos que se les encomendaran. No sabían cuánto iba a durar su período de entrenamiento, si se requerirían especiales habilidades físicas, si sus conciencias chocarían con algunos de los mandatos recibidos, dónde se alojarían mientras se les instruyera, cómo serían sus profesores y tantas otras preguntas que irían encontrando respuesta en su momento, pero que ahora eran meros arcanos por resolver.

Cuando se fueron a dar cuenta entraban en Londres. El autobús, que después de un buen rato bordeaba el Támesis, acabó adentrándose en el East End, zona no precisamente elegante, por el distrito de Tower Hamlets y la Isle of Dogs, zona portuaria de muelles de buques y almacenes, donde las industrias textiles se hacinaban y los inmigrantes hacían cola en sus puertas, esperando bajo la lluvia la oportunidad de llevar a casa un salario que inevitablemente resultaría magro por demás. En una de aquellas industrias dedicadas a la confección de uniformes militares, en el mismo Millwall Dock, hizo su entrada el vehículo por una discreta puerta lateral que, a través de un arco de ladrillo oscuro, comunicaba con un patio interior donde se guardaban varios automóviles sin más identificación que su matrícula reglamentaria que, dicho sea de paso, se cambiaba cada primero de mes por otra tan legal como la anterior. Todo ello era parte de las maniobras de distracción más elementales, por si agentes de otros gobiernos sometían a vigilancia a alguno de los miembros de aquel reservado servicio. Los muchachos fueron invitados a bajar e incorporarse a una sala de recepción donde debían aguardar la llegada de quien les daría la bienvenida, lo que no se hizo esperar demasiado.

—Buenos días, caballeros —apuntó el recién llegado—. Como Director de esta institución, que para ustedes recibirá a partir de ahora el nombre de

“*The Half*” o sencillamente “el Centro”, les doy cordialmente la bienvenida y les felicito efusivamente porque los informes recibidos de la máxima autoridad en el *HMS Hood* no pueden ser más favorables, tanto por lo que respecta a sus personas como a la aplicación prestada a las enseñanzas que les han sido impartidas en el buque. No hay nada como comenzar con buen pie y les puedo asegurar que ustedes lo han conseguido ampliamente. Mi nombre es Byron Mudford, soy Coronel de Artillería y Director de este Centro, aunque seré más bien una especie de preceptor de ustedes ante los diversos instructores. Ya han conocido al sargento Roy, que hará las veces de asistente general para lo que necesiten. No duden en solicitarle cualquier tipo de ayuda, consejo o explicación. La jornada diaria para ustedes se desarrollará en este edificio, del que solo saldrán al acabar la instrucción cuando caiga la tarde para incorporarse a los domicilios que les darán acogida. Como se ha venido haciendo con promociones anteriores, se les facilitará a cada uno de ustedes, por separado, una estancia en alguna de las familias que colaboran con nosotros. Generalmente se trata de casas de retirados del servicio secreto o de viudas del ejército que trabajan en la fábrica de confección de uniformes que comparte este edificio con *The Half*. Todas las señoras que pueden recibirles en sus hogares tienen algún hijo a su cargo y se ayudan económicamente con la pequeña remuneración que perciben por alojarles. Nunca ha habido problemas con este servicio y espero que ustedes, como auténticos caballeros que han demostrado ser, no los plantearán tampoco.

Me imagino que les habrá causado cierto asombro el apodo aplicado a esta especie de escuela. Pues bien, para que salgan de tan relevante duda —ironizó Mudford— les explicaré a qué se debe el nombre *The Half*, es decir, La Mitad. Los servicios ingleses de inteligencia se estructuran en diversas secciones, de las que las más relevantes son el Servicio de Seguridad o [Military Intelligence, Section 5](#), por lo que se le conoce popularmente como “MI5” y el Servicio Secreto de Inteligencia, SIS o “MI6”. El primero se ocupa de la seguridad interna de la nación, mientras que el segundo se encarga de la exterior, por eso el primero depende del Home Secretary y el segundo del Foreign Office.

De acuerdo con esta diferenciación, cuando se decidió la creación de este servicio al que se están incorporando como alumnos, no se le quiso integrar en ninguna de las dos secciones porque las misiones que deberán afrontar pueden tener lugar tanto fuera como dentro del país y las

peculiaridades de ustedes como integrantes del servicio van a ser distintas a las de sus compañeros de las dos secciones que les he citado. Nunca van a ser verdaderos funcionarios, ni van a estar adscritos a ninguna embajada o estamento militar o policial. Lo único que quedó claro desde el principio es que su misión va a ser esencialmente de observación en sus países de destino, sin renunciar en ningún caso a sus propias formas de vida y ocupaciones, salvo que se les encarguen otras esporádicamente. La idea es que sean los ojos y oídos de Inglaterra en sus países de residencia.

Alguien dijo, en el momento de creación de este cuerpo hace ahora diez años, creo recordar que fue Vernon Kell, Director General del Servicio de Seguridad, haciendo gala por una vez de su poco gastado humor, que si no eran del MI5 ni del MI6, podrían ser del “MI5 and a half” (cinco y medio), por lo que prosperó tan chocante sugerencia y se abrevió llamándolo “*The Half*”, con lo que todos quedaron muy contentos y se fueron a comer a costa del Tesoro. Ya saben ustedes la peregrina razón del nombre de esta escuela, nombre que solo deberán utilizar dentro de este Centro y nunca fuera de él.

Por otra parte, los que acaban de llegar desde Plymouth habrán observado la presencia entre nosotros de dos componentes nuevos del equipo a los que todavía no conocen, ni ellos a ustedes. Se trata —los presentó Mudford con cortés ademán —de Ehud Bakenroth, que viene de la Unión Soviética y de Jesse Wood, norteamericano de adopción aunque súbdito británico como todos los demás.

La totalidad de los componentes de tan original grupo se estrecharon las manos con muestras expresivas de evidente complicidad, satisfechos de ver completado el conjunto con aquellas últimas incorporaciones.

—Y ahora tengan la bondad de tomar cada uno de ustedes al azar uno de esos sobres que hay encima de la mesa —añadió el preceptor señalándola—. En su interior encontrarán una nota con la dirección del domicilio que les va a albergar mientras dure su estancia entre nosotros. Una vez asignada dicha residencia les ruego que no pidan que se les cambie, salvo por un motivo muy grave y especial. Espero que se adapten bien a las familias que les hospedarán. Ahora van a disponer de unos minutos para que se preparen a recibir las primeras instrucciones de su adiestramiento. El sargento mayor Roy tendrá la amabilidad de acompañarles hasta el aula en que se les impartirán esos conocimientos.

—Síganme, caballeros, tengan la bondad —les animó el sargento —

conduciéndoles a través de una puerta que daba acceso a un gran almacén, donde un centenar de mujeres de todas las edades se afanaban ante su máquina de coser confeccionando las prendas militares. Las sonrisas de nerviosismo y disimulo entre las más jóvenes no se hicieron esperar ante tanto buen mozo, a lo que no acababan de acostumbrarse, pese a que cada año sucedía lo mismo con las diversas promociones. Una de las mayores exclamó, dirigiéndose a las más jóvenes y presumiblemente solteras:

—¡Anda, que se os van los ojos detrás de chicos tan guapos! Parece como si no hubierais visto a jóvenes como éstos en vuestra vida...

—¡Lo que pasa, Mildred, es que tú ya no te acuerdas del calorcito que dan! —desembuchó descarada una tal Karmin, que tenía fama de ser de armas tomar, con lo que las risas se convirtieron pronto en jolgorio generalizado, ante el apuro y sonrojo de los mozos que eran objeto de la chanza, mientras Jutta Borsdorf también sonreía aunque no fuera con ella la cuchufleta—.

Y así, para diversión del personal de *The Half*, el travieso Rob Roy había cumplido con la tradición que instituyó hacía años de que la primera entrada al aula de trabajo pasaba siempre, aunque no fuera en absoluto necesario, por la sala de las trabajadoras, detalle que a éstas encantaba y a los alumnos varones les causaba la natural zozobra. Llegados al pequeño auditorio donde se impartían las clases, los alumnos rieron la gracia y se acusaron unos a otros de haber sido el más sonrojado ante el atrevimiento de las modistas. Tony tomó la batuta de la reunión y abrió el sobre que le había tocado en suertes para leer en voz alta su contenido:

-“85, Garford Street. Tower Hamlets. London E14. Señora April Bradley, viuda del sargento Kenneth Bradley. Hija: Vera (cinco años)”.

Eso era todo como indicación de su casera. Tony se volvió y preguntó al sargento Roy:

—Rob, me ha tocado la viuda de un sargento que vive en la calle Garford. ¿Queda muy lejos de aquí?

—A un paso, chico —comenzó el sargento a aplicarles el amistoso tuteo que ya había utilizado con anteriores promociones —a un paso. Has tenido suerte, pero no solo porque tendrás que caminar poco, sino porque es una de las mejores casas. Tu patrona es muy agradable y cocina estupendamente. Como trabaja aquí cosiendo uniformes, al igual que las demás, si quieres te la presento a la salida y puedes acompañarla hasta su casa, así te aprendes el

camino.

—Gracias, Rob, me vendrá bien.

En el aula ya esperaba el Director del Centro, a quien acompañaba el que sería su primer profesor y que les fue presentado de inmediato:

—Señores, les presento al sargento mayor Elliott Lindsay, su instructor en *Armas y Prácticas de tiro*. Con él aprenderán todo lo que necesiten saber sobre armamento y cómo utilizarlo. Dentro del recinto de *The Half* disponemos de galería de tiro insonorizada que será de uso frecuente por ustedes, pero en otras ocasiones saldrán al exterior, a las instalaciones que el ejército posee en determinadas granjas camufladas, cuando el aprendizaje del armamento lo requiera. Pasarán la mañana con el sargento Lindsay y esta tarde les recibirá su profesor de *Análisis de la situación política*, Mr. Frank Cowan, que les introducirá en los pormenores de los regímenes políticos de sus países de procedencia. Supongo que se asombrarán a menudo con las informaciones confidenciales proporcionadas por nuestras embajadas y consulados.

Verán desfilar por este aula como profesores de las diversas disciplinas a miembros del ejército británico, de los distintos cuerpos policiales, profesores de prestigiosas universidades, criminólogos, magistrados jueces y juristas de prestigio, entre otros profesionales relacionados con nuestras actividades. A todos les une un mismo afán: colaborar en la detección y neutralización de peligros que amenacen la seguridad de nuestro país, su soberanía e intereses de todo tipo donde fuere que estos se hallasen, protegiendo las libertades y derechos de nuestros ciudadanos y la estabilidad de nuestras instituciones. Y todo ello con la discreción que caracteriza a un servicio secreto del que ustedes van a formar parte.

Se les enseñará a procesar la información que obtengan, valorando su significado y formulando la interpretación y conclusiones que consideren más adecuada, aunque se equivoquen de vez en cuando. Somos nosotros los que realizaremos la evaluación definitiva de su trabajo y propondremos al Ejecutivo las medidas de respuesta que consideremos más idóneas para contrarrestar la potencial amenaza.

—Buenas tardes, caballeros, —comenzó el profesor Lindsay — encantado de conocerles...

A mediodía, terminadas las enseñanzas matinales, el sargento Roy condujo a los alumnos a un amplio comedor donde se les sirvió un reparador

aunque sencillo almuerzo, que cayó como una bendición en aquellos jóvenes estómagos ayunos en su mayor parte de bocado desde que abandonaran el *HMS Hood* a temprana hora. Algunas de las modistas que antes cosían viendo a los muchachos circular por su almacén hacían ahora de discretas camareras, sirviendo silenciosas los diversos platos. El sargento Roy, que acompañaba a los comensales en el refrigerio, observando a una de las camareras le rogó por señas que se acercase.

—Hola, April, buenos días, me gustaría presentarte al alumno que se va a alojar en tu domicilio, si no tienes inconveniente. Me ha preguntado si puede acompañarte al terminar la jornada con objeto de aprenderse el camino desde este Centro.

—Muy bien, no tengo inconveniente —aceptó la interpelada.

—Pues entonces, tengo el gusto de presentarte a Tony Martin. Tony, la señora es April Bradley, que vive en el 85 de Garford Street, en este mismo barrio de Tower Hamlets, y va a ser tu casera desde hoy mismo.

—Mucho gusto, señora —acertó a responder Tony, bastante azorado al ver los ojos de asombro que mostraba el rostro de su casera y que pareció quedarse sin habla.

—Mu-mucho gusto —balbuceó la joven señora, que hizo un esfuerzo por reponerse rápidamente.

El sargento no había reparado en el incidente, por lo que prosiguió con la presentación:

—April es viuda del que fue mi buen amigo, Kenneth Bradley, sargento en el glorioso *Corps of Hazara Pioneers*, con sede en Quetta, India, y que intervino de forma decisiva en la campaña de Mesopotamia, al acabar la guerra europea y desaparecer el Imperio Otomano. Kenneth murió heroicamente hace un par de años tratando de reprimir una revuelta en Madrás. Bendita sea su memoria, era un buen hombre y un militar ejemplar. Sus medallas han quedado ahí para demostrarlo y su nombre inscrito para siempre en la historia de nuestro ejército en aquel país.

—Muchas gracias, Rob —apreció Mrs. Bradley —eres muy amable. Ya sabes cómo te estimaba Ken y, esté donde esté, seguro que aprecia tus palabras y tu recuerdo. En cuanto a la marcha a casa, Mr. Martin, vendré a recogerle al terminar la jornada. Buenos días.

Las clases de la tarde transcurrieron con la normalidad habitual, si bien Tony no pudo dejar de pensar ni por un minuto en la escena que tuvo lugar en

el comedor. Le había impresionado la reacción de su patrona, no acababa de entenderla y, por otra parte, estaba contento con lo que la suerte le había deparado. Parecía una mujer interesante y adivinaba que su estancia en aquella casa resultaría cómoda y agradable. No era una mujer fea, todo lo contrario. Sin ser de una gran belleza, sus facciones resultaban dulces y dotadas de cierto encanto, acompañando un cuerpo sugerente aunque su forma de vestir tratara a todas luces de disimularlo. Sin embargo, se le notaba como demasiado formal, tal vez a la defensiva.

Llegada la hora de abandonar *The Half*, Mrs. Bradley se presentó en la puerta por la que salían sus numerosas compañeras de trabajo y los muchachos por cuyo cometido nadie preguntaba. Allí estaba ya Tony esperándola con su equipaje y tratando de no revelar su impaciencia.

—Cuando guste, Mr. Martin.

Iniciaron la marcha en silencio, algo cohibidos. Como la distancia a la calle Garford era bien corta, April Bradley comprendió que debía tratar de romper el hielo antes de llegar, no fuera a parecer que el muchacho no era bien recibido.

—¿De dónde procede usted, Mr. Martin? —requirió, mostrando una cierta curiosidad.

—En la actualidad vivo en Andalucía, al Sur de España. Mis orígenes son, sin embargo, galeses. Mi padre emigró a Gales en busca de trabajo y allí conoció a mi madre. Una vez que ella falleció, él quiso regresar a España porque le resultaba demasiado duro permanecer en un ambiente que tanto la recordaba. Es una historia un poco triste, pero ya empieza a ser superada, han pasado ocho años y las heridas han cicatrizado en gran parte. Incluso me gustaría que mi padre encontrara de nuevo a alguien con quien compartir su vida, aunque nunca se lo he dicho, no sé por qué.

—No quisiera pecar de indiscreta —señaló ella —pero ¿qué le ha parecido Inglaterra ocho años después de abandonarla?

—Realmente nunca la he abandonado del todo. Siempre he seguido en contacto con mi familia materna, si bien es cierto que, como llevo en España desde los quince años, me he adaptado muy bien a aquel país. Es como si tuviera dos patrias. Siento que me debo a las dos, es un sentimiento curioso que seguramente comparto con mis compañeros en el Centro, pero me debe disculpar porque tengo estrictamente prohibido hablar de estos temas.

—No se preocupe, lo comprendo perfectamente y estamos bien

aleccionadas en estos asuntos desde que ingresamos en la fábrica de confección. No es por casualidad que todas las trabajadoras tengamos algún tipo de relación con las fuerzas armadas, generalmente de parentesco. Pero mire, ya estamos llegando. Si no le importa, primero pasaré por casa de mi hermana Louise, que vive frente a la mía y cuida de la niña en mi ausencia.

Llamaron a la puerta de una casita coquetona y bien cuidada aunque nada lujosa, como todas las de la calle, delatando su pertenencia a una clase media sin demasiadas pretensiones, gente honrada y trabajadora por lo general. Adelantándose a su tía salió en tromba una niña de cabello más bien moreno que se arrojó directamente a los brazos de su madre, ansiosa por recibirla.

—¡Hola mami, la tía Louise me ha dado hoy macarrones para comer!

—Hola Vera, seguro que te lo has comido todo, pero antes de nada saluda a este señor que se llama Tony y va a pasar una temporada en casa.

—¿Como los otros que vinieron antes y luego se marcharon?

—Exacto, espero que seas amable como siempre lo has sido.

—Hola, señor, ¿Cómo está usted?

—Muy bien, Vera. Me gustaría que me llamas Tony.

—No hemos tenido hasta ahora ningún Tony, ¿Verdad, mami?

—Efectivamente, hija, este es nuestro primer Tony. ¿Y tú qué tal, Louise, se ha portado bien la niña? —quiso saber April.

—Perfectamente, como siempre, es un tesoro —contestó la hermana, una simpática ama de casa algo entradita en carnes sin poder reprimir en su talante una expresión de clara sorpresa, combinada con una mirada de complicidad hacia April que ésta se esforzó en disimular—. Lástima que Derek y yo no hayamos tenido hijos para que jueguen con ella. Y en cuanto a usted, Mr. Martin, bienvenido a los humildes hogares de mi hermana y nuestro, confío en que se encuentre como en su propia casa.

—Mucho gusto, señora —agradeció Tony —espero tener la ocasión de saludar a su marido.

—Dispense mi descuido, Mr. Martin, —se disculpó April —le presento a mi hermana Louise Pavey. Louise, ya conoces a mi nuevo huésped, cualquier día de éstos le presentamos a Derek.

—¡Pero llévatelo pronto a casa, April! —apuró Louise a su hermana—. ¿No ves que va cargado con esa maleta que debe pesar como un muerto?

Con solo cruzar la calle alcanzaron la casa de los Bradley. Y lo hicieron

a tiempo porque empezaba a lloviznar de nuevo como había venido haciendo todo el día, que en ningún momento dejó de estar nublado y con escasa luminosidad, oprimiendo un poco el ánimo por lo gris y sombrío.

Nada más traspasar el umbral, el orden y la armonía de aquel hogar sorprendieron gratamente a Tony, que encontró en seguida algo familiar en el ambiente y que le recordaba en gran manera la casa de sus abuelos en Abertillery. Imposible definir lo que era, pero se encontraba a gusto, protegido, querido. Había un atisbo de confianza que le estaba dando la bienvenida, transmitiéndole un mensaje de cordialidad sin palabras que le arrojaba con la delicadeza que se emplea con un recién nacido. Por un momento mágico creyó sentir el rumor que producía la saya demasiado almidonada de su abuela Sarah al caminar presurosa por la casa, la caricia de las manos de su madre al vestirlo después del baño, el sahumerio perfumado de la pipa de su abuelo y el acre tufillo del polvo de carbón que impregnaba las ropas de su padre al regresar cansado cada tarde de la mina. Y se sintió feliz como hacía mucho tiempo que no se sentía.

—Le acompañaré a su habitación en el piso de arriba, tenga la bondad de seguirme —le encareció April, moviéndose con soltura y rapidez—. El aseo lo tiene en frente, desgraciadamente no tenemos uno privado para usted. Cuando lo desee puede usted bajar. La cena estará preparada en unos minutos. He adquirido la costumbre de cenar en la cocina con el huésped de turno, cuando lo hay, y con mi hija, confío en que no le importe, es la única oportunidad que se me ofrece de pasar un buen rato con ella porque luego debo acostarla. Cada mañana he de madrugar bastante para dejarla en casa de mi hermana antes de irme a trabajar. Ella se ocupa de llevarla al colegio, darle de comer, etc. En realidad es casi como si fuera su hija porque la está criando desde que nació. Ah, se me olvidaba, sobre el aparador de su habitación encontrará usted una llave de la casa que está a su disposición por si necesita entrar cuando yo no esté aquí.

—Gracias, gracias por todo, Mrs. Bradley —convino Tony.

—Por favor, llámeme por mi nombre de pila, April. Gastamos pocos formalismos en las casas de los pobres y confío en que se sienta tan cómodo como lo han estado anteriores compañeros de usted.

—En ese caso, le ruego me llame Tony, al igual que lo hace su hija con ese maravilloso candor de los niños pequeños. Por cierto ¿Han tenido muchos huéspedes como yo?

—No demasiados. Su escuela procura repartirlos entre las diversas viudas de militares que trabajamos en la fábrica de uniformes, y no somos pocas. La verdad es que es una ayuda que viene muy bien. Pero sí, algunos sí han pasado y todos han sido amables y encantadores. Lástima que esté prohibido mantener contacto con ellos cuando abandonan el país. Es como si se los perdiera para siempre.

La habitación era bastante austera, pero confortable. Algunas cretonas poco masculinas recordaban que era una casa gobernada por una mujer. Sobre la mesa de estudio que la presidía para recordar que allí se había ido a trabajar, había un curioso calendario con una hoja por cada día del año, que marcaba la fecha: cuatro de noviembre de 1931, miércoles. El editor había incluido, al pie de cada página, un refrán o proverbio. El de ese día era *Have eyes in the back of one's head*, algo así como “Hay que tener ojos en la nuca”, lo que pareció muy adecuado a un aprendiz de espía, aunque todavía ningún alumno había utilizado esa denominación para la ocupación que estaban prestos a asumir.

Concluida la cena, Tony participó en la recogida y lavado de la vajilla, ante las protestas de April y las risas de Vera, que lo consideraba muy divertido.

—Los otros huéspedes no ayudaban como lo haces tú, Tony —comparó la pequeña.

—Bueno, pero es que yo soy soltero y vivo solo en un pisito de Granada, allá en España, y estoy acostumbrado a hacérmelo todo. No tengo la suerte de tener una mamá como tú, para echarme una mano.

—¡Vera! —le increpó su madre —ya basta, lo que debes hacer es despedirte e irte a dormir, que ya es tarde para ti.

Vera se despidió educadamente de Tony e inició una retirada estratégica en la que le acompañó su madre.

Dado que en ese primer día en *The Half* no se había asignado a los alumnos texto alguno para estudiar en casa, lo que era bastante raro en muchas asignaturas por el carácter esencialmente práctico que se utilizaba en la adquisición de la mayoría de los conocimientos, Tony decidió pasar a la salita de la casa y disfrutar de un confortable sillón donde podría poner en orden los acontecimientos de un día tan agitado. En ello estaba cuando al poco rato bajó April la escalera y se dirigió a él.

—Poco puedo ofrecerle en esta casa, Tony. No dispongo de muchas

distracciones, ni revistas, ni un piano, escasos libros, en fin, me temo que si no aporta usted su propio entretenimiento, lo único que podré ofrecerle cada día es un té y algo de conversación, si lo prefiere.

—Muchas gracias, será más que suficiente. Ya es bastante que me acojan ustedes dos en este hogar tan agradable. Pero sí querría preguntarle por su esposo, si no tiene inconveniente, he visto un uniforme en mi armario y me ha recordado las palabras del sargento Roy.

—Ah, perdone lo del uniforme. Me estorba porque no dispongo de muchos armarios, pero no me decido a desprenderme de él, me lo recuerda mucho. ¿Es bonito, verdad? Marrón con guarniciones rojas, discreto pero marcial. Muy propio de las fuerzas destacadas en la India.

—Si no es indiscreción, ¿Cómo fue destinado a ultramar?

—Lo solicitó él. Le hablaron maravillas de aquel destino, con una remuneración mayor y posibilidades de ascenso en poco tiempo. Siempre fue algo aventurero, no paraba un minuto en casa, le encantaba su trabajo. Antes de mudarnos a la India, sus cualidades de sargento instructor de soldados eran muy apreciada por sus mandos. Tenía unas dotes innatas para imponerse y conducir a las tropas. Cuando nos casamos, en 1924, él tenía treinta y cinco años y yo tan solo veinte. La diferencia de edad era notoria, pero yo estaba muy enamorada, tenga en cuenta que procedo de una familia con tradición militar y las chicas como yo solo vemos a los hombres cuando van vestidos con un uniforme, parece como si los civiles no contaran, es curioso.

—Sin embargo, en mi familia no recuerdo que nadie haya sido militar, ni en la rama paterna ni en la de mi madre. Se me haría muy cuesta arriba pasar el día acatando y transmitiendo órdenes.

—Se acostumbraría, como hacemos todos. La vida castrense es muy peculiar, se lleva en la sangre. En ella no prima la remuneración, ni la ostentación de una vida próspera, sino el sentido del deber y del honor, valores altos, al igual que el del amor a la patria, el compañerismo, la disciplina, la lealtad, el sentido de la justicia y del valor, la honestidad y la abnegación. Si uno no considera estos principios como los que deben primar en su trabajo y en su vida, más vale que busque otra ocupación porque lo que es en la milicia nunca va a encontrar ni buen sueldo ni una vida muelle.

—Sí, supongo que así será y que cuando se llega a pensar de esa manera, todo lo demás se verá como accesorio.

—No es una mala forma de vivir la vida, eso sí, es bastante sacrificada.

Sin embargo, tiene otras compensaciones de tipo espiritual que son difíciles de entender por un civil.

—Bien, April, si no le importa seguiremos conversando en otro momento, ha sido un día de muchas emociones y empiezo a estar cansado, creo que ha llegado el momento de retirarse a descansar.

—Me parece muy bien, yo aún tengo que preparar algunas cosas del gobierno de la casa antes de retirarme, como lavar algunas prendas, etc. Que descanse usted bien.

—Ah —musitó Tony —le ruego perdone mi atrevimiento, pero creo que no voy a poder dormir si no le hago a usted una pregunta algo personal. ¿Tendría inconveniente en que se la formulara?

—No, es decir creo que no —admitió no sin apuro April, temerosa de que la pregunta fuera por los derroteros que ella pensaba que iba a ir—. Adelante, confío en poder responderle.

—Mrs. Bradley, perdón, April, me ha parecido que en el Centro, cuando el sargento Roy nos ha presentado, ha sufrido usted algún tipo de sorpresa al verme que le ha causado cierto estupor. ¿Me equivoco? Le ruego que no me responda si la pregunta le parece algo incómoda, de ningún modo quisiera molestarla. Es muy posible que todo sean imaginaciones mías.

April se tapó la cara con las manos, como tratando de evitar que Tony observara su preocupación. Aguantó en esa postura durante más de un minuto que pareció eterno, en el más absoluto de los silencios, lo que empezó a desasosegar al muchacho, que lamentaba ahora profundamente haber llevado a su casera a una situación como aquella. Poco a poco, April se fue recuperando y acabó dirigiéndole la palabra.

—Disculpe mi azoramiento, Tony, aunque debo decirle que, desde que nos presentó el bueno de Rob, he estado temiendo que me hiciera usted esa pregunta. De hecho, al ver que en el trayecto a casa y más tarde no me hacía usted comentario alguno sobre el tema, empezaba a confiar en que lo hubiera olvidado. Ya veo que no ha sido así, pero no tiene usted culpa de nada.

—Podemos dar el tema por zanjado y la pregunta por no formulada. No tendría mayor importancia.

—Sí, sí la tendría. Usted tiene el derecho a pasar en esta casa los meses que dure su instrucción en un entorno cómodo conmigo y con mi hija y yo prefiero aclarar este incidente desde el primer día. Pienso que solo así lograré superarlo. Es cierta la turbación que usted ha apreciado en mi semblante. Me

imagino que no hacía falta ser muy observador para darse cuenta, porque se me ha notado incluso en la voz. El que no se ha dado cuenta de nada era Rob, lo cual es natural porque hace mucho que no ve al que fue mi marido.

—Perdone April, pero ¿qué tiene que ver su marido con todo esto?

—Tony, debe usted saber que, por esos azares de la vida, me han mandado como huésped a mi casa, de entre todos los alumnos del Centro de instrucción, a un guapo muchacho galés que se parece asombrosamente a mi difunto marido Kenneth. Buenas noches...

CAPITULO 9°. “Las Cuatro Herraduras”. 1931

Los días se fueron sucediendo en *The Half* y las disciplinas que se impartían a los nuevos alumnos no dejaban de asombrarles, por más que ya hubieran imaginado que muy convencionales no iban a ser. Junto al manejo de las armas y el análisis de la situación política de cada uno de los países de los que procedían, durante los meses de noviembre y diciembre fueron instruidos a fondo en materias como la autenticación de documentos y técnicas grafológicas, con el objeto de distinguir, dentro de lo posible, las falsificaciones de documentos de identidad o de otro tipo con los que se tropezaran en su labor y el control de la seguridad propia y detección de la intrusión de agentes enemigos, para estar preparados ante las posibles agresiones que provocara su actuación. También dedicaron algún tiempo al estudio de la criminología y el terrorismo, así como a técnicas de contraespionaje, con el objeto de identificar y combatir al enemigo mediante complicados métodos de confusión y desorientación.

A medida que recibían este tipo de enseñanzas, apreciaban que lo que estaban dispuestos a asumir en el servicio de su país iba pero que muy en serio. Se estaban convirtiendo en verdaderos expertos en el manejo de las armas y rara era la semana en que no practicaban varias veces, en ocasiones desplazándose a instalaciones militares bastante alejadas de *The Half*, donde eran discreta pero cordialmente recibidos por los mandos a cargo de las respectivas bases. Todo les resultaba en extremo novedoso y no les quedaba tiempo libre más que para estudiar y repasar en casa lo que a diario se compartía en clase.

Disfrutaban, eso sí, de los sagrados fines de semana, que dedicaban a visitar Londres y conocerlo como no tendrían seguramente otra oportunidad en su vida aunque se les había advertido claramente en el Centro sobre la prohibición de salir en compañía de algún condiscípulo. Toda precaución era poca y nadie debía relacionarlos como grupo o simplemente como conocidos. Sí se les manifestó la conveniencia de que se esforzaran en conocer la ciudad, dentro de lo posible como la palma de su mano, pues nadie sabía si algún día deberían intervenir en alguna misión en aquel entorno. Tony dedicaba al menos la mañana del sábado al estudio y el resto del fin de semana se paseaba en solitario por los parques y jardines de Londres o sus monumentos

y edificios singulares, siempre con su cámara de fotos, captando la belleza de muchos rincones que pasarían inadvertidos para otros.

En algunas ocasiones acertaba estas salidas con objeto de pasar más tiempo en casa. Desde la respuesta que dio April a su comprometida pregunta, no cesaba de preguntarse qué tipo de pensamientos relacionados con él pasarían por la mente de su patrona. Empezaba a adaptarse a su presencia y a la de Vera.

Cada día de trabajo, al volver al 85 de Garford Street, esperaba ansioso que la niña se retirara a dormir y él pudiera disfrutar de un rato de charla con April. Parecía que se había superado la situación delicada del primer día y ella ya no le miraba como a alguien que le recordaba a su marido, sino como a un hombre algo más joven que ella pero agradable y con quien compartir impresiones, hablarle de su futuro, preguntarle sobre el exotismo de su tierra andaluza y su trabajo como contable en una empresa de exportación. Ella notaba que, pese a todo, sentía una cierta predilección por este nuevo huésped. Era distinto de los demás, más atento con ella y con la niña, más colaborador en la casa, más familiar que los que hasta ahora habían pasado por allí. Como era bastante mañoso no era raro que le arreglase una cortina, desatascase un lavabo o le ayudara a preparar alguna comida durante el fin de semana, todo ello sin demostrar esfuerzo alguno y con la mayor naturalidad e incluso les había regalado en alguna ocasión con platos típicos de la cocina andaluza, muy del agrado de su hermana Louise y su cuñado Derek, que se acercaban a comer con ellos algún domingo o los invitaban a su casa para pasar el día juntos.

Poco a poco se iba acercando la Navidad, con la comida programada en casa de los Pavey, por lo que April preguntó a Tony si le apetecía que hiciera algún plato para esa festividad tan especial.

—No, muchas gracias —acotó él —cualquier cosa preparada por usted o por su hermana Louise será deliciosa seguramente. Ya me dijo el sargento Rob Roy que era usted una cocinera excelente, así que sigan sus costumbres inglesas, que nos van a gustar a todos.

April estaba dispuesta a que aquella no fuera una Navidad que pasara sin pena ni gloria y, ya que habría sido muy difícil preparar algún plato típico de una cocina tan extraña para ella como la española, trazó un plan secreto para sorprender a todos. En una de las calles de aquel barrio de Tower Hamlets, concretamente en Fenchurch Street, muy cerca de la estación del North

London Railway, había una pequeña casa de comidas llamada *The Four Horseshoes* (“Las Cuatro Herraduras”) especializada en platos galeses. El negocio, aunque pequeño y familiar, disfrutaba de cierta prosperidad pues servía a una gran cantidad de parroquianos, desertores del duro trabajo en las minas de carbón del Sur de Gales para trabajar en la ampliación del Metro de Londres y a los que gustaba deleitarse de vez en cuando con los viejos sabores de su tierra. Nada más traspasar la puerta del reducido local le abordó la dueña, una real moza que ya no cumplía los cuarenta, hija de la cocinera y que atendía por el galés nombre de Angharad Glyndwr. Los que la frecuentaban sabían de su llaneza y simpatía, que no ocultaba en ninguna ocasión, como tampoco su generoso busto y sus amplias caderas, que no dejaba de mover con gracia y desparpajo.

—Hola, buenos días, bienvenida a *The Four Horseshoes*, es su primera vez por aquí, ¿no es cierto?, de otra manera me acordaría de usted. Mis clientes suelen ser de aspecto más rudo y, desgraciadamente, sus compañeras nunca son tan guapas como usted. ¿En qué puedo servirla?

—Hola, buenos días y muchas gracias por su amable cumplido. La verdad es que me han hablado en mi trabajo de esta casa y quería preguntarle si hacen ustedes comidas para llevar fuera del local y si me puede aconsejar sobre algo muy galés para la comida de Navidad.

—Por supuesto querida. Si quiere usted quedar como una reina, nada mejor que un buen guiso de *cawl*, no hay nada más galés ni más apropiado para esa fecha. No tengo ningún reparo en enseñarle a usted a guisarlo pues para ese día vamos a tener una clientela tan numerosa que me va a ser muy difícil poder atender encargos de fuera.

—¿De verdad no le importaría enseñarme cómo se hace ese guiso?

—Claro que no, muchacha. Mire, me ha caído usted bien. Si le parece, este próximo sábado, pues el viernes siguiente ya es Navidad, viene usted por aquí y yo aprovecharé para hacer *cawl* como plato fuerte del día. Así aprovecharemos la ocasión, usted para aprender y yo para contentar a mis clientes con ese manjar que hace meses que no cocino. Me llamo Angharad —le comunicó la entusiasta mesonera— y la espero sobre las nueve de la mañana, pues es un guiso a base de cordero, tocino, puerros, repollo, nabos y patatas y se toma su tiempo. Y, si no es indiscreción ¿A quién quiere usted sorprender con esa especialidad galesa, chiquilla? Yo conozco a casi todos los galeses de este barrio.

—Pues a un huésped muy especial que tengo en casa. Es originario del País de Gales y hace mucho tiempo que no vuelve por su tierra. Le recordará a sus abuelos, a su madre que ya no vive y a su infancia en aquellas tierras tan entrañables.

—¿Y se va usted a tomar tanto esfuerzo solamente para contentar a un huésped? Vaya, vaya...

—Bueno, en realidad es su primera Navidad en el país desde hace años y desearía que se encontrara como en casa. Ah, y mi nombre es April.

—Bien, bien, pero cuidado con la digestión de semejante pitanza, no les vaya a sentar mal... —exhortó la propietaria del local con un guiño de complicidad.

April no estaba acostumbrada a tanta sinceridad y franqueza, pero comprendía que la galesa era más espontánea que ella y no se lo tomó a mal. Todo lo contrario, supo apreciar el favor que le iba a hacer y que le solucionaría el menú de todos para esa fiesta tan distinta. Seguro que a su cuñado Derek, que era bastante comilón, también le encantaría.

—Bueno, pues entonces muchas gracias y hasta el sábado, Angharad.

—Adiós, y procure ser puntual porque tendremos trabajo para toda la mañana.

—Descuide, aquí estaré a las nueve en punto.

Angharad observó cómo se marchaba la muchacha y, al ver que su madre salía un momento a descansar de tanto trabajo en la cocina, le comentó divertida:

—¿Ves a esa chica tan maja, madre? Pues te aseguro que no llega a abril, se llame como se llame.

—Si tú lo dices, hija, pero te aseguro que no sé de qué me estás hablando.

La semana que acogía las fiestas navideñas se hizo notar en todas partes con un aire muy especial. Aunque el frío y la lluvia daban poca tregua, el ambiente era festivo en todo Londres, hombres y mujeres se afanaban en los preparativos de la Navidad, unos en busca de regalos, a pesar de que los tiempos de recesión económica se dejaban notar en todos los bolsillos y otras procurando las viandas necesarias para alegrar las mesas en esa ocasión. Los alumnos en *The Half*, que llevaban semanas sufriendo agotadoras jornadas de

entrenamiento y estudio, sentían la necesidad de un descanso en tan duro trabajo. Los profesores notaban la relajación en el esfuerzo porque todos los años pasaba lo mismo, ninguna promoción había escapado por aquellas fechas a la imperiosa necesidad de rebajar el ritmo acelerado de las clases. El miércoles 23 de diciembre, el Director Mudford acudió antes del almuerzo a la clase de la nueva asignatura de Defensa personal y Camuflaje que se desarrollaba en el gimnasio del Centro.

—Caballeros, el claustro de profesores de este Centro, por llamar de alguna manera al conjunto de sus instructores, ha decidido que se merecen ustedes un cierto descanso en las labores lectivas. Eso quiere decir que, desde mañana hasta el día dos de enero, van a disfrutar de unas pequeñas pero confiamos que intensas vacaciones y no queremos volver a verles por aquí hasta esa fecha. Sin embargo, como sorpresa especial, el día de fin de año queremos compartirlo con ustedes en la tradicional fiesta que cada promoción organiza para sus compañeros y profesores. Dado el carácter especialmente festivo de italianos y españoles, o al menos de eso tienen fama como buenos mediterráneos, tengo el gusto de encargar del evento a Mr. Adrian Dawson y a Mr. Anthony Martin, que adquieren desde este momento la gran responsabilidad de que todo salga a pedir de boca, para lo que contarán con un presupuesto si no pobre y menesteroso por los tiempos que corren, al menos bastante magro, pero que podrá bastar para la organización de la clásica cena y la fiesta subsiguiente.

Como viene sucediendo a lo largo de los años de *The Half*, pueden traer ustedes a algún acompañante como invitado especial. Se omitirá por parte de todos la alusión a la labor que este Centro desempeña y se podrá hacer referencia incidental a que aquí se imparten estudios de historia, geografía, lengua inglesa, etc., para futuros aspirantes a las academias militares, sin más explicaciones.

Tony y Adrian se miraron como diciendo “Menudo encarguito nos ha caído encima, todos a disfrutar y nosotros a preparar la fiesta”. Como si les hubiera oído, el sargento Roy se les acercó y los alentó:

—No os preocupéis, muchachos, pese a lo que os ha dicho el Director, lo cierto es que cada año el grueso de la organización de la fiesta recae sobre mis espaldas y no me importa, todo lo contrario, me gusta prepararlo a conciencia. Vosotros solo tendréis que ayudarme y veréis qué bien sale todo. Por supuesto, los laureles serán para vosotros, que quedaréis estupendamente.

Es una especie de pacto convenido entre el Director y mi pobre persona.

Después del almuerzo de ese día, fue ya imposible conseguir que los alumnos se concentraran en las clases de la tarde. Se había presentado Carol Schofield como la nueva profesora que les instruiría en *Intervención de Teléfonos y Correspondencia* y comprendió al instante que, dada la excitación reinante ante el anuncio de vacaciones a partir del día siguiente, tendría que dejar para mejor ocasión la explicación de la asignatura. Queriendo aprovechar el tiempo de alguna manera, instó a los alumnos a hablar sobre sí mismos con el objeto de conocerlos algo mejor.

—Mrs. Schofield, si le parece... —comenzó a sugerir el norteamericano Jesse Wood.

—Miss Schofield, Mr. Wood, no soy casada —alegó la joven profesora, visiblemente impresionada por la buena planta del alumno.

—Disculpe, Miss Schofield —enmendó Jesse, que se reconocía también muy interesado en aquella profesora indiscutiblemente atractiva —quería sugerir, si a usted le parece bien y vistas las pocas ganas de trabajar que tenemos todos ante la proximidad de las fiestas navideñas, que los últimos que nos hemos incorporado al grupo expusiéramos a los compañeros lo que ha sido hasta ahora nuestra experiencia en los países de los que venimos, porque de las andanzas de los demás ya nos hemos ido enterando poco a poco durante estos meses.

—No es mala idea. Supongo que podemos aplazar los temas sobre los que venía a hablarles. Adelante, pues. Empezé usted mismo, será una experiencia que todavía no he compartido con anteriores promociones, tengo que reconocer que en esto también son ustedes originales. Al final resultan ser un grupo que va a dejar huella en *The Half*. Confío en que esta camaradería la mantengan en el futuro, les lleve la vida por donde les lleve.

—Bien, pues si no hay inconveniente, empezaré por exponer mi caso. Yo nací en 1904 en una pequeña aldea de Cornualles llamada Saint Mellion, en el Suroeste de Inglaterra. Como mi padre apreció pronto mi afición por arreglar todos los aparatos que se estropeaban, me mandó a estudiar electricidad y mecánica naval a la Escuela Técnica Regional de Bristol-Plymouth, por lo que tuve que pasar unos años en casa de mi tío Homer en la última de estas ciudades. Mi tío, hermano mayor de mi padre, era una buena persona que, aparte de mí, tenía que alimentar a su mujer y a cuatro hijos varones con su reducido sueldo de cartero. Me propuse no ser una carga y al

tiempo que estudiaba me coloqué en un taller de reparación de camiones, con lo que obtuve algunos ingresos para ayudar al mantenimiento de la familia que me había dado acogida. Siempre me lo agradeció mi tío, aunque al principio no quería aceptar lo poco que yo aportaba. Nunca podré agradecer bastante su hospitalidad y su espíritu afable y generoso que tanto han supuesto en mi vida.

Al terminar mis estudios en 1922 encontré pronto trabajo en la base que la *Royal Navy* tiene en Devonport, en el Oeste de Plymouth, como personal civil encargado de la reparación y mantenimiento de los buques de guerra. Allí pasé cuatro años y me fueron ascendiendo de categoría con bastante rapidez a pesar de mi juventud porque la preparación recibida había sido muy buena y tuve la suerte de encontrarme con auténticos maestros de la reparación en aquellos astilleros, con lo que a los veintidós años ya ejercía como capataz, con varios aprendices a mi cargo. De esto hace cinco años, lo recuerdo muy bien porque fue en 1926 cuando un buen día de mayo me llamaron a las oficinas de la base junto con otros tres compañeros. Todos esperábamos una buena reprimenda por algo que podríamos haber hecho mal en la revisión del crucero *HMS Dorsetshire* que acabábamos de terminar, pero estábamos equivocados. En realidad se nos llamaba porque el Almirantazgo había recibido de nuestros primos norteamericanos la solicitud de que se les permitiera ofrecer trabajo a los mecánicos especialistas británicos, de reconocido prestigio en aquella colonia que tanto ha prosperado tras su defección —chasqueó Jesse Wood— para que pudieran incorporarse a las bases norteamericanas de las fuerzas aéreas, el ejército de tierra y la Armada. Se ofrecía a los candidatos una remuneración abultadamente mayor que la percibida en el Reino Unido y se garantizaba la concesión de la nacionalidad norteamericana compatible con la británica.

Se nos ofrecía a los cuatro un gran porvenir porque se nos consideraba de los mejores mecánicos de la base y nuestros mandos querían quedar bien con los americanos. Los cuatro aceptamos la oferta y antes de un mes viajábamos en el acorazado *USS Arkansas* camino de los Estados Unidos. Cada uno de nosotros recibió un destino distinto, yo fui enviado a la base de la Marina en San Diego, California, que atiende a la flota del Pacífico como base principal. Desde entonces, mi vida allí es de mucho trabajo, como hacen habitualmente los norteamericanos, y un completo fin de semana para descansar. San Diego ofrece muchas posibilidades para quien quiere estudiar,

participar en actividades comunitarias, deportes y ocio de todo tipo. Como las distancias se miden allí por lo que se tarde en llegar en avión, Los Ángeles o México se consideran muy próximos. Como a vosotros, en mi última visita al consulado británico en Los Ángeles para renovación de mi pasaporte británico, el cónsul me hizo la misma proposición y, tras pensarlo detenidamente, creí que no podía negarme. Me concedieron unos meses de excedencia y aquí me tenéis.

La exposición de Jesse tuvo la particularidad de recabar la simpatía de los oyentes. Era un tipo realmente imponente. Magnífico ejemplar de inglés aclimatado en lo que él llamaba la “díscola colonia” refiriéndose a Estados Unidos. Su recio carácter británico había recibido toques de inevitable influencia norteamericana y se le notaba ya incluso en el acento, algo gangoso y dulzón pero que resultaba seductor por demás. Sobre todo para la profesora de *Intervención de Teléfonos y Correspondencia* que no quitaba ojo a aquel prototipo de jugador de fútbol americano que resultaba tan educado y cortés.

—Bueno, está claro que ahora me toca a mí, pues no queda otro —coligió Ehud Bakenroth—. Yo no nací en el Reino Unido, sino en Rusia. Como podéis adivinar fácilmente por mi nombre y mi apellido, soy de ascendencia judía. Mi abuelo Yahalom Bakenroth se trasladó en busca de fortuna desde Gummersbach en Alemania a Georgia en 1865, época en que ya había sido ésta absorbida por el Imperio Ruso, pues desde Tiflis, la capital, el Consejo de la comunidad judía había solicitado expertos en comercio y contabilidad y mi abuelo era un experimentado contable. El trato que en Georgia se daba a la discreta población judía era bastante amistoso, se respetaban sus derechos políticos y se les autorizaba el desempeño de puestos en la administración sin demasiados problemas. Por su origen, mi abuelo era un *ashkenazí*, es decir de origen alemán, y hablaba el *yidish*, a diferencia, como seguramente sabéis, de los judíos *sefardíes*, que descienden de los expulsados de España en 1492 y que hablan todavía el *ladino*, una especie de español del Siglo XV, y de los *mizrajíes*, que proceden de Oriente Medio y del Norte de África, que hablan dialectos judeoárabes.

—Si me permites una pequeña interrupción —demandó Colin Kynaston —yo puedo dar fe de que el *ladino* se sigue hablando entre la población judía de Turquía, y ello a pesar de los cuatro siglos largos de exilio transcurridos desde que los hispanos Reyes Católicos les expulsaron de sus territorios. Yo

no hablo español, pero tengo varios amigos de esa nacionalidad y he podido comprobar, por ejemplo, cómo Ángel Matas, el cónsul español en Estambul amigo de quien me fichó para esta operación, se entiende perfectamente con comerciantes sefardíes. Eso sí, le resulta muy divertido escuchar a su interlocutor expresarse de la misma forma en que lo hacían Quevedo o Cervantes.

—Bien, agradezco tu intervención, Colin —toleró paciente Ehud —y sigo con mi relato. Era el caso que algunos influyentes terratenientes, que generalmente pertenecían a la nobleza y residían en Moscú o San Petersburgo y a los que posteriormente el régimen bolchevique denominaría despectivamente *kuláks*, necesitaban administradores responsables de sus posesiones, encargados principalmente de evitar que los campesinos aparceros y censatarios, muchos de ellos todavía sometidos a un régimen de virtual esclavitud, les robaran la mayor parte de las cosechas. Ello convertía al administrador judío en una persona especialmente odiada por el campesino, con lo que la venganza de éste consistía frecuentemente en denunciarlo de prácticas anticristianas ante la autoridad de la Iglesia Ortodoxa rusa, ya que las costumbres de las zonas rurales contaban con el antisemitismo como algo tradicionalmente arraigado. El campesino tenía una imagen alambicada del judío como de persona que ejercía de usurero prestamista, que le cargaba intereses abusivos cuando la usura había sido prohibida por la Iglesia desde tiempo inmemorial y que chupaba la sangre del que trabajaba la tierra con sus manos, desposeyéndole de todo cuando se retrasaba en los pagos o las cosechas venían mal, cosa harto frecuente en el campo ruso por una climatología en muchas ocasiones especialmente adversa.

En esos tiempos mi abuelo sirvió fielmente a la casa georgiana de Tsereteli, pues su patrón era el príncipe Akaki Rostomovich Tsereteli, que además de rico terrateniente fue, al parecer, poeta y político georgiano. Pero los tiempos eran difíciles para las comunidades judías en Rusia. La Iglesia Ortodoxa no perdonaba a los judíos los sufrimientos y muerte que se les atribuyen como causados a Jesucristo y no cesaba de instigar en los monarcas, los zares, el odio al pueblo que se decía elegido y al que se sometía a todo tipo de vejaciones, prohibiéndole la entrada en determinados territorios o expulsando de ellos a agrupaciones enteras, o confinándoles en guetos y, en no pocas ocasiones, sometiéndolos a terribles pogromos. En varias ocasiones

se les confinó en zonas que no podían abandonar, por ejemplo en los territorios conquistados a Polonia o en áreas esteparias lindantes con el Mar Negro, en la región del Cáucaso o incluso creando una zona de asentamiento exclusivamente hebreo en el lejano Este de Rusia, lindando con China, y a la que denominaron Birobidzhán.

La época zarista fue especialmente dura para los judíos rusos. Con excepción de Alejandro II, que recuperó para mi pueblo algunos derechos perdidos con sus antecesores, los demás zares del Siglo XIX y principios del XX, fueron nefastos para los judíos residentes en Rusia, unos cinco millones a finales del siglo pasado. Nicolás I les impidió residir en las ciudades y Alejandro III y Nicolás II aumentaron la presión con medidas antisemitas que fueron el detonante para los pogromos que arrasaron comunidades enteras. Por si a alguno de vosotros no le suena la palabra, os diré que un pogromo es una masacre orquestada y dirigida contra una parte de la población, exterminando de forma cruel y sistemática a sus miembros por razones de raza, o de religión, o cualquier otra. En los pogromos clásicos se ha visto siempre involucrado el pueblo maldito, es decir, el mío, y cuando los ejecutores de tan execrable práctica entran en el gueto, no respetan ni a las personas ni a sus bienes. Asesinan a los adultos, violan a las mujeres, descuartizan a los niños y queman sus viviendas o sus lugares de culto. Esto lo venimos soportando desde hace siglos, no es nada nuevo.

Cuando Alejandro II, el único zar clemente con los de mi raza, fue asesinado, se organizó una campaña para culpar a los judíos, paradójicamente. El antisemitismo se extendió como mancha de aceite por todo el país y fueron asesinados miles de los nuestros. Por eso no debería extrañar a nadie que la revolución bolchevique contara con un apoyo mayoritario por parte del pueblo judío desde un principio y, aunque sea duro lo que voy a decir, tampoco debería sorprender el hecho de que el jefe de la policía secreta que dirigió el fusilamiento en Ekaterimburgo de Nicolás II y de toda la familia imperial, los Romanov, en la madrugada del 17 de julio de 1918, fuera judío. Se llamaba Jacob Jurovsky. Como hebreo, me gustaría añadir la frase “bendita sea su memoria”, pero no sé si lo entenderíais, por lo que me abstendré.

La estupefacción entre los oyentes fue general, tanto por el sufrimiento de un pueblo que Ehad les relataba y del que solo habían oído remotamente hablar, como por la posibilidad de bendecir la memoria de un asesino, aunque

callaron y prosiguieron atentos al relato de su compañero.

—Pues bien, continuando con la pequeña historia de mi familia, mientras mi abuelo administraba con éxito las fincas que la noble familia Tsereteli poseía en las proximidades de la ciudad de Kutaisi, en la provincia georgiana de Imereti, mi padre, Meushar Bakenroth, que había nacido en 1868 y había estudiado con su padre los secretos de la contabilidad y la administración de bienes raíces, recibió a la edad de 29 años el ofrecimiento de administrar la empresa de un primo moldavo del príncipe Akaki Rostomovich. Se trataba de dirigir y controlar la producción de una fábrica de harinas que poseía en Chisinau, Moldavia, el industrial Alexandru Popovici que, según declaraba su primo georgiano, había sufrido un accidente en la fábrica y había quedado incapacitado para el trabajo. Si Georgia está al Este del Mar Negro, Moldavia está al Oeste y la distancia es considerable. No obstante, la remuneración ofrecida era notable dada la alta recomendación sobre las capacidades intelectuales y profesionalidad de mi padre, por lo que éste decidió aceptar la oferta y partir hacia ese país. Poco sabía de las fatales consecuencias que esa decisión reportaría a la familia.

Mi padre prosperó en aquel negocio, pues lo elevó hasta cotas que nunca había soñado el propietario, incluso con rentables exportaciones al Imperio Otomano y, en 1899 contrajo matrimonio con mi madre Saada Baranchyk, hija del rabino del vecino pueblecito de Gratiesti. Dos años más tarde nací yo y al poco de cumplir dos años, en 1903, se produjo lo que habría de conocerse para siempre como el “Pogrom de Kishinev”, uno de los más crueles que ha vivido nuestro pueblo. Al día siguiente de celebrarse la Pascua Rusa, esa que tan espléndidamente inmortalizara la música de Rimsky-Korsakov, el pueblo entero, dirigido por los sacerdotes ortodoxos que no cesaban de gritar consignas contra los hebreos y sin que las fuerzas de la policía intervinieran para proteger a los agredidos, se cometieron toda clase de tropelías que acabaron con el asesinato de un centenar de judíos y varios cientos de heridos, algo horrible. Las calles del pueblo se llenaron de sangre y los cuerpos de los caídos fueron arrastrados por las calzadas.

Los que consiguieron sustraerse a tales desmanes, entre ellos afortunadamente mis padres y yo, abandonaron la región para siempre, privándola de expertos profesionales, brillantes artesanos, maestros e intelectuales de prestigio. Temerosos de que en Rusia volviera a repetirse algo parecido, mi padre decidió que emigrásemos, ante la desesperación de su

patrón Popovici que le prometió toda clase de prebendas y sinecuras para que no se marchase. Pero la decisión estaba tomada y mi padre siempre ha sido un hombre de una firmeza de ideas incommovible. Cuando toma una decisión no hay fuerza humana que lo haga volverse atrás. Escribió a mi abuelo rogándole que los acompañase en su elegido exilio, pero los abuelos decidieron seguir en Georgia donde ya tenían su vida programada y, dirigiéndose al cercano puerto de Odessa, nos embarcó en un buque que rendía viaje en Inglaterra. Cuando el barco soltó amarras, mi padre, reunido en la cubierta de popa con mi madre y conmigo, pronunció la frase ritual:

—“Baruch Atah Adonai Elohaynu, Melech Ha Olam”, que quiere decir: “Bendito eres Señor nuestro Dios, Rey del mundo” y a continuación se quitó los zapatos y, dirigiendo suela contra suela, los golpeó con fuerza por la borda para que no quedara en ellos ni una mota de polvo de la tierra que abandonábamos, y mirando hacia el cielo exclamó:

—¡A ti te lo pido, Adonai, mi Señor, borra para siempre de los corazones y la memoria de esta rama de los Bakenroth el nombre de la que hasta ahora fue nuestra amada madre Rusia! ¡Que nunca vuelva a ser pronunciado entre nosotros y que algún día tu justa ira caiga sin misericordia sobre los perseguidores de tu pueblo elegido!

—Amén —respondimos mi madre y yo, conscientes de la solemnidad del momento.

Con lo poco que pudimos rescatar del desastre nos dirigíamos a Londres, donde una rama de la familia vivía sin problemas. Efectivamente, el primo de mi abuelo, Amiasaf Faingenbaum, y su hijo Shimon trabajaban en la Banca Rothschild, en la que estaban muy bien considerados y en cuanto propusieron que se admitiera a mi padre en la sección de llevanza de cuentas fue contratado, lo que supuso nuestro asentamiento definitivo en la capital. Por mi parte, he preferido dedicarme al estudio de las matemáticas y soy profesor en el Kingston Technical Institute, en el Sudoeste de Londres. Como podéis imaginar, los Rothschild, que siempre han pregonado con orgullo su condición hebrea, se ocuparon, a través de sus altos empleados, de que mi familia obtuviera rápidamente la nacionalidad británica. Esta ha sido mi experiencia y así os la cuento, confío en no haberos aburrido demasiado y espero que mi padre me perdone por haber quebrantado el juramento de no volver a pronunciar el nombre de aquel país que tan ingrato fue con nosotros.

Un sentimiento general de alivio se difundió silencioso en el ambiente.

Todos habían quedado visiblemente impresionados con el relato de Ehud. Comparadas con ésta, las demás experiencias parecían agua de borrajas. La tarde caía y, con la entrada reciente del invierno, anocheceía pronto y casi de repente, con lo que los alumnos se despidieron hasta el día de fin de año para disfrutar de la anunciada fiesta. Resultó chocante para el compañero judío la forma cariñosa y en cierta forma efusiva con que se despidieron todos de él, estaba claro que su narración les había causado un fuerte impacto. Sin que los demás lo advirtieran, Jesse Wood y Carol Schofield se despidieron estrechando las manos y con una inconfundible mirada de complicidad.

Llegado el viernes 25, Navidad, April se levantó temprano para preparar el *cawl* aprendido por gentileza de Angharad Glyndwur en “Las Cuatro Herraduras”. Puso todo su empeño y, como el guiso no representaba una especial dificultad, le salió delicioso. Su cuñado Derek se presentó en la cocina, a hurtadillas por la puerta de atrás y, con toda suerte de precauciones ordenadas por April, se hizo con el puchero y lo transportó discretamente a su casa. A mediodía los tres habitantes del 85 de Garford Street se dirigieron, con la ilusión reflejada en los ojos de la pequeña Vera, a casa de la hermana y cuñado, que los esperaban anhelantes pues ya no podían aguantar más el secreto de la maquinación culinaria que se había preparado en honor de Tony. Éste llevaba a cuestas un misterioso saco que la niña no dejaba de mirar, aunque su educación le impedía preguntar nada.

—Bienvenidos a casa —celebró Derek al recibirlos en la misma cancela del pequeño jardín —*Merry Christmas to everybody!*

Vera se le arrojó materialmente encima y lo cubrió de besos. Louise, que salía precipitadamente de la cocina todavía con el delantal puesto, se fingió celosa y también recibió una buena tanda de zalamerías de la pequeña de los Bradley.

—Pasad, pasad pronto, que hace un frío glacial y parece que va a nevar —vaticinó Louise—. Derek ha encendido la chimenea y en los calcetines que cuelgan delante hay muchos pequeños regalos para la pequeña gente de la familia... Os he preparado unos “mince pies” con un relleno de frutas especial y un “Christmas pudding” con el que os vais a chupar los dedos. Dentro de una semana todos a régimen, buen Dios, cuanto sacrificio para los que nos gusta disfrutar con la comida...

El árbol de Navidad, si no muy grande, sí estaba precioso con tanta decoración y tanto paquete a sus pies. Todos sabían que hasta después de la comida no se abrían y hacían como que no los miraban, cuando en realidad buscaban sus regalos entre ellos casi con ansiedad, especialmente la pequeña Vera. Discretamente, a una ligera indicación de Tony, Louise pidió a la niña que la acompañara a la cocina, momento que aprovecharon Derek y Tony para colocar el contenido del saco a los pies del árbol. El sentimiento de alegría era general, todos estaban excitados ante el que se prometía maravilloso almuerzo y reparto generalizado de regalos expresamente traídos por *Father Christmas*, para quien, la noche anterior ya había dejado Vera un par de sabrosos “mince pies” y una copita de Sherry, así como un par de brillantes zanahorias para sus renos.

—Ahora, mientras arreglo un poco la leña en la chimenea —rogó Derek dirigiéndose a April y Tony —si sois tan amables y antes de quitaros los abrigos, traedme unos troncos de la leñera que he improvisado en el jardín, por favor. ¡Y tened cuidado porque vais a pasar juntos y solos por debajo del muérdago que hay en la puerta!

Automáticamente, April se ruborizó hasta parecer un tomate listo para la ensalada y desde la cocina se oyó la voz divertida de Louise reprochando a Derek:

—¡Deja tranquilos a los chicos, Derek, no seas malo!

Salieron los dos jóvenes a cumplir el encargo porque la chimenea tragaba leña como si fuera un horno de panadero y, una vez acomodados en la casa daba verdadera pereza salir a por ella con el frío reinante. Tony, intrigado por las palabras de Derek y la confusión que crearon en April, no tuvo sin embargo reparo en preguntar divertido:

—¿Por qué nos advierte Derek de la presencia del muérdago en el dintel de la puerta, April, si no es indiscreción?

—Perdone usted mi tonto azoramiento, Tony. Lo cierto es que se trata de una graciosa tradición navideña. No sé si se practicará en su Gales natal o tal vez usted no lo recuerde de su infancia: en cada hogar se coloca una ramita de muérdago sobre la puerta y si una pareja pasa bajo ella está obligada a besarse en los labios.

Sin darle tiempo a pensarlo, Tony abrazó a April suave aunque firmemente y, con la mayor delicadeza que pudo, le estampó un casto pero largo beso en los labios.

—Pero, pero... —suspiró April y, olvidando su encargo de recoger leña, salió corriendo, se refugió en la casa y, despojándose apresuradamente de su gabán, se dirigió a la cocina arreglándose el pelo alborotado por la carrera—. Ya estoy aquí, Louise, creo que deberíamos empezar a calentar el *cawl* cuanto antes, de lo contrario se nos va a hacer tarde...

—No me hables tan rápido, hermana, que no logro entender la mitad de lo que dices —reprochó la aludida.

Derek se asomó a la puerta de la cocina con la pipa en una mano y el atizador de la chimenea en la otra. Había contemplado la escena del jardín por la ventana del salón y su mirada de pillo triunfador tropezó con la de Louise, que no sabía si echarse a reír o reprocharle a su marido la broma gastada a costa del inocente muérdago. Cuando la comida estuvo lista, Louise se encargó de pregonarlo a voz en grito:

—¡Todo el mundo a la mesa! ¿Te has lavado ya las manos, Vera?

—Sí, tía, hace ya rato.

—Pues si hace rato, vuelve a lavártelas y ocupa tu sitio en la mesa, que hoy te vas a chupar los dedos con lo que han preparado tu madre y tu tía.

En ese momento, April hizo su entrada solemne al salón donde, junto a la acogedora chimenea había sido colocada la mesa para el almuerzo, decorada con tres preciosas velas que daban un cariz navideño a la vajilla y a los cubiertos de las grandes solemnidades. April portaba, como quien lleva en sus manos un tesoro, la sopera que contenía el guiso de *cawl*. El silencio era total, acorde con el aroma que despedía y la expectación de los comensales. De repente, Tony creyó reconocer un olor ya olvidado, efluvios inspirados en casa de su abuela Sarah y su abuelo Timothy, el agradable perfume de los guisos compartidos en Abertillery cuando era un niño y se reunía toda la familia, su padre, su madre, que para él era siempre la más bella, y sus tíos Raymond, Bonnie, Eliona y Elissa, junto con Martha, su única prima. No pudo reprimirse y se puso en pie de un salto.

—¡Pero si es *cawl*, qué maravilla! —al instante miró a April, que esperaba ilusionada su reacción, y comprendió que ella había hecho aquello y lo había hecho por él, solo por él. Dos gruesas lágrimas se le escaparon furtivas sin poder retenerlas y todos se emocionaron al verlo—.

Vera no salía de su asombro. Todo el mundo lloraba y reía al mismo tiempo, con claras señales de alegría y felicidad, pero entonces ¿por qué lloraban? Qué rara es la gente mayor, no hay quien los entienda...

Dieron buena cuenta del plato tan primorosamente cocinado y del postre con los pasteles rellenos de frutas y el *Christmas pudding*. La suerte de encontrar la moneda dentro de este último correspondió a Tony, por lo que según la tradición sería la persona más afortunada en el año que estaba por empezar y a continuación emprendieron la emocionante tarea de abrir los regalos. Aparecieron las clásicas bufandas y guantes de invierno, algún que otro libro y jersey para los mayores y juguetes para la pequeña de la reunión que fueron ruidosamente celebrados. Tony sorprendió a todos por la imaginación que derrochó con sus obsequios: a Louise y April les regaló unos retratos hechos con su cámara de fotos sin que ellas advirtieran que estaban siendo inmortalizadas. Eran unos retratos preciosos y muy distintos a los que se estilaban entre los fotógrafos, que lo que ordinariamente procuraban era un recuerdo para el futuro. En éstos se apreciaban los rasgos más significativos del carácter de las dos hermanas, parecían estudios sobre sus sentimientos, más que sobre sus rasgos naturales. Para darles forma tuvo que hacer Tony muchas fotos antes de encontrar lo que verdaderamente quería.

A Derek le obsequió una preciosa pipa blanca de *espuma de mar*, un curioso mineral que realmente se conoce como sepiolita y que resultaba perfecto para ser trabajado en difíciles composiciones artísticas representando cualquier escena, como una pequeña escultura de color marfileño. En este caso representaba una escena de caza en miniatura, una pequeña joya. La pipa iba dentro de un estuche de cuero que por sí solo ya era otra maravilla. Derek se quedó con la boca abierta durante bastante rato y no sabía cómo agradecer tan espléndido obsequio.

—No le dé usted más importancia, Derek —reveló Tony—. La suerte ha sido que en mis paseos por Londres haciendo fotos vi a un artesano austríaco especializado en estos trabajos que se ha trasladado a Londres a vivir con su hija y vende estas pipas que son tradicionales en su país. Puso un puestecillo en el mercado de Portobello Road para ayudar a los gastos de la familia y yo acerté a pasar por allí y me acordé de su afición por las pipas.

—No sabe usted como se lo agradezco, muchacho.

—Sin embargo, —reparó April —espero que no fumes demasiado delante de la niña, no quiero que me la ahúmes como a un arenque, querido cuñado.

De entre los muchos regalos que Vera recibió aquel día, el de Tony

consistió en un gracioso tragabolas de cartón. Simulaba la cabeza policromada de un payaso con la boca abierta por la que había que introducir unas pequeñas bolas que acababan saliendo por unos agujeros con distintas puntuaciones. Se establecía una competición entre varios jugadores y el que más puntos obtuviera ganaba la partida. Ni que decir tiene que los mayores tuvieron que emplear bastante tiempo entreteniéndola a la pequeña y reprochando cariñosamente a Tony el tostón que aquello representaba.

La reunión en torno a la chimenea se prolongó durante bastante rato. En un momento dado, Louise preguntó a Tony por su familia galesa, interesándose por si los echaba de menos y cómo celebraban la Navidad cuando él era todavía un chaval.

—Pues bien, —anotó Tony —lo recuerdo como si fuera ayer, porque mi padre y yo no abandonamos Gales para ir a vivir a España hasta la muerte de mi madre en 1923, hace solo ocho años, cuando yo tenía ya quince y era un mocetón larguirucho y desgarbado al que hacía poco que le estaba empezando a salir la barba y un incipiente bigote que más parecía pelusilla que otra cosa. Antes que nada debo decirles a ustedes que, aunque desde mi llegada a mi nuevo país mantengo correspondencia frecuente con mi familia galesa, desde que estoy aquí tengo terminantemente prohibido hacerlo y les ruego no me pregunten los motivos. Ya April les debe haber adelantado que los huéspedes que mi Centro de estudios le proporciona trabajan en asuntos reservados, por lo que debemos pasar por alto este asunto.

—Por supuesto, muchacho, por supuesto —sancionó Derek decidido a tranquilizarlo.

—Bien, pues les voy a hablar algo sobre nuestras costumbres galesas, de las que mi abuelo Timothy era decidido partidario. Para empezar, allí el saludo tradicional no es el de “Merry Christmas!”, como aquí, allí se dice “Nadolig Llawen Nia!” y se responde: “Bore da, Alun! Nadolig Llawen a ti hefyd!”

—Qué difícil —reconoció Louise.

—No, cuando lo has repetido muchas veces —contemporizó Tony y siguió con su disertación—. Hay un uso tradicional que consiste en poner debajo de la mesa un arado y mi abuelo cada Navidad decía que le iba a pedir uno a su amigo Kyle Llywelyn, un pequeño agricultor de Abertillery, pero mi abuela siempre se lo quitaba de la cabeza alegando que aquel era un hogar de mineros y que qué pintaba un arado en la casa de un minero, ante lo cual

todos reían y le tomaban el pelo a mi pobre abuelo, que era el primero que se reía con aquellas chanzas. “Además, —decía mi abuela —nos vamos a hacer polvo los pies dándole patadas a tu dichoso arado”.

Las madres hacían caramelos de melaza muy sabrosos que no solamente disfrutaban los pequeños pues los mayores no les hacían ascos y las casas se decoraban con acebo, romero, hojas de laurel y de hiedra, con lo que quedaba todo verde y muy alegre. Mi abuelo requería a tía Eliona para tocar el arpa galesa, cosa que hacía divinamente y los demás iban animándose a bailar. Los vecinos más queridos sabían de esta afición y se acercaban a oírla y beberse el whisky de mi abuelo, que esos días no escatimaba nada. También ofrecía la abuela Sarah el clásico pan *bara brith* y un queso que acompañaba siempre al minero en su trabajo. Se llama *Caerphilly* y es un queso blanco que se desgrana, pues es bastante duro, y que aporta al minero un suplemento de sal que le viene muy bien en su labor, pues se suda mucho picando el carbón allá abajo, como podrán comprender ustedes.

Y para terminar, que no quiero cansarles, les referiré la costumbre graciosa de la *Mary Lwyd*. Consiste en una comparsa de varios chicos ataviados de manera grotesca, de los que uno de ellos soporta un poste con un cráneo de caballo adornado con multitud de cintas de colores y una sábana blanca cubriéndolo en gran parte. La mandíbula del cráneo la mueve uno de los jóvenes desde debajo de la sábana como si el caballo hablara y recitan versos a la puerta de las casas, de manera que sus ocupantes tienen que responderle con más versos en una especie de divertido duelo. Al final entran adentro y se les invita a comer y beber, para seguir luego con otras casas hasta que no pueden más.

Fue anocheciendo, los troncos en la chimenea se fueron consumiendo y la pequeña Vera comenzó a bostezar, signo clarísimo de que había llegado la hora de abandonar el hogar de los cariñosos Pavey. Cargados con los regalos que *Father Christmas* tuvo a bien dejar junto al árbol, April, Tony y la pequeña emprendieron la marcha hacia el 85 de Garford Street. Todo el día sin habitar, la casa estaba fría.

—Tony, si es usted tan amable —indicó April, que llevaba a la niña de la mano y prácticamente dormida —mientras acuesto a Vera y preparo algo para que cenemos usted y yo ¿Sería tan amable de encender la estufa de carbón de la escalera y echar algo de leña en la chimenea de la salita? Todavía puede quedar alguna brasa de esta mañana y lo cierto es que está la

casa helada...

—No faltaba más, me pongo a ello de inmediato. ¿Dónde dejo este saco con los regalos?

—Déjelos en la misma salita. Luego les buscaré sitio. Muchas gracias.

En unos momentos, Tony puso a funcionar las dos fuentes de calor y la casa empezó a parecer otra. Debía ser que aquello del “calor de hogar” no se refería solo a sentimientos positivos y compartidos, sino también a la necesidad de caldear un poco el frío y húmedo ambiente de una casa bastante próxima al Támesis y que no había sido ocupada durante casi todo el día. Esperó a que April bajara de acostar a la niña y tomó un libro de la pequeña librería de la familia. Leyó su título: “La montaña mágica”, de Thomas Mann. Su publicación era bastante reciente, solo hacía siete años, y se dispuso a enfrascarse en las profundidades de la vida de Hans Castorp, su protagonista. Se distrajo, no obstante, pensando en lo rica en emociones que había resultado la jornada, la afectuosa hospitalidad demostrada por Derek y Louise, la ilusión de Vera en todo lo que significaba la Navidad, su posibilidad de hacer a todos partícipes de sus recuerdos de infancia en Gales; casi se sentía como en casa de sus abuelos, aunque nada podía sustituir al cariño de su familia en Abertillery y el amor de su madre que no volvería a disfrutar.

Sin embargo, para qué engañarse, su recuerdo preferido de la jornada no era otro que el beso robado a April con el pretexto del muérdago. ¡Bendito muérdago! Todavía se le alegraba el corazón recordando el momento. Podría haber esperado algún reproche de April, incluso alguna pequeña bofetada fingiendo que censuraba su gesto, pero no, no hubo nada de aquello, sino una precipitada huida, como si temiera que lo sucedido pudiera ir a más y acabara gustándole. Había empezado a mirar a su patrona de otra manera, no conseguía apartarla de su mente. Un revoltillo de sentimientos estaba ocupando su ánimo y no dejaba espacio para otra cosa. Cerró el libro que no conseguía apartarle de aquellos pensamientos y subió la escalera hacia el cuarto de baño. Absorto en sus reflexiones, abrió de forma mecánica la puerta.

La escena lo paralizó. April, en su espléndida desnudez, recién abandonada la toalla con la que se mediosecó al salir de la bañera, se peinaba ante el espejo del lavabo. Su larga y morena cabellera, todavía revuelta, caía majestuosa sobre sus hombros, húmedos y galanos. Su esbelto cuello

mostraba pequeños riachuelos de agua que fluían de sus sienes, como torrentes retozones. Tony, inmobilizado por la sorpresa, observó la perfección de aquellas formas de mujer. ¡Qué distintas de las que había compartido hacía dos o tres años con el *Gordo Bonilla* y Manuel Goizueta, compañeros en *El Defensor de Granada*, cuando le arrastraron, ebrios los tres, a aquella casa de citas del Albaicín, “Las Revoltosas”, creía recordar que se llamaba! Su mirada recorrió el cuerpo generoso y todavía brillante por el agua de aquella deidad hecha carne ante sus ojos. Sin conseguir dominar sus impulsos, pues notó avergonzado la respuesta entusiasta de su virilidad, siguió con la vista semejante arquitectura de primor y refinamiento, donde la curva sensual reinaba de principio a fin, para detenerse, ensimismado, ante la perfección del monte de Venus, densamente poblado en triángulo oscuro y prometedor.

Vuelta April hacia él, Tony no advirtió en su semblante ni sorpresa ni disgusto, sino una aceptación de lo inevitable, incluso una clara invitación a perfeccionar el momento. Estaba preparada y lo deseaba. Dirigiéndose a él pronunció las palabras mágicas:

—Pasa, Tony. Te estaba esperando.

CAPITULO 10°. Blanco, verde y púrpura. 1908-1909

Olegario y su cuñado Raymond se trasladaron a toda prisa a la casa paterna de Abertillery y al día siguiente, 29 de octubre de ese año de 1908, Betty Martin dio a luz a un rollizo niño con ayuda de su madre y de la

comadrona del pueblo, la abnegada Constance Philpott, que ejerció su función con la misma entrega con que ya había ayudado a nacer a la madre de la criatura veintiocho años antes, aunque en aquella ocasión la niña que llegaba al mundo no se tomó casi veinticuatro horas para darse a conocer. Oleg rogó a Betty que le permitiera poner al niño el nombre de Anthony, en honor de un hermano de su madre que les ayudó con abnegación en momentos en que en su casa se llegó a pasar verdadera necesidad, incluso hambre. A Betty le pareció muy bien, porque no era un nombre raro en su familia y algunos primos suyos lo llevaban desde hacía bastantes años. El abuelo Timothy también expresó su contento por recibir de su hija al primero de sus nietos varones, el nombre era lo de menos y le parecía muy bien que lo decidiera el padre. La abuela Sarah, que habría preferido que el recién nacido se llamara como su marido, al menos se alegró de que no se le pusiera Olegario, nombre que nunca llegó a pronunciar con soltura y le horrorizaba la idea de tener que llamar de esa manera a una cosa tan tierna y tan pequeña.

Betty se quedó en Abertillery al cuidado de su madre para reponerse de tan difícil parto y Oleg regresó a Cardiff para hacerse cargo de las labores en el sindicato. Como casi asomaba ya noviembre y las fechas navideñas tardarían poco en aparecer, con su secuela de frío y mal tiempo, consideraron que lo más natural era no exponer en esos momentos a la joven madre a una vida de trabajo en casa sola y con el niño, por lo que más adelante regresaría Oleg a Abertillery para pasar las Pascuas con toda la familia y preparar el viaje de vuelta al hogar a principios del año nuevo.

El año de 1909 transcurrió con tensas expectativas en la minería galesa. El descontento entre la clase obrera se iba extendiendo y la *Welsh Mineworkers Trade Union* se iba preparando para el previsible estallido del conflicto. En el sindicato cerraron filas en torno a *Armada* y sus propuestas de constituir una efectiva caja de resistencia y de planificar en cada mina el grupo de defensa y combate para resistir los previsibles enfrentamientos con las fuerzas de la policía y con los posibles esquiroles.

Pero a principios del mes de octubre una nueva noticia conmocionó a la población de Cardiff, especialmente a la generalidad de sus mujeres, y fue Elissa Haywood la encargada de comunicarlo a Betty Martin.

—¿A que no te imaginas quien viene a dar un mitin a Cardiff, cuñada?

—Pues no, pero seguro que no vas a poder resistir la tentación de decírmelo — auguró Betty entre risas.

—Me he enterado por la mujer de un importante capataz de estibadores del puerto, Claire Rhuddlan, una feroz representante local de las sufragistas que vienen peleando desde hace años para conseguir el derecho a votar de la mujer británica. Me ha dicho que va a venir nada menos que Emmeline Pankhurst, la fundadora de la “*Unión Política y Social de Mujeres*”, el movimiento principal del sufragismo inglés. Desde que lo creó hace seis años se ha convertido en la pesadilla de parlamentarios y gobernantes. Si te parece, podríamos invitar a Claire a tomar el té y que nos explique un poco en qué va a consistir el mitin.

—No sé qué opinará Oleg —titubeó Betty—. Desde luego, supongo que no le apetecerá nada que yo acuda a semejante acto, ahora que tengo que estar pendiente del niño en todo momento pues todavía no ha cumplido un año.

—Esa ventaja tengo yo —apostilló Elissa—. Desde que tu hermana Bonnie está con nosotros dispongo de mucha más libertad y Martha la adora. Estamos encantados. Si te parece, el viernes día 8, a una semana del mitin, cuando acabe mi trabajo me llevo a Claire a casa y te pasas por allí a tomar el té con nosotras.

—Bien, no sé si Oleg tendrá interés en acudir, pero vaya él o no, haré todo lo posible por no perderme la visita de tu amiga. Me pica la curiosidad.

Efectivamente, llegado el viernes, Oleg manifestó su intención de no asistir a casa de sus cuñados porque tenía mucho trabajo y el sufragismo no aparecía entre sus prioridades en aquellos momentos. No obstante, le gustaba que Betty se viera a menudo con Elissa y sus hermanos porque la unión de la familia era algo de la máxima prioridad. Así que Betty arregló a su hijo con la ropa de paseo y se dirigió aquella tarde a casa de su hermano con bastante expectación por lo que la mujer del capataz podía contarles. Tras las presentaciones de rigor, Claire Rhuddlan se identificó como la representante en Cardiff de la asociación fundada por Emmeline Pankhurst para la enconada defensa del derecho al voto de las mujeres a lo largo y ancho de aquel país que, dándose las de civilizado, mantenía una discriminación incomprensible con las mujeres, carentes de unos derechos que se reconocían a los hombres prácticamente desde la Carta Magna de Juan sin Tierra. Ella era la encargada de notificar a las autoridades locales los pormenores del mitin y ocultar celosamente otro tipo de actividades que se llevarían a cabo por las autodenominadas *suffragettes*.

—Os contaré un poco lo que llevo preparado hasta ahora —anunció—. La fecha prevista para el mitin va a ser el día 15 de este mes de octubre, es decir, el próximo viernes. Hace ya dos meses solicité una reunión con el alcalde de la ciudad, el muy honorable Charles William Melhuish, el jefe de la policía local y los administradores del New Theatre y del Sherman Theatre. Les solicité la aportación de cualquiera de estos dos locales para la celebración del acto, pero me fue denegada por los administradores, aludiendo a la tradición violenta que dicen acompaña a nuestra asociación. Entonces imploré a Mr. Melhuish que cediera a las mujeres de Cardiff el *Assembly Room* del Ayuntamiento, ya que el *Ferrier Hall* resultaría a todas luces insuficiente para la asistencia prevista y le hice hincapié en que no podía negar ese derecho a sus ciudadanas. Pues bien, no solo se negó a cederlos sino que, delante de mí, encomendó muy especialmente al jefe de la policía que empleara mano dura en la represión de las manifestantes si se producía la menor alteración del orden público y me apercibió de que no le temblaría la mano en el castigo de las culpables de actos vandálicos como los ya protagonizados por nuestra asociación en otras ciudades, llegando incluso a ponerlas a disposición de los jueces para exigir su encarcelamiento inmediato.

Aludió a los desórdenes que acompañaron a nuestras manifestaciones en 1904 ante el Parlamento, con intervención de cientos de enfurecidas manifestantes, entre ellas muchas de la industria textil, que expresaron ardorosamente su disconformidad con la discriminación de que eran objeto por negárseles el derecho a votar las leyes de su propia nación. Pero si aquella manifestación primera fue significativa, le temblaba la voz al mencionar que Emmeline Pankhurst había logrado reunir, en junio del pasado año en Hyde Park de Londres, nada menos que a quinientos mil manifestantes, una multitud verdaderamente incontrolable. De lo que no quiso hablar fue de las represiones que hemos venido padeciendo, con grave peligro de nuestra integridad física, como cuando, en enero del año pasado un grupo de hombres que se decían pertenecientes al partido liberal nos arrojaron piedras, barro y huevos podridos y nos golpearon con saña en una actitud de execrable cobardía, de eso no quiso hablar, naturalmente.

Pues bien, le he anunciado que la asociación le hace directamente responsable de los desórdenes que se puedan producir en las calles de Cardiff

y que la señora Pankhurst dará el mitin le guste o no le guste. Estamos muy acostumbradas, desgraciadamente, a usar las calles como local de reunión y le comuniqué nuestra intención de ocupar nada menos que Queen Street como escenario de nuestra manifestación y que, como podio, la oradora utilizará el coche abierto de un colaborador. Como gesto de desafío colectivo a la autoridad, la marcha acabará en Cathays Park, a las puertas mismas del City Hall que él dirige. Lo más divertido, y sobre lo que os ruego la más absoluta discreción, es que hace ya dos semanas me han prometido su entusiasta asistencia a la manifestación las esposas del alcalde y del jefe de policía, que se han declarado en huelga de brazos caídos en sus propias casas. Han dado vacaciones al servicio y se niegan a cocinar para sus maridos, a lavarles la ropa y a responder a las demandas de otro tipo que ya podéis imaginaros, retirándoles la palabra hasta que pase la fatídica fecha del 15 de octubre. Mucho me temo que determinadas casas de señoritas en Bute Street van a tener mucho trabajo hasta que pase la fecha del mitin... Bueno, es una forma como otra cualquiera de promocionar determinada parte de la economía local, no cabe duda.

Elissa y Betty rieron, un poco escandalizadas, la ocurrencia de la sufragista. En el fondo, ambas deseaban fervientemente asistir a los actos anunciados, sería una ocasión única y seguramente irreplicable, pero la primera por su trabajo en el sindicato de estibadores y la segunda por su dedicación a su hijo, se verían privadas de disfrutar del espectáculo y apoyar lo que consideraban una reivindicación más que justa. Curiosamente, hasta 1832 muchas mujeres sí podían votar en Inglaterra, pero la “Reform Act” de ese año les privó de ese derecho. La desigualdad entre hombres y mujeres británicos durante el Siglo XIX se concretaba principalmente en excluir a éstas de cualquier participación política, al impedírseles la votación de las leyes en el Parlamento, de la misma forma que se les privaba del derecho a la propiedad y de participar en contratos comerciales, equiparándolas a los individuos carentes del “derecho de comprensión”, como los menores de edad o las personas dementes, por entender que la personalidad jurídica de la mujer casada se subsumía en la del marido, señor con poderes absolutos sobre la persona de su esposa y las propiedades que ésta pudiera detentar.

Empezó a generalizarse la idea de que las mujeres no podían limitarse a

la función de proporcionar placer al hombre, que sus derechos a participar en la vida social debían comprender una mayor independencia, la posibilidad de trabajar fuera del hogar, percibiendo el mismo salario por su esfuerzo, de recibir la misma educación que el varón y disfrutar de los mismos derechos políticos, que comenzaban por el derecho a decidir su destino por medio del sufragio electoral. Lo curioso es que esta revolución no se inició en el seno de las clases trabajadoras; no fueron las mujeres de los mineros, de los metalúrgicos, de los ferroviarios, de los empleados, las que izaron el estandarte de estas reivindicaciones. Fueron las mujeres de las clases medias las que se movilizaron defendiendo sus derechos y la rígida sociedad británica, tutelada desde siempre por el varón, no estaba preparada para afrontar con serenidad semejante desafío.

El movimiento reivindicativo que comenzó de forma pacífica y moderada, no en vano fueron principalmente las mujeres conservadoras las que iniciaron las primeras acciones de protesta, pronto se radicalizó al tomar Emmeline Pankhurst las riendas de la corriente ideológica. Esta mujer de Manchester, que se decía descendiente de las francesas que participaron en la toma de la Bastilla por los revolucionarios parisinos el 14 de julio de 1789, había nacido en el seno de una familia con tradición en la agitación política. La fundación de la *“Unión Política y Social de Mujeres”* fue determinante. Izado con orgullo el banderín de enganche, la incorporación femenina al levantamiento fue abrumadora. De las ideas, expuestas ante la mofa de la policía y de los varones, que humillaban a las primeras sufragistas haciéndoles objeto de escarnio sexual, se pasó pronto a los hechos, adoptando sin recato la violencia como arma de defensa de sus intereses.

La campaña comprendió un sinnúmero de acciones en Londres, como la perturbación de asambleas del Parlamento y todo tipo de enjundiosas reuniones públicas, convocando alborotadoras concentraciones en lugares de especial concurrencia, como Trafalgar Square, Picadilly Circus o Hyde Park Corner, el asalto a edificios públicos, encadenándose a sus accesos e incitando a la desobediencia civil, quemando buzones de correo, rompiendo los escaparates de comercios y llegando a incendiar edificios como colofón de sus protestas multitudinarias, enfrentándose con la policía, a la que acusaban continuamente de tácticas represoras no exentas de brutalidad. En un derroche de imaginación recurrieron a una estratagema tan innovadora

como la de arrojar panfletos desde globos aerostáticos sobre los lugares donde realizaban las concentraciones.

No en vano, Emmeline Pankhurst ya se había dirigido al Gobierno de la nación en el Parlamento como lo haría un oráculo griego, afirmando con prosopopeya y sin pudor:

—Nos tienen sin cuidado vuestras leyes, caballeros, nosotras situamos la libertad y la dignidad de la mujer por encima de todas esas consideraciones, y vamos a continuar esta guerra como lo hicimos en el pasado; pero no seremos responsables de la propiedad que sacrifiquemos, o del perjuicio que esa propiedad sufra como resultado. De todo ello será culpable el Gobierno que, a pesar de admitir que nuestras peticiones son justas, se niega a satisfacerlas.

La continua radicalización de las protestas llevó a las sufragistas a la implantación de técnicas de sabotaje al poder establecido e incluso a la agresión a los domicilios de importantes miembros del Gobierno o del Parlamento y, cuando las culpables eran encarceladas, se declaraban en huelga de hambre, con amplia repercusión en los principales diarios londinenses. Estas medidas sancionadoras se volvieron contra el Gobierno que, preocupado por la posibilidad de consecuencias fatales ante la falta de alimentación de las encarceladas, optaron por una manutención forzada mediante el uso de dolorosos métodos, como la introducción de sondas por la nariz o la garganta de las huelguistas, lo que fue conocido con horror por la población al leer las descripciones de semejante tortura publicadas en los medios de comunicación. Parecía bochornoso que se martirizase de esa forma a la figura de la mujer británica, abnegada madre y esposa, cuidadora del hogar y educadora primera de sus hijos.

Y esta confrontación se fue extendiendo por el país como mancha de aceite. Emmeline Pankhurst viajó de ciudad en ciudad pronunciando discursos e incitando a la rebelión femenina en una lucha que ganaba adeptos día a día para desesperación de los partidos representados en el Parlamento y del Gobierno, encabezado desde 1908 por Herbert Henry Asquith, cuyas técnicas dilatorias en el reconocimiento del derecho al voto de las mujeres le acarreó el odio de las sufragistas, que le llamaban “*squiffy*” (borrachuzo) y

que llegaron a apedrear las ventanas del 10 de Downing Street en una ocasión.

Así las cosas, el 15 de octubre de aquel año del Señor de 1909, una ingente multitud de mujeres se concentraba en Queen Street en Cardiff; alguien incluso se atrevió a afirmar que “no quedaba sitio ni para escupir”. Si bien la mayoría eran residentes en la propia ciudad, muchas mujeres se habían desplazado desde diversos rincones de Gales, ansiosas de conocer a su adalid en la defensa del derecho de la mujer galesa a votar las leyes que las gobernarían. Como era natural, se agrupaban por grupos según procedencias y las había de Newport, Swansea, Camarthen, Aberystwyth, Cardigan, Fishguard e incluso había una pequeña partida procedente de la lejana Isla de Anglesey y otra de las montañosas aldeas de Snowdonia. Abundaban las pancartas de adhesión y las escarapelas y banderas tricolores de la “*Unión Política y Social de Mujeres*” con el blanco aludiendo a la pureza de la mujer, el verde de la esperanza en un futuro mejor y el púrpura que representaba su dignidad.

Un grupo menos numeroso pero compacto y ruidoso en extremo aguardaba en la Estación Central de ferrocarril de Cardiff el tren que transportaba a Emmeline desde la Estación de Paddington en Londres, donde había sido despedida por una pequeña comisión de alborotadoras adeptas. Los efectivos de la policía local encargados de controlar la pacífica llegada del convoy a la capital galesa se vieron pronto desbordados por la multitud que siguió entre aclamaciones a la sufragista desde que abordó el automóvil descapotable de un seguidor incondicional hasta su llegada triunfal a Queen Street. El hormiguero humano que aguardaba en silencio la aparición de su líder estalló en tremenda algarabía al contemplar sobre el automóvil el cuerpo de la frágil mujer, blandiendo su paraguas tricolor en olor de multitudes.

Con dificultad, entre aclamaciones de ferviente adhesión, el automóvil fue avanzando despacio entre el gentío que le abría paso estrechando su mano y dirigiéndole palabras de apoyo y gratitud. El día había amanecido casi despejado y la tarde otoñal recibía generosa a la comitiva con la curiosidad que motivan las situaciones irrepetibles. Todo acompañaba para que la visita resultara un éxito del que pudieran presumir las mujeres galesas y del que

hablarían durante mucho tiempo. Al llegar al centro de Queen Street, el automóvil se detuvo y Emmeline Pankhurst, que había realizado todo el trayecto desde la estación en posición erguida, sin tomar asiento en ningún momento y saludando a los asistentes, se volvió a la concurrencia en elocuente ademán de solicitar silencio, que costó bastante trabajo lograr, y se dirigió a sus amadas partidarias diciendo:

—Os saludo, bravas mujeres de Gales —la ovación fue terrible -. Os saludo y os traigo el apoyo de todas las mujeres de nuestro país. Desde las tierras altas de Escocia, desde el Ulster en Irlanda, desde las Islas del Canal, desde las Tierras Bajas del Sur de Inglaterra, desde la Península de Cornualles, desde el populoso Londres y la industrial Liverpool, desde los condados de Inglaterra, desde las ciudades del saber de Oxford y Cambridge, desde Manchester, Leeds, Birmingham o Sheffield, desde los West Midlands, desde todas partes en nuestra gran nación os traigo el cariño y el esfuerzo de las mujeres británicas en su lucha por la equiparación de derechos con el hombre y, muy especialmente, en la consecución del derecho al voto para todas las mujeres. *Votes for women!* —nueva ovación y exclamaciones de adhesión a la consigna por parte de las asistentes, con un enardecimiento cada vez mayor.

Me presento ante vosotras como alguien que, según los tribunales de justicia de este país, carece de valor para la sociedad por haber sido considerada como una persona peligrosa y convicta de condena a trabajos forzados en una cárcel del Estado. El año pasado fui acusada de obstrucción y sentenciada a seis semanas de prisión por haber tenido la osadía de intentar acceder al Parlamento, la que debería ser la Cámara de todo el pueblo, para entregar una protesta a Mr. Asquith, nuestro glorioso Primer Ministro. Sin embargo, esta condena me ha servido para conocer desde dentro el sistema penitenciario de este país, confinada en la más absoluta y silenciosa incomunicación, rodeada de nauseabundos insectos y pasando verdadera hambre como los demás reclusos. Allí he sido devuelta en junio de este mismo año por agredir a un policía, lo que me aseguraba el arresto que yo pretendía para llamar la atención sobre lo injusto de nuestra discriminación. Y debéis tener claro que no se nos encarcela por haber transgredido la ley, sino por la insolencia de querer convertirnos en legisladoras con el mismo

derecho que el último y más abyecto de los varones británicos.

Mis tres hijas, Christabel, Adela y Sylvia han sido arrestadas en diversas ocasiones por ejercer su derecho a protestar y a defender sus ideas sufragistas. Pero si el Gobierno pensaba que nos iba a amedrentar metiendo a unas cuantas activistas en la cárcel, está muy equivocado. Nunca nos daremos por vencidas, cada vez son más las que cometen algún tipo de falta o delito en nombre de nuestro ideal para que se vean obligados a encerrarnos, y os puedo asegurar que hemos llegado a estar en prisión hasta trescientas *suffragettes* a la vez. La reacción gubernamental no ha podido ser más desacertada: cada vez aprueban más medidas restrictivas para hacer frente a lo que consideran agitación política en lugar de exigencia de un derecho fundamental que nunca nos debió ser negado. ¿Y sabéis cual ha sido la consecuencia de la política de Mr. Asquith? La consecuencia no ha sido otra que un mayor apoyo popular y un continuo incremento de las afiliadas a nuestro movimiento.

Renovadas muestras de adhesión de las concurrentes al acto, obligadas a guardar de nuevo silencio por un elegante ademán de la oradora, que prosiguió su discurso con verdadero sentimiento reflejado en su rostro.

—Nos metieron en la cárcel por el mero hecho de reclamar un derecho y así hemos tenido la oportunidad de vestir ropa de prisión, de someternos a un régimen de severo aislamiento, de convivir con los peores de entre los delincuentes. Ha sido una cruel experiencia, pero estamos orgullosas de haber pasado por ella. Hemos superado la prueba de conocer lo que es una huelga de hambre y hemos vencido. ¿Os imagináis a nuestros maridos soportando semejante tormento? Hay que sentirse como se siente una persona realmente oprimida para beber de semejante cáliz, sabiendo que se hace para dar testimonio. Hemos llevado a este prepotente gobierno hasta la desesperación que supone alimentarnos a la fuerza, forcejeando y resistiéndonos ante médicos y celadoras, porque su responsabilidad ante la posibilidad de que una de las huelguistas falleciera era realmente enorme y muy difícil de justificar ante sus electores. Esto se llama poner al poder contra las cuerdas, lo demás son tonterías.

Una cerrada ovación puso el broche a estas palabras. Se notaba la tensión en los rostros de las asistentes, las ganas contenidas de participar en algún tipo de medida que sirviera para agradecer el sacrificio de las compañeras más comprometidas en la titánica lucha.

—Todas vosotras sois conscientes —espoleó a sus seguidoras Emmeline— de los sacrificios que nos está costando esta lucha y de lo injusto de la postura de nuestros hombres, nuestros propios maridos, hermanos o amigos. Para la inmensa mayoría de ellos no somos más que objetos para su placer, maestras para sus hijos, sirvientas en su casa, pero no compañeras en la elaboración de las leyes que han de ordenar nuestras vidas, que han de fijar los límites en las conductas de todos, que han de dirigir a la razón para la consecución del bien común, el bien de todos, no solo de los hombres, también de las mujeres.

Desde los tiempos de la Reina Victoria, para quien nuestra lucha no era más que una *“loca y perversa tontería”*, opinión que seguramente comparte su sucesor Eduardo VII, hemos de reconocer que todavía nuestra reivindicación de *“los votos para las mujeres”* es para nuestros maridos menos interesante que sus propias cenas. Pero yo os pregunto: ¿Acaso no sufrimos nosotras las consecuencias de una legislación dictada con exclusividad por los hombres? ¿No nos afectan los mismos impuestos, las repercusiones de la misma legislación penal, civil o mercantil que a los hombres y en cuya elaboración se nos ignora sistemáticamente? ¿Qué derecho natural ampara al hombre en esa exclusión que cierra las puertas a la mujer como participante en la elección de los representantes del pueblo?

Los gritos y protestas de la multitud atronaron el cielo de Cardiff, hasta el punto de que tanto Betty desde su casa como Elissa desde su trabajo los oyeron con bastante claridad. Las pancartas y banderas enarboladas por los diversos corrillos empezaron a moverse en actitudes cada vez más amenazantes. Los efectivos de la policía local que ocupaban puestos al principio y al final de la calle, pues no osaron mezclarse entre los asistentes, comenzaron a ponerse nerviosos. El jefe de policía, que se encontraba en comunicación permanente con el alcalde Mr. Melhuish recibía constantemente órdenes de contenerse en la represión y no provocar a las

manifestantes si sus actuaciones no pasaban de las meras palabras, pero que actuaran con contundencia si se producían ataques y agresiones a la propiedad y a los edificios, fueran públicos o privados.

—Pues yo os digo, hombres ingleses, —continuó Emmeline — no puede haber amor sin respeto. No volváis a decirnos palabras de amor mientras atentéis contra la ética más elemental, la de reconocer al ser humano, y todas nosotras lo somos, tal vez en mayor grado que vosotros, con todos sus inalienables e irrenunciables derechos. El derecho a la libertad, el derecho a la propiedad, a una educación igualitaria con la vuestra, a percibir el mismo salario por el mismo trabajo, a ser junto a vosotros las tutoras legales de nuestros hijos, a la incorporación de la mujer a la carrera judicial y a tantas otras que hoy nos están vedadas. Y si se trata de alegar incapacidad manifiesta de la mujer, bastaría con una muestra para rebatir vuestra falacia: ahí tenéis a Elizabeth Anderson, que no solo ha conseguido el primer título de doctor en medicina de Inglaterra, sino que ha sido elegida como alcaldesa de Aldeburgh, en Suffolk.

Nueva tanda de alaridos y palabras de asentimiento entre las mujeres manifestantes, con los pocos hombres asistentes bastante mohínos y como deseando no haber acompañado a sus novias y mujeres a semejante evento.

—¡No olvidéis, hombres ingleses —denunció de nuevo la oradora —que todos vosotros sois nacidos de mujer, que han tenido que juntarse los dos sexos, y no solo el vuestro, para que vuestra existencia fuera posible! En este aspecto, la sabia naturaleza os ha obligado a recurrir a nosotras si queréis perpetuar la especie. El hombre solo, por sí no puede nada. Pero en la política y en el imperio de la ley habéis dispuesto las cosas para que esto no sea así y habéis conseguido anular a la mujer. ¡Pues nosotras hemos decidido que no pararemos de incordiar al Gobierno y al Parlamento hasta conseguir lo que nos hemos propuesto, porque hemos llegado a la conclusión de que no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos y romperemos las ventanas que haya que romper, y atacaremos obras de arte en los museos para hacernos notar, interrumpiremos las reuniones que haya que interrumpir, declararemos nuevas huelgas de hambre que pongan al Gobierno en la incómoda situación en que ya se ha visto, cortaremos los cables de comunicación como ya hemos

hecho con el telégrafo de los corredores de bolsa, comunicando la de Londres con la de Glasgow, todo lo que se os ocurra con tal de conseguir nuestro objetivo!

Porque nunca más podrán considerarnos débiles e indefensas. Tal vez hayamos sido lentas en el despertar para exigir nuestros derechos, pero vamos a demostrar a los que dirigen este país que, una vez que hemos despertado, una vez que nos hemos consagrado a defender una idea y nos hemos conjurado a lograrlo, nada en la tierra ni en el cielo lo podrá impedir. ¡Mujeres galesas, que todo el país conozca vuestra valentía y determinación! ¡Dirijámonos al Ayuntamiento para dejar bien claro que esta lucha también es vuestra, hagamos oír nuestra voz para que sea ésta una jornada histórica y en Londres y en el resto de la nación se os cite como ejemplo a seguir! *Votes for women!*

En ese momento, como impulsada por un resorte, Claire Rhuddlan, saltó al automóvil descapotable en el que se hallaba Emmeline Pankhurst y, haciéndole un guiño de complicidad, se dirigió a la masa de la manifestación, diciendo:

—¡Conciudadanas, todas al City Hall, pero antes pasemos a saludar al New Theatre, cuya cesión nos fue vilmente negada por su administrador para recibir a Mrs. Pankhurst como habría merecido!

El clamor fue unánime y, como un ejército desordenado, arrollando a los policías locales que cerraban las salidas de Queen Street, oleadas de aquella muchedumbre se dirigieron hacia el Norte por todas las calles aledañas, hasta llegar al New Theatre de Park Place, ante cuya fachada se detuvieron con insoportable vocerío, insultando al administrador con epítetos que la mayoría de aquellas damas deberían desconocer. El teatro había sido levantado apenas hacía tres años con ladrillo encarnado y piedra blanca de Bath, ofreciendo un aspecto impresionante con la columnata del segundo piso y las dos coquetonas cúpulas del tejado. Era el orgullo de la élite ilustrada de Cardiff, pero eso no le bastó para ser respetado. Los empleados y el administrador, que se habían planteado la posibilidad de una agresión por su negativa a compartir los excelsos ideales de las manifestantes, atrancaban no sin

esfuerzo las tres puertas de entrada, pero se vieron incapaces de soportar la presión ejercida por aquella caterva de mujeres enfurecidas, que lograron acceder en tromba al patio de butacas con resultados desastrosos para el mobiliario.

Las ventanas de la primera planta corrieron la misma suerte, nadie sabía de dónde sacaron aquellas mujeres tantas piedras convertidas en proyectiles certeros, si no por la puntería de las lanzadoras, sí por la cantidad arrojada. Los policías locales cargaron contra la multitud, pero era inútil, eran mujeres, eran demasiadas y les resultaba difícil aplicarles medidas contundentes. Estaban acostumbrados a combatir revueltas de estibadores, de marineros o, en raras ocasiones de mineros en el Sur de Gales, nunca mujeres entre las que se podrían encontrar sus propias esposas, madres o hijas.

Como enfurecido enjambre, cuando consideraron que ya habían causado suficiente daño y dirigidas por Claire Rhuddlan como representante local de las temibles *suffragettes*, se dirigieron al próximo Cathays Park, enfrentándose a la fachada del Ayuntamiento, espléndida aunque pretenciosa muestra del estilo eduardiano tan en boga, todavía más reciente que el New Theatre, pues había sido edificado en 1907 con blanco e inmaculado mármol de Portland. Si el ambiente cultural de la ciudad lo presidía aquel teatro, el nuevo City Hall era el orgullo de todos los habitantes de la ciudad, que veían el enorme edificio con su vasta fachada como la prueba más evidente de la prosperidad que el carbón había traído a Gales. Su alta torre del reloj y el dragón que presidía la cúpula central eran los nuevos iconos de la ciudad, de los que todos presumían ante los visitantes.

La manifestación se detuvo ante el majestuoso edificio, nadie hubiera osado atacarlo como hacía solo unos momentos se hizo con el teatro. La mayor parte de la policía local protegía la fachada en riguroso orden y silencio, con las temibles y negras porras en la mano. El honorable alcalde Charles William Melhuish ocupaba el centro de la alargada fila de guardias, en un último intento de proteger su feudo de la sinrazón y el atropello. Su esposa, que se encontraba entre las manifestantes pero que no había participado del vandalismo ejercido por sus conciudadanas, admiró el valor de quien arriesgaba su integridad física por defender a la institución que

representaba. Pudo observar cómo la firmeza de aquellos hombres en defender la legalidad y el legado que les había sido confiado impulsaba a la multitud a disolverse pacíficamente. El uso de la barbarie para defender un derecho también tenía sus límites.

Poco a poco aquellas mujeres dieron la vuelta, bajaron sus pancartas y estandartes y se fueron replegando, su reivindicación había concluido por aquel día que nunca olvidarían. El suelo del Cathays Park quedó sembrado de piedras que salían de los bolsos y vestidos de las hasta hacía poco enfurecidas manifestantes. Claire Rhuddlan, que seguía acompañando a Emmeline Pankhurst en el automóvil, se volvió hacia ella, le estrechó la mano sabiendo que tras aquella jornada de lucha abordaría de nuevo un tren que la devolvería a Londres. Bajó del auto y se dirigió hacia la fachada del Ayuntamiento. Observó la impertérrita fila de hombres que la protegían, se agachó para coger una piedra y, antes de que los policías más próximos pudieran alcanzarla, la arrojó con fuerza contra el vitral emplomado que decoraba con espléndida opulencia el Council Chamber, la sala de plenos. Había sido un vitral de verdadero mérito, representando a la Dama de Gales y al comercio del Principado. El daño que le ocasionó fue ciertamente escaso, pero hasta que fuera reparada, la orgullosa dama seguiría tuerta.

No opuso resistencia, uno de los policías la esposó pero no tuvo que ensañarse con ella, porque estaba decidida a ingresar en prisión el tiempo que hiciera falta. Ya se encargaría el capataz de estibadores de darle la lata al abogado del sindicato donde trabajaba su amiga Elissa Sappington.

CAPITULO 11°. Cuatro sargentos gurkhas. 1931

Tony avanzó un paso y cerró la puerta del baño tras de sí. No era consciente del todo de lo que estaba sucediendo, pero no podía apartar la mirada de aquella espléndida lozanía. Los dos comenzaron a mirarse intensamente a los ojos como diciendo “Al fin te he hallado y este es mi premio por esperarte. Deja correr la pasión y permíteme hacerte feliz”. April deseaba el contacto de su mano, que él no retrasó. Al acariciar su espalda tersa y cálida por efecto del baño, Tony sintió cómo una especie de llama sutil pasaba a través de sus dedos, buscando recorrer todo su cuerpo y provocando un ansia de posesión que nunca antes había experimentado. ¿Cómo podía una mujer tan hermosa ocultar tan recónditamente sus encantos al vestirse? No era justo. Tal vez estuviera bien visto socialmente, especialmente en la Inglaterra que fue capaz de engendrar aquella ofuscación

del puritanismo, que una joven viuda disimulara con su recato las necesidades que su naturaleza le imponía, pero no era justo. Aceptando la invitación que insinuaba su boca abierta aunque silenciosa, con delicado ademán la tomó en volandas y, en la desnudez escasamente cubierta por su morena melena y los brazos de él, emprendieron juntos el camino de la alcoba reservada para ella, su cabeza recostada en el hombro del que hasta hacía un momento solo era su amable y joven huésped.

Era ésa la primera vez que alguien le desnudaba de aquella forma. Las tibias manos de ella le desprendían lenta y suavemente de los ropajes que protegían del frío de aquel diciembre londinense sus formas de varón. No obstante su dedicación a labores nada menestrales, no podía negar sus orígenes como hijo de un minero que antes trabajaba el áspero campo andaluz. Sus hechuras eran, si no rudas, sí vigorosas. Había heredado de su padre y su abuelo los ojos negros de profundo mirar y el recio mentón tan característico de la familia, junto a unas espaldas anchas que provocaban a menudo la descarada contemplación de las mujeres de Granada.

April disfrutaba de una tierna e infantil ausencia de pudor que le permitía recrearse en las caricias que repartía diligente sobre aquel cuerpo tan distinto del de su marido. Aunque Kenneth también fue un hombre fornido, Tony era bastante más alto, su torso velludo parecía hecho para hundir en él sus largos dedos de mujer y así lo hizo, experimentando por primera vez ese raro placer que, al tiempo que la asombraba, la excitaba profundamente, como había oído en la India que sucedía a las mujeres del Lejano Oriente que, acostumbradas a la ausencia de vello en sus amantes, apreciaban la sensual emoción que les provocaba el pecho poblado de algunos occidentales.

Comprendieron al unísono que, lo que para muchos amantes era una enconada competición en busca del propio placer, aquello sería para ellos un juego apasionante, llamado a conseguir que el otro disfrutara de todo lo que la vida y la naturaleza podían ofrecer en la común unión de los cuerpos. Ninguno tenía prisa, la noche era larga y todo tendría su momento; los misterios recíprocos se irían desvelando poco a poco, en busca de la anhelada plenitud. Sus bocas, hasta hacía muy poco extrañas y respetuosas en una relación dominada por la educación y los buenos modales de un huésped para con su anfitriona, se habían convertido en el instrumento húmedo y cálido de un ansia que los devoraba. No conseguían separarse ni para tomar aliento, eran como dos imanes con una atracción mutua imposible de controlar.

Aprendieron al unísono el sabor del otro, el aroma peculiar y exclusivo de cada cuerpo, el tibio calor de su piel y el tacto de sus manos conociendo la firmeza y flexibilidad de un músculo y la mórbida suavidad de un seno. Era todo nuevo, especialmente para Tony, aunque también ella saboreaba emociones que no pudo experimentar en el pasado, con un esposo bastante mayor que ella y para quien los encuentros estaban generalmente orientados a descargar la tensión impuesta por su virilidad más que a verla a ella como su cómplice en esta forma maravillosa de vivir el amor.

Él la exploró sin recato, aunque con la delicadeza que ella apreciaría siempre en sus uniones. Se asombraba de cada curva, de cada pequeña imperfección en las que aprendió a deleitarse. Dedicó un gozoso beso, una divertida caricia a cada lunar, a cada peca que descubría, mientras ella fingía reprocharle sus hallazgos. Alternaban la pasión de un beso prolongado y unas manos indagadoras con las risas de entrelazar sus cuerpos en busca del más íntimo contacto, de mostrarse como hasta hacía minutos no podían soñar. La mayor experiencia de ella le ayudó en su relativa bisonñez, orientando su mano hacia los lugares adecuados, exigiendo con dulzura las caricias necesarias, conteniendo su ardor para que la pasión no imprimiera un ritmo demasiado acelerado a lo que debía de tomarse su tiempo.

Cuando, satisfecha y apasionada le orientó con premura hacia su ardiente interior, él lo vio como la culminación natural del empeño y agradeció la posibilidad de liberar el empuje que sentía en sus ijares, para lo que, dirigido por su amante, se tomó su tiempo y disfrutó con las delicias que su pujanza provocaba en ella, con cada suspiro y cada sollozo, con los gritos reprimidos que él se esforzaba por apaciguar velando suavemente su boca, no era caso que se despertara la pequeña Vera, lo que no valoraba April en su éxtasis. Este control le ayudó a recrearse en el trance y conseguir de ella oleadas de placer, hasta que la naturaleza triunfó y el caballo desbocado de su vigor se impuso por encima de cualquier atadura.

Sudoroso pero feliz, se tumbó al lado de ella sin permitirse dejar de observarla. April acusaba en su semblante los signos de tantas emociones sentidas y de la felicidad hacía tiempo olvidada. Su rostro expresaba sobre todo agradecimiento, amor inusitado por aquel hombre alto y fuerte pero todavía tan mozo, no en vano era tres años menor que ella, lo que no se apreciaba fácilmente dada la madurez del muchacho. No quería pensar en el futuro, ni siquiera en el más inmediato, era consciente de que la estancia de

Tony a su lado era solamente temporal, de que en un plazo más bien breve él regresaría a sus quehaceres en su nuevo país, a su nuevo mundo, donde retomaría su trabajo, sus amigos, sus aficiones, y ella quedaría allí, con su hija, su trabajo, su mundo. Nada podía reprocharle, nada quería reprocharse. La pasión era una fuerza misteriosa que podía elevar a las almas hasta cimas no imaginadas y podía hundirlas en abismos de miseria difíciles de comprender.

Ella y solo ella era la dueña de sus sentimientos. Podría soportar la pérdida de este amor como lo hizo con el de su marido hacía poco más de dos años, solo que esta vez sería más asumible, porque ella lo decidía racional y voluntariamente, no era algo que le venía impuesto por el destino. Siempre le quedaría Vera, ese amor de hija. Siempre le quedarían su hermana y su cuñado y un trabajo no demasiado agotador con el que algún día podría disfrutar de una pensión suficiente para seguir viviendo los años que le quedaran. Así era la vida y así había que tomarla. Poniendo en la balanza la dicha que ahora sentía con Tony y la posibilidad de renunciar a ella para no sufrir más adelante, optó por la vida. Iba a disfrutar de aquel amor mientras durase, vivir cada día como si fuera el único. Hoy por hoy el futuro no existe, es una mera posibilidad, solo tenemos el presente y decidió vivirlo con toda la intensidad posible. Así tendría algo que recordar, algo en lo que pensar cuando las canas y los nietos le hicieran ver que la vida es muy corta y que no está hecha para los pusilánimes y los pobres de espíritu.

Tony la miraba como comprendiendo sus pensamientos. No podía dejar de hacerse a la idea de que sería un amor maravilloso, pero sin futuro. No podía ofrecerle nada. El porvenir se le presentaba absolutamente insondable. Confiaba en regresar pronto a Granada, a su trabajo en Pujante Spices, al *Ideal de Granada* y a sus reportajes fotográficos, pero ignoraba las consecuencias de haberse enrolado de aquella forma en el servicio secreto de su país. No podía columbrar por qué derroteros transcurriría ese servicio de observación de la situación política española que su país estaba a punto de encargarle y precisamente en un momento tan convulso para España, que acababa de estrenar su Segunda República, tal vez tan poco prometedora como decían había sido la primera. No podía plantearse tampoco ninguna de las alternativas que harían posible la continuidad de la relación con April. Ni podía quedarse a vivir en Inglaterra donde no tenía ya arraigo alguno, ni podía pensar en trasplantar a su amante y a su hija a un país por demás ajeno

para ellas como España. Estaba claro que la relación duraría lo que durase su estancia en Londres. Ninguno de los dos debía hacerse ninguna ilusión a este respecto.

Se miraron y se comprendieron a la perfección. Sus pensamientos en aquellos momentos eran dos rieles de la misma vía, transcurrían paralelos porque eran consecuencia directa de la experiencia que acababan de disfrutar.

—No te preocupes demasiado, Tony —rompió el silencio April—. No podemos hacer nada, las cosas nos han venido así y así hay que aceptarlas. Sé lo que estás pensando, es lo mismo que pienso yo y no creo que debamos hacer planes a este respecto.

—Tengo un buen lío en la cabeza ahora mismo.

—Es natural, como natural ha sido que nos hayamos ido enamorando poco a poco, sin darnos prácticamente cuenta. Desde que nos presentó el bueno de Rob Roy me lo empecé a temer. Tu beso bajo el muérdago esta mañana ha sido para mí decisivo, como un detonante. Me he dado cuenta en ese preciso momento de que estaba deseándolo, aunque mi mente se negara a admitirlo.

—Ya sabes que los hombres somos más impulsivos, por lo general. No me planteé pedirte permiso ni que me rechazaras por mi atrevimiento.

—Es curioso, hasta en eso nos distinguimos las mujeres de los hombres. Pocas somos las que nos planteamos besar a un hombre del que no estemos enamoradas, mientras que vosotros sois capaces de hacerlo por mera diversión y mañana tan amigos.

—Lo que no es el caso, espero que me lo admitas —aquilató él como defendiendo su posición.

—Por supuesto. He ido viendo día a día cómo te fijabas cada vez más en mí. Se te notaba mucho y yo me planteaba continuamente cómo responder a tu llamada. Por mi casa han pasado en estos dos años de viudedad algunos chicos, huéspedes que me proporcionaba el Centro, como ya sabes, pero nunca hubo otro tipo de relación que la de la adecuada hospitalidad. Si no feliz, al menos he vivido tranquila desde que me dejó Ken. El ejército y su fábrica de uniformes se han ocupado de mí y no he pasado necesidad en ningún momento. La proximidad de mi hermana y su ayuda con Vera han sido un gran alivio. Todo discurría con pacífica monotonía hasta que apareciste tú. Tal vez debí pedir que te asignaran otra patrona, pero no tuve fuerzas, me atrajiste como un remolino desde el primer encuentro y siempre

temí que esto sucediera. Entiéndeme, lo temía y lo deseaba al mismo tiempo. Esta contradicción en los más íntimos deseos es consustancial con el espíritu femenino. Sin embargo, y aunque no sé la huella que dejarás en mi vida cuando te marches, de lo que sí estoy segura es de que verte partir será muy duro.

—Bajo ningún concepto quisiera hacerte daño. Me costaría un gran dolor renunciar a ti ahora, pero si tú crees que debo marcharme antes de que esta relación vaya a más, estoy dispuesto a hacerlo, mi amor.

—Ni se te ocurra volver a decir semejante tontería. Vamos a vivir este amor en toda su plenitud y no quiero perderme ni uno solo de los minutos que puedas pasar conmigo hasta el mismo momento en que debas abandonar Londres. Lo que sí quiero pedirte es una cosa. En mi situación sería terrible quedarme embarazada, supongo que lo comprenderás.

—No te preocupes, mañana mismo conseguiré los medios para que te sientas segura.

—Mañana es el *Boxing Day* y empiezan las rebajas, no sé si encontrarás lo que buscas entre tanto ajetreo.

—Sí, aunque supongo que los empleados de los comercios ya no rompen el *box* de barro donde iban guardando las propinas para repartirlas. Descuida, mi amor, soy un hombre de recursos y seguro que encuentro lo que necesitamos.

Pasaron juntos la mayor parte de la noche. Una vez que se decidieron a vivir su pasión con la clara idea de que duraría lo que tuviera que durar y de que lo harían con la mayor intensidad de que fueran capaces, sin absurdos remordimientos y sin tener que dar cuentas ni explicaciones a nadie, su felicidad era completa. Tony descubrió además en su interior, y no sin sorpresa, una ternura infinita para regalar a aquella espléndida y bella mujer, totalmente compatible con la pasión que le despertaba su cuerpo. Se mantuvieron abrazados durante horas, susurrándose al oído lo que cada uno sentía en cada momento, hasta que apreciaron por la escasa claridad del nublado Londres que estaba amaneciendo. Tony abandonó el lecho que había protegido el calor de sus cuerpos para incorporarse a su cuarto, evitando que la niña que dormía cerca descubriera su secreto.

Durmieron durante un par de horas, con lo que repararon en parte los estragos que el apasionado encuentro había causado en su descanso. La incorporación de ambos a las faenas del día resultó muy distinta a la de la

jornada anterior. Había nacido una nueva forma de entenderse que lo empezaba a impregnar todo de sentimientos de unión y complicidad y que resultaría por demás patente para cualquiera que hubiera podido contemplar la escena. April y Tony se miraban y sonreían continuamente, sabiendo que algo nuevo ocupaba la casa y la convertía en un hogar, casi una familia. A mediodía recibieron a su hermana y su cuñado, que se acercaron a comer con ellos el clásico *bubble and squeak*, una especie de fritura hecha con verduras y la mezcolanza de sobras del día anterior que adoran los ingleses. Tony había encendido de nuevo la chimenea del comedor y la estufa de la escalera, con lo que el ambiente era cálido y acogedor como no podía ser menos en unas fiestas navideñas.

Nada más entrar, Louise miró con curiosidad a su hermana, que se ruborizó al instante, con lo que aquella comprendió que se había producido un cambio total de la situación entre patrona y huésped. El instinto femenino detecta estas cosas con gran facilidad y algo como eso no se le podía escapar. A las dos les dio por reírse y abrazarse, con lo que Derek no entendía nada, pero como ya conocía de sobras el cariño que se tenían las dos hermanas y su permanente connivencia en todo tipo de situaciones, no se preguntó en ningún momento si había pasado algo desde el día anterior que pudiera haber cambiado la situación personal de nadie. Al acabar la sabrosa comida, Derek encendió su nueva pipa y se puso a charlar con Tony sobre las noticias que recogía *The Times*, especialmente sobre los partidos de *rugby* que eran su pasión y las apuestas de las carreras de caballos, cosa que ponía nerviosa a Louise habitualmente, mientras Vera se entretenía con algunos juguetes, pues ellos no habían podido poner un árbol de Navidad con todo el tiempo que April pasaba trabajando en la fábrica. En la cocina, las dos hermanas charlaban en voz baja mientras recogían la vajilla y los restos de la comida.

—Supongo que tendréis mucho cuidado, April —aconsejó Louise a su hermana—. Sois muy jóvenes y el peligro es claro. Lamentaría profundamente que te vieras envuelta en una situación tan difícil como esa.

—Tienes razón. Ya le he dicho que tenemos que tomar precauciones y estamos dispuestos a hacerlo de inmediato. No he podido evitarlo, Louise, ha sido algo superior a mis fuerzas.

—Me di cuenta desde el mismo momento en que me lo presentaste. Derek es más despistado y parece no haberlo notado, pero el parecido con Ken es asombroso.

—Bueno, eso pensé yo en un principio y algo hay de eso, qué duda cabe, pero cuanto más lo conoces más se difumina ese parecido. Y el carácter de uno y otro es totalmente distinto. En Ken el ejército y el espíritu de servicio lo impregnaba todo. Vivía por y para la milicia. Reverenciaba a sus jefes y solo pensaba en cómo instruir a sus cabos y a sus reclutas. Desde que llegamos a Quetta, en Baluchistán, se sentía plenamente feliz. A ello también contribuyó el reconocimiento de sus mandos, qué duda cabe, pero tú piensa en cómo podía sentirme yo tan lejos de Inglaterra, en una ciudad extraña, a casi mil ochocientos metros de altitud, rodeadas de montañas y gentes difíciles, musulmanes e hindúes, todo el día a la greña y nuestro ejército en medio, poniendo orden y vigilando el Paso de Bolán por si a los vecinos de Afganistán se les ocurría darnos un susto, con tanta tribu belicosa y levantisca como hay por aquellos parajes, que parece que solo viven para la guerra, es horroroso.

—Pues bien, hermana, una vez hemos recogido todo, ¿Qué te parece si nos damos una vuelta por las rebajas y de paso llevamos a Vera a ver algún espectáculo de títeres, de esos callejeros tan divertidos?

—Me parece muy bien porque de lo contrario los dos hombres se quedarán sentados ante la chimenea toda la tarde y nosotras y la niña nos vamos a aburrir en un día tan especial como este.

—Pues decidido, todo el mundo a la calle.

Una vez conocidas las intenciones de las mujeres y deseando todos en el fondo acercarse a ver cómo las tiendas sacaban sus artículos a la calle y rebajaban los precios hasta niveles insospechados unos días antes, se pusieron ropa de abrigo y salieron divertidos de la casa para recorrer las principales avenidas de su popular barrio.

Como tenía concedidas vacaciones hasta el dos de enero, Tony aprovechó las mañanas para visitar algunos museos de Londres y para callejear con su cámara de fotos, que era lo que más le divertía, pero poco a poco le fueron entrando unas ganas incontenibles de visitar a sus abuelos y a sus tíos en Gales, a pesar de que en *The Half* les habían prohibido a todos los alumnos ese tipo de contactos con familiares mientras durase su etapa de instrucción. Sin darse apenas cuenta, sus pasos le fueron dirigiendo al Centro, donde encontró al sargento Rob Roy, dedicado en ese momento a cambiar las placas de matrícula del coche del Director.

—¡Hola, Rob, buenos días y felices fiestas! —saludó Tony.

—¡Hola, muchacho, choca esa mano! —rubricó el sargento, que no había tenido hijos de su matrimonio y para el que estaba claro que ese muchacho español era el preferido de una promoción tan heterogénea—.

—¿A ti no te han dado vacaciones?

—Pues sí, como a todos, pero me aburro en casa y a veces me doy una vuelta por aquí por si encuentro algo que hacer. A mi mujer le estorbo todo el día dando vueltas sin saber en qué ocupar mi tiempo y está siempre deseando perderme de vista —chanceó sonriente.

—¿Sabes si el Director Mudford está en su despacho?

—¿Para qué quieres verle, chico, si no es indiscreción?

—Verás, hace ya ocho años que no veo a los padres y a los hermanos de mi madre que viven en Gales. Al morir mi madre, mi padre tomó la decisión de regresar a España y antes de partir de viaje para venir a Inglaterra me encomendó que les dijera a mis abuelos y a mis tíos que no los había olvidado y que sigue queriéndolos. Para mí es muy importante darles un abrazo, transmitirles los buenos deseos de mi padre y que me vean después de tanto tiempo, porque solo Dios y el Destino saben cuándo volveré a tener una oportunidad de reunirme con ellos, si es que la ocasión llega a producirse.

—Déjame intentarlo a mí. A ti te va a decir seguro que no, ya sabes que lo ha prohibido para todos los alumnos.

—No sabes cómo te lo agradezco, Rob.

—Nada chico, déjalo en mis manos. Ya he terminado de colocar la nueva placa de matrícula a su coche y he de decírselo, así que tengo una buena excusa para ir a verle. A ver si tenemos suerte.

El sargento desapareció escaleras arriba y dejó impaciente a Tony, que dudaba del éxito de la operación porque la prohibición había sido efectivamente general. Al llegar al despacho de Byron Mudford, que gustaba de tener siempre la puerta abierta de par en par, se cuadró militarmente y saludó en la forma reglamentaria:

—¡A sus órdenes, mi coronel! ¿Da usted su permiso?

—Adelante, Rob, pase usted y descanse. ¿Ha puesto ya las nuevas placas de matrícula de mi automóvil?

—Sí, mi coronel, han quedado perfectas, incluso las he ensuciado un poco para que no parezcan recién instaladas.

—Gracias, sargento, está usted en todo. ¿Alguna cosa más?

—Pues sí, mi coronel, hay una petición que desearía formularle...

—¿Usted con una petición, Rob? Qué raro... si este mes solo habrá hecho un par de docenas... —saturizó el Director de *The Half*—.

—Me reconocerá mi coronel que la inmensa mayoría de ellas son para la mejora del servicio, señor —se defendió Rob Roy—.

—Bueno, bueno, dígame de qué va el tema y ya veremos, sargento.

Rob le expuso el problema. La intención del muchacho de ir a Gales era muy natural y decía mucho de la bondad de su carácter por querer pasar unas horas visitando a su familia en lugar de dedicarse a hacer el zángano por los *pubs* y lugares de diversión de Londres. Él respondía de la discreción del alumno para que la cosa no trascendiera ante sus compañeros, con lo que la disciplina del Centro no sufriría merma alguna. Puso toda la carne en el asador pero el circunspecto semblante de Mudford no auguraba nada bueno.

—Lo siento, Rob. No puedo concederle lo que me pide. La norma es para todos y no se deben hacer excepciones.

—Lo comprendo, señor, no obstante...

—Basta, sargento. Queda denegada su petición. Es todo. Puede retirarse.

Rob saludó marcialmente como era su estilo e inició apesadumbrado el camino hacia la puerta del despacho. Le dolía tener que darle la mala noticia al muchacho. Si él estaba allí para solucionar los problemas pequeños y grandes que le plantearan los alumnos, era como si le estuviera fallando a Tony cuando hasta ese momento no le había pedido nada, a diferencia de alguno de sus compañeros, que no paraban de darle la lata con todo género de tonterías. Pensó en recordarle al Director que este alumno era uno de los encargados de preparar la fiesta de Fin de Año y que se merecía la autorización que pedía, pero cuando Mudford decía que no, era que no. De repente, se paró en seco y, como habiendo recordado algo, se dirigió hacia su superior para decirle:

—Disculpe mi atrevimiento una vez más, señor. ¿Recuerda usted al alumno Lawrence Beresford, de la promoción de 1927?

Mudford se incorporó lentamente de su asiento y el semblante se le fue mudando a blanco como la hoja de papel que tenía sobre el escritorio y que esperaba su firma. Le volvió la espalda a su subordinado para evitar que se diera cuenta de su turbación y encaró la ventana que daba a la calle, sin ver la vida que transcurría por ella sin detenerse. Sus pensamientos volaron a la

promoción de alumnos de cuatro años antes, tan solo un año después de aquel en que, cumpliendo órdenes, se había incorporado como director a *The Half*.

“Por aquel entonces, el sargento Roy ya era un veterano en esta institución —recordó el Director—. Entre los alumnos de aquel momento se encontraba efectivamente el bueno de Larry C. Beresford, un muchacho ejemplar que tuvo durante su período de entrenamiento lo que se llama un tropiezo de los gordos, una metedura de pata de las que hacen época. Era de general conocimiento entre los profesores del Centro que Larry procedía de una familia de rancio abolengo castrense. Efectivamente, era descendiente por línea directa del general William Carr Beresford, que llegó a gobernador de Buenos Aires, colonia inglesa durante un corto período de tiempo a principios del Siglo XIX. Lamentablemente carecía de amor por la milicia, por lo que sus inclinaciones no le llevaron a incorporarse a filas y optó por ingresar en el *Diplomatic Service* del *Foreign Office*. Cuando fue reclutado para *The Half* estaba sirviendo como tercer secretario en la embajada británica en Tokio, un puesto de poca importancia, pero hay que considerar su juventud y su escasa experiencia en el servicio. Y eso que varios significados miembros de la familia hubieron de recurrir a poderosas influencias en las altas esferas del Ministerio para evitar que los comienzos de su carrera los desempeñara en algún oscuro país africano, con malaria, dengue y demás porquerías.

Su paso por *The Half* podría suponer un buen ascenso en su carrera, pues le acabarían encargando seguramente importantes labores de investigación en países que se decían afectos al Reino Unido, pero que nuestra nación considera de “*amistad vigilable*” —continuó reflexionando Mudford—. Soy consciente de que en todo momento se le consideró por los profesores de este Centro como un alumno aplicado, incluso brillante, plenamente dedicado a la instrucción impartida, que le motivaba hasta el extremo de evitar las distracciones en que se ocupaban algunos compañeros durante sus ratos de asueto.

Sin embargo, un mal sábado por la noche acompañó a otro de los alumnos, un argentino tarambana que atendía por Alfredo Sitwell, hijo de un acaudalado industrial británico afincado en aquel país desde tiempos inmemoriales. Empezaron bebiendo cerveza en lóbregos *pubs* y acabaron dirigiéndose al barrio del Soho en City of Westminster para recalar en una deleznable casa de prostitución en Broadwick Street. Allí se encaprichó de

una fulana de rasgos acusadamente orientales y origen indostaní, según supe más adelante, que los introdujo en una partida de póker dominada por el proxeneta que regía la casa y en la que Alfredo Sitwell perdió hasta la camisa. No contento con eso, Sitwell siguió jugando a crédito y, borracho como estaba, no se dio cuenta de las maniobras y las trampas del chulo, con lo que llegó a perder diez mil libras. Amparado en la teórica fortuna de su padre, le pidió a Larry que le extendiera un pagaré por esa cantidad que le devolvería al día siguiente, en cuanto abrieran los bancos y antes de que fuera presentado al cobro. Pero los bancos abrieron y Sitwell no volvió a aparecer nunca, ni siquiera por *The Half*. Larry no disponía de reservas en su banco para responder del pagaré, con lo que el escándalo para su familia y su apellido estaba servido, con independencia de que el chulo se cobrase en sangre lo que no iba a cobrar en dinero de curso legal.

El sargento Roy me contó que Larry, abrumado, se sinceró con él y el suboficial temió que hiciese alguna tontería que no tuviera remedio. En veinticuatro horas, el pagaré, roto en dos pedazos, estaba en el bolsillo de Larry, que nunca supo cómo el sargento había conseguido hacerse con él. Yo sí llegué a conocer la verdad: Roy, tan inofensivo como parece, perteneció en su juventud al Tercer Regimiento de los *Gurkha Rifles*. Desde su llegada a Nepal como adiestrador británico de esos feroces guerreros, los guió en las campañas de Birmania y Afganistán y creó una escuela de instrucción que todavía hoy se recuerda. Nadie en el ejército *gurkha* del Norte de la India ha olvidado al sargento mayor Roy, que podía haber prosperado hasta alcanzar el grado de oficial en Oriente por méritos de guerra, pero que tuvo que regresar a la metrópoli por grave enfermedad de su esposa, la buena de Dorothy. Y todo el mundo en el ejército británico sabe que, en los momentos de apuro, los temibles *gurkhas* son una piña, dispuestos a todo para defender a un compañero.

Roy había tenido noticias sobre la estancia temporal en el Reino Unido de cuatro sargentos *gurkhas* que habían servido a sus órdenes en Birmania. Consiguió averiguar que estaban perfeccionando sus tácticas de comando en un cuartel llamado *Helles Barracks*, en la localidad de Catterick Garrison, al Norte de Inglaterra, concretamente en North Yorkshire. Ni corto ni perezoso, jugándose su carrera para salvar el honor del alumno, tomó prestada sin la debida autorización una ambulancia militar del cuartel de caballería de St John's Wood y salió disparado hacia Catterick Garrison, de donde volvió con

los cuatro sargentos *gurkhas*. Me hubiera gustado ver la cara que ponía el chulo del Soho cuando viera sobre su garganta los cuatro cuchillos curvos *khukuri* que siempre llevan los *gurkhas*.

Terminado el lamentable episodio, recuerdo que el sargento Roy se personó en mi despacho y, tras saludarme con la marcialidad que tiene por costumbre, me dijo: “Mi coronel, su sobrino está fuera de todo peligro”. Todavía no he logrado averiguar cómo supo que era el sobrino predilecto de mi mujer, hijo de su hermano Arthur, porque me consta que Larry nunca se lo dijo”.

— Sargento —cedió por fin el coronel —dígame a su defendido que este tribunal le concede permiso para visitar a sus familiares de Gales, con tal de que guarde la debida discreción.

—Muchas gracias, mi coronel. Así lo haré.

—¡Y estamos en paz, sargento! Favor por favor.

—Gracias, señor, muchas gracias. ¡A las órdenes de mi coronel! —dijo Rob dándose la vuelta y desapareciendo a través de la puerta abierta. A la memoria le vino aquella ocasión, ya hacía cinco años, en que su superior el Director Mudford le encargó unos certificados de nacimiento de sí mismo y de su distinguida esposa, de soltera Alexandra Carr Beresford.

CAPITULO 12°. Leche caliente con miel. 1931

La alegría que embargó a Tony al comunicarle su intercesor que podía ir a visitar a su familia galesa no tuvo límites. Estrechó efusivamente la mano del sargento al tiempo que le manifestaba su agradecimiento sin parar. Roy lamentaba en el fondo tener que recurrir al golpe bajo que suponía haberle

recordado a su superior que le debía un favor y que aquel era precisamente el momento en que deseaba que se lo devolviese.

“De todas maneras —pensaba —no se puede quejar el coronel con el intercambio de favores. Bastante más riesgo corrí yo para salvar al sobrino de su mujer, por muy buen chico que éste fuera. Todavía recuerdo el compromiso en que puse al cabo Liam “*Junior*” Wright, que estaba al mando de la ambulancia del cuartel de St John’s Wood utilizada en la operación. Tuvo que decir que se la llevaba a cambiarle el aceite y a revisarle el carburador en el parque móvil de Southwark porque estaba dando problemas desde la última salida que había hecho. El caso es que con aquella actuación nos jugamos el careto el propio *Junior*, los cuatro jodidos gurkhas y yo mismo. ¡Qué huevos le echamos! Si nos llegan a coger nos montan un consejo de guerra y se nos cae el pelo. Y no quieras saber lo que hubiera pasado si Dorothy se entera... Menos mal que, una vez fuera del cuartel, cuando guardias y policías veían a una ambulancia militar con luces y sirenas solo pensaban en abrirle pronto paso”.

—Rob, lamento dejarte un poco tirado con la fiesta de Fin de Año porque no volveré en dos días —se disculpó Tony—.

—No te preocupes, os dije que ya contaba yo con que no me ayudaríais mucho ni tú ni tu compañero Adrian, el italiano. Cuando vuelvas de Gales, me echáis los dos una mano para ver si aportáis alguna idea nueva y en paz.

—Gracias otra vez, y ahora me voy a acercar a la oficina de telégrafos más próxima para anunciar mi llegada a los abuelos. Hasta mi vuelta.

—Ten cuidado, chico, y sé discreto que he empeñado mi palabra por ti ante el Director.

—Descuida, Rob.

El telegrama que puso acto seguido Tony rezaba: *Dirección: Timothy Sappington, Esq., Nantyglo Road, Abertillery, Blaenau Gwent, Gales. Texto: Llego hoy 27, tarde. Abrazos. Tony Martin.* Regresó a casa y, como April no tenía vacaciones y estaba en la fábrica de uniformes, le dejó una nota explicando su viaje y diciendo que regresaría dos días después. Hizo con premura la maleta metiendo un par de mudas y lo más indispensable y se dirigió a la estación de Paddington, donde adquirió un billete para el primer tren a Newport, con regreso el día 29 por la mañana. El viaje lo pasó contemplando los bucólicos paisajes de la baja Inglaterra y Gales, pensando en el recibimiento que le esperaba en la casa que tanto frecuentó en su

infancia, en la que nació y fue tan feliz.

Sus primeros recuerdos eran más o menos de la época en que tendría cinco años, año arriba, año abajo. Aquellas Navidades, como cada año, volvieron desde Cardiff a casa de los abuelos las dos familias que habían optado por vivir en la capital del principado, la suya y la de Raymond y Elissa con la pequeña Martha, su prima, con la que se llevaba muy bien, aunque era algo mandona. Sí, debió ser en 1913, por lo que le contaron sus padres.

Recordaba especialmente que aquel año hizo un frío terrible en Abertillery, con lo que su padre y su tío Raymond no paraban de cortar leña para la chimenea y la cocina. Incluso se acordaba de que una tarde hicieron una especie de competición para ver quien cortaba más leña en menos tiempo y de cómo se puso de contento cuando el montón de su padre superó con creces al de su tío que, a pesar de todo, lo tomó con bastante buen humor, aunque tuvo que pagar en el pub del pueblo las dos pintas de exquisita cerveza de Wrexham que se tomó su padre entre las risas y chanzas de los parroquianos que llenaban el local, en su mayor parte obreros de las minas próximas.

“A pesar de que padre no había trabajado en una mina desde que aceptó presidir el sindicato de mineros —cavilaba Tony —todavía estaba muy fuerte, siempre lo había sido, y era curioso ver como aquel fortachón trataba invariablemente a mi madre con gran delicadeza y un cariño reverencial. Se veía que vivían el uno para el otro y en la familia gastaban bromas sobre este ensimismamiento mutuo, aunque esto lo supe mucho más tarde. De aquel frío invierno guardo el recuerdo de dos horribles gorras que nos regaló el abuelo Timothy a Martha y a mí. Todavía tengo delante la imagen de aquellos espantosos protectores para el frío y la nieve. Eran como la clásica gorra con la que siempre se ha representado a Sherlock Holmes y tenían unas orejeras que se ataban por encima de la cabeza con una pequeña hebilla. Cuando las bajaban nuestras madres para evitar que nos salieran sabañones en las orejas, Martha y yo protestábamos lastimeramente, pero no servía de nada. Si queríamos salir a la calle o al jardín y al huerto, teníamos que lucir aquel ridículo aspecto que, curiosamente, a los mayores les parecía de lo más adecuado.

Otros recuerdos que me vienen a la cabeza son los de las tías Bonnie y Eliona. De las dos, mi preferida siempre fue la tía Eliona, no solo porque era

mucho más guapa, sino porque me trataba con un cariño especial y se empeñaba en enseñarme a tocar el arpa galesa, hasta que tuvo que renunciar dadas mis nulas habilidades musicales. La tía Bonnie, que vivía en Cardiff con los tíos Raymond y Elissa, adoraba a Martha y además se le notaba mucho, pero curiosamente nunca me sentí celoso con aquella predilección. Hacía unos pasteles de riñones succulentos y en Pascua nos preparaba unas galletas de mantequilla muy apetitosas que los mayores tomaban con el té. Las galletas para Martha y para mí las hacía con formas de animales, para lo que se hizo con unos curiosos moldes de hojalata en el mercado de Cardiff, al parecer obra de un viejo hojalatero de Tongwynlais que trabajaba para algunas minas de carbón haciendo faroles, cantimploras y tarteras, con lo que se ganaba muy bien la vida, según me contó tía Bonnie años más tarde. Era una gran cocinera y el abuelo la añoraba mucho cuando regresaba a Cardiff. Nadie como ella hacía las albóndigas de hígado y el clásico estofado galés “*tatws pobdu*”, con el que conseguía que oliera maravillosamente toda la casa.

Cuando cumplí los siete años empecé a pensar que todas las niñas eran tontas y sus juegos más bien estúpidos e insulsos, por lo que el abuelo, para que no me aburriera, me regaló una bonita caña de pescar. En las vacaciones de verano nos íbamos los dos con nuestros morrales, que llevaban el almuerzo preparado por la abuela Sarah, y una cesta para guardar los peces que pescáramos. Desde el momento en que comprábamos los gusanos para el cebo en la tienda de “*Fat*” Nicholas, todo era la mar de divertido, como decía yo de niño. A la vuelta a casa, el abuelo siempre aseguraba que la trucha más gorda la había pescado yo, aunque la hubiera cogido él. Todavía recuerdo el olor que despedía su pipa, a veces no demasiado agradable pues el tabaco era un lujo y solía comprar del más barato. Aún no consigo explicarme cómo no espantaba a los peces con aquella peste. Siempre me dijo que no fumara, que era un vicio horrendo, pero él nunca lo dejó, a pesar de los reproches de la abuela. Mi padre gustaba de visitar las tiendas de tabaco en Cardiff y en Navidad, a los pies del árbol, nunca faltaba el paquete de oloroso tabaco para pipa, en ocasiones holandés o turco, que llenaban la casa de un aroma muy especial y que siempre identificábamos como del abuelo.

También recuerdo cómo ayudábamos Martha y yo al abuelo en su pequeño huerto cuando éramos algo mayores, especialmente en verano. A pesar de su edad, el abuelo se cansaba menos que nosotros y recogía las

cebollas, las remolachas, los calabacines, los puerros y las zanahorias más rápidamente que nosotros que, como niños de ciudad, no estábamos acostumbrados a semejantes esfuerzos y nos costaba doblar el espinazo. La tía Bonnie le regañaba al abuelo diciéndole que a Martha se le estropearían las manos y nunca llegaría a ser una verdadera señorita, pero a ella y a mí nos gustaba mucho trabajar el huerto y a partir de los doce o trece años ya las niñas no me parecían tan tontas. De hecho, algunas chicas de las familias próximas se acercaban a jugar con Martha y nos ayudaban también en el huerto, cosa que posiblemente no harían en sus propias casas. Había una muchacha casi tan alta como yo que se llamaba Pamela, pelirroja como mamá y que me gustaba mucho. Martha me dijo que yo también le caía muy bien a ella, pero la cosa no pasó a mayores porque los veranos siguientes se marchó con su abuela, que vivía en Swansea.

Bastantes años después, cuando vivíamos en la Puebla de Don Fadrique, padre me bromeaba asegurándome que la primera chica con la que me había ido a la cama se llamaba Juliette y ocurrió una Navidad en casa de los abuelos. La inocente realidad fue que, cuando yo tenía apenas dos meses y mamá seguía en Abertillery bajo los cuidados de la abuela vino a visitarnos una antigua amiga suya del pueblo, que traía en brazos a su pequeña de mi misma edad más o menos y, para que descansara, la metió en mi cuna que era suficientemente grande para los dos. Lo gracioso del tema es que la abuela Sarah, bastante religiosa, se preguntó si aquello estaría bien y no se le ocurrió otra cosa que poner las dos cabecitas una para la cabecera y otra para los pies de la camita, con lo que, al parecer y según la versión de padre, se quedó más tranquila”.

Con todos estos recuerdos y algunos otros, el viaje se le hizo realmente corto y, al llegar a Newport, tomó un autobús bastante traqueteado que utilizó casi una hora en recorrer las dieciocho millas que separaban a Abertillery de la ciudad que compartía con Cardiff y Bristol el canal que lleva el nombre de ésta última ciudad. Era el clásico autobús que paraba en todos los pueblos, dejando y tomando pasajeros y la paquetería ordinaria.

La llegada a Abertillery provocó que se le agolparan en su mente todas las imágenes del pueblo que no visitaba desde hacía ocho años. Todo seguía más o menos igual. Era una villa pequeña, de gente humilde, la mayoría mineros en activo o jubilados que no podía gastar dinero en repintar frecuentemente las fachadas de sus casas o cambiar los herrajes maltrechos

de sus cercas, por más que lo necesitaran desde hacía tiempo. Nadie lo reconoció, como era natural, pues él solo visitaba el lugar en las vacaciones de verano y Navidad y se fue de allí siendo un muchacho. Le pareció reconocer a Emerick, un amigo de su pubertad, en el propietario de un pequeño carrito con el que distribuía hortalizas frescas a los vecinos que se las encargaban y las facturaba también en el autobús de Newport, pero no estaba seguro y no se atrevió a dirigirse a él. Como el equipaje era ligero inició andando el camino de la casa de los abuelos. Quería verla desde lejos y notar cómo crecía al aproximarse, apreciando mejor a cada paso los detalles que recordaba desde niño que le daban carácter y que la diferenciaban de las del entorno. Al poco, vio a lo lejos una figura delante de la casa que oteaba el camino como esperando a alguien. Era el abuelo que, impaciente, salía a cada momento anhelando ver a su nieto, el que se marchó y que no esperaba volver a ver fácilmente porque su padre no pudo soportar el dolor de seguir contemplando cada día lo que los ojos de su querida pelirroja ya no compartirían con él. La imagen le recordó a Tony la escena del padre misericordioso que esperaba cada día la vuelta del hijo pródigo y que describe el evangelista Lucas de forma tan conmovedora.

Tony levantó el brazo y saludó agitando con brío la mano, a lo que la figura respondió nerviosa con el mismo gesto, si bien la mano se prolongaba en un bastón que el anciano empuñaba y que el muchacho nunca le conoció. Entonces la ternura envolvió a Tony, que no pudo resistir la tardanza que supondría seguir andando y no abrazar al abuelo Timothy cuanto antes, por lo que soltó la maleta y echó a correr con todas las fuerzas de que era capaz. Ya solo faltan diez pasos, es el abuelo, qué mayor está, cinco pasos, bendito abuelo, ya tiene que usar bastón... Se fundió materialmente en un apretado abrazo con su abuelo, que lloraba a moco tendido de pura felicidad, tratando inútilmente de alcanzar un ajado pañuelo que fue blanco en algún momento y ahora ya amarilleaba de puro viejo. Pero su nieto no lo soltaba y, a pesar de ser un hombretón mayor que su padre y que Raymond, también pudo ver que lloraba, con lo que ambos hombres tuvieron que esperar unos minutos para serenarse, no querían que la abuela Sarah, que ya salía por la puerta corriendo con sus pasitos cortos, los viera de aquella guisa mientras se unía a ellos en el mismo latido, ahora de tres corazones que se amaban profundamente y que se añoraban desde el preciso instante en que un destino inicuo y arbitrario tuvo a bien separarlos.

Pidió a los abuelos que le dejaran regresar al camino, a por su maleta, no se le fuera a olvidar. Al regresar con ella segundos después pudo ver como salía de la casa su prima Martha, la hija de Raymond y Elissa. Se había convertido en una real moza, alta, gallarda y elegante. “Buen trabajo, tía Bonnie”, pensó el asombrado primo. Era ligeramente mayor que Tony ya que él nació en octubre y Martha en el agosto anterior. Nuevo abrazo de dos primos que se querían y habían compartido muchos juegos, muchos momentos de alegría y otros de dolor, a pesar de sus pocos años. De nuevo el abrazo se multiplicó al unirse el tío Raymond y la tía Elissa y al poco los separaron la tía Bonnie y la tía Eliona pues, siendo las fiestas de Navidad, toda la familia se reunía de nuevo y ellas también ansiaban dar la bienvenida al sobrino. Todos sentían como si Betty estuviera revoloteando por encima de sus cabezas, convertida en invisible ángel, y cada uno de ellos notaba un nudo en la garganta que le impedía hablar. Fue la abuela Sarah, la más fuerte de la familia, la que rompió el sentido silencio.

—Ya solo falta nuestro hijo Oleg —declaró, mirando disimuladamente hacia arriba.

Fueron dos días maravillosos. Lo primero que hicieron al darle la bienvenida fue presentarle a su primo Tim, que Raymond y Elissa tuvieron hacía cinco años. El chico le saludó con la timidez propia de quien conoce a un pariente por primera vez, sin tener todavía con él la confianza y complicidad que demostraba el resto de la familia. La cena fue muy divertida, recordándole todos anécdotas de su infancia, comentando las ropas que vestía y admirando las fotos que el tío Raymond le había hecho, generalmente en compañía de su abuelo o de Martha. Tony encontraba todo más pequeño de lo que recordaba, como pasa cuando vuelves a ver lo que viviste de niño.

—Abuelo, no veo tampoco este año el arado de Kyle Llywelyn debajo de la mesa —desafió bromista el nieto a su abuelo, ante las risas de Martha.

—Calla, calla... Ni lo menciones, Tony — atajó divertida la abuela Sarah.

—Nunca me dejó —se quejó falsamente apesadumbrado el abuelo, que también reía—. Ya sabéis todos quien manda realmente en esta casa. Cada Navidad el bueno de Kyle me lo vuelve a ofrecer alegando que tiene dos y que a él le basta con uno para su mesa. Yo creo que lo hace el muy bribón para chancearse a mi costa, pues sabe desde la primera vez que se lo pedí que

tu abuela no consentirá jamás semejante disparate, por muy tradicional que sea en el Gales rural. Es una pena. Seguro que nos lo pasaríamos en grande riéndonos de los que le dieran sin querer una patada al arado y se lamentaran de lo que dolía eso.

—Eres muy malo, abuelo. Como dice la abuela, te vas a condenar... — rió de nuevo Martha.

—Pero no nos has dicho qué estás haciendo en Londres, chico —le interpeló Raymond—.

—Pues sí, el cónsul británico en Granada me llamó y me dijo que, aunque el servicio militar no era estrictamente obligatorio para los jóvenes ingleses que residieran fuera de las islas, sería conveniente para ellos prestarlo y evitar así que fueran llamados a filas en sus países de residencia —tuvo que mentir a su pesar para no faltar a la discreción prometida—. Os confieso que para mí era una tentación que me permitía volver a Inglaterra durante unos meses, no perder de forma definitiva el contacto con mi país y quién sabe si el día de mañana me vendrá bien para cualquier cosa poder alegar que había cumplido con mi deber patrio aunque no me fuera estrictamente exigible. Y además siempre pensé que encontraría algún permiso que me permitiría volver a veros, después de tantos años.

Curiosa y entrañable sensación la de volver a acostarse en la cama que utilizó de niño. En la que cada noche su padre o su madre venían a arroparle. A veces la tía Eliona aparecía con un vaso de leche caliente con miel porque decía que ayudaba a dormir. Daría lo que fuera por volver a sentir el beso en la frente que le daba su madre como regalo añadido, pero eso no sería ya posible. ¡Qué pena que nadie hubiera inventado todavía la forma de guardar los besos en una cajita para usarlos cuando se necesitaran!

Al día siguiente, después de desayunar, como el tiempo se mantuvo fresco pero despejado, acompañó a su abuelo a dar un paseo. Intencionadamente enfilaron el camino que llevaba a Nantyglo y Blaina. El abuelo iba muy callado, se oía el apoyo continuo de su bastón en la calzada. Cuando el silencio comenzó a pesar, se dirigió a su nieto.

—Este era uno de los recorridos que hacían tu padre y Betty cuando se enamoraron y se hicieron novios. Recuerdo como si fuera ayer el día en que él le pidió permiso muy cortésmente para visitarla. Fue el día de la boda de tus tíos Raymond y Elissa. Tanto tu padre como tu madre se enamoraron nada más verse. Si existe eso que llaman flechazo, no dudes que fue lo que

les ocurrió a ellos y mantuvieron ese enamoramiento tan especial hasta el último día. A tu padre, a pesar de sus humildes orígenes, lo vimos siempre en la familia como a un auténtico caballero español por el trato que dispensaba a tu madre y a todos nosotros. Jamás dio el más mínimo problema, siempre aceptó el consejo que le procuramos cuando lo solicitó y cumplió con su trabajo como el primero desde que se alistó en la mina de Cwmtillery. Si alguna vez en el sindicato adoptó alguna decisión cuestionable, era tal el respeto que infundía que nadie osaba discutirla y al final, lo que en un principio no veían claro sus colegas, aparecía como lo más conveniente para todos. Era un hombre dotado de un gran sentido común, que aplicaba a todas las facetas de su vida.

La pérdida de tu madre fue terrible para todos. Te puedes imaginar lo que ha sido para tu abuela y para mí perder a una hija. Nadie debería pasar por el trance de perder a un hijo, no resulta natural. Todos esperamos que se vayan primero los más viejos, aunque la vida es a veces muy cruel, qué duda cabe. Hemos tardado mucho en superarlo, pero ahora ya lo hemos aceptado y lo vemos desde otra perspectiva, con más dulzura y menos dolor. Para tu padre fue todavía más difícil de superar. Vivió la tuberculosis que invadía poco a poco a tu madre con verdadera desesperación, llevándola de médico en médico y de sanatorio en sanatorio. Fue una verdadera tragedia. Desde entonces especialmente, tu abuela Sarah ha venido considerando a tu padre como un hijo más, y eso que nunca aprendió a decir su nombre completo.

—Padre conoce vuestro cariño, abuelo. Me ha encargado que os transmita el suyo y que sepáis que no os olvida. Mis abuelos de Loja murieron hace algún tiempo y solo le quedáis como familia vosotros y su propio hijo, naturalmente.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó el patriarca de los Sappington.

—Bien, muy bien. Como ya os conté por carta adquirió una talabartería en la Puebla de Don Fadrique, un pueblo de Granada, que no iba mal y que él ha mejorado y ampliado. Tiene dos empleados que le respetan y le aprecian por haberles dado trabajo y por el trato que les dispensa, tan llano y tan sencillo como siempre ha sido él. Y ahí tienes a un antiguo minero convertido en pequeño empresario del cuero y la piel. Ya casi ha olvidado su labor de dirección en la *Welsh Mineworkers Trade Union*, que tantos sinsabores y problemas, aunque también satisfacciones, le proporcionó y ahora provee de albardas, arneses y arreos en general a las caballerías de toda la zona. Incluso

los señoritos andaluces de Córdoba y Sevilla le encargan de vez en cuando las colleras y guarniciones para sus mulas y los equipamientos de sus berlinas, sus tálburis o sus calesas. No es un negocio para hacerse rico, claro, pero le da de comer a él y a dos familias más, que no está mal. Cada vez tengo más claro que mi padre es un superviviente, sabe adaptarse a cualquier situación y siempre sale adelante.

—Vaya, me alegro mucho por él, supongo que su nuevo oficio le mantendrá bastante ocupado y que le distraerá para olvidar los malos momentos.

—Si te refieres a mamá, no la ha olvidado nunca y jamás le he oído hablar de volver a casarse. Ojalá encontrara una buena mujer que le acompañara para tener una buena vejez.

—No solo para eso, hijo. Un hombre no está nunca bien sin la compañía de una mujer. Somos más dependientes nosotros de ellas que ellas de nosotros. La verdad es que cuando una mujer se queda viuda, al principio lo siente mucho y todo eso, pero al final todas “espuman”. Apréndelo por lo que te pueda afectar. Y a ti ¿Cómo te va, sigues de contable en aquella fábrica de especias que nos contaste por carta?

—Sí, abuelo y estoy muy contento. No tengo un mal sueldo y el propietario me tiene bien considerado, las cosas como son. Por cierto, que vendemos bastante a este país. Cualquier día me tienes destinado en Londres como representante de la marca, pero eso solo ocurriría si crecemos mucho en el futuro. Estamos en ello, pero todavía tenemos un tamaño mediano —se enorgulleció Tony de su empresa, en cuyo éxito había tenido él tanto que decir—. Como complemento, y porque me gusta, también doy algunas clases de inglés, que se está poniendo muy de moda últimamente en España y me las pagan bastante bien. Me sirven para permitirme algún capricho de vez en cuando.

Tras una buena caminata regresaron a la casa. El abuelo seguía teniendo buenas piernas para pasear aunque necesitara de la ayuda del bastón, la madera con la que se había tallado a aquel antiguo minero era seguramente más dura que la del propio cayado. Tony entró al salón en el que se encontraba sola su tía Eliona, dispuesta a sentarse un momento a tocar el arpa como paso previo a sentarse a la mesa preparada por la hacendosa Bonnie, que ya hacía tiempo que había dejado definitivamente Cardiff para regresar con los abuelos. Tony se acercó cariñoso a su tía Eliona y, haciendo acopio

de todos sus recursos de zalamería y lisonja le dijo:

—Tía, quisiera pedirte prestado algo para llevarme a Londres. Te lo devolvería en un paquete dentro de unos días...

Llegada la hora del almuerzo, Tony se imaginó que la abuela y Bonnie habrían preparado algo especial para celebrar su visita. Y así fue, el cordero galés, a lo que ya olía toda la casa, era un plato que a todos gustaba, y más si venía acompañado de la alegre salsa de menta, típica de la zona y tan apreciada en esas fiestas. Al ver semejantes manjares, al visitante se le alegró el semblante, pues le traía recuerdos emotivos de su infancia en aquel hogar.

—¡Como os lo agradezco, no he probado la salsa de menta desde que llegamos a España! Allí es imposible de saborear, los españoles le hacen muchos ascos cuando la menciono, al igual que a la cerveza templada y otras cosas que a nosotros nos gustan tanto. ¡Y con crema de guisantes, qué maravilla!

Además no faltaron los berberechos, unos simplemente hervidos y otros fritos con panceta y salchichas que tanto gustaban a su padre y que hicieron las delicias del muchacho. La sobremesa resultó especialmente entrañable. Se notaba el hueco que dejaron los que se marcharon, una para no volver y otros en busca de nuevos horizontes para restañar sus heridas, pero aquello seguía siendo una familia unida, ahora aumentada con la llegada del pequeño Tim. En un aparte, Raymond le preguntó a su sobrino:

—¿Sigues practicando la fotografía tal y como te enseñé, Tony?

—Por supuesto, tío. Siempre ha sido mi afición preferida, incluso he conseguido algo de dinero con ella, no demasiado. Hace algún tiempo me contrataron en un periódico de Granada, donde vivo, como reportero gráfico, cosa que debo compatibilizar con mi trabajo de contable en la fábrica de aceites esenciales y especias. Pero a veces puedo acompañar a algún periodista para aportar las fotografías que requiera su trabajo.

—¡Bravo, chico! ¿Y sigues teniendo la *Ensign* que te regalé?

—Por supuesto, es una gran máquina y la conozco a la perfección. Sé cuánto puede dar de sí y cuáles son sus limitaciones. Tal vez algún día me compre algo más completo, pero por ahora me sobra máquina.

—Si algún día quieres comprarte una buena máquina, te aconsejo que busques algo alemán. Están fabricando maravillas que, inevitablemente, superan con mucho a las nuestras. Tienes bastante para elegir, pero te aconsejo que busques una Zeiss Ikon o una Leica. Sus ópticas son, hoy por

hoy, imposibles de mejorar. Con cualquiera de ellas tendrás cámara para muchos años y te darán prestaciones más que sobradas para todo lo que necesites.

—Ya, pero supongo que costarán un dineral.

—Bueno, pero míralo como lo que es: una herramienta de trabajo. A mejor herramienta, mejor trabajo y menos tienes que esforzarte tú. No hay nada peor que trabajar con malas herramientas. Otra cosa, hay algunas revistas para las que estoy colaborando muy esporádicamente porque estoy muy ocupado, pero que seguramente pagarían bien tus fotos de la flora o la fauna andaluza, tal vez te pueda interesar, reciben fotos de todo el mundo pero solo pagan por las que acaban publicando.

—Puede ser interesante, aunque solo sea como distracción, o para hacer un pequeño fondo con el que comprar una de las cámaras alemanas que me recomiendas.

—Pues apunta, para el tema de la flora te puedes dirigir a *World Flower Magazine*, de Londres, y para la fauna a *Near Wildlife Photo*, de Manchester. Cualquier cosa de pájaros raros te la publican seguro. En este país hay verdadera pasión por las aves de todo tipo, con asociaciones de observadores por toda la nación, capaces de pasar largas jornadas bajo la niebla y el frío con tal de avistar a determinado pajarraco. Luego te daré las direcciones de ambas.

Ah, otra cosa quería decirte. Bastante a menudo me cruzo por la calle con Bernie Pursey, que sucedió a tu padre al frente de la *Welsh Mineworkers Trade Union* de Cardiff. Al parecer no lo está haciendo del todo mal, pero me asegura que se acuerdan mucho todavía del combativo *Armada*. Díselo cuando vuelvas a España, le dará gusto saber que ha dejado buen recuerdo.

—Descuida, tío Raymond, así lo haré.

La tarde transcurrió suavemente, con toda la familia alrededor de la chimenea y Eliona interpretando en su arpa viejas canciones galesas y navideñas que a todos gustaban. En un rincón lucía el árbol de Navidad que Martha había adornado con verdadero buen gusto. En un momento dado, vacías y abandonadas las tazas del té de Pembrokeshire que tanto gustaba a la abuela y que por su precio solo se servía en las grandes ocasiones y perdida ya la luz de la tarde, pues la noche irrumpía en el valle prontamente durante el invierno, Tony se abrigó y salió al jardín a estirar las piernas. Al momento, se abrió de nuevo la puerta y salió la tía Eliona, que cogió cariñosamente a su

sobrino de la mano como cuando era pequeño.

—Nos has hecho el mejor regalo de esta Navidad al venir a vernos, Tony. Nadie quiere decirlo por no ponerse triste, pero todos os echamos mucho de menos, tanto a ti como a tu padre. Vuestra partida, aunque comprendimos los motivos, ha supuesto una verdadera herida en el alma colectiva de esta familia.

—Nosotros también os añoramos, tía, pero la vida sigue y hay que adaptarse, no tenemos más remedio. Debéis comprender que mi padre no podía seguir aquí, se habría vuelto loco. Y yo era un niño que debía y quería seguirle.

—Tienes razón. Háblame de él. ¿Cómo ésta? —el interés de Eliona era evidente.

—Ya empieza a superarlo. Ha pasado mucho tiempo pero, como le he dicho al abuelo, el dolor y el recuerdo le mantienen su corazón cerrado por ahora a cualquier nueva relación y eso que en el pueblo en que vivimos no le faltarían candidatas. Todavía tiene muy buen porte, se encuentra plenamente activo a sus cincuenta y tres años y está entusiasmado con la empresilla que ha comprado, le va bastante bien.

—Tony, tú ya eres mayor y puedes comprender cosas que antes no habrías entendido. Te voy a hacer partícipe de una confidencia, un secreto que guardo para mí como si fuera un tesoro desde hace muchos años. Cuando en 1906 tu padre apareció por primera vez por esta casa con aquellos dos amigotes españoles tan simpáticos y comilones para unirse a la fiesta de la boda de tu tío Raymond, tu madre lo vio aparecer por la puerta y me ganó por la mano, con aquella deslumbrante cabellera pelirroja que lucía. Es cierto que tu padre solo tuvo ojos para ella desde aquel momento, pero yo también quedé prendada de él y nunca he conseguido quitármelo de la cabeza, tan delgado, tan moreno, tan fuerte y tan interesante, con aquella galanura que derrochaba, tan española como poco inglesa y con aquel dominio de sí mismo que solo acabó rindiendo ante tu madre. Desde que vi a Betty cautivada, renuncié a él. Nunca quise ir a vivir con vosotros a Cardiff, como hizo la tía Bonnie para ayudar a Elissa, no habría podido resistirlo y alegué que me encontraba muy bien soltera y que quería cuidar a tus abuelos mientras que éstos me necesitaran.

—Nunca pude sospecharlo, tía Eliona, y estoy convencido de que mi padre tampoco.

—Siempre lo oculté. Aparte de que los hombres sois por lo general muy tontos y no os dais cuenta de estas cosas. Tal vez tu madre lo pudo sospechar alguna vez, pero no podría asegurarlo. Jamás di motivos para ello ni le guardé el más mínimo rencor, era mi hermana y yo la adoraba. He guardado silencio durante años y nadie en casa lo ha sabido nunca. Solo tú eres depositario desde hoy de este secreto y sé que me lo guardarás porque siempre has sido mi sobrino preferido y me consta que yo siempre he sido tu tía favorita, ¿me equivoco?

—No tía, no te equivocas. Desde pequeño.

—Pues bien, Tony —la tía Eliona se puso bastante seria —este secreto debe quedar para siempre entre tú y yo. Sin embargo, si alguna vez tu padre considera la posibilidad de volver a casarse y piensa en mí aunque sea mínimamente, debes decirle, ahora que ya Betty no se encuentra entre nosotros y que Bonnie puede cuidar de los abuelos tan bien o mejor de lo que yo lo haría, que nunca he querido a nadie más que a él y que siempre estaré dispuesta, si él me acepta, a acudir en su ayuda, aunque eso me suponga desplazarme a un país como España, del que lo desconozco todo, empezando por el idioma. ¿Te acordarás cuando llegue el momento?

—Por supuesto, tía Eliona —aseguró Tony con la gravedad que requería semejante revelación—. No concibo a nadie mejor que tú para acompañar a mi padre en su vida. Descuida que, si estuviera en mi mano porque algún día me pidiera mi opinión, solo tendría palabras para que pensara en ti.

Esa noche, tía Eliona volvió a llevarle un vaso de leche caliente con miel a la cama y Tony durmió como si fuera un niño.

CAPITULO 13°. Auld Lang Syne. 1931

Tras despedirse de la familia, con la natural tristeza y los abrazos cariñosos de todos, salió temprano para coger el primer autobús hacia Newport. Quería llegar pronto para ayudar al sargento Roy en los preparativos de la fiesta de Fin de Año, para la que solo faltaban dos días. Como le sobraba algo de tiempo, se acercó a un pequeño bazar que alguien avisado había abierto junto a la parada del autobús y buscó algo para llevar a la pequeña Vera. Encontró enseguida una diminuta muñeca de cartón y trapo con un colorido y un encanto tan ingenuos que le prendó de inmediato y la compró. Antes de subir al coche se le acercó un muchacho con ropas de trabajo y dirigiéndose a él le dijo:

—Perdone, ¿es usted acaso Tony Martin, de Cardiff?

—Y tú eres Emerick, que jugaba conmigo cuando éramos unos críos, ¿me equivoco? —certificó Tony, corroborando la primera impresión que le produjo su interlocutor a la llegada en el autobús que le trajo desde Newport.

—Pues sí, es cierto. ¿Cómo estás, muchacho? Choca esa mano —le conminó alegremente el distribuidor de frutas y verduras, alargando una manaza áspera y calluda, llena de afecto.

—Pues ya ves. Como te dijo mi abuelo hace años cuando te acercaste

preguntando por mí, según me ha contado, me fui a vivir a España, con mi padre. Otras tierras, otra vida bastante diferente.

—Vaya, supongo que me alegro por ti, aunque sentí lo de tu madre, siempre fue muy cariñosa conmigo y nos daba unas meriendas estupendas cuando ayudábamos en el huerto.

—Ya veo que te has dedicado a la agricultura. Eso está muy bien.

—Sí, bueno, las cosas vienen como vienen. Murió mi padre y hube de hacerme cargo de la casa, las tierras, mi madre y mis dos hermanas pequeñas. Pero no me quejo, me va bastante bien y posiblemente me case este año. Cualquiera día me ves convertido en un gordo empresario importando verduras de tu nueva patria. Pero chico, sube al coche que se va y te quedas en tierra...

—¡Adiós, Emerick, me ha alegrado mucho verte!

—Lo mismo digo, Tony, espero que volvamos a vernos algún día.

—Así lo espero, adiós... —exclamó Tony desde el pescante del autobús que ya se alejaba—.

El encuentro con el bueno de Emerick fue el broche de oro de su visita. Era agradable que lo recordaran a uno tantos años después de haber abandonado Gales y, por lo que atañía a su familia, todos estuvieron cariñosos y encantadores. ¡Qué buen idea había sido acercarse a visitarlos! A su padre le iba a entusiasmar cuando le hablara de ellos y le dijera cómo se acordaban de él y lo echaban de menos. Y cómo le había asombrado el amor secreto que tía Eliona le había reservado, sin permitir que otro hombre ocupase sus sentimientos y su vida. Nunca se habría imaginado una historia así, un sacrificio semejante durante tantos años y que todavía mantuviera encendida la llama de ese amor juvenil por su padre.

“¡Menudo éxito —pensaba Tony— el que tenía y sigue teniendo con las mujeres, sin pretenderlo ha resultado todo un Don Juan! La verdad es que, en mi modesta opinión nadie mejor que la tía Eliona para que mi padre volviera a enamorarse y ser feliz. Es una buenísima persona, guapa de verdad, se conserva estupendamente a su edad y sigue estando loca por él. ¿Qué más se puede pedir para vivir acompañado y arropado por la felicidad que podría ofrecerle? Habría que hacer algo en este sentido aunque sin faltar a la palabra de discreción que he empeñado. No es bueno que mi padre siga mucho tiempo solo. Mi madre no lo habría querido y seguro que habría bendecido una unión como ésta. Ya veremos”.

Al llegar a Londres se fue directamente con la maleta hacia *The Half*. No tenía sentido ir hacia Garford Street porque April estaría trabajando en la fábrica de uniformes y Vera seguiría con sus tíos hasta que volviera su madre. Nada más verle aparecer, Rob Roy le estrechó la mano y le dijo que los preparativos para la fiesta estaban casi ultimados. Acababa de enviar a Adrian Dawson, *el italiano*, como le llamaba el sargento, a comprar guirnaldas de adorno, confeti y serpentinas para animar la velada.

—Me temo que tu compañero es un poco inútil, no ha sido capaz de encontrar una tienda donde vendan gorros, narices de pega y demás artículos de broma para completar el *atrezzo*. Estoy empezando a pensar que cuando entra en un comercio con su vistosa cabellera negra y su dulce acento italiano, las dependientas se vuelven tontas de remate. Incluso me ha dicho que se ha visto obligado, ¡tendrá caradura!, a cantar unas canciones napolitanas con vibrante éxito, según él. Me parece que ese *casto divo* ya ha comenzado con la juerga de pasado mañana. Así que, toma algo de dinero y a ver si tú resultas más espabilado y encuentras esos gorros y otras tonterías.

Mientras tanto, yo prepararé el gramófono y los discos bailables que harán falta para el evento. El tema de la comida y la bebida ya está solucionado. Nos la traen del cuartel de caballería de St John's Wood, curiosamente de donde hace años tuve que tomar prestada una ambulancia por una necesidad que podríamos denominar “asunto de Estado”. Al parecer han suprimido la pequeña fiesta que tenían preparada al haberles tocado hacer de guardia toda la noche por si se producen disturbios, así que nos regalan lo que tenían preparado, a eso le llamo yo tener suerte, y a la gestión del Director para aprovechar el condominio, una obra maestra, Dios le bendiga.

Tony se apresuró a abandonar al charlatán Rob y recorrió el barrio, preguntando aquí y allá hasta que un repartidor de periódicos le dio razón de una tienda que se llamaba *The Witch* (La Bruja), donde vendían todo tipo de artículos de broma, en Poplar High Street, junto a la iglesia vieja de St Matthias. Se dirigió hacia allí y, efectivamente, a mitad de la calle aproximadamente pudo ver el rótulo de la tienda que rezaba *The Witch Joke Shop*. Era una especie de anárquico almacén bastante antiguo, con los dos pequeños escaparates abarrotados de estrambóticos artículos de broma. Le atendió un viejo dependiente, probablemente el propietario, que resultó un hombrecillo simpático y atento. Salió de allí con todo tipo de artículos para que a nadie en la fiesta le faltara un gorrito, una nariz de cartón o un parche

de pirata para un ojo.

Entre unas cosas y otras se le fue la tarde. Dejó a cargo del sargento el producto de su compra y lo poco que sobró del dinero entregado y, antes de que le volviera loco con sus peroratas, agarró su maleta y salió disparado para Garford Street, no sin antes prometerle que volvería al día siguiente para acabar de preparar la especie de kermés que Rob Roy entendía como fiesta para despedir el año. Al llegar a la casa de su patrona, utilizó su propia llave para abrir porque nadie respondía a la llamada y, al ver que no había sido habitada durante todo el día, se apresuró a dejar la maleta y encender las fuentes de calor de la casa con leña de la que April tenía apilada en el cobertizo del jardín que se utilizaba como leñera. Quería que, al llegar cansada de su trabajo, encontrara el ambiente más cálido y apacible posible. Para completar el cuadro, encendió la cocina con algo de leña y carbón y calentó algunas sobras del día anterior guardadas en una especie de fresquera del patio trasero, que daba al Norte y resultaba, más que fresco, helador en aquella época del año. Luego preparó una abundante y apetitosa ensalada y batió unos huevos para hacer unas tortillas de queso en el último momento.

Casi no le dio tiempo a terminar la cena y preparar la mesa en la cocina porque ya se oían las voces alegres de Vera y su madre despidiéndose de Louise y de Derek, que saludaban desde la casa de enfrente. Bajo la servilleta de Vera colocó la pequeña muñeca que esa mañana le había comprado en Abertillery. Al entrar y ver luces encendidas, al tiempo que notaba el calor agradable de la leña en la chimenea de la salita y en la estufa de la escalera, April comprendió que Tony estaba de vuelta y sintió un vuelco en el corazón, por más que quiso reprimir toda efusión delante de la niña, que también se había dado cuenta de la presencia de su inquilino en la casa que ella había abandonado a primera hora de la mañana.

—¡Hola, Tony! —gritó la pequeña Vera desde la puerta con la alegría que le caracterizaba, siempre parecía llena de energía aunque el día estuviera dando sus últimos coletazos como trucha en cesta de pescador.

Tony salió de la cocina con un delantal cubriendo la parte delantera de su cuerpo y una amplia sonrisa sobre su rostro. April le notó en los ojos la ilusión que le hacía volver a verla y su contención en la necesidad imperiosa de besarla, tan íntimamente compartida por ella. Se consoló pensando que habría tiempo para todo.

—Hola a las dos. Ya estoy de vuelta de mi viaje a Gales. ¿Qué te parece,

Vera?

—Estupendo, te hemos echado de menos, ¿verdad, mamá?

—Claro, hija —disimuló April su entusiasmo como pudo.

—Pues la cena está ya prácticamente preparada, así que poneos ropa vieja que cenamos en seguida —advirtió el cocinero.

—Baño a la niña, me ducho yo en un santiamén y estamos sentados a la mesa volando para degustar esos manjares que veo que estás preparando.

—Os vais a chupar los dedos con las tortillas que os voy a hacer, pero daos prisa que se enfría lo que ya he calentado.

Cuando momentos después Vera levantó la servilleta que ocultaba la pequeña muñeca puso unos ojos como platos, no se creía lo que estaba viendo. Pronto comprendió que era un regalo que Tony le había traído y de un salto le dio un espontáneo abrazo de agradecimiento, aunque la tortilla de queso no le convenció demasiado porque no estaba acostumbrada a su sabor. Terminada la cena y dormida la niña, April y Tony se dedicaron un rato de sosiego en la salita, frente a la chimenea, para compensar el ajetreo que cada uno de ellos había tenido a lo largo de la jornada.

—Quisiera pedirte un pequeño favor —insinuó Tony sin ocultar cierto aire de misterio para espolear su curiosidad.

—Si está en mi mano...

—Pues verás, pasado mañana por la noche se celebra en el Centro una fiesta para despedir el año. Va a ser divertida y estimulante, a juzgar por el ambiente que se respira por allí. Es una tradición que se remonta a su fundación. Acuden alumnos y profesores, todos evidentemente con pareja y yo quería rogarte que fueras tú esa compañía que debo llevar. Estoy convencido de que te sentirás a gusto, los alumnos son todos estupendos y los profesores solo tienen ganas de divertirse y confraternizar un poco con nosotros porque, cuando acabe nuestro período de instrucción, nadie sabe lo que será de nuestras vidas, por qué derroteros transcurrirá y si en un futuro volveremos a tomar contacto unos con otros.

—¿Y tú crees que la viuda de un humilde suboficial que perdió la vida en la India y del que ya nadie se acuerda será bienvenida en ese ambiente? No quisiera encontrarme fuera de lugar.

—Y no lo estarás. Por lo que respecta a los alumnos, los hay de toda extracción y procedencia y todos son muy normales. Entre nuestros instructores hay muchos civiles y algunos militares. De éstos últimos, la mayoría son suboficiales, expertos en las disciplinas que intentan embutir en nuestras mulleras y ya sabes cómo es el ejército, no solo les han permitido asistir con sus esposas, sino que más bien se les ha insinuado la

obligatoriedad de acudir. Hasta el charlatán de Rob, que tú conoces desde hace tantos años, ha sido compelido a acudir con su mujer.

—Pero hay otro problema: no tengo ropa adecuada que ponerme. Una trabajadora como yo no suele tener muchas ocasiones de asistir a fiestas y saraos para lucir su palmito, como supongo que comprenderás con poco esfuerzo.

—Bien, pues ese problema está solucionado. Te he traído de Gales un vestido precioso que me ha prestado mi tía Eliona, que es de tu misma talla, más o menos. No solo es una gran intérprete del arpa galesa, sino que cose muy bien, como mi abuela, y se hizo este vestido para un concierto que dio en el Grand Theatre, de Swansea, el año pasado, para un numeroso círculo de amigos de la música de aquella ciudad. Según me contó, el éxito fue tal que un lujoso hotel de Oxwich Bay, en la mirífica Península de Gower, la contrató para todo el mes de julio, y se tuvo que hacer varios vestidos, pero este que me ha prestado es el más bonito. Voy a traértelo.

April no salía de su asombro. Este chico tenía recursos para todo, le arreglaba lo que se estropeaba en la casa, cocinaba para ellas, no tenía pereza en encender la chimenea, cosa ante la que habían remoloneado casi siempre los anteriores huéspedes, y encima le proporcionaba ahora un vestido para que le acompañara a una fiesta de fin de año. Seguro que sería un vestido espantoso y no se imaginaba qué excusa ofrecerle para no ponérselo. En un minuto, Tony había bajado con el atuendo, colgado en una percha para que perdiera las posibles arrugas por haber viajado dentro de una maleta. Era un elegante vestido largo fucsia que desde el primer momento encandiló a April. Qué delicadeza y qué caída tenía, nunca tuvo uno parecido. La verdad es que en el fondo le hacía mucha ilusión la fiesta, ya hacía dos años que no salía prácticamente de casa más que al trabajo y a ver a su hermana. Se merecía un poco de diversión. Además, sería difícil negárselo a Tony, siempre tan atento y cariñoso con ellas y... tan buen amante.

—Bueno, ya veo que no tengo escapatoria —concedió April —me has ganado por la mano y no solo no encuentro excusa para evitar la fiesta, sino que en realidad me apetece mucho ir contigo y pasárnoslo bien. Tendré que dejar a Vera a dormir en casa de Louise y Derek, la niña dará saltos de contenta porque estos cambios le encantan y a sus tíos les hará tanta o más ilusión que a ella.

—Fíjate lo que te digo —conjeturó Tony —con este vestido y un bonito

peinado, vas a ser la reina de la fiesta, la envidia de todas las damas y el oculto deseo de todos los caballeros, te doy mi palabra y si no es así, me comprometo a fregar los platos de todas las comidas mientras que viva con vosotras.

—Eres un tramposo. Eso no tiene mérito alguno porque ya lo vienes haciendo desde el primer día.

Siguieron bromeando sobre la fiesta durante un buen rato, para acabar abrazados y besándose apasionadamente delante del fuego. Al poco rato, Tony y April disfrutaban de su amor con toda la pasión de que eran capaces.

Al día siguiente se dieron los últimos toques en la preparación de la fiesta. Tony y Adrian Dawson arrimaron de firme el hombro y el sargento Roy quedó encantado con la colaboración de los muchachos. Adrian se reveló como estaba previsto; era sin pretenderlo el típico italiano guapetón y extrovertido que alegraba cualquier reunión y se llevaba de corrido a las mujeres ante la impotencia de los demás. Tony y Rob rieron con sus ocurrencias y no pudieron evitar sentir por el sorrentino cierta envidia y admiración. Era el que más gusto tenía en la decoración del local, en la disposición del mobiliario y en el adorno del árbol de Navidad que había regalado Frank Cowan, el profesor que daba la disciplina *Análisis de la situación política*.

En un momento dado, aparecieron por el Centro para echar una mano, aun sin haber sido convocados, Jutta Borsdorf y João McConnell, el portugués. La alemana se había comprado ropa en alguna tienda de moda del centro de Londres y lucía muy elegante, a lo que ayudaba el corte de pelo que mostraba y que le daba un nuevo aspecto menos grave, más de fiesta. Nada más verla, Adrian no pudo evitar flirtear con ella:

—Estás espléndida con ese vestido tan exquisito, Jutta, y con ese peinado tan desenvuelto que te da un aire moderno y yo diría que hasta sofisticado. La verdad es que no me extrañaría que causaras estragos en la fiesta de mañana. Y no me había dado cuenta de que tenías unas manos tan bonitas... —encomió adulador, aprovechando para cogerle una de ellas.

—Gracias por tus cortesías, Adrian, pero todos sabemos que eres un lisonjero incorregible. Aunque si la coba que me estás dando —adelantó divertida la alumna alemana —tiene como propósito pedirme que sea tu pareja en la fiesta, lamento decirte que ya me lo ha pedido João y le he dicho que sí, así que llegas tarde. Sin embargo, estoy convencida que con tu

habitual desparpajo no te faltarán candidatas para acompañarte, seguro.

—Me dejas inconsolable, Jutta —argumentó bromista el italiano — ¿quién querrá acompañar a este pobre estudiante de derecho mañana?

Para desmentir sus dudas, al día siguiente llevaría del brazo a una chica deslumbrante, guapísima y más alta que él, que había conocido en una tienda durante la ejecución del encargo destinado a llenar el local de guirnaldas, serpentinas y confeti, con lo que volvió a demostrar que era capaz de conseguir una *bella ragazza* en menos tiempo que ningún otro alumno de aquella institución.

Los invitados comenzaron a llegar sobre las nueve de la noche, no en vano era la gala de fin de Año y allí se iba a lucirse y a compartir las últimas horas de 1931 y las primeras de un año que todos esperaban fuera menos difícil que el que ya iniciaba su despedida con un viejo sombrero en la mano, aunque eran conscientes de que eso era solo un deseo y que la realidad que al final se impondría podía llegar a ser muy diferente. El Director del Centro en sobrio smoking y el sargento Roy en uniforme de gala recibían a cada una de las parejas que iban llegando, mientras las mujeres de ambos, en traje de noche, hablaban más adentro de cómo pasaban de rápidos los años, no en balde recordaban la última fiesta como si fuera ayer mismo.

Juntas aparecieron las parejas formadas por el francés Harvey Nolan, a quien acompañaba una linda prima escocesa que estudiaba para maestra en Londres, Janet Conway, y el suizo Virgil Alexander, que llevaba del brazo a una belleza llamada Alice Swinton. Al parecer, esta última era hija de un amigo de su padre, socio nada menos que de *Cheltenham and Gloucester Building Society*, la importante sociedad inmobiliaria. Según las comidillas que corrieron más tarde entre los alumnos, la chica era una rica heredera porque su padre estaba “literalmente forrado” de dinero, lo que daba pie a sospechar que el alumno suizo estaba especialmente interesado en la continuación de la relación.

En seguida hicieron su entrada los sargentos Elliott Lindsay, titular de la asignatura de *Armas y prácticas de tiro* y Dan Willet, que daba *Control de la seguridad propia y Detección de intrusión*, acompañados de sus respectivas esposas, para dar paso a continuación a los alumnos João McConnell y Jutta Borsdorf, que venían juntos como ya habían anunciado. Se veía que la alemana se esforzaba en alegrar el ánimo del buen portugués que hacía poco había perdido a su madre. Juntamente con esta pareja se presentaron el ruso

Ehud Bakenroth, de riguroso smoking y que venía acompañado de una tímida chica llamada Esther Acchestein, que resultó ser una compañera profesora de matemáticas en el Kingston Technical Institute londinense.

Siguió la aparición de los diversos profesores, tocando el turno ahora al juez Cyril Cook, un cuarentón que ejercía en el Tribunal Penal Central de Londres, más conocido como “Old Bailey” y que, pese a su carácter discretamente mujeriego, permanecía soltero y sin compromiso. Tenía a su cargo en *The Half* la asignatura *Criminología y terrorismo* y le había pedido a su compañera Barbara Shrimpton, experta grafóloga en el mismo juzgado y que daba en el Centro la clase de *Autenticación de documentos y Técnicas grafológicas*, que le acompañara al evento, a lo que ella accedió complacida, pues era de buen tono pasearse por la ciudad con esa especie de cotizado soltero de oro.

Un nuevo grupo de militares con su espléndida chupa de gala apareció en el recibidor del Centro, saludando marcialmente al Director y Coronel Byron Mudford. Eran los sargentos Gavin Byles, Sebastian Blunt y Melvyn Nibley, acompañados por sus mujeres, excepto el último de ellos, que era viudo y venía desparejado. El más impresionante por su aspecto atlético era Blunt, el instructor de supervivencia y técnicas de infiltración, aunque al final el que se hizo más popular entre los alumnos fue Nibley, que enseñaba como se violaba casi sin herramientas una caja fuerte y cualquier sistema de seguridad por complicado que fuera.

El griego Cameron Mavis, el italiano Adrian Dawson, el marroquí Jim Gray y el turco Colin Kynaston aparecieron todos juntos con unas alegres chicas dispuestas a pasárselo bien. Dawson acabó trayendo a la chica de la tienda de confeti y los demás se hicieron acompañar por unas secretarias de la central en Londres de [*RJ Reynolds Tobacco Company*](#), que consiguió Gray gracias a sus muchos contactos en el mundo de los cigarrillos americanos.

April y Tony, dispuestos a entrar, cedieron el paso al doctor Michael Bateman, que enseñaba medicina y primeros auxilios, acompañado de su esposa, los dos entrados ya en años, y la cesión fue hábilmente intencionada pues, después de entrar dos personas mayores que no atraían necesariamente las miradas de todos, la aparición de la joven pareja, luciendo ella el vistoso vestido fucsia, fue la sensación de la noche. Saludaron al Director, que estrechó con arrobó la mano de April para desazón de su esposa que lo vigilaba desde el interior y pasaron hacia adentro, con las miradas cómplices

del resto de los alumnos. April se dirigió primero a saludar a Rob Roy y a su esposa Dorothy. El sargento tardó en reconocerla con aquel cuidado y deslumbrante aspecto y al hacerlo le dedicó una amplia sonrisa no exenta de cierta preocupación por esa intimidad entre patrona e inquilino que él desconocía. Dorothy la estimaba y la acogió con el afecto de quien se conoce desde hace tiempo.

De todos los alumnos ya solo faltaba por aparecer el alto y resultón Jesse Wood, inglés por nacimiento y americano por adopción, que dio la campanada al hacerlo, para estupefacción de todos, especialmente del Director del Centro, llevando agarrada firmemente a su brazo derecho a la profesora Carol Schofield, en todo su esplendor de mujer con tan gentil acompañante.

El resto de los invitados fueron apareciendo con cierto retraso, lo que no motivó ningún tipo de reproche del satisfecho Director, que no estaba dispuesto a que, en una noche tan cordial como aquella, hubiera alguien que se sintiera incómodo. Por ello, cuando lo consideró prudencial, se dirigió a la engalanada concurrencia, dedicó unas palabras de agradecimiento por la asistencia, alabó la aplicación de los alumnos en los estudios que se impartían allí sin dar más explicaciones y exhortó a todos a disfrutar de la comida, de la bebida y del baile con la música que el sargento Roy tendría mucho gusto en brindarles con sus discos y gramófono, deseando una feliz salida del año que acababa y una no menos dichosa entrada en el que se estrenaría esa misma noche.

Esa pareció la señal de salida para que cada invitado se proveyera de los más divertidos y estrafalarios complementos para celebrar la fiesta: gorritos, gafas de pega, narizotas de cartón, dientes postizos, etc. Las serpentinas y el confeti corrieron por la sala y todo el mundo se lanzó sobre la deliciosa comida y las bebidas servidas desde una barra colocada al efecto, a lo que siguió el baile con todo tipo de alegres y divertidas canciones de moda, especialmente norteamericanas, que estaban haciendo furor, empezando la noche con la sincopada *I got rhythm*, la popular canción de George Gershwin. Luego vinieron tangos, vales, piezas de swing y divertidos fox-trots en los que las damas estaban más puestas que los caballeros, que hacían lo que podían y entre los que se encontraba más de un patoso impenitente.

La sorpresa la dieron los componentes del pequeño conjunto de cámara compuesto por dos violines, un violonchelo y un contrabajo que hicieron su

aparición luciendo el reglamentario frac cuando solo faltaba un cuarto de hora para la medianoche. Eran parte de la orquesta de cámara amateur de Scotland Yard, formada por policías y detectives de dicho cuerpo de seguridad que gustaban de deleitar cada año en esa noche a compañeros de otros cuerpos y que habían sido comprometidos por la profesora Barbara Shrimpton, con el permiso de Mudford y para sorprender al juez Ciril Cook al que acompañaba, cosa que evidentemente consiguió.

A las doce en punto, la orquestina entonó con sencillez no exenta de maestría el tradicional *Auld Lang Syne*, “Por los viejos tiempos”. Con un nudo en cada garganta los alumnos y demás invitados cantaron a coro la vieja canción escocesa que invita a brindar con una copa de cordialidad por los tiempos que ya pasaron y que, desgraciadamente, no volverán.

Todas las parejas juntaron sus labios al terminar la canción en entrañables besos que pretendían perpetuar el momento, deseando que aquella paz no volviera a romperse. April observó a Dorothy Roy, que miraba atentamente y con ternura al único que había acudido sin pareja, el guapo pero melancólico sargento Melvyn Nibley, el viudo. Antes de que se decidiera Dorothy, April miró a Tony que la comprendió en seguida y asintió, se acercó al sargento, al que conocía ligeramente, y le besó con afecto, cosa que éste agradeció sinceramente.

Volvieron a casa paseando porque la noche no era demasiado fría y había que bajar el champán y las delicias obsequiadas por el cuartel de caballería de St John’s Wood. Cogidos de la mano como amantes juveniles, saludaban deseando felicidad a los numerosos viandantes que, dispuestos a trasnochar sin medida y ataviados con ridículos disfraces, celebraban la entrada de un año nuevo.

CAPITULO 14°. “El gran descontento obrero”. 1909-1914.

Dos años antes de que se iniciara la gran depresión económica que asoló el mundo a partir de 1908, el restaurante *Cardiff Bay*, que ocupaba más o menos la mitad de la planta baja del edificio de la Bolsa del Carbón en aquella ciudad y cuya asistencia estaba reservada a sus socios e invitados, aceptó la reserva de una mesa para cinco comensales. El *maître d'hôtel*, Owain Aberffraw, reunió al *sommelier* y a los doce camareros del restaurante en el office que hacía de antesala de la cocina, separándola del selecto comedor. Con la escrupulosidad que le caracterizaba procedió a la elección de cinco de los camareros, a los que mencionó el servicio que deberían prestar al día siguiente:

—Señores, mañana a las doce treinta recibiremos en el Reservado Azul a cinco personalidades de la industria galesa. Vienen a degustar nuestra afamada cocina y les serviremos con la maestría que es consustancial con esta casa, pero lo normal de estos almuerzos es que se comparta el placer de la mesa con el trabajo y la toma de importantes decisiones. Este es el motivo de que les haya elegido a ustedes, porque son los más antiguos empleados del restaurante y estoy al tanto de su total discreción. Su atención a los comensales debe ser, no solo discreta en extremo, sino rápida y eficiente, con el objeto de que ellos puedan pasar solos la mayor parte del tiempo para

discutir con total libertad sobre los asuntos que lleven en su agenda.

A la hora convenida del día siguiente, todo en el restaurante estaba preparado con la antelación suficiente a la llegada de los comensales. El Reservado Azul, vestido en toda su amplitud con terciopelo turquesa fabricado en una de las mejores sederías de Génova, era el destinado a las grandes personalidades para la discusión de asuntos confidenciales de índole política o comercial, preferentemente. Los cinco empresarios llegaron juntos y, tras ser saludados por Aberffraw, pasaron al reservado donde se les sirvió un aperitivo previo al almuerzo. Todos ellos se conocían de sobra desde hacía tiempo, eran en cierto modo rivales en el mundo de los negocios, concretamente en la minería del carbón del Sur de Gales, aunque compartían muchos intereses comunes. La voz cantante la detentaba David Alfred Thomas, Presidente de la compañía minera Cambrian Limited, que era quien había convocado la reunión.

Asistían como invitados los responsables de las más destacadas compañías del sector en el condado galés de Mid Glamorgan, a orillas del río Rhondda: James Hood, hijo y sucesor del famoso ingeniero Archibald Hood, por la Glamorgan Coal Company, Adam Rowlands por la Naval Colliery Company, Ebenezer Lewis III por la Lewis Merthyr Consolidated Collieries Limited y Gilbert Gethin por la Glenavon Garw Colliery Co.

Mientras departían sobre temas intrascendentes, entre los que el relativo a una casquivana dama de la ciudad no ocupaba el último lugar y criticando de pasada algunos de los aspectos de la política local de Cardiff, cuyo alcalde Sir William Smith Crossman no era del agrado de todos los presentes, se presentó el *sommelier* con la carta de vinos.

—Ah, Madog, siempre tan atento —felicité Alfred Thomas al empleado —¿qué vino nos va a recomendar hoy?

—Muy buenos días, señores. Aunque conocemos en esta casa el gusto de Mr. Thomas por el faisán de Gwynedd, la temporada ha sido este año bastante deficiente, por eso, el *maitre* Aberffraw ha seleccionado como plato principal del almuerzo unas espléndidas perdices cazadas ayer mismo y, para este plato de caza, me permitiría recomendarles un *Pavillon Rouge* de Château Margaux *premier cru*, cosecha 1891. Si bien resulta un poco caro, supongo que ello no representa inconveniente alguno para tan augustos comensales.

—No se preocupe, Madog, ya lo tiene usted vendido. La ocasión lo

merece — justificó el industrial.

La comida transcurrió sin incidentes, en un clima de cordialidad acorde con la categoría de los asistentes, que no hablaron de trabajo mientras que los diversos platos eran degustados. Solo al final, cuando aparecieron los cigarros habanos, el whisky y los licores y hubo cerrado el último de los camareros la doble puerta de acceso al reservado, David Alfred Thomas se dirigió a sus relajados colegas para exponerles con detalle el motivo de aquella reunión.

—Estimados colegas, la propuesta que tengo que hacerles puede sorprenderles en un primer momento, pero ha sido bien estudiada por mis abogados y hombres de confianza y estoy persuadido de que acabará interesándoles y de que puede suponer un nuevo impulso en un sector como el de la minería del carbón, que peca ya de cierto anquilosamiento en la configuración estructural de sus principales empresas.

Como ustedes saben bien, el sector está fragmentado en diversas firmas de las cuales las cinco nuestras son las que dominan la mayor parte de la producción de nuestro querido y fecundo valle de Clydach. Pero ese fraccionamiento es la base de nuestra debilidad en algunos vitales aspectos, principalmente en la relación con los sindicatos de obreros, que cada vez se están mostrando más insolentes y reivindicativos en dos factores que afectan muy directamente a nuestros beneficios: las horas que comprende la jornada laboral y el salario que debemos abonar por ella. Junto a eso, la división en que nos vemos inmersos nos impide demostrar la fuerza de que dispondríamos en la determinación de los precios del carbón que producen nuestros pozos.

Estoy convencido de que, al asistir ustedes a esta reunión ya intuían que algún tipo de propuesta en estos temas acabaría encima de la mesa. Y esa invitación que hoy quiero que analicen y estudien es la siguiente: considero imprescindible, si queremos progresar en la obtención de dividendos, que adoptemos en breve plazo los mismos criterios de concentración que se están llevando a cabo en otros sectores como el metalúrgico, el ferroviario o el eléctrico, por lo que creo firmemente en que una vinculación de nuestras firmas nos favorecería en el futuro inmediato en la fijación de precios del material y de salarios y horarios de trabajo. Sin embargo, no deben abrigar ningún temor en cuanto al menoscabo de la autonomía de sus empresas, porque mi proposición no supondría la constitución de una sola entidad con

desaparición de las existentes. Nominalmente frente a terceros figurarían todas como integradas en un solo ente con una única denominación y efectivamente se mantendría la independencia y la dirección de cada una de las empresas en todos los demás asuntos, que seguirán como hasta ahora.

Imaginen ustedes la fuerza de la que podríamos disponer a partir del momento de esa integración. Los sindicatos se enfrentarían a una sola y más grande entidad y su poder de negociación se vería mucho más limitado que si se enfrentaran a cada una de nuestras empresas por separado. Eso por lo que afecta a los costes de producción y en cuanto a la colocación del producto, la oferta de nuestro magnífico carbón en la Bolsa de Cardiff gozaría de un poder hasta ahora desconocido para nosotros.

Thomas hizo una pausa. Decidió que sus invitados, pues él era el convocante de la reunión y pagaría la cuenta que le presentara Aberffraw muy a gusto, debían madurar y asimilar lo que acababa de decirles. Como hombre previsor que era, ya se había ocupado de que sus abogados mantuvieran una discreta reunión en la *Cardiff Bar Association*, el Colegio de Abogados de Cardiff, con sus colegas en las empresas ahí representadas, exponiéndoles con detenimiento los beneficios que reportaría el plan, en el conocimiento de que todos esos juristas detentaban un buen paquete de acciones y obligaciones en las respectivas firmas.

—Bien, esta es una importante decisión cuya adopción —perfiló Thomas —requiere de minuciosas consultas con sus asesores. Para mí ha sido un placer compartir mesa y mantel con ustedes y solo por eso ya merecería la pena habernos reunido. No obstante, les ruego repasen a fondo mi proyecto y me comuniquen las conclusiones a las que lleguen.

No transcurrieron diez días hasta que el último de los convocados a aquel almuerzo en el *Cardiff Bay* diera su aprobación al plan propuesto por Thomas. Tal y como ya había sido planificado en la sombra por los abogados de las empresas a integrar, la nueva firma que aglutinaba a las anteriores para la toma de determinadas decisiones se llamaría “Cambrian Combine Company” y su presidente sería David Alfred Thomas, con la categoría de *primus inter pares* por lo que respectaba a los presidentes de las empresas asociadas.

Las consecuencias más negativas para los obreros de la minería del Sur de Gales no tardaron demasiado en ponerse de manifiesto. Desde el primer momento se produjeron tiranteces en los temas de salarios y horarios de

trabajo en las minas, pero fue a finales de 1909 cuando el capataz Jayson Barker, representante del sindicato minero en el pozo Ely de la New Naval Colliery Co. Ltd. en la localidad de Penygraig, se desplazó a la sede de la *Welsh Mineworkers Trade Union* en Cardiff para entrevistarse con Oleg.

—Armada, en tu última visita a la mina —explicó Barker —me pediste que te planteara los problemas que fueran surgiendo antes de que se complicaran demasiado, con el objeto de negociar con la patronal cuando las cosas todavía podían tener arreglo. Pues bien, la situación pinta bastante mal. Te comento, se ha descubierto una nueva veta de carbón y la patronal ha seleccionado a ochenta hombres para implantar un nuevo sistema de retribución, basado en la cantidad de mineral que se pueda obtener mediante trabajo a destajo. Va a fijarse un período de prueba con el objeto de comprobar cuál es la cantidad que cada obrero tiene que obtener en su jornada laboral para que sirva como modelo en la explotación de la veta.

Hasta aquí todo medianamente normal. El problema es que la veta ha resultado demasiado dura según los compañeros, por gran acumulación de piedra y por las difíciles condiciones de trabajo, mientras que los capataces de la patronal dicen que eso son cuentos chinos y que los hombres están trabajando a poco rendimiento con el fin de que luego se les pueda exigir menos de lo que tendrían que dar y para tratar de cobrar más de lo normal por tonelada de carbón extraída. El caso es que las posturas están tan enfrentadas que no consigo que la empresa se avenga a negociar. Si tú te acercases por allí, con el respaldo que te da el sindicato en pleno, tal vez pudieras conseguir algo.

Al día siguiente, Oleg planteó a Betty la necesidad de desplazarse a Penygraig para ver si podía reconducir las discusiones, aunque sus esperanzas eran escasas. No era agradable dejar sola a su mujer y al pequeño Tony que hacía poco había cumplido su primer año, pero el apoyo de Raymond y de Elissa supliría su ausencia.

—Ten cuidado con esos patronos de la Naval. Elissa ha oído en el sindicato de estibadores que son gente dura y sus capataces perros fieles dispuestos a todo con tal de agradar a sus jefes y conservar sus privilegios en la mina —le previno Betty.

—Lo sé, no son buena gente, pero no tengo más remedio que tratar de mediar en el conflicto antes de que la cosa vaya a más, no me gusta nada cómo se está desarrollando este asunto, huele a provocación desde lejos y los

tiempos son malos, con lo que esto puede ser el principio de algo que en el futuro podríamos lamentar si no lo paramos pronto.

Al llegar a la mina en conflicto, Olegario solicitó entrevistarse con el máximo responsable, no en vano era el presidente del sindicato minero el que se desplazaba desde Cardiff para tratar de arreglar en lo posible una situación que empeoraba a diario. A regañadientes, los capataces le permitieron el acceso a las oficinas de la empresa, donde un trajeado hombrecillo de duro semblante le recibió sin demasiadas ganas.

—Buenos días, Mr. Martin, mi nombre es Cillian Champness y soy el director de este pozo. Lamentaría profundamente —masculló —que hubiera usted hecho el viaje en balde, pero me temo que así será porque su representante sindical en esta mina no se aviene a razones.

—Por lo que he podido averiguar —contrarrestó paciente Olegario —los hombres están encontrando verdaderas dificultades en la extracción del mineral, Mr. Champness. Al parecer, la dureza de la veta supera con mucho a otras del mismo pozo y la accesibilidad del mineral es una dificultad añadida con la que deben enfrentarse.

—Pamplinas, Armada, ¿no le llaman así sus compañeros mineros? La veta es muy similar a las del resto de la mina y a las de la práctica totalidad del valle de Clydach.

—Bien, creo que antes de que la situación empeore, cosa que ni ustedes ni nosotros deberíamos desear, supongo que podríamos tratar de hallar alguna solución de compromiso. ¿Qué le parecería si una autoridad independiente estudiara la veta y emitiera un dictamen al respecto? Puedo garantizarle por mi parte que nosotros estaríamos dispuestos a aceptar el arbitraje y el sindicato convencería a sus afiliados en la mina, que son prácticamente la totalidad, de que aceptaran el laudo correspondiente.

—De ninguna manera. La patronal de la mina, a la que yo represento, ya ha tomado una decisión en este tema. Si una vez terminado el período de prueba los obreros no se avienen a las condiciones y salario que fijemos por tonelada extraída, pueden tener por seguro que serán sustituidos por otros mineros que están esperando su oportunidad para entrar a trabajar.

—Usted sabe perfectamente, Mr. Champness, que los únicos que sustituirían a los obreros que hoy trabajan aquí serían los malditos esquiroles, y eso ni los mineros ni este sindicato lo van a consentir nunca. Creo que todavía es tiempo de llegar a un acuerdo y nuestra obligación es intentarlo.

—Armada, la patronal ya ha dicho lo que tenía que decir. No nos vamos a mover un ápice de esta postura. Adopten ustedes las medidas que consideren oportunas y le advierto de que el período de prueba terminará al finalizar la próxima primavera. Pero midan sus fuerzas, porque la Naval forma parte, desde hace tres años, de la “Cambrian Combine Company”. Ya no nos tendrán ustedes solos, sino que contaremos con el apoyo de la práctica totalidad de las empresas del carbón del Sur de Gales.

—En ese caso no me deja alternativas —endureció Olegario su postura a partir de aquel momento—. Usted es testigo de que he venido aquí a ofrecer soluciones para evitar el enfrentamiento, un enfrentamiento que sería tan perjudicial para la empresa como para el asalariado. Pero se ha rechazado claramente la mano abierta que he ofrecido en nombre del factor humano que proporciona a esta firma, en última instancia, los beneficios que obtiene. Esperaremos al próximo verano y le puedo asegurar que en caso de que se cometa con los obreros que represento algún tipo de injusticia, conocerán ustedes el peso de este sindicato y la fuerza de sus hombres, no le quepa duda. Ah, y como usted muy bien ha dicho, a mí me llaman Armada mis compañeros mineros, para usted soy Mr. Martin, no lo olvide en adelante.

—¿Le atizo, jefe? —amenazó uno de los capataces, el más corpulento, mientras Olegario salía del despacho dando un portazo.

—Quieto, Duncan. No puedes entender que, pese a todo, ese que acaba de salir es un hombre digno y tú no dejarás nunca de ser un animal...

Pasó la primavera de 1910 y la empresa convocó al representante del sindicato minero, Jayson Barker, para hacerle partícipe de la decisión que se había tomado de pagar la tonelada de carbón extraída según el procedimiento de destajo. El salario ofrecido por la New Naval Colliery Co. Ltd. distaba mucho de ser una retribución digna, por lo que el sindicato exigió de inmediato la rectificación de la cifra a abonar, argumentando que era un salario de hambre con el que no podría subsistir una familia y amenazando con ir a la huelga. Oleg se personó rápidamente en la oficina sindical de Penygraig para prestar desde el primer momento el apoyo que en la Federación de sindicatos mineros le prometieron los representantes de los cerca de ciento cincuenta mil mineros afiliados, con lo que la amenaza de huelga adquiría proporciones realmente preocupantes.

La respuesta de la patronal no se hizo esperar y fue la contraria de la que la razón habría dictado: cerró el pozo el uno de agosto y no solo para los ochenta mineros que habían participado en la prueba, sino para la totalidad de los que trabajaban en la mina, más de ochocientos. Oleg decretó la huelga en todos los pozos de la compañía, a la que rápidamente se adhirieron los trabajadores de otras minas del Sur de Gales, con lo que se sobrepasó la cifra de treinta mil mineros en huelga, causando la alarma entre las autoridades locales responsables del mantenimiento del orden, que se aprestaron a solicitar el envío de refuerzos, dada la insuficiencia clara de sus efectivos ante semejante conflicto.

La Cambrian Combine Company, brillante idea de David Alfred Thomas, secundada por sus ambiciosos asociados, se enfrentó desde aquel momento a piquetes a bocamina y manifestaciones de miles de mineros desfilando por las localidades del valle carbonífero. La indignación de los trabajadores les llevó a detener la maquinaria indispensable para el funcionamiento de todos los pozos, las calderas, las torres de ventilación, los elevadores, los generadores eléctricos, las estaciones de bombeo y las bestias que arrastraban las vagonetas, con lo que los esquiroleros contratados en algunos pozos se vieron imposibilitados de bajar a trabajar.

Oleg, como responsable del más importante sindicato minero del Sur de Gales, intentó por todos los medios contener la indignación y servir de cauce para que las reivindicaciones de los mineros fueran escuchadas por las compañías propietarias de los diversos pozos, pero fue en vano. Los ánimos estaban tan alterados que cada mina constituyó su propio grupo de defensa y ataque con el que reprimir los envites de la policía y la violencia se desbordó. El sindicato perdió todo su poder de representación y mediación y fueron los propios mineros de cada pozo los que se aprestaron a la lucha en defensa de sus derechos. Sin una mano firme que los dirigiera desde un órgano tan representativo como el sindicato, la rabia y el furor se desataron, primero por parte de los huelguistas y luego por parte de las fuerzas del orden, que porra en mano dejaron heridos a más de quinientos mineros, por unos ochenta lesionados en las filas propias. Una vez perdido el control de la huelga por el sindicato, todo el odio concentrado durante décadas de explotación por lo que el obrero conoce como “el capital”, se volcó en un frenesí de ira y destrucción que asolaron los accesos a las minas.

Un pozo en el pueblo de Llwynypia, en el que se atrincheró su

responsable con ayuda de un fuerte contingente de policías, consiguió resistir durante la noche del siete de noviembre el asedio de los huelguistas y los esquirolas siguieron trabajando, lo que provocó la indignación de los mineros que secundaban el paro y que se enfrentaron a pedradas con las fuerzas del orden en una batalla campal que se decantó a favor de la empresa. Imposibilitados de entrar a la mina, los encolerizados huelguistas se dirigieron, armados de piedras y tablas arrancadas de las vallas de la mina a la vecina localidad de Tonypany, donde se produjeron disturbios con los policías y destrozos de consideración en los locales de comercio de la zona.

La situación siguió agravándose en los días siguientes, con redoblados enfrentamientos entre policías y huelguistas hasta el extremo de que, alarmados por las consecuencias de tanta violencia, las autoridades civiles solicitaron del ministro de asuntos internos, Winston Churchill, el envío de tropas militares de refuerzo. La medida había de ser tan antipopular que el ministro se lo pensó dos veces y comenzó enviando un nutrido contingente de la policía londinense que incluía efectivos a caballo, pero los disturbios alcanzaron tal grado de violencia que al final las tropas del ejército se incorporaron a la defensa del orden, auxiliando a las fuerzas de la policía, que se revelaban insuficientes para contener a los mineros. En Gales, a partir de aquel momento, ningún minero podía escuchar el nombre de Winston Churchill sin pronunciar una blasfemia.

Los enfrentamientos continuaron a lo largo del mes de noviembre, con la incorporación a la lucha de las mujeres de los mineros, lo que dificultaba en gran manera la labor de las fuerzas del orden, que se veían obligadas a reprimirlas y que sufrían el acoso desde balcones y ventanas, desde las que les arrojaban agua hirviendo y todo tipo de objetos contundentes. El sindicato no consiguió recuperar la iniciativa en la defensa de los derechos de los mineros y estos continuaron actuando por libre, formando numerosos grupos de ataque imposibles de controlar. Las localidades de Llwynipya y Tonypany quedaron materialmente arrasadas, con continuas batallas campales entre mineros y policía montada. Los tribunales actuaban con rapidez en el encausamiento de los cabecillas y trece de ellos ingresaron en prisión, lo que provocó que miles de obreros marcharan unidos en su apoyo, manteniendo reuniones tumultuosas a la entrada de los pueblos, frente a policías y soldados.

La situación de huelga continuó al no ceder en sus posturas ni la

patronal ni los obreros. En abril de 1911 se produjeron nuevos enfrentamientos en la cercana mina de Blaen Clydach, reproduciéndose los mismos altercados y destrozos que el año anterior se habían producido en otras poblaciones. La dureza y desesperación de los mineros, a pesar del tiempo transcurrido y de las privaciones que estaban pasando, se mantenía todavía con bastante tenacidad.

Sin embargo, al llegar el verano de ese año, los mineros estaban al borde de sus fuerzas y su moral se derrumbaba con rapidez. La caja de resistencia que con tanto entusiasmo había defendido Oleg se encontraba exhausta, sin recurso alguno y lo mismo ocurría en la casa de cada minero, se comenzaba a pasar verdadera hambre y era urgente la adopción de una solución de compromiso con la patronal. En semejante tesitura, los diversos pozos que rechazaron al principio la ayuda del sindicato por considerar que mantenía posturas demasiado blandas ante el capital, se volvieron hacia Oleg en petición de que les dirigiera de vuelta a la mina y la desesperación les llevaba a aceptar cualquier solución con tal de no ver pasar hambre a sus hijos. Era casi un año de enfrentamientos sin ningún resultado. Los representantes del sindicato en los diversos pozos se reunieron en Cardiff con Oleg a principios de agosto de 1911.

—Esto no aguanta ni un día más, Armada —analizó la situación Alan Kaleigh, que había sustituido a Oleg como representante del sindicato en la *South Wales Colliery* de Cwmtillery. Los comités de huelga de cada mina están empezando a ver el error que cometieron al dividir sus fuerzas en lugar de integrarlas a todas en el sindicato. Creyeron que serían capaces de someter ellos solos a la patronal porque nuestras medidas las consideraban insuficientes y ahora se dan cuenta de que, mientras que los diversos propietarios de las minas han conseguido su fuerza de la integración en la “Cambrian Combine Company”, el poder de los mineros se ha ido reduciendo con cada día de huelga.

—Tal vez haya llegado ya el momento de negociar —adjudicó Olegario —aunque lo tenemos bastante crudo con la patronal. Son conscientes de que nos han doblegado y de que estamos al límite de nuestras posibilidades de resistencia. La negociación va a ser muy dura porque ellos han sabido vender al poder político en todas sus instancias, desde la local a la nacional, que somos un peligro para la sociedad, que solo miramos por nuestros intereses y que nos importa un bledo que el país se quede parado sin una fuente de

energía tan importante como la que manejamos, con tal de salirnos con la nuestra. Nos han dejado sin armas para negociar, solo nos queda el hambre y ellos lo saben. Si vamos directos a ellos estamos perdidos, no solo no subirán ni un penique el salario que ofrecieron por tonelada de carbón extraída, sino que saben que estaríamos dispuestos a trabajar por menos. Dadme unos días, trataré de encontrar una solución.

—De acuerdo, Armada, pero date prisa —le apretó Jayson Barker, el representante del sindicato en la New Naval Colliery Co. que demandó su ayuda a finales de 1909 —el hambre de un estómago vacío no entiende ya de dignidad, ni de vergüenza, ni de orgullo. Todo esto nos lo tragaremos con el primer pedazo de pan que llevemos a la boca de nuestros hijos, qué le vamos a hacer.

Oleg sabía que tenía que mover sus fichas y moverlas a la desesperada. Los patronos de la Cambrian Combine no le escucharían. Le ofrecerían la misma acogida que le había dispensado su lacayo Cillian Champness en 1909, cuando le visitó en Penygraig para mediar en el conflicto de la New Naval. Los alcaldes de los pueblos del Sur de Gales estaban hartos de oír hablar del embrollo minero y temían a los poderosos propietarios de las explotaciones, indispensables para el progreso de la siderurgia británica, de las industrias energéticas, de la obtención de divisas por exportaciones. No, el apoyo que necesitaba no vendría de ahí, tenía que luchar más arriba, remontarse hasta encontrar la ayuda del águila, no le valían todos aquellos cuervos, siempre pendientes de la carroña que les ayudaba a mantenerse en sus puestos.

Un político de ámbito nacional, sensible a los problemas de los trabajadores, concienciado con lo despiadado que estaba resultando el enfrentamiento entre el capital y el trabajo, alguien con verdaderas inquietudes sociales, pero ¿dónde encontrarlo? De repente cayó en la cuenta, le asombró que no hubiera reparado antes en su nombre. Además, y aunque por circunstancias familiares hubiera nacido en Manchester, nadie discutía su origen galés. Galés por ascendencia y por su vinculación con esta tierra desde su infancia, hasta el extremo de que su lengua materna no era el inglés, sino el galés. Todo el mundo sabía que se había criado al Norte del Principado, en la minúscula aldea de Llanystumdwy, junto a Criccieth, en pleno condado de Carnarvon, el mismo condado que en 1890 lo eligió como diputado por el Partido Liberal a la Cámara de los Comunes, cuando solo era un joven

abogado de veintisiete años. Y ahora encabezaba el ministerio de Hacienda de la nación. Él pondría en su sitio a los propietarios de las minas, escucharía las justas reivindicaciones de los mineros y abogaría porque la tranquilidad y la producción volvieran a la minería del Sur de Gales. Esa era su águila: David Lloyd George, Canciller del Exchequer.

Necesitaba pensar. ¿Quién le facilitaría una entrevista con el gran hombre? Tal vez el alcalde de Cardiff, Charles William Melhuish, principal interesado en que el puerto de su ciudad recobrara pronto su actividad en la exportación de carbón, que tanto dinero estaba reportando a las arcas de su Ayuntamiento. Pero no, el Alcalde se plegaría seguramente a favor de los propietarios de las minas, no en vano el poder de la Lonja del Carbón local era enorme. Oleg se dio cuenta de que para las autoridades locales la *Welsh Mineworkers Trade Union* no era más que un divieso en el trasero, molesto en toda ocasión y circunstancia. Tenía que obrar con audacia, a pecho descubierto.

Concedor por la prensa escrita de que el Ministro gustaba de pasar un par de semanas del mes de agosto en su querido Gales, escribió dos telegramas con el mismo texto a dos direcciones: Carnarvon y Criccieth, a los respectivos Ayuntamientos, ambos dirigidos a David Lloyd George, Canciller del Exchequer. Con el indicativo de “urgente”. El texto se limitaba a una escueta presentación como responsable del sindicato minero y solicitaba una entrevista a la mayor brevedad para acabar con la huelga en la minería del carbón del Sur de Gales que llevaba activa tanto tiempo.

La respuesta no se hizo esperar. Al día siguiente recibió un telegrama con el siguiente contenido: “Su Excelencia el Canciller del Exchequer le recibirá pasado mañana. Tome el miércoles día nueve el ferrocarril nocturno de Cardiff hasta Bangor, Condado de Gwynedd, en North Wales, adonde llegará sobre las ocho de la mañana del día siguiente. Enviaré a un automóvil a recogerle”. Iba firmado por Trevor Williams, secretario personal del ministro.

Con la mayor discreción, a la salida de la estación de Bangor, el conductor localizó rápidamente a Olegario y le trasladó hasta Carnarvon. En el Ayuntamiento de la ciudad le habían reservado al Ministro un sobrio pero acogedor despacho con el objeto de que la entrevista se desarrollara sin

testigos inoportunos. Mientras esperaba la llegada del político, un camarero de un local cercano al Ayuntamiento le sirvió un copioso desayuno por cuenta de la máxima autoridad local que le ayudó a reparar fuerzas, pues toda una noche viajando sentado en un vagón de segunda clase no era lo más adecuado para encontrarse en plena forma. Al poco tiempo, David Lloyd George atravesó la puerta que le flanqueaba un ujier del propio Ayuntamiento. A sus cuarenta y ocho años, con su clásico mostacho de morsa que ya empezaba a encanecer y su todavía abundante cabellera bien peinada, su aspecto no dejaba de imponer por la evidente seguridad en sí mismo que traslucía.

—Bien, aquí me tiene usted, Mr. Martin —se presentó el político con la mano extendida en franca actitud de saludo —soy Lloyd George. ¿Qué podemos hacer por acabar con esa huelga que tan preocupado tiene al Primer Ministro Asquith y a todo el Gabinete? Créame si le digo que hasta Su Majestad el Rey Jorge nos ha hecho llegar su zozobra por este asunto.

—La preocupación es compartida por toda la clase obrera, créame el señor Ministro. Recibimos el constante apoyo de los sindicatos de todos los sectores productivos de la nación, pero el caso es que al parecer nos hemos metido en un callejón sin salida...

—Disculpe, usted no es inglés, ¿me equivoco? Lo digo por su acento...

—Se equivoca, señor, soy inglés al haber adquirido la nacionalidad hace ya tres años. Llevo trabajando en este país desde 1900, mi esposa es galesa y mi único hijo también; todos mis intereses están ya en esta tierra, pero no le negaré que mis orígenes son españoles. Mantengo así las dos nacionalidades, a las que respeto y me siento unido por igual.

—Disculpe, Mr. Martin, ese respeto que usted comparte le honra doblemente, pero el caso es que me chocaba un poco su acento en boca de un minero galés.

—Es normal, señor. Al parecer mis colegas en el sindicato ya ni lo notan.

—Tengo entendido que le conocen a usted en todas partes por el apodo de “Armada”.

—Sí, señor Ministro, veo que está bien informado. Es una broma relacionada con la Armada Invencible, que al final no resultó tan invicta como prometía.

—Bien, Mr. Martin, le ruego sinceridad y concisión en la exposición de

lo que venga a decirme, ni usted ni yo estamos aquí para perder el tiempo, pero si podemos encontrar una salida a este lamentable laberinto, es nuestro deber poner todo lo que podamos de nuestra parte para conseguirlo.

—Cuando un conflicto se eterniza, al final parece que se olvida el motivo que lo provocó —subrayó Olegario—. Como en cualquier inicio de huelga se produce un empecinamiento en las posturas, porque las dos partes se creen capaces de doblegar al contrario. Lo cierto es que la agrupación de diversas empresas mineras en una sola, la Cambrian Combine Company, ya auguraba posturas de fuerza por parte de la patronal, no solamente en la fijación de las condiciones de trabajo y su remuneración, sino medidas tendentes al control de precios en la Bolsa del Carbón de Cardiff, y su Excelencia seguro que dispone de datos a este respecto porque manejo testimonios de primera mano del sindicato de estibadores de Cardiff y sé que algunos buques que venían a cargar carbón han salido en lastre ante el aumento de los precios, lo cual nos perjudica al final a todos.

Cuando las empresas no estaban agrupadas en una sola, la posibilidad de pelear un salario —discúlpeme la expresión —no estaba tan limitada como ahora. Espero que el señor Ministro comprenda que los salarios en este sector nunca han dado para hacerse rico. Al padre minero, que moría pobre, sucedían en el tajo sus hijos, que morían también pobres. Pero al menos no se pasaba hambre y siempre sobraban unos peniques para beberse una pinta de cerveza en el pub. Qué menos puede esperar un hombre por el sudor de su frente en un trabajo tan duro. Pero hambre en nuestros hijos, no señor, eso no se puede consentir. El problema, por la parte que nos toca a los mineros, es que llega un momento en que se pierde la razón por la utilización de métodos violentos que alarman a la sociedad, que se defiende en una espiral de violencia con todos los medios a su alcance.

La actual situación, señor, es de absoluta desesperación del obrero, aunque eso no lo reconocería de ninguna manera frente a la patronal que tan mal nos está tratando desde un principio. Los mineros que abandonaron a este sindicato que represento porque pensaban que no defendíamos con el suficiente ardor sus derechos ante los patronos, vuelven ahora pidiéndonos que negociemos como sea, porque sus hijos tienen que comer. Pero mucho nos tememos que si desde el poder político que usted representa no se nos echa una mano, los propietarios van a intentar resarcirse de las pérdidas bajando los salarios de miseria que se ofrecían hace un año y que provocaron

el conflicto, en la convicción de que no tendremos más remedio que aceptarlo. Con toda sinceridad le digo, señor, que por nuestra parte aceptaríamos una pequeña subida sobre el salario que se ofertó por la patronal al comienzo de la desavenencia, algo que impida el hambre en las casas y que el obrero que lleva un año padeciendo pueda salvar su dignidad, no pedimos más.

—Me parece bastante justo, ahora falta convencer a la patronal para que acabe esto de una vez, supongo que ellos también estarán deseándolo aunque no lo reconozcan. Una pregunta quisiera hacerle, Armada ¿me permite llamarle así, con todo respeto?

—Por supuesto, señor, sería para mí todo un honor.

—Gracias, la pregunta es ¿Cómo se le ocurrió recurrir a mí para salir de este embrollo?

—Por dos razones, señor: la primera por la forma en que hace unos años logró usted detener una huelga en el sector ferroviario, mediando entre los sindicatos y las empresas. Fue todo un ejemplo del arte de negociar, según me contaron algunos representantes de aquellas *trade unions*.

—¿Y la segunda razón? —inquirió curioso Lloyd George.

—Señor, no querrá usted que recurra a Winston Churchill...

La carcajada del ministro hizo acudir asustado a su secretario, que esperaba tras la puerta el final de la reunión.

—Pase, Williams, pase. La reunión ha terminado. Mr. Martin, Armada, créame si le digo que ha hecho usted hoy un gran servicio a este Principado y a la nación entera. Le agradezco profundamente su iniciativa de entrevistarse conmigo y la sinceridad demostrada en todo momento. No dude que haré todo lo posible por estar a su altura. Hoy mismo iniciaré conversaciones con la otra parte a fin de acabar de una vez con esta sangría para nuestra economía. Le deseo un feliz regreso a Cardiff. Mi coche le está esperando para trasladarle a la estación de Bangor. Buen viaje.

—Gracias, señor Ministro, ha sido un placer tratar este tema con usted, buenos días.

—Williams, —ordenó el político, una vez que Olegario hubo salido — localice usted a David Alfred Thomas, Presidente de la compañía minera Cambrian Combine y dígame que le invito a comer mañana en Cardiff a mediodía, pero evite usted reservar mesa en el restaurante de la Cámara del Carbón, no quiero jugar en su terreno.

Cuando Alfred Thomas llegó al restaurante *The Whale Fisher*, al que había sido citado por Trevor Williams en nombre del Canciller del Exchequer, no se lo podía creer. Ostentadamente situado en medio de Loudoun Square, en el corazón del portuario barrio de Butetown, se trataba de una de las zonas más deprimidas de Cardiff, en pleno Tiger Bay, el sector de mayor índice de delincuencia de la ciudad. Probablemente se trataba de un error. Su lujoso automóvil Daimler *Silent Knight* no podía encontrarse más fuera de lugar que en aquel entorno. Incluso podría haber sufrido algún tipo de agresión si no fuera por los cuatro policías uniformados que montaban guardia en el exterior del restaurante, junto al automóvil del ministro, lo que desmontaba su teoría sobre equivocación del lugar.

Con mal disimulada aprensión, el conductor de su auto le facilitó el descenso para que accediera a aquel restaurante de puertas de madera y cristal mal pintadas en un deslucido color verde que pretendía ser marinero. El conductor abrió la puerta del local a su patrón con el objeto de que este no se manchara los guantes con el cochambroso picaporte, celoso guardián de una mugre que no se consigue sino a base de largos años de dedicación al oficio. La casa de comidas, pues no parecía merecer otro nombre, disponía de una barra de bar y un montón de pequeñas mesas de madera distribuidas de manera un tanto anárquica. En una de ellas, degustando una cerveza con su secretario y con el mesonero, se encontraba, al parecer departiendo muy a su gusto, nada menos que el Canciller del Exchequer, máximo responsable de las finanzas de un país tan poderoso como el Reino Unido. La más absoluta desolación presidía el resto de las mesas, desprovistas de manteles y de todo adorno.

—¡Adelante, Thomas, adelante! —retó de algún modo Lloyd George a su más que atónito invitado, mientras que Williams y el mesonero se retiraban sigilosamente—. Me alegro de verle, tome usted asiento.

—Buenos días, señor Ministro, me alegro de saludarle y le agradezco su invitación, aunque precisamente hoy tenía previsto viajar a Londres para entrevistarme con el Ministro de Comercio, su colega de Gabinete Mr. Sydney Buxton.

—Ya, ya. Ayer mismo su secretario personal avisó a Williams sobre la cita pero una llamada mía al bueno de Sydney lo ha aclarado todo y no tiene

inconveniente en recibirle a usted la semana próxima; como ve, no estoy mal informado. Puede usted estar tranquilo y disfrutar de la reconfortante cocina de este restaurante que visito desde que era un humilde estudiante de Derecho en la Universidad de Cardiff. Su especialidad es el pescado y los mariscos y, aunque carece de los reservados y el lujo del *Cardiff Bay* que parece gustar tanto a los propietarios mineros del Sur de Gales, el mesonero ha tenido a bien reservar el local entero para nosotros solos, todo un detalle a pesar de ser viernes.

—Muy de agradecer —mintió el industrial—. Lamentablemente nunca he soportado el pescado desde que un aya en mi infancia se empeñó en hacérmelo comer pese a mi tenaz resistencia. El caso es que he acabado desarrollando un rechazo al alimento que se manifiesta en ronchas purulentas por todo el cuerpo, así que confío en que aquí sirvan otro tipo de platos.

—Por supuesto, Mr. Thomas, por supuesto. ¡Arawn, acérquese usted, por favor! —llamó Lloyd George al encargado con el mismo ademán que utilizaba cuando todavía era un estudiante—. ¿Podríamos sorprender a Mr. Thomas con algo que no sea pescado? Al parecer le sienta mal.

—No hay problema —aseveró el aludido secándose las manos en el delantal que, seguramente, en algún momento de su dilatada vida, habría conocido lo que es la pulcritud —tenemos un estofado de cordero al estilo galés muy popular por aquí y al que llamamos *lob scows*, se va a chupar los dedos.

Alfred Thomas no podía seguir poniendo pegas al Canciller del Exchequer, así que, venciendo su repugnancia, aceptó la sugerencia del “chef”, mientras que Lloyd George conseguía a duras penas reprimir una lágrima del estallido de risa sorda que la escena le estaba produciendo.

—Si el señor Ministro tuviera a bien hacerme partícipe cuanto antes del contenido que ha previsto para esta reunión, le quedaría muy obligado —amagó el industrial, deseoso de que aquel calvario no se prolongara más allá de lo que la cortesía considerara estrictamente indispensable—.

—No tenga prisa, Mr. Thomas, déjeme disfrutar del momento. Ya es prácticamente fin de semana y esta debería ser una cordial reunión entre amigos. De hecho, desde su fundación hace ya cinco largos años hasta ahora, la *Cambrian Combine Company* ha dado mucho de qué hablar, primero en el Gobierno de Sir Henry Campbell-Bannerman y luego en el de nuestro apreciado Primer Ministro Herbert Henry Asquith, a cuyo Gabinete me honro

en pertenecer.

Asquith, como usted sabe, ocupó el cargo de Canciller del Exchequer en el Gobierno de Campbell y al nombrarme a mí para ese cargo en su propio Gabinete, me hizo partícipe de las preocupaciones que le había causado la constitución de la compañía minera que usted tan dignamente preside y que agrupa a las más importantes minas de carbón del Sur de Gales. Desde el primer momento se abrigaron temores, permítame decirlo, de que la situación de poderío que alcanzarían ustedes iría en detrimento claro de la paz social y de la libre competencia en los precios del carbón.

—Permítame puntualizar, señor ministro...

—No, Thomas, permítame puntualizar usted a mí. Nuestras peores previsiones respecto a esa fusión se han venido materializando con precisión matemática. Todo lo que ha pasado se veía venir de lejos, no ha hecho falta molestar al oráculo de Delfos para una predicción tan tonta. La posición de los mineros quedaba en clara debilidad ante la fusión empresarial que usted preconizó y consiguió llevar fácilmente a cabo. La respuesta de los mineros también estaba prevista, pero como somos un gobierno liberal, nuestra obligación, habida cuenta de la legislación con que contamos, era dejar que los factores productivos se adaptasen a la nueva situación. Craso error, con la situación de crisis que viene sufriendo el mundo y nuestro país en particular desde 1908, deberíamos haber intervenido hace mucho tiempo y con la necesaria contundencia.

¿Se imagina usted el coste que la huelga ha tenido para la nación? En este momento histórico cada jornada de trabajo perdida es ruina y miseria para el futuro más inmediato de Inglaterra. Tal vez ustedes como empresarios hayan tenido medios para soportar las consecuencias de la huelga, pero le aseguro que este país no puede permitírselo, ni puede permitirse enviar policías y tropas en auxilio de ustedes durante tanto tiempo, eso sin contar con el desgaste político que supone para el Gobierno la falta de carbón en las industrias y en los hogares y calefacciones de todo el Reino.

Pero con ser discutible su derecho a pagar salarios muy por debajo de lo que sería justo, hay otra cuestión que no tengo más remedio que poner encima de la mesa y lo voy a hacer con la claridad y con la rotundidad que requiere el momento, Mr. Thomas. ¿Ha oído usted hablar de la “*Sherman Anti-trust Act*” estadounidense de 1890?

A Thomas se le atragantó el bocado del guisote de cordero que se

esforzaba por engullir en ese momento y el color de su rostro se volvió más blanco que los escasos retazos en que el delantal del mesonero aún permanecía milagrosamente impoluto.

—Por supuesto, señor Ministro.

—Bien, entonces sabrá, porque sus abogados le tendrán al tanto, que esa ley americana regula en aquella industrial nación lo que nosotros llamaríamos “Derecho de la competencia”, tendente a evitar, precisamente, que uniones de empresas como la que han constituido ustedes, puedan implantar restricciones ilegales a la leal competencia en el mercado, acordando precios y estableciendo prácticas monopolísticas de forma encubierta. Lo que ustedes han llevado a cabo, digámoslo sin paliativos, Mr. Thomas, son ficticias fusiones de empresas que encubren verdaderos acuerdos horizontales entre competidores, con el fin claro de alterar el precio de las cosas; en su caso, de algo tanpreciado en este momento histórico como es el carbón.

—Eso que dice, señor, no sería fácil de demostrar —volvió a interrumpir el empresario.

—Mr. Thomas, no estamos en un tribunal, esto, como usted puede ver, es una amigable charla alrededor de un exquisito marisco que estoy degustando yo y un apetecible estofado que usted parece no disfrutar demasiado. Le he convocado a esta reunión en la inteligencia de que es usted la cabeza de este movimiento monopolístico, sí, no me lo discuta, monopolístico, que debe acabar cuanto antes para evitar que otros sectores sigan sus pasos. Estoy obligado a advertirle que han transcurrido ya veintiún años desde que los americanos implantaron las medidas anti-trust que le he citado y nuestro país se apresta a seguir sus pasos en un muy próximo futuro. Las consecuencias económicas y laborales, pero principalmente legales, podrían ser nefastas para sus empresas y para los hombres que las dirigen y yo pretendo poner un poco de orden en todo este galimatías en que nos han metido con su dichosa *Cambrian Combine*.

Me precio de conocer a la gente, Mr. Thomas, y sé que es usted un hombre razonable que se encuentra en un momento difícil de su trayectoria y al que no pretendo poner contra las cuerdas. Es por eso que quiero obtener de usted aquí y ahora un acuerdo satisfactorio para las partes en litigio en este penoso tema de la huelga del carbón, que va ya camino del año de duración. Le voy a pasar mi mano abierta por encima de esta mesa de amigos —Lloyd George extendió la mano diestra hacia su invitado —y vamos a hacer un

trato. Será un trato entre caballeros que nunca deberá ser mencionado, porque esta reunión no ha tenido lugar: me va a dar usted su palabra de que antes de diez días, los mismos que ustedes se dieron para constituir la *Cambrian Combine* según tengo entendido, estará resuelta la huelga, con algún pequeño incremento salarial que permita salvar la cara a los huelguistas y a sus *trade unions*, y yo le prometo no impulsar por ahora esa legislación sobre la competencia que tanto parece asustarle.

Fueron unos segundos densos como la salsa del lamentable engrudo que Thomas se había visto obligado a considerar como estofado popular. Las miradas se enfrentaron sin animadversión, cada uno tratando de comprender lo que sucedería si aquel acuerdo no alcanzaba buen fin. Instantes después, Thomas estrechaba la mano del ministro.

—De acuerdo, Canciller, antes de diez días. Pero a cambio, no me obligará a terminarme este estofado...

—¡Qué desperdicio, Alfred, qué desperdicio! —lamentó divertido el ministro.

A principios de septiembre de ese año de 1911, un año después de empezar la huelga, los mineros volvieron a entrar a sus pozos y el humo nacarado de los pucheros volvió a adornar las chimeneas en los valles del Sur de Gales.

CAPITULO 15°. Saber para vencer. 1932

Los alumnos de *The Half* recuperaron el ritmo normal de las clases tras las reparadoras vacaciones. Las diversas disciplinas se iban sucediendo con la misma normalidad que en promociones anteriores. Scotland Yard colaboraba activamente con el Centro, pues su experiencia en determinadas materias era imposible de superar por otras instituciones. Las disciplinas relativas a *Obtención de antecedentes personales* y a *Tácticas de soborno y chantaje* les fueron impartidas por dos inspectores de policía adscritos a dicho cuerpo. Con ellas y con *Falsificación de documentos y cartografía*, a cargo del sargento del MI5 Gavin Byles, serían capaces de fabricar, para sí mismos o para otros, cualquier tipo de documento de identificación: pasaportes, carnets de identidad, de conducción, de pertenencia a determinadas sociedades o clubes...

Las clases teóricas alternaban con las prácticas. La mayor parte del tiempo dedicado a éstas comprendía las técnicas de defensa personal y camuflaje que impartía el capitán Dave Haes, un profesional que había participado en conflictos a lo largo y ancho del mundo. Sus alumnos en los diversos regimientos por los que había pasado le respetaban y apreciaban porque había conseguido convertirlos en armas verdaderamente imprescindibles en los casos en que se requerían técnicas de comando y combates cuerpo a cuerpo. Durante el semestre que tuvo a su cargo a los alumnos consiguió moldear sus cuerpos y convertirlos en musculosas estructuras como nunca habían pensado llegar a ser, especialmente en los casos de la química Jutta Borsdorf o del economista de banca Virgil Alexander, poco acostumbrados a esfuerzos físicos superiores a un partido de

tenis o alguna práctica de esquí en las montañas bávaras y suizas cuando el trabajo lo permitía y que ahora se enfrentaban a agotadoras marchas campo a través cargados como mulas con grandes mochilas llenas de piedras, cuando no a duras sesiones de gimnasia con todo tipo de aparatos. La fortaleza física que adquirieron en aquellos meses les dio a todos un aspecto más corpulento y saludable, cosa que no desagradó a ninguno, ni siquiera a la alemana, que sabía que su delirio por los bombones de chocolate era uno de sus peores enemigos y contra el que la razón se estrellaba periódicamente.

Estas prácticas se completaron con las *Técnicas de supervivencia e infiltración*, donde aprendieron a conjugar la astucia con la imaginación, la necesidad con el disimulo, en una especie de juego que podía serles extremadamente útil llegado el momento. Las recomendaciones para una infiltración efectiva en actividades de tipo político o social, tuvieron su complemento en las enseñanzas con que ilustró su clase de *Reclutamiento de colaboradores y simpatizantes* Simon Brand, que venía del MI6 y resultó muy misterioso en todo momento, pero lo suficientemente asequible a la curiosidad de los alumnos.

Forest Gabbett, profesor también procedente del MI6, les habló sobre *Estrategia y Espionaje industrial*, mientras que el teniente Scott Norton estuvo encargado de ilustrarles en *Información clasificada*, cómo identificarla, protegerla, transmitirla y, llegado el caso, destruirla. Toda esa información secreta había que descryptarla en muchos casos para su estudio y volver a encriptarla con técnicas complejas para remitirla a los organismos encargados de valorarla y el estudio de las técnicas de encriptación se convirtió, por su dificultad, en la asignatura más difícil y antipática de todo el período de aprendizaje. Para que se familiarizaran con la maquinaria que se utilizaba en la encriptación, la profesora Barbara Shrimpton, que compaginaba estas clases con las de *Autenticación de documentos y Técnicas grafológicas*, acompañó a los alumnos durante varios días a la Escuela de Código y Cifrado del Gobierno que, dependiente del Foreign Office, tenía su sede en Cheltenham, la elegante y elitista ciudad balneario de Gloucestershire, tan famosa por sus carreras de caballos.

Esta profunda inmersión de los alumnos en las enseñanzas de la escuela les dejaba prácticamente agotados al terminar cada jornada, no obstante lo cual cada uno se las ingeniaba para sacarle provecho a lo que quedaba del día cuando a las cinco de la tarde se les daba licencia para abandonar el Centro.

Tony, cada vez más enamorado de April, volaba materialmente hacia Garford Street casi sin despedirse de nadie, evitando coincidir con ella en la salida de su trabajo de confección de uniformes, lo que ahorraba chismorreos entre los compañeros de él y entre las costureras que la acompañaban a ella en aquella industria. En alguna ocasión posterior a la fiesta de fin de año, el sargento Roy se había considerado obligado a advertirle de que tuviera cuidado, no fuera a salir la joven viuda muy perjudicada de aquella relación sin futuro, a lo que Tony le respondía que todo estaba transcurriendo dentro del máximo respeto y con el conocimiento entre ambos de que aquello no pasaría de ser algo temporal, desgraciadamente, pero a lo que libremente habían decidido no renunciar. Al llegar a Garford Street, Tony se dio cuenta rápidamente de que April había llegado antes que él. Con la ilusión de un adolescente henchido de aquel amor que ocupaba todos sus pensamientos la buscó, subiendo los escalones hacia el piso de arriba de dos en dos hasta que la vio en su alcoba, cambiándose de ropa.

—Amor... —manifestó Tony en un arrebató de intensa felicidad —no aguantaba un minuto más sin verte.

—Ven aquí, mi apasionado torero español —le correspondió su amante con los brazos abiertos, luciendo un cuerpo apasionado y deseable, solo tapado por su escueta ropa interior—. Vera se ha quedado en casa de mi hermana para que Derek le ayudara a hacer los deberes. He acordado que pasaría a recogerla dentro de un buen rato.

—Maravilloso. Se me está ocurriendo una manera especial de quitarnos de encima todo el cansancio que hemos acumulado durante el día.

Sin darle oportunidad a protestar, la tomó en brazos en lo que ya se estaba convirtiendo en una divertida costumbre y la llevó al cuarto de baño. En los pocos minutos que emplearon en besarse estaban los dos dentro de la bañera, colmada de agradable y tibia agua que les acariciaba la piel como un guante de seda. Tony estaba tumbado boca arriba y ella en la misma posición sobre él, se dejaba acariciar sensualmente por todo el cuerpo, mientras él le besaba el largo y delicado cuello y le mordisqueaba el lóbulo de una oreja, cosa que parecía gustarle mucho a April, que emitía ligeros gruñidos de placer manteniendo cerrados los ojos en una especie de duermevela.

Pese a las sospechas que abrigaba de que Tony la poseería allí mismo, tras aquel interminable juego de caricias, la obligó a incorporarse y, saliendo ambos de la bañera, la secó travieso con una gran toalla que sirvió para los

dos y la trasladó sin tocar el suelo hasta su cama de matrimonio, donde gozaron de su felicidad hasta niveles que uno y otro desconocían. April pensaba que resultaba maravilloso comprobar la veracidad de lo que sus amigas en la India le habían contado en los momentos de confidencias: era posible disfrutar al mismo tiempo de la delicadeza de amor más sublime y de las fuertes sensaciones de placer físico sin que éste pareciese algo sucio ni inadecuado. Al contrario, tan necesario era lo sutil de un encuentro espiritual como el contacto de su parte más animal y las fuertes sensaciones que de ello se derivaban. Se sentían plenamente felices de descubrir en cada unión alguna forma nueva de decirse que se querían y que se completaban el uno en el otro.

Pasaron los meses de enero, febrero, marzo y abril de ese año de 1932. La formación de los alumnos tocaba a su fin, pero hubo de pasar otro mes dedicado al aprendizaje de nociones elementales de medicina y primeros auxilios y quedó para el final el estudio en profundidad de las técnicas de fotografía y obtención de antecedentes personales. La primera de las enseñanzas la impartió el Dr. Michael Bateman que, veterano de mil destinos en las colonias, había intervenido en todo tipo de lesiones, enfermedades y cirugías, por lo que de su boca salía la sabiduría de lo práctico a borbotones y los muchachos adquirieron en pocas semanas algunos conocimientos que podían serles de gran utilidad en el futuro.

De la segunda de las materias, la técnica fotográfica, se encargó una vez más un experto del MI6: Geoffrey Ravenshaw, quien pronto contó como ayudante con Tony Martin, dada su amplia experiencia en este campo. Su apreciada *Ensing* de manufactura inglesa y que había sido su fiel compañera durante tantos años, jugó un importante papel en las clases, junto a otras máquinas aportadas por el profesor bastante más completas, entre ellas la dedicada a microfotografía, modelo del que luego se proveería a cada uno de los alumnos para su uso en los países a que irían destinados.

Y así, con estas últimas enseñanzas, el período de instrucción en Inglaterra tocaba a su fin. Lejano quedaba para todos aquel día húmedo y gris a principios de noviembre del año anterior en que descendieron del *HMS Hood* en Plymouth para ponerse en manos del sargento Rob Roy, “del Regimiento de Guardias Escoceses de las fuerzas armadas de Su Majestad”, como tuvo a bien presentarse, el hombre para todo al que todos acabaron apreciando porque siempre estaba disponible cuando a alguno le surgía un

problema, una contrariedad, cuando había que dar la cara para pedirles algo a los profesores o superiores. Y ahora tenían que regresar a sus países de origen, todos menos Bakenroth, ése lo tenía más fácil porque vivía en Londres, a menos que fuera enviado a Rusia, cosa que no sería nada rara por su conocimiento del país y del idioma.

Habían sido siete meses de aprendizaje, de familiarizarse con técnicas para ellos desconocidas hasta entonces, de convivir de nuevo en el país al que se habían comprometido a defender si las cosas se ponían mal. En los países de destino nadie conocería su doble papel, de lo que no sería el menos importante su dedicación al servicio de Inglaterra. Tal vez estarían al tanto algún cónsul o embajador, que serían como tumbas. Ni los más directos familiares conocerían su compromiso y su labor de información. Contarían con algunos recursos económicos y toda la colaboración que precisaran de otros agentes o representantes diplomáticos. Al llegar a destino se les proveería de un telégrafo de cierta potencia para estar siempre comunicados, de medios de observación, registro y encriptación. Se les comunicarían cuales habrían de ser sus contactos y la forma de acceder a ellos.

El último día de su estancia en la particular escuela de espionaje, que coincidió con el fin de ese mes de mayo, los alumnos estaban avisados de la llegada de una personalidad que cerraría las actividades del curso por lo que correspondía a aquella promoción. Para sorpresa de todos, el ilustre visitante no fue otro que Vernon Kell, Director General del Servicio de Seguridad, MI5, al que todos conocían en el cuerpo como “K” y que tuvo en su día la ocurrencia humorística de ponerle al Centro el famoso título de *The Half*. El director Byron Mudford fue presentando a Kell a todos los alumnos, uno a uno, citando sus procedencias y aportando leves pinceladas sobre sus profesiones respectivas. Kell saludó y mantuvo conversaciones en ruso, italiano, francés y alemán con los que hablaban estos idiomas, y se dirigió en inglés al resto. A continuación les rogó que se sentasen con el propósito de dirigirles unas breves palabras.

—Señores, señorita —se inclinó levemente ante Jutta Borsdorf —vengo a esta casa con el único objeto de despedirles, pues desde mañana pueden incorporarse a sus puestos respectivos en sus países de origen. Y vengo a hacerlo en nombre del Secretario del Foreign Office, Sir John Simon, y muy especialmente, del señor Primer Ministro y Líder de la Cámara de los Comunes, Mr. Ramsay MacDonald. Ambos, concedores de mi visita de hoy

a esta institución, me encargaron ayer que les transmitiera a ustedes el agradecimiento de la nación entera, ya que ésta no podrá hacerlo nunca dado el carácter estrictamente secreto de sus actividades.

Han dispuesto de los mejores profesores que el país ha podido proporcionarles. Les puedo asegurar que la selección de estos profesionales ha costado años de investigación y hoy nutren el claustro de este Centro los mejores técnicos y peritos en cada una de las disciplinas impartidas. Puedo imaginar que son conscientes del esfuerzo que para cada uno de ellos supone venir aquí a preparar a sucesivas promociones de agentes y se me ha informado de que no han desperdiciado ustedes el tiempo. Enhorabuena, no esperábamos menos de esta promoción como tampoco hemos sido defraudados por las anteriores.

Desde hoy son ustedes agentes secretos al servicio de una de las naciones más poderosas del mundo; siempre que lo consideren necesario hagan uso del engaño, la ilusión y la decepción en beneficio de su labor. Aprovechen todas las oportunidades que se les brinden, pero utilícenlas con inteligencia y moderación.

Son pequeños consejos que seguramente habrán ustedes estudiado ya en este Centro, singularmente en las clases sobre *Control de la seguridad propia* o incluso en las de *Localización de objetivos*, pero que deberán tener presentes en todo momento y recordarlos mientras sigan al servicio de la Corona. Su observancia ha salvado muchas vidas, especialmente valiosas porque servirán para salvar otras muchas con las informaciones que nos vayan proporcionando.

Solo me resta decirles que a partir de este momento tendrán ustedes a su disposición todos los medios con que los diversos servicios secretos de Su Majestad cuentan a día de hoy. Las embajadas y consulados de nuestro país en sus lugares de origen tendrán, solo al más alto nivel, plena información de quienes son ustedes y la labor que desempeñan. Como último recurso podrán recurrir a estas legaciones, aunque lo normal es que actúen por libre y su contacto sea directo con las oficinas que el servicio secreto mantiene en *The Half*, su nueva casa. Por supuesto, los potentes equipos de telegrafía que hemos puesto a su disposición les permitirán la comunicación inmediata entre todos ustedes cuando ello sea imprescindible. ¡Les deseo mucha suerte en su nueva labor!

—¡Gracias, señor! —respondieron al unísono los once compañeros.

A partir de aquel momento todo se precipitó, las despedidas de unos y otros, las palabras de agradecimiento al sargento Rob Roy, el respetuoso apretón de manos al Director General Vernon Kell, al Coronel Mudford y a los profesores que aquella tarde habían acudido al Centro a despedir a los muchachos. Para sorpresa de Tony, el Director Mudford le llevó discretamente a un aparte y le dijo que se personara al día siguiente a primera hora de la mañana en *The Half* porque tenía que hablar con él de un asunto de la mayor importancia.

El italiano Adrian Dawson, siempre tan guasón y decidido, pidió permiso para salir del Centro a través de la sala de corte y confección que la fábrica de uniformes mantenía como tapadera en la planta baja del edificio, tal y como lo habían hecho al llegar en un oscuro día de noviembre de 1931. A regañadientes y previa la intervención a su favor del sargento mayor Roy, Mudford dio su aprobación. Los alumnos no eran ya los novatos que pisaban aquel lugar por primera vez, cargados con sus maletas y con el apuro que les daba saberse observados por multitud de ojos femeninos dispuestos a sacarles los colores con algún comentario subido de tono, como el que la desenvuelta Karmin les dedicó a su llegada. Ahora eran veteranos del Centro, dispuestos a comerse el mundo y la salida que efectuaron fue triunfal, con la cabeza bien alta y mirando de frente y con amplias sonrisas a aquellas mujeres, unas más agraciadas que otras, pero todas de buen humor y encantadas de hacer un alto en su trabajo para admirar a aquel atajo de buenos mozos. La única que no fue objeto de comentarios graciosos fue la alemana, pero regresaba a Darmstadt más delgada, más atlética y más elegante, no se podía tener todo.

En el semblante de una de aquellas trabajadoras era fácil observar la melancolía que su sonrisa no conseguía encubrir. April sabía que aquello era el fin de la estancia en el Centro de todos aquellos muchachos, de los que solo uno le importaba. A duras penas conseguía esconder las lágrimas que formaban delatores charcos en los bajíos de sus ojos. ¡Había sido tan corto..! Sí, tal vez pudiera reprochar al destino lo breve de su encuentro con Tony, pero siempre estaría obligada a agradecer lo intenso que había resultado y lo limpio y noble, sin reproches, sin nada de lo que tuviera que arrepentirse. Lo repetiría mil veces si se le ofreciera la oportunidad y aceptaría con agrado el dolor del inevitable desenlace. Nunca olvidaría aquellos meses, aquella pasión, aquella ternura, los guardaría para siempre en su corazón como un tesoro que nadie compartiría, porque solo a ellos dos había pertenecido.

Como excepción a meses de aislamiento y discreción, los alumnos consiguieron que la dirección del Centro les autorizara para reunirse a comer todos juntos de manera que pudieran despedirse adecuadamente. Escogieron un escondido *pub* en Kingston upon Thames que propuso João McConnell, el portugués, principalmente porque vivía cerca y sabía que no era muy concurrido, salvo por algunos parroquianos de los alrededores, solo interesados en degustar su pinta de cerveza. Allí departieron sobre el contenido del intensivo curso que habían compartido, se hicieron las confidencias normales sobre lo que les esperaba al regreso a sus países de origen y prometieron mantenerse en contacto.

Los aparatos de telegrafía que les iban a proporcionar cuando volvieran a sus cometidos anteriores eran verdaderamente potentes y suponían la posibilidad de comunicarse entre ellos en el futuro, si bien se les había advertido de que aquello no eran juguetes y debían ser empleados solo en caso de necesidad, más para comunicarse con *The Half* que para relacionarse entre ellos. Largos apretones de manos pusieron fin al encuentro, excepto para la alemana, a la que todos besaron y abrazaron entrañablemente.

El regreso al 85 de Garford Street fue distinto al de todas las ocasiones anteriores. April aguardaba a Tony preocupada por la despedida que debería ofrecerle. Se encontraba tan insegura que optó por preparar una buena cena que compartirían con Vera, así la alegre niña pondría un punto de distracción y amenidad que ella se encontraba incapaz de aportar. Sin embargo, la llegada de Tony resultó más misteriosa de lo que ella esperaba. La atrajo reservadamente a la salita donde la chimenea encendida ayudaba a caldear el ambiente y la sentó a su lado, con una proximidad que les permitía sentir el contacto tibio de sus cuerpos.

—Tengo la sospecha de que mi estancia en Londres no ha terminado todavía —avanzó Tony—. Al terminar el curso me ha dicho el Director Mudford que quiere verme mañana a primera hora para un asunto de la mayor importancia. Si a los demás compañeros no los ha avisado de algo similar, es que se me quiere encargar algún tipo de trabajo o misión especial y no se me va a mandar de vuelta a España por ahora, estoy casi seguro.

—Ojalá sea así, —apoyó impaciente April —eso nos permitiría seguir juntos algún tiempo más. Cada día que pueda tenerte a mi lado es el regalo más valioso que puedo esperar. Te he llegado a amar de una manera que hasta me duele físicamente pensar en que pronto no te tendré a mi lado...

Impaciente por conocer la proposición que le iba a hacer Mudford, Tony se presentó a primera hora de la mañana en *The Half*. Encontró al sargento Roy sacando brillo al coche del Director, que ya refulgía como una brasa, lo que no dejaba de ser aventurado en una clásica mañana londinense en que los nimbos grises y sombríos predecían las sempiternas precipitaciones.

—Hola, muchacho. El Coronel te está esperando —le avisó Rob Roy—. Me ha pedido que le prepare su coche, así que probablemente viajes con él a algún sitio.

—Hola, Rob. Oye, tú que tienes más experiencia que nadie por aquí. ¿Te hueles adonde piensa llevarme?

—En otras ocasiones ha ocurrido algo parecido. Se selecciona a un alumno para determinada misión y se le lleva a las altas esferas, donde se le explica lo que se pretende de él. Yo juraría que te llevará al MI5, encargado de la seguridad interna y cuyo jefe, Mr. Vernon Kell, os dirigió la palabra ayer como recordarás, pero muy bien puede estar pensando en llevarte al SIS o MI6, es decir, la agencia de inteligencia exterior, aunque puedo equivocarme, por supuesto, todo esto son meras especulaciones.

—Pronto lo sabremos —consideró el muchacho, al tiempo que se dirigía con paso rápido al despacho del Director.

—Adelante, Martin, adelante —invitó Mudford, en un tono de mayor cordialidad del que hasta ese momento había dedicado al grupo de alumnos —le estaba esperando. Queremos pedirle un último esfuerzo antes de abandonar el Reino Unido. Se trata de seguir un nuevo curso aquí en Londres, no tendría usted que abandonar su lugar de residencia y duraría unas cuatro semanas, pero no quiero adelantarle nada y no le invito a sentarse porque partimos en seguida. Tenga la bondad de acompañarme hasta el coche, por favor.

Intrigado por las palabras del Director, Tony le acompañó hasta el vehículo, ante el que se encontraba el sargento Roy, que actuaría como conductor. Multitud de ideas cruzaban por la mente del muchacho, que no se imaginaba qué nuevas habilidades debía aprender además de las ya adquiridas, extrañado de que fueran exclusivas para él y sin participación del resto de sus compañeros. La que sí se iba a alegrar seguramente sería April, que podría retenerlo a su lado algún tiempo más si lo que le iban a proponer prosperaba. Decidió no adelantar acontecimientos y esperar a ver qué resultaba de todo aquello.

—¡Sargento Roy, a Broadway Buildings! —decidió Mudford, ante lo que el uniformado militar, que abría ceremonioso una de las puertas traseras del automóvil para que entrasen los que iban a ser sus pasajeros, hizo a Tony una señal cautelosa indicándole la cifra del seis, avisándole así de que se dirigían a la sede del servicio de inteligencia exterior —.

El automóvil tomó la dirección de City of Westminster y al cabo de un buen rato se detuvo ante el 54 de Broadway, bastante cerca del St James Park, donde tenía su sede el Servicio Secreto de Inteligencia de Su Majestad, dependiente del Secretario de Asuntos Exteriores. El Coronel Byron Mudford era sobradamente conocido, por lo que la identificación preceptiva se limitó a Tony y fue muy somera dada la categoría de su acompañante, que le llevó sin dilación a la quinta planta del edificio, introduciéndole en la antesala del despacho principal, ocupado en aquel momento por dos de las tres secretarias habituales.

—Señorita Eileen, —se dirigió a la que aparentaba más años y mayor autoridad administrativa —dígame a “C” que ya hemos llegado, por favor, nos está esperando.

—Sí, Coronel, el Almirante ha dado orden de que pasen ustedes sin hacer antesala. Permítanme que les franquee la entrada de su despacho — contestó la secretaria abriéndoles la puerta.

La costumbre de llamar “C” al director del Servicio Secreto era una especie de homenaje que se rendía al fundador, el capitán Sir Mansfield Cumming, que había presidido la institución desde 1909 a 1923 y que gozaba de un prestigio difícil de igualar en los círculos de la inteligencia como maestro de espías.

—Adelante, Byron, bienvenidos —se congratuló de la visita el director —preséntame a tu acompañante, ten la bondad.

—Sí, señor. Me complace presentarle a nuestro aventajado exalumno de *The Half* Mr. Anthony Martin, que reside en Granada, España, y que ha demostrado verdadera aplicación en la totalidad de las asignaturas del curso. La verdad sea dicha, al igual que el resto de sus compañeros. Parece que los profesores están haciendo un trabajo de auténtica valía, señor.

—Lo sé, Mudford, lo sé, tengo mis fuentes secretas de información en ese nido de espías.

Ambos militares rieron la ocurrencia ante la actitud callada de Tony, que esperaba le fuera presentado oficialmente el Director del MI6, como

correspondía entre caballeros.

—Mr. Martin, tengo el honor de presentarle al Director del Servicio Secreto de Inteligencia de Su Majestad, Almirante Sir Hugh Sinclair.

—Mucho gusto, señor.

—Lo mismo digo, Mr. Martin, les ruego que tomen asiento ambos — propuso, al tiempo que señalaba un cómodo tresillo—. Agradezco, al igual que lo hizo ayer mi colega Vernon Kell, el esfuerzo que han hecho ustedes y la futura dedicación al servicio de su país, ello les honra a todos y les convierte en hijos predilectos de la nación, aunque nunca se les pueda rendir oficialmente este homenaje, al menos hasta que sean ustedes unos verdaderos ancianos y me imagino que para entonces algunos no estaremos ya aquí para verlo.

Pues bien, vayamos al grano. Como usted muy bien conoce al ser residente en ese gran país que es España, unas veces aliado del Reino Unido y otras algo menos —ironizó Sinclair— el actual panorama político y social deja allí bastante que desear. Desde la caída de la monarquía, la situación se ha vuelto más que convulsa con la instauración de la república. Alfonso XIII era un firme aliado de Gran Bretaña, y no solamente por su matrimonio con una nieta de nuestra insigne Reina Victoria, sino por su propia afinidad con nuestro país, de hecho hablaba inglés con soltura y gustaba de relacionarse con nuestro monarca Eduardo VII.

Ese lazo entre España e Inglaterra se ha roto y no parece que el nuevo régimen salido de las elecciones del año pasado tenga mucho interés en recomponerlo. El Foreign Office está hondamente preocupado por la difícil situación que hoy atraviesa España. La irrupción de determinadas fuerzas, como el comunismo pseudo-bolchevique y el poderoso anarquismo que se extiende por la Península, unido a las muestras de claro enfrentamiento entre los sectores de la población considerados como clase media y las clases trabajadoras, pone en serio riesgo de guerra civil a ese país que debería dedicarse a prosperar económica y culturalmente en lugar de ponerse a quemar iglesias de modo frenético, como ha pasado en Madrid hace muy poco. Si a ello le añadimos las tendencias desmembradoras que suponen los nacionalismos furibundos que están surgiendo, nos encontramos con un polvorín que no interesa en absoluto al Reino Unido. La estabilidad en el Mediterráneo la consideramos de una importancia decisiva para que nuestra diplomacia pueda dedicar sus esfuerzos a otros ámbitos regionales que nos

preocupan especialmente, como es el caso de Centroeuropa.

De ahí que le hayamos traído a usted a nuestra escuela de colaboradores. Su papel como informador de la realidad española, adelantando en lo posible cualquier acontecimiento desestabilizador no tendría precio. Sus contactos con los redactores del periódico en que colabora le darán acceso a las fuentes más directas de las noticias, que podrá retransmitirnos antes incluso de que lleguen al resto de sus conciudadanos. Sus relaciones comerciales a través de la empresa en la que trabaja también le pueden proporcionar testimonios y confidencias de primera mano sobre lo que se está cocinando en las áreas política y económica en cada momento. Esa inmediatez del conocimiento es esencial para la adopción por nuestro Gobierno de medidas que garanticen la seguridad de nuestro país. La rapidez en transmitirnos las noticias de interés constituye la razón de ser del servicio de espionaje al que se van a dedicar usted y sus condiscípulos de *The Half*.

Y lo que ahora voy a proponerle, podría completar generosamente esa labor. No es la primera vez que se hace, pero le sorprenderá seguramente. En fin, sin más circunloquios, pensamos introducirle nada menos que en los domicilios particulares de algunas personas de conocida relevancia en la vida española. Ya veo el asombro reflejado en su rostro, no se preocupe, no le voy a pedir que asalte el hogar de nadie, todo lo contrario. Le voy a invitar a que adquiera determinada especialización que le permita acceder a la vida familiar de los próceres que le indiquemos.

¿Cómo? Muy sencillo: sustituyendo usted al mayordomo de esas personalidades. Para ello es necesario que pase con éxito un completo curso de cuatro semanas en una escuela de mayordomos de Londres de reconocido prestigio que nos ha salido bastante cara, dicho sea de paso. Esa escuela ignorará que usted presta servicio al Gobierno de su Majestad, será un alumno más que se paga sus estudios para que se le contrate por algún potentado, teóricamente inglés.

CAPITULO 16°. Escuela de mayordomos. 1932

Esa noche, acostado junto a April y disfrutando de la alegría de ver que se les ampliaba el plazo para seguir juntos que ya habían dado por terminado, Tony decidió franquearse con ella. No podía ser demasiado reservado que le hubieran encargado documentarse como mayordomo. Y se trataba de la hija de un militar que había estado casada a su vez con otro militar y que ahora trabajaba en una fábrica donde se confeccionaba ropa para el ejército. Los militares estaban acostumbrados a la discreción, lo tenían asumido porque era parte consustancial de sus vidas, tan diferentes a la de los civiles con los que trataban. No podía tener demasiada importancia que supiera que se le había encomendado aprender a fondo el papel de mayordomo y sería agradable compartir con ella al menos esas experiencias, ya que no había podido hablarle de las aprendidas en *The Half*.

—¿Sabes la razón de que me quede un mes más en Londres? —se sinceró Tony—. Me han pedido que siga un curso para aprender a

desempeñar la profesión del perfecto mayordomo, ¿qué te parece?

—¿Mayordomo? ¿Y de qué puede servirte eso?

—De las posibilidades que me ofrecerán esos conocimientos no puedo hablarte, pero supongo que sí podré hacerlo del método de enseñanza. Creo que puede ser divertido, sobre todo porque no se parece en nada a todo lo que he venido haciendo hasta ahora, tengo verdadera curiosidad.

—Pero, de alguna forma, trabajar en eso sería para ti como bajar un escalón social. Por muy bien considerado que esté un mayordomo, no deja de ser un criado.

—¿Y qué piensas tú que es un contable en una empresa de exportación de aceites esenciales? Un empleado que debe hacer en todo momento lo que se le ordena. El que paga es el que manda, pero el mayordomo está en la cúpula del servicio de una casa, es el que dirige a la servidumbre, una figura de cierta relevancia porque así lo determina quien lo emplea, con lo que consigue trasladarle el peso de unas tareas de las que el amo, por decirlo así, se descarga. No, un mayordomo en una casa señorial es una figura de verdadera importancia. En fin, ya te contaré. De todas formas, lo que interesa es el desarrollo de esa profesión en determinados ambientes de mi país, pero ya te he dicho que de eso preferiría no hablar.

—Lo comprendo. ¿Y dónde está esa escuela tan maravillosa?

—Por lo visto, en una pequeña pero señorial mansión que ha restaurado un antiguo mayordomo de Sir Rudolf Robert Basil Aloysius Augustine Feilding, noveno Conde de Denbigh y octavo de Desmond. El mayordomo, de nombre Bastian Blackwood, adquirió con los ahorros de toda su vida ese coqueto palacete, llamado Burtenshaw Manor, al Noreste de Londres, por la zona de Buckhurst Hill, y ha montado una escuela de mayordomos del mayor prestigio. Al parecer, el caserón es del más puro y neoclásico estilo eduardiano y Blackwood gusta de proclamar que lo diseñó nada menos que Richard Boyle, uno de los más famosos arquitectos del Siglo XVIII.

Lo cierto es que todos los que se forman en ella encuentran trabajo rápidamente y no solo entre los nobles ingleses y los acaudalados financieros de la City, sino en otros países, sobre todo europeos, donde se los rifan con sumas que se podrían considerar astronómicas para el trabajo que desempeñan. No te digo más que hay cola para ingresar y ha habido que recurrir discretamente a su antiguo jefe Sir Rudolf para que influyera en mi admisión, toda una novela.

—Lo importante es que seguiremos juntos, es un milagro. ¿Cuándo empiezas?

—El lunes próximo, así que tenemos cuatro días para nosotros solos. Afortunadamente cuento con un tranvía que me deja muy cerca porque está lejos de aquí, tendré que madrugar bastante cada mañana.

—Entonces no tenemos tiempo que perder... —puntualizó April con picardía.

—Ni un minuto —refrendó Tony introduciéndose por completo bajo las cómplices sábanas.

Transcurridos los cuatro días, a las ocho menos cuarto de la mañana de aquel lunes seis de junio de 1932, Tony se presentó en *Burtenshaw Butler School* con una carta de referencias totalmente falsa pero primorosamente elaborada por los servicios de falsificación de documentos y cartografía del MI6. Nadie podría negar las elogiosas observaciones que en ella constaban y que mencionaban al educando como criado y mozo de comedor durante tres años en el domicilio de Lord Charles Frederick Aubrey de Vere Beauclerk, decimotercer Duque de Saint Albans, entre otras cosas porque el Duque nunca lo negaría, ya que era socio del mismo club londinense que el Almirante Sir Hugh Sinclair, el *Boodle's Club*, y este se lo había pedido después de dejarse vencer en la primera partida de ajedrez que le había ganado el Duque en siete años, lo que acabó costándole al Director del SIS una cena a base de ostras y pescado en *Wiltons* y un sarpullido que tardó una semana en remitir.

—Así que es usted Mr. Anthony Martin. Es un placer admitirle en esta escuela, dadas sus impecables referencias y la recomendación que me ha hecho llegar el señor Conde de Denbigh, a quien tanto debo —le recibió correcto aunque algo distante el director y propietario—. Soy Bastian Blackwood y confío en que todo será de su agrado y para su aprovechamiento. Al terminar las clases esta tarde le acompañaré a ver al sastre de Burtenshaw Manor, Mr. Cristopher Botwright, que le confeccionará a medida el frac que deberá usted llevar a partir de la semana próxima durante su permanencia entre nosotros, la misma vestimenta que le acompañará a lo largo de su carrera de mayordomo, que confío será próspera y satisfactoria. El importe del frac ya lo ha abonado usted al hacer el ingreso

del curso. Como creo que no se va a alojar en ninguno de los hospedajes que este centro tiene concertados, su cuenta con nosotros está totalmente al día.

—Mucho gusto, señor. Confío en dejar bien alto el pabellón de esta escuela si al final me hago merecedor del título que en ella se concede.

—No me cabe la menor duda —coincidió ceremonioso el Director de la institución, encantado al ver las educadas maneras y buena disposición del candidato —y, si es tan amable, le ruego me acompañe al salón donde se impartirán las clases para esta nueva promoción de alumnos.

Ambos se dirigieron a un salón decorado en impecable estilo regencia, versión inglesa del estilo imperio francés, aunque con menos perifollos y ornamentos. La elegancia, el orden y el buen gusto acompañaban a una limpieza y una pulcritud en muebles y objetos rayana en la obsesión. Todo allí estaba orientado a transmitir la idea de que un buen mayordomo era imprescindible para aportar perfección, refinamiento y exquisitez a las residencias de las clases dirigentes cuyas voces se hacían oír en la economía y en la política. Doce sillas y un sencillo sillón dominaban la estancia, ocupada además por diversos sofás y una amplia mesa de comedor en pulida caoba, irrepresiblemente provista de mantel y servilletas del más puro hilo de Flandes, vajilla de aristocrática porcelana de Rosenthal, cubiertos de plata de Allen & Darwin, de Sheffield, y perspica cristalería de Baccarat, para acabar de dar el tono de distinción al conjunto. El silloncito era la sede del profesor de turno y las sillas estaban destinadas a los alumnos que ese día empezaban sus clases; nunca se había admitido a más de una docena en cada promoción.

Blackwood, cuyos ademanes no evidenciaban precisamente una excesiva masculinidad, dirigió al grupo unas palabras de bienvenida y presentó al profesor y a los diversos alumnos, entre los que no habría más competencia que la de aprender el oficio porque allí no se le iba a negar el título y las referencias a nadie que demostrara haber adquirido los conocimientos necesarios para desempeñar su profesión.

—Una profesión que debe convertirlos, por una parte, en seres invisibles cuya presencia tratarán de que pase lo más desapercibida posible para sus empleadores. El primer mandamiento del ayuda de cámara será siempre no molestar, evitar que sus jefes se sientan importunados por ustedes o por el resto del servicio en lo que podríamos denominar un exceso de celo y, por otra parte, en él reside la máxima autoridad sobre la servidumbre, tal vez con

la excepción del ama de llaves, que es quien le ayuda en determinadas funciones y cuya labor no debe colisionar con la suya.

La virtud que debe presidir la vida laboral del mayordomo debe ser siempre la de la discreción. Ninguna se debe anteponer a ésta, ni siquiera la eficiencia en el trabajo. Un mayordomo indiscreto pierde su baza más importante: la confianza de quienes le emplean, por eso su función le convierte en el guardián de los secretos de la familia, ninguno de los cuales puede traspasar el umbral del ámbito doméstico. Su silencio debe estar a la altura del que domina las consultas de los psiquiatras o se comparte en el confesonario de los católicos. El mayordomo es el servidor que va a estar presente, por si se le precisa, en múltiples situaciones delicadas, compartiendo con su callada presencia materias reservadas sobre asuntos de familia, opiniones políticas, negocios y discursos privados, tanto de sus empleadores como de sus invitados, que dan por supuesta esa necesaria discreción. Deben tener en cuenta que la presencia del mayordomo en estas ocasiones puede venir impuesta por la atención completa que se debe prestar a los reunidos, a veces de edades avanzadas, que pueden necesitar que se los auxilie con rapidez o, simplemente, porque alguno de ellos puede solicitar que se le sirva una bebida, se le encienda un cigarro o se le traiga el periódico del día para consultar una noticia.

Esa cualidad de discreción debe ser compatible con las necesidades de confidencialidad, y en ocasiones de amistad, que puede requerirle su empleador. El mayordomo debe saber siempre dónde está su sitio y dónde está la raya que no debe traspasar. Aunque su señor olvide esta norma de vez en cuando, él debe mantenerse en su posición si quiere acabar conservando su puesto.

Ustedes están llamados a convertirse, a través de las enseñanzas que les impartiremos aquí, en mayordomos de primera clase. Aspiramos a que nuestros alumnos salgan de Burtenshaw Manor constituyendo la élite de los ayudas de cámara en Gran Bretaña y fuera de ella. Van a ser la viva representación de lo que todo el mundo espera de la larga tradición que nuestro país ha ofrecido siempre en esta honrosa profesión, de ahí su responsabilidad de defender ese legado y a esta misma institución.

Los profesores que les van a dedicar su tiempo les hablarán fundamentalmente de tres suertes de disciplinas: las relacionadas con el cuidado de la casa, las técnicas de organización necesarias para que todo

funcione al gusto de sus superiores y la atención directa y personal a éstos, especialmente, por lo que a ustedes se refiere, al señor de la casa, pues dentro de las funciones del mayordomo no es la menos importante la de *valet* o ayuda de cámara. Hoy pasarán la mañana con el primero de sus profesores, Mr. Hubert Ross, que les hablará sobre mantenimiento de la casa, vinos, cocina y otras materias, buenos días.

Aquella tarde el Director Blackwood dejó a Tony en manos del sastre de la escuela, Mr. Christopher Botwright, un hombre extraordinariamente alto y delgado de pobladas patillas y afable sonrisa. Como ya le había anunciado, Burtenshaw Manor incluía un completo frac en el importe de sus elevados honorarios, en eso se distinguía de otras escuelas de mayordomos. Al parecer, siempre se ponían peros a los fracs con que acudían a la escuela alumnos procedentes de la servidumbre en familias adineradas o de la nobleza británica, increíblemente proclive, en ocasiones, a escamotear unas guineas en el atuendo de sus sirvientes, por lo que se acabó incluyendo a un experto sastre entre el personal de la casa y obligatoria la confección de dicha indumentaria. Tras tomar medidas al muchacho, le citó para dos días después, con el fin de hacerle la primera prueba, ya que debía lucirlo cuanto antes y a lo largo de todo el curso.

—Usted viene de España, ¿no es cierto, Mr. Martin? —indagó el sastre que no había tenido muchas ocasiones de vestir a alumnos españoles—.

—Pues sí, es cierto, vivo habitualmente en España, aunque no alcanzo a entender cómo lo ha averiguado usted, Mr. Botwright.

—Es sencillo, aquí no hay secretos, esto es como una gran familia y todos acaban conociendo las particularidades de los demás.

—Pero eso deja bastante en entredicho todo lo que Mr. Blackwood nos comunicó en su discurso de bienvenida sobre la necesidad de la discreción en la labor de los mayordomos, ¿no lo ve usted así?

—No precisamente, la discreción a que él se refiere es la que se le debe al empleador y a todo lo que ocurre en el seno de la familia que manda en la casa. Otra cosa son los criados, la convivencia cercana entre ellos favorece el cotilleo, es un mal endémico muy difícil de combatir y que para nada debe influir en la buena marcha de la residencia.

Tony recordó que aquella mañana había comentado su procedencia granadina con algunos compañeros en un momento de descanso entre clase y clase, correspondiendo a las confidencias que ellos le hacían, así que lo

normal era que alguno lo hubiera comentado sin malicia con el sastre o con el Director del centro. No tenía mayor importancia, pero se propuso ser más reservado en el devenir del curso.

—Aparte de eso —apuntaló el sastre —me alegro mucho de poder contarle a usted, como español, una anécdota curiosa que no es conocida porque yo fui uno de sus protagonistas y no la he contado nunca. El caso es que en julio de 1929, hace ahora tres años, tuve el honor de vestir a dos generales españoles. Yo tengo mi taller en Old Burlington Street, en Mayfair, justo la calle paralela a Savile Row, la de las famosas sastrerías, y le aseguro que la mía no es menos renombrada. Un agradable día de principios de julio de aquel año entraron por la puerta dos militares extranjeros, que vestían de paisano, y un intérprete. Se trataba de Don Miguel Primo de Rivera y Don Francisco Franco. Más tarde tuve conocimiento, por la indiscreción de un cliente mío que ostentaba un alto cargo en el Foreign Office, de que ambos generales se llevaban muy bien y que, coincidiendo en el acto de la imposición de una medalla militar a Franco por Su Majestad Alfonso XIII el mes anterior, Primo le pidió que le acompañara a nuestro país a entrevistarse con el Premier Ramsay MacDonald para la adquisición de armamento militar.

Tenía Don Miguel el capricho de encargarse un par de trajes en mi sastrería, donde ya habíamos tenido el honor de confeccionarle otros, y le rogó a Franco que le permitiera obsequiarle con uno como agradecimiento por acompañarle. Yo soy testigo de que Franco se negó reiteradamente, pero ante la insistencia de Primo de Rivera tuvo que ceder para no contrariarle. Al parecer, el sueldo de general de Franco nunca le hubiera permitido semejante dispendio.

Las medidas del dictador español las teníamos de ocasiones anteriores y con pocos retoques el encargo quedó dispuesto para pasarlo a confección, pero al tomar medidas a Franco por primera vez hubo que pedirle que posara un momento en ropa interior, a lo que hay que reconocer que no puso pega. Yo mismo me encargué de tomar medidas y al llegar a la entropierna, con aquella ropa interior austera y cuartelaría que usaba el general, costumbre según me dijo que arrastraba desde la campaña de Marruecos, me sorprendió lo desnivelado del conjunto, usted ya me entiende, por lo que no me resistí a preguntarle:

—Mi general ¿de qué lado carga Su Excelencia?

Ante lo cual el general, de natural serio y poco comunicativo, pues al no

dominar nuestra lengua tenía que recurrir al intérprete, soltó una tremenda carcajada paralela a la de Primo de Rivera y contestó:

—Hombre de Dios, ¿para qué lado va a ser? Hacia la derecha, mi buen amigo, siempre hacia la derecha...

Las cuatro semanas de aprendizaje de aquel curioso oficio transcurrieron con tranquilidad, en un ambiente serio y circunspecto, como correspondía a la predisposición natural que se pretendía inculcar a los alumnos por el equipo de dirección y profesorado. Todo allí iba orientado a la eficiencia, con un claro toque de gravedad, comedimiento y decoro. Tony aprendió todo lo que un mayordomo inglés debe conocer. Si sus superiores en el servicio secreto le ordenaban ejercer esa profesión estaba seguro de que no los defraudaría.

Las clases finalizaron un buen viernes, en el plazo señalado por el programa y el director Blackwood. Al lunes siguiente, Tony se presentó ante el Coronel Byron Mudford en *The Half* para que este le comunicara lo que se esperaba de él.

—Mr. Martin, los informes que ha emitido sobre usted la *Burtenshaw Butler School* certifican su capacidad para desempeñar las tareas propias de un mayordomo a la perfección, con lo que ya está usted preparado para la misión que el Almirante Sir Hugh Sinclair ha decidido encargarle y que conocerá en breve. Por ahora, se incorporará de vuelta a su trabajo en Granada, pero el mes de agosto, tradicional período de vacaciones en Pujante Spices S. A., se presentará usted en el consulado que dirige Mr. Brendan Chadwick para recibir instrucciones. Soy consciente de que hoy es cuatro de julio y de que va a disponer de muy poco tiempo para recuperar sus obligaciones en la empresa de exportación, pero por lo que respecta a su jefe Mr. Pujante no hay problema. El cónsul ha hablado con él y está de acuerdo en que su verdadero retorno al trabajo se produzca a primeros de septiembre. Le deseo buena suerte y una fructífera vida de servicio a su país. Cuento siempre con el apoyo de este Centro y con el mío propio en lo que me sea posible —afirmó el Director, mientras estrechaba afectuoso su mano.

—Gracias, señor, espero no defraudarle.

—No me cabe duda de su predisposición al servicio y de que las informaciones que nos remitirá serán de provecho para la nación. Dígale al sargento Roy que le acerque a su domicilio con mi coche y parta usted para el continente mañana mismo. En este sobre tiene la totalidad de billetes de ferry y tren que necesitará para atravesar Francia y llegar a su destino. Como único

lujo de toda su estancia con nosotros, esta vez viajará de Londres a París y de ahí a Madrid y Granada con la Compagnie Internationale des Wagons-Lits et des Grands Express Européens. Que disfrute del viaje, es lo menos que debemos ofrecerle, ya que no podemos procurarle ningún crucero turístico del tipo del que le trajo hasta aquí —se excusó bromista Mudford—.

Rob Roy acercó al muchacho hasta el 85 de Garford Street. El corto viaje lo pasaron charlando, habían adquirido cierto grado de complicidad por encima de la que el sargento pudiera haber dispensado a cualquiera de los otros alumnos.

—¿Cómo se siente April, lo va a pasar muy mal? —inquirió el suboficial con cierta preocupación.

—Hombre, Rob, bien no lo va a pasar, te engañaría si te dijera lo contrario, pero, como ya te dije, da por buenos los malos ratos que le esperan a cambio de los maravillosos que hemos compartido. Te aseguro que para los dos ha sido una experiencia que jamás olvidaremos y ambos pensamos que ha merecido la pena, porque nos queremos de verdad. Nadie sabe las vueltas que puede dar la vida, aunque es poco probable que nuestros caminos puedan volver a juntarse algún día. Confío en que, por lo menos, sea para nosotros con el tiempo un recuerdo dulce de algo que hemos compartido y que las circunstancias han hecho imposible. Ella no se imagina en España y en estos momentos tan difíciles por los que pasa aquel país no puedo pensar en presionarla para que se venga a vivir conmigo cuando aquí goza de una estabilidad y una paz que le ayudarán a criar a su hija y llevar una vida más bien satisfactoria. Para nosotros ha sido mucho más que una aventura, pero los dos asumimos el fin de la relación, aunque sea con verdadera tristeza.

La llegada a casa de Tony ya presagiaba para April el final de aquel amor. Los billetes a Dover eran para el día siguiente y así se lo expuso él. Aunque hizo esfuerzos considerables por no llorar, April no pudo contener las lágrimas en multitud de ocasiones, poniendo especial cuidado en que Vera no lo notase. Él la consolaba y acariciaba con el mayor mimo y se dedicaron la noche para hacer el amor hasta que quedaron extenuados y, en cierto modo, felices.

—Siempre te amaré, mi torerillo español —abrió su pecho April—. Tal vez logre volver a amar a alguien, nadie conoce lo que el futuro nos guarda, pero no podré olvidarte nunca. Eres un hombre excepcional, el compañero solícito que toda mujer desea, el amante más tierno que pude imaginar y

desde que llegaste has sido muy bueno con Vera y conmigo. Si alguna vez piensas en volver a Inglaterra y soy libre, volveré a ser tan tuya como lo soy ahora.

Mientras Tony cruzaba en el ferry el Canal de la Mancha, April y sus compañeras en el taller de confección disfrutaban de una pausa en el trabajo para almorzar. En un momento dado, Rob Roy se acercó a saludarla.

—Hola, April, buenos días. Quería decirte que puedes contar con Dorothy y conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Rob, lo sé, siempre habéis sido dos buenos amigos, en vida de Kenneth y después. Sé que puedo contar con vosotros, pero estoy bien, de verdad, podré sobrellevarlo.

—Me alegro mucho, April y deseo decirte algo, aunque sé que no es el momento, pero quiero que en el futuro, cuando todo esto haya pasado, pienses en ello.

—¿De qué se trata, Rob?

—Pues verás, fuiste muy amable con una persona en la fiesta de fin de año y quiero que sepas que él no lo ha olvidado.

—¿Te refieres al sargento Melvyn Nibley, el viudo?

—Sí, más adelante, cuando te repongas de todo esto, me has de prometer que pensarás en la posibilidad de que te lo presente algo más formalmente. Perdona la inoportunidad, pero si no te lo digo Dorothy no me dejará nunca en paz.

—Bueno, Rob, dejemos que pase el tiempo, que las heridas cicatricen y ya veremos, ¿de acuerdo?

—Gracias, April, eres un ángel.

CAPITULO 17°. It's a long way to Tipperary. 1932

De vuelta en Granada, la Señora Flora, patrona de la Pensión Guadix, no podía creer que ese mocetón, tan guapo y con esa desenvoltura de la que probablemente carecía al partir en noviembre pasado, fuera el mismo que ahora tenía delante de ella pidiéndole de nuevo habitación. El abrazo maternal que le dio le obligó a dejar precipitadamente en el suelo la maleta para corresponder al afecto que se le demostraba. La fiel Jacinta, la cocinera, también le estampó un par de sonoros besos, pero no pudo impedir que la fresca de “la Eulalia”, la joven encargada de la limpieza, le achuchara más de lo conveniente, ante lo que el chico pareció azorarse un poco, o al menos eso delataba su encendido semblante y la sorpresa que mostraban sus ojos.

—Como se dé cuenta la *Señá* Flora, te vas a enterar, fresca, más que fresca, que hay que ver cómo te tiran los pantalones... —le reconvino la cocinera en cuanto tuvo ocasión.

—¡Calla, mujer, que te va a oír! ¿Qué más te dará a ti y no has visto lo guapo y lo gallardo que vuelve el ladrón? A saber qué habrá estado haciendo por esas tierras de Dios...

Al día siguiente, sábado, Tony se acercó por la redacción de *El Defensor de Granada*, donde saludó a algunos compañeros que se alegraron ruidosamente de su vuelta y que le obligaron a pagar una buena ronda de chocolates con churros y carajillos en el barzucho de Colás, el de la esquina, que más parecía un cafetín de Tetuán que una cantina de Granada. El redactor jefe, Josema Bonet, le dio la bienvenida, lo invitó a comer en una tasca de la

plaza de la Pescadería, cerca de la catedral, y le dijo que contaba con sus fotos y sus reportajes desde la semana siguiente.

Por la tarde cogió el autobús que hacía la línea de Murcia y que le dejaría en la Puebla de Don Fadrique para ver a su padre, al que el día anterior había enviado un telegrama anunciando su visita. Antes de subir compró con diez céntimos un ejemplar del diario ABC, edición de Madrid, cuya portada mostraba a siete guardias civiles con caras de pocos amigos, tocados con el reglamentario tricornio y armados con mosquetón en disposición de ser utilizado al instante mientras escoltaban al médico del pueblo, que portaba sombrero fedora de oscuro fieltro y blancas esparteñas. Al pie de la foto pudo leer: “CÓMO EL MEDICO DEL PUEBLO RECORRIÓ LAS CALLES PARA ATENDER A LOS HERIDOS. Villa de Don Fadrique, en la provincia de Toledo, fue teatro durante el día de ayer de gravísimos sucesos. Grupos de obreros armados, a las seis de la mañana, recorrieron el pueblo en actitud amenazadora y cortaron la línea telefónica, la vía férrea y la carretera. Después, incendio de eras y durante varias horas intenso tiroteo con la guardia civil”.

—Bueno —pensó Tony —ya estoy de vuelta a casa.

Olegario le acogió con los brazos abiertos al bajar del autocar. Era mucho tiempo sin ver a su hijo y sin apenas tener noticias de él. En una tartana que hacía las veces de coche de punto, arrastrada por un viejo jaco y gobernada por un cochero de nariz aguileña y jorobado a todas luces, se trasladaron hasta la casa, aledaña del taller de talabartería que constituía el negocio del antiguo minero. A pesar de ser sábado por la tarde, acudió a recibirlos Pancracio, uno de los dos empleados de la tienda, para ayudar por si el viajero traía equipaje, aunque lo magro de éste por guardar poco más que una muda para el fin de semana, hizo que su esfuerzo resultara baldío. De todas maneras, Tony apreció el detalle, sobre todo por lo que suponía de atención con su padre.

—Mis dos empleados son muy buena gente, honrados, atentos y trabajadores, no tengo de ellos ni la más mínima queja —atestiguó Olegario —pero este es excepcional. El otro, Ceferino, es más joven y tal vez algo más tosco y menos servicial, aunque es fuerte y no huye del tajo, no puedo negarlo. Pero déjame que te vea, han sido solo ocho meses fuera y pareces distinto, te veo más atlético y más resuelto, no sé cómo decirlo, parece que hubieras madurado con más rapidez de lo que venías haciéndolo en Granada

de forma natural. Te ha pasado lo mismo que a muchos jóvenes que, como tú, marchan al servicio militar y vuelven cambiados, más hombres. ¿Ha sido muy duro, hijo?

—No, padre, ha estado bastante bien, un poco rutinario, eso sí —no quiso dar muchos datos Tony sobre su cometido al servicio de su país —y me ha permitido volver a pisar tierra inglesa, sabe Dios cuando podré volver a hacerlo. Lo más emocionante fue el permiso de que disfruté para ir a Gales a ver a los abuelos y al resto de la familia. No puedes imaginarte lo que se acuerdan de ti y cómo te echan de menos. Todos estuvieron muy cariñosos conmigo, fueron unos días estupendos. A los abuelos especialmente los encontré un poco mayores, como es natural, pero parece que empiezan a superar la pérdida de mamá, Dios los bendiga, siempre tan cariñosos.

El tío Raymond me presentó a su hijo Timothy, que ha cumplido ya cinco años y aunque todavía es un poco tímido parece lo que aquí llamarían los calés “un churumbel mu salao”. También me dijo que se encontraba de vez en cuando con Bernie Pursey, que te sucedió en el gobierno del sindicato minero, y hablaban de ti. Al parecer todavía te echan de menos por allí, padre.

—El bueno de Bernie, supongo que lo estará haciendo bien. Era bastante bisoño cuando lo propuse como sucesor mío pero se le veían ganas de trabajar y de vez en cuando viene bien la afluencia de sangre joven, con ideas nuevas. Tal vez le escriba un día de éstos. Pero, dime ¿Cómo encontraste a la tía Eliona, sigue soltera y sin compromiso?

—Pues sí, sigue soltera y sin compromiso —replicó Tony, que no podía salir de su asombro ante la pregunta—. Y todavía toca el arpa con esa gracia que todos sabíamos apreciar. Estuvo verdaderamente cariñosa conmigo y te recuerda mucho.

—No sé, tengo que confesarte, hijo, que a veces pienso en ella. Me encuentro muy solo cuando acaba el trabajo y no tengo con quien compartir mi vida. Tal vez a tu madre le habría gustado que Eliona y yo...

—No me cabe la menor duda, padre, y estoy seguro de que te podría hacer muy feliz, piénsatelo.

—Sí, en ello estoy, en ello estoy. Aunque me parece que mientras que vivan los abuelos solo tendrá ojos para ellos.

—Bueno, eso es una de las cosas que han cambiado por allí. Hace ya bastante tiempo que la prima Martha dejó de ser niña y de necesitar que

alguien cuidara de ella cuando Elissa su madre se encontraba trabajando. Al parecer, Bonnie se abrumaba un poco en una ciudad tan bulliciosa como Cardiff, con todo el trajín del carbón, los ferrocarriles y los barcos en el puerto. Así que, viendo que ya no la necesitaban tanto, les sugirió que preferiría volver a su vida tranquila en Abertillery, cuidando de los abuelos y ayudándolos en las tareas de la casa, con lo que se ha vuelto con ellos hace tiempo. Eso supone que si Eliona los dejara, no quedarían solos, sino en las buenas manos de la hacendosa Bonnie, que los adora como tú sabes, además de contar con las visitas frecuentes del tío Raymond, la tía Elissa y sus dos hijos, tus sobrinos, que siempre pasan las vacaciones en casa de los abuelos.

—¿Y tú que opinarías si yo le pidiera a Eliona que estudiase una proposición mía?

—Pues la verdad, padre, me darías una gran alegría, no me gusta verte tan solo y no puedo pensar en alguien mejor que ella para poner un poco de orden en esta casa, que parece la de un solterón, llena de enredos por todos lados.

—Tienes razón, hijo, soy un poco descuidado y aquí hace falta la mano de una mujer. Por muy bien que limpie y ordene esto Benigna, la mujer de Pancracio, no es lo mismo.

—Verás, antes de partir de Gales, la tía Eliona me hizo partícipe de un secreto que ha guardado celosamente durante más de veinticinco años. Al parecer le pasó lo mismo que a mamá, nada más verte quedó prendada de ti. No sé qué les das, padre —rio Tony, ante la cara de pasmo que ponía Olegario —pero cuando vio que mamá se decidía claramente por ti entre todos los invitados de aquella boda del tío Raymond y la tía Elissa, se retiró, le dejó el campo libre a ella y renunció a ti. Me ha confesado que para ella no ha habido ni habrá otro hombre y me hizo prometer que si alguna vez te pasa por la imaginación pretenderla como esposa, te dijera que siempre estaría dispuesta, aunque tenga que abandonarlo todo y seguirte a esta tierra tan distinta de la suya como es España. Chico, como dicen en este país, “Así se las ponían a Fernando VII”. Lo que nunca pude imaginar es que podría cumplir tan pronto la promesa que le hice en el jardín de la casa de los abuelos, que siempre ha sido la casa de todos.

Olegario recordó con añoranza aquella casa entrañable, a la que fue

llevado para una boda un primero de marzo de 1906, hacía ya veintiséis años nada menos, por sus compañeros españoles en la mina, Blas y Saturnino, leoneses oriundos de El Bierzo que habían encontrado, como él, su sustento y sus posibilidades de ahorrar un capitalito trabajando el negro carbón que tan celosamente guardaban los pozos del Sur de Gales. Aquel mismo día conoció a la que había de ser su compañera, una pecosilla de exuberante y pellirroja cabellera, que acabaría siendo madre de su único hijo, al que ahora tenía allí delante, convertido en un hombre que le hablaba ya de tú a tú. Ese mocetón, tan alto y tan fuerte como él, que no era precisamente flojo y que, aunque había heredado los ojos y el recio mentón paternos, se parecía bastante a Betty y se la recordaba continuamente, no solo por su físico, sino por los ademanes y gestos que había heredado de ella, más de los que tenía conciencia el propio chico.

A la memoria le vinieron los años de preguerra, durante los que los conflictos con las compañías mineras no cesaron en ningún momento aunque, tras la momentánea luna de miel que vivieron por la afortunada intervención de Lloyd George, no volvieran a revestir la gravedad de lo ocurrido en Tonypany. Sí que era cierto que esa tensión social se estaba dando en otros muchos sectores de la economía británica, pero él era el encargado de defender los intereses de su *Trade Union* y lo que más le preocupaba era la minería, como no podía ser de otra forma.

Lo cierto es que fueron momentos muy duros para el país, a los que se unía la difícil situación en Irlanda, donde las demandas de independencia habían alcanzado cotas de violencia en extremo preocupantes que desembocarían en el *Alzamiento de Pascua* de 1916. Pero lo que colmó el vaso en aquellos años fue la declaración de guerra del Reino Unido a Alemania, un cuatro de agosto de 1914, en un decidido apoyo a sus aliados belgas y franceses que los ingleses no pudieron, o no supieron, evitar. Fue un revulsivo nacional que obligó a todos los sectores industriales a suspender de raíz sus reivindicaciones sociales, posponiéndolas hasta no se sabía cuándo. En la *Welsh Mineworkers Trade Union* de Cardiff sus dirigentes recibieron el encargo oficial de comunicar a los mineros afiliados que el país los necesitaba en la producción del indispensable carbón y que, mientras siguieran en aquel duro oficio, no se les demandaría su incorporación a filas.

Sin embargo, Olegario recordaba cuándo, como tantos otros compañeros, hubo de prestar el servicio militar en 1916, por una nueva ley

que obligaba primero a los solteros y luego, sin distinción de estado, a todos los hombres mayores de dieciocho años y menores de cuarenta y dos. Y así ocurrió que, entre los muchos que ese año se incorporaron a filas para aprender el manejo de las armas y las normas esenciales del servicio militar, había varios regimientos de mineros de todo el Sur de Gales y Oleg, con treinta y ocho años cumplidos, era uno de aquellos reclutas. Su campo de entrenamiento se encontraba en Pontypridd, a unas doce millas al Noroeste de Cardiff, donde fueron sometidos a la más dura instrucción para ponerse en buena forma física, como si la mina de por sí no te convirtiera en un hombre fuerte y musculoso, y solo se les daba permiso de salida el domingo, con el objeto de que los casados visitaran a sus familias y los solteros disfrutaran de unas horas de esparcimiento, del que la mayoría regresaba considerablemente ebrio. Cuando el sargento mayor del regimiento comprobó el ascendiente de Olegario sobre sus compañeros de regimiento que, para su sorpresa, le conocían por el apodo de *Armada*, lo que recordaba bastante a *The Army*, le propuso para cabo y se le nombró con rapidez, pues hacían falta mandos de tropa ante la insuficiencia de profesionales.

“Y ahí estaba yo, —evocó Olegario para sus adentros —más cerca de los cuarenta que de los treinta y cinco, dando órdenes en la instrucción de los reclutas y haciéndoles desfilar al ritmo de marchas militares que nunca antes habíamos oído y tuvimos que aprender a toda prisa. Por cierto, cómo se impuso en seguida aquella pegadiza canción irlandesa, que luego cantaba todo el país, hasta en cines y teatros: *It's a long way to Tipperary, it's a long way to go; it's a long way to Tipperary, to the sweetest girl I know!* Algo así como “Hay un largo camino hasta Tipperary, un largo camino para ir; hay un largo camino hasta Tipperary, hasta la más dulce chica que conozco”.

Así pasaron aquellos cuatro años de guerra, entre privaciones y racionamientos pero con toda la población unida como una piña. La verdad es que este pueblo más vale tenerlo como aliado, porque como enemigo resulta ciertamente temible, no solo por sus medios y la preparación de sus dirigentes militares y políticos, sino por el sentido patriótico que saben despertar entre sus ciudadanos. Son capaces de luchar en los ambientes más extraños y adversos sin que disminuya un ápice su tesón y la capacidad de aceptar cualquier tipo de padecimiento que se les imponga. Tienen sus defectos, pero en lo que toca a disciplina y sentido del deber son admirables, no hay más remedio que reconocerlo, debe ser más por sus orígenes sajones que por sus

raíces normandas. Aunque no les guste son primos lejanos de los alemanes, sobre todo sus monarcas, tan emparentados con la casa de Sajonia-Coburgo.

Pese a ser años muy difíciles, en la familia Martin-Sappington éramos plenamente felices. Tony crecía sano y fuerte, visitábamos a los abuelos de Abertillery con frecuencia, nuestras relaciones con Raymond y Elissa eran más que entrañables y mi labor en el sindicato era respetada por todos. La verdadera desdicha empezó a mediados de 1921, cuando ya hacía casi tres años que la Gran Guerra había quedado atrás. Recuerdo que era verano y estábamos en casa de los abuelos, pasando unas vacaciones tan alegres como cualquier otro año, cuando una mañana Betty, que se encontraba desde hacía algún tiempo un tanto débil, se levantó tosiendo y, ante la natural alarma de todos, escupió sangre. A nuestra llamada acudió pronto el médico del pueblo, el cariñoso doctor Linton Wissler, que prescribió un rápido análisis de sangre y esputos pero que, desde el principio, nos dijo que aquello olía de lejos a tisis, es decir, tuberculosis, y no nos quiso ocultar la gravedad de la enfermedad.

Lamentablemente, el diagnóstico precoz del Dr. Wissler se confirmó en toda su crudeza y la enfermedad estaba bastante avanzada. Puestos a buscar el origen y la causa de aquella dolencia —recordó Olegario— tuvimos que pensar en las visitas que hacía Betty en Cardiff a gente humilde, hacinada en casas del barrio portuario de una pobreza difícil de describir, con más enfermos que sanos, ayudando a mujeres prostitutas y a alcohólicas abandonadas por sus maridos y cargadas de hijos en un ambiente de la más lóbrega miseria. Cuando yo le reñía diciéndole que se sometía a la posibilidad de contagio de todo tipo de enfermedades desconocidas, siempre me decía que alguien tenía que hacerlo y que no podía dejar que aquellos seres humanos murieran como perros, abandonados de todos. Esa humanitaria costumbre la había heredado de su madre. La abuela Sarah siempre estuvo muy vinculada a la parroquia de St. Michael de Abertillery y allí organizaba visitas de ayuda a algunas viudas de mineros que se habían dado a la bebida y arrastraban una vida miserable. Les limpiaba la casa, les atendía a los hijos y les llevaba la comida que podía, pero nunca trajo a casa ninguna enfermedad, por lo que el abuelo se limitaba a admirarla en silencio.

Recuerdo con dolor como si le estuviera escuchando ahora mismo que el médico dictaminó el inmediato aislamiento de Betty, para evitar el contagio al resto de la familia y recomendó su traslado a un sanatorio antituberculoso

donde le fuera administrado el tratamiento más conveniente por personal especializado, dados los evidentes síntomas, a los que se añadía la fiebre, los sudores que le invadían por la noche y la acusada delgadez. Retengo nítida en la memoria la mañana en que llevamos a mi amada Betty al sanatorio de Llanybydder, en Carmarthenshire, que estaba a más de cuatrocientos metros de altitud como recomendaban las nuevas técnicas para curar la tisis, en un monte que se llama Mynydd Pencarreg, donde casi todo el mundo hablaba en galés.

Cada sábado cogía a Tony, un mozalbete tan desgarrado entonces, y nos íbamos a ver a su madre, que alternaba períodos de recuperación con otros de agravamiento de la enfermedad. Así estuvimos más o menos año y medio, hasta que un veintitrés de enero de 1923 fuimos llamados apresuradamente por su médico de cabecera en el sanatorio porque el final se consideraba muy próximo, prácticamente inmediato. Hubiera querido evitarle a Tony el sufrimiento de vivir la muerte de su madre, pero no me lo permitió. Aunque solo tenía catorce años, las circunstancias por las que tuvimos que pasar le obligaron a madurar muy por encima de lo normal en aquella edad.

Alrededor de Betty estábamos toda la familia, los abuelos, sus hermanas Bonnie y Eliona, su hermano Raymond y su cuñada Elissa. Les prohibí que trajeran a Martha, ante lo que creo que se sintieron aliviados. Betty se apagaba como la llama de un candil al que solo le quedan unas gotas de aceite y lucha sin esperanzas por seguir alumbrando, pero estoy seguro de que se encontró en paz y arropada por todos nosotros. No aprecié miedo en su semblante en ningún momento, sino un amor infinito por todos nosotros y la pena natural por tener que dejarnos. Murió al día siguiente, con las manos de Tony y las mías estrechando cada una de las suyas, que ya no disponían de fuerza alguna, pero que habían sido las manos con las que me acarició tantas veces, las manos con las que cuidó a su hijo cuando era un bebé, las manos con las que consoló a las mujeres que, sin querer, le transmitieron aquel mal.

La vida se hizo muy dura con su marcha. Mientras estuvo ingresada en Llanybydder nos quedaba el consuelo de que el sábado podríamos verla y llevarle un pequeño regalo, un pastel, un bonito cepillo para el pelo, un cojín bordado para acomodarse en la cama, algo que le hiciera ilusión. Tony y yo comíamos a menudo en casa de Raymond y Elissa, más que nada para no encontrarnos solos, echándola en falta en cada rincón, en cada momento, en cada situación. Nos faltaba su palabra, su olor, su calor, su antigua energía.

Empezó a faltarnos el mismo aliento y entonces fue cuando decidí romper con todo, empezar una nueva vida con mi hijo, lejos de aquello que nos la recordaba a cada paso. Me acordé de mi tierra. Para Tony sería como una aventura hacia lo desconocido, todo sería nuevo y le ayudaría a olvidar, tal vez a mí también. Me costó vencer la resistencia de los abuelos y del resto de la familia, pero logré que lo comprendieran y nos dejaran marchar con nuestro dolor.

Le escribí al primo Genaro, de Íllora, que ya me había aconsejado cuando tuve que salir por piernas de Loja y le pregunté si conocía algún negocio en el que pudiera invertir lo ahorrado en Gales y me diera de comer en el futuro. Una vez más su consejo fue atinado. Había oído hablar a un amigo corredor de fincas de un negocio de cueros y pieles que se vendía porque el talabartero era demasiado viejo para seguir y no tenía descendencia. Estaba en la Puebla de Don Fadrique y a mí no se me había perdido nada por allí, pero me convenció porque el negocio estaba saneado, tenía porvenir y se encontraba a bastante distancia de Loja, donde yo tenía a alguien que no había olvidado la puñalada que le di por robarme la novia y se decía que todavía me esperaba para ajustar cuentas. Con un hijo a mi cargo no me podía permitir pependencias de ese tipo, así que acepté el consejo de mi primo y compré la talabartería.

Tengo que reconocer que nunca me he arrepentido. Desde que llegamos a la Puebla a mediados de noviembre de 1923, con un hijo que acababa de cumplir los quince años y yo camino de los cuarenta y seis, nos da de comer a tres familias y me ha permitido pagar los estudios de mi hijo en la capital. Pero tiene razón Tony. Estoy demasiado solo y es posible que llegara a amar a la dulce Eliona tanto como amé a su hermana, mi añorada Betty. Sería un amor distinto, pero sería amor. Últimamente me acuerdo mucho de Eliona, eso debe querer decir algo. Me tendría que armar de valor y escribirle, ha sido una revelación lo que me ha contado Tony, es una puerta que se abre para mí y debería aprovecharla, de cobardes nunca se ha escrito nada.”

No había concluido julio cuando, a petición del legado diplomático, Tony se presentó una tarde en el Consulado británico en Granada. La calle Verónica parecía alegrarse con su presencia por las banderas inglesa y española bailando coloristas en el corrido balcón de la fachada, orgulloso de

lucir la baranda de forja más vistosa y barroca de toda la corredera. Subió al piso de las oficinas, donde le recibió Miss Claudine Clint, la fiel secretaria, que le estrechó la mano en gesto amistoso. No solo era un compatriota, se adivinaba que el muchacho era algo más que un simple súbdito que venía como tantos a pedir solución para sus problemas.

—Buenas tardes, Mr. Martin. El Cónsul y otro señor le están esperando —le notificó Miss Clint.

—Muchas gracias, Miss Clint, me alegro de ver que sigue usted tan bien como siempre, seguro que causa estragos entre los indígenas —se permitió bromear Tony, mientras se dirigía al despacho principal de la legación.

—Qué cosas tiene usted, Mr. Martin, me temo que moriré soltera. Quien yo quisiera que se fijara en mí nunca lo ha hecho, así es la vida —se sinceró enigmática la tímida secretaria.

Nada más traspasar la puerta del amplio despacho del cónsul, Tony presintió que el acompañante de Mr. Chadwick era alguien especial. Vestía traje de chaqueta ligeramente ajado, aunque no viejo. Como si el deslucimiento debido al uso tuviera como misión la de hacer pasar desapercibido a su dueño. Un buen planchado hubiera puesto pronto remedio al buscado desaliño, pero éste recordaba a Tony las enseñanzas recibidas en *The Half* de resultar inadvertidos entre la multitud, evitando que un atuendo excesivamente elegante o demasiado desastrado pudiera servir para una rápida identificación por “la oposición”.

—Bienvenido a Granada, Tony —le acogió el cónsul afectuosamente — me alegro mucho de tu regreso. Te presento a Benjamin Troy, agregado de prensa en nuestra embajada de Madrid. Ha venido a Granada ex profeso para hablar contigo. Ben, tengo el gusto de presentarte a Anthony Martin, tan galés como Henry Morgan, el corsario.

—También como como el Rey Arturo, no lo olvide, señor —apercibió Tony en vivaz contrataque—.

—Mucho gusto, Anthony, en cierto modo somos colegas. Muchos agregados de prensa en embajadas de nuestro país somos funcionarios encubiertos del MI6 del que ya has oído hablar en *The Half*. A propósito, supongo que habrás aprendido mucho en esa escuela exprés de espías, ¿no es así?

—Supongo que así es. Prácticamente no nos han dado ni un momento de respiro durante los meses que ha durado el entrenamiento. Nos han enseñado

de todo, aunque seguro que conoces bien lo que allí se cuece —se apuntó Tony al tuteo entre camaradas.

—Y, por lo que a ti respecta, has tenido que pasar por una estricta escuela de mayordomos que le ha costado bastante dinero al SIS pero que, según me consta, a “C” le ha parecido poco en compensación por lo que piensa obtener de ti. Enhorabuena, chico —alabó Troy.

—Gracias, confío en no defraudar al Almirante Sinclair. A veces tengo miedo de que se hayan puesto tantas expectativas en mí, no sé si tienen verdadero fundamento.

—Pues ahora vas a tener ocasión de empezar a demostrarlo. Precisamente para eso he venido a verte. El uno de agosto te incorporas como mayordomo a la residencia en Madrid de Juan Ignacio Luca de Tena y García de Torres, Segundo Marqués de Luca de Tena. Por si no estás al día en la materia, te diré que se trata del director del diario madrileño ABC, periódico que pertenece a su familia. Es persona simpatizante de todo lo británico, no en balde ha estudiado nuestra lengua en Inglaterra, y se relaciona muy bien con influyentes círculos de nuestro país. El periódico que fundó su padre, Torcuato Luca de Tena y Álvarez Ossorio, es de tendencia decididamente monárquica y desde la caída de Alfonso XIII en las elecciones del año pasado que trajeron la República de nuevo a este país, no ha dejado de maquinarse y conspirar contra el actual régimen.

Una costumbre inveterada de Luca de Tena —determinó el agregado de prensa —es disponer en todo momento de un mayordomo inglés que administre de forma eficiente su mansión madrileña. Él y su esposa doña Catalina Brunet y Serrano, conviene que te aprendas desde hoy estos nombres, están siempre demasiado ocupados como para dedicarse encima al gobierno de la casa. Cuando su mayordomo Austin Briscoe, que es agente nuestro desde hace bastantes años aunque ellos lo ignoran, claro está, se va de vacaciones, lo que suele ocurrir en agosto porque se muere de melancolía si no regresa a Escocia al menos en vacaciones, don Juan Ignacio se pone en contacto con determinada agencia de empleo de Londres, que le manda un sustituto. Naturalmente, esa agencia nos comunica el evento, por lo que suele darnos tiempo a proporcionar a alguien de nuestra confianza, y ese alguien, Anthony, eres tú en esta ocasión. Para eso han servido los pagos que “C” ha hecho a *Burtenshaw Butler School* y que han facilitado tu instrucción en esta materia.

En épocas anteriores de más bonanza para los marqueses, por ejemplo durante la Dictadura de Primo de Rivera, la familia y parte de la servidumbre se trasladaba a veranear a San Sebastián, como el resto de la élite dirigente madrileña, pero desde la caída de la monarquía no abandonan Madrid, en parte porque el periódico cumple una función política de transcendencia y en parte, probablemente, porque no saben lo que encontrarían a su regreso con este caos que está empezando a dominar a la capital. Tu función será, evidentemente, la de sustituir al mayordomo en todas sus funciones y mantener los ojos y los oídos muy abiertos para hacernos partícipes de quiénes se reúnen con el periodista y qué temas se tratan en tales encuentros. Aunque Luca de Tena sea persona afecta al Reino Unido, no está de más asegurarnos de que así lo sigue siendo y conocer de antemano los planes que los monárquicos tienen preparados para combatir al nuevo régimen. Cualquier conexión de este grupo de presión con políticos, financieros o militares descontentos con la nueva República debe sernos comunicada con celeridad.

—¿Y cómo te hago llegar la información que obtenga? —preguntó Tony.

—La forma en que te comunicarás conmigo va a ser muy sencilla: cada mañana, una vez haya terminado en el domicilio de tus nuevos señores la fase de desayunos, traslado de los niños al colegio y puesta a disposición del coche para llevar a Luca de Tena a la redacción de ABC en Serrano 61, tu misión es hacer la compra del día en el vecino mercado de La Paz, en la calle de Ayala, a lo que te acompañará normalmente alguien del servicio. A la entrada de ese viejo mercado de hierro hay un quiosco de periódicos donde Briscoe compra cada día el Heraldo de Madrid, El Sol, El Imparcial y el propio ABC, para que la señora tenga la información del día a primera hora de la mañana. El quiosquero es un tal Salvador Vizcaíno, un castizo madrileño al que todos en el barrio llaman Salva. Cuando él te entregue el manojo de periódicos, tú le pasas discretamente la nota de papel que quieras hacerme llegar a la embajada.

Pero cuidado, si esa mañana no ha podido hacerse cargo del quiosco Salvador y encuentras que lo ocupa su mujer, Nicasia, te vuelves sin entregarle el mensaje y lo llevas al día siguiente cuando esté Salvador. Nicasia es una republicana exaltada que odia al ABC y a todo lo que huelga a la monarquía y a ese diario, por lo que si cayera en sus manos algo que

podiese perjudicar a los marqueses, lo utilizaría en su contra sin dudarlo ni un momento. Otra cosa: al llegar al quiosco, si no tienes misiva que entregar, debes saludar diciendo “*Buenos días, Salva*”, pero si eres portador de un mensaje, tu saludo será “*¿Cómo está usted, Salvador?*”, con lo que él estará preparado para hacerse con el papel que le has de entregar. Solo si él te responde “*Hoy no tengo un buen día*” te abstendrás de hacer la entrega y saldrás de allí lo más rápido que puedas sin llamar la atención. Será una señal clara de que la oposición está al acecho y cualquier contacto entrañaría peligro. ¿Está claro?

—Muy claro —acordó Tony.

—Si tengo que pasarte yo alguna información también lo haré a través de ese quiosquero y la frase que utilizará para que sepas que te la va a pasar será “*¿Qué tal por casa de los Marqueses?*”. Al oírla te preparas para recibir el papel con total disimulo. Por lo que respecta a los marqueses de Luca de Tena, no tengas la menor duda de que te gustarán, te lo puedo anticipar. Son personas que, independientemente de su poder e influencia, mantendrán contigo un trato especialmente educado y correcto no exento de amabilidad. Sus hijos, Torcuato y Guillermo, no te causarán problemas. El primero tiene nueve años y el segundo cinco, pero hacen gala de una educación que ya quisiera yo para los míos y debo decirte que tú intervienes en su formación de manera relevante, porque desde que empezaron a hablar se le comunicó al mayordomo titular la obligación de dirigirse a ellos en nuestro idioma, actividad que siempre ha sido respetada y que tú deberás continuar.

Con los marqueses hablarás en español, salvo que ellos te demanden otra cosa pues los dos hablan inglés, prácticamente a la perfección. Si te preguntan por tus antecedentes, no tengas reparo en contarles tus orígenes galeses y que tu padre te enseñó el castellano por ser andaluz. Omite, sin embargo, todo lo relativo a tu residencia en Granada y a tu trabajo de contable en la fábrica de especias. Oficialmente, eres un joven recién salido de la escuela de mayordomos y que busca trabajo como tal en cualquier sitio en que se le requiera y se le paguen unos honorarios apropiados. Les dices que al acabar agosto regresarás a Londres y quedarás a la espera de que la agencia de colocación te encuentre un nuevo empleo, pero que en años sucesivos no tendrás inconveniente en pasar tus vacaciones de agosto sustituyendo de nuevo a su mayordomo titular, porque te estás comprando un pequeño *cottage* en Gales y te hace falta trabajar para pagarlo.

Finalmente, —concluyó Troy —he depositado en manos de Mr. Chadwick dos paquetes para ti que han llegado a nuestra embajada en Madrid por valija diplomática. El primero es una estación de telegrafía sin hilos, pequeña pero muy potente, que te permitirá ponerte en contacto inmediato con el servicio de recepción de informes que opera en *The Half*. También te permitirá comunicarte con tus antiguos compañeros en ese Centro, de manera que podáis compartir o contrastar informaciones. De todas maneras, debes tener en cuenta en momentos especialmente conflictivos que su uso ha de ser rápido y conciso, para evitar ser detectado por las autoridades de los países en que operáis, ya que se han desarrollado métodos de triangulación que permiten detectar las transmisiones y localizar el emisor, aunque no sin cierta dificultad. Todos los mensajes que envíes deben ser previamente cifrados con esta otra máquina, no demasiado voluminosa como puedes apreciar, pero que dará toda la seguridad que hoy por hoy es posible aplicar a una transmisión telegráfica.

El otro paquete, mucho más pequeño, contiene unos prismáticos de reducida dimensión pero tan potentes como los de campaña usados por los altos mandos del ejército y además la micro cámara fotográfica que te permitirá captar documentos u otros temas de interés, con unos clichés verdaderamente reducidos y que, dados tus conocimientos en la materia de los que he sido informado, pueden sernos de mucha utilidad. Todo este material va a quedar guardado en este consulado por Mr. Chadwick porque no me parece conveniente que te lo lleves a tu actual pensión. A la vuelta de tus servicios como mayordomo, cuando en septiembre te reincorpores a tu trabajo en Pujante Spices, debes buscar un piso en alquiler, para lo que contarás con alguna ayuda económica del SIS, y cuando te traslades a él podrás preparar un recinto discreto donde ocultar estos artículos a cubierto de limpiadoras o de poco probables registros policiales.

CAPITULO 18°. Marqueses de Luca de Tena. 1932

El viaje hasta Madrid resultó pesado, pues el expreso que salía de Granada a las once menos veinte de la noche no tenía prevista su llegada a la estación de Atocha hasta las ocho y diez de la mañana, sin contar los retrasos, y encima no era directo, había que efectuar transbordo en Moreda y enlazar con el convoy que venía desde Almería para rendir viaje en la capital madrileña. Gran parte del viaje lo pasó Tony cerrando la ventanilla de su departamento de segunda clase, que se abría continuamente y dejaba entrar la carbonilla procedente de la máquina de vapor que arrastraba el sinfín de vagones. Si no tenías cuidado, el negro humo del carbón quemado en su caldera haría parecer mineros de la Cuenca del Nalón a los viajeros poco previsores. Durante el duermevela que dominó gran parte del trayecto, a Tony le dio tiempo de sobra de pensar en Garford Street, 85, en April y en Vera, y en Louise y Derek Pavey, siempre tan cariñosos. No conseguía olvidar a April. Echaba en falta su compañía, no sabía qué hacer para olvidarla, ni siquiera lo pretendía.

“Ha sido maravilloso encontrarla, amarla, compartir mis horas con ella —pensó—. Nunca conocí nada tan tierno y tan ardoroso a la vez. Hay momentos en que me dan ganas de abandonarlo todo y volver con ella, pero me siento incapaz de renunciar a mi vida en España. Son ya muchos años y me he acostumbrado a estas gentes, a su forma de entender la vida, me siento a gusto en Granada, mi vida en Gales es ya solo un recuerdo. Sin olvidar mis raíces hace ya mucho que me siento español, me he acostumbrado a pensar como esta gente que gusta de disfrutar de la vida, que ama con entusiasmo la belleza, que deja traslucir sus sentimientos y necesita compartirlos con sus semejantes. Gente apasionada y espontánea capaz de las mayores locuras y genialidades, gente aventurera y acogedora. Y a todo eso se añade ahora mi compromiso como informador de mi país. No, conservaré mi nacionalidad británica, pero viviré mi vida en esta nueva patria, la que vio nacer a mi padre, la de los abuelos a los que nunca conocí, la que me ha acogido desde mi llegada como a uno de los suyos. Solo el destino sabe lo que será de mi vida, si volveré a ver a April, si algún día encontraré un amor como el suyo o tendré que suplicarle que se venga a vivir conmigo a este rincón del mundo”.

La llegada a Atocha el lunes uno de agosto le recordó en gran manera el ambiente y el perfil de Paddington Station. Una enorme estructura de hierro y cristal no exenta de titánica belleza. Todo en ella era un organizado desorden de hacendosas hormigas que abandonaban el tren con cara de cansadas para incorporarse a la ajetreada vida de la capital. Abundaban en los trabajadores las boinas y en las mujeres los grises pañuelos para cubrir sus cabezas. Las maletas de madera o de cartón y las cestas de mimbre y caña alternaban con otros equipajes en piel de los mejor trajeados, señoras y caballeros tocados con sombrero, ellos tirando de los últimos canotiers, los panamás y los flexibles y ellas con frescos sombreros de paja, pues ya habían abandonado hacía tiempo la moda del encasquetado *cloché*. No era raro ver los bombachos entre los chicos que habían dejado atrás los pantalones cortos. El calor del verano madrileño incrementaba, si ello era posible, los olores característicos de la estación, como el olor a brea de los residuos del carbón usado en las máquinas o el de los ferruginosos chorros de vapor que huían de la presión de sus calderas y que se mezclaban con los acres efluvios a orines al pasar delante de los urinarios y los aromas de los cafés baratos y los *revueltos* de anís y moscatel servidos en la cantina. Los maleteros, con sus gorras de plato y sus amplios blusones, ofrecían porfiados sus servicios, que solo requerían de lejos los viajeros acomodados.

Desconocedor por completo de la fisonomía de la ciudad, salió al exterior de la estación y subió a un taxi, al que dio la dirección de los marqueses, en pleno Barrio de Salamanca, el más elegante de la ciudad. Se maravilló al ver distanciarse la imponente estructura de la estación de Atocha, el edificio del Ministerio de Agricultura, coronado por grandiosas estatuas de mármol, los hoteles Palace y Ritz, favoritos de los viajeros elegantes, las fuentes de Neptuno y Cibeles, el Banco de España y la “Catedral de las Comunicaciones”, rimbombante denominación para el palacio destinado a los envíos postales. Abonó el importe del taxi, que le pareció barato por comparación con los pocos que tomó en Londres y, tras abrir la pesada puerta de hierro forjado y cristal que distinguía desde un principio la señorial residencia de los Luca de Tena y otras adineradas familias, se enfrentó al ceñudo portero de la finca que, al conocer su destino, relajó la expresión y le acompañó a la vivienda, dueña y señora de toda la planta principal, por encima del entresuelo. Más adelante supo Tony que el portero de la finca se llamaba Matías y era de la total confianza de los marqueses y de los demás propietarios.

Le recibió Tula, el ama de llaves, una agradable cuarentona, todavía de prietas carnes, que derrochaba discreción y ganas de agradar mezcladas con una más que evidente autoridad, imprescindible para gobernar a la servidumbre femenina. Le retiró la maleta, que puso en manos de Sebastián, uno de los dos criados, y le rogó que esperara mientras le anunciaba a los señores, que estaban desayunando en la terraza interior, más bien un invernadero por su techo de cristal y la profusión de plantas decorativas.

—Ya puede pasar —le brindó Tula al cabo de unos momentos, franqueándole el paso a través de la puerta corredera de cristal —los señores marqueses le esperan.

—Buenos días, señora marquesa, buenos días, señor marqués. Soy el mayordomo sustituto, al que esperaban. Mi nombre es Anthony Martin y me envía la agencia de colocación de Londres.

—Buenos días, Anthony, le estábamos esperando —despejó el camino doña Catalina, al tiempo que examinaba al mayordomo de verano. Al parecer, este año era más apuesto que los anteriores, en que solo habían recibido de Londres lo que ella calificaba inmisericorde como “deshechos de tientas”, en poco afortunado símil taurino que solía desagradar bastante al marqués.

—Sea bienvenido —precisó Juan Ignacio Luca de Tena—. Viene usted

con las mejores referencias de la agencia donde habitualmente contratamos los servicios del mayordomo que sustituye a nuestro apreciado Briscoe, quien lleva bastantes años a nuestro servicio. Supongo que comprenderá que esta necesidad de sustituir a nuestro *valet* cada verano resulta un tanto engorrosa, pero él tiene derecho a vacaciones, como todo el mundo. Espero que su estancia entre nosotros sea provechosa para todos. Tula le mostrará su aposento y le presentará al resto del servicio. La costumbre en esta casa es que el mayordomo es la figura principal del servicio, tal y como es tradición en Inglaterra. No obstante, las órdenes directas sobre las dos sirvientas y la cocinera son de la competencia de nuestra ama de llaves.

—Anthony, —dijo la marquesa —permítame adelantarle unas normas elementales del protocolo de esta casa. Los demás sirvientes le llamarán Sr. Martin. Usted los llamará por sus nombres de pila y a nosotros nos llamará normalmente señor y señora, sin más calificativos. A nuestros hijos Torcuato y Guillermo nos gusta que el servicio los llame señorito Torcuato y señorito Guillermo y se les tratará de usted; el tuteo está prohibido en esta casa de abajo hacia arriba. Como ya le habrán informado en la agencia, a los niños les hablará usted siempre en inglés y les dará clase de ese idioma cada tarde durante dos horas, de lunes a sábado sin excepción.

—Entendido, señora. Con el permiso de los señores me retiro para disponerme al servicio —invocó Tony, iniciando la retirada.

—Permítame que yo le dé también la bienvenida, señor Martin —mencionó Tula acompañándole hasta la habitación que le había sido asignada y que no era otra que la reservada al mayordomo titular. —Como verá, hemos procurado retirar las prendas de vestir del señor Briscoe para dejar sitio a las de usted en el armario, aunque ya veo que solo trae una maleta.

—El frac de uniforme y unas mudas y camisas, lo imprescindible para pasar un mes. ¿Usted cree que les he caído bien? —trató de sonsacar Tony al ama de llaves.

—Es difícil saberlo con lo corta que es siempre la primera toma de contacto. Yo diría que sí. Aquí mandan mucho las referencias que usted traiga y al parecer son inmejorables. Aunque, como es natural, tendrá usted que ganárselos día a día.

—Confío en que mi trabajo guste a los señores y a la servidumbre, para

mí es muy importante salir de aquí manteniendo las buenas referencias a que usted alude.

—No se preocupe demasiado por ello, estoy convencida de que los señores serán de su agrado. Guardan siempre las distancias normales entre patronos y empleados, pero en realidad son gente encantadora. Si tienen que reconvenir a alguien de la servidumbre le requerirán a usted para el cometido y le exigirán firmeza en el reproche, pero también le pedirán que lo haga con un tacto exquisito que impida que nadie se sienta ofendido, ya lo verá. Y ahora, antes de nada, déjeme su frac para que se lo planche en un momento, de manera que pueda usted salir perfectamente equipado a conocer al resto del servicio.

Tony dispuso su ropa en el armario y examinó con complacencia la habitación del mayordomo, el tal Austin Briscoe. El escritorio Luis XV con algún que otro desconchón, seguramente desechado por los marqueses, se adornaba con algunos recuerdos de Alexandria, su ciudad natal en Escocia, en la misma ribera del lago Lomond, cuatro postales en blanco y negro, varias cartas abiertas y unas cuantas fotos de niños y niñas de caras rubicundas, seguramente sus sobrinos, hijos de alguna hermana. Una pequeña biblioteca en la que abundaban las novelas policíacas de Agatha Christie y Dorothy Sayers y un minúsculo bar con dos botellas de whisky en las que unas peculiares marcas de tinta indicaban a las claras por donde había dejado el brebaje su propietario, como para evitar que algún aficionado le tomara el gusto a hurtarle el preciado néctar. Una pipa y los arreos para su limpieza redondeaban el ambiente típico de la estancia de un solterón contumaz. Al cabo de unos minutos apareció la solícita ama de llaves con su frac en perfecto estado de revista.

—Aquí tiene, es un frac impecable, hay que reconocerlo, tiene un corte ciertamente exquisito, confío en que no supere a los del señor, aunque a él se los hace Fernando Marcelo, seguramente el mejor sastre de Madrid, que hoy en día es como decir de España porque los industriales catalanes que vienen por aquí no se distinguen precisamente por el refinamiento en el vestir, tal parece que no les gusta dilapidar su preciado dinero en ropas demasiado caras, pese a fabricar las mejores franelas y estambres. Y si ahora me lo permite, señor Martin, le voy a presentar a los sirvientes.

Tula le condujo por un largo pasillo flanqueado por las habitaciones de los niños, la biblioteca y diversas salitas, de estudio, de costura, de juegos. Al

final del pasillo una amplia puerta de doble batiente daba entrada al espacioso *office* que precedía a la cocina y comedor de la servidumbre, a cuyas habitaciones se accedía desde un nuevo pasillo que arrancaba del fondo de la gran sala de cocina, junto a la despensa y la bodega de vinos y licores.

—Atención todos —se dirigió el ama de llaves a los reunidos —tengo el honor de presentaros al mayordomo que sustituirá al señor Briscoe durante este mes. Se trata del señor Martin y viene de Londres.

—Buenos días, señor —contestaron los presentes.

—Buenos días a todos. Si tienen la bondad, les ruego se presenten ustedes mismos, así memorizaré mejor sus nombres. Primero las señoras, por favor —estableció Tony con autoridad no fingida—.

—Yo soy Encarni, la cocinera —se presentó una voluminosa mujer de sonrosadas mejillas, pulcro delantal y larga falda que casi tocaba el suelo como si tratara de imitar a una mesa de camilla.

—Yo me llamo Sofi y soy sirvienta y doncella personal de la señora —explicó una veinteañera bajita y de agradable aspecto, vestida de uniforme negro con delantal de encaje que se completaba con la cofia y que llevaba la melena recogida en un moño, más bien caído a pesar de la redecilla que lo cubría.

—Yo soy Fermina, la segunda sirvienta —adujo una chica fuerte que luego se sabría era procedente de Valencia de Alcántara, en Cáceres, donde los marqueses poseían una finca de caza de cierta importancia y a la que sentaba la cofia bastante peor que a la anterior—.

—Y ahora los caballeros, por favor —resolvió el nuevo mayordomo.

—Mi nombre es Sebastián y soy primer criado y conductor del coche de los señores marqueses, aunque ellos me dicen “el mecánico” —estipuló un uniformado cuarentón de cerrada barba, uniformado en gris con botas negras de alta caña—.

—Si ellos llaman a su oficio por ese nombre, sus motivos tendrán y nosotros no estamos aquí para juzgarlo, le ruego lo tenga muy en cuenta —dictaminó muy serio Tony para que quedara claro desde un primer momento que él exigiría siempre el mayor respeto para con sus empleadores.

—Disculpe, yo no pretendía... —alegó el sirviente un tanto corrido.

—No tiene mayor importancia y le ruego no lo tome como una reconvenición, es solo una forma de aclarar los conceptos, Sebastián.

—Yo soy el último, señor Martin. Me llamo Luciano y soy el segundo

criado, asignado especialmente a las órdenes del mayordomo. En ocasiones ejerzo de lacayo de librea, especialmente en las recepciones y fiestas que ofrecen los señores marqueses.

—Bien, ahora háganme una descripción pormenorizada de sus funciones para ponerme al día de las costumbres de la casa.

Uno a uno fueron detallando los cometidos que desempeñaban y Tony conoció así el funcionamiento de los diversos servicios. Se trataba, evidentemente, de una familia influyente en la política madrileña y nacional, con prestigio reconocido a todos los niveles. Seguramente, la desaparición de la monarquía habría supuesto un severo varapalo en la dimensión del poder que estaban acostumbrados a ejercer y debían resistirse a su pérdida utilizando el periódico ABC como instrumento para intentar el desprestigio del nuevo régimen y el retorno del anterior.

Al día siguiente de su llegada, al caer la tarde y regresar el marqués del periódico, más o menos a la misma hora en que habitualmente Tony le servía un jerez en la biblioteca y mientras la marquesa se preparaba para cenar fuera, don Juan Ignacio se dirigió a su nuevo y circunstancial mayordomo:

—Anthony, mañana miércoles sobre esta hora he citado en casa a una serie de amigos. Nos reuniremos aquí, en la biblioteca. Seremos poco más o menos una docena y quiero que le diga a Matías el portero que les franquee la entrada y les deje subir solos, pues ellos ya conocen el camino. Prepare usted unos canapés y unas bebidas para que se sientan a gusto. Y sobre todo que no nos moleste nadie, no quiero llamadas telefónicas ni avisos del periódico, por favor. Solo usted debe entrar y salir de la reunión de tarde en tarde por si alguno de esos caballeros necesita alguna bebida u otra cosa.

—Como mande el señor.

De acuerdo con lo anunciado, al día siguiente sobre las ocho de la tarde, cuando ya el calor empezaba a abandonar las calles de Madrid, se fueron incorporando los “amigos” de Luca de Tena a la anunciada reunión. Como era de rigor entre tan distinguida concurrencia, cada uno que llegaba depositaba sobre la bandeja de plata que le ofrecía el enguantado mayordomo su tarjeta de visita, lo que sirvió a este para, disimuladamente, tomar nota en un pequeño cuadernillo de los nombres de los asistentes: José Varela Iglesias, Helí de Tella Cantos, José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, que entregó la tarjeta junto con la de su hermano Miguel, que lo acompañaba; Pablo Martín Alonso, que entró al unísono con Manuel Goded Llopis;

Antonio Goicoechea y Cosculluela, que lo hizo charlando amigablemente con José María Albiñana y Sanz, Manuel Fal Conde, Ansaldo Bejarano y Emilio Esteban-Infantes, que acudían los tres juntos y muy serios. El último en acudir a la cita entregó a Tony una tarjeta en la que se leía: Tomás Domínguez Arévalo, Conde de Rodezno.

Tony sirvió unas bebidas entre los asistentes y controló cómo ofrecía Luciano las bandejas de canapés mientras se rompía el hielo, prestando silenciosamente atención a algunas de las conversaciones.

—Oye, José Antonio —se explayó el tal Fal Conde en un rincón de la amplia biblioteca —todavía no te he felicitado por el cachete que le propinaste a ese bravucón de Queipo de Llano cuando criticaba con desprecio la labor de tu padre.

—No creas que me siento muy orgulloso de aquello, Manolo. Además, me costó comparecer ante un tribunal militar y la expulsión del ejército cuando era un humilde alférez de complemento. Debería haber reivindicado la memoria de mi padre de otra forma. Pero sí, tienes razón, es un bravucón.

Terminado el pequeño agasajo a los reunidos, los dos sirvientes se retiraron y cerraron la puerta, permaneciendo Tony en la antesala por si se les ofrecía alguna cosa a los contertulios. No le pasó desapercibida la apostura militar de algunos de ellos, lo que revelaba largos años de dedicación al oficio de las armas. Especialmente el tal Goded se mantenía tan derecho en todo momento que parecía que se había tragado su propio sable. En otros, como los Primo de Rivera, advirtió una especial desenvoltura de gestos, propia de quien tiene las ideas muy claras y está acostumbrado a salirse con la suya.

A las diez de la noche, viendo que proseguía la reunión sin trazas de acabar, Tony ordenó a Encarni la cocinera que preparase más canapés, unas tortillas de patatas, unos bocadillos de jamón y algunas frutas de temporada, mientras que él seleccionaba unas botellas de rioja para completar el improvisado refrigerio. Sobre las cuatro de la mañana los asistentes empezaron a desfilar de uno en uno para no llamar la atención del sereno o de posibles guardias de asalto patrullando la zona.

Al día siguiente, al acercarse al mercado de La Paz para la compra del día, Tony saludó al quiosquero Salva con un cortés “¿Cómo está usted, Salvador?”, al tiempo que le entregaba una breve nota en la que constaba: “Reunión a puerta cerrada con militares y políticos en la tarde-noche de

ayer. Al reverso hago constar los nombres de los asistentes. El encuentro se prolongó hasta altas horas de la madrugada”.

Cuando la nota llegó a las manos de Benjamin Troy, agregado de prensa de la legación británica y encubierto hombre del SIS en Madrid, informó al embajador y se puso en contacto por telégrafo inmediatamente con la sede en Londres del Servicio de Inteligencia para comunicar al Almirante Sir Hugh Sinclair la posibilidad de que se estuviera fraguando un golpe de estado contra la República en España. En su opinión, solo faltaba en la lista el descontento general José Sanjurjo Sacanell. Sinclair ordenó a su secretaria que le pasara con el Secretario del Primer Ministro Ramsay MacDonald, al que informó de la noticia y a continuación llamó al Director de *The Half*.

—Byron, enhorabuena, tu chico de España ha empezado a hacer rentable el dinero que nos gastamos en esa cursi escuela de mayordomos de Burtenshaw Manor.

—Me alegro mucho, “C”. Me debes un oportito en tu club.

—¡Caramba, Byron, no das puntada sin hilo! —valoró el jefe de inteligencia la audaz frescura del Coronel Mudford.

Pasaron varios días sin nada que comunicar a través del quiosquero Salva. Las jornadas transcurrían con tranquilidad y las clases de inglés a los hijos de los marqueses alternaban con el servicio de las comidas o el planchado de los diarios matinales. La gravedad del mayordomo infundía respeto a sus subordinados, aunque Tony notaba una complicidad especial por parte de Tula, que parecía adivinar que, bajo aquella fachada de seriedad, Tony ocultaba un carácter afable y comunicativo que se preocupaba mucho de disimular.

Sin embargo, esa tensa calma había de romperse de forma abrupta a las ocho de la mañana del miércoles diez de agosto de ese año de 1932. De un coche oficial bajaron, ante el portal que primorosamente limpiaba Matías el conserje, dos guardias de asalto y un comisario de policía que se identificó y exigió les acompañase hasta el domicilio de los Luca de Tena. Llegados a éste, Tony les hizo pasar a la biblioteca mientras avisaba al marqués, que se presentó de inmediato y perfectamente vestido, pues madrugaba habitualmente para ir al periódico.

—Buenos días, señores, ustedes dirán en qué puedo servirles —sostuvo impertérrito el marqués, que ya había sufrido la misma experiencia dos veces

durante el año anterior, siempre con motivo de alguna intervención en política de su periódico.

—Soy el comisario Benítez y traigo esta orden del Sr. Ministro de la Gobernación para detenerle a usted. Le ruego que nos acompañe.

—Al momento, comisario Benítez; creo que ya nos conocemos y me alegro de que sea usted el que me trae la “buena nueva” como otras veces — el policía apreció el fino sarcasmo de Luca de Tena, que le caía bien a pesar de formar parte de la *plutocracia caciquil* que había gobernado al país hasta hacía poco—. Si me permiten, me despediré de mi esposa y le daré algunas instrucciones al respecto, es cosa de un minuto.

—No faltaba más, pero le ruego celeridad para que el coche no llame la atención en la calle más de lo estrictamente necesario.

El traslado del periodista a los calabozos de la Dirección General de Seguridad fue rápido y silencioso. Nadie le dirigió la palabra en todo el trayecto ni a él se le ocurrió preguntar nada, ya tenía lamentablemente experiencia en el trance y prefirió mantenerse callado. A la llegada al centro le hicieron pasar al despacho del Director General, Arturo Menéndez, que se hacía acompañar por su colega el Director General de Prisiones, Vicente Sol, bien conocido por el detenido.

—Buenos días, señor Luca de Tena —proclamó con expresión de disgusto Menéndez que, como militar que era, llevaba bastante mal el enfrentamiento directo con civiles influyentes como aquel—. Como podrá imaginar, no está la cosa para darle la bienvenida a este lugar. A mi colega Sol ya lo conoce usted de otras ocasiones, huelgan pues las presentaciones. Espero que, dentro de lo que cabe, no se encuentre usted demasiado incómodo con la hospitalidad que le vamos a brindar en nuestras poco lujosas instalaciones. Sí quiero repetirle lo que ya le dije la última vez que nos vimos, su actitud antirrepublicana nos obliga a tomar algunas medidas ciertamente bastante indeseables. El señor Ministro le hizo ya directamente responsable de la quema de conventos del año pasado por sus provocaciones desde la sede del periódico, con un gramófono tocando la Marcha Real desde la ventana a todo volumen, lanzamiento de pasquines ridiculizando al nuevo régimen, artículos descalificadores en su diario, etc. La gota que podría colmar el vaso es su posible apoyo a esta absurda intentona de Sanjurjo que al parecer ya está en vías de ser controlada, como controlaremos cualquier otra que se produzca en el futuro. La lástima es que no podemos demostrar su

participación directa y, pese a lo que su periódico difunde, la seguridad jurídica no ha abandonado a este país desde la implantación de la República, así que nos tenemos que conformar con darle un nuevo escarmiento y cerrar su periódico hasta nuevo aviso. Buenos días.

Nada más salir Luca de Tena y sus aprehensores del domicilio de los marqueses, doña Catalina Brunet impartió a Tony las medidas que había que adoptar con extrema urgencia, antes de que algo irremediable le sucediera a su esposo en los calabozos en los que se recluía, sin ningún tipo de distinción, a delincuentes comunes y políticos, a simples borrachos detenidos por escándalo público, asesinos confesos y rateros de baja estofa, enemigos de la República o meros sospechosos de imaginarias faltas.

—Anthony, lamento que tenga que enfrentarse usted a esta situación a los pocos días de entrar a nuestro servicio, pero la integridad del señor marqués puede estar ahora en sus manos, confío en que no nos defraude. Debe usted dirigirse de inmediato a la sede de ABC en Serrano 61 y preguntar por don Ramiro de Maeztu, que se encontrará en la Redacción desde hace rato. Hable con él y solamente con él, no quiero que cunda de nuevo el desánimo entre el personal del periódico, como en las anteriores ocasiones en que fue detenido mi marido.

Dígale que se ponga en contacto con el Embajador inglés Mr. George Grahame para que presione diplomáticamente al Presidente del Consejo de Ministros don Manuel Azaña, amenazándole con un escándalo internacional por vulneración de la libertad de prensa, derecho cívico que tan frecuentemente transgrede esta República de pandereta.

Dígale que vaya a ver al Duque de Maura para que su hermano Miguel presione, como antecesor en el cargo, a ese mentecato gallego de Casares que ejerce tan inmerecidamente la cartera de Gobernación y que retire a la mayor brevedad el lamentable decreto de detención que ha dictado contra el señor marqués y que se ocupe de lo que se tiene que ocupar: del golpe de estado que ha dado esta misma mañana en Sevilla el General Sanjurjo y de lo que estamos en esta casa informados desde ayer, que no se enteran de nada, caramba.

Tony se desprendió rápidamente del frac para salir menos formalmente vestido a la calle, y al pasar por el mercado de Ayala, saludó al quiosquero con el acordado “¿Cómo está usted, Salvador?”, al tiempo que le entregaba una nueva nota que rezaba: “*Detenido Luca de Tena por Gobernación.*”

Requerirán ayuda de nuestro Embajador y de políticos influyentes para su liberación. El marqués conocía de antemano el golpe de estado dado esta madrugada por el General Sanjurjo en Sevilla”.

Ramiro de Maeztu y Whitney no solo era nieto de un diplomático inglés, sino que había sido nombrado embajador de España en Argentina durante la dictadura de Primo de Rivera, por lo que era colega en la diplomacia de George Dixon Grahame, con el que había tenido además relación por haber desempeñado la corresponsalía en Londres de varios diarios españoles. Por ese motivo se apreciaban y se veían con cierta frecuencia, especialmente siendo el inglés persona culta y admiradora de la literatura española del momento, a la que el periodista pertenecía por derecho propio. Maeztu pidió a Tony que le acompañara en calidad de “secretario personal” de don Juan Ignacio y esa misma mañana visitaron al embajador, del que obtuvo la promesa de que desde Londres presionarían al Presidente del Gobierno para la pronta liberación de Luca de Tena, aunque no podía prometerle nada porque el Premier británico, Ramsay MacDonald, se encontraba muy delicado de salud y se resistía a ocuparse de otros problemas que no fueran el de sacar a su país de la profunda crisis económica que vivía.

A continuación Maeztu y el supuesto secretario se dirigieron al domicilio de Gabriel Maura Gamazo, Duque de Maura, historiador, político y amigo personal del Marqués de Luca de Tena. Gabriel Maura era hermano de Miguel Maura, Ministro de Gobernación desde la instauración de la II República el 14 de abril de 1931 hasta octubre de ese mismo año y predecesor por tanto del Ministro del ramo, a la sazón Santiago Casares Quiroga, que había emitido la orden de arresto contra el director de ABC.

La amistad de la casa de Luca de Tena con los Maura no era nueva. El patriarca Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Ossorio, padre de Juan Ignacio, fue amigo y correligionario de Antonio Maura, Presidente del Consejo de Ministros español en cinco ocasiones entre 1903 y 1922. Sin embargo, y aunque Maura lo intentó repetidamente, no pudo contar con la colaboración de don Torcuato en el gobierno porque éste siempre antepuso su vocación de periodista a la de político. Gabriel y Miguel Maura eran hijos del insigne político, con lo que la cercanía con Juan Ignacio Luca de Tena era patente.

El duque recibió al colaborador de ABC de inmediato, sin hacerle esperar porque se oía que si Maeztu había acudido a su casa, algo grave les ocurría a los Luca de Tena.

—Don Gabriel, —testimonió Maeztu al duque tras la presentación de su acompañante —hay que actuar con urgencia. Son muchos en Madrid los que le desean lo peor al marqués como director de un periódico al que tildan de “reaccionario” y frontalmente opuesto a la República. No sería demasiado raro que alguien pagara a algún sicario para que en ese calabozo en el que está internado le infligiese una herida con arma blanca que acabara con su vida.

—Tiene usted razón, Maeztu. Vuélvanse ustedes y dejen el asunto en mis manos. Ahora mismo cojo el coche y salgo para casa de mi hermano, que sé mantiene una relación si no de amistad, al menos sí fluida con su sucesor en el Ministerio.

Miguel Maura escuchó con detenimiento a su hermano y entendió la premura de actuación que requería el asunto, con lo que partió sin tardanza para el Ministerio de la Gobernación, no sin pasar antes por el Ayuntamiento capitalino, donde sabía que encontraría trabajando al alcalde, Pedro Rico, de cuya afabilidad y amistad disfrutaba y al que secuestró a toda prisa una vez le expuso el asunto.

-Este gilipollas de Casares no hace más que meterse en líos —confesó el orondo edil—. Por muy amigo mío que sea tengo que reconocer que le tiene un encono especial a Luca de Tena, yo creo que es una mal disimulada envidia. No sé a qué viene encerrarle de nuevo, cuando siempre acaba soltándole a los dos o tres días. Se cree que puede ir por ahí metiendo y sacando a la gente de chirona a su capricho. Estas cosas son las que causan desprestigio a la República por utilizar medios que vulneran de plano la seguridad jurídica y acaban dándonos fama de indeseables por ahí fuera. Ah, y dile a tu chófer que evite la calle de Sevilla, que ayer mismo di permiso para levantar todo el adoquinado y nos puede meter en un buen atasco.

Casares Quiroga les recibió después de una larga antesala. Se imaginaba a lo que venían tan ilustres colegas y se quiso dar importancia. Cuando su secretario les indicó que podían pasar, el Alcalde echaba chispas sudando en la calurosa mañana del agosto madrileño y protestando por el trabajo que tenía sobre su mesa y que se le estaba demorando por culpa de aquel tontarra de ministrillo. Pedro Rico entró al despacho de Casares moviendo su voluminosa figura con una soltura que no parecía en consonancia con su peso.

—Buenos días, Santiago, me da en la nariz que ya sabes a lo que

venimos.

—Me lo imagino, Pedro. Buenos días a los dos. ¿Cómo estás, Miguel?

—Preocupado, ministro, muy preocupado, no te miento. Es la tercera vez que metemos entre rejas a Luca de Tena y estoy previendo ya la reacción que el suceso va a tener en la prensa extranjera y tal vez en la española. No creo que estas cosas beneficien en nada a nuestra joven República. ¿Qué quieres que te diga?

—No, si ya he tenido hace un rato la primera llamadita. Nada menos que del Foreign Office. Y ha sido Sir John Simon en persona, el propio Ministro, el que me ha llamado en nombre del Premier MacDonald para interesarse por “su Excelencia el Sr. Marqués”. Hay que joderse, perdonadme el exabrupto, pero es que este conspirador me tiene hasta el gorro. Seguro que ha sido el embajador inglés, ese estirado, el que ha movido los hilos a primera hora para que desde Londres nos llamen a capítulo, pues no faltaba más. Y os voy a decir una cosa: mis fuentes de información me comunican que Luca de Tena pertenece a un nido de conspiradores y estaba perfectamente enterado del *pronunciamiento* que esta mañana ha efectuado en Sevilla ese chalado de Sanjurjo, pero no lo puedo demostrar, eso es lo peliagudo del asunto. Me tengo que limitar a darle un susto, encerrándolo por unos días y clausurando su tendencioso diario durante unos meses por la campaña de libelo sistemática que viene desarrollando contra el Gobierno. No tengo pruebas que me permitan acusarle de intrigar contra la República y eso me reconcome.

—Entonces ¿no piensas ponerlo en libertad hoy mismo? —arriesgó Miguel Maura.

—Lamento no daros ese gusto. Sabéis como os aprecio a los dos, pedidme otro tipo de favores y estaré encantado de hacéroslos, pero a este chulo lo tengo atragantado y mis informadores no paran de traerme noticias sobre sus confabulaciones contra la República. Un hombre así en un puesto como el suyo puede acabar siendo muy peligroso por el estado de opinión que es capaz de promover. No, lo tendré a buen recaudo durante un par de días como aviso y luego lo soltaré.

—Supongo, Santiago, que serás consciente de los peligros que pueden acechar a Luca de Tena en su encierro —aleccionó Pedro Rico al Ministro a modo de advertencia—.

—Descuida, Pedro. He dispuesto que lo encierren en un módulo aislado

y lo vigilen bien. No quiero problemas. Las recomendaciones como las vuestras y la del embajador no han hecho más que empezar. Hoy es miércoles, os prometo que el viernes o el sábado lo más tarde os lo pongo en la calle. Eso sí, no respondo de que no salga cargado de piojos hasta en el bigote, alguna molestia tiene que llevarse de regalo.

El embajador Grahame encargó al Primer Secretario de la embajada, Caden Malm, que hiciera venir a Benjamin Troy.

—*Good morning*, Troy. Me alegra decirle que Londres está de nuevo muy satisfecho con la rápida información que hemos proporcionado esta mañana al Foreign Office. Al parecer hemos sido los primeros en enterarnos del golpe de estado que ha promovido en Sevilla el General Sanjurjo; parece que esto confirma sus sospechas sobre la reunión en casa del aristócrata la semana pasada. Felicite a su hombre y dígame que, si el tal golpe prospera, queremos seguir siendo los primeros en conocerlo. Ha sido muy agradable comunicárselo a nuestros primos americanos y ver la sorpresa que les producía y su disgusto por no haberse enterado antes que nosotros. También tiene Londres interés en saber si Luca de Tena mantiene algún tipo de relación con otros militares descontentos con la República. Por otra parte, ha de saber que he puesto toda la carne en el asador para conseguir la liberación del director de ABC y me ha prometido el señor Presidente del Consejo de Ministros, don Manuel Azaña, que se interesará por los motivos del arresto y me tendrá al tanto. Enhorabuena, Troy, ha sido un buen servicio.

—Gracias, señor. Al parecer está funcionando la escuela de informadores a la que el Director Vernon Kell puso el curioso nombre de *The Half*.

—Curioso, verdaderamente curioso nombre —afianzó Mr. Grahame.

El sábado 13 de agosto a las ocho y cuarto de la mañana, un guardia de asalto motorizado se presentó en la portería del conserje Matías y le pidió le acompañase hasta el domicilio de don Juan Ignacio Luca de Tena. Al salir la doncella Sofi a abrir la puerta le preguntó muy ceremonioso si aquel era el domicilio del director de ABC y, ante el asentimiento con cara de susto de la interpelada, le hizo entrega de un sobre oficial que fue llevado de inmediato hasta las manos de la señora Marquesa. Doña Catalina rasgó el sobre y pudo leer una comunicación del Director General de Prisiones, Vicente Sol

Sánchez, ordenando la excarcelación del recluso don Juan Ignacio Luca de Tena y García de Torres al cumplirse setenta y una horas de su detención.

Veinte minutos escasos después, Tony y Sebastián, conductor del coche de los señores marqueses, se personaban con la orden de liberación ante la puerta del establecimiento penitenciario preventivo que había alojado a su empleador durante tres interminables días de frío, semioscuridad, pésimo rancho, parásitos y malos modos por parte de los carceleros. Todo se daba por bueno con tal de que se permitiera la salida del marqués, al que el abrazo de su esposa, en nada temerosa de chinches, piojos ni liendres, precedió al baño reconfortante que en esta ocasión no había podido preparar el mayordomo, sino la fiel ama de llaves.

Tras un concienzudo afeitado, un desayuno reparador y una llamada al periódico y otras a Maeztu, al embajador Grahame, al Alcalde de la Villa y a los hermanos Maura para agradecerles su intervención, el marqués ordenó a Luciano, que hacía de mozo de comedor mientras volvía Tony de comprar los periódicos del día, que en cuanto llegara el mayordomo se presentara ante él.

—Buenos días, señor Marqués, creo que ha solicitado mi presencia — exploró Tony el semblante un tanto demacrado de su empleador, al tiempo que colocaba sobre la mesa los diversos rotativos madrileños del día, entre los que faltaba el ABC, que cumplía con la suspensión decretada por Gobernación.

—Efectivamente, Anthony. Quiero agradecerle personalmente sus gestiones para mi liberación. Me alegra comprobar que, a pesar de su reciente incorporación a esta casa, ha estado usted a la altura de las circunstancias, desempeñando su cometido con prontitud y eficacia más que probadas. Mi reconocimiento más sincero y el de mi esposa, que me lo ha contado todo.

—El señor es muy amable, pero me he limitado a cumplir con mi obligación, le ruego no le dé más importancia de la que realmente tiene.

—No lo pienso yo así, ha demostrado una competencia y una valía por encima de lo que se esperaba de usted, así que le ruego me permita estrechar su mano y le reitere mi agradecimiento.

Una leve sombra de remordimiento cruzó por delante de los ojos de Tony, al saberse en cierto modo traidor de la confianza de aquellas personas. Tuvo que repetirse que su verdadera lealtad la debía a su país y no a la casa para la que circunstancialmente trabajaba.

CAPITULO 19°. Una fiesta en ABC. 1932

Pese a las sospechas del embajador británico, la *Sanjurjada*, como ya empezaba a denominarse al conato de golpe de estado del “León del Rif”, resultó una auténtica chapucería que no podía prosperar. En un principio pareció que el pronunciamiento originado en Sevilla se extendería al resto del país, pero en la capital de la nación fue rápidamente controlado y bastó la convocatoria de una huelga general en Andalucía para dar al traste con la sublevación.

La represión por el Gobierno de la frustrada rebelión revistió una dureza ejemplarizante. Sanjurjo fue juzgado y condenado a muerte, si bien nadie se creyó que la sentencia acabara aplicándose, y finalmente no se aplicó, no en balde se trataba del héroe del desembarco en Alhucemas, el mismo que había logrado restituir el honor y el orgullo del ejército español, tan lamentablemente perdidos en el Desastre de Annual en el que, junto a actos

de heroísmo sin límites protagonizados por soldados y mandos experimentados, humildes tropas de reemplazo bisoñas, mal equipadas y peor dirigidas, corrieron como conejos delante de los mugrientos pero muy numerosos lebreles de Abd el-Krim.

La represión que provocó el levantamiento se extendió a los colaboradores del amotinado, entre otros a los asistentes a la reunión secreta que tuvo lugar en casa de los Luca de Tena a principios de ese mes de agosto, siendo unos detenidos y otros deportados a Canarias, Las Hurdes o Villa Cisneros.

Así las cosas, el director de ABC consideró que ya tenía bastante con su reciente detención, la suspensión del periódico por tiempo indefinido, la suerte corrida por sus invitados y el revuelo nacional que supuso el golpe de Sanjurjo. Con un preclaro golpe de efecto que nadie habría podido prever, iba a demostrar que a él no se le doblegaba fácilmente y decidió levantar la moral del diario convocando una gran fiesta en la fresca terraza del edificio de Serrano 61, con sus magníficas vistas sobre el Madrid nocturno, en la que la redacción en pleno haría de anfitriona de lo más granado de la cultura y el deporte nacionales. La excusa fue el final de las vacaciones veraniegas y el comienzo del año parlamentario, escolar y judicial. Todo parecía renacer en septiembre, por lo que una fiesta en las postrimerías de agosto sería como el fin de una etapa y el comienzo de otra.

Con la recepción se homenajearía a todos los que durante ese año hubieran destacado por un motivo suficiente para que el periódico los considerase mencionables en alguna ocasión. Las mejores plumas literarias, los políticos más elocuentes, los deportistas que proporcionasen más lustre a los colores de su equipo, los artistas más admirados. El exquisito refrigerio sería encomendado a la casa Lhardy, de la Carrera de San Jerónimo y las bebidas a Perico Chicote, de la Gran Vía. Mientras el primero contaba con una tradición casi secular, el Bar Chicote había sido inaugurado el año anterior, pero ya era típico lugar de cita de los noctámbulos madrileños, un sitio de moda y postín donde tomar la primera o la última copa.

—Empezaremos con algún combinado al estilo americano de esos en los que brilla la maestría de Chicote y acabaremos con el caldito del samovar de Lhardy, que resucita a un muerto —contempló el marqués para sus adentros, al tiempo que se dirigía hacia su segundo criado, que se ocupaba en ese momento de limpiar el lomo de unos libros de la biblioteca —Luciano, haga

el favor de decirle al mayordomo que quiero verle.

—Al momento, señor.

Tony se ocupaba en la cocina de seleccionar el menú para la cena, dando instrucciones aquí y allá de cómo se servirían los *hors d'oeuvre* y el pescado, de manera que resultaran especialmente apetitosos. Abandonándolo todo, se dirigió a la biblioteca donde le esperaba Luca de Tena, que tomaba un jerez mientras doña Catalina ojeaba el último número de Blanco y Negro y degustaba una horchata de chufa preparada por Encarni, que era de Alicante y siempre decía que le enseñó a hacerla un tal Peret.

—¿Ha mandado llamarme el señor? —citó Tony al entrar.

—Sí, Anthony. Quería preguntarle si está usted capacitado por su profesión para preparar una fiesta de importantes dimensiones, con prestigiosos invitados y en la que nada puede salir mal.

—No sé, señor, si estaría a la altura de las circunstancias. Se nos prepara más bien para fiestas en los domicilios de nuestros señores, que actúan como anfitriones y que, por importantes que sean los comensales, su número nunca alcanza a ser demasiado elevado, no sé si eso responde a sus expectativas.

—Bien, la verdad es que el peso de la fiesta, en la que el condumio y la bebida ya están asignados de antemano a profesionales, correrá de mi cuenta y de algunos miembros de la redacción del periódico que están muy duchos en todo lo relativo a las personalidades que puedan asistir. No obstante quiero que sepa desde ahora que el sábado 27, último de este mes, el diario ABC va a dar una gran recepción a autoridades y a todo el mundillo cultural, artístico y deportivo de Madrid, incluso espero que venga bastante gente de fuera. Pues bien, cuento con usted para echarme una mano atendiendo a los asistentes más relevantes, sobre todo en el tema de la intendencia: pequeñas necesidades, orientaciones, atenciones que requieran en un momento dado, etc. Tendrá ocasión de lucir ese magnífico frac que ha traído usted de Londres y al que le falta poco para eclipsar a los míos.

—Permítame disentir el señor. Los dos fracs del señor son de una categoría difícil de superar.

—Bueno, mañana mismo me pongo manos a la obra. Solo tenemos dos semanas escasas para mandar las invitaciones y organizarlo todo. Espero que los invitados sepan disculpar los errores motivados por esta premura en la organización. Otros años en que contemos con más experiencia saldrán las cosas mejor. Anthony, le quiero a mi lado en todo momento, deje en manos

de Tula el gobierno de la casa y conviértase por un tiempo en mi secretario personal.

—Como ordene el señor.

Era el domingo 14 de agosto, al día siguiente se celebraba la tradicional fiesta de la Asunción, que la llegada de la II República no eliminó del calendario de festivos y a la que todos en España llamaban “la Virgen de Agosto”. Los marqueses de Luca de Tena habían sido convocados a una lectura de las siempre divertidas *gregerías* de Ramón Gómez de la Serna a su vuelta de América, que se iba a celebrar en el salón de actos del Ateneo de Madrid, con posterior cóctel en su sala de *La Cacharrería*, por lo que, suponiendo que su regreso se produciría inevitablemente a hora bien tardía, dieron orden a Tony de que la servidumbre no los esperara levantados.

A eso de las once de la noche, concluida la cena de la plantilla de sirvientes en la gran cocina de la mansión, se retiraron todos a sus habitaciones, excepto las dos criadas a las que tocaba la limpieza de la estancia y la recogida del servicio de mesa, que lo harían cuando terminaran. Tony se recluyó en su dormitorio con los diversos periódicos del día, que tenía costumbre de ojear al acabar la jornada y cuando los señores ya no los necesitaban. Más o menos sobre las doce, aunque no tenía sueño, pensó que las tareas del día siguiente serían más complicadas de lo normal por la preparación de la fiesta de ABC y decidió acostarse para levantarse bien descansado. Apagó la luz y no habrían transcurrido cinco minutos cuando sintió que alguien abría con sigilo la puerta de su cuarto, a la que nunca echaba el pequeño cerrojo. Se incorporó precipitadamente en la cama y en la oscuridad pudo presentir más que ver que la persona que había entrado corría quedamente el pasador para que la puerta quedara asegurada, al tiempo que le pedía silencio con un leve cuchicheo.

—Chsssss —le susurró el intruso.

—¿Quién es? —murmuró Tony poniéndose en guardia.

—Calla, que me delatas. Soy Tula. He tenido que esperar a ver como se apagaba la luz por debajo de tu puerta.

—¡Tula! —no salía Tony de su asombro.

—Sí, Tula, soy Tula, tonto, vuelve a la cama y hazme sitio.

Se introdujo entre las sábanas el ama de llaves que venía solamente con su largo camisón de algodón, desprovista de ropa interior y con los pies desnudos para que nadie notara sus pasos en el pasillo. El frescor de su

cuerpo en la cálida noche estival agradó a Tony que, muy a su pesar, notó cómo respondía su masculinidad, algo que no podía dominar, como ya le había pasado con April en su primer encuentro.

—Perdona, pero nunca pude imaginarme esto.

—Porque siempre pasa igual, los hombres nunca os dais cuenta de nada. Mira, Anthony —por primera vez le tuteaba —tengo cuarenta años recién cumplidos, soy bastante mayor que tú, pero soy todavía una mujer con deseos insatisfechos, con necesidad de amar y de ser amada. De todas maneras no vengo a pedirte amor, no te asustes. He visto varias veces tu mirada furtiva delatando tu deseo por este cuerpo mío que todavía puede resultar atractivo para un hombre. Lo sé porque todavía me siguen piropeando por la calle cuando voy al mercado o a pasear en mis ratos libres.

Yo también necesito ese contacto, del que no disfruto hace muchos años y esta noche quiero que me hagas tuya, que este ardor que siento dentro encuentre algo que lo apague y ese algo puedes ser tú, un hombre guapo, encantador, que desde que llegó me trata con respeto y con amabilidad. No te pido nada, salvo que seas cariñoso y me hagas feliz por una noche ¿Es pedir demasiado?

—Tula, acabo de salir de una relación muy intensa y muy feliz en Londres, pero que ha tenido que concluir por circunstancias de la vida. No sé si voy a saber darte lo que tú necesitas hoy. Es posible que te haga el amor y mi corazón esté en otra parte.

—No me importa. No me importa nada. Tú y yo no estamos destinados a ser el uno para el otro, eso lo tengo muy claro. Pero quiero que me hagas esta noche el amor y que mañana volvamos a ser el señor Martin, el mayordomo y Tula, el ama de llaves. ¿Crees que podrás aceptar este pequeño regalo que te estoy ofreciendo?

Tony se rindió. Era una mujer admirable en sus actitudes, todavía lozana en los comienzos de esa edad que llaman la madurez, más que suficientemente hermosa y apetecible. Introdujo su mano lentamente bajo el largo camisón de Tula, sintiendo que ella se tensaba como una de las cuatro cuerdas de un violín que necesitara ser afinada. Al encontrarse con aquella recóndita frondosidad supo al instante que no necesitaba acordarse de nadie aquella noche.

—No tan pequeño el regalo, a juzgar por el envoltorio... —calificó un Tony socarrón que su acompañante no conocía. Una acompañante que en

esos momentos cerraba los ojos de placer y voluptuosidad.

En la mañana del sábado 27, al pasar por el mercado de Ayala, Salva el quiosquero le entregó los periódicos del día preguntándole “¿*Qué tal por casa de los Marqueses?*”, por lo que Tony se puso en guardia y recogió disimuladamente una nota de Benjamin Troy en la que pudo leer más tarde: “*Importante obtener información sobre conversaciones políticas que se mantengan en la fiesta de ABC, especialmente de posibles grupos sediciosos*”. Instantes después la destruía.

La fiesta en ABC estaba convocada para las ocho de la tarde. Siendo verano, el atardecer tardaría todavía más de una hora en presentar sus credenciales y el calor de la jornada ya había iniciado una actuosa y prudente retirada, dando paso al fresco que un suave céfiro se encargaba de propagar. Los camareros de Lhardy, bajo la atenta vigilancia de sus *maitres*, habían dispuesto las excelencias de su cocina en amplias y corridas mesas de las que los invitados podían servirse o ser servidos. El Bar Chicote, por su parte, había instalado una especie de barra americana con todo tipo de vinos, cervezas y bebidas espirituosas con las que preparar a los comensales sus renombrados cócteles.

Los primeros en llegar fueron algunos escritores, que se encontraban en ABC como en su propia casa. No en balde habían visitado muchas veces la redacción para entregar artículos, cuentos o críticas literarias. Hicieron pronto su aparición Agustín de Foxá y Edgar Neville, ambos, además de escritores, eran aristócratas y compañeros en la diplomacia. Este último llevaba del brazo a la actriz Conchita Montes en todo su esplendor. Las malas lenguas de los corrillos madrileños decían que había algo entre la actriz y el diplomático.

Al poco entraron Carlos Arniches, Enrique Jardiel Poncela y los hermanos Álvarez Quintero, Serafín y Joaquín, que parecían venir riéndose de algún chiste. Los catalanes Eugenio D’Ors y Josep Pla se presentaron juntos. El segundo ejercía por entonces el periodismo en Madrid y el primero, que vivía en París, había acudido a una de las pocas reuniones de la Academia de la Lengua a las que podía asistir, dado su voluntario alejamiento.

Les siguieron los políticos Alejandro Lerroux, Ángel Ossorio y don Álvaro Figueroa, Conde de Romanones, así como José María Gil Robles, todos diputados a Cortes, que venían charlando en amor y compañía. A

continuación hicieron su entrada varios pintores: los catalanes Josep María Sert, un muralista inimitable, y Salvador Dalí, con los bigotes más engominados que nunca, así como los andaluces Rafael Zabaleta y Daniel Vázquez Díaz, que dos años antes había pintado en el Monasterio de La Rábida los frescos que le inmortalizarían. Más tarde se unirían a este grupo Benjamín Palencia, Ignacio Zuloaga, José Gutiérrez Solana, Pancho Cossío y Rafael de Penagos, el elegante ilustrador de tantas portadas de Blanco y Negro.

Entre los deportistas que asistieron, los que recabaron mayor atención fueron los futbolistas. Se pudo ver a los de la plantilla del Real Madrid Luis Olaso, Jacinto Quincoces, Ricardo Zamora y Santiago Bernabéu, bromeando con José Samitier, del Barcelona; Ignacio Aguirrezabala, del Athletic Club de Bilbao, Gaspar Rubio, del Atlético de Madrid y Miguel Ayestarán, de la Real Sociedad de San Sebastián. Le tomaban todos un poco el pelo a Bernabéu, que era el único que todavía no había jugado con la Selección de Fútbol de España.

Los escultores Sebastián Miranda, Julio González, Pablo Gargallo y Mariano Benlliure acudieron al unísono, pues volvían de visitar el taller de éste último, mientras que Jacinto Higuera, José Planes y Juan Luis Vassallo lo hicieron por separado.

Casi a renglón seguido hicieron acto de presencia el torero Juan Belmonte y su amigo el escritor Ernest Hemingway, al que sostenía disimuladamente porque ya venía un poco alegre de más. Hemingway fue uno de los grandes atractivos de la fiesta de ABC, junto a otros escritores extranjeros que circunstancialmente se encontraban en España y habían acudido a la convocatoria de Luca de Tena: André Maurois, que hablaba muy bien el inglés pese a sus orígenes franceses, T. S. Eliot, el norteamericano que optó por Inglaterra como patria de adopción y su amigo y colega irlandés James Joyce, cuya obra todos decían admirar mucho pero no llegar a entender en toda su magnificencia, lo que ocultaba su intención de decir que era un autor abstruso por demás.

Gregorio Marañón y José Ortega y Gasset acudieron juntos al evento y fueron recibidos al momento por Juan Ignacio Luca de Tena, que los llevó al corrillo que acababan de formar los que les precedieron: el dramaturgo Eduardo Marquina, los hermanos Antonio y Manuel Machado, tan distintos en sus afinidades políticas, Azorín y Pío Baroja, que había coincidido en la

llegada con Jacinto Benavente, al que no se arribaba demasiado por evidentes razones de *malinterpretación*, ya que don Pío era soltero, pero le gustaban las mujeres.

Entre la gente de la farándula se podía apreciar la presencia de Celia Gámez, Antonio Vico, Leocadia Alba, José Isbert, Enrique Borrás y Margarita Xirgu, muy en plan divo, mientras que el mundo del toro se vio señeramente representado por Cayetano Ordóñez “El Niño de la Palma”, Domingo Ortega, Manolete, Manuel Jiménez “Chicuelo”, Rafael Gómez Ortega “El Gallo” y Marcial Lalanda, para el que el maestro Martín Domingo acababa de componer el pasodoble “*Marcial, eres el más grande*”.

El plantel de políticos resultó muy variado, pues se fueron incorporando, por oleadas, los ministros socialistas Álvaro de Albornoz, Fernando de los Ríos y Marcelino Domingo, que se lo pensaron mucho antes de acudir, pero que no se atrevieron a escurrir el bulto porque le debían favores a Luca de Tena; el alcalde Pedro Rico, el Duque de Maura y Eugenio Vegas Latapie, que venía con el Conde de Vallengano. Finalmente, en grupúsculo cerrado, hicieron su entrada José Antonio Primo de Rivera, marqués de Estella que, tras su reciente detención como colaborador del golpista Sanjurjo, había acabado siendo liberado por falta de pruebas, Julio Ruiz de Alda, Ramiro de Maeztu, Víctor Pradera, Ramiro Ledesma Ramos y Ramón Serrano Súñer, que se había desplazado desde Zaragoza, donde ocupaba su plaza de Abogado del Estado.

Tony, que pululaba de grupo en grupo como secretario personal del director del periódico y como intérprete de inglés para los que pretendían hablar con alguno de los invitados extranjeros, escuchó cómo Ramiro Ledesma le susurraba a José Antonio:

—Onésimo no ha podido acudir, aunque le habría gustado—se refería a su correligionario en las JONS Onésimo Redondo—. Tras la intentona de Sanjurjo ha puesto tierra por medio y tengo entendido que en este momento se encuentra en el vecino Portugal, probablemente en Oporto. Allí, con Oliveira Salazar como Primer Ministro desde el pasado mayo, no corre el menor peligro.

No faltaron a la convocatoria los poetas Federico García Lorca, que saludó efusivo a su amigo José Antonio Primo de Rivera, Francisco Villaespesa, Gerardo Diego y Manuel Altolaguirre, así como los escritores Juan Ramón Jiménez, José María Pemán, Julio Camba, Pedro Muñoz Seca,

Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala y Ramón del Valle Inclán, sin el brazo izquierdo que perdió tontamente en 1899, pero con su luenga barba de chivo.

El grupo de compositores lo formaban, entre otros, Federico Moreno Torroba, Jacinto Guerrero, que fue cariñosamente saludado por Perico Chicote, para el que había compuesto el pasodoble “*Chicote Bar*”, Jesús Guridi, Joaquín Turina, Manuel de Falla, Óscar Esplá, Pablo Sorozábal, Regino Sainz de la Maza, Conrado del Campo y Salvador Bacarisse.

No faltaron tampoco los cineastas Luis Buñuel y Benito Perojo, los historiadores Claudio Sánchez Albornoz y Salvador de Madariaga, el Duque de Alba, Jacobo Fitz-James Stuart, el Nuncio Apostólico de Su Santidad, Federico Tedeschini, el humorista Tono y un sinfín de personalidades de las artes, las ciencias y el espectáculo. El financiero don Juan March, muy amigo de Luca de Tena, excusó su presencia por encontrarse “temporalmente retirado”. En realidad estaba recluido en la Cárcel Modelo de Madrid por sus manejos comerciales, no siempre ortodoxos, según el parecer de las autoridades republicanas.

Para coronar el acto se había instalado un tablao flamenco en el que intervinieron, para deleite de la mayoría de los asistentes, singularmente los extranjeros, los guitarristas Carlos Montoya y *Sabicas*, las bailaoras Carmen Amaya, Pastora Imperio y *La Argentinita*, el bailarín Vicente Escudero y los cantantes Miguel de Molina, Estrellita Castro y Concha Piquer, a la que todo el mundo preguntaba por su baúl, que acabó haciéndose tan famoso como ella misma.

Tony, al ver que el director del periódico se había enfrascado en la misión de quedar bien con todo el mundo, prodigando sus saludos y agradecimientos por la asistencia, dedicó sus esfuerzos de posible informador a tratar de escuchar a los políticos en los apartes que cada facción hacía disimuladamente. Los ministros socialistas no participaban demasiado en las alegrías de la fiesta, limitándose a entablar conversación con los escritores y artistas con ideas más próximas a la causa republicana. El grupo más numeroso y conversador era el de Primo de Rivera y sus acompañantes, a los que Tony escuchó, no sin dificultad por no despertar sospechas, despotricar contra Sanjurjo por la inoportunidad del frustrado levantamiento y la catastrófica planificación, sin contar con el necesario apoyo de las fuerzas políticas afines. Criticaban con vehemencia el sistema democrático, que había

permitido la implantación del socialismo en España y se conjuraban para combatir mediante los actos violentos que fueran necesarios la progresión del anarquismo libertario y del comunismo títere de Moscú, como paso hacia la implantación de un estado totalitario de carácter fascista pero que respetara al individuo, a la familia, a la religión, al derecho de propiedad y a la justicia social, combatiendo a los nacionalismos disgregadores y aboliendo para siempre las luchas de clases.

Dos días después, el lunes 29 de agosto, Tony entregó a Salva el quiosquero la que sería su última nota informativa de aquel mes, en el que afortunadamente nunca tuvo que tropezar con su mujer Nicasia y en la que se leía: *“Nada digno de resaltar en la fiesta de ABC, excepto la violencia larvada que se aprecia en los grupos tradicionalistas y fascistas, de los que el líder claro es José Antonio Primo de Rivera y que parecen estar preparando la unión de sus fuerzas en un solo partido e inminentes y repetidos golpes de mano contra la República, que pueden comenzar en cualquier momento. Hablan del golpe de Sanjurjo como si fuera el primero, no el último, para el que aseguran estarán más preparados”*.

Al llegar el miércoles día 31, los marqueses llamaron durante la sobremesa posterior al almuerzo a Tony con el objeto de abonarle el sueldo previamente convenido con la agencia londinense donde lo contrataron, al que añadieron una muy generosa gratificación, y de despedirse de él.

—Anthony —avanzó doña Catalina, en presencia de Luca de Tena y de sus hijos Torcuato y Guillermo —el señor marqués quiere despedirse de usted en nombre de toda la familia.

—Buenas tardes, Anthony. Como puede apreciar, la familia en pleno quiere darle a usted las gracias por los servicios que nos ha prestado durante este inquieto mes de agosto que nos ha tocado vivir en Madrid. No solo ha gobernado la casa impecablemente, ganándose el aprecio de la servidumbre, que me consta, sino que coadyuvó eficazmente a mi liberación en el lamentable episodio de mi encarcelamiento; ha dado eficientes clases de su idioma a nuestros hijos como si se tratara de un divertido juego y me ha ayudado en lo que ha podido para que la fiesta de final del verano de ABC resultara el éxito que ha resultado y que hoy todos los demás rotativos alaban y envidian.

Además, y si me permite decirlo, a pesar de ser usted tan inglés como

otros mayordomos sustitutos de Austin, hemos comido mejor que otros veranos, gracias a la variedad y frescura que ha impuesto en los menús. Hasta Encarni le está agradecida por las ideas que le ha dado y que le servirán para el futuro. Cuento pues con nuestro agradecimiento y tenga por seguro que en otras ocasiones como esta nos gustaría que repitiera sus servicios en esta casa. He ordenado a Sebastián que le acerque esta noche al tren. Buen viaje y tome esta carta de referencias que he escrito para que la muestre donde le convenga, especialmente en la agencia de Londres a la que esta misma mañana he escrito una extensa nota de mi puño y letra —dijo el marqués extendiendo su mano.

Tony estrechó la mano de su empleador y besó discretamente la de su esposa, con el elegante ademán que se practicaba en España y que no era tan corriente en Gran Bretaña. Los dos niños le estrecharon la mano con gestos de complicidad y agrado.

—Ha sido un verdadero placer trabajar para los señores, colaborar en la educación de los señoritos Torcuato y Guillermo, de los que me he hecho muy amigo, y contar con tan preparados colaboradores como son los empleados en esta casa. Agradezco sus palabras y no les quepa duda de que pueden contar conmigo en otras ocasiones si las circunstancias lo permiten.

Llegada la hora de despedirse de la servidumbre, Tony acudió a la cocina, donde le esperaban en casi militar formación los domésticos de la casa. Encarni, la robusta cocinera, no disimulaba su compunción, secándose una lágrima con el extremo de su intachable delantal, mientras paradójicamente sonreía al mayordomo, que optó por dirigirse a cada uno de ellos con unas palabras.

—Encarni, gracias por alegrarnos a todos los estómagos durante este mes con su buen hacer en la cocina, espero no haber engordado, pero si así fuera, lo doy por bueno.

Sofi, ha sido un placer trabajar con usted. Me consta que sus servicios de doncella son muy apreciados por la señora, que se siente muy ayudada con todo el trabajo que usted le quita. Le deseo mucha suerte.

Fermina, le doy especialmente las gracias por la ayuda que me ha prestado cada mañana en las visitas al mercado de La Paz. Sus consejos sobre los mejores puestos han sido muy útiles. Espero y deseo que le vaya muy bien.

Luciano, ha sido usted mis manos y mis pies. Me ha ayudado mucho y

ha sabido adelantarse a mis peticiones en muchas ocasiones, lo que dice mucho de su buena disposición. Le recomiendo que se prepare para ejercer como mayordomo, pero es una decisión que solo usted puede adoptar. Buena suerte.

Sebastián, le agradezco que me lleve a la estación, estoy convencido de que ha sido usted el que se lo ha sugerido al señor marqués. El otro día en un puestecillo del mercado compré estas dos peonzas para sus hijos —el chófer de Luca de Tena era el único de los sirvientes que estaba casado y que residía fuera de la mansión —le ruego que las acepte y espero que les gusten.

—Gracias, señor Martin, les van a venir de perlas porque las que tienen andan con las púas muy gastadas de tanto jugar —asintió el conductor.

—Y a usted, Tula, mi agradecimiento por su gran colaboración en el gobierno de una casa de tan alta alcurnia como esta y que requiere el esfuerzo de todos. Sin usted habría sido imposible que mi trabajo de sustitución del señor Briscoe hubiera llegado a buen término. Le deseo lo mejor. Gracias a todos. Sebastián, tengo la maleta preparada en mi cuarto, cuando quiera emprendemos el camino de Atocha —Tony había explicado al marqués que tomaría un tren para Granada, donde aprovecharía para visitar a alguna familia, lo cual no dejaba de ser cierto.

Al recibidor de la casa solo le acompañó el ama de llaves y, una vez que Sebastián se adelantó al rellano de la escalera portando la maleta de Tony, Tula se despidió de él.

—Gracias por todo, Anthony, eres un buen hombre.

—Y tú una espléndida mujer, Tula. Prométeme que pensarás en lo que te voy a decir: vuélvete a tu pueblo, cástate con algún viudo al que puedas darle cinco o seis hijos y alegrarle la vida. Este país se dirige hacia momentos de mucha dificultad y la casa de un marqués puede ser un lugar peligroso para vivir en tiempos de revolución, de los que ya se están viendo los primeros síntomas. La quema de conventos del año pasado que tanto comenta la prensa solo es el principio de lo que puede venir. Cuídate mucho, por favor.

—Lo intentaré, descuida, y meditaré tu consejo. Ojalá volvamos a vernos algún día.

Apresuradamente, Tony estrechó al ama de llaves por la cintura para besarla con delicadeza en los labios y al mirarla advirtió cómo sus ojos se enturbiaban con los atisbos de un tenue y salobre rocío.

CAPITULO 20°. Un tal Pagán. 1932 -1935.

Nada más llegar Tony a Granada se incorporó a su trabajo en Pujante

Spices S. A. donde fue acogido efusivamente por su jefe Avelino Pujante, que ya tenía ganas de recuperar a “Antonio Martín”, su contable y mano derecha que le había resultado tan viajero. Retomar su trabajo y su vida anterior en la capital del Darro le resultó especialmente gratificante, era volver a casa, encontrarse con la empresa en cuyo progreso había tenido tanto que ver, regresar a la redacción de *El Defensor de Granada*, donde había dejado amigos y compañeros, reiniciar sus reportajes fotográficos y volver a buscar alumnos de inglés, aparte de don Avelino y sus hijos, lo que le proporcionaría algunos ingresos extra para caprichos.

La primera tarde que tuvo libre se acercó al consulado inglés en la calle Verónica. Saludó primero a la secretaria miss Clint que, pese a no cumplir ya los cuarenta y cinco, todavía lucía cierta prestancia muy inglesa en el porte y en su indumentaria. El cónsul lo recibió con un curioso respeto, cosa nueva, pues antes lo trataba más bien con la llaneza que se dispensa a la gente joven y poco experimentada.

—Estoy sinceramente orgulloso de ti, Anthony. Solo recibo felicitaciones de la embajada por haber hecho una buena elección en tu persona y por el trabajo que has desarrollado en Madrid. Tengo para ti estas letras que te manda Benjamin Troy, nuestro competente delegado del MI6 en la embajada de la capital —aludió el cónsul, al tiempo que le extendía una breve nota autógrafa en la que podía leerse: “Enhorabuena, muchacho, con tu actuación en casa del marqués no solo has pasado con holgura el ingreso, sino la graduación y el doctorado en nuestros servicios de inteligencia. En Londres se habla muy bien de nosotros gracias a tus informes. Sigue participándonos todo lo que te parezca relevante de la política de este país y de lo que puedas enterarte en tu periódico. Seguiremos en contacto por telégrafo y vía Mr. Chadwick. *Cheerio*”.

Por otra parte, —reanudó su plática el cónsul —dispone a abandonar la pensión en que te alojas, que no resulta adecuada para guardar el telégrafo y la máquina de cifrar, no digamos ya para efectuar tus transmisiones con la libertad necesaria o para custodiar el equipo con seguridad. Aquí tienes las llaves del piso que has alquilado, aunque ese alquiler lo pague el MI6 secretamente, y trasládalo antes que puedas. La dirección es: calle Alhóndiga, 128. Como sabes, es una vía larga y estrecha, no muy lejos de aquí. El piso ocupa la cuarta planta entera, lo que no es mucho, porque la vivienda, aunque desahogada, no es grande. Al ser la última planta se sube al

terrado con facilidad, lo que en caso de apuro te puede venir bien, porque se accede fácilmente al edificio contiguo, de la misma altura. Es un piso bastante viejo y, por supuesto, sin ascensor; no son muchos los edificios de esa zona que lo tienen, pero posees dos buenas piernas y te vendrá bien hacer un poco de ejercicio, sin contar con el ahorro que te va a suponer no tener que pagar pensión a partir de ahora.

Al llegar el fin de semana, Tony se despidió de la *Señora Flora*, de la Pensión Guadix, que derramó alguna lagrimita, mitad por perder un buen cliente y mitad porque le tenía aprecio al chico, y trasladó su maleta y sus escasos bártulos a su nuevo alojamiento, aunque lo de nuevo no pasaba de ser un mero eufemismo. Pero era más que suficiente y estrenaba una independencia a la que no estaba acostumbrado. En seguida supo cuál sería la habitación que dedicaría a cuarto oscuro para revelar sus fotos, ya que había una especie de despensa bastante grande que él no necesitaba como tal y que carecía de ventana al exterior.

Ante la perspectiva de tener que hacerse a diario la comida, optó por llegar a un arreglo con Nicomedes, “Nico”, el de la tasca *El Corral*, dos números más arriba en la misma calle, que disponía de un gracioso patio interior con una cobijadora parra para dar sombra en verano y que permitía el paso del sol en invierno. Parecía gente curiosa y tenía algunos parroquianos de comida diaria, un viudo, varios jubilados y algunos estudiantes de la Universidad que eran de pueblo y poco pudientes.

En la Pensión Guadix le entregaron una carta de su padre que había traído el cartero esa misma mañana con evidente retraso, pues había sido echada al correo una semana antes. En ella Olegario le decía a su hijo que había escrito a Eliona anunciándole su visita y que ella le había contestado que le esperaba anhelante, lo que le infundió las últimas fuerzas que necesitaba para emprender tan largo viaje.

Efectivamente, al salir Tony de casa de su padre el 10 de julio tras su corta visita de fin de semana, Olegario se pasó unos días meditando lo que habían hablado y decidió escribir a Eliona. No sería fácil hacerlo porque no podía decirle que estaba enamorado, solo podía asegurarle que sentía un gran cariño por ella y que deberían verse, con lo que decidió tomarse unas vacaciones durante el mes de agosto, dejando el negocio en manos del fiel Pancraccio. De todas maneras, los pedidos flojeaban mucho en verano y volvían a reanudarse con la llegada del otoño, sobre todo los arreglos en los

arreos de las caballerías, que sufrían bastante con las trillas de las mieses y los excesos vacacionales de los señoritos y los veraneantes.

“Querida Eliona: hace un par de años que vengo pensando en la posibilidad de viajar a Gales, ese Gales que abandoné con dolor cuando perdí a tu hermana y en el que no podía seguir viviendo, pues todo me la recordaba.

Ha pasado mucho tiempo, el duelo y el pesar han sido sustituidos por una dulce memoria, transformándose en agradecimiento y en nostálgicos recuerdos que ya no producen dolor.

Mi hijo Tony ha vuelto de Londres. Ya sé que os hizo la pasada Navidad una visita de la que habla maravillas y en la que se sintió tan bien acogido, como no podía ser menos. Qué bueno es que, ya que no tuvo la suerte de conocer a los abuelos de Loja, al menos haya tenido tan buena relación con su familia galesa, siempre tan cariñosa con él y conmigo.

Cuando le comenté que hace ya bastante tiempo que pienso en ti, más que como una cuñada, como una posible y deseable compañera, me sorprendió violando un secreto que dice compartir solo contigo y por el que tú no verías mal que yo pusiera mis esperanzas en que algún día pudiéramos compartir algo más que recuerdos. Con la confianza de que eso sea posible, te ruego me contestes diciendo si te parece bien que me acerque a verte a Abertillery durante el próximo mes de agosto.

Muchos abrazos y mi completo cariño para todos en esa casa, especialmente para ti.

Oleg.”

A los diez días justos, Olegario recibió una carta procedente del Reino Unido que causó el natural revuelo en la oficina de Correos de la Puebla de Don Fadrique y que el cartero Gaudencio se apresuró a entregarle. Era muy corta.

“Llevo mucho tiempo esperándote. No tardes.

Eliona.”

Olegario tuvo que armarse de valor para recorrer en sentido inverso todo el trayecto que nueve años atrás emprendiera con su hijo huyendo del dolor que la pérdida de Betty le produjo. Ante la perspectiva de tener que atravesar toda España y toda Francia, aunque todavía se sintiera fuerte y animoso a sus cincuenta y cuatro años, optó por dirigirse a Bilbao y buscar allí algún carguero de los que hacían la ruta del carbón o del acero con la costa inglesa. Solían admitir uno o dos pasajeros si éstos no eran muy exigentes y pagaban

lo que se les pedía, que nunca era demasiado. Con ello evitaría horas interminables en tren recorriendo desde Irún la inmensidad del trayecto hasta París y Calais, para luego cruzar el Canal de la Mancha y buscarse de nuevo la vida hasta Gales. No, era mejor aventurarse y tratar de encontrar algún barco en Bilbao.

Se dirigió a las oficinas de varias navieras inglesas en el puerto, hasta que encontró pasaje en un barco que rendía viaje en Portsmouth. Era el *Achille* y le convenía. Acabó entablando amistad con el jefe de máquinas, un tal Pagán, que era español y llevaba desde joven trabajando para ese armador británico. Se decía entre la tripulación que no había rincón de la nave que Pagán no conociera ni motor que no pudiera arreglar. Eso sí, había adquirido fama de mujeriego incorregible y de que tenía un amor en cada puerto, como los buenos marinos. Al llegar a cualquier escala en la ruta de la naviera, fuera surgidero inglés, francés, español o portugués, bajaba su coqueta moto Guzzi del buque y se lanzaba en busca del amor. Volvía unas horas antes de que el buque zarpara, con el atuendo hecho unos zorros y apestando a anís, pero feliz y presto al trabajo. Por más que su familia intentó que sentara la cabeza y se casara con alguna chica española o inglesa, nunca lo consiguió.

Así, charlando con el ameno marino, la singladura se le pasó a Olegario en un soplo y se encontró de nuevo en tierra inglesa. Su pasaporte británico le facilitó los trámites de aduana y al poco estaba sentado en el tren que, camino de Newport, le acercaría a Abertillery. Su llegada al pueblo en el mismo autobús que utilizó Tony fue muy distinta a la que había efectuado su hijo en la Navidad del año anterior. La campiña del valle estaba en toda su sazón, con el esplendor del estallido floral que cada verano regalaba, como compensación por la crudeza desplegada en el invierno anterior. Todos lo abrazaron y, aunque no hicieron mención de ello, se imaginaban perfectamente a lo que iba, con lo que el contento era general.

Eliona lucía una serena y alegre belleza, parecía haber rejuvenecido con la dulce espera. Se había propuesto dar lo mejor de sí para que el Oleg que no pudo ser suyo desde la boda de Raymond y Elissa llegara a enamorarse de ella tanto como lo había hecho de su añorada hermana Betty. Y no le fue difícil conseguirlo. Todo en el ambiente de aquella casa y aquel valle transpiraba ternura, cordialidad, arrobos y buena voluntad. Olegario se felicitaba de haber emprendido aquel viaje que nunca debió demorar tanto y abrigaba el íntimo convencimiento de que el tiempo perdido y el amor de esa

mujer estaban hechos para ser recuperados.

Eliona recordó los conciertos de arpa que dos años atrás dio en aquel lujoso hotel de Oxwich Bay, cerca de Swansea, y les llamó ofreciendo la posibilidad de tocar de nuevo durante un fin de semana con la sola remuneración de que se le diera alojamiento a ella y a “su marido” durante esos días. El hotel accedió encantado, felicitándose de su suerte y para allí partieron los dos cuñados. La experiencia fue mejor de lo que nunca Oleg pudo haber esperado. Regresaron a Abertillery completamente enamorados. La abuela Sarah lo comprendió en cuanto vio el brillo de los ojos de su hija. El nuevo novio, cuñado y yerno a la vez, le pidió formalmente a Timothy y Sarah Sappington la mano de su hija.

—Me la llevo muy lejos, a un país que está pasando por un difícil momento. Confío en que pronto las aguas vuelvan a su cauce y podamos vivir en paz. Es cierto que se necesitan muchos cambios, pero confío en que la paz social y la cordura retornen pronto para bien de todos mis compatriotas. Espero que podré hacer a vuestra hija tan feliz como creo que hice a Betty, en ello pondré todo mi empeño, no os quepa la menor duda.

—Oleg, no hace falta que digas nada, eres un buen hombre y todos te conocemos bien —avaló el patriarca de la familia—. Va a resultar duro vivir sin su dulzura al principio, pero al final nos acostumbraremos. Lo importante es que ella sea feliz, se lo merece, y que te haga dichoso a ti.

La boda se celebró el domingo 28 de ese mes de agosto y quiso Oleg que les casara el vicario de Cwmtillery, Nils Aiden, el mismo que treinta años antes se tomaba en alguna ocasión una pinta de cerveza con el sindicalista *Armada* y sus compañeros de la mina “*Tir Nicholas Colliery*”. Aiden había sobrepasado los setenta años y su fiel Emma ya no le acompañaba, pero seguía ejerciendo su ministerio en aquel valle y entre aquellos duros hombres, por lo que aceptó encantado la petición de su antiguo parroquiano.

Los tumultuosos años de 1933 a 1935 los pasó Tony en Granada, con la salvedad de los meses de agosto en que, siguiendo órdenes de Londres, se incorporaba de nuevo como mayordomo sustituto a la residencia en Madrid de Juan Ignacio Luca de Tena, cuyo periódico vio levantada la prohibición de editarse en noviembre de 1932 y que el 30 de ese mes publicaba un editorial titulado: “¿Qué...? ¿Se puede ya...?” En su encabezamiento apostillaba

sarcásticamente la arbitraria medida de su cierre diciendo “*Ni sé por qué hicieron de mí un sin trabajo, ni sé por qué me dejan trabajar ahora*”.

La repercusión en España de la crisis mundial que se inició en 1929 multiplicó, año a año, la tasa de paro en todos los sectores, lo que provocó el descontento obrero, las reivindicaciones laborales, los enfrentamientos callejeros, las huelgas generales, los asesinatos políticos y una agitación generalizada. No solo estaban resentidos los campesinos con la cicatera reforma agraria arbitrada por el gobierno, sino también los anarquistas, que no conseguían la implantación del comunismo libertario y con sus huelgas y sabotajes exteriorizaban su oposición a la república; las clases medias, que veían como se disolvía la Compañía de Jesús y se prohibía la enseñanza religiosa en las escuelas, convirtiendo en públicos todos los bienes de la Iglesia; los militares, por la radical reducción del número de mandos, algo inevitable en una escala sobredimensionada, y por la posible desmembración de la sagrada unidad de la patria en regionalismos independentistas. En la solución de estos empeños fracasaban sucesivamente los gobiernos de derecha y los de izquierda.

De todo ello informaba Tony a Londres con la primicia que le proporcionaba el hecho de trabajar durante el año para *El Defensor de Granada* y en los meses de agosto para el editor de ABC, que le hacía partícipe frecuente de confidencias potencialmente interesantes para los servicios secretos ingleses y con lo que iba oyendo en las reuniones políticas que se celebraban en su residencia. En el plano doméstico, lamentó la marcha de Tula de aquella casa. Al parecer tuvo en cuenta su consejo de último momento.

—La señora Tula —le confirmó Luciano, el segundo criado —se volvió a su pueblo. Era de Villarrubia de los Ojos, en Ciudad Real, y un día recibió la visita de un vecino suyo, algo mayor que ella, que había enviudado dos años atrás. Creo que atendía por Eulalio. Dispone al parecer de un modesto patrimonio, unas fincas en el monte que dijo se llaman *Flores y Colorás*, donde se dan muy bien las viñas y el olivo, y le ofreció compartir su vida, porque al no tener hijos se encontraba muy solo. Tula no necesitó pedir informes ni referencias, porque lo conocía de cuando vivía en el pueblo y sabía que era un buen hombre, así que aceptó casarse con él y creo que acertó. Apenas nueve meses después de la boda tuvo a su primer hijo y escribió una carta a la señora marquesa diciendo que le había puesto de

nombre Ignacio en honor del señor marqués y que se acordaba mucho de todos nosotros, pero que era muy feliz.

—Vaya, me alegro mucho por ella —aplaudió Tony la buena nueva de corazón —menuda joya se ha llevado el viudo villarrubiero.

—Eso creo yo. Y a la señora Aurora, la nueva ama de llaves que ya conoció usted al llegar, se la recomendó a la señora marquesa su amiga doña Inés Díez de Rivera, la duquesa de Alburquerque. Hay que decir, señor Martín, que ha hecho honor a sus credenciales y que lleva muy bien la casa, como habrá podido comprobar.

—Sí, sí, efectivamente —aunque no es Tula, cuestionó Tony en su interior. No tiene su encanto, ni su prestancia, ni su madura belleza. ¡Qué le vamos a hacer!.

Tony informó en esos años a su contacto en la embajada y a través del telégrafo de que disponía, con antelación a su conocimiento por la opinión pública, de la radicalización de las posturas entre la derecha y la izquierda, del movimiento revolucionario que intentó el asalto a la Presidencia del Gobierno en 1934 y de la rebelión de los mineros asturianos en octubre del mismo año, con importantes pérdidas de vidas y bienes, así como de la unión de las fuerzas de izquierda en un Frente Popular a finales de 1935, al igual que había ocurrido en Francia.

Precisamente en agosto de ese año que, aunque él no lo supiera, sería el último en que desempeñara el cargo de mayordomo en la mansión de los Luca de Tena, informó a su colega Benjamin Troy de una conversación mantenida entre el marqués, el financiero Juan March, y otras personas. Luca de Tena tenía que tratar con el acaudalado mallorquín la posible ayuda que éste estaría dispuesto a prestar en el caso de que se organizara un proceso de involución del régimen que, a su juicio, estaba llevando a la nación al caos más absoluto, esta vez con más garantías de éxito que el que organizó Sanjurjo en 1932.

Con el objeto de preparar el terreno, el editor de ABC encargó a Tony que organizase una cena en su residencia. Su esposa doña Catalina no estaba entusiasmada con la idea, pero no podía eludir su asistencia porque la alegación de cualquier excusa podría ofender al magnate. Sin embargo, impuso al marqués la imposibilidad de que asistiera al evento la burrianaense y corpulenta amiga de March, Matilde Reig, ya que la verdadera mujer, Leonor Servera, solo mantenía el título oficial de esposa y su convivencia

estaba definitivamente rota desde hacía mucho tiempo.

No había problema, no asistiría ninguna otra señora a la cena, ella sería la única que se sentaría a la mesa, como anfitriona, pues los comensales, aparte de su esposo y del millonario balear, serían Luis Bolín Bidwell y Juan de la Cierva y Codorníu, que acudirían solos. El primero era abogado, corresponsal de ABC en Londres, donde había estudiado, y agregado de prensa de la embajada española ante la corte de San Jaime. El segundo había inventado el autogiro en los años 20 y, como científico de la navegación aérea, estaba en contacto con determinados fabricantes de aviones en el Reino Unido.

—Anthony, no hace falta insistirle —clarificó su empleador mientras aquel llevaba a cabo los preparativos de la mesa —que todo lo que se trate durante la reunión posterior a la cena requerirá de usted la más estricta discreción. Nada de lo que oiga puede salir de las paredes de esta casa. Usted, como inglés y como mayordomo, lo comprenderá en seguida.

—Por supuesto, señor —concertó el agente del servicio secreto inglés, que hacía tiempo había dejado de experimentar los reparos que le asaltaban al principio de su profesión.

Tras las convencionales presentaciones, la cena transcurrió dentro de la mayor cordialidad, sin que se trataran temas que pudieran rozar ni de lejos los vaivenes de la política nacional. Dada la gran personalidad de March, se le permitió explayarse en el relato de múltiples anécdotas sobre su agitada trayectoria. Tachó de falta de originalidad al que fue ministro de Hacienda, Francesc Cambó, cuando lo acusó de ser “el último pirata del Mediterráneo”, alegando que ese título ya se lo había otorgado él mismo muchos años atrás, habló de cómo consiguió que Alfonso XIII le concediera la lucrativa misión de dirigir el Monopolio de Tabacos, de cómo extendió ese tráfico a Marruecos y Argelia, de cómo creó la compañía Transmediterránea y la banca que lleva su nombre, de sus palacios españoles, suizos o franceses, etc. La marquesa trataba por todos los medios de que no se le notaran su hastío ante tanto afán de protagonismo más propio de un nuevo rico y su azoramiento ante el perturbador estrabismo de don Juan, pues no sabía a qué ojo mirarle, siempre le habían puesto muy nerviosa los bizcos y su exquisita educación le obligaba a un cortés disimulo.

Por respeto a doña Catalina, March no mencionó las acusaciones que le atribuían actividades de contrabando generalizado, sobornos de altas

personalidades de la política y el ejército nacionales, suministros a los submarinos alemanes durante la Gran Guerra, de cómo se aseguraba que practicaba el tráfico de armas, víveres, alcohol y todo tipo de productos y de que le daba igual prestar su ayuda a cualquiera de los contendientes en un conflicto, siempre que aceptaran los precios que les imponía.

Al terminar la cena, la marquesa pretextó un ligero dolor de cabeza que nadie creyó pero que resultaba una gentil excusa para dejar a los caballeros tratando de los temas que les habían convocado allí aquella noche. Juan Ignacio Luca de Tena avisó con el gesto habitual a su mayordomo de que podía servir los cafés, los cigarros habanos y las bebidas, y de que quedara luego a la espera de lo que sus invitados le requirieran.

—Anthony, no vamos a trasladarnos a la biblioteca porque parece que mis invitados se encuentran muy a gusto en este salón donde fumar resulta menos agobiante. Deje usted entornada la puerta y permanezca atento a mi llamada —indicó el marqués aludiendo al toque de campanilla con el que solía llamar a la servidumbre para servir o retirar las viandas, por lo que el mayordomo se pudo situar a distancia prudencial para escuchar todo lo que se tratara en aquella sobremesa.

Llegado ese momento el anfitrión se dirigió a sus invitados, cómodamente instalados en el amplio sofá y en los confortables sillones que presidían el salón comedor, y entró de lleno en el leitmotiv que les había reunido aquella noche del caluroso estío madrileño.

—Señores, todos ustedes saben que este régimen republicano que venimos soportando desde 1931 no puede continuar. No lo digo por el sentimiento monárquico que nos caracteriza a mí y al ideario de mi periódico. No puede continuar porque estamos viviendo día a día la implantación de una revolución de corte marxista-leninista que va a llevar al país a su conversión en un mero satélite de la Unión Soviética. Y eso no lo van a consentir ni las democracias occidentales ni los nuevos regímenes autoritarios surgidos en Alemania e Italia. Los primeros por el miedo al contagio de las ideas revolucionarias que Moscú pretende exportar al resto de las naciones, los segundos por su odio acendrado a todo lo que suponga bolchevismo.

El caso es que España puede acabar convirtiéndose en un auténtico campo de batalla en el que, para defender cada uno su forma de entender la política, corra la sangre del pueblo español, se pierdan las esencias que nos han marcado desde que nos constituimos como nación y que todos los ideales

y aspiraciones de los que tanto ha costado hacer partícipes a nuestros ciudadanos, desaparezcan para siempre.

Es por eso que algunos hemos pensado que ya basta, que no se puede continuar por ese camino. No pretendo cansarles con una relación de las atrocidades cometidas en nombre de la república y de la libertad por los secuaces de determinados partidos políticos de todos conocidos: las huelgas generales, los incendios de iglesias, expolios de conventos, asesinatos, atracos, confiscaciones de fincas, robos, lanzamiento de bombas, asaltos a cuarteles de las fuerzas del orden y del propio gobierno, separatismos auto-declarados, inseguridad ciudadana generalizada, cierre de diarios como el mío, etc., etc. El motivo de reunirnos aquí esta noche es darles cuenta a ustedes de que se está preparando un cambio del que, como es obvio, no estoy autorizado a proporcionarles muchos detalles, y de que ese cambio va a suponer multitud de compromisos y esfuerzos, entre ellos el económico. Don Juan, iré al grano: las fuerzas que estamos preparando ese cambio necesitamos saber si podemos contar con su apoyo, al igual que contamos con el de otros financieros de dentro y de fuera del país, que tampoco puedo citar por evidentes razones de sigilo.

—Amigo Luca de Tena, le agradezco su sinceridad —delimitó desde el principio el financiero, hombre de escasa prestancia física pero del que la autoridad emanaba como algo natural —y se la agradezco especialmente porque aprecio en lo que valen las muchas veces que usted y su periódico se la están jugando con este gobierno con el que es peligroso gastar cualquier tipo de broma. No le miento si le digo que no puede gozar de mis simpatías un gabinete en el que un ministro de la importancia y el seguimiento popular de Indalecio Prieto puede hacer unas declaraciones del jaez de: “*A Juan March debieron ahorcarlo en la Puerta del Sol y yo me habría colgado con mucho gusto de sus pies*”. Y menos sin que el Presidente de ese Gobierno, don Manuel Azaña, intervenga acto seguido y lo cese de toda responsabilidad, aunque solo sea por imprudente, por lenguaraz y por mentecato.

No puedo apoyar, aunque me haya declarado abiertamente republicano en algún momento, a un gobierno que me ha encarcelado dos veces y del que forma parte otro ministro, don Jaime Carner, capaz de manifestar públicamente que “*o la República termina con March, o March termina con la República*”.

Sí es cierto y de sobra conocido que he apoyado económicamente, entre otros muchos, a grupos como las JONS que defienden ideas más bien totalitarias, pero habrá de reconocérseme una indiscutible neutralidad cuando también les he pagado de mi bolsillo a los socialistas la Casa del Pueblo de Palma, para no hablar de las obras filantrópicas que no habrían llegado a buen término sin mi apoyo y generosas aportaciones, como algún hospital de mi amada tierra insular. Y todo ello *se me reconoce* acusándome de fraude y de traición a la República, persiguiéndome y tachándome de sobornar a toda la clase dirigente para conseguir el éxito en lo que estos políticos de vía estrecha llaman mis “turbios” negocios, considerados tal vez como audaces, pero no menos como válidos en el mercado internacional.

Por todo esto le digo, amigo Luca de Tena, que estoy harto de este régimen y que pueden contar plenamente conmigo y con mis recursos económicos para que ese cambio que se está preparando pueda llegar a buen término. Lo digo aquí y ahora y lo mantendré en el futuro, no le quepa duda.

—La verdad es que no esperaba menos de un gran hombre como usted, don Juan —el periodista estrechó efusivo la mano de March —y le anticipo cuales van a ser nuestras primeras necesidades: habrá que facilitar la movilidad geográfica de los militares que pueden dirigir esta acción, de manera que cada uno de ellos pueda incorporarse con rapidez al lugar en que consideren más eficaz su actuación. Eso supondrá la posibilidad de alquilar aviones, embarcaciones y cualquier medio de transporte por caro que sea y en el número que resulte imprescindible. Habrá que garantizar por otra parte a los mandos que encabecen la rebelión que, si esta fracasara pese a todos los esfuerzos, podrían disponer de medios para iniciar una nueva vida con sus familias fuera del país. Y, finalmente, será necesario que usted utilice todas sus dotes de persuasión con los dirigentes de los países susceptibles de apoyar la sublevación, es decir, Alemania e Italia, para que pongan a nuestra disposición en un primer momento, los suficientes medios marítimos y aéreos que faciliten el rápido transporte de tropas, de manera que la ocupación del territorio se efectúe en el plazo más breve y con las mayores garantías de éxito posibles, con el fin de evitar que el previsible enfrentamiento con las fuerzas regulares del gobierno se perpetúe en el tiempo.

Los caballeros que han asistido con nosotros a esta reunión, don Luis Bolín y don Juan de la Cierva, a los que usted no conocía hasta que se los he presentado esta noche pero que son de mi total confianza y de los demás

implicados en el pronunciamiento, están aquí para hacerle partícipe de lo que sería el comienzo de los preparativos y que no consisten en otra cosa que en facilitar la incorporación al lugar clave en el momento preciso de determinada personalidad que no puedo revelar. Cuando quieras, Luis.

—Gracias, Juan Ignacio — escrutó Bolín el semblante del banquero y le pareció receptivo—. Llevo bastante tiempo residiendo en el Reino Unido y he llegado al convencimiento de que el aeropuerto de Croydon, a tan solo seis kilómetros al Sur de Londres, es el más apropiado para nuestros fines. El aeropuerto de Heathrow, más moderno pues opera desde hace tan solo seis años, está específicamente dedicado a un tráfico comercial demasiado público y expuesto a miradas indiscretas. Los aeródromos de Northolt y Gatwick tampoco parecen demasiado adecuados. El primero por ser casi exclusivamente militar y el segundo porque desde hace tres años ha dejado de ser un aeródromo para prácticas y competiciones y ha pasado a constituirse también como aeropuerto comercial. Necesitamos algo discreto y esa es una característica clara de Croydon. En cuanto al medio de transporte, cedo la palabra a Juan de la Cierva, que lleva meses estudiando el asunto.

—Sí, bueno... —confrontó el ingeniero —he estado sopesando varias posibilidades y al final creo que la mejor opción sería la que me ha propuesto mi amigo el piloto civil Cecil Bebb. Ha encontrado un bimotor De Havilland que se alquila en muy buenas condiciones. Me he puesto en contacto con la empresa fabricante en Hertfordshire y me garantizan que el modelo *DH.89 Dragon Rapide* que tienen estacionado en un hangar de Croydon, y que perteneció hasta hace poco al Duque de Gales, se encuentra en perfecto estado de revista y puede convenirnos por su fiabilidad y su amplio radio de acción.

—Sea pues, —amartilló Juan March —veo que no pierden ustedes el tiempo y que la organización está cuidadosamente planificada. Dejo en sus manos los preparativos que mencionan y les reitero que, siempre que guarden la debida discreción para que no pueda verme nunca implicado en este, digamos, intento de corregir la caótica situación en que hemos acabado, pueden contar con todo mi apoyo económico y de cualquier índole que necesiten. Y ahora les ruego me disculpen pues, como todo hombre, no carezco de ciertas necesidades y hay alguien esperándome en mi suite del Hotel Palace. Buenas noches a todos.

El financiero, invitado principal de la cena, se incorporó de su asiento,

dando por terminada la velada por lo que a él se refería. Juan Ignacio Luca de Tena le saludó reiterando su agradecimiento, hizo ademán a su mayordomo de que le trajera el sombrero al empresario y le acompañó gustoso hasta la puerta, donde Sebastián, el conductor del lujoso Hispano-Suiza T60 del director de ABC, uno de sus pocos caprichos personales, aguardaba para trasladarle de vuelta a su hotel.

—Bien, señores —dijo por bueno el resultado de la reunión Luca de Tena —creo que podemos estar orgullosos de lo conseguido aquí esta noche. Mañana a primera hora notificaré a los dirigentes del movimiento el apoyo financiero conseguido, que era vital, y se podrán iniciar los preparativos para que, en un futuro no muy lejano, se ponga remedio a la lamentable situación en que se encuentra nuestro amado país. Propongo un brindis, creo que nos lo hemos merecido.

—¡Por el triunfo de la sensatez y la cordura, por un mejor futuro a que todo el pueblo español tiene derecho! —alzó su copa el marqués y sus dos colaboradores en la rebelión contra el gobierno legítimamente constituido pero al que consideraban que la situación se le había ido de las manos hacía ya bastante tiempo—.

Tras la despedida en casa de su anfitrión, el corresponsal de ABC en Londres y el ingeniero tomaron un taxi para regresar a sus domicilios. Se había dado esa noche uno de los primeros pasos que permitirían una clara involución de la situación política que favoreció la caída de la monarquía y la implantación de un régimen republicano. La conspiración había iniciado su andadura.

—Luis —se expansionó Juan de la Cierva ante Bolín —¿Se imaginará Juan March para quién se prepara lo del avión?

—No tiene un pelo de tonto, ya lo habrás visto. Si bien algunos lo califican como aranero, tramposo y estafador, lo cierto es que es más listo que el hambre y este “negocio” le interesa especialmente. Está harto de la República, de la que ha recibido muchos palos. Y por lo que respecta al destino que daremos a ese dinero que hoy nos ha prometido, aunque no lo pueda saber a ciencia cierta por ser todavía prematuro, habrá supuesto que será para trasladar a Sanjurjo a España desde Estoril en Portugal, donde permanece exiliado. Pero como jugador de ventaja acostumbrado a utilizar varias barajas, seguro que no descarta la posibilidad de que se utilice para el traslado de uno o varios militares que ya han manifestado disensiones con el

Gobierno, como Mola, Varela, Yagüe, Cabanellas, Goded o el propio Franco. Incluso para nosotros es pronto para saberlo, ofreceremos nuestro leal saber y entender como uno de los granitos de arena necesarios para construir el edificio. Lo importante es estar preparados, no vaya a pasar como en el 32.

A la mañana siguiente, el quiosquero del mercado de la calle de Ayala volvió a escuchar cómo Tony le decía “¿Cómo está usted, Salvador?”.

CAPITULO 21°. Una liebre en el camino. 1935 -1936.

El sábado 12 de octubre de 1935, fiesta nacional en España, Tony necesitaba distraerse un poco de tanto trabajo como afrontaba en Pujante Spices, a lo que se sumaba la administración de las cuentas de Carmelilla, la amante de su jefe, las clases de inglés y su trabajo en *El Defensor de Granada*. Como si fuera casualidad, Víctor Fenoy, redactor jefe del *Ideal de Granada*, el otro periódico local, hacía tiempo que venía haciéndose el enconadizo con él en la tasca de Nico, de su misma calle, y le pagaba el desayuno al tiempo que le provocaba para que se incorporara como reportero gráfico a su rotativo.

—Vas a estar muy bien, Antonio —le insistía una y otra vez—. Tendrás unos compañeros estupendos, mejor retribución y más futuro, pues se habla de que *El Defensor* va a echar el cierre en breve plazo. No hay más que ver sus ventas y nosotros queremos tus fotos y tus reportajes. A ver si te decides, hombre...

Tony se resistía a abandonar *El Defensor*, por mera lealtad y porque se

encontraba a gusto, aunque comprendía que la trayectoria del *Ideal* era mucho más brillante y acabarían convenciéndole. Abandonando esos pensamientos decidió coger su bicicleta, su cámara Ensign, y echarse al monte a retratar el otoño, era lo que más lo distraía y a lo que dedicaba gran parte de sus pocos momentos de ocio. Enfiló el carreterín de la Serrezuela de Cogollos y, poco después de pasar Alfacar, por aquellos parajes tan solitarios a primera hora de la mañana de un día de fiesta, de la sierra le bajó rauda una liebre que se le cruzó en el camino y le hizo caer, al perder el equilibrio del puro susto.

La bicicleta y la cámara de fotos no sufrieron daño alguno pues el abundante polvo del camino amortiguó un poco el golpe, pero él se dañó en una rodilla al ludírsela con unas piedras, haciéndose un raspón que le escocía sobremanera y por el que no tardó en aflorar un pequeño reguero de sangre. Se levantó algo magullado y mientras aparcaba la bicicleta apoyándola en un pino y limpiaba su adorada máquina fotográfica apreció cómo se aproximaba por el camino de Nívar un pequeño rebaño de cabras y a su frente un pastor acompañado de un saco de pulgas que trotaba alegre con su apariencia perruna.

—¡A los buenos días, jefe, *paice* que se ha hecho usted daño en la rodilla! —hizo constar el cabrero, echándose un poco para atrás la gorra con aire de preocupación.

—Hola, buenos días. Se me cruzó una liebre hace un momento y me hizo caer de la bicicleta.

—Pues yo me haría ver la herida, maestro. Por aquí circulan muchas bestias y hay cagarrutas por *toas* partes; no es bueno dejarlo *asín*.

—Ya, pero hoy es fiesta y no conozco bien el lugar, no sé si usted podrá indicarme algún médico por aquí que me vea este raspón.

—La matadura no es pequeña y aquí no tenemos médico. Cuando nos pasa algo gordo nos vamos a Granada, pero eso no es *pa* tanto y aquí en Nívar le podría echar un vistazo la boticaria, que vive justo encima de su negocio y está acostumbrada a curar casos como ese, bastante frecuentes por estos pagos.

—Ya. Algo es algo, si me indica usted por donde cae me acerco ya mismo, porque picar, lo que se dice picar, pica bastante.

—Y que no es bueno dejar eso así en carne viva mucho tiempo. Siga usted hasta Nívar, que está ahí mismo a la vuelta de esa curva y pregunte por

la botica. El pueblo es pequeño y *tó dios* la conoce.

—Gracias, amigo. Le voy a hacer caso —dilucidó Tony ante el cariz que estaba tomando la laceración—. Ya nos veremos.

—Vaya usted con Dios, maestro. O si lo prefiere, ¡Salud!

Localizó con facilidad la farmacia, en el centro del pueblo, cerca de la iglesia. La puerta estaba cerrada pero, al verle un zagal que pasaba haciendo rular cuesta abajo un aro de metal con una varilla, le dijo que llamara al timbre porque la boticaria solía estar arriba, en su casa. Al poco de llamar, asomó una cara juvenil por una de las ventanas de la planta alta.

—Sí, ¿qué sucede? —escudriñó curiosa una moza que parecía demasiado joven para ser la titular de la botica.

—Trato de hablar con la farmacéutica. Me he caído de la bicicleta y me he hecho una excoriación que querría que viera y, a ser posible, me curara —desveló quejumbroso Tony el motivo de su llamada.

—Está usted hablando con ella. Deme un segundo y bajo en seguida.

Instantes después, un Tony lacerado, con la ropa en desaliño y con algo de sangre coagulada en su rodilla derecha, era invitado a pasar a una amplia y ordenada rebotica que hacía las veces de consultorio para casos de poca importancia como el suyo.

—¡Vaya erosión que se ha hecho usted, hombre de Dios! —verificó la boticaria al ver la herida.

—Cosa de mala suerte, señorita.

—Señora, si no le importa. Mi difunto esposo, que en paz descansa, me hizo el honor de otorgarme el título de señora para los restos —corrigió con mucho gracejo la joven.

—Disculpe, no pretendía ofenderla.

—Y no lo ha hecho, se lo aseguro, pero en un pueblo tan pequeño como este es fundamental mantener las formas con la población, supongo que me entiende, por lo que todos me llaman señora —aventuró la profesional mientras que limpiaba la herida con agua oxigenada y aplicaba a continuación tintura de yodo, lo que escoció bastante a Tony—. Mi marido era el médico titular de este pueblo y le ayudé a efectuar muchas curas como ésta, cosa que no me enseñaron en la facultad de Granada, pero que ha supuesto para mí bastante más que un cursillo de primeros auxilios.

—Creo que la entiendo, la vida en los pueblos es muy distinta a la de la capital. Pues bien, como le decía, ha sido cosa de mala suerte. Venía desde

Granada por la carretera de Alfacar y se me ha cruzado una liebre que me ha dado un susto de muerte y me ha hecho caer de la bicicleta.

—Pues va a tener que volverse a Granada andando porque con el vendaje que le voy a poner podrá usted caminar, pero no va a poder pedalear hasta dentro de unos días.

—Qué le vamos a hacer, no soy mal andarín y tengo todo el día para llegar, me sobra mucho tiempo —Tony empezó a caer en la cuenta de que la farmacéutica era de conversación agradable y, aunque poco arreglada debido a la temprana hora, no estaba exenta de una belleza típicamente andaluza que se adornaba de forma natural con lo que por aquellas tierras llaman un *salero* especial.

—A mayor abundamiento, si me dice que la caída la ha sufrido en ese camino por el que transitan cabras, caballerías y toda suerte de animales, creo que lo conveniente sería que le pusiera un suero antitetánico.

—Estoy en sus manos.

“Eso quisiera yo, que estuviera en mis manos un chico tan majo —deploró la farmacéutica para sí —hace ya un año que me dejó Evaristo sola en este villorrio miserable en el que solo me retiene la farmacia que me ayudó a pagar papá, pero en cuanto pueda me largo a Granada o, por lo menos, a algo mejor que esto”.

—Y oiga —quiso saber curiosa su sanadora —¿se puede saber, si no es indiscreción, qué hacía usted por estos andurriales tan temprano y en un día festivo hecho para no madrugar?

—Pues ya ve. Tengo una afición un tanto rara. Hago fotos de flores y plantas para revistas especializadas, sobre todo inglesas. Porque ha de saber usted que yo soy inglés.

—Por favor, no me tome el pelo... Tendría usted algún acento, como todos los extranjeros que vienen a disfrutar de su jubilación por las Alpujarras, por ejemplo, y está claro que no lo tiene... Y dígame, ¿le gustan a usted los churros? Ya que no le voy a cobrar por el arreglo que le he hecho, me podría usted invitar a unos churritos en el único figón que hay en el pueblo —se decidió a proponer la improvisada sanitaria—. A la Hilaria, la mujer del Dioni, le salen estupendos...

—No faltaba más, así me daría pie para que le explicase lo de mi origen británico y todo eso; si no le importa que la vean con un cojo...

—Pues no se hable más. Deme unos minutos y me arreglo un poco, yo

no me creo de buenas a primeras aquello de que “*Quien con un cojo pasea, si al año no cojea, renquea*”. Por cierto, mi nombre es Inés y si entra alguien a ver la puerta abierta pidiendo algo, me pega usted una voz, que el negocio es el negocio.

A los churros siguieron unos vinos y unas aceitunas, pues charlando les dio la hora del aperitivo y, viendo la tabernera que no se movían de la mesa, les trajo un salmorejo muy sabroso y un hornazo contundente que les sirvió como almuerzo, rematado con unos cafés de puchero y unas copitas de anís Machaquito que les supieron a gloria bendita.

A las cinco de la tarde se dieron tardía cuenta de que se le había pasado la hora a Tony para volverse andando a Granada y, aunque al día siguiente era domingo, en el pueblo no había posada ni alojamiento alguno donde pasar la noche. En estas estaban cuando acertó a pasar frente a ellos el panadero Joaquín Espigares, por lo que Inés le pidió a grito pelado que se acercara.

—Usted dirá, doña Inés. Buenas tardes, caballero.

—Buenas tardes —compartió el saludo el acompañante de la boticaria.

—Joaquín, este caballero se encuentra en un apuro. Debe dormir en Granada esta noche y no puede regresar en su bicicleta por una caída desafortunada que ha sufrido, como puedes ver por el vendaje que he tenido que ponerle. ¿Sabrías tú de alguien que vaya para la capital antes de que anochezca?

—Mala cosa en un día de fiesta, pero espere... A las siete me viene Pepe Colino, el conductor del camión de la Harinera San Antonio, de Medina de Rioseco, que tiene un almacén en Granada y no tenía más remedio que repartir hoy en Güevéjar y en Nívar, pues tanto el Prudencio del pueblo vecino como un servidor estamos *pelaos* y necesitamos harina antes del lunes. Así que, si no le importa subirse al camión con ese castellano más rancio que el pringue de la Hilaria...

—¡Que te he oído, mal bicho...! —le recriminó la aludida desde el ventanuco de la tasca, muerta de la risa—. ¡Ya vendrás mañana a jugar al dominó, que te voy a arreglar, cacho randa!

—Le quedo muy agradecido, Espigares, aquí le espero hasta que descargue el camión, y si hay que pagarle algo al conductor, no es problema.

—¡Quiá, seguro que lo hace con mucho gusto! Hasta dentro de un rato.

—Bien —revalidó Inés la operación transporte—. Has tenido suerte, esta noche duermes en tu casa...

—La verdad, no estoy muy convencido de que eso sea una suerte —se resignó Tony, haciendo acopio de todo su atrevimiento.

Inés se azoró un tanto ante la respuesta de su acompañante, pero le respondió con una sonrisa picarona. Tras unos instantes de silencio, se atrevió a mirarle a los ojos.

—Espero que volvamos a vernos...

Algo de suerte sí había tenido Tony. Al bajar la bicicleta del camión de Pepe Colino en Granada observó que tenía rajada ligeramente la cubierta de la rueda delantera.

La “*tenida*” que se abrió en la Logia Giner de los Ríos de Granada el sábado 11 de enero de 1936 iba a ser de una importancia primordial para los hermanos masones de la ciudad de la Alhambra y para los de otros muchos templos del Arte Real en toda Andalucía. La convocatoria había sido formulada con la solemnidad que se daba habitualmente al Cónclave anual y se invitó a participar a destacados hermanos maestros de las logias *Artesanos de Hiram*, de Málaga, *Luz del Cénit*, de Almería, *Armonía del Tharsis*, de Sevilla, *Renacimiento*, de Jaén, *Siete Luces*, de Córdoba y *Constitución*, de Cádiz. Los hermanos de Huelva de la logia *Bóveda del Estero* excusaron su asistencia.

Todos los convocados eran conscientes de la trascendencia del acto, acorde con la situación política que generaba honda preocupación a los habitantes del país de Norte a Sur y de Este a Oeste. Allí se reunían, cada uno con su mandil reglamentario, a cual más elegantemente bordado, con sus collarines, sus insignias y otras condecoraciones, hermanos de diversos grados: Grandes Maestros Arquitectos, Príncipes de Jerusalén, Caballeros Rosa Cruz, de la Serpiente de Bronce y de la Real Hacha, Patriarcas Noachitas y hasta Príncipes del Real Secreto.

Desde su trono semicircular sobre siete gradas, cubierto por el preceptivo dosel que remataba el Triángulo Resplandeciente y situado al Oriente del Templo, el Venerable Maestro contemplaba cómo tomaban asiento a su derecha y a su izquierda los hermanos visitantes, el hermano secretario y el hermano orador, mientras que los demás hermanos masones, aprendices, compañeros o maestros, lo hacían abandonando la Sala de Pasos Perdidos y afanándose por ocupar el resto de los asientos o “columnas” según

su categoría y obedeciendo en silencio las indicaciones del hermano hospitalario. Como era de rigor, ninguna mujer asistía al acto, los estatutos prohibían su iniciación y mucho menos su comparecencia como invitadas.

Avistaba con inquietud el Venerable los amados símbolos, el candelabro de siete luces, la plomada, el Altar de los Juramentos, sobre el que destacaban la espada flamígera, el cojín púrpura con borlas de oro, el Volumen Sagrado de la Ley, la escuadra, el compás, así como el recipiente que representaba el Mar de Bronce y el pebetero de los perfumes. Mientras tanto, el pequeño piano que recibía el nombre de *Columna de la Armonía* emitía nítidas y sentidas las notas de las composiciones de dos destacados masones: Mozart y Beethoven.

Se preguntaba si podría en el futuro seguir observando desde su trono las dos columnas corintias *Jakin* y *Booz* que daban entrada al Templo, con sus granadas y lirios, sirviendo una de soporte a la esfera terrestre y otra a la celeste; si podría seguir en su sitio, rodeando aquella sala desprovista de ventanas, la Cadena de la Fraternidad, ese cordón de doce nudos que representaba la elíptica que recorre la Tierra alrededor del Sol y si la cúpula de las constelaciones y el mosaico en blanco y negro como tablero de ajedrez que constituía el suelo de la logia seguirían por mucho tiempo en su sitio.

A la memoria le venía la ceremonia de su iniciación, hacía ya muchos años, en la logia *Luz Perseverante*, de Gijón, en que los queridos y añorados hermanos asturianos le sometieron al ritual tradicional, con los ojos vendados, la cuerda anudada al cuello, medio torso descubierto, rodilla derecha y pie izquierdo desnudos, la punta de la espada sobre su pecho para la prueba de la sangre, su mano sobre la llama, el cáliz de la amargura, con sus dos sabores dulce y amargo, el *despojo de los metales*, como símbolo de renuncia a los bienes terrenales, el solemne juramento en el que aceptaba su compromiso, la colocación del mandil y de los guantes, la palabra sagrada que le dijo al oído el Venerable Maestro y los gestos secretos con los que reconocería a un hermano masón. Cuántos años habían pasado hasta alcanzar el honor del grado 33 y ser elegido como Venerable Maestro de la *Giner de los Ríos...*

Dejando atrás preocupaciones y recuerdos, tras pronunciar las palabras de apertura de la *tenida* y dar la bienvenida a los hermanos Maestros de las logias invitadas, concedió la palabra al hermano orador, que en esa ocasión no era otro que Avelino Pujante, reconocido por todos en la ciudad como

industrial de prestigio y persona sensata y de buen juicio. Pujante ocupaba esa tribuna en contadas ocasiones, pues no era amigo de protagonismos ni presunciones y, cuando lo hacía, era siempre para asuntos de la mayor repercusión.

—Estimados hermanos, todos sois conscientes de la difícil situación política que está atravesando este país, —se permitió opinar contemplando las caras de preocupación de sus interlocutores —situación que se ha visto agravada con el enfrentamiento entre derechas e izquierdas a que ha llevado la formación de esas dos grandes coaliciones que son el Frente Popular por un lado y la agrupación de todos los partidos conservadores por otro en el Frente Nacional o de Orden.

Observad que no es casualidad la mutua denominación de “frentes”. Todos sospechamos en nuestro interior que se está preparando ya el campo de batalla donde media España se opondrá con todas sus fuerzas a la otra media. No parece posible a estas alturas la reconciliación y las elecciones generales convocadas para el próximo 16 de febrero, para lo que falta poco más de un mes, van a decidir el futuro de nuestra patria.

Tristemente, parece que van a cumplirse entre nosotros las palabras que ya se prevén proféticas de nuestro hermano Antonio Machado, de la logia *Mantua*, de Madrid, con las que nos avisa: “*Españolito que vienes al mundo te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón*”. Y precisamente eso es con lo que hoy contamos: con dos Españas radicalmente enfrentadas en las que odios ancestrales, oscurantismo religioso, privilegios y caciquismos mantenidos durante siglos, diferencias sociales insostenibles y ansia no oculta de revanchismo de la clase obrera en perceptible mezcolanza con utopías comunistas y anarquistas, parecen condenados a provocar en breve plazo un choque que, mucho me temo, puede resultar apocalíptico.

Observo que no aparecen en vuestros rostros signos de sorpresa por mis palabras, —venteó Pujante el taciturno ambiente —índice claro de que todos coincidís conmigo en la gravedad del análisis que acabo de exponeros. A ninguno de vosotros os pillan de improviso mis negros presagios, compartidos hoy por todo el que tenga dos dedos de frente.

Entre las personas más capacitadas para aventurar lo que va a pasar tras las elecciones generales del mes que viene están los políticos y los militares. Gran cantidad de estos dos colectivos militan en nuestras filas, muchos como hermanos maestros de gran prestigio. Su preocupación, expresada en nuestras

logias con la libertad habitual, es clara. Los que me conocéis sabéis que no soy persona fácilmente impresionable y que reflexiona hondamente las decisiones que debe adoptar para la buena marcha de su empresa. Tengo alguna fama, tal vez exagerada por muchos, de que suelo anticiparme a los avatares del mercado, previendo posibles situaciones de peligro antes de que se adivine ni de lejos la crisis que acaba llegando. Todo ello, caso de ser verdad, no es fruto de dones ni de ciencias infusas, sino de profundos estudios y análisis que no todos llevan a cabo.

Aplicando esa fórmula para intentar prever lo que está por suceder y preocupado por el resultado que salga de las urnas en los muy próximos comicios, he propugnado en esta logia la organización de un comité de hermanos que ha mantenido conversaciones con altos cargos, no con los políticos, que siempre están mediatizados por lo que piensan sus respectivos partidos, sino con militares de las logias hermanas de Madrid, Barcelona y otras ciudades, con el fin de obtener en riguroso secreto informaciones que nos permitan pronosticar, si acaso sea aproximadamente, qué puede suceder si triunfa en las elecciones la opción de izquierdas y si ese triunfo puede motivar a las clases altas y medias a secundar un pronunciamiento militar de esos a que tan aficionados parecemos en este país.

Confiado en vuestra discreción y en el secreto a que nos obliga a todos el hecho de *haber recibido la luz*, estamos en disposición de comentaros que hermanos masones militares de la categoría de los generales Batet, Cabanellas, Miaja, Guarner, Martínez Monge, Pozas o Núñez de Prado, entre muchos otros, nos han asegurado que la posibilidad de un golpe militar apoyado por la Iglesia, por significados financieros y por gran parte de la clase media es más que posible, incluso que se pudiera estar preparando desde hace algún tiempo.

Observad que no se trata de militares de segunda fila. Entre los que os he citado hay un ministro de la República, un director general de la guardia civil, otro de las fuerzas de orden público, un inspector general del ejército, el Capitán General de Valencia y el responsable de la fuerza aérea, nada menos.

Todos sabéis que se ha acusado ampliamente a la masonería española de proponer que se recogiera en nuestra Constitución la nacionalización de los bienes de la Iglesia, la prohibición de las procesiones religiosas en las ciudades y pueblos, la expulsión de las órdenes religiosas o su exclusión del ámbito de la enseñanza. Sea o no verdad la influencia que el Gran Oriente de

España haya tenido en la adopción por los gobiernos de la República de algunas de estas medidas, la Iglesia y la religiosa clase media de este país no nos lo ha perdonado y, en caso de que ese posible golpe militar de que os hablo triunfara, la persecución de todo lo que huelga a masonería estará entre los primeros objetivos a lograr.

No será la primera de las persecuciones a que nos hemos visto sometidos en la historia, ni seguramente será la última. La diferencia de esta es que podemos estar preparados. Tenemos poco tiempo para hacerlo, pero no tiene por qué pillarnos de sorpresa. Dada la situación de odio y enfrentamiento a que aludía al principio de esta exposición, es de suponer que la represión que se ejercería sobre nuestras queridas logias sería terrible.

Por eso es por lo que se ha convocado esta *tenida*, con el objeto de someteros a todos la posibilidad de que nuestra logia Giner de los Ríos, y las que quieran seguir nuestro ejemplo, pasen al estado de “*sueño*” que está previsto en nuestros estatutos, con el fin de renacer como ave fénix cuando esta tormenta haya pasado, tal vez dentro de poco, tal vez dentro de muchos años, en un nuevo y prometedor despertar.

Nuestra querida Granada y las capitales de las que proceden nuestros honorables hermanos visitantes no dejan de ser ciudades relativamente pequeñas en las que todo el que descuella un poco es sobradamente conocido por las fuerzas vivas de esa población. Si la Iglesia y la reacción se acaban saliendo con la suya, ni este templo sobreviviría veinticuatro horas a la sublevación, ni nuestras vidas valdrían tres cuartos. Pero no solo nuestras vidas, tampoco las de nuestras familias, ni siquiera nuestros bienes, títulos o haciendas podrían sobrevivir a la hecatombe. La prudencia es una más de las muchas virtudes que de siempre han adornado a nuestro Arte Real, que ha alcanzado su más excelsa manifestación en el secreto que impregna toda nuestra actuación. No se trata de cobardía lo que aquí os estoy proponiendo, se trata de supervivencia, de estar a la altura de lo que podremos aportar en el futuro si, como ese río tan español que es el Guadiana, desaparecemos hoy para volver a aparecer más adelante con la misma fuerza de ahora o quién sabe si con mayor pujanza.

Estamos a tiempo de borrar para los profanos todo rastro de nuestra existencia en esta ciudad, de manera que los enemigos de este sagrado Orden no puedan recomponer nuestros estatutos, ni conocer rasgo ni nombre alguno de los hermanos que, durante tanto tiempo, hemos participado en la vida de

este templo de sabiduría, hermandad, tolerancia y búsqueda de la perfección. ¡Os propongo que votemos con total libertad por la completa disolución de esta logia con el objeto de evitar que sean nuestros enemigos los que acaben pronto con ella y con sus componentes! El comité de que os he hablado se encargaría de no dejar vestigio alguno de nuestra participación en ella y, aunque el dolor que sentiremos por ello en lo más íntimo de nuestros corazones será muy difícil de soportar, creo que tenemos la obligación de salvar primero a las personas, para que la idea pueda conservarse y retornar en el futuro.

El Venerable Maestro dio un golpe de malleto, el pequeño mazo de madera, llamando la atención de todos. El acto de disolución de una logia, conocido por "*Abatir columnas*", requería la mayor de las solemnidades. Se habían cumplido los requisitos fijados por la Carta Patente estatutaria de convocar la *tenida* con ese solo objeto, emplazando a todos los hermanos mediante "*plancha*" al efecto y con la anticipación requerida. Solo si siete de los hermanos votaban contra el abatimiento, la vida de la logia continuaría adelante. En el mayor de los silencios y con la natural expectación de los hermanos visitantes, se procedió a votar la disolución de la logia. El recuento desveló la sola presencia de dos bolas negras, contrarias a la disolución. La logia Giner de los Ríos de Granada pasaba desde ese momento a la situación de "*sueño*".

Se produjo entonces una triste "*batería*", todos los presentes golpearon rítmicamente con las manos sus asientos para expresar su dolor. Los *hijos de la luz* se abrazaron y, en orden y silencio absolutos, desaparecieron del templo que nunca más volverían a ver y en donde en adelante no se llegaría a abrir trabajo alguno. Los miembros del comité de disolución recogieron los mandiles y demás ornamentos de los hermanos de Granada al tiempo que despedían a los que se habían desplazado desde otras logias. Veinticuatro horas después no quedaba rastro alguno de que en aquel lugar hubiera existido una logia masónica. El mismo Avelino Pujante, por delegación del Venerable Maestro, supervisó personalmente la desaparición de todo símbolo y documento.

CAPITULO 22°. Junkers y Savoias.1936.

El Partido Comunista Español había puesto toda la carne en el asador para que la coalición de las izquierdas en el llamado Frente Popular arrebatara el poder al centrista Portela Valladares en las elecciones del 16 de febrero y acabó consiguiéndolo. Se integraron en el Frente Popular, además del PCE, el Partido Socialista Obrero Español, Unión Republicana, Izquierda Republicana y la gran mayoría de los partidos de izquierda, entre ellos algunos regionalistas, como Esquerra Republicana de Catalunya. Los anarquistas se abstuvieron de entrar en la coalición que, aunque no logró el codiciado 50% de los votos, sí consiguió la mayoría de los diputados que se presentaban a la elección.

Si bien la victoria frente a centristas y partidos conservadores fue pírrica, las masas se echaron a la calle en manifestaciones de euforia que las fuerzas de orden público se vieron incapaces de controlar. El poder era del pueblo llano y ello tendría reflejo inmediato en las reivindicaciones sociales y laborales, que impulsaron el desorden generalizado en todo el país, las huelgas generales y las ocupaciones de fincas por la desposeída clase campesina, en una reforma agraria de facto que no atendía razones de legalidad. La violencia callejera que se extendió por la nación no fue

exclusiva de los votantes de la izquierda. Los pequeños partidos de corte autoritario, no lejanos de los fascismos surgidos años antes en Europa, se movilaron a su vez en atentados y golpes de mano contra todo lo que oliera a bolchevismo y separatismo. La inquietud entre la clase militar empezó a alcanzar cotas preocupantes que olían a movimientos preparatorios de golpe de estado.

Los mítines de los líderes políticos exacerbaban los ánimos y aumentaban la tensión entre las diversas clases sociales. Nadie, ni en el Congreso de los Diputados ni fuera de él, hacía nada por rebajar esa situación de enfrentamiento cada vez más cercana a la explosión. No era ni más ni menos que el equivalente del violento roce de dos fallas tectónicas anunciando el inminente seísmo. El Gobierno desperdigó por la geografía nacional a los generales sobre los que recaía alguna sospecha de involución, pero no acababa de tomarse en serio que se estuviera preparando algún tipo de pronunciamiento al estilo de los que se habían producido en el Siglo XIX. Es más, casi era preferible que ese conato de rebelión se produjera, porque estaba seguro de acabar con él tan rápidamente como se hizo en 1932 con el que había protagonizado el general Sanjurjo.

Tony remitía vía telégrafo a su central en Londres toda la información que obtenía entre bastidores en el *Ideal de Granada*, diario al que se incorporó en junio de ese año de 1936, ante la insistencia de su redactor jefe, Víctor Fenoy y una vez que se convenció de que *El Defensor de Granada* tenía los días contados, entre otras cosas por su excesiva inclinación hacia la izquierda entre una clientela de lectores que había demostrado en las urnas no comulgar tanto con esa ideología un tanto radical. Esa información que le proporcionaba la cercanía de la noticia resultaba a veces mucho más valiosa que la que el periódico se atrevía a publicar y era constantemente solicitada por su colega Benjamin Troy, que dirigía su trabajo desde la embajada en Madrid. No era el cambio de periódico la única de las novedades que habían irrumpido con fuerza en la vida de Tony en los últimos meses. Tras el primer encuentro con Inés Paredes, las visitas a Nívar se fueron sucediendo y, antes de que llegara diciembre coloreando bizarro de blanco las cumbres de Sierra Nevada como cada invierno, eran amantes. Salvo una pequeña visita a la Puebla de Don Fadrique para pasar la Nochebuena con su padre y Eliona, saborearon las Navidades juntos, tratando de que la pequeña población ignorara la rotundidad de su pasión, aunque no era fácil ocultar la relación en

toda su magnitud entre unos vecinos que le veían acudir asiduamente a la única farmacia del lugar.

El padre de Inés, Abelardo Paredes, no veía con malos ojos el noviazgo de su hija. Comprendía que no podía seguir sola en aquella aldea en la que tenía instalada su farmacia. La muerte de su marido hacía innecesario continuar residiendo allí. Habría que buscarse influencias para que a la niña se le permitiera trasladar su botica a la capital.

—Y dices que Antonio, tu novio, es inglés, hija —sopesó el hacendado para tratar de sonsacar algo que le revelara cómo era el muchacho, al que todavía no conocía personalmente.

—A medias, tiene la nacionalidad española por su padre, que es tan andaluz como tú o como yo, pues es de Loja, y tiene la nacionalidad británica por nacimiento y por su madre, que era galesa y murió hace bastantes años.

—¿No será de esos rojos que cualquier día nos rebanan el pescuezo y nos quitan las fincas, verdad?

—Papá, si te rebanan el pescuezo, como tú dices, maldita la falta que te van a hacer ya las fincas. Pero no, no es de derechas ni de izquierdas, o al menos no lo vive tan apasionadamente como tú o tu amigo Gil Robles, ni como el pobre de Evaristo, que solo vivía para sus enfermos y para su Falange Española, dejándome bastante desatendida en muchas ocasiones, que todo hay que decirlo, caramba.

—No te quejes, hija, que tu Evaristo era un ejemplo de virtudes y de españolismo.

—De españolismo, tal y como lo entendéis vosotros, puede ser, no voy a entrar ahora a valorarlo, pero por lo que respecta a “virtudes”, no era ese el nombre de la amiguita que tenía en Alcalá la Real, que como se llamaba era Rosarito y al parecer hacía honor al nombre del pueblo, pues dicen que era una real moza. Todo el mundo lo sabía en los dos pueblos menos tu hija, que estaba en la inopia, hay que fastidiarse.

—Esos eran meros devaneos de hombre que en nada afectaban a su amor por su familia, que eras tú. Todos los hombres tienen esas pequeñas aventurillas y tu marido no era distinto de los demás —defendió Abelardo.

—¡Papá, no soporto esa concepción machista de la vida ni la prepotencia con que el marido trata en esta hipócrita sociedad a las mujeres!

—Vale, vale, no te enfades, que tienes el mismo genio que tu madre, que en paz descanse.

—Al menos Tony me trata con cariño y con comprensión. No solo estoy enamorada de él hasta los tuétanos y me consta que él de mí, sino que no tengo ningún pero que ponerle, y me importa un comino que sea español, inglés o búlgaro, ni como piense en política, con tal de que me trate siempre con el amor y con el respeto con que lo hace ahora. Nadie podrá acusarme de haber dicho nunca una sola palabra en contra de Evaristo, pero te aseguro que si no llega a morir de aquellas fiebres, a estas alturas haría ya bastante tiempo que lo habría abandonado.

En lo concerniente a su actividad en Pujante Spices S. L., el trabajo de Tony continuaba como siempre. La empresa seguía su ritmo ascendente, ahora con mayor dedicación de su jefe don Avelino, que ya no gastaba ningún tipo de energías en los trabajos de la clausurada logia masónica, cuya antigua afiliación se esmeraba en ocultar.

A finales de junio, Tony fue informado por el agregado de prensa de la embajada británica de que la información que había proporcionado sobre la contratación de un avión en el aeropuerto de Croydon por su empleador Juan Ignacio Luca de Tena había sido confirmada en todos sus pormenores. El avión, cuyo alquiler había pagado en secreto Juan March, era efectivamente un De Havilland modelo DH.89, conocido como *Dragon Rapide* y el piloto sería el amigo del ingeniero implicado en la conspiración Juan de la Cierva, un civil llamado Cecil Bebb. Acompañaban en el vuelo a Bebb, en lo que había declarado éste como viaje de placer, el comandante inglés Hugh Pollard, su hija Diana y la amiga de ésta Dorothy Watson, encantadas con el viaje que creían turístico, además de Luis Bolín, el hombre de Luca de Tena en Londres, que se encargaba de supervisar todos los detalles, de manera que no fallase nada en el último momento.

Los servicios secretos ingleses estaban de acuerdo en que lo más probable era que el aeroplano estuviera destinado a sacar al General Franco de su forzado destino en Canarias, en donde había sido confinado tras las elecciones de febrero, como era bien sabido, por el Ministro de la Guerra, Masquelet, acatando las órdenes directas del Presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña, que no se fiaba en absoluto de él, y trasladarlo bien a la Península, bien al Marruecos español que tan bien conocía el militar y cuyas fuerzas, indígenas o no, allí destinadas le profesaban verdadera veneración, ya fueran de los Regulares o de la Legión fundada por su mutilado compañero Millán Astray, también conocida como Tercio de

Extranjeros.

La segunda gran información que le transmitió Benjamin Troy procedía de Turquía y había sido proporcionada por Colin Kynaston, compañero de Tony en *The Half*. Al parecer, en una reunión informal de líderes musulmanes mantenida en Alejandría, en un hotel del delta del Nilo, Muhammad ibn Yusuf, que reinaba como sultán en Marruecos con el nombre de Mohammed V, había comentado incidentalmente con el presidente turco Mustafa Kemal Atatürk que se estaba planeando una inminente rebelión del ejército español del Protectorado contra la República. Los espías del sultán tenían ojos y oídos desplegados por todo el Alto Comisariado del Protectorado y muy especialmente en la Delegación de Asuntos Indígenas, que seguía dirigiendo el joven y apuesto Marqués de la Villa de Lorquí, don Antonio de Riquelme y Pedraza, que tanto éxito tenía con las mujeres tangerinas, alguna de las cuales había traicionado sus imprudentes confidencias.

Atatürk, en una de sus francachelas compartidas con su amigo el industrial del comercio de alfombras Douglas Kynaston, padre de Colin, le había comentado el asunto cuando aún no estaba demasiado bebido. Colin lo comunicó esa misma madrugada a *The Half* telegráficamente y el Almirante Hugh Sinclair dio orden de que se confirmara la noticia por los servicios secretos destinados en Marruecos. Este hecho supuso la intervención de otro alumno del *Centro*, el simpático tarambana y contrabandista de tabaco americano Jim Gray, que confirmó la noticia con su amigo el Jalifa Muley Hassán bin el Mehdi.

Una vez reunidas todas las piezas del rompecabezas, Benjamin Troy comunicó a Gray la orden del MI6 de que se organizara para desplazarse a Ceuta cuando llegara el momento, de manera que pudiera transmitir con el máximo detalle el posible paso de fuerzas de infantería en algún convoy militar rebelde, exigiéndole una especial reserva para que el asunto no llegase a conocimiento de los servicios secretos del Gobierno de la República, que no gozaba de la total confianza del Gobierno británico.

Los acontecimientos se habían precipitado en la capital de España desde que el líder de la CEDA, Gil Robles, dio lectura en el Congreso a la larga serie de asesinatos, huelgas, incendios provocados y otros desórdenes que habían tenido lugar con posterioridad a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero, lo que era a su juicio una clara muestra de la situación

de ingobernabilidad del país por inoperancia del ejecutivo y de la insostenible situación de permanente enfrentamiento entre las diversas fuerzas sociales, a la que nadie parecía capaz de poner coto.

El detonante que provocó el clímax en la situación de tensión generalizada comenzó con el asesinato del izquierdista teniente de la Guardia de Asalto José Castillo por jóvenes carlistas o falangistas, no se acabó aclarando, en la noche del 12 de julio. El posterior asesinato del líder de la derecha José Calvo Sotelo solo sirvió para que el Gobierno fuera acusado en el Parlamento de estar detrás del crimen y para que gran parte de los que hasta ese momento se mostraban indecisos a secundar la sublevación que se había puesto clandestinamente en marcha, abandonaran sus últimas reticencias y se adhirieran a la rebelión. El general Emilio Mola, conocido como “El Director” porque desde un principio tomó la batuta de la sublevación militar contra el Gobierno de la nación y que había preparado el comienzo de las operaciones para el 20 de julio, adelantó la insurrección al sábado 18 para aprovechar la turbación que había causado en toda la nación el doble atentado.

Sin embargo, los militares conjurados en Melilla, delatados por un falangista que se quiso desvincular de la asonada en el último momento, se vieron en la necesidad de adelantar el levantamiento al día 17 si querían que prosperase, declarando el estado de guerra y tomando los diversos edificios oficiales, al tiempo que pasaban por las armas a todo el que ofrecía algún tipo de resistencia. Acto seguido, las ciudades de Ceuta, Tetuán y Larache se sumaron a la iniciativa, en el caso de la primera sin disparar un solo tiro y en el de la última con abundante derramamiento de sangre, a la espera de la incorporación del general Franco que, procedente de Las Palmas, aterrizaba en el aeropuerto de Tetuán al rayar el alba del domingo 19. Conseguida por los rebeldes la adhesión de la totalidad de las fuerzas del Protectorado, a las que se añadieron las de los voluntarios marroquíes reclutados por el Jalifa Muley Hassan, intentarían el cruce del Estrecho de Gibraltar para unirse cuanto antes a las fuerzas que se habían rebelado en la Península.

Los servicios secretos británicos, alertados por las confidencias que le hacía a diario a Jim Gray su amigo el Jalifa, tuvieron conocimiento del inicio del levantamiento a las pocas horas de producirse. El contrabandista de tabaco se desplazó a toda prisa a Ceuta, donde alquiló un viejo apartamento con vistas al puerto en el que se instaló con sus prismáticos de campaña, su

máquina de cifrar y su telégrafo, de manera que pudiera disponer, a tan corta distancia, de información detallada sobre los buques que transportaran al ejército rebelde desde África, para su comunicación inmediata al cuartel general de la British Army en La Roca, según las instrucciones recibidas, y así informó de que solo un destructor y una motonave pasaron el 18 de julio de Ceuta a Algeciras, lo que suponía muy pocos hombres transportados. Igual sucedió al día siguiente, solo cruzaron un cañonero y un mercante, que Gray identificó al salir como el *Cabo Espartel*.

Al regresar los buques a Ceuta, el compañero de Tony se acercó por el puerto y se hizo el encontradizo con un cabo del cañonero, un tal Cayetano Ruiz, que se estaba encargando de amarrar a un noray del muelle uno de los gruesos cabos de amarre.

—¿Qué tal ha ido el día, cabo, hemos conseguido pasar nuestras tropas a la Península? —curioseó con camaradería Gray, haciéndose pasar por decidido partidario de los sublevados.

—Poca cosa, amigo. Yo acabo de llegar esta misma mañana de Tetuán y he hecho el viaje de ida y vuelta a Algeciras en el *Cañonero Dato* lo cual, como habrás visto, no es ningún secreto, pues ha estado a la vista de quien quisiera seguirlo desde el puerto. Lo cierto es que estamos todos ansiosos por cruzar el charco, pero a este paso, y previendo que la flota republicana estará viniendo a toda máquina para imponer el bloqueo, no nos va a resultar muy fácil. En el fondo no le veo yo mucho futuro a esto, qué quieres que te diga.

Antes de que ese bloqueo se hiciera del todo efectivo, solo dos embarcaciones a vela pudieron aprovechar la niebla nocturna para transportar a 150 legionarios el 24 de ese mes de julio. La sensación de impotencia se extendía entre los mandos rebeldes. La mayor parte de la armada española se había decantado por el gobierno legalmente constituido, en muchos casos arrestando o fusilando la marinería a los mandos de los buques, lo que restó mucha operatividad a la flota pero, ante lo exiguo de las unidades con que contaban los insurrectos, el bloqueo del Estrecho se había conseguido.

De esta suerte, el Director de *The Half*, Byron Mudford, volvió a apuntarse un nuevo tanto para su escuela de espías ante el Almirante Sinclair. Ese 24 de julio, la exalumna Jutta Borsdorf notificó que había contactado con un compañero, experto ingeniero mecánico al frente de todo lo relacionado con pesos y medidas en la fábrica Merck de Darmstadt, que había regresado de la industria de aviones Junkers, en Dessau, al Este de Alemania, en el

Land de Sajonia-Anhalt, a unos 130 kilómetros al Suroeste de Berlín. Al parecer, ese compañero, Hans Müller, había sido enviado a Dessau para comprobar las posibilidades de equipar a determinados aviones con bombas de 100 kilos. Nadie en Darmstadt conocía el verdadero apellido de Hans, de haberlo sabido jamás habría sido encargado de la misión en Dessau, pues el padre de Hans era judío. En realidad se llamaban Safirsztein y, aunque es la madre quien concede la identidad hebrea entre los judíos y la de Hans no lo era, siempre tuvieron miedo del antisemitismo alemán y se cambiaron el apellido cuando un bombardeo destruyó el registro civil de Gundershoffen, el pueblo de Alsacia de donde procedían, durante la Gran Guerra.

Hans tenía por amiga y confidente a Jutta, que aprovechó una cena íntima para sonsacarle con habilidad sobre su misterioso viaje, hasta conseguir que el ingeniero le refiriera muy en secreto que había visto en el aeródromo militar de Dessau una formación de veinte trimotores de transporte Junkers JU 52 que Hitler había destinado a España, para el entrenamiento de su todavía ilegal y secreta Luftwaffe y que tendrían como primera misión la de ayudar a las tropas de Franco a cruzar el Estrecho de Gibraltar, burlando así el bloqueo impuesto por la Armada republicana de que hablaban ya todos los periódicos de Europa. Al parecer, ese avión era una máquina de guerra que rozaba la perfección e interesaba probarla en unas maniobras como aquellas que iban a constituir el primer puente aéreo de la historia, con lo que servirían de preparación para los pilotos alemanes. Esa importante escuadrilla de Junkers se completaba con media docena de cazas Heinkel, que les protegerían si aparecía la aviación gubernamental española.

Tres días después, el lunes 27 de julio, Mudford recibía una comunicación cifrada de Virgil Alexander, desde Montreux, en Suiza, en la que decía que, sobre las nueve de la mañana y alarmados por un intenso fragor de motores salieron de su oficina bancaria todos los empleados y pudieron observar en perfecta formación de combate a veinte grandes aviones militares alemanes de transporte, precedidos de seis más pequeños que podían ser cazas ligeros, en dirección Suroeste, con lo que quedaba definitivamente confirmado el destino de esa poderosa arma volante camino del Norte de África.

El mismo día, el joven abogado de Sorrento Adrian Dawson transmitía a Mudford cómo había observado, desde las ventanas de su bufete en la Via San Francesco de su ciudad, el paso por el Golfo de Nápoles de una

formación de nueve imponentes bombarderos Savoia, algo más pequeños que los Junkers, pero mucho más rápidos, de los que el vehemente Primer Ministro Benito Mussolini presumía días antes en la prensa como de la primera ayuda que Italia prestaba en la lucha que Franco había emprendido contra el comunismo y la III Internacional, conjurada en el empeño de extender al mundo entero el socialismo revolucionario y la dictadura del proletariado. Esas declaraciones no hubieran podido hacerse un mes después, tras la firma del *Acuerdo de No Intervención en España* por los principales países europeos, entre ellos Alemania, Italia y la Unión Soviética. Lo cual no supuso impedimento alguno, por supuesto, para que estas tres naciones suministraran después todo tipo de ayuda a los contendientes, las dos primeras en apoyo del bando rebelde y la última del republicano.

Esta fuerza aérea resultó decisiva en el paso del Estrecho ya que supuso la posibilidad de trasladar a la Península gran cantidad de material de guerra y un contingente superior a los trece mil combatientes de la más preparada arma de infantería con que hasta ese momento había contado la nación, el Ejército de África. El limitado traslado de tropas por mar que se había producido a finales de julio se completó el 5 de agosto con lo que la propaganda de los sublevados denominó, de manera ostentosamente exornada, el “Convoy de la Victoria” que, rompiendo el bloqueo, utilizó para el paso los mercantes *Ciudad de Ceuta*, *Ciudad de Algeciras*, *Benot* y *Arango*, además de la exigua escuadra rebelde, con lo que lograron transportar a un total de 3.000 efectivos y abundante munición y pertrechos, de todo lo cual informó ampliamente Jim Gray desde su privilegiada atalaya. El cabo Cayetano Ruiz, que había hecho buenas migas con él, embarcó en el cañonero Eduardo Dato y en Algeciras lo abandonó para incorporarse a los Regulares en su condición de experto ajustador de armas, lo que la tropa conocía vulgarmente como “maestro armero”.

Efectuado el desembarco, el cuerpo de ejército transportado se dividió en dos tropas independientes nada más tocar tierra peninsular, una al mando del general Varela, destinada a ocupar de inmediato la mayor parte de Andalucía, y otra que emprendió el camino del Norte a través de Extremadura y que comandaba el coronel Yagüe con la misión de llegar cuanto antes a tierras gallegas, que se habían decantado por el bando rebelde, al igual que gran parte de Castilla y de la tradicionalista Navarra.

En los primeros días del golpe las importantes ciudades de Sevilla,

Cádiz, Córdoba y Granada cayeron en manos de los sublevados. Tony se encontró de pronto con su ciudad ocupada por las tropas rebeldes, que iniciaron rápidamente una represión contundente para despejar el escenario de enemigos que pudieran entorpecer la toma de la ciudad. El sufrimiento de Tony, de ver la ciudad que tanto amaba en esas condiciones, fue inmenso. Sin olvidar sus profundas raíces inglesas, había llegado a adorar a ese pedazo de tierra española profundamente, hasta el extremo de no concebir, como repetía a quien quisiera escucharlo, otro lugar para vivir. Allí tenía, en la Puebla de Don Fadrique, a su padre, al que tan unido se sentía. La fábrica de Pujante Spices S. L. había sido hasta ahora su único lugar de trabajo serio y el proyecto industrial lo consideraba como propio pues le había dedicado lo mejor de sus conocimientos, sus mayores esfuerzos que habían dado generosos frutos, empleo a mucha gente y riqueza a la provincia. Sus colaboraciones en los diarios locales le habían facilitado su integración en la ciudad, donde era una persona a la que muchos conocían y saludaban por la calle. Numerosos amigos habían salido de ahí, de esa actividad periodística y su afición fotográfica le había proporcionado la ocasión de conocer a la mujer que amaba y que esta vez sí aparecía como algo sólido y definitivo, tierno y apasionante. Todo ello se completaba con la labor de información, a él no le gustaba planteárselo como espionaje, aunque lo fuera, a favor de su madre patria, Gran Bretaña, en un compromiso del que se sentía orgulloso y que pretendía llevar a cabo sin perjudicar a su actual país de acogida.

No soportaba el dolor de ver la tensión en los rostros de los viandantes de Granada, el miedo que transpiraban a que el gobierno central iniciara una campaña militar contra la ciudad y se produjeran víctimas inocentes de la barbarie revanchista. De hecho, del 6 al 12 de agosto la ciudad fue bombardeada desde el aire por aviones gubernamentales, produciéndose algunas víctimas. Cada vez que la aviación republicana dejaba caer su mortífera carga sobre la ciudad, el Gobernador Valdés montaba en cólera y ordenaba el fusilamiento de media docena de los prisioneros que se pudrían en sus calabozos en espera de un juicio sumario que nunca llegaba.

Ante esta situación de permanente desasosiego, vivida especialmente desde los rumores que cada jornada traían los empleados a la fábrica, desde el temor de su jefe Avelino Pujante de que alguien descubriera su pasado masónico y desde las noticias que llegaban al *Ideal*, que eran rápidamente sometidas a la censura de las fuerzas ocupantes, a Tony no le quedaba otro

consuelo que pasar la mayor parte de su tiempo libre acudiendo a ver a Inés y practicando su afición a la fotografía.

CAPITULO 23°. Un chien andalou.1936.

Los pasos desordenados y todavía tempraneros del pelotón de ejecución se fueron perdiendo poco a poco por aquel sendero de polvo y piedras, mientras el rotundo sol de agosto empezaba a encender el valle, ajeno al horror y a la tribulación que dejaban atrás aquellos hombres y de los que solo quedarían, como efímeros testigos, unos cuantos tormos de tierra endurecidos hacía ya tiempo por el agua y el arado y que ahora se exhibían jiferos, sin culpa alguna, por la sangre inocente y reseca de los fusilados.

En esa ocasión no era el policía Cascales el último que cerraba la marcha del destacamento, lamentándose con amargura como a la ida de que aquello no estaba ni medio bien. En el camino de regreso era Trescastro el que se refugió en la retaguardia, temeroso de que el sargento Ajenjo cambiara de parecer y acabara pegándole dos tiros como los que él le había pegado en el trasero a aquel cacho de maricón.

—“Con este sargento hijo de puta no se pueden gastar bromas. Menudo cabrón, seguro que acabará pregonando a los cuatro vientos lo de los dos tiros —cayó en la cuenta el lejano pariente político del poeta—. cuando yo creía que se iba a alegrar y que los demás se reirían a gusto con mi gracia. Vaya ocurrencia que he tenido, maldita sea, con razón me decía tantas veces mi padre de pequeño que era un metepatas, joder, no escarmiento”.

Una vez que el pelotón se perdió en la distancia ningún sonido se volvió a escuchar en el entorno. Solo sonó distante y quedó el canto madrugador de un jilguero, que se esmeraba en robarle sus granos a unas pocas espigas de cebada que brotaban como por casualidad al pie de un olivo chaparro, antes de que se despertaran los voraces y gregarios tordos. Tony siguió durante unos momentos con la faz pegada al suelo, el barro generado por su sudor y sus lágrimas escociéndole la piel, pero incapaz de recobrar el control de sí mismo, aterrorizado por tanta insania. Cuando consiguió recuperarse un poco se incorporó, entumecido por la larga espera, estiró sus miembros y se

sacudió el polvo y las briznas que impregnaban sus ropas. Observó con asombro que todavía le temblaban las manos como pábilo agonizante y sintió la cabeza embotada por la macabra experiencia, que solo creería en adelante por haberla vivido en primera persona. Los demás no lo admitirían nunca, pero allí estaban sus fotos como testigo mudo de lo ocurrido. Era plenamente consciente de que constituían un reportaje histórico, único.

Un cúmulo de emociones y sentimientos atormentaban su mente. Volvió a dejarse caer al suelo, donde se sentó sin poder reprimir un torrente de lágrimas, amargas como la traición de un amigo. No podía aceptar, él que había aprendido a amar tanto a esa tierra, que sus hombres fueran capaces de sembrar tanto dolor inútil, de utilizar la venganza más sórdida como arma arrojada contra sus semejantes por el solo hecho de pensar de distinta forma, de proponer soluciones políticas diferentes a las suyas. Tanta crueldad no debería caber en el corazón del hombre, no era admisible tanta vileza.

Un rato después se levantó, sintiendo todo su cuerpo como si hubiera recibido una paliza y por fin se encontró en condiciones de pedalear, de huir de aquel paraje que marcaría para siempre su existencia. Se montó en la bicicleta y emprendió el camino de Granada, que se separaba de la ruta tomada por los ejecutores de García Lorca y de los otros tres reos. La rabia le impulsaba a acelerar la marcha, pero se dio cuenta de que no le convenía llamar la atención, con lo que aflojó un poco para parecer un paisano normal que se dirigía sin prisa a la capital. Atravesó Alfacar y la Fuente Grande, a los pies de la sierra de la Alfaguara, para entrar a la ciudad por Jun y tomar la dirección de su refugio en la calle Alhóndiga. Nada más llegar se puso al telégrafo y retransmitió a *The Half* la noticia del fusilamiento del poeta y de que él había inmortalizado el momento con su cámara. Entre que había tenido que cifrarlo previamente y que estaba hecho un flan, tuvo que repetir el mensaje tres veces por la cantidad de errores cometidos en la transmisión, aunque esperaba que comprendieran en destino que el nerviosismo era quien jugaba la partida, no él.

Se olvidó de desayunar, impaciente por llegar a su cuarto oscuro y traer al mundo, como si de un parto se tratara, las fotografías que toda la prensa del orbe debería publicar a la mayor brevedad. Extrajo con sumo cuidado y en la negrura total de la antigua despensa el carrete de la Leica y lo introdujo en el bote hermético, vertiendo despacio el líquido revelador, lo cerró y esperó el tiempo necesario. Aunque le comía la impaciencia, logró dominarse

consciente de la importancia del momento y de que no debía precipitarse, las cosas bien hechas se tomaban su tiempo. Cumplido el necesario para que se llevara a cabo la delicada operación, extrajo el carrete de aquel tambor negro y completó los pasos del proceso con el fijador y el secado. Llevó el carrete a la ampliadora y, despreciando las fotos que no se refirieran al fusilamiento, en pocos minutos obtuvo las imágenes positivadas en papel que reflejaban fielmente lo que aquella madrugada supondría en la historia de un país inmerso en un conflicto bélico que acababa de empezar y que nadie sabía cómo concluiría.

A pesar de estar acostumbrado a la magia del cuarto oscuro y de lo que salía de él, Tony se quedó ensimismado ante aquellas cuatro fotografías. La primera reflejando la tétrica fila de los reos, si es que podía llamarse fila a aquel conjunto de cuatro hombres abatidos por el destino que otros habían decidido dar a sus vidas y malamente alineados frente a los que iban a llevarse por delante su presente y su futuro, demacrados los rostros de unos y en rictus diversos los de los otros. En la segunda ya se encontraban los fusiles, paralelos al suelo y al cielo en terrible paradoja, encarados hacia aquellos guiñapos humanos en amenazante posición y empuñados, unos con rabia, otros como con vergüenza. La tercera era, por decirlo así, la estrella del reportaje, por recoger el fogonazo con que aquellas armas enviarían su carga mortal hacia las potenciales víctimas. Y la última foto mostraba, como imagen goyesca, a los que habían dejado de ser hombres para abrazar, muy a su pesar, la condición de cadáveres.

No le dio tiempo a recrearse en la contemplación de su obra. De repente, el telégrafo se puso a funcionar, recibiendo un mensaje desde Londres cuyo texto, una vez descifrado, decía así: *Excelente servicio. No obstante y, por el momento, "C" prohíbe totalmente su publicación. Deberá usted guardar los negativos en lugar seguro y evitar su impresión en papel a toda costa. Recibirá instrucciones en un futuro sobre tan importantes documentos. Fin de la transmisión. Mudford.*

No lo entendía y pidió confirmación del texto, que recibió a los pocos minutos en el mismo sentido. Pero ¿cómo era posible que quedara impune semejante infamia? La recriminación del mundo entero a los autores del hecho no podía hacerse esperar y él era el único que disponía de pruebas tangibles de lo sucedido. Sí, posiblemente con el tiempo se acabaría sabiendo todo o casi todo, pero el régimen que surgiera del levantamiento militar

censuraría en su zona de influencia toda noticia sobre el tema y seguro que acabaría negando toda participación directa en la ejecución.

Destruyó, quemándolas, las fotos que había positivado en papel y, muy a su pesar, volvió a enrollar el cliché completo en su carrete original. Estuvo pensando durante un buen rato sobre el escondrijo que utilizaría, de manera que no se pudiera detectar aquel tesoro en un hipotético registro policial. Primero pensó en guardar el cliché en el manillar tubular de su bicicleta, pero eso le obligaría a subirla cada noche a su piso por la escalera, lo que podría resultar verdaderamente fatigoso al tratarse de una cuarta planta.

Tras mucho cavilar y pasear mirando y remirando las paredes del piso, se le ocurrió coger una vieja escalera de madera y, encaramándose con cuidado, utilizó un cuchillo largo y afilado para desprender con tiento el plafón decorativo de escayola desde el que colgaba la minúscula lámpara del recibidor. Practicó un pequeño hueco en el yeso no demasiado duro del techo con un martillo y un cuchillo viejo, de manera que cupiese en él el escueto cilindro que constituía el carrete de fotos y luego volvió a colocar en su sitio el adorno de escayola con un poco de fuerte cola de carpintero con la que días atrás había reparado el respaldo maltrecho de una vieja silla de la cocina.

—Trabajo fino —alardeó para sí mismo—. imposible de descubrir, a quién se le va a ocurrir mirar tras el soporte de una lámpara; aquí estará seguro hasta nuevo aviso.

Aunque algo tarde, volvió a su trabajo en Pujante Spices esa mañana, pero no conseguía sustraerse a las emociones vividas, no estaba en lo que tenía que estar y le pidió a su jefe la tarde libre, alegando que se encontraba “poco católico”, en expresión castiza que le resultaba muy chocante. Comió en la tasca de Nico cualquier cosa para entretener al estómago y emprendió de nuevo el camino de Nívar, necesitaba ver a Inés.

Al verlo llegar se sorprendió la farmacéutica, que no lo esperaba como mínimo hasta el viernes siguiente, especialmente por haber salido esa misma madrugada camino de la capital. Tony le relató lo sucedido, para terror de su amante, que no salía de su asombro.

—Me lo creo porque me lo dices tú, de otra forma me sería imposible dar crédito a una cosa semejante —alambicó Inés con cara de infinita turbación—. Lo que me preocupa ahora es lo que te pueda pasar a ti si alguien descubre que lo has presenciado y, más aún, que tienes pruebas de la ejecución. Supongo que no publicarás las fotos en este momento.

—No, no pienso hacerlo —Tony había ocultado a su amante sus actividades de espionaje por su propia seguridad, con lo que no podía estar al tanto de que se le había prohibido taxativamente la difusión de las instantáneas—. No es momento para hacerlo, con Granada tomada por las fuerzas rebeldes, toque de queda y declarado el estado de guerra en todo el país, con la autoridad civil rendida a los militares. No solo no sería prudente, sería suicida. No obstante quiero que tengas muy presente una cosa: si por algún motivo desaparezco y dejo de venir a verte, ve a ver al cónsul inglés en Granada, Mr. Brendan Chadwick, dile quién eres, dile que vas de mi parte y él te informará sobre mi paradero. Si tengo que abandonar la ciudad por algún motivo, y este de las fotos puede ser uno de ellos claramente, no dudes que volveré. Te amo y quiero que seas mi mujer en cuanto pase toda esta situación trágica que estamos viviendo. Eso, claro está, si tú estás dispuesta a aceptarme.

—¡Qué tonto eres! —gimió Inés con los ojos inundados de lágrimas — no pienso más que en ti a todas horas y no veo el momento en que podamos vivir juntos en Granada, adonde voy a trasladar mi farmacia si mi padre consigue hacerme un hueco en el Colegio Farmacéutico, y no dudo que lo conseguiré antes o después. Con mi marcha a Granada ya no nos separaríamos nunca. Si tienes que poner tierra por medio por este asunto, te estaré esperando siempre. Y ya sé que no sirve de nada que te pida que destruyas los clichés, porque te seguirían persiguiendo igual. ¡Qué mala suerte que hayas ido a pasar por ese paraje en ese preciso momento, Dios mío!

Salvio Rodríguez, uno de los guardias civiles que participaron en el fusilamiento de García Lorca y de sus compañeros de infortunio, aprovechó que estaba de permiso el sábado 22 de agosto para pedirle a su mujer que le hiciera un hatillo con un buen almuerzo, llenó de agua su cantimplora reglamentaria, dio de comer y beber a su perra Archa, una *mil leches* que tenía algo de pointer, algo de perdiguera y algo de galga, lo que le daba una pobre estampa de perra callejera, pero que tenía el mejor olfato del cuartel y, sin dar explicaciones a nadie, se hizo al monte a paso ligero.

Había que tener buenos pies para adentrarse en la Sierra de Huétor. Más de tres horas tardaron en llegar la perra y su amo a un humilde predio

montuno, a unas cuatro leguas del conocido caserío del Molinillo, el más grande de aquella parte de la Sierra. El guardia conocía bien aquellos parajes, por los que había hecho guardia durante años con su compañero Lluís Portell, hoy de vuelta en su tierra ampurdanesa, persiguiendo a los cazadores furtivos que tanto daño hacían y dando algo de protección a las pocas casas de labor que aún quedaban por aquellos términos, alejados de todo núcleo urbano.

Al llegar a la humilde propiedad ya había alguien esperándole, pues era fácil dominar el terreno desde aquellos altos. Era un hombre de monte, hirsuto y cuarentón, vestido con remendado pantalón de pana de un color indefinido, que podría haber sido marrón o verde otrora. Un amplio blusón gris de popelín le protegía del sol y le resultaba más fresco que el pantalón, el único que tenía aparte del de vestir cuando le tocaba acercarse a visitar al médico, a pagar el censo a su señor o de invitado a una boda si era el caso. Los pies se calzaban con abarcas de gruesa suela de goma, que le cubrían los callos y juanetes, mientras que una torcida gorra le protegía la incipiente calva.

—¡A la paz de Dios, señor guardia!, ¿Qué le trae por aquí? —gritó desde la distancia el lugareño, que se entretenía liando con soltura un cigarro con picadura del tabaco que él mismo cultivaba, en la que abundaban las estacas.

—Hola, Armilo, vengo a ver si me puedes echar una mano, hombre.

—Armilo Botella para servirle, ya lo sabe usted.

—Gracias, hombre. Vamos a sentarnos bajo aquel pino tan hermoso, que vengo cansado, y si le das de beber a mi perra te lo agradeceré.

—Eso está hecho. Ven *pacá*, Archa, ahí tienes el bebedero de las bestias que tiene el agua bien fresca de la sierra y limpia como el jaspe, verás cómo te gusta.

—Vamos a ver, Armilo. Tú y yo sabemos que eres el mayor furtivo que pisa estas sierras...

—Señor guardia...

—Déjame seguir, hombre de Dios. Nunca te he metido mano por esa ilegal actividad tuya y no voy a empezar ahora, —puso desde el principio las cartas boca arriba el de la Benemérita —es más, sabes de sobra que te he defendido ante mis superiores en más de una ocasión en que querían emplumarte. Yo comprendo que con lo que sacas de esta tierra y con el censo que tienes que pagarle al señor marqués apenas te queda para defender a tu

familia. No seré yo el que te dé la vara por matar algún corzo de vez en cuando o algún guarro de estos montes con el que hacer una matanza que te llene un poco la despensa. Bastante frío pasáis por aquí en cuanto caen las primeras nieves. Tranquilo, solo quiero que utilices tu habilidad para ver si es o no cierto lo que estoy sospechando desde hace unos días.

Verás, la otra noche, ya casi de amanecida, estuvimos unos cuantos números haciendo prácticas de tiro con el sargento Ajenjo, por las cercanías de Fuente Grande y Alfacar, y no se me quita de la cabeza que alguien nos estaba observando de cerca, saltándose a la torera el toque de queda. Fue como una intuición que me dio al volver hacia Víznar. La verdad es que soy cazador como tú y tengo un oído muy fino. Pues bien, me pareció oír, antes de una de las descargas de nuestros fusiles, un minúsculo ruido metálico, como de un gatillo de un arma, pero más suave, algo raro. La idea me ha venido atormentando desde entonces, tendría guasa que alguien nos estuviera espionando y no nos diéramos cuenta.

Ya sabes que cuando yo tengo una intuición no suelo errar, no sé por qué he nacido con este don extraño, pero es así. Otros curan el mal de ojo, o te imponen las manos y te libran de una calentura, pero yo tengo intuiciones. Como aquella vez que no sé cómo supe de repente que la mujer del cabo Esparza se la estaba pegando con un guardia joven y no erré. Menuda se armó, aunque yo no le dije nada, allá cada cual con su cada *cuala*.

He dudado en notificar mi sospecha sobre el posible observador a la superioridad, porque me faltan pruebas y no quiero meter la pata. Pero si se confirmara mi suposición la cosa podría ser grave, muy grave. Por eso he venido a verte, nadie como tú sabe seguir un rastro, conocer a la perfección el paso de un animal e identificarlo, no errar nunca en el rececho, eres el furtivo perfecto.

—Señor guardia...

—Calla, coño. Si yo digo que eres el furtivo perfecto es que eres el furtivo perfecto, y he conocido y detenido a muchos, no me jodas. Necesito que me acompañes y me digas si estoy en lo cierto o si estoy errado, si eran uno o varios, si iban andando o de otra forma. No duermo desde el día de marras y quiero salir de dudas.

—*Pos* si a usted le parece, *pa* luego es tarde.

—¿Quieres decir que me acompañarías ahora mismo? —sondeó con avidez el guardia.

—Si me deja usted que la Juliana me prepare algo *pal* camino, no hay problema, en agosto los días son *mu* largos y me dará tiempo de volver al cortijo con luz de sobra. Y si le parece, me llevo a mi perro Canelo, que en cuanto a lo de las olores no le anda a la zaga a su perra que, no estando en celo, no corre peligro de que la preñe.

—Despídete entonces de la Juliana y salúdala de mi parte, pero no cargues con comida que llevo yo de sobra para los dos.

Al poco salió por las cuadras Armilo cargado solo con una bota de vino y un cayado. Le acompañaba retozón su perro de caza, algo entre labrador y podenco, sumamente resistente, que adoraba a su dueño y compañero de correrías cinegéticas. En más de una ocasión el perro había sacado a su dueño de algún apuro con un puerco herido. Iniciaron la bajada hacia el valle, pararon un rato a comer y descansar brevemente y a media tarde llegaron al paraje donde se habían efectuado las “prácticas de tiro” de los miembros del cuartel.

Nada más iniciar el reconocimiento del terreno, el experto furtivo se dio cuenta de que allí había pasado algo muy gordo, pero no quiso meterse en berenjenales. El campo de tiro utilizado días atrás por la tropa le fue mostrado a Armilo sin acercarse, con cierta precaución, y él se apercibió en seguida del nulo interés del guardia en que husmeara por ese terreno.

—No, mira, ese fue el campo de tiro y ahí no tengo duda de ningún género porque lo ocupamos nosotros. Tiene que ser por los alrededores, aunque no demasiado lejos porque el ruido metálico lo oí con bastante claridad en el silencio de la madrugada, si es que no lo confundí con alguna otra cosa y para eso te he traído, para que me saques de dudas —se justificó Rodríguez.

Armilo comenzó a vagar por los alrededores, su perro Canelo le precedía con el hocico pegado al suelo, como buscando algo que estuviera fuera de lugar, mientras la perra del guardia lo miraba con indisimulada admiración. De repente, el can se detuvo con el rabo tieso y media mano derecha levantada.

—¡Échalo, Canelo! —le mandó su dueño, y el gazapo que se escondía asustado salió corriendo—. Vuelve, Canelo, vuelve, no es eso lo que buscamos hoy.

El perro obedeció al instante y se colocó al lado de su amo, para iniciar de nuevo la búsqueda. Al poco, se detuvo de nuevo sin hacer muestra alguna,

pero mirando ansioso a Armilo y emitiendo lastimeros gemidos.

—Aquí está, señor guardia, aquí se apostó quien quiera que fuera. Estaba usted en lo cierto. Veamos, veamos, un hombre se tumbó aquí *tó* lo largo que era, mire la marca que dejó la hebilla de su cinturón y la poca hierba seca que había todavía está algo aplastada. Por las pisadas de alrededor está claro que iba bien calzado, por lo que no sería un cabrero ni un hombre del lugar, más bien un señorito. Y es curioso que, *pa* no haber llovido en más de un mes, aquí haya una miaja barro a la altura de donde estaría su cara, como si hubiera *sudao* cantidad y, caso de ser una mujer, que no lo era, hasta diría que ha *llorao* —esta sagaz deducción puso algo nervioso al guardia civil, circunstancia que no pasó desapercibida al rastreador.

Es curioso que las marcas de los brazos no van paralelas al cuerpo, sino como si estuviera sosteniendo un fusil o una escopeta, pero hay que descartar el arma porque ésta habría arañado el suelo si fuera un arma larga y no tiene sentido que fuera un arma corta a semejante distancia. Y pienso yo que lo del arma habría sido inútil frente a tantos hombres equipados como para ir a una guerra, *coñe*.

Si no sostenía un arma con los brazos en esa postura ¿qué sostenía? —meditó en voz alta el cortijero—. Los prismáticos hay que descartarlos, a esta distancia les veía a ustedes perfectamente, incluso distinguiendo algunos detalles con facilidad. Lo normal hubiera sido que los brazos estuvieran bien arrimados al cuerpo, para evitar la posibilidad de ser detectado. Cuanto menos *aplanao*, más difícil habría sido pasar desapercibido. Si los brazos estaban en esa posición y se arriesgó a que le vieran fue por algo muy importante, al menos para él.

Armilo se sentó en el suelo al pie de un árbol, la tarde era de aúpa y el calor a esa hora apretaba de verdad. Pasó un brazo por encima de su perro y el otro por encima de la perra del guardia, como meditando. Así pasó un buen rato, que al guardia se le hizo eterno.

—¿Entonces qué, llegas a alguna conclusión? —se impacientó el guardia.

—Señor guardia, voy a darle a usted un buen disgusto muy a mi pesar.

—¡Habla, coño, que tengo el corazón en un puño!

—Señor guardia, yo no sé qué leches estaban ustedes haciendo esa *madrugá* pegando tiros a las afueras de Alfacar, lejos de su Víznar, ni me interesa lo más mínimo. Estamos en guerra y Dios me libre de meterme en

camisa de once varas, con servir al señor marqués y no meterme en líos tengo bastante, que la Juliana y mis hijos me necesitan, vaya eso por delante.

—¡Apúrate de una vez, coño, que estoy en ascuas!

—Bien, allá va, señor guardia: o mucho me equivoco o lo que ese hombre estaba haciendo es tomar una foto de ustedes, y el ruido metálico que el fino oído de usted escuchó no era el de un gatillo, sino el del... ¿Cómo se llama? Creo que le llaman “*oturador*” de la máquina.

—¡Hostia santa! —medio blasfemó el guardia civil—.

—Ah, y otra cosa no menos importante: llegó y se marchó en una bicicleta —testificó Armilo como dando la puntilla a su asombrado interlocutor.

CAPITULO 24°. ¡Salud, camaradas! 1936.

Al guardia Salvio Rodríguez se le hacía muy cuesta arriba contarle al sargento Ajenjo las conclusiones a que había llegado el furtivo después de examinar el improvisado refugio que utilizó Tony para ocultarse y para fotografiar la ejecución de aquellos desgraciados. Tenía miedo de que sus pesquisas se tomaran a chacota y todo el mundo en el cuartel acabara riéndose de él. Anduvo todo el domingo de mal humor, dándole vueltas en la cabeza al asunto, y a última hora se dio cuenta de que no tenía alternativa, debía contárselo todo con pelos y señales a su superior. En la Guardia Civil no podía un simple número adoptar la decisión de ocultar semejante información.

Ajenjo no se lo tomó a broma. Todo lo contrario, felicitó a Rodríguez por su iniciativa, cosa inaudita en un tipo tan jarocho de ordinario, y salió corriendo a informar al jefe de la columna motorizada, Martínez Bueso, que a su vez se lo comunicó al capitán Nestares, máximo responsable del sector militar de Víznar.

—¡Lo que nos faltaba para el duro! —abominó el oficial, pegando un puñetazo encima de su escritorio —Si ya decía yo que esta operación no me gustaba un pelo... ¡Orencio, prepare el coche que nos vamos ahora mismo al Gobierno Civil!

El trayecto hasta Granada lo hizo el automóvil oficial en un tiempo récord, sabedor el conductor de lo irritable que se ponía su capitán cuando estaba de malas pulgas. Nestares subió los escalones del Gobierno Civil de dos en dos y pasó frente al cuerpo de guardia sin saludar, lo que sorprendió a la pareja de guardias que lo conocían de sobra y que siempre habían recibido con agrado los marciales saludos de Nestares, habitualmente tan cumplidor con el reglamento.

Pidió ser recibido de inmediato por el poderoso Nicolás Velasco, ante el que había que hacer antesala si se quería acabar llegando al casi inaccesible Gobernador Civil, el comandante Valdés Guzmán.

—Mi teniente coronel —se refería Nestares al grado ostentado por Velasco cuando se encontraba en activo en la Guardia Civil —creo que tenemos un buen problema por delante y que el señor gobernador debe

conocerlo cuanto antes.

—Usted dirá, Nestares.

—Hay indicios bastante fundados de que el fusilamiento de Federico García Lorca, del maestro Dióscoro Galindo y de los dos banderilleros ha sido no sólo observado por alguien, sino tal vez fotografiado, con las consecuencias que ello pudiera acarrear y que usted podrá imaginar.

—No siga. Nos trasladamos ipso facto al despacho del señor gobernador para que se lo relate usted al mismo tiempo que a mí, el asunto no es baladí y es preferible que lo conozca de primera mano.

La preocupación se reflejaba en el rostro de la máxima autoridad provincial cuando Nestares acabó su relato. José Valdés no era hombre de perder el tiempo buscando culpables de negligencia en la cobertura de aquella operación. Era una ejecución como otras muchas de las que se habían llevado a cabo en aquel paraje o en otros de las inmediaciones de la capital y nunca había pasado nada como aquello, la población guardaba escrupulosamente el toque de queda por las consecuencias que su vulneración podía acarrear.

Aquello podría haber sido fruto de la casualidad y de la mala suerte, alguien que pasaba por allí tal vez, aunque también podría ser algún periodista del bando contrario empeñado en dejar constancia de un fusilamiento en zona rebelde y que había tenido la chamba de encontrarse con un premio gordo por pura chiripa. El caso era que había que tratar por todos los medios de minimizar el daño deteniendo pronto al individuo en cuestión.

—Nicolás, ¿quién es el inspector más preparado de toda la plantilla de Granada y que sea de toda confianza? —escarbó el gobernador.

—Gonzalo Morales, sin duda alguna. Reúne un montón de cualidades: es inteligente, serio, profesional, incansable, discreto, no se casa con nadie y es afecto a la causa, no se le puede pedir más. Ah, y no tiene compromisos familiares, enviudó sin hijos hace un par de años y no se le conoce relación fija con nadie, aunque le gustan las mujeres tanto como a cualquiera.

—Que deje todo lo que esté haciendo y que venga a mi despacho con carácter inmediato. Usted, Nestares, puede retirarse. Ha prestado un buen servicio, enhorabuena, y por favor, no se olvide de felicitar en mi nombre a ese guardia por el celo demostrado, al César lo que es del César.

Solo unos minutos después se presentó ante el gobernador el inspector Morales. Se trataba de un hombre de entre treinta y cinco y treinta y siete años al que la vida había tratado duramente en lo personal. No solo había

perdido a su mujer tras una larga enfermedad, sino que él mismo había conocido lo que era la orfandad desde temprana edad, por lo que fue criado en Madrid por unos tíos de lejano parentesco que se vieron obligados a acogerlo y que no demostraron demasiado cariño hacia su sobrino ni entusiasmo en su educación. Sin embargo, aquellos reveses solo sirvieron para forjar su carácter y endurecer su determinación. Desde joven se propuso ser policía y no paró hasta que lo consiguió.

Se había convertido en un hombre de fuertes convicciones, nunca se cansaba de trabajar y cuando llegó el momento buscó una mujer que le proporcionara el amor que no pudo disfrutar en su juventud, hasta que la encontró. Era Morales estudiante en la Escuela de Criminología cuando un día la vio pasar con otras amigas que practicaban en una cercana academia de corte y confección. Desde entonces la llamó “su modistilla” y un buen día venció su timidez y la abordó educadamente en la cola de un cine del barrio de Argüelles.

—Creo que nos conocemos, señorita —se arriesgó a dirigirse a ella y su grupito de amigas.

—Pues no caigo, caballero —se dignó contestarle ella, que no quería pecar de descortesía.

—Verá, yo estudio en la Escuela de Criminología de la Calle de San Bernardo, junto a la Universidad, y la veo pasar a menudo por la misma acera de la Escuela.

—Pues, claro, es que todas nosotras aprendemos corte en una academia muy cerca de donde estudia usted, qué gracioso, con lo grande que es Madrid...

Esos fueron los comienzos. Luego vinieron las oposiciones, el ingreso en el Cuerpo, la sencilla boda, su primer trabajo en Zaragoza y la muerte de Elisa. Tardó mucho en superarlo y acabó pidiendo que lo trasladasen a otro destino donde nada le recordase los felices años en Aragón. Le hablaron de una plaza en Granada. Le daba lo mismo con tal de irse lejos, pero acabó gustándole la ciudad y el dolor de la soledad se fue atenuando gradualmente, gracias sobre todo a su trabajo, que siempre consideró apasionante porque se dedicaba a él en cuerpo y alma, no como otros compañeros que se limitaban a cubrir el expediente.

Había destacado ante sus superiores por su sagacidad y porque analizaba los casos que se le encomendaban aplicando las técnicas aprendidas en

Criminología, como un forense minucioso analiza un cadáver en su depósito, bisturí en mano, diseccionando miembros, músculos, órganos, sin darse nunca por vencido hasta hallar la solución del problema. Sus compañeros le pedían muchas veces consejo en secreto y él, discretamente, les ayudaba en los casos verdaderamente enrevesados, sin darse nunca importancia ni atribuirse mérito alguno. Aprendieron a respetarle y a apreciarle, a pesar de que físicamente no era un hombre muy atractivo y le consideraban algo raro. Demasiado delgado, casi enjuto, espigado y con un pelo negro azabache y brillante que peinaba hacia atrás con gomina pero sin gracia alguna.

En poco tiempo se convirtió en el imprescindible de la comisaría. En alguna ocasión le obligaron a ir a Madrid a impartir algún curso práctico, que él rehuía porque odiaba presumir de nada y era refractario a la adulación, lo que gustaba sobremanera a los que mandaban en la casa.

—Con el permiso de usía, señor Gobernador.

—Pase, Morales, pase —reforzó Valdés sus palabras con un ademán que pretendía ser más una petición que un imperativo —le estaba esperando. Me ha hablado muy bien de usted Alfredo Sancho, el comisario jefe.

—Favor que me hace, señor, le aseguro que inmerecidamente.

—No me sea modesto, no es necesario, sé que es usted el hombre que preciso para una misión delicada que no estoy dispuesto a encomendar a cualquiera porque el fracaso tiene que estar descartado desde el principio, inexorablemente.

—Usted dirá, señor, estoy a sus órdenes.

Valdés puso a Morales en antecedentes, relatándole los hechos tal y como se los habían contado. La misión era de suma importancia porque nadie debía conocer las circunstancias que habían rodeado las muertes de aquellos cuatro hombres. Políticamente era de todo punto desaconsejable que la opinión pública conociera los hechos. Los enemigos de la nueva España que el levantamiento militar estaba tratando de crear debían ser barridos de la faz de la tierra, pero la población no debía participar de aquellos necesarios sacrificios, que no todos llegarían a comprender.

—Quiero que entienda usted la necesidad imperiosa de *neutralizar* al autor de las fotografías. No importa cómo lo haga. No importa la vida de ese enemigo de la patria, importa la recuperación del carrete de fotos y de las copias si las hubiera. Me da igual que me entregue usted al hombre o que lo deje seco de un tiro en cualquier sitio, ya nos encargáramos nosotros de

hacerlo desaparecer si llegara el caso. Lo único que importa es el éxito de la misión: la recuperación de las pruebas de la ejecución, el pueblo no está preparado para conocerlas. Ya diremos nosotros cuando lo está, que para eso estamos.

Cuando recupere las fotos y el cliché no los destruya, tráigamelos para que yo pueda certificar su desaparición. Disponga de todos los medios que necesite, pida por esa boca y se los daremos. Se le va a proporcionar una importante cantidad de dinero para que lo utilice como estime conveniente. Le doy absoluta libertad de movimientos, a nadie deberá darle parte de sus actividades salvo a mí. Si necesita desplazarse a la zona republicana no dude en hacerlo. Le falsificaremos los salvoconductos que precise y nadie podrá distinguirlos de los auténticos. Adopte las identidades que considere convenientes para alcanzar el éxito, tiene carta blanca.

Voy a cursar instrucciones para que disponga usted de toda la ayuda que precise en la zona ocupada por nuestro ejército, donde solo el comisario jefe de cada plaza sabrá de su existencia y le auxiliará convenientemente. Es más, estamos creando una red de colaboradores en la zona republicana y le daremos las direcciones secretas de las personas que le pueden ocultar o ayudar en caso necesario. Cuando salga por esa puerta tendrá poderes omnímodos para actuar como crea oportuno, pero vuelva con esas pruebas cuanto antes, por el amor de Dios. Puede marcharse, las demás instrucciones se las dará el comisario Sancho, con el que ha hablado por teléfono hace unos minutos y ya está al cabo de la calle. Buenos días.

Morales volvió a la comisaría, donde se entrevistó con el comisario, que automáticamente le liberó de los casos que en esos momentos llevaba entre manos y que serían encomendados a otros compañeros.

—Gonzalo —le puso sobre aviso su jefe —te has convertido en un hombre clave en la situación política de la España que se ha levantado contra este gobierno títere de Moscú. Es de vital importancia que localices al loco ese de las fotografías, si es cierto todo lo que dice ese montaraz amigo del guardia de Víznar. Sé que eres un hombre íntegro y que te pueden asaltar los escrúpulos a la hora de acabar con él si llega el caso, por lo que te costará tomar tan importante decisión, pero se te ha encargado una misión dura y debes aceptarla como tal. Si tienes que pegarle dos tiros, pégaselos. No pienses en ello, pégaselos y en paz.

No creo que volvamos a vivir tú y yo un momento histórico tan difícil

como este pero, macho, nos ha tocado vivirlo, hay que joderse y adaptarse. Ya sabes que desde que viniste de Zaragoza y me acostumbré a tu carácter como tú al mío, te he considerado casi como a un hijo, al menos intelectualmente y por lo que se refiere a nuestro trabajo. Con esa confianza te digo que esto que ha pasado con García Lorca nunca debió pasar, ha sido una metida de pata descomunal, de las que no caben dos en mucho tiempo. Aquí se han mezclado odios de familias, pleitos de tierras, rivalidades entre tendencias políticas, de todo, pero no es lo mismo cargarte a un puto maestro de pueblo más rojo que la sangre y a dos banderilleros de tercera que a un poeta con el prestigio internacional que tenía este tío.

A García Lorca, si acaban triunfando los nuestros, se le dará por desaparecido durante algún tiempo y no se permitirá hablar sobre él, y si no, al tiempo. Por esto es tan importante que nunca se publiquen esas posibles fotografías, porque el escándalo que se montaría a nivel mundial sería un desprestigio para el nuevo régimen que se quiere implantar. Si no hay fotos se puede negar impunemente todo, al menos durante bastante tiempo, y se puede sembrar la duda sobre los autores de su muerte. Estoy convencido de que te percatas de lo importante que es lo que se te ha encomendado y, conociéndote, sé que no pararás hasta encontrar a ese individuo.

Lo que hagas con él me importa un carajo, sinceramente. Solo tú debes valorar si conviene eliminarlo o basta con arrancarle las pruebas del fusilamiento, incluso tal vez puedas negociar con él, quién sabe. Pero sal pitando y no vuelvas de vacío porque, aparte de otras consideraciones como el bien de la patria y todo ese rollo, lo cierto es que tu carrera y la mía están en peligro si fracasamos en lo que nos han encargado quienes de verdad mandan.

Como primera medida, Gonzalo Morales cogió un coche oficial a primera hora del día siguiente y se acercó al cuartel de la Guardia Civil de Víznar. Se identificó ante el sargento Ajenjo y preguntó por el guardia Salvio. Cuando éste se presentó ante él, cuadrándose en posición militar de firmes, le ordenó descansar y le estuvo observando durante unos momentos, como meditando, lo que puso inevitablemente nervioso al civil.

—Serénese, Rodríguez, vengo en son de paz —expresó el policía para tranquilizar al turbado guardia—. No se preocupe demasiado porque venga a verlo directamente a usted. Todo lo contrario, me consta que su actuación ha sido muy bien valorada por el señor Gobernador, como ya le habrá

adelantado su superior el sargento.

Lo que quiero de usted es que me lleve cuanto antes a presencia de ese cazador furtivo que le contó toda la historia sobre un posible testigo de la ejecución que se llevó a cabo hace unos días.

—Pues cuando disponga el señor inspector, porque hay una buena caminata hasta el cortijo que cuida mi confidente y veo que no va usted muy preparado de calzado —discurrió el aludido—. pero dígame qué número gasta y en seguida le traigo unas botas recias del servicio para que no se dañe los pies.

Partieron al poco rato, con algunos víveres que les prepararon en el cuartel y que acarreó Salvio en su mochila, junto con las reglamentarias cantimploras de agua y su habitual mosquetón. Para no estar demasiado habituado a caminar monte arriba Gonzalo llevó el largo paseo con bastante dignidad, si bien se daba cuenta de que Salvio, mucho más andarín que él, no forzaba el paso en ningún momento. Al llegar al aislado cortijo, el guardia le presentó a Armilo, que desde el primer momento causó buena impresión al policía. Pese a su aspecto rústico se adivinaba en él una inteligencia natural que tal vez se podría haber aprovechado en menesteres más importantes que el de cuidar unas tierras poco productivas y un rebaño de cabras de cierta entidad.

—Ante todo quiero que quede claro desde el primer momento —alumbró el policía —que venimos solamente a solicitar su ayuda para el esclarecimiento de esa actividad delictiva que puede haber cometido el testigo de las prácticas de tiro, especialmente por saltarse a la torera el toque de queda establecido por la autoridad civil y militar de la provincia.

De ninguna manera mis preguntas ni mis pesquisas tienen nada que ver con la actividad de caza presumiblemente furtiva que usted podría haber llevado a cabo en un remoto pasado y que nos consta no practica en el presente —transigió Gonzalo con el ánimo de despreocupar al lugareño—. Puede estar totalmente tranquilo a ese respecto, Armilo. Y ahora, Salvio, me gustaría hablar a solas con nuestro amigo, por lo que le ruego que nos deje solos hasta que yo le avise.

—Como usted mande, señor inspector —cumplió la orden el guardia, poniendo tierra de por medio hasta encontrar un pino de su agrado bajo cuya sombra se resguardó de lo inclemente del sol de agosto en la serranía—.

—Armilo, me he permitido alejar al guardia para que tenga usted más

libertad de hablar conmigo pero, especialmente, para pedirle que me relate los hechos con todos los pormenores que recuerde de la huella corporal que apreció en el suelo próximo a las “prácticas de tiro” de aquella madrugada — trató de averiguar Gonzalo Morales si la versión que le relataba a él era la misma que le habían contado hasta ese momento—.

El gañán volvió a describir todo lo que ya le había dicho a Salvio. Sustancialmente coincidía de pe a pa con lo que ya sabía el inspector, que temió que hubiera resultado inútil la caminata hasta el pequeño caserío.

—De acuerdo, de acuerdo, amigo Armilo, esto es lo mismo que me ha contado Salvio, me alegra que las dos versiones coincidan, pero si yo he venido a verle a usted hasta aquí, que no está precisamente a la vuelta de la esquina, es para tratar de averiguar si, en sus posteriores reflexiones sobre lo que vio en aquel sitio, le ha venido a la cabeza algún nuevo dato que no le dijo entonces al guardia; es precisamente por eso por lo que le he pedido que nos deje solos. Insisto, ¿recuerda usted algo más aparte de lo que ya dijo?

—Ahora que lo dice, señor inspector, hay un par de cosillas que me vinieron a la *chola* cuando regresaba al cortijo aquella tarde, pero no les di demasiada importancia, no creí que mereciera la pena bajar al cuartel para contárselas al guardia.

—Dígame de qué se trata y yo juzgaré sobre su interés.

—Al poco de iniciar el regreso caí en la cuenta de no haber mencionado que la huella del cuerpo de aquel hombre dejaba muy claro que se trataba de un individuo bastante alto y algo recio, quiero decir fuerte. Eso por lo que respecta al *susodicho* y en cuanto a su bicicleta, olvidé mentar que la rueda delantera había sido reparada de un pequeño reventón.

—¡La órdiga! —se desfogó Morales —puedo entender la primera deducción, pero la segunda me la tendrá que explicar bien, Armilo.

—Muy sencillo. La bicicleta debió estar tumbada en el suelo para que no la vieran de lejos, pero cuando el mirón se sintió seguro para marcharse, la incorporó y echó a rodar lentamente con ella por el abundante polvo. Como usted sabe, hace más de un mes que no llueve y por lo menos diez días que no se mueve una hoja por el viento, con estos calores. Una huella en ese polvo puede durar días y días y yo le aseguro que al echar a andar la bici, dejó la marca de una pequeña raja, lo que ustedes los que tienen estudios llaman una fisura, como de media cuarta escasa de larga, pero muy fina, lo que delata la reparación por dentro de la cubierta, seguramente con un parche

grande en un buen taller, pues el resto de la cubierta estaba nuevo y no son baratas.

—Pues ya ve usted, Armilo, ese dato sí que puede tener interés, ya me ha compensado la andanza. Y ahora a comer, que el guardia lleva en su mochila algunos víveres que seguro bastan para todos.

—¡Quiá! Son ustedes mis invitados, *pa* eso están en mi casa, que *unque* sea del marqués, está a mi cuidado y mientras que yo saco una miaja vino y un poco de tocino de jabalí como no lo han probado ustedes en su vida, la Juliana, que no es tonta y sabe que están ustedes aquí, nos va a regalar con unos huevos fritos con patatas *al pegote*, pimientos y cebolla, unos chorizos de corzo y un queso de nuestras cabras que es gloria bendita.

Momentos después, un zagalón de unos quince años, largo y con la misma mirada inteligente de Armilo, aparecía con un botijo de agua de pozo fresca como sacada de un nevero del monte.

—A los buenos días, señores, mi padre les manda esta agua para que se refresquen un poco mientras él les prepara algo con que entretener el hambre.

—Gracias, chico —encomió Morales el gesto.

—Es Eugenio, el hijo mayor de Armilo, tiene otros tres más chicos, de los que dos son hembras —dio fe Salvio.

—Tiene cara de listo el muchacho, lástima que se vea privado de educación por vivir en estas soledades. Quién sabe adónde podría llegar con una buena instrucción...

Gonzalo Morales inició sus pesquisas en los pueblos cercanos al lugar de los fusilamientos, Alfacar, Víznar, Cogollos de la Vega, Güevéjar y Nívar. Actuó con toda la discreción que pudo, indagando con suavidad pues sabía que la gente estaba recelosa, sobre alguien que saliera de noche de la población en bicicleta. Imaginaba que la nocturnidad se debería a que el ciclista efectuaba visitas secretas a alguna mujer que no quisiera que la relación se conociera, tal vez alguna casada con el marido lejos de la localidad, tal vez algún encuentro vergonzante. La negativa fue la norma en todas las villas.

Cuando inició su investigación en Nívar, los lugareños que conocían de las estancias nocturnas de Tony en casa de Inés callaron, unos para no meterse en líos, otros por cariño a la farmacéutica, que siempre les había

auxiliado en momentos de apuro abriendo su botica aunque fuera a altas horas de la noche. Espigares el panadero, que fue entrevistado por Morales y que negó conocer nada del asunto, se apresuró a relatárselo a Inés, que partió hacia Granada a la mayor brevedad y le contó a Tony, en su oficina de Pujante Spices, que la policía andaba en su busca. Tony le relató el incidente de los fusilamientos, ante lo que ella se sintió instintivamente espantada.

—Cariño, o huyes de inmediato o estás perdido. Por mucho menos están fusilando a la gente estos bárbaros correligionarios de mi difunto marido. Vete, dile algo a tu jefe y vete, pero vete ya. Estaremos en contacto a través de tu cónsul, como ya quedamos. Yo informaré a tu padre si puedo, porque la Puebla todavía no ha sido ocupada por los nacionales. Le pediré al mío que le eche una mano cuando llegue el momento, pero lo tuyo es demasiado grave y por ti no podría hacer nada; huye, amor, huye.

Tony comprendió que la situación era extremadamente grave, que le iba la vida en ello. Habló con Avelino Pujante, que entendió su marcha y que, como antiguo masón estaba acostumbrado a guardar secretos.

—No te pongas en contacto conmigo, seguro que serviría a la policía para localizarte. Toma —sacó de la caja fuerte un buen fajo de billetes— es lo menos que puedo hacer por ti. Ya veremos cómo acaba todo este lío, si puedes volver a ayudarme en la empresa, en la que siempre te echaré de menos, o la vida nos lleva por otros caminos. Te digo lo mismo que tu prometida, huye o perderás la vida.

Jefe y empleado se fundieron en un abrazo prolongado y se separaron sin saber si alguna vez volverían a verse.

Tony pasó por su piso en calle Alhóndiga, sacó el carrito de fotos de su escondrijo precipitadamente, rompiendo a martillazos el adorno de escayola que sostenía la lámpara del recibidor, se hizo con una bolsa en la que guardó lo imprescindible para no llamar la atención como viajero y salió de estampía hacia el consulado. Mr. Brendan Chadwick había dado orden a su fiel Miss Clint de que pasara a verle en cuanto llegara, sin hacer antesala y estuviera él ocupado o no.

—Anthony, mi preocupación por tu vida es tremenda, te he preparado la huida porque no puedes seguir en Granada ni un minuto más. Hace unas horas ha venido a verme muy alterado Félix San Mateo, el gobernador militar de la plaza y compañero mío en las partidas de bridge. Es una buena persona y me debía un gran favor, de cuando conseguí que operasen con éxito en

Gibraltar de un tumor a su mujer, a la que ya daban por muerta. Ha venido en secreto para decirme que se ha enterado de que su colega el gobernador civil estaba buscando a un individuo con una bicicleta que podía haber sido testigo de unos fusilamientos por la sierra de la Alfaguara entre Nívar y Viznar.

Como somos muy amigos, yo le había hablado confidencialmente de tus visitas a Nívar, pidiéndole que te echara una mano si algún día te metías en un lío por saltarte, como haces de vez en cuando, el toque de queda. Por eso solo ha tenido que atar unos cuantos cabos para sospechar con bastante fundamento que eres tú el sujeto al que andan buscando, cosa que más temprano que tarde van a hacer los encargados de la investigación. Se la ha jugado viniendo a contármelo, porque si se entera el bestia de Valdés, no le iba a servir de nada ser el gobernador militar, aquí quien de verdad manda es Valdés, mano derecha de Queipo de Llano en Granada.

—Lamento todas estas molestias, Mr. Chadwick, créame, pero nunca sospeché que me iba a ver mezclado en este embrollo —se desahogó Tony, relatando a su asombrado protector el episodio de los fusilamientos y las fotos tomadas de aquella masacre, eso sí, exigiéndole el más riguroso secreto sobre su actuación.

—Es tarde para lamentarse y tú no tienes ninguna culpa, pero estás en peligro en un país en guerra en donde te has saltado el toque de queda. Si solo fuera eso lo podríamos arreglar alegando tu nacionalidad británica pero, según me cuentas, has sido testigo de algo que no les interesa que salga a la luz. Si sigues aquí te van a encontrar, no lo dudes. Incluso aunque te pierdas en el interior de la España republicana no es descartable que pongan a algún sabueso a seguir tus pasos, eres potencialmente un riesgo para los que ahora dirigen los destinos de la zona ocupada y no te van a dejar en paz. He informado con el telégrafo a Benjamin Troy en Madrid de que vas hacia allá. Has de saber que desde que este conflicto empezó, nuestra embajada en Madrid está cerrada. El nuevo embajador, Henry Chilton, ha trasladado la sede diplomática a Hendaya, en Francia, horrorizado ante lo que él llama “atrocidades de las masas” en el Madrid republicano.

No obstante, disponemos de algunos pisos francos en la capital, donde se alojan agentes nuestros que te acogerán mientras te encuentran algo de lo que puedas vivir. Partes de inmediato con un colaborador, Mateo Bennasar, un mallorquín residente en Granada desde hace años donde vende embutidos en una tienda de la calle Alcaicería. Como es cazador de monte, se conoce la

Sierra de Huétor como la palma de su mano, cortijo por cortijo y vereda por vereda. Salís en cuanto llegue, los dos iréis en su moto hasta Diezma, de allí a Darro, donde está ahora mismo atrincherado el ejército de la República. Les mostráis estos salvoconductos y les decís que vais a Madrid con noticias de la zona rebelde. Os dejarán pasar sin problemas viendo que vais desarmados. No olvidéis el saludo que en esa zona se practica “¡Salud, camaradas!”. Utilizadlo con todo el que os pare.

Ya desde allí, y dejando Huélago a la derecha, continuaréis hasta Moreda, donde tú volverás a coger el expreso de Madrid como hiciste hace cuatro años para ejercer de mayordomo en casa de Luca de Tena. Saca un billete de tercera clase y procura pasar desapercibido. Si alguien te pregunta algo, contesta en inglés, aquí se respeta mucho a los extranjeros, nunca he logrado entender la razón. Bennasar volverá por otra ruta, para no encontrarse con los que os han visto cruzar la línea de trincheras y tendrá que andarse con cuidado, porque si te pillan pasándote al bando rebelde te fusilan sin ningún miramiento.

Tony entregó la llave de su piso de la calle Alhóndiga al cónsul, al tiempo que le explicaba cómo localizar el telégrafo, la máquina de cifrar y los prismáticos de campaña, para rescatarlos antes de que los encontrara la policía. Le indicó que Inés iría a verle de tiempo en tiempo, para saber de él. Con un fuerte apretón de manos se despidieron. El cónsul había cumplido la promesa que un día le hizo, allá en 1931, cuando lo reclutó al servicio de su país, de que siempre que estuviera en su mano podía contar con él.

La misma tarde en que Gonzalo Morales regresó de Víznar a Granada se enteró de que solo tres talleres de la ciudad arreglaban los neumáticos de las bicicletas. Pasó el día siguiente visitando esos talleres. En los dos primeros no recordaban haber hecho una reparación de ese tipo en mucho tiempo, lo normal era parchear pinchazos en las cámaras de aire, las cubiertas que se estropeaban solían quedar tan maltrechas que no había más remedio que sustituirlas por nuevas. Pero en el tercer taller sí le dijeron que, efectivamente, recordaban aquella reparación porque la cubierta era bastante nueva y solo sufrió un pequeño corte con un canto filoso del monte, por lo que era una pena no repararla.

El chaval que se encargaba de las reparaciones de los neumáticos en ese

taller dijo que no tenía ni idea de a quién le había parcheado la cubierta por una fisura de aquel tipo. Sin embargo, Morales volvió al día siguiente y el joven mecánico empezó a ponerse nervioso, hasta que prefirió comerse su miedo y contó la verdad al inspector de policía que, hasta el momento había venido de buenas pero que también sabría volver de malas y darle un disgusto.

—Pues la verdad, señor inspector, es que me acordé anoche, atando cabos —se sometió el muchacho —y es que eso fue el año pasado, allá por octubre o noviembre. Me acordé de que se trataba de un periodista de *El Defensor*, fotógrafo seguramente porque siempre llevaba al hombro una cámara. Dejó aquí la bici y pidió que le mandáramos aviso al periódico cuando estuviera arreglada.

—“Ya te tengo” —vislumbró el policía —¿Y sabes si dejó algún nombre?

—Claro, dejó dicho que preguntáramos en el periódico por Antonio Martín.

—¡Vaya, hombre, parece que te ha vuelto la memoria desde anoche! ¿Acaso cenaste rabos de pasas?

—Usted disculpe, señor inspector, pero es que la poli siempre acojona un poco y el cliente se portó bien, dejó propina, que hoy ya no la deja nadie.

—Ya veo, ya...

En *El Defensor de Granada* le informaron de que Antonio Martín ya no trabajaba para el diario, se había pasado al *Ideal* en el mes de junio, pero no era mal chico. Por cierto, que era inglés, le dijo el portero, lo que sorprendió a Morales, que se dirigió de inmediato al otro periódico local. Le recibió Víctor Fenoy, el redactor jefe que, tras muchos intentos, había conseguido fichar al fotógrafo y reportero.

—¿Le sucede algo a Tony? —quiso saber al ver a Morales—.

—No, no le sucede nada, descuide, solo quiero solicitarle unos datos, pura rutina.

—Hace un par de días que no viene por aquí, pero eso no es raro, su verdadero trabajo lo tiene en Pujante Spices, una fábrica de aceites esenciales y especias que hay a las afueras. Por aquí viene cuando lo llamamos para hacer fotos o cuando tiene algún reportaje que entregar. Tengo idea de que vive en la calle Alhóndiga, en el 126 o 128, me parece recordar. A lo mejor lo encuentra allí. Si no es así, pregunte en la fábrica, donde va a diario, o en la

tasca *El Corral*, de su misma calle, donde almuerza a menudo. Es un gran muchacho.

—No me cabe duda. ¿Es cierto que es inglés? —le sonsacó el inspector.

—Pues sí, por nacimiento, pero tiene también nacionalidad española por ser hijo de español y por residencia, de hecho habla el castellano mejor que yo —resaltó el periodista.

—¿Vive su padre?

—Claro que vive, no es demasiado mayor, creo que tiene un negocio de talabartería en la Puebla de Don Fadrique.

—Bueno, me gustaría saludarlo, pero por el momento aquello está en manos de los rojos. Muchas gracias por todo, si viera a Martín, dígame que se pase por comisaría, cosa de mero trámite.

—Descuide, así lo haré. Buenos días.

—Buenos días y muchas gracias.

Con ese caudal de información, Gonzalo Morales se puso en marcha con algunos auxiliares. Empezó por visitar el piso, que encontró limpio de polvo y paja al forzar la puerta. Allí no quedaba nada, ni un efecto personal que pudiera dar algún indicio sobre la personalidad del sujeto, solo unos pocos muebles viejos.

Muy esclarecedor resultó el techo del recibidor. Había desaparecido de forma violenta el plafón sustentador de la lámpara, sin duda por haber ocultado algo de valor, seguramente el carrete con las fotos comprometedoras. Alguien había limpiado los cascotes del suelo, no había ni rastro del yeso que habría caído en la precipitada destrucción del adorno, pero era visible el pequeño hueco que podría haberse utilizado como seguro escondrijo; no había dado tiempo a repararlo por temor a una visita policial. No era mal sitio para ocultar algo pequeño, al menos resultaba más original que los consabidos armarios o muebles con doble fondo.

En su visita al cónsul inglés, Morales dilucidó que la limpieza del domicilio de Martín la había llevado a cabo personal especializado de la legación, eso era seguro porque la actitud de colaboración de ésta con la policía había resultado prácticamente nula. Nunca negaron que se tratara de un súbdito británico, pero precisamente por ello, le recordaron con mucho tacto que, si no tenía pruebas de que se hubiera cometido un delito, más valía no provocar innecesariamente un conflicto diplomático con una potencia amiga. Lo que el inefable Mr. Chadwick hacía extensible al padre de Martín,

que gozaba también de la nacionalidad inglesa y que estaba así mismo casado con mujer de la misma ciudadanía.

—No obstante, confío en que no tendrá usted inconveniente, señor cónsul, en facilitarme una copia de la fotografía con que se confeccionó el pasaporte de don Antonio Martín. Si necesita para ello una orden judicial, — se creció el inspector —puedo asegurarle que antes de una hora me sería facilitada.

—No tengo por costumbre poner dificultades de ningún tipo a las autoridades españolas. Mi secretaria Miss Clint se la facilitará al momento.

Como paso siguiente de sus indagaciones, Morales se acercó a interrogar a Avelino Pujante, visitándolo con cortesía en su despacho de la fábrica. El industrial estuvo correcto, se notaba que tenía en alta estima a su contable. Lo único que el inspector sacó en limpio era que hacía dos días que no portaba por el trabajo y que eso era muy raro en alguien tan serio como Antonio. El instinto de Morales le decía que Pujante ocultaba algo. Algo de su contable y algo de sí mismo, tal vez alguna actividad desarrollada con anterioridad a la toma de la ciudad por el ejército nacional y que le podría perjudicar ahora. Pero el inspector no quería perderse en divagaciones estériles. Pujante era un industrial influyente y su investigación debía ceñirse al tema de las fotos comprometedoras, lo demás habría que dejarlo aparte. Notó que Pujante experimentaba un notable alivio cuando se despidió de él, aunque el fabricante tratara de ocultarlo. Curioso, muy curioso.

Descartó desplazarse a la Puebla de Don Fadrique, primero porque estaba en zona republicana y segundo porque del padre del sujeto no iba a sacar nada en limpio. Indudablemente, cabía la posibilidad de que Antonio Martín hubiera encontrado algún modo de informar a su padre de que se marchaba porque había presenciado el fusilamiento del poeta, pero era bastante dudoso porque solo habría servido para comprometer al padre. Por otra parte, la advertencia del cónsul de que no molestara infundadamente a sus paisanos si no disponía de pruebas contundentes de delito, no era algo que se pudiera obviar, le podía suponer alguna reconvención que convenía evitar.

Estaba claro que el fotógrafo inoportuno había desaparecido. Había puesto seguramente tierra de por medio, pies en polvorosa. Las fotos eran material de primera, los grandes tabloides ingleses o norteamericanos matarían por conseguirlas y estarían dispuestos a pagar lo que se les pidiera

con tal de conseguir la exclusiva en primicia mundial. No importaba el tiempo que el fotógrafo tuviera que guardarlas para garantizar una entrega segura, siempre tendrían un valor indiscutible como prueba del fanatismo que imperaba en la España del levantamiento. Demostrarían que la barbarie no era exclusiva de las *hordas rojas* asentadas en la zona republicana. Por lo tanto, lo primero que haría el poseedor de semejante tesoro sería largarse como alma que lleva el diablo de Granada y de todo lo que olierá a zona ocupada por los generales rebeldes.

—¡Se ha largado a Madrid! —se jactó Morales de haber calculado bien el primer paso dado por el posible fugitivo—. Para llegar a Gibraltar tiene que atravesar parte de la provincia de Granada y toda la de Málaga, territorio republicano, para volver a entrar en zona nacional por Sevilla y Cádiz, muy complicado y demasiado arriesgado, mientras que para ir a Madrid solo tiene que pasar la Sierra de Huétor y ya está en zona republicana hasta la capital.

En Madrid es fácil ocultarse, se pasa desapercibido con facilidad. Si yo fuera él solicitaría ayuda de la embajada para volverme a Inglaterra. Aunque la prensa ha hablado hace poco sobre el traslado de esa y otras legaciones a Hendaya, seguro que queda algún encargado de negocios a quien pedir auxilio. Pero hay que confirmarlo yendo hasta allí. La manera más cómoda y anónima sería por ferrocarril. Ya no puede uno subirse en Granada y seguir hasta la capital como antes del 18 de julio, pero se puede coger el expreso pasando a la zona republicana. Es lo que yo haría, si cogiera un automóvil sería muy difícil que no te parasen mil veces los milicianos. No, hay que ir en tren. Me las piro a Madrid mañana mismo.

Morales se consiguió al día siguiente en los servicios fotográficos de la comisaría una ampliación de la foto obtenida en el consulado inglés, un salvoconducto para penetrar en zona republicana que nadie habría distinguido de los auténticos y los nombres de algunos compañeros que, aunque el levantamiento les pilló de servicio en la capital de la República, eran secretamente afectos a los militares sublevados, incluso les suministraban informaciones relevantes sobre las fuerzas que defendían a la capital del ataque de las columnas de Mola procedentes de Navarra, Castilla y Aragón.

La ruta que siguió Morales sería distinta de la utilizada por su perseguido. Cogería el tren que, procedente de Almería, pasaba por Moreda en dirección a Madrid, pero lo cogería en Guadix, una vez pasada la línea que separaba a los contendientes al poco de abandonar la ciudad de Granada.

Ante el revisor del tren se hizo pasar por comisario de policía de la República, en realidad, la placa y las credenciales seguían siendo las mismas en las dos zonas, no estaban los tiempos para perderlos en semejantes detalles.

CAPITULO 25°. Charly Edwards 1936.

Benjamin Troy aguardaba a Tony en el andén de la estación de Atocha donde tenía previsto arribar el expreso. Al verlo asomar impaciente por la puerta de su vagón le hizo ademán de que le esperaba y le informó de que Brendan Chadwick se había puesto en contacto con él para decirle que la policía de Granada, indudablemente por orden del Gobernador Valdés, había encomendado a un cualificado inspector su persecución como si le fuera la vida en ello y que se había visto obligado a proporcionarle una foto de Tony, con lo que sería más fácil su identificación.

Tomaron un taxi a la salida y mantuvieron silencio durante el trayecto. No era conveniente ni siquiera hablar en inglés. En la situación de alarma en que se encontraba Madrid, cualquier indiscreción te podía costar la vida. El Ministerio de la Gobernación, a través de sus cuerpos policiales, disponía de confidentes por todas partes y los taxistas eran una fuente inagotable de información. El piso donde Tony se refugiaría provisionalmente estaba en la calle de Toledo, pero Troy evitó dar la dirección al conductor y le pidió que les dejara en la plaza de la Cebada, lo suficientemente cerca para no andar demasiado.

—Bueno, *old chap*, y ahora explícame el porqué de esas prisas en abandonar Granada —explotó por fin la reprimida curiosidad del jefe del espionaje británico en Madrid al llegar al piso, con lo que Tony dedujo que su amigo el cónsul le había guardado el secreto de las fotografías tomadas de la muerte de García Lorca .

—Ha sido cosa de mala suerte. Hace unos días salí de madrugada de visitar a mi novia en un pueblo cercano a Granada, me salté el toque de queda y me di de bruces con uno más de los fusilamientos de partidarios del Frente Popular que están llevando a cabo los militares rebeldes. Logré ocultarme a

tiempo, pero al parecer han detectado mi presencia y han conseguido identificarme. Deben saber que trabajo en un diario local y un testigo así es más que peligroso, por lo que supongo que pretenden eliminarme sin hacer mucho ruido. Afortunadamente me he enterado a tiempo y he logrado escapar con la ayuda de nuestro cónsul —evitó dar a su compañero más información que la estrictamente necesaria.

Todavía me encuentro desorientado —apuntó—. No sé qué hacer. Me podría marchar a Londres, pero me duele dejar Granada, donde tenía en mente muchos proyectos personales y de trabajo y, poco a poco y tal vez sin darme verdadera cuenta, me he acostumbrado a vivir en este país al que amo como mi segunda patria y no me veo ya en otro sitio. Me duele que me obliguen a abandonar todo lo que quiero por algo de lo que no soy culpable.

—Olvídate de salir de España de momento. Imposible regresar a Gran Bretaña. Como ya sabrás, nuestra embajada ha sido trasladada a Francia, poco más allá de la frontera, y la protección que podemos darte es mínima. Visto desde otro punto de vista, a quienes nos dirigen desde Londres les resulta impensable que te pongas en peligro de ser detenido. Con los métodos que utiliza esta gente, tanto unos como otros, serías incapaz de evitar contarlo todo en un interrogatorio. Acabarías desvelando que eres un espía británico y que informas periódicamente al MI6 a través de *The Half*. Imposible, queda descartado que abandones el país por ahora.

Por lo que respecta a esta especie de refugio, al no gozar de la inmunidad diplomática de una legación, estamos convencidos de que es objeto de vigilancia por las fuerzas de seguridad. No se fían de nosotros ni de nadie. Nuestro país no ha tomado una postura clara de apoyo a la República y en muchos ámbitos se piensa que las simpatías del gobierno británico están con los militares rebeldes, que se han declarado manifiestamente en contra del comunismo y de la entrada de España en el área de influencia rusa, cada vez más patente en el gobierno republicano y en las organizaciones políticas.

Mientras te encuentro algún cometido que llevar a cabo, o algún trabajo con el que ganarte la vida hasta que toda esta locura del levantamiento militar acabe de una forma u otra, permanecerás en este piso. Y cuando digo permanecerás, quiero decir que no debes salir a la calle en ningún momento, salvo en caso de extrema gravedad. Pero también es cierto que no puedes seguir aquí indefinidamente, encerrado como en una prisión, y si salieras al exterior, tarde o temprano se preguntaría la policía quién eres y por qué te

escondes en este cobijo. Espera mi visita y ya veremos cómo resolvemos este dilema y qué es lo que hacemos contigo, chico.

Gonzalo Morales aterrizaba en la estación de Atocha realmente cansado. La totalidad de los vagones del convoy estuvo abarrotada desde que se subió en Guadix. Eran muchos los que huían de la proximidad de las tropas rebeldes, previendo que su circunscripción a la capital de la provincia duraría poco y las venganzas contra los que se habían declarado decididos partidarios del Frente Popular serían terribles. Madrid era un pozo sin fondo en el que encontrar refugio y los más jóvenes ardían en deseos de alistarse en la lucha contra el fascismo.

Esa mala noche, sin embargo, tuvo su compensación. Morales utilizó su amplia experiencia de inspector para preguntar a los dos revisores si habían visto hacía unos días al sujeto que les mostró en la foto. Como no podían saber que trabajaba para los sublevados se prestaron a colaborar. Uno de ellos no lo recordaba, eran muchos los viajeros a los que picar el billete y no solía fijarse en las caras de todos, resultaba más que imposible. El otro, más joven, sí lo reconoció al instante y estuvo muy contento de colaborar en la identificación de aquel sujeto que le infundió sospechas desde el primer momento.

—¿No tienes ninguna duda, camarada? —el policía se había hecho pronto con el léxico utilizado por gran parte de los funcionarios o los milicianos de la España republicana.

—Ni la más mínima, a mí no me la pegó. A pesar de viajar en tercera se veía a las claras que no se trataba de un obrero, menudas manos delicadas tenía el gachó. Podía haberlo denunciado en alguna estación a la policía de ferrocarriles, como sospechoso de mezclarse con el pueblo para pasar desapercibido, pero no me gusta meterme en líos. Los meticones, los chivatos y los delatores casi siempre llevan las de perder —“Roma no paga traidores”, recordó el policía de sus tiempos de bachiller—.

Confirmado el destino de su perseguido, no sería fácil localizarlo en una ciudad tan grande, un auténtico laberinto en el que le sería muy fácil perderse. Al llegar, le pidió al taxista que le recomendara una pensión limpia y céntrica y acertó. Una vez duchado y aseado en el único baño del pequeño establecimiento, se dirigió a la Comisaría de Centro.

—Hola, Javier, buenos días.

Javier Mingo Casas, inspector como él, era un antiguo compañero con quien había compartido en tiempos las clases de la Escuela de Criminología y más tarde su primer destino en Zaragoza, en donde se hicieron íntimos amigos. Era un buen tipo, honrado y profesional como pocos. Número uno de su promoción, de su club de ajedrez, del club de natación Canoe y de todo cuanto tocaba, pero sencillo y amigo de sus amigos. Cuando le vio aparecer, el compañero no dejó de sorprenderse.

—Pero macho, ¿tú no seguías en Granada, en plena zona rebelde? —contrastó mientras le estrechaba en un fuerte abrazo, más propio de un oso que de un ser humano.

—Pues sí, pero me vas a hacer el favor de guardarme el secreto. Si te pregunta alguien le dices que me pasé a la zona gubernamental yéndome a Málaga, donde me han acogido estupendamente. No creo que nadie se ponga a comprobar nada y si alguien parece interesado, me echas un capote y en paz.

—¿Y a qué coño has venido a Madrid, si puede saberse? —siempre había sido bastante mal hablado—. Pero siéntate, hombre, siéntate.

—Pues vengo en busca de un tío que se ha convertido en una pesadilla para las autoridades de aquella zona. Ya sabes cómo son estos tiempos. Toque de queda en zona rebelde y toque de queda en zona gubernamental. Se “da el paseo” y se fusila a los contrarios en una zona y en la otra y este sujeto ha tenido la buena o mala suerte, según se mire, de presenciar uno de los fusilamientos secretos que tanto se trata de ocultar por las autoridades. Para más inri, es periodista del principal diario local, con lo que se ha convertido sin pretenderlo en el enemigo público número uno de aquel régimen. Yo no entro ni salgo en política, me ha tocado allí como a ti te ha tocado aquí. Somos profesionales y nos debemos a quien manda, no hay más cera que la que arde.

Así que se me ha encomendado que le arranque las fotos que hizo de aquella ejecución. Que esa es otra, el tío es fotógrafo y se supone que pretende dejar constancia histórica de lo que vio. Por eso he venido a Madrid, para evitar la publicación de esas imágenes. Como tratará de venderlas bien, me imagino que tardará en encontrar al mejor comprador, por lo que dispongo de algún tiempo, supongo que poco, para localizarlo y, si se niega a entregármelas, tengo carta blanca para hacer con él lo que quiera, desde

llevármelo de vuelta a la fuerza a quitarlo de en medio si es preciso.

—Gonzalo, tendrás carta blanca por parte de tus jefes, pero debes entender que esa patente de corso carece de valor alguno en esta zona, ¡a ver si estamos en lo que debemos estar, me cago en la leche!

—Supongo que tienes razón. De todas maneras, tú me conoces mejor que nadie en el Cuerpo y sabes que me repugna la idea de actuar como juez y verdugo al mismo tiempo. No es eso lo que juramos defender cuando entramos en la Policía.

—Bueno, eso ya es otra cosa. Si tengo tu palabra de que no te lo cargas, cuenta con mi ayuda para localizarlo. Con respecto a lo de secuestrarlo y llevártelo de vuelta a Granada si lo estimases necesario, ya hablaremos. Tampoco puedo estar muy de acuerdo con ello.

—A mí lo que de verdad me interesa son las fotos, que es el motivo por el que me han mandado, pero supongo que no las cederá de buen grado — ilustró Morales a su colega.

—Tal vez el secreto esté en negociar con él y en ese campo siempre te has desenvuelto bastante bien. Todavía me acuerdo de cómo conseguiste que aquellos dos facinerosos que intentaron atracar hace años la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza se entregaran sin causar víctimas entre el personal de la sucursal. Aquello te supuso una mención honorífica y el respeto de nuestros jefes y compañeros, que no es moco de pavo.

—Bueno, al grano. Otros datos que debes conocer es que se trata de un súbdito inglés que disfruta además de la nacionalidad española. Cumplirá veintiocho años dentro de un par de meses, alto, de cabello moreno tirando a castaño y complexión atlética, pero sin exagerar. Su cónsul me ha proporcionado a regañadientes la foto de que dispuso para hacerle su pasaporte, es ésta —le mostró el retrato ampliado a Mingo —y tengo constancia de que ha viajado en tren hasta aquí por haberlo reconocido uno de los revisores. Me imagino que con estos datos y con tu conocimiento de los entresijos de esta ciudad se te ocurrirá alguna idea para localizarlo antes de que haga uso de las famosas fotos.

—A ver si te crees tú que Madrid es como cualquier pueblo diminuto de la Alpujarra, joder. Esto es un monstruo que engulle todo lo que se le ponga por delante. No va a ser fácil localizarlo pero, procediendo de Granada como tú y en el mismo expreso que tú, está claro que ha hecho su entrada en la capital por la estación de ferrocarril de Atocha. De ahí puede haber salido

andando, en autobús, en metro, en tranvía o en taxi.

Lo más normal, después de un viaje tan cansado y si no se trata de un estudiante, un obrero o alguien con pocos recursos, es que tomara un taxi, y con más razón si es que había alguien encargado de recibirle, aunque eso no lo sabemos. Por ahí empezaremos las indagaciones.

Como no querían delegar en ningún subordinado las operaciones de búsqueda, se desplazaron a la estación de Atocha y, retrato de Tony en mano, empezaron a interrogar a los taxistas. Hubo que interrogar a más de treinta. Cuando ya empezaban a desesperar, un profesional de unos cincuenta años, con la gorra ladeada, barba sin rasurar en varios días y ojeras considerables, lo reconoció.

—Pues sí señor. Montó en mi coche, pero no iba solo, le acompañaba un señor algo mayor que él, que iba con traje aunque algo desaliñado, esa es la verdad. Me acuerdo porque la dirección la dio el otro, el del traje, que tenía algo de acento extranjero y además me chocó porque no hablaron ni papa en todo el viaje.

—¿Recuerdas la dirección adonde los llevaste, camarada? —olfateó Javier Mingo en los recuerdos del taxista.

—Pues sí, también chocante, porque me pidió que los llevara a la Plaza de la Cebada, pero a ningún número en particular. Se notaba que no quería dar muchos datos porque luego los vi marchar hacia la calle de Toledo.

—Bien, te quedo muy agradecido, amigo. Has colaborado con la Justicia de forma muy satisfactoria. Si alguna vez puedo hacerte un favor, me tienes en la Comisaría de Centro.

—Pues ahora que lo dice, hay un par de multillas de un municipal que la *tié tomá* conmigo...

—Ven mañana por la mañana a primera hora por mi despacho y veremos qué se puede hacer...

—¡Vaya potra que tienes, Facundo, ya la quisiera yo para mi! —le festejó un colega desde el taxi más cercano—.

Gonzalo Morales y Javier Mingo se desplazaron a la dirección indicada por el taxista. Nada más llegar, el inspector madrileño enfiló la próxima calle de Toledo y, al llegar a media altura, se aproximó a un individuo que parecía esperar algo en un portal.

—Hola, Suanzes, ¿Cómo va la guardia?

—Tranquila, señor Mingo. Entran y salen los mismos de siempre, no

hay gran novedad.

—Se trata de un piso franco de la embajada inglesa en Madrid, Gonzalo —definió Mingo la situación a su compañero—. Estoy prácticamente seguro de que quien fue a recibir a tu amiguito a la estación era Benjamin Troy. Oficialmente es el agregado de prensa de la legación. Extraoficialmente es el jefe de los servicios secretos ingleses en España. Mal asunto si tu amiguito está protegido por estos agentes británicos. Inmunidad y todas esas zarandajas.

Por otra parte, esto no quiere decir que quien buscas siga en este piso. Cambian a menudo a sus refugiados a otros locales desperdigados por Madrid, aprovechando la noche. No podemos hacer guardia permanentemente, solo les hacemos ver que sabemos de su existencia. Son órdenes del Ministerio, ellos sabrán.

De ahí a saber qué será a partir de ahora del tal Antonio Martín hay un mundo. Puede intentar regresar a Inglaterra, lo que no es fácil en este momento sin cobertura diplomática; puede tratar de buscar trabajo en Madrid, lo que sería muy expuesto porque seguro que a estas alturas ya sabe que se ha iniciado su busca y captura. ¿Tú sabes lo que yo haría si fuera él? Me alistaría durante algún tiempo en algún cuerpo del ejército republicano, por ejemplo en servicios de intendencia, poco peligrosos, o como intérprete para los voluntarios que vienen de Inglaterra cargados de ideales a luchar por la libertad.

El escondite sería perfecto. Por Aragón o Cataluña podría intentar pasar a Francia y de ahí al Reino Unido. Una vez a cubierto, a buscar comprador para las fotos y un trabajo estable hasta que esta locura de los militares acabe. Oye, Suanzes, —instruyó a su subordinado —observa bien la jeta del tío de esta foto y si le ves entrar o salir al piso de los ingleses, me lo dices, ¿de acuerdo?

—Descuide, señor Mingo.

—Tony —evaluó Benjamin Troy la situación —tu estancia en este piso no se puede prolongar mucho más. Como ya te dije, somos plenamente conscientes de que estamos vigilados por la policía española y de que la falta de definición de la política del Foreign Office en favor del gobierno legítimo de la República ha causado hondo malestar en el Gobierno español.

Esperaban más de nosotros, algo así como lo aportado por Francia, que les apoya ideológicamente y además con material de guerra que les venden a muy buen precio. Nosotros nos encontramos atrapados entre la espada del fascismo de Franco y la pared del comunismo, tan influyente en este Gobierno. No nos gusta ni lo uno ni lo otro. Por eso nos dicen, vigilando nuestros pisos, que están molestos por haber trasladado nuestra embajada a Hendaya y por la falta de colaboración de la democracia inglesa con la española.

Como no veo factible tu salida del país sin que corras un grave riesgo ni que te quedes en Madrid indefinidamente sin oficio ni beneficio, te he buscado un puesto en donde no te hallarían nunca. Te explico, desde que estalló la guerra, multitud de voluntarios de otros países se han venido incorporando al ejército republicano para luchar contra la implantación en este país de un régimen fascista. Son jóvenes idealistas dispuestos a entregar lo mejor de sí mismos por la causa de la libertad. La mayoría han ido llegando por su cuenta, sin encomendarse a ningún tipo de organización ni partido político, con el solo deseo de que los principios democráticos que consideran amenazados sean defendidos hasta sus últimas consecuencias.

Del Reino Unido son cada vez más los que se van presentando para luchar al lado del Gobierno constitucional. Tal vez no sean tantos como los franceses, pero están constituyendo una columna propia, a la que han dado el título de “Centuria Tom Mann”, en honor de nuestro combativo líder sindical. En principio van a permanecer en Barcelona, adonde te tendrías que desplazar cuanto antes si decides aceptar mi propuesta. Como son todos británicos, les va a venir de perlas tu colaboración, que se puede limitar en principio a hacer de intérprete con los mandos militares republicanos pues ni éstos hablan inglés ni nuestros paisanos saben una palabra de español.

Se está hablando de que próximamente los comunistas quieren integrar a todos estos voluntarios en unas brigadas plurinacionales bajo un solo mando, pero son muchos los que se niegan a combatir bajo los dictados de Moscú. Los voluntarios de la Centuria de que te hablo son solo simpatizantes del Frente Popular, gente de izquierdas y demócratas ajenos a la ideología bolchevique.

—Dame veinticuatro horas para pensarlo, nunca me han gustado las decisiones precipitadas —razonó Tony pensativo—.

Cuando se quedó solo, examinó los pros y los contras de la proposición

que Troy le había puesto sobre la mesa. El cónsul Chadwick les había avisado de que el inspector Gonzalo Morales había desaparecido de la ciudad, muy posiblemente con el encargo de traerlo de vuelta con las fotos de la ejecución o algo peor. No estaba seguro en Madrid, se le desaconsejaba que iniciara viaje hacia Gran Bretaña, no podría regresar a Granada en mucho tiempo y lo más urgente era despistar a su perseguidor, por lo que era bastante razonable marcharse a Barcelona e incorporarse a la columna de combatientes ingleses.

Una vez en ella, como imprescindible intérprete, los principales interesados en velar por su seguridad serían sus jefes y sus propios compañeros. Ello le permitiría no luchar en primera línea. No era un cobarde, no le asustaba coger un arma y obedecer una orden, había sido instruido para ello en *The Half* y su compromiso con Inglaterra podría obligarle a matar en defensa de su país, lo tenía perfectamente asumido, pero le repugnaba la idea de matar a españoles, fueran del bando que fueran. No entendía muy bien aquella guerra civil, no participaba del odio contra su vecino desarrollado por los españoles y cultivado con esmero desde hacía generaciones. Caciques inmisericordes, obreros explotados ansiosos de revancha, partidarios del separatismo y de la desmembración del país, militares insurrectos, iglesia oscurantista y dominante, clases medias sometidas e insolidarias, todo eso seguía sonándole a cosa ajena y no podía compartirlo, no lo había mamado de joven, ni lo sentía como propio.

Pero sería un buen escondite. Desde Barcelona la frontera con Francia estaba relativamente próxima y, llegado el caso, podría cruzarla para iniciar la aventura de regresar a Londres y dar a conocer el tesoro que llevaba permanentemente entre sus ropas en forma de carrete fotográfico. Pasaría a formar parte de la selecta lista de fotógrafos que habían inmortalizado un momento decisivo de la historia. La muerte violenta de García Lorca no podía quedar impune, ni el poeta ni el mundo lo merecían.

—Considero que has tomado la decisión acertada —corroboró Troy — no te arrepentirás. De ahora en adelante adoptarás una personalidad distinta, a fin de evitar tu localización por el nombre actual, ya lo recuperarás cuando todo esto acabe. Te tengo preparado un pasaporte británico absolutamente legal que te identifica como Charles Edwards; un nombre lo suficientemente corriente para no llamar la atención.

Al llegar a Barcelona se presentó en la Generalitat y manifestó su

intención de alistarse en la *Centuria Tom Mann*, por lo que fue escoltado hasta su cuartel y se puso a las órdenes de su comandante Nathan Cohen, que en seguida le sugirió, dada su doble nacionalidad y el dominio del idioma español, que le sirviera como intérprete, a lo que el recién estrenado Charly Edwards accedió de buen grado.

Al poco de incorporarse al batallón conoció a un sobrino de Winston Churchill, un tal Esmond Romilly, un chaval de apenas 18 años y la cabeza llena de pájaros. Le resultó paradójico a Tony que su padre hubiera combatido a las fuerzas del tío de Esmond en los conflictos mineros de Tonypany, en 1910, y que ahora se encontraran ellos codo con codo en una columna cuya misión era combatir al fascismo. Fue Esmond quien le informó de los orígenes judíos del comandante Cohen, que se encontraba muy orgulloso de ellos. No era el único judío en la Centuria, al parecer eran bastantes, todos deseosos de evitar la propagación de las ideas fascistas que tanto preocupaban al sionismo como movimiento internacional. En un momento de descanso, Tony le preguntó a su comandante si, por casualidad, conocía en Londres a un amigo suyo, Ehud Bakenroth, a lo que Cohen contestó afirmativamente.

—Una vez más queda demostrado que el mundo es un pañuelo. Ehud y su esposa, Esther, ambos profesores de matemáticas, visitan la misma sinagoga de Londres a la que yo solía asistir con mis padres, en nuestro barrio de Streatham, que también es el suyo. Creo que la última vez que coincidimos fue con motivo de la celebración del *Rosh Hashaná*, nuestro Año Nuevo, en que recuerdo que Ehud leyó la *Torá*. Son bastante reservados, me da la impresión de que la familia de Ehud lo pasó bastante mal en Rusia, de donde emigraron a Inglaterra, como ya debes saber si eres amigo suyo.

La vida en la Centuria resultó muy tranquila, ninguna actividad bélica había sido encomendada todavía a los voluntarios ingleses. En Barcelona, la sublevación militar no contó con el apoyo de los guardias de asalto ni de la Guardia Civil, aunque los enfrentamientos entre rebeldes y leales a la República fueron especialmente enconados en la zona de la Plaza de Cataluña, las Reales Atarazanas y Capitanía General, fracasando la insurrección ante la feroz resistencia que opusieron desde el primer momento las fuerzas de orden público, los militares leales y los milicianos anarquistas, de modo que el 20 de julio quedó apaciguada la ciudad.

La espera para entrar en combate impacientaba a los voluntarios

ingleses, que se dedicaban a recibir instrucción militar y a prácticas de tiro, pero no se les acababa de encomendar destino alguno en el frente que ya se estaba montando ante el avance de las tropas sublevadas. Tony estaba a las órdenes directas de Nat Cohen y le acompañaba continuamente a entrevistas con las autoridades de la Generalitat o del Ayuntamiento, con los jefes anarquistas de otros batallones o a discutir con los proveedores de pertrechos y víveres para sus voluntarios, por lo que se libraba de la instrucción y los desfiles. En el sencillo uniforme que se le proporcionó, más bien un mono de trabajo, habilitó un pequeño compartimento en el bajo de su pantalón para guardar el carrete de las fotos, que abultaba solo hacia adentro, por lo que nadie podía advertir su presencia fácilmente.

Mientras tanto, a las nueve de la mañana de un lluvioso 15 de septiembre, en la industrial ciudad de Coventry, en el centro de Gran Bretaña, cuatro individuos fuertemente armados atracaban con inusitada violencia la sucursal del Lloyds Bank en High Street. Las fuerzas policiales se desplegaron rápidamente frente al banco, advertidas por un ciudadano que presenció la entrada de los asaltantes, que se declararon anarquistas dispuestos a volar la oficina bancaria con doce rehenes entre personal y clientes. Solo uno de ellos era inglés, los otros tres eran españoles y poseídos de un fanatismo poco común.

—¡Queremos que nos faciliten la huida con el dinero y seis empleados, o estamos dispuestos a ir matando a un rehén cada diez minutos! —vociferó el portavoz en inglés por una ventana entreabierta—.

—Antes tenemos que hablar —condescendió una voz desde las filas policiales—. Un inspector desarmado va a acercarse a hablar con ustedes, no disparen.

—¡Que se aproxime sin chaqueta y con los brazos en alto!

Noel Amsden, inspector de segunda clase con fama de hombre duro pero también de buen negociador, se aproximó al Lloyds sin su arma reglamentaria, con solo su capacidad negociadora para enfrentarse a aquellos exaltados y tratar de liberar a cuantos más rehenes pudiera. El corto trayecto lo recorrió sin dejar de pensar en su esposa Norah y en su pequeña Lisa, de cuatro años, que era su capricho. ¿Qué sería de ellas si alguno de aquellos bárbaros apretaba el gatillo de su pistola en un momento de nerviosismo?

—Bueno, muchachos, decidme qué es lo que pretendéis y veré si puedo convencer a mis superiores para que nadie resulte herido. ¿Eres tú el jefe? — le preguntó al inglés del grupo.

—¡Primero abandone ese tono paternalista, fascista de mierda, aquí somos nosotros los que tienen la sartén por el mango y no pensamos soltarlo, que quede bien claro! Y no, el jefe es ese español de la barba, que no habla inglés, solo su idioma.

—En ese caso, no seguiré hablando contigo. Quiero que venga aquí el barbas y me diga cuales son vuestras intenciones. Tú le servirás de intérprete.

—Cerdo fascista... ¡León, el poli dice que solo hablará contigo! —se dobló el atracador ante la firmeza de Amsden.

El tal León se aproximó a la puerta de la sucursal. Su barba descuidada hacía honor al nombre y su ajada gorra de conductor de autobús urbano le delataba como un obrero cansado de pelear con la patronal, harto de luchar y tal vez de vivir. En sus manos empuñaba un subfusil Schmeisser MP28, el temible “naranjero”.

—¿Es usted el poli que va a negociar una salida a este embrollo?

—Así es. Mis jefes me han encargado que les pregunte cuáles son sus condiciones para liberar a los rehenes.

—Queremos un furgón de la policía con un conductor. Paso libre hasta Liverpool y que nadie nos siga. Allí liberaremos a los seis empleados, que harán de rehenes, y al conductor. Las doscientas mil libras de la caja son un impuesto revolucionario que el banco tendrá que pagar. Me imagino que estará cubierto por un buen seguro y si no es así, que se joda. Tengo que advertirle algo. Esto no es un atraco normal, no somos delincuentes comunes. Pertenece a una célula anarquista española que recurre a estos métodos en diversos países para financiarse y liberar a sus presos de la plutocracia que nos oprime.

Nuestro dirigente es Buenaventura Durruti, el más célebre anarquista español, héroe y defensor del obrero oprimido. Él en persona nos ha encomendado esta misión y no pensamos volver con las manos vacías. O se nos da lo que pedimos o nos volamos con el banco y con todo lo que hay dentro. Nuestras vidas no valen nada en comparación con la revolución y con el sufrimiento de nuestros hermanos en las cárceles españolas. Dígales a sus jefes que no cederemos ni un ápice.

—Todo eso está muy bien, pero la policía inglesa no ha negociado

nunca ni negociará ahora en esos términos. Estamos dispuestos a pactar que se entreguen ustedes para no tener que entrar a la sucursal por la fuerza, así ni ustedes ni nadie sufrirán daño alguno.

—Olvídelo. Ya le he dicho cuáles son nuestras condiciones. Si no se cumplen, mataremos a un rehén cada diez minutos y luego haremos explotar la bomba que hemos introducido en la sucursal. Durruti y los hermanos españoles estarán orgullosos de nosotros.

—Transmitiré sus demandas. Como gesto de buena voluntad y para no regresar con las manos vacías, podría usted liberar a un rehén, solo a uno, tal vez a la débil anciana que veo en aquella esquina custodiada por su compañero.

—De acuerdo, será un gesto por nuestra parte.

El cabecilla hizo un gesto a su compañero que acompañó a la anciana hasta la puerta. Amsden, que se mantenía a una distancia prudencial, pudo observar cómo la clienta del banco iniciaba la salida con su anticuado sombrero algo descolocado, su bastón y su bolso barato colgado del tembloroso brazo. Al pasar por delante del líder de la banda anarquista, éste dirigió el cañón del subfusil hacia su nuca en un rápido movimiento y efectuó un solo disparo. La mujer cayó de bruces sin emitir un solo gemido, aunque de entre los policías apostados frente a la entidad bancaria se oyó un ahogado clamor que reflejaba a las claras el dolor contenido al contemplar crueldad tan inútil.

—Ahí tienen ustedes nuestro primer gesto —vomitó sus palabras en español el anarquista para que las tradujera el compañero inglés—. Dentro de diez minutos, si no ha llegado el furgón, tendremos el segundo.

Noel Amsden, con la camisa empapada por la fina y persistente lluvia, se dio la vuelta no sin aprensión y lentamente se dirigió al lugar desde donde el alcalde de la ciudad y el comisario jefe contemplaban el asalto al banco.

—Señores, ya lo han visto ustedes. Cada diez minutos ejecutarán a uno de los once rehenes restantes, no hay negociación posible con fanáticos como éstos. Nada que ver con delincuentes comunes que, aunque parezca mentira, son bastante más humanitarios. Mucho me temo que no hay otra opción que acceder a sus demandas y al llegar a Liverpool tal vez se nos ocurra algo.

El delegado del Lloyds Bank en la zona, que acababa de incorporarse al grupo de personalidades, intervino con la autoridad que le daba el hecho de que se trataba de la vida de sus empleados y de sus clientes. Los

cuentacorrentistas no le perdonarían que no hiciera todo lo posible por mediar en el conflicto de forma que no se produjeran más víctimas, accediendo a todo lo que los atracadores exigieran.

—Sugiero que se les permita salir del banco con el dinero y los seis empleados, y que se haga cuanto antes. Si el plazo de diez minutos es insuficiente para que llegue el furgón, se les pueden dar garantías de que está en camino.

—Eso no es problema. El furgón ya está aquí —refirió Malcolm Robbins, comisario jefe de Coventry —ha venido para llevárselos detenidos, ahora podría servir para llevarlos hasta Liverpool, a ellos y a sus rehenes.

—No hay un minuto que perder —ratificó Arthur Barnacle, alcalde de la ciudad—. Asumo toda la responsabilidad, Robbins. Lo más importante es salvar el mayor número de vidas posible. Con la autoridad que me confiere el cargo, le ordeno que facilite la huida a esos indeseables. Ya veremos lo que hacemos cuando lleguen a Liverpool.

—Como usted ordene, señor. Amsdem, vuelve allí y asegúrales que estamos dispuestos a colaborar facilitándoles el viaje, aunque soy consciente de que les será fácil perderse en una ciudad portuaria en la que, seguramente, cuentan con cómplices que les ocultarán. Diles que ningún automóvil policial les perseguirá, pero que no tienen necesidad de llevarse a los seis empleados como rehenes. Procura que se lleven los menos posibles, trata de negociar, por Dios.

Noel Amsdem volvió a recorrer el trayecto hasta las proximidades de la sucursal bancaria con las manos en alto. Afortunadamente la lluvia dio un respiro, lo que no le impidió estornudar un par de veces. Le recibió en la puerta el anarquista inglés, detrás del cual se encontraba el responsable del primer asesinato.

—Mis superiores me encargan les diga que acceden a sus peticiones. Tenemos listo el furgón que los trasladará a Liverpool y que, en unos momentos aparcará frente a esta puerta. Lamentablemente no es muy grande, por lo que difícilmente podrían viajar en él un conductor, cuatro de ustedes y seis empleados. Sugiero que reduzcan la cifra de éstos a dos. Les van a valer lo mismo, con el conductor son tres las vidas que tienen en sus manos, que no es poco y les garantizo que es suficiente.

—Tú no puedes garantizar nada, cerdo a sueldo de la oligarquía. No nos fiamos de ti ni de nadie, solo de nuestras armas y ya sabéis lo que son

capaces de hacer. Nos llevaremos a tres empleados y con el conductor ya son cuatro, con lo que cada uno de nosotros solo tendrá que vigilar a un rehén. Los demás os los dejamos ahí dentro. Os los regalamos.

Al instante apareció el furgón, que se situó con la puerta trasera pegada a la del banco. El cabecilla inspeccionó la cabina y, cuando la vio vacía, ordenó a sus compañeros que seleccionaran a tres empleados y los introdujeran rápidamente en el automóvil, junto con la saca del dinero, mientras él accedía por delante y ordenaba al conductor que iniciara la marcha hacia el Oeste.

El alcalde de Liverpool, William Denton, recibió la preocupante llamada telefónica de su homónimo de Coventry anunciándole la llegada del furgón con atracadores y rehenes. Puesto inmediatamente al habla con el comisario jefe, le dio carta blanca para tratar de solucionar el asunto de la mejor manera posible, por lo que éste dispuso la interceptación de la carretera que comunicaba a la ciudad con Coventry. La práctica totalidad de los coches policiales de Liverpool se apostó en la carretera cerrando el paso, salvo un estrecho pasadizo por el que fueron entrando lentamente de uno en uno los vehículos que accedían a la ciudad. De forma casi simultánea desviaron a todos los que procedían de la ruta del Este en el cruce de Sutton Manor con Bold Heath, con lo que dejaron expedita la entrada natural a la ciudad al furgón de los atracadores.

Eran casi doscientos kilómetros desde Coventry en los que la furgoneta invirtió aproximadamente tres horas, por el intenso tráfico que encontraron hasta el cruce. Al pasar por él pudieron ver a varios coches policiales a los lados de la carretera que se preocupaban solamente de facilitarles el paso, pero en las inmediaciones de Liverpool observaron desde lejos el comité de recepción que la policía les tenía preparado, con la carretera cerrada por los coches del servicio y los agentes apostados tras ellos en posición de disparar.

Automáticamente comprendieron que estaban perdidos. No habría negociación, nadie se dirigió a ellos, salvo los cañones de todas las armas disponibles en la comisaría. León, que ocupaba el asiento contiguo al conductor, no lo dudó. Le disparó a éste un tiro en la sien, abrió la puerta y lo arrojó fuera para, a renglón seguido, ocupar su puesto. No dio tiempo a nada, aceleró el furgón y gritando “¡Viva Durruti, viva la Revolución!”, lo lanzó a toda velocidad contra la barricada que formaban los coches policiales.

Una lluvia de balas atravesó el parabrisas del furgón y los laterales,

convirtiéndolo en un auténtico colador. Nadie sobrevivió. La rabia que sentían los policías al ver la muerte de su compañero el conductor y el aviso de que los atracadores llevaban una bomba a bordo les impidió pensar en otra cosa que en detener el vehículo, que se estrelló contra la barrera de automóviles al tiempo que uno de los anarquistas hacía explotar la bomba.

Cuatro policías de Liverpool perdieron la vida y ocho resultaron gravemente heridos por la metralla y la onda expansiva. Era la peor desgracia sufrida nunca por las fuerzas del orden en la ciudad.

CAPITULO 26°. Suquet de peix. 1936.

El Director del Servicio Secreto de Inteligencia, Almirante Sir Hugh Sinclair, se reunía a primera hora de aquel jueves 17 de septiembre de 1936 en el 54 de Broadway, City of Westminster, con determinados colaboradores de su equipo del MI6 para tratar en profundidad el *affaire Liverpool*. La reunión tenía lugar en la sala de juntas anexa a su despacho, tal vez demasiado coqueta para lo que se esperaba de unos servicios secretos pues disponía, amén de mullidas alfombras paquistaníes, de mesa y sillería de elegante palisandro y paredes forradas con aromática madera de palosanto. Un retrato de Su Graciosa Majestad Eduardo VIII, presidía la poco austera pieza.

Se encontraban presentes el Encargado de Operaciones en la Europa Continental, Bryan Tomkins, su Asistente para España y Portugal, Calvin Matthews, el Jefe del Área de Doctrinas y Movimientos Subversivos, Gilbert Finch, el Catedrático de Filosofía Política y Social de la Universidad Queen Mary de Londres, experto en anarquismo y colaborador habitual de los servicios secretos, Glenn Haig y el Coronel Byron Mudford, director de la escuela de espionaje conocida como *The Half*.

—Buenos días, señores, tomen asiento, por favor —recomendó Sir Hugh a los convocados, al tiempo que estrechaba sus manos uno a uno, dirigiéndose después a la jefa de sus secretarías—. Eileen, por favor, ordene que nos traigan té abundante y unos pastelitos para todos, la reunión puede prolongarse indefinidamente.

Bien, como supongo que imaginarán, los he convocado aquí con motivo de la crisis de Liverpool y ya saben que me estoy refiriendo a la masacre ocasionada por una especie de comando anarquista español en el que participaba también un súbdito británico. Sobre la mesa tienen ustedes los tabloides de ayer miércoles describiendo con profusión de detalles el evento.

El Times lo recoge en portada a cuatro columnas con el título “Ataque anarquista al Lloyds Bank en Coventry”. Tal vez sea el más moderado, otros como el Daily Telegraph lo titulan “Golpe al corazón de la banca británica”, el Daily Mirror, siempre tan gráfico, lo publica como “Britannia inerme ante el anarquismo”; finalmente, The Liverpool Daily Post menciona la

destitución del comisario jefe de su policía, aunque el pobre poco podía hacer, como ustedes pueden imaginar.

El señor Secretario del Foreign Office, Mr. Anthony Eden, me llamó ayer a su despacho con el propósito claro de encargarme una respuesta contundente a este suceso. Antes de tomar una decisión quisiera que me expusieran ustedes su opinión sobre el caso y sus sugerencias sobre las posibles medidas a adoptar por estos servicios secretos de Su Majestad.

—Si me permite, Almirante —medió a favor de su propia intervención Glenn Haig, el Catedrático experto en anarquismo —como introducción de la reunión, me gustaría glosar aquí brevemente la figura del líder anarquista español Buenaventura Durruti que, al parecer, ha ordenado y dirigido el brutal ataque al Lloyds de anteayer en Coventry.

—Por supuesto, Mr. Haig, tiene usted la palabra.

—Gracias, Almirante. Empezaré diciendo que este carismático individuo, que cuenta actualmente con cuarenta años, abrazó la más radical ideología anarquista desde los veinticuatro y se ha distinguido desde entonces por multitud de asesinatos y atracos, que ha llevado a cabo, al parecer, con el declarado propósito de financiar a su partido y a su sindicato. Esta energía desplegada de forma intolerante desde su juventud en favor de su credo y mantenida sin solución de continuidad hasta el presente, le ha convertido en un héroe para las bases anarquistas hispanas, un héroe idolatrado y de una talla difícil de imaginar desde nuestro país, tan alejado de los extremismos que con creciente intensidad se están viviendo en España en estos momentos.

Su primera acción de este tipo la llevó a cabo en 1923, atracando el Banco de España en Gijón, al Norte del país, y ese mismo año planificó y ejecutó el asesinato del Cardenal Soldevila en Zaragoza, so pretexto de que financiaba en Aragón a pistoleros de la patronal en la lucha contra líderes sindicales revolucionarios.

Pero eso solo fue el comienzo. Entre 1924 y 1931, año de su regreso a España, planifica un atentado contra el rey Alfonso XIII en París, que frustra la policía francesa *in extremis* y luego huye a América, convirtiendo sus hazañas en legendarias: asesinatos, colocación de bombas, luchas callejeras de barricadas, asaltos a bancos, etc.

En Cuba no dudó en asesinar a un empresario de La Habana por la forma en que trataba a sus obreros. En Méjico, Perú, Chile y Argentina ha asaltado diversas entidades bancarias, con sustanciales botines, lo que le lleva

a que penda sobre su cabeza la espada de Damocles de tres condenas a muerte, en Argentina, Chile y en la propia España, además de haber sido expulsado de no menos de ocho países.

Sabemos que ha visitado el Reino Unido, donde ha mantenido contactos con células anarquistas autóctonas, a las que ha ayudado en la medida en que ha podido. Conoce las posibilidades de llevar a cabo golpes de mano audaces contra la banca británica, y el actual no ha sido más que una muestra de lo que puede llegar a hacer arropado por el fanatismo de sus colaboradores. En estos momentos participa activamente en la guerra civil española al frente de la “*Columna Durruti*”, que se ha propuesto liberar a Zaragoza de las fuerzas sublevadas contra la República.

—De acuerdo, gracias Mr. Haig por tan esclarecedora intervención — atribuyó Sir Hugh — ahora saben todos con quien estamos tratando. Me gustaría escuchar la opinión que este asunto merece al Jefe del Área de Doctrinas y Movimientos Subversivos, tiene usted la palabra, Finch.

—Coincido en todo con lo expresado por Mr. Haig en su exposición sobre el sujeto —corroboró Gilbert Finch—. No obstante, quisiera añadir que desde que entró en Gran Bretaña hace unos años, a su regreso de América del Sur, el individuo en cuestión ha sido fichado por la policía británica y se han controlado cuidadosamente sus pasos, vigilando sus contactos con células anarquistas locales, la mayoría de las cuales también son conocidas por las comisarías en cuyos territorios se desenvuelven.

Hasta el presente se las ha visto participar activamente en actuaciones que podríamos tildar de moderadamente revolucionarias, si es que ello es posible, y se mueven más o menos dentro de la ley. Incluso tienen su prensa escrita, como los diarios *The Anarchist* y *Freedom*, evidentes medios de propaganda, adoctrinamiento y captación de seguidores.

Su apoyo a los correligionarios españoles desde el inicio de la contienda es total, por lo que publican quincenalmente un libelo con el nombre de *Spain and the World*.

A pesar de mantenerse hasta el presente dentro de unos límites moderados de violencia, sí es cierto que desde hace más o menos un año hemos detectado la presencia de algunos elementos incontrolados que no se someten a la autoridad de sus dirigentes habituales y que pueden estar apoyando acciones del tipo de la que se ha llevado a cabo en Coventry. Todos están fichados y discretamente vigilados, pero es imposible prever las

acciones que pueden acometer en un próximo futuro.

—Gracias, Finch. Tengo que reconocer que ese control sobre las células anarquistas internas de que usted me habla me tranquiliza un poco —ensalzó Sinclair—. Y ahora, como Encargado de Operaciones en la Europa Continental, tienes tú la palabra, Bryan. Dinos si piensas que es posible adoptar alguna medida de respuesta a este ultraje al pueblo británico de ese puñado de facinerosos españoles que se creen con derecho a intervenir en nuestro país con sus métodos criminales.

—No solo es posible, Hugh, sino que creo que es necesario —juzgó Bryan Tomkins—. El principal problema de todo este asunto es el cabecilla anarquista que tan bien ha descrito nuestro ilustre colaborador, Mr. Glenn Haig, profundo conocedor de esta tendencia revolucionaria que tan arraigada está ahora en España, principalmente en las regiones de Cataluña y Andalucía, pero que se extiende como derramada mancha de aceite por todo el país.

Estoy convencido de que, para nosotros, el problema clave es Buenaventura Durruti, a quien el amplio respaldo que otorgan las masas anarquistas españolas parece que le han ido justificando día a día todas las tropelías que ha acometido y que, en parte, ya han sido descritas aquí. Mientras que Durruti pueda seguir enviando comandos al Reino Unido, el problema persistirá. Es más, estoy convencido de que en estos momentos ya estará planificando una venganza acorde en importancia con el fracaso de su último grupo de atacadores. Es por eso que desde ayer mismo estamos planificando una solución a este peligro potencial. Con tu permiso, Hugh, voy a ceder la palabra a Calvin Matthews, mi asistente para España y Portugal, profundo conocedor de la situación por la que pasa en estos momentos el país mediterráneo.

—Adelante —facilitó Sinclair el cambio de ponente.

—Gracias, señor. Ciñéndome a los hechos que hemos tenido la desgracia de sufrir en Coventry y Liverpool, en nuestro Centro de Operaciones hemos llegado a la conclusión de que en plazo muy breve volveremos a sufrir uno o varios incidentes como este en diversas ciudades británicas y sin que podamos conocer de forma alguna y con antelación cuáles de las diversas entidades de crédito serán el objetivo en un próximo futuro. Y ello es así por el hermetismo que rodea a esta organización, extraordinariamente compacta y difícil de ser infiltrada por nuestros agentes

en España, que lo vienen intentando desde la implantación de la II República sin éxito alguno.

Que los golpes a nuestra banca se repetirán lo avalan dos hechos: la exigencia de seguir financiando el anarquismo español en este momento bélico más que nunca y la necesidad de restaurar el orgullo de la organización que ha salido tan maltrecho con la frustración del atraco al Lloyds de Coventry.

Por lo tanto, hemos llegado a la conclusión de que la única solución aceptable es la eliminación del dirigente anarquista, una medida algo contundente, cierto, pero muy adecuada a nuestros intereses —Matthews mantuvo su flema británica sin alterarse lo más mínimo—. Muerto el perro, se acabó la rabia, como dicen los propios españoles. Habida cuenta de que en estos precisos momentos la denominada “*Columna Durruti*” se encuentra combatiendo en tierras de Aragón, con el propósito ya citado aquí de liberar del “yugo fascista” a la ciudad de Zaragoza, no resultaría demasiado difícil destacar un agente que se hiciera pasar por “voluntario británico en la lucha por la libertad” que, en el momento más encarnizado de una de las frecuentes refriegas con los nacionalistas, le alcanzara con un disparo certero atribuible al bando contrario. Limpio y depurativo, si me permiten la expresión.

—Creo que cuento con el agente idóneo para llevar a cabo con éxito semejante misión —participó en el debate el Coronel Byron Mudford, que hasta ese momento se había mantenido al margen—.

—¿Cómo es eso, Byron, si lo que tú diriges es primordialmente una escuela de informadores? —adujo el Almirante.

—Cierto, no puedo negarlo, pero éstas últimas promociones están resultando un tanto diferentes a las anteriores. En general, los alumnos que han participado están preparados, y me enorgullece decirlo, mucho más que para actuar como meros observadores encargados de comunicar lo que ocurre en sus países. También es cierto que los profesores que me has ido proporcionando se han tomado mucho interés en algunos aspectos de su formación que antes se trataban más a la ligera.

Concretamente, la formación paramilitar de los alumnos los convierte en la mayoría de los casos en auténticos comandos de choque, con una gran preparación en defensa personal y prácticas de tiro. Disculpa si no estabas muy informado de estos detalles, pero estaba esperando el momento más adecuado para comunicártelo y creo que ese momento acaba de llegar.

Dispongo de un hombre en España que sería especialmente competente en una misión de este tipo, y lo más curioso es que tú lo conoces, aunque seguramente no lo recuerdas.

—Pero tú vas a ser tan amable de recordármelo, por favor —se mostró especialmente interesado Sir Hugh.

—Retrocede mentalmente hasta 1932. Al concluir el curso en *The Half* de aquel año uno de los alumnos no regresó inmediatamente a su país, como hicieron los demás...

—Creo que ya sé por dónde vas.

—Efectivamente, el alumno español se presentó conmigo en tu despacho porque así lo requeriste y se le expuso la conveniencia de que siguiera determinadas enseñanzas para completar su período de formación.

—Y le propusimos que ingresara en una prestigiosa escuela de mayordomos de Londres. Incluso recuerdo que le dije que con esos conocimientos podría acceder a la esfera familiar de influyentes personalidades españolas, lo que redundaría en provecho de nuestro servicio de espionaje.

—Veo que lo recuerdas perfectamente. Te informé luego de los servicios que este agente prestó en el domicilio de una prominente figura de la vida pública española de la que no es necesario dar más detalles y también fuiste informado de la decisiva información que prestó sobre el inicio del golpe de Estado en España.

Pues bien, sabes por tu jefe de misión en aquel país que ese agente de mi Centro se encuentra en estos momentos en Barcelona, integrado en la denominada “*Centuria Tom Mann*” de voluntarios ingleses en apoyo a la causa de la República, y lo hace en calidad de intérprete. Tuvo que salir precipitadamente de su lugar habitual de residencia por haber presenciado actividades de los militares rebeldes que éstos pretenden que no revele, para lo que utilizarán los medios que consideren necesarios.

Convendrás conmigo en que, una vez que ya se encuentra en ese destino, que conoce el idioma como un verdadero nativo porque lleva viviendo en el país desde que era un muchacho, que fue uno de los mejores de su promoción en las prácticas de tiro y que podría fácilmente justificar su traslado a la *Columna Durruti* en base a sus deseos de defensa de la libertad, etc., está en inmejorables condiciones para hacerse cargo de este enojoso asunto.

—Déjame pensarlo, Byron. La misión es delicada y hemos de velar porque no aparezcan implicados en ningún momento estos Servicios Secretos. El conflicto diplomático que se generaría podría ser muy embarazoso para el Gobierno de Su Majestad.

A primera hora del día siguiente, Byron Mudford recibió en su despacho una llamada telefónica de Sir Hugh Sinclair.

—Byron, lo he hablado ayer a última hora con Eden y me ha dado el visto bueno, si bien ha dejado muy claro que todo el operativo tiene que ser extraoficial, ni la Embajada ni el MI6 pueden verse implicados ni siquiera remotamente, por eso se ha decidido no utilizar a los agentes que tenemos destacados en la Embajada, por si alguno estuviera controlado por los servicios secretos españoles.

Tu agente debe saber desde el primer momento que actuará en solitario y que no va a contar con apoyo oficial de ningún tipo. No quiero nada por escrito, ni llamadas a un teléfono que puede estar intervenido, ni una transmisión telegráfica, nada. Se desplazará a Barcelona nuestro hombre en Madrid, Benjamin Troy, para hablar con él en algún sitio discreto y no volverá a establecerse entre ambos ningún tipo de contacto. Quiero enterarme del resultado, que espero satisfactorio, por las noticias que aparezcan en la prensa española. Confío en que estés seguro de que tu antiguo alumno será merecedor de la confianza que estamos poniendo en sus manos.

—Por la relación que he venido manteniendo con él desde que pisó esta escuela por primera vez puedo asegurarte que no nos fallará. Ha demostrado ser un hombre de recursos y estoy convencido de que, una vez que asuma que tiene que acabar con la vida de un hombre porque ese hombre se ha convertido en un peligro para su patria, sabrá cumplir con su deber, por duro que le resulte.

—Que así sea.

Gonzalo Morales había perdido la pista de Tony y su preocupación rayaba en la histeria, temeroso de tener que presentarse de vuelta ante el Gobernador de Granada con las manos vacías. No se explicaba dónde podría haberse escondido el que hasta hacía poco se ocultaba en el piso franco de la embajada inglesa. A ello se unía que no dominaba los entresijos de la gran ciudad, por lo que decidió confiar en la mayor experiencia urbana de su

amigo Javier Mingo, que desplegó a algunos de sus colaboradores entre los confidentes habituales de la Comisaría.

Nada, como si al perseguido se lo hubiera tragado la tierra. Los confidentes de los diversos barrios de Madrid, estaciones de tren o de autobuses, taxistas, partidos políticos, clubes deportivos, de la zona de prostíbulos, de hoteles y pensiones no habían visto al sujeto que aparecía en la fotografía que se les mostraba.

A finales de septiembre, Gonzalo Morales y Javier Mingo quedaron a tomar el aperitivo en *Casa Labra*, una antigua taberna de la calle Tetuán, donde el policía madrileño gustaba de tomar a menudo unas croquetas y unas tapas de bacalao. La vieja tasca presumía de que Pablo Iglesias había fundado allí el Partido Socialista Obrero Español, aunque no todo el mundo se lo creía a pie juntillas.

—Gonzalo, tengo una noticia que puede traernos algo de luz sobre el paradero de tu escurridizo amigo —se preció Mingo—. Verás, el partido comunista ha empezado a hacer correr la especie de que en la última reunión de su Internacional del 18 de este mes se ha adoptado el acuerdo de facilitar el reclutamiento de voluntarios de todos los países, que constituirían lo que llaman “Brigadas Internacionales”.

Esos extranjeros se agruparían en sus brigadas por nacionalidades, lo que resulta bastante lógico, por aquello del idioma. Sé de buena tinta que el Gobierno español va a dar ya mismo el visto bueno a esta ayuda que le cae del cielo y ha designado a Albacete como sede para la concentración y el adiestramiento de los voluntarios. No resultaría descabellado que tu amigo se integrara en una de estas brigadas. Sería una forma de escapar de tu persecución que seguro conoce, pues no me cabe duda de que está siendo informado y protegido por el servicio secreto británico, de otra forma ya tendríamos noticias tuyas. Yo de ti, ya que no le encontramos en Madrid, me acercaría a Albacete a indagar, no pierdes nada.

Hace cosa de un mes te hablé de la posibilidad de que tu prófugo se hubiera alistado en algún batallón republicano como intérprete, para atender a los voluntarios ingleses y americanos que operan por Cataluña y Aragón, pero no me hiciste caso y te has resistido a comprobarlo. Te empeñaste en seguir buscándolo en Madrid y sigues sin obtener resultados. Este tío se ha marchado, me lo da la nariz. Búscalo al menos en Albacete, está cerca y si no lo encuentras siempre puedes volver. Tal vez allí te den alguna referencia.

Morales acabó comprendiendo que su amigo tenía razón. Necesitaba cambiar de ambiente, preguntar en otras fuentes de información. Había derrochado un mes en Madrid preguntando en todos los servicios de intendencia, de admisión de extranjeros, de auxiliares intérpretes, en servicios de administración militar, distribución de armamento, cualquier destino apartado del frente, pero no había conseguido nada.

Javier Mingo le falsificó un requerimiento judicial para capturar al tal Anthony Martin y regresar con él a Madrid con el objeto de ponerlo a disposición de la justicia. Esa misma noche Morales abordó el expreso Madrid —Albacete y a la mañana siguiente estaba en la capital manchega.

Se dirigió al gobierno civil, donde preguntó por los cuarteles de concentración de los voluntarios británicos, tenía necesidad de encontrar a determinado individuo —dijo— perseguido por la justicia de su país y que la española se veía obligada a deportar.

Los comisarios políticos que dirigían la distribución de los espontáneos extranjeros en batallones no resultaron muy cooperadores, les importaba un comino que alguno de sus hombres estuviera buscado por la justicia, y menos si se trataba de algún juzgado extranjero el que lo reclamase. Aquello era como la legión extranjera, a nadie le importaba el pasado del que se alistaba. No obstante, tras mucho insistir, Morales consiguió que le permitieran acceder por las tardes a las listas de los voluntarios que cada día se iban incorporando a filas. Previendo que Anthony Martin pudiera haber cambiado de nombre, se interesó también por los intérpretes que se habían ido alistando, que eran escasísimos. Así pasó casi todo el mes de octubre y Tony no aparecía.

A finales de ese mes, el responsable principal del reclutamiento decidió echarle una mano diciéndole que si no se había incorporado ya el prófugo a la XV Brigada, más conocida por *Batallón Abraham Lincoln* y en la que se integraban los ingleses, rusos y norteamericanos que iban llegando, cabía la posibilidad de que se hubiera alistado en la *Centuria Tom Mann*, en Barcelona, que estaba formada por ingleses e irlandeses, algunos de los cuales evitaban integrarse en las Brigadas Internacionales por la declarada ideología comunista de éstas, con lo que decidió probar fortuna en la Ciudad Condal.

Benjamin Troy se citó con Tony en un sencillo restaurante de pescado del barrio de la Barceloneta, en la *Ciutat Vella*. Allí, en una arrinconada mesa del oscuro comedor, lejos de miradas indiscretas y ante un sustancioso y marinero *suquet de peix*, le describió ampliamente lo ocurrido en la sucursal del Lloyds Bank de Coventry, de lo que su interlocutor no había tenido conocimiento hasta ese momento por la escasa información que dedicaba la prensa catalana a las noticias del extranjero.

Le relató la conmoción que había supuesto el evento para el país y la obligación confiada a los servicios secretos del MI6 de encontrar una “solución definitiva” para que no se repitiera en el futuro tan lamentable suceso. Le participó la misión que se le encomendaba, única en la que estaban de acuerdo los diversos responsables de la seguridad del Reino Unido y que contaba con el beneplácito encubierto pero firme del Gobierno de Su Graciosa Majestad. Todo estaba pendiente de la decisión que Tony adoptara. Su actual posición en la *Centuria Tom Mann*, contando ya con la confianza de sus jefes, facilitaría grandemente la operación.

De no aceptar el encargo, habría que buscar otro agente de los destinados en España, con el riesgo de que estuviera fichado por la policía, que intentaba controlar con mano férrea la intrusión de potencias extranjeras en el conflicto armado y que disponía de un sistema de información nada desdeñable, por lo que el riesgo de que el Gobierno británico se viera de alguna forma implicado debía de ser necesariamente descartado.

Tony se sentía abrumado por la responsabilidad que Troy intentaba que asumiera. Durante su período de instrucción en *The Half* se les había dicho en varias ocasiones a los alumnos que el compromiso con su patria podría no limitarse a remitir información sobre la situación de su país de destino, pero de la teoría a la práctica mediaba un mundo. Por asociación de ideas no pudo evitar que le viniera a la mente su estancia en casa de April. Nunca conseguiría olvidarla del todo, aunque las circunstancias hubieran impuesto la separación. La profunda herida la había conseguido cerrar Inés, con su dulzura sin límites, su encanto omnipresente y el amor que fluía generoso por cada uno de los poros de su piel. Había experimentado la dicha de ser amado por dos maravillosas mujeres, mientras que algunos hombres no conocían el amor de una sola a lo largo de toda su vida.

Pero, regresando de sus evocaciones, pensó que matar a alguien a sangre fría no era equiparable a ningún otro servicio que pudiera prestar a su país. Cuando se lucha en el frente y se dispara al enemigo se está defendiendo la propia posición y se lucha contra alguien indeterminado cuyo rostro estrictamente no ves, en el que no piensas como en una persona, sino como un objetivo, es muy distinto.

Ahora se preguntaba si podría sobrellevar en adelante la carga de haber decidido el destino de un semejante, privándole de lo más preciado de que disponía: la propia vida. Solo podría aceptar esa responsabilidad pensando en que, por muy idolatrado que fuera Durruti entre los suyos, para su país no era más que un asesino capaz de ordenar las mayores atrocidades sin reparar en sus víctimas, como ya había demostrado y podría volver a hacer.

La financiación de su proyecto anarquista asaltando bancos siempre sería rechazable, pero ese rechazo se convertía en intolerable cuando acarreaba sin titubeos la posibilidad de verter sangre inocente con la mayor frialdad. Aquella barbarie no podía quedar impune y alcanzó Tony a comprender que sus superiores tenían razón. Nadie condenaría a Durruti a través de un tribunal en España por la actuación de su comando en Coventry

ni por los nuevos golpes que se propusiera ordenar en el futuro.

Si la sagrada labor de la justicia no era ejercida por quien tenía la obligación de imponer unas pautas de orden en la sociedad, de alguna forma se estaba justificando que las víctimas se defendieran del atropello. Era duro pensar así, pero se vivían tiempos difíciles, lejanos de aquellos en que imperaba el funcionamiento normal de las instituciones. En la guerra como en la guerra. Asumiría su participación en la eliminación de esa alimaña y trataría de vivir en adelante con ese peso sobre su conciencia.

—De acuerdo. Puedes decirle a “C” —mantuvo Tony en alusión al Almirante Sinclair —que lo intentaré, puede contar conmigo.

—Me temo que no basta con intentarlo, Tony. Nos jugamos mucho.

—Haré todo lo que esté en mi mano, no lo dudes. Me imagino que tendré que incorporarme a la mayor brevedad a la *Columna Durruti* en el frente de Aragón si quiero encontrar la oportunidad de coincidir con Durruti.

—Efectivamente. Como ya te habrás enterado, esta *Centuria Tom Mann* a la que perteneces se disuelve a finales de este mes de octubre para trasladarse a Albacete e integrar a sus miembros en el *Batallón Thaelmann*, uno más de los que componen las Brigadas Internacionales. Te va a favorecer el hecho de que algunos de sus componentes no están dispuestos a luchar en una sección dirigida por comunistas, con lo que se irán repartiendo entre otras unidades de combate. Tú puedes solicitar el traslado a la *Columna Durruti* alegando una mayor afinidad con el ideario anarquista, nadie lo va a cuestionar.

El 29 de octubre, precisamente el día en que Tony, ahora con la identidad de Charles Edwards, cumplía veintiocho años, subía a un camión e iniciaba el camino del frente. Como en Aragón ya comenzaba a hacer frío, se le proporcionó una áspera manta con la que guarecerse del viento que se colaba inclemente por la lona que cubría la caja del vehículo. Los voluntarios eran llevados hasta Bujaraloz, en la provincia de Zaragoza, lugar de asentamiento del cuartel general de los combatientes anarquistas.

A Charly y otros compañeros ingleses los integraron en el denominado *Grupo Internacional*, compuesto por voluntarios de diversas nacionalidades. Constituyeron por ello un grupo heterogéneo y muy distinto de los que se formaron como unidades guerrilleras, que se hacían calificar con nombres a veces estrambóticos, como *La banda negra* o *Los hijos de la noche*. No estaban ausentes en la misma línea del frente el romanticismo y la fantasía

que impregnaban gran parte de la ideología anarquista.

De los casi cuatrocientos hombres que componían el *Grupo Internacional*, buena parte de ellos lo eran de habla inglesa, por lo que volvieron a solicitar a *Charly* que ejerciera las funciones de intérprete que ya había desempeñado en Barcelona.

—¿Tu eres el inglés que habla español? —le requirió un miliciano que parecía estar al frente de alguno de los grupos y que luego resultó ser el sargento José Manzana, de la confianza más absoluta de Durruti, a cuyas órdenes se había puesto desde el comienzo del conflicto en Barcelona, saliendo a tiro limpio del cuartel de Atarazanas en donde se encontraba destinado.

—Sí, aunque nací en el Reino Unido vivo en España desde que era un zagal. Mi padre es español y mi madre era de Gales —relató *Charly*.

—Pues ven conmigo, que vas a conocer a Durruti.

Manzana llevó al nuevo miliciano inglés a presencia del líder, en lo que había sido hasta entonces el Ayuntamiento de Bujaraloz y ahora servía de oficinas del ejército anarquista. El desorden de papeles y armas era absoluto. Por la puerta del antiguo despacho del alcalde merodeaban multitud de milicianos y algunas milicianas, bastante chocantes con los monos de trabajo que les servían de uniformes. Estas milicianas procuraban que no se las confundiera con las prostitutas que acompañaban a la *Columna* y a cuyos servicios se accedía con los vales que premiaban alguna acción especialmente arriesgada, aunque se decía que Durruti estaba harto de ellas y que en cualquier momento las embarcaba de vuelta a Barcelona porque causaban entre sus tropas más bajas que las balas de los fascistas.

—Así que tú eres el intérprete —se le encaró Buenaventura Durruti cuando Tony se le acercó.

—¡A sus órdenes! —saludó Tony.

—Déjate de ceremonias, éste no es un ejército fascista. Pronto aprenderás que aquí las decisiones se adoptan democráticamente, por acuerdo de la mayoría. Si no tenemos Dios, imagínate si vamos a tener amos. Solo nos faltaba, coño.

—Como mande...

—Quiero que me sirvas de intérprete en tu *Grupo Internacional*, como me dicen que ya lo has venido haciendo en tu antigua *Centuria* inglesa, aunque eso no va a impedirte participar en la lucha, no temas. Así que

procura estar siempre cerca de mí para que yo pueda transmitir órdenes que entiendan los de tu Grupo. No tengo la suerte de hablar vuestro idioma, el poco tiempo que he pasado en Inglaterra no me ha servido para aprender el inglés. Y dime, Edwards, ¿eres buen tirador? me dicen que no lo haces del todo mal.

—La verdad es que me defiendo bastante bien —no desmintió Tony a las fuentes del líder, cualesquiera que éstas fueran.

—Pues toma, de entre todo este barullo de armas que hay ahí, escoge la que más te guste.

Después de examinarlas detenidamente, Tony escogió una carabina Destroyer fabricada en Eibar, una maravilla en su género que usaba munición del 9 largo y disponía de mira de combate y alza ajustable de verdadera precisión, para tiros nada menos que hasta de 700 metros.

—Me gustaría quedarme ésta, si no hay inconveniente.

—¡Menudo ojo tiene el cabrón! ¿Eh, Manzana? Vale, chico, tuya es, espero que te traiga suerte...

Las escaramuzas con las tropas del ejército rebelde atrincherado en la capital de la región se desenvolvían en un área no demasiado cercana a la ciudad. La *Columna* de milicianos anarquistas no conseguía progresar a menos de veinte kilómetros de los barrios periféricos de Zaragoza y hoy se combatía en Bujaraloz y al día siguiente en Candasnos, en Valfarta, en Osera o en Pina de Ebro.

CAPITULO 27°. Reales Atarazanas. 1936.

Gonzalo Morales decidió pasar por Madrid antes de dirigirse a Barcelona. Su compañero Javier Mingo le informó de que seguían fracasando las indagaciones para encontrar a Antonio Martín en la capital y que ya era altamente improbable que el fugitivo se encontrara en la villa. Sus hombres habían vigilado estrechamente los pisos francos de la embajada inglesa y no había sido visto entrando ni saliendo de ninguno de ellos, por lo que el policía granadino decidió partir hacia Cataluña en busca de mejor suerte.

Su llegada a la Estación de Francia de Barcelona se producía en un gris e inclemente miércoles 4 de noviembre. La lluvia y el viento habían golpeado incesantemente los cristales de su departamento desde que el tren abandonó los aledaños de Mora la Nueva. Buscó un hotel barato en las cercanías de Las Ramblas y, en cuanto se acomodó, decidió acercarse por las oficinas de la Generalitat de Catalunya, pues el primitivo Comité Central de Milicias Antifascistas, que centralizó la lucha contra la rebelión militar en un primer momento, había sido disuelto en el que ya parecía muy lejano mes de agosto.

Al preguntar por los locales de reclutamiento de voluntarios extranjeros le remitieron a las todavía denominadas Reales Atarazanas, antiguos arsenales para la construcción y reparación de embarcaciones y que habían perdido hacía bastante tiempo su función original. Al contrario que en Albacete, allí le atendieron bastante bien y, al preguntar por un intérprete de inglés que era español le pusieron en manos de Xavier Puigdevall, un estudiante de ingeniería que ejercía de cabo primera y que se conocía todos los entresijos de los reclutamientos habidos desde que empezó el conflicto en la Ciudad Condal el 18 de julio.

—Sólo tenemos dos intérpretes de inglés, los dos bastante buenos, *Déu n'hi do!* —evaluó el militar.

—¿Me podría describir cómo son los dos, por favor? —pidió con cortesía Morales al tiempo que se preguntaba qué caramba querría decir aquella extraña expresión en catalán.

—Mejor que eso. Solemos hacerles una foto al alistarse, por si en el futuro hay que identificarlos para trasladar alguna noticia a sus familiares, como la muerte en combate, por ejemplo. Aquí tiene usted las dos fichas con sus retratos —le ofreció con amabilidad el universitario.

Gonzalo Morales no podía creer en su suerte. Por fin, después de tantos esfuerzos, de tanto viaje desde Granada, de tanta ayuda prestada por su compañero Mingo y de todos sus colaboradores y confidentes, de tantos desvelos e interrogatorios, allí estaba Anthony Martin, un apuesto mozo de característica y vigorosa quijada que avisaba de su contenida corpulencia.

—Sí, éste es —se alegró de poder confirmar el policía.

—Ah, Charles Edwards, buen chico. Alto, de cabello oscuro e inusualmente educado para lo que suele venir por aquí, Dice su ficha que nació en Gales, Reino Unido, y que dispone de las dos nacionalidades, la británica y la española.

—¿Se sabe su actual destino? —Morales no se dio por sorprendido del cambio de nombre de su perseguido, era comprensible si trataba de escapar a su persecución, que seguramente conocía.

—Naturalmente. Primero se alistó en la denominada *Centuria Tom Mann*, toda formada por ingleses y algún irlandés despistado, pero al disolverse ésta, la mayoría se trasladó a Albacete, para incorporarse a las Brigadas Internacionales. Sin embargo, él prefirió largarse a Aragón para luchar junto a Durruti en su *Columna*. Al parecer, le iba bastante la cosa del anarquismo, o al menos eso fue lo que dijo.

—Muchas gracias, camarada Puigdevall, reconozco que es admirable cómo lleva estos registros. Con personal tan preparado como usted ganaremos pronto esta guerra —aduló el inspector al cabo oficinista—. ¿Y toda esta labor de archivo la lleva usted solo día tras día?

—No, esto es necesario, pero muy aburrido. Solo vengo de lunes a miércoles. De jueves a sábado se encarga el sargento Enric Porcar, un tío fenómeno, él me lo enseñó todo. Esos días yo vuelvo al cuartel, a labores de intendencia. Los suministros no pueden faltar en el frente y alguien tiene que

ocuparse de ello.

Pues muchas gracias por todo, camarada, y que le vaya muy bien.
¡Salud!

—¡Salud, compañero!

Morales había conseguido una información preciosa: si pretendía seguir el rastro de Anthony Martin, ahora Charles Edwards, no tendría más remedio que alistarse para ir al frente y su destino no podía ser otro que la *Columna Durruti*. Además había conseguido saber que al día siguiente ya no estaría al frente de la oficina de reclutamiento el cabo Puigdevall, con lo que nadie le reconocería como la persona que había requerido información sobre un miliciano el día anterior.

No podía seguir representando el papel de policía comisionado por un juzgado para detener a un individuo pendiente de repatriación. Nadie le auxiliaría en Cataluña en ese cometido ni permitiría distraer del frente a un miliciano voluntario en la lucha contra el fascismo. Su labor ahora consistiría en conseguir su reclutamiento en el mismo destino que su perseguido. A sus treinta y seis años todavía sería bien visto para ir al frente. Si bien los alistamientos habían sido abundantes al comienzo de las hostilidades, ahora disminuía continuamente el número de voluntarios entre los jóvenes catalanes.

Al día siguiente adquirió en una oscura tienducha del mercadillo de *Els Encants* un mono azul algo desvaído por los muchos lavados aunque en bastante buen estado, con el que se vistió y se dirigió a las oficinas de las Atarazanas que visitara el día anterior. Tal y como lo había previsto, el sargento Porcar le admitía a filas y, habiéndose ofrecido espontáneamente, se le permitía elegir el frente de Aragón y la compañía de Durruti en la que debía integrarse a la mayor brevedad, que fue dos días después, el 7 de noviembre.

Previendo que los servicios secretos ingleses hubieran notificado su nombre a Martin, utilizó para su inscripción en las listas de combatientes el que constaba en el falso carnet de identidad que le había facilitado Javier Mingo en su última visita a Madrid: Blas Gimeno.

Desde su llegada a Bujaraloz con otros once voluntarios en un viejo camión Chevrolet provisto de traqueteante caja de madera se esforzó por convertirse en un miliciano más, integrándose en aquella lucha de trincheras y en las incomodidades del frente. En ningún momento se le pasó por la

cabeza protestar por dormir sobre la rasposa manta que le facilitaron, ni por el rancho que le daban cada día, al que solo el hambre que le atenazaba convertía en tolerable. Trató de acostumbrarse a los piojos, a las insalubres y pestilentes letrinas, a la humedad reinante que le calaba hasta el último rincón de cada hueso, a los sabañones que empezaban a invadirle manos y pies y a las guardias nocturnas con el frío del otoño aragonés, que tan bien conocía de los años de su primer destino, vigilando el frente por si a algún oficial rebelde se le ocurría atacar aprovechando una noche sin luna.

Esa era otra, debía disparar como todos sus compañeros, pero tratando secretamente de no herir a los teóricos enemigos, con los que en realidad tenía más afinidades que con los combatientes del Frente Popular entre los que se encontraba y cuyos principios y valores distaban tanto de los que, desde pequeño, se le habían inculcado, pues para él la libertad, la fraternidad entre los hombres, el colectivismo o la igualdad no deberían anteponerse nunca al orden y a la autoridad, a la disciplina y al cumplimiento del deber, por duro que éste fuese. Ése había sido siempre su credo, que ahora debía disimular.

La mayoría de los milicianos eran más jóvenes que él, pero también los había más viejos. La heterogeneidad era la reina de aquel batallón, no solo por la disparidad de edades sino también por los diferentes orígenes, que mezclaban en un mismo pelotón a campesinos con universitarios, menestrales con intelectuales, aunque no eran muchos los militares de carrera. Casi todos éstos se habían pasado a las filas de los sublevados. El nuevo Blas Gimeno indagó por todas partes el paradero del nuevo Charly Edwards entre los más de seis mil milicianos que componían la *Columna Durruti*. Alguien le dijo que, aunque los voluntarios del Grupo Internacional se mezclaban a menudo con el resto de los milicianos, en realidad constituían un grupo separado y bastante compacto por el problema del idioma.

Pocos de ellos eran los que hacían progresos con el español, pese a los esfuerzos de sus compañeros de filas. Lo que sí supo en seguida fue que el tal Edwards se encontraba siempre en las proximidades de Durruti, con el fin de auxiliarle en la transmisión de órdenes a los voluntarios ingleses, y que el sargento Manzana era el principal asesor militar con que contaba el líder anarquista.

Ello indujo a Morales a buscar la compañía del suboficial para que éste lo reclamara junto a sí. Le ofrecía de vez en cuando tabaco, conversación y

algún chato de vino que otro en la cantina del pueblo, cercana al Ayuntamiento, hasta que consiguieron cierta afinidad, favorecida por una edad similar de ambos.

Se hizo pasar por funcionario de Correos en Granada, que había huido de la zona ocupada por el ejército de África en cuanto vio el cariz que empezaban a tomar las cosas en su ciudad. Manzana acabó llevándose a *Gimeno* a las oficinas de Durruti, con lo que el carrete de fotos que había venido desde tan lejos a buscar ya parecía más cercano.

Transcurrieron varios días en los que fue acostumbrándose a su nuevo destino en la *Columna*. Se le encargaron fundamentalmente trabajos administrativos y de clasificación de órdenes, de material y de distribución de víveres entre los combatientes, aunque participaba como los demás milicianos en las tareas propias del frente. Cuando coincidió por fin con Tony se apresuró a ampararse en el paisanaje común para entablar amistad.

—Me dice Manzana que tú también eres de Granada —festejó Morales la procedencia de ambos—. Vaya suerte encontrar un paisano tan lejos. Me llamo Blas Gimeno y me tienes a tu disposición, chico.

—Gracias, hombre, lo mismo digo, mi nombre es Charly Edwards. Ya te habrán dicho que soy medio inglés.

—Pues sí, no deja de resultar curioso, aunque aquí hay bastantes ingleses jugándose el tipo. Por cierto, como funcionario de Correos que era en Granada, tengo ciertos contactos, por lo que si quieres hacer llegar algún mensaje hasta allí no dejes de decírmelo, que algo se podrá hacer.

—Vaya, qué bueno —celebró Tony—. Ya me gustaría mandar alguna noticia a mi novia, de la que no sé nada desde que me escapé de allí.

—No hay problema. Redacta la carta que ya la haré llegar a destino, aunque tarde un poco más de lo previsto, por estar en zona nacional.

Esa misma noche Tony escribió una extensa carta a Inés tratando de tranquilizarla sobre su situación desde que salió precipitadamente de Granada. No le quiso relatar los pormenores de su paso por Madrid, Barcelona y el frente aragonés, porque no podía saber qué otros ojos la llegarían a leer, pero no era poco que ella supiera que seguía vivo y en buen estado de salud. Le pidió que tratara de comunicarse con su padre, consciente de que la Puebla de Don Fadrique seguía en zona republicana y no le sería demasiado fácil.

Morales remitió la carta al día siguiente a Madrid a través del correo que

atendía a los hombres de la *Columna*, dirigiéndola a Javier Mingo, que ya se buscaría las mañas para hacerla llegar a Granada. Ciertamente, los límites del frente que rodeaba a la ciudad de la Alhambra no eran tan impermeables como desearían sus ocupantes los militares sublevados. El policía acompañaba la carta de Tony con otra en la que indicaba a Mingo que era necesario obtener una respuesta pronta de la destinataria con el fin de ganarse la confianza de Antonio Martín.

La noche del 12 de noviembre resultó despejada de nubes y especialmente fría por el cierzo inclemente que, barriendo las cumbres nevadas del Moncayo, susurraba las historias de brujas y leyendas de gigantes a que tan aficionados eran los habitantes de los pueblos del páramo. La segunda guardia le fue encomendada a Tony por el sargento Manzana y Morales aprovechó la ocasión para congraciarse con el muchacho, haciéndole compañía en la soledad de la vigilia.

—¿Un cigarro, Edwards? —convidó el policía sacando la petaca de tabaco, un cordobán profusa aunque burdamente repujado y brillante de tanto manosearlo, así como el papel de liar, de la acreditada marca “Bambú”.

—No, gracias, no tengo costumbre —rechazó Tony.

—Tienes razón, esto no es sano, pero acompaña —admitió el supuesto empleado de Correos, al tiempo que escupía una hebra y encendía un fósforo para prender su retorcido cigarrillo.

—No deberías... —empezó a decir Tony cuando, de repente, escuchó en la distancia el sonido inconfundible de una ametralladora que era amartillada. El cierzo traía claro y firme el ruido metálico que preparaba el arma para ser disparada desde la trinchera enemiga. Sus reflejos fueron instantáneos, se lanzó como un rayo sobre *Gimeno* y lo derribó sobre el duro suelo al tiempo que sonaba el insistente y porfiado tableteo de la ametralladora. Una ráfaga de balas que parecía que no iba a terminar nunca pasó por encima de ambos cuerpos, que se fueron deslizando como asustadas lagartijas hasta dejarse caer en la salvadora trinchera.

—¡Dios, que poco ha faltado! —se turbó Morales avergonzado por su imprudencia.

—¡Ten cuidado, Gimeno, cuando enciendes un cigarro en esta oscuridad se puede ver casi a un kilómetro! Nos podía haber costado la vida a los dos,

ha faltado el canto de un duro.

—No sé cómo darte las gracias, Edwards, me has salvado la vida...

—Espera y verás lo que tarda en venir Manzana, buena nos espera. La hemos cagado y bien cagado.

Efectivamente, pocos instantes después llegaba el sargento hecho un basilisco y al que algún miliciano ya había informado de que el encendido de un cigarro había sido la causa del tiroteo.

—¿Pero es que estáis, locos, rediós? ¿Cuántas veces tengo que deciros lo de encender el puto cigarro durante la guardia? ¡Es que no puedo descuidarme ni un momento con vosotros, partida de aficionados, que parece que venís a la guerra como el que va de excursión, hostias!

—Disculpe, mi sargento, la culpa ha sido mía por no advertir al nuevo del tema. No volverá a pasar —trató de proteger Tony al miliciano novato que era el policía.

—Gimeno, pase por ser la primera vez, pero que no se vuelva a repetir o te vas a pasar esta jodida guerra limpiando letrinas hasta que les salga el brillo del charol, ¿te enteras?

—Descuida, Manzana. Como dice Edwards, no volverá a pasar.

Más corrido que la mulada de un arriero, Morales se reintegró a su petate en un cuarto del viejo Ayuntamiento que compartía para dormir con media docena de milicianos, arrullado con sus ronquidos y flatulencias. No solo había estado a punto de morir esa noche, sino que le había salvado la vida aquel a quien le habían ordenado que matara si era preciso con tal de recuperar las fotos del fusilamiento de García Lorca. ¿Cómo se comía eso? ¿Con qué fuerza moral se cargaba ahora al que era su objetivo desde que se le encomendó en Granada la recuperación de las pruebas que demostraban la estupidez cometida por los políticos y militares rebeldes?

Él no era un canalla, tenía sus principios —husmeó en su interior—. Si su carrera le había obligado a ser implacable en algunas ocasiones, no era menos cierto que había intentado siempre vivir con honestidad y no perjudicar gratuitamente a nadie. Por eso sabía que ahora le iba a resultar muy duro, llegado el caso, arrebatarse el supremo bien de la vida a quien había salvado la suya. Y sin embargo no podía fracasar en su misión, tenía que conseguir aquel maldito carrete de fotos que ya empezaba a odiar con todas sus fuerzas.

Pero el destino todavía guardaba una trastada que jugar a perseguidor y

perseguido. Durruti recibió la orden de trasladarse a Madrid de inmediato pues la ofensiva de los fascistas estaba ya a las puertas de la capital y a la fuerza anarquista se le iba a encomendar, junto con las Brigadas Internacionales, la defensa de todo un sector de la ciudad.

El líder anarquista se resistió al traslado, alegando que la conquista de Zaragoza gozaba de absoluta preferencia después de haberle dedicado tantos esfuerzos que habían resultado hasta el momento infructuosos y que, cuando por fin consideraba que existía una posibilidad real de doblegar a los sitiados, se le ordenaba abandonar la lucha, con el desprestigio que ello entrañaría para la milicia libertaria.

No se atendieron sus razones. La orden de defender Madrid gozaba de toda prelación. Si caía la capital se podía dar por perdida la guerra. Costó doblegar al cabecilla anarquista, poco obligado a obedecer lo que no consideraba justo y menos aún dispuesto a abandonar una batalla que consideraba prácticamente ganada. Pero al final tuvo que deponer su rebeldía y acatar la orden que se le daba.

En un último intento de seguir gobernando los destinos de su *Columna* pretendió desplazarse a Madrid con todos sus efectivos, abandonando el frente aragonés, pero solo se le permitió seleccionar a mil ochocientos milicianos y emprender la marcha a toda prisa para tratar de contener la ofensiva nacionalista en la zona de la Ciudad Universitaria madrileña.

Entre los milicianos seleccionados figuraban Charles Edwards y Blas Gimeno que, como parte del personal más cercano a Manzana y a Durruti, viajaron juntos en el mismo camión. Gran cantidad de milicianas decidieron incorporarse a la fuerza expedicionaria; habían participado en la campaña contra los militares amotinados en la capital aragonesa y no soportaban la idea de que a ellas se les marginara en la gloriosa defensa de la más emblemática ciudad de la nación.

—¿A que vendrán estas prisas por llegar a Madrid, cuando la campaña lleva ya tanto tiempo atascada frente a Zaragoza? —reflexionó Morales en voz lo suficientemente alta para que José Manzana le diera su opinión en un aparte del que participaba también Tony—.

—Parece que no hay más remedio que concentrar allí a las mejores tropas de la República, entre las que podéis estar orgullosos de encontraros, porque si cae la capital, la guerra se habrá perdido. La marcha de los fascistas sobre Madrid no se ha visto interrumpida desde agosto más que para tomar

las ciudades de Badajoz y Toledo.

Varela, el general que dirige la ofensiva, ha tenido que forzar, primero desde el Sur y luego desde el valle del Tajo, la marcha de sus moros y legionarios porque hemos conseguido detener en Guadarrama a las columnas que Mola traía desde Pamplona, Burgos y Valladolid. Hemos dejado atascados en la Sierra a esos mamones, con lo que el frente del Norte lo conservamos cubierto y por ahí no pasa ni una rata.

Pero los batallones de Varela los tenemos desde hace días en la Casa de Campo dispuestos a iniciar el asalto de la Ciudad Universitaria. Me ha dicho Durruti que el Gobierno de la República se largó a Valencia hace ocho días, los muy cabrones, y el Presidente de la República, Azaña, se marchó a Barcelona con el rabo entre las piernas nada menos que el 19 del mes pasado, si es que le queda algo de rabo a ese capón, que esa es otra. Aquí el que no corre vuela, y nosotros a jugarnos el pellejo para defender Madrid.

—Ya lo dijo Spengler —esclareció Morales —"A última hora siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado a la civilización" y ahora resulta que ese pelotón salvador somos nosotros, la *Columna Durruti*. Menuda responsabilidad, camaradas, hay que joderse. Claro que esto también lo dice en la prensa el fundador de la Falange, en el otro bando, con lo que nunca se sabe qué pelotón es el que salva a quién.

—¿Y por qué nos mandan a la Ciudad Universitaria? —apostilló Tony.

—No os lo vais a creer, ha sido un increíble golpe de suerte. La defensa de Madrid que planificó el general Miaja estaba basada en la creencia de que los fascistas atacarían por el Sur pero, al parecer, en un tanque italiano destruido por nuestra artillería se han encontrado nada menos que las órdenes de ataque de Varela, que preveían el cruce del Manzanares desde la Casa de Campo y la entrada por el Oeste, con lo que le ha dado tiempo al jefe de su estado mayor, el general Rojo, a desplazar la mayor parte de las defensas hacia ese punto.

—¿Pero vamos a ser los únicos para contener el ataque?

—No seas simple, Gimeno, nosotros seríamos demasiado pocos para contener el ataque. Estará ahí también el Ejército Popular de la República, reforzado por la XI Brigada Internacional y la llamada *Columna Catalana*, en la que nos han metido de rondón a nosotros, asociándonos a la *Columna Libertad*.

De todas maneras, lo de Madrid está jodido de verdad. Los aviones

fascistas están bombardeando a la población desde finales de agosto, casi sin parar, y no hay refugios antiaéreos como no sean las estaciones del Metro, que no están al alcance de todos, claro. La prensa no sale de su asombro al ser la primera vez que se bombardea desde el aire un objetivo no militar como son las calles y los edificios civiles. Al parecer carecemos de medios artilleros para repeler esos ataques, con lo que la desmoralización que reina no es pequeña.

“Mala suerte —razonó Tony para sus adentros mientras el camión avanzaba por la maltrecha y parcheada carretera—. No me ha dado tiempo de cumplir con la misión que me encargó Londres. No ha habido forma de encontrar el momento oportuno para liberar al mundo de este asesino de Durruti, que puede seguir organizando golpes como el de Coventry cada vez que le dé la gana, aunque sea a distancia. Confiaban en mí y por ahora les he fallado. Además, me habría venido bien hacerlo en Bujaraloz y salir corriendo hacia Francia a través de los pasos que ofrece el Pirineo aragonés, con mis fotos del fusilamiento camino de Dover. Ahora tendré que buscar la ocasión de hacerlo en Madrid.

Espero que las prácticas de francotirador que hice en *The Half* me serán útiles, sobre todo las que hicimos en aquellas instalaciones que el ejército poseía en granjas camufladas; se me dio bastante bien y la Destroyer que me han asignado es un arma realmente apropiada, yo diría que perfecta. Lo difícil va a ser huir del lugar de los hechos cuando acabe todo y luego abandonar Madrid para emprender el camino de Londres antes de que me encomienden una nueva misión, en fin, ya veremos. Lo que es con la ayuda de Benjamin Troy y la embajada ya sé que no puedo contar”.

La llegada de la tropa anarquista a Madrid se produjo a primera hora de la mañana, después de viajar la noche entera. Todo eran prisas por ocupar posiciones frente a los nacionales que, atravesando la Casa de Campo, pretendían entrar a la villa a través de los edificios en construcción de las facultades y escuelas universitarias.

Efectivamente, poco después de la llegada de los columnistas, el domingo 15 de noviembre se produce la primera oleada de ataque de las tropas de Varela. Concretamente, la Columna número 3, al mando del teniente coronel Asensio, abandona la Casa de Campo con ánimo de cruzar el Manzanares apoyada por dieciocho tanques que, por fortuna para los defensores republicanos, quedaron encallados en el arenoso lecho del río, lo

que no impidió a los atacantes desplegar una ofensiva considerable que motivó la bochornosa desbandada de los anarquistas recién llegados de Aragón.

Solo la intervención de los generales Miaja y Rojo reprochándoles su vergonzoso comportamiento consigue que los de Durruti vuelvan a la contienda, en la que se ven apoyados por los brigadistas internacionales, que defienden valientemente desde hace días algunos de los edificios universitarios. La lucha es encarnizada porque los atacantes, especialmente los moros del Tabor III de Regulares de Tetuán, no cesan en su empuje, produciéndose ese día y el siguiente multitud de bajas por ambos bandos.

El martes 17 la aviación rebelde, al mando del general Alfredo Kindelán, bajo cuya disciplina se encuentran también los aviones alemanes de la Legión Cóndor y los Savoias italianos, ataca la ciudad en oleadas de una docena de bombarderos tras otra y arroja sobre el centro de la capital cerca de dos millares de bombas, lo que causa una grave desmoralización entre habitantes y defensores, impotentes para rechazar la ofensiva con solo los cazas Polikarpov que acaban de llegar de la Unión Soviética.

Ante la enorme cifra de bajas que ya han registrado sus tropas, Manzana recomienda a Durruti replegarse a un edificio donde se puedan concentrar los efectivos que todavía se encuentran en buen estado, aunque ya con síntomas de claro agotamiento.

—¡Todos al Clínico! —ordena a gritos el líder a sus milicianos, en alusión al hospital universitario, ubicado en el conocido como Cerro del Pimiento y muy maltrecho por el ataque de las fuerzas de Varela—. ¡Replegaos y concentraos en el hospital! ¡A ver si ahí conseguimos borrar la vergüenza de la desbandada de anteayer, malditos hijos de puta! ¿No habéis oído al pueblo, al que debéis defender con vuestras vidas, gritando que “No pasarán”? ¡Si los dejáis pasar les pido a los *internacionales* que os fusilen a todos, atajo de cobardes!

Tanto los brigadistas como los libertarios han sido diezmados en las luchas cuerpo a cuerpo desarrolladas durante dos inacabables jornadas en las diversas facultades y escuelas. El repliegue hasta el edificio del Hospital Clínico hace que se prosiga con la lucha piso por piso, sala por sala. Los contendientes se juegan con coraje la vida en cada escalera, en cada sótano, con armas blancas y de fuego, con bombas de mano arrojadas a través de puertas y ventanas, tratando de desalojar al enemigo de cada posición

acabada de conquistar a base de arrestos, sudor y sangre.

Sin embargo, el desánimo vuelve a hacer presa entre los milicianos, poco preparados para enfrentarse de esa forma tan directa a tropas militares de élite y especialmente entrenadas, que no les dan ni un instante de respiro. Incluso algunos de sus mandos empiezan a considerar la posibilidad de desertar, abandonando el caos en que se ve envuelto el hospital. La lucha se prolonga, conquistando y cediendo piso a piso alternativamente cada bando durante dos días más y ya el jueves 19, la mayoría de los libertarios decide abandonar.

Manzana manda un aviso a Durruti, que se encuentra reunido con los mandos, intentando evitar la catástrofe: “Ven de inmediato o los hombres vuelven a desertar. Calculo que solo quedamos unos setecientos, del total que vinimos a Madrid”.

Tony se encuentra dentro del hospital, solo en un cuartucho de la tercera planta que debería haber servido de sala de espera en una situación de normalidad y que ese día se encuentra lleno de escombros caídos del descarnado techo y de cristales rotos por doquier. Desde su posición privilegiada en la ventana, entre dos muebles metálicos con los que ha improvisado una eficaz barricada, hace de francotirador, abatiendo a varios moros en su intento de unirse a los legionarios que ya entraron en el hospital en días anteriores y a primera hora de ese mismo día. Procura herirlos en brazos o piernas, de manera que los inutilice para la lucha pero sin acabar con sus vidas, aunque eso no lo advierte nadie.

Morales recibe de Manzana la orden de proteger al muchacho, cuya tarea considera esencial, defendiendo la entrada a la sala de espera, y el policía se da cuenta en seguida de que puede ser ése el momento que tanto ha estado esperando desde que el 24 de agosto el gobernador de Granada, José Valdés, le llamara a su despacho, así que debe tratar de llegar hasta él como sea, para lo que tendrá que atravesar el segundo piso, en manos de los legionarios de Asensio. Solo va provisto con una pistola Star semiautomática, un arma cómoda y eficaz, igual a la que lleva el sargento permanentemente colgando de su cinturón.

—Tendrás más posibilidades de llegar hasta Edwards si lo intentas tú solo, Gimeno.

—Necesitaría unas cuantas bombas de mano, —le anuncia a Manzana —de lo contrario creo que me va a ser imposible abrirme paso.

—Ahí tienes un cinturón de granadas, me parece que lleva media docena, ¿tendrás bastante?

—Espero que sí.

—¿Y sabrás usarlas, camarada?

—¡Enséñale a tu abuela a freír un huevo!

—Bueno, hombre, no te ofendas...

—Lo que tienes que hacer es desearme suerte, sargento.

—¡Ánimo, chico, verás como llegas hasta tu paisano sin un rasguño!

CAPITULO 28°. Hospital Clínico. 1936.

Es, más o menos porque Morales ha olvidado darle cuerda la noche anterior a su reloj, la una de la tarde de un 19 de noviembre en que el otoño madrileño se manifiesta en todo el apogeo de sus árboles dorados, de caducas hojas rubias, bermejas, casi almagres y carmesíes. Un estallido de armónico cromatismo que siempre apreció Gonzalo con deleite en sus tiempos de estudiante en que acudía a la Escuela de Criminología, en que paseaba con Elisa, “su modistilla”, por parques y bulevares madrileños que ahora se ven mancillados por el horror y la obscena suciedad de una guerra fratricida.

Se encuentra en un portal de la calle de Isaac Peral que, procedente del Sur, bordea al hospital por el Este. Podría hacer una seña rápida a *Edwards* para que sepa que es él y no le dispare al atravesar la calzada, pero decide no hacerlo, debe encontrarlo desprevenido si quiere sorprenderlo y arrebatarse los clichés que seguramente guarda encima, ya que otra cosa no tendría sentido.

Desde que comenzó su persecución, Morales siempre ha pensado que un tesoro como ése no es para dárselo a guardar a nadie. Si el chico está tan

protegido por la embajada británica es probablemente porque trabaja de alguna forma para el servicio secreto inglés. Y no es descartable la posibilidad de que forme parte de la amplia red de espías que operan en España para el Gobierno de Su Graciosa Majestad, poco dado desde el inicio de la contienda a confraternizar demasiado con un gobierno que se las da de democrático pero que se encuentra infiltrado, según su propio embajador, por disciplinados agentes y comisarios políticos a las órdenes de Moscú. De hecho, le han ayudado con éxito a escapar de Madrid en las mismas narices de los experimentados hombres de Mingo y de su caterva de oscuros confidentes.

Se imagina que algo de tanto valor periodístico como la muerte por fusilamiento de García Lorca, en realidad un verdadero asesinato de ningún modo justificable por espurios motivos políticos, es algo demasiado tentador como para confiárselo a un colega, que puede acabar traicionando la confianza depositada para hacerse pasar por el autor de las fotos y adquirir así fama y dinero. Y que le venga luego el verdadero autor a pedir explicaciones, a ver cómo demuestra que son suyas.

Por lo tanto, el chico debería llevar consigo, escondido de alguna forma entre sus ropas, el carrete con las comprometedoras fotos, no cabía pensar en otra alternativa. En el frente se duerme vestido y el mono de trabajo que era el uniforme de la mayoría de los milicianos no se lo quitaba nadie salvo en rarísimas ocasiones, cuando ya era imprescindible darle una buena lavada porque el polvo y la suciedad lo hacían parecer acartonado y el olor a sudor y otros efluvios impregnaba sus fibras, ofendiendo las poco delicadas fosas nasales de los camaradas próximos. Así que no le cabe duda, los clichés viajan con el que fue testigo de la ejecución llevada a cabo por las fuerzas del orden en aquella funesta madrugada del agosto granadino.

Armándose de valor, se coloca en torno a sí el cinturón de granadas que sujeta firme con las dos manos para que no se muevan y, sin pensarlo dos veces, cruza agachado y a la carrera la calle y se introduce en el portal del hospital. Ni un disparo interrumpe su recorrido, les ha pillado por sorpresa. Ningún tirador legionario ha tenido tiempo de apuntarle en tan corto trayecto y tal vez Antonio Martín lo haya reconocido, si es que ha llegado a verle.

La planta baja y el primer piso están en manos de efectivos de la *Columna*, que lo reconocen al instante por haberlo visto alguna vez en las oficinas del Ayuntamiento de Bujaraloz. El problema lo va a tener que

afrontar para atravesar la segunda planta, ocupada por los legionarios de Asensio, si quiere llegar hasta el muchacho. Saluda a los camaradas a medida que asciende por la escalera y le explica al cabo Candela, que vigila metralleta en mano el tramo entre el primer piso y el segundo para que no baje nadie y los pille desprevenidos, que tiene que llegar a la tercera planta. Candela sube delante de él y lanza dos cortas ráfagas de disparos, lo suficiente para que el enemigo se refugie momentáneamente en las destartaladas habitaciones.

Pegado a la espalda del cabo, Morales arroja una granada a cada lado del amplio pasillo, primero a la derecha y luego a la izquierda, mientras ambos se protegen de las dos explosiones y acto seguido, aprovechando la tremenda confusión, sube él solo a todo correr los dos tramos de escalera que le dan acceso a la tercera planta del hospital, último en poder de los compañeros con los que compartía hasta hacía muy poco el frente de Zaragoza. Los pisos superiores están en poder de la infantería nacionalista, que empieza a organizarse con la intención de desalojar a los milicianos de todo el recinto.

Localiza de inmediato la sala de espera ocupada por Martín, desenfunda su semiautomática y se aproxima al muchacho con sigilo. Por encima de los muebles metálicos apoyados en la ventana se domina perfectamente la calle de Isaac Peral en dirección Sur. Al fondo puede observar, al igual que Tony, cómo Durruti, que ha llegado hace poco atendiendo la alarma dada por Manzana, logra detener a un puñado de milicianos que desertan de sus puestos, temerosos de que los legionarios bajen planta por planta expulsándolos del hospital.

El caudillo libertario se encuentra en ese momento junto al coche que le ha traído desde el centro, gritando a sus hombres, que detienen momentáneamente su huida y logra que los mandos que les acompañan depongan avergonzados su actitud y vuelvan hacia el Clínico, si no para entrar, al menos para tomar posiciones de defensa.

“Es el momento —piensa Tony mirando a Durruti — ya te tengo. Será el impacto de una bala perdida, cualquier legionario puede haber efectuado el disparo, nadie me podrá culpar, cambiando continuamente de ventana como buen francotirador yo no tenía que estar aquí necesariamente. Un solo tiro y se acabó mi misión, adiós, asesino”.

Gonzalo Morales no puede dar crédito a lo que ve. Se da cuenta desde el primer momento de la intención de Martín. No tiene sentido, o sí, si

realmente es un agente al servicio de una potencia extranjera que puede haberle encargado la eliminación de Durruti, Dios sabe por qué oscuros motivos. Le ve preparar el arma y apuntar cuidadosamente al pecho del cabecilla.

Se dispone a dar el alto al tirador pero, repentinamente, ambos desde la sala se dan cuenta de que, mientras todos allá abajo miran hacia el hospital, solo un hombre se vuelve hacia Buenaventura Durruti. Es el sargento Manzana que, ante el estupor de Morales y de Tony, apunta a su caudillo con la pistola y le descerraja un tiro que le impacta en el pecho, muy cerca del corazón, huyendo a continuación precipitadamente en dirección a la plaza de la Moncloa, seguramente para ganar corriendo el centro de la ciudad y perderse entre la confusión que domina sus calles.

Tony, que desconoce todavía la presencia a sus espaldas de Morales, levanta su Destroyer aturdido por lo que acaba de presenciar y un segundo después escucha una voz imperativa:

—¡No te muevas y arroja el arma! —es Gimeno quien le grita, y al instante lo ve todo claro. No existe el tal Gimeno, todo ha sido una impostura, éste no es otro que el policía de Granada del que le advirtió el cónsul Brendan Chadwick, Gonzalo Morales y, maldita sea, lo tiene acorralado—.

—¿Eres Morales, verdad? —infirió Tony, al tiempo que trataba de aproximarse a su captor con la intención de atacarlo en un descuido.

—¡Quieto, ni un paso más o disparo! —adivinó el policía sus intenciones—. Date la vuelta y ponte de cara a la ventana, no me obligues a repetirlo.

—No llevo encima lo que buscas, así que estás perdiendo el tiempo —ideó Tony con la intención de ganar tiempo y desorientar a Morales.

—No está bien que me consideres un gilipollas, muchacho, por ese camino vamos mal. Durante los meses que ha durado esta persecución he tenido tiempo sobrado de ir atando cabos y darme cuenta de algunas cosas.

En primer lugar, me chocó bastante la protección que te brindó tu cónsul de Granada, el tal Chadwick. La limpieza que hizo de tu piso de la calle Alhóndiga antes de que salieras corriendo de Granada fue digna de verse. No quedó ni una huella, algo asombroso. Eso solo se hace por un agente en la sombra, nunca por un simple ciudadano británico que no tiene nada que ocultar.

En segundo lugar, tu desaparición en Madrid solo podía explicarse por

la protección que te brindaban los agentes del MI6 que aún quedan en la capital, que no son pocos, según me contó mi amigo el inspector Mingo, de la Comisaría de Centro. Y toda esa infraestructura subsiste en la sombra pese a la vergonzante marcha del embajador, ese pusilánime de Chilton, indigno de representar a un país de semejante importancia.

En tercer lugar, lo que me resultó más asombroso fue que, con semejante bombazo periodístico, no salieras corriendo hacia Inglaterra, a obtener la fama que te habría dado el reportaje fotográfico de la muerte de García Lorca, tal vez el más importante de esta estúpida guerra. Si lo hubieras hecho no me habría dado tiempo de localizarte y mi misión habría fracasado desde el comienzo. Pero después de mucho pensarlo y de conocer tu alistamiento en la *Columna* alcancé a comprender que se te había encargado una determinada misión y que no podías abandonar el país mientras que no la llevaras a cabo.

Lo que nunca pude imaginar era que esa misión consistía en asesinar a Durruti, ¿te importa explicármelo, chico?

—Ahora ya da igual. Me ordenaron que lo eliminara para que dejara de organizar en mi país asaltos a bancos y matar gente con el fin de financiar a su FAI y a su CNT. No podía quedar impune el agravio que causó en Coventry el pasado septiembre, atracando una sucursal del Lloyds Bank que ocasionó un montón de víctimas entre fuerzas del orden y civiles inocentes. Es un canalla sin escrúpulos y sus correligionarios en Inglaterra están siempre dispuestos a hacer todo lo que este cabecilla les ordene.

—Pues ya ves, a todos los efectos la misión está cumplida, aunque increíblemente se te haya anticipado Manzana. No lo puedo entender y no lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos. ¿Se te ocurre alguna explicación?

—Lo único que alcanzo a pensar es que se trataba de un agente comunista al que se le había encargado la misma misión que a mí. Ayer le vi discutiendo con un comisario político soviético de la Brigada Internacional del general Kléber, un tal Alexey Lébedev, un mal bicho que, según algunos brigadistas que luchaban ayer junto a nosotros, ha ejecutado personalmente y sin el menor miramiento a más de un desertor.

Discutían acaloradamente, como si Lébedev le metiera prisa para algo, ahora te puedes imaginar para lo que era. Comunistas y anarquistas siempre se han llevado mal y a Kléber le estorbaba Durruti, con su excesivo

protagonismo y bravuconería, queriendo llevar siempre la voz cantante en las reuniones de estrategia que mantenían con Rojo en el Estado Mayor. Lo tenía atragantado, al decir de los mismos internacionales.

Mientras mantenían esta conversación pudieron apreciar cómo algunos milicianos cargaban al herido en su coche y salían a toda prisa camino del Hotel Ritz, en donde se había instalado un hospital de sangre para los combatientes catalanes, aunque los dos eran conscientes de que iba a ser muy difícil que sobreviviera a semejante disparo. En ese momento no podían saber que a Durruti solo le quedaban unas horas de vida.

—Bueno, nosotros a lo nuestro —cortó Morales de raíz la quiebra de su argumentación—. De todo esto lo que sí he sacado en claro es que no te has desprendido en ningún momento del carrete de fotos. No tiene sentido que lo dejaras en Madrid, adonde no sabías si volverías, y la mejor manera de custodiarlo es llevarlo siempre encima. Así que puedes elegir: o renuncias a él y me lo entregas de buen grado para que pueda regresar de inmediato a Granada o, no quisiera tener que hacerlo, te pego un tiro y te lo busco entre las ropas.

Después de haberme salvado la vida en Bujaraloz me sabría mal arrebatarte la tuya, pero no me pongas en esa tesitura porque no me dejas salida. Sin las fotos no puedo regresar.

Tony comprendió que había perdido, estaba acorralado. Tanto esfuerzo para nada. Había acabado resultando en vano todo lo que había corrido desde aquella madrugada en que, tirado de bruces en el suelo, tragando polvo, sudor y lágrimas, se había sobrepuesto a la barbarie del momento para inmortalizar y revelar al mundo con todo detalle cómo había sido la ignominiosa e inmerecida muerte de uno de los más preclaros hijos de las letras españolas.

Lástima, el mundo tardaría tiempo en conocer los detalles de aquella pérdida irreparable y, si al final los militares amotinados y sus secuaces civiles acababan derrotando al gobierno de la nación, la versión que se ofrecería del suceso sería la que ellos se inventaran. Pero ya que no estaba en su mano corregir aquello, trataría de salvar al menos lo que pudiera.

—Morales —claudicó Tony —porque, aunque no me lo has confirmado todavía, tú eres Morales, ¿me equivoco?

—Estás bien informado, soy Gonzalo Morales, inspector de policía, aunque no para servirte, lamento decirlo.

—De acuerdo, Morales, no va a ser necesario que me pegues un tiro, no

tendría sentido porque como muy bien has supuesto, los clichés siempre han viajado conmigo y no te ibas a dejar engañar. Supongo que cualquier argumento que pretenda utilizar para convencerte de que destruir esta prueba histórica sería una barbaridad resultará totalmente inútil.

—Tú lo has dicho, chico. Mi deber es llevar esa prueba a la autoridad civil de Granada y no tengo alternativa. La situación por la que pasa el país es excepcional y como tal hay que tratar la eliminación de algunas personas, con independencia de que nos parezcan inocentes o no. Lamento mi cinismo, pero yo no me encuentro en situación de juzgar el hecho. Me han encomendado una misión y debo cumplirla. ¿O tú te has planteado en algún momento si era éticamente reprochable o no asesinar a Durruti? Te encargaron que lo hicieras y tratabas de cumplir con lo que se te ordenaba, normal.

—No tan normal ¿Cómo me puedes poner a la misma altura la muerte de García Lorca, que no había roto un plato en su vida, con la del cabecilla anarquista más sanguinario que se ha conocido en este país?

—Eso será para ti. Para otros, García Lorca podía ser un peligro por su ideología, con la que se pueden romper muchos platos, y Durruti un héroe defensor de los humildes. Tú juzgas según tu criterio, que se ha visto influenciado por toda una serie de experiencias vitales y otros juzgan por unas ideas radicalmente distintas, a su vez fruto de la educación o la formación que han recibido. No pretenderás estar en posesión de la verdad absoluta, Martín.

—Supongo que esto es una discusión bizantina y no te veo dispuesto a dar tu brazo a torcer.

—Ni lo sueñes. La disyuntiva es muy simple: me das el carrete por las buenas o por las malas. En una situación como la que estamos experimentando en este maldito hospital, nadie me va a atribuir tu muerte porque, entre otras cosas, nadie salvo tú sabe para qué estoy aquí.

—En ese caso, permíteme al menos negociar.

—Siempre que no sea para escamotear las fotos, puedes proponer lo que se te antoje. Otra cosa será que pueda tomar tu oferta en consideración. Esta pistola me está dando la razón y el poder desde que he entrado en esta sala. Y date prisa en decir lo que tengas que decir porque esto se está poniendo pero que muy feo.

—No te preocupes, voy a ser muy breve. Inevitablemente, doy por perdidas las instantáneas del fusilamiento, con todo el dolor de mi corazón

como podrás comprender, pero las doy por perdidas. No estoy dispuesto a entregar mi vida por ellas, pero te propongo que, a cambio de ellas y de la vida que me debes, cosa que no te voy a permitir olvidar, me devuelvas mi vida en Granada.

—Umm..., tal vez se podría intentar, pero no puedo garantizártelo. José Valdés, el gobernador civil, no es ningún angelito y me imagino que querrá perderte de vista para redondear la recuperación de las pruebas.

—Yo he dejado en Granada toda una vida y solo a cambio de estas fotos. Si me obligas a perder el motivo de mi marcha, te exijo recobrar lo que dejé atrás: la mujer con la que tenía todos mis proyectos, la relación con mi padre y con el periódico y el trabajo que me daba de comer.

—Lo de tu padre, que está en zona roja, no está en mi mano ni en la de nadie que esté dentro del bando nacional. Lo demás habría que negociarlo con Valdés, que hoy por hoy es el que manda.

—Te propongo lo siguiente: te entrego las fotos y nos vamos de aquí a ver a tu amigo, ese tal Mingo, y a mis colegas en el MI6. Sería fácil reunirnos en la Comisaría de Centro, en tu campo, para que no temas ninguna jugarreta. Nosotros podríamos ponernos fácilmente en contacto con el cónsul en Granada, Chadwick, que se acercaría a negociar con Valdés el regreso a Granada de un súbdito británico como soy yo, con todas las garantías correspondientes y después de haber colaborado entregando lo que se le reclama.

Si aceptas esta propuesta, ahora mismo te entrego los clichés. Tendrías mi palabra de honor de que no intentaría nada contra ti. Si desde un principio te niegas a echarme esa mano, mi vida sin las fotos y sin regresar a Granada no tendría mucho sentido, por lo que me obligarías a tratar de escapar atacándote y, más que posiblemente, muriendo en el empeño. Pero en este caso tendrías que arrostrar en adelante la responsabilidad de mi muerte. Habrías matado a quien te salvó la vida arriesgando la suya y, créeme, para una persona honesta como creo que eres tú va a resultar bastante duro.

Tony, lentamente para no alarmar a su oponente, se levantó la pernera izquierda del mono de trabajo que había sido su uniforme desde que se alistó en la columna libertaria. En el dobladillo de esa pata del pantalón apareció el bulto inconfundible que marcaba el carrete de fotos. Poco a poco fue rompiendo el hilván que lo cerraba y mostró el cilindro a Morales, que se debatía en la duda de si podría ayudar al chico consiguiéndole lo que le pedía.

Parecía bastante justo. Estaba obligándolo a efectuar una renuncia importante. A saber qué sacrificio costaría a un fotógrafo en cierto modo profesional como él renunciar, más que al dinero seguro que le darían por la exclusiva, a tanta fama como podría conseguir, una fama mundial, ahí es nada.

—De acuerdo —consintió Gonzalo Morales —tal vez me arrepienta más adelante de la decisión que voy a tomar, pero creo que tu petición es bastante justa y no me gustaría llegar a viejo con la mala conciencia de haberte matado, sería difícil vivir con eso.

Te doy yo también mi palabra de que voy a pelear porque recuperes lo que abandonaste en Granada a cambio de esas jodidas fotos que nunca debiste hacer y que tanto preocupan a quien hoy por hoy decide los destinos de la ciudad. Sin acercarte, arrójame el carrete.

Tony acató la orden y le lanzó el pequeño objeto, que Morales recibió con la mano izquierda sin soltar la pistola que empuñaba con la derecha.

—Ahora nos vamos a largar de aquí —pactó introduciendo el carrete en su bolsillo—. Me voy yo primero con el mismo procedimiento que utilicé a la venida, a bombazo limpio. Dame unos segundos de ventaja, recuerda que pese a todas las promesas que nos hemos hecho y todas las palabras de honor que nos hemos dado, sigo teniendo todavía la pistola en la mano y mi profesión me ha obligado a ser desconfiado por naturaleza.

Al bajar el primer tramo de escalera encontrarás dos granadas que te habré dejado. Haz lo mismo que yo, les quitas el percutor y arrojas una a cada lado del pasillo, echando a correr en cuanto pase el efecto de las explosiones.

Tras la caída de Durruti, que a estas alturas conocerá ya hasta el último miliciano, la desbandada habrá empezado a ser general, lo que nos va a permitir salir corriendo camino del centro. Ten cuidado no te vayan a alcanzar los tiradores de Asensio en la huida, corre en zigzag y refúgiate de portal en portal. Te aconsejo que no cargues con la carabina, que te estorbaría para correr. Yo voy directamente a ver a mi amigo Mingo y te espero en su comisaría, adonde acudirás esta tarde acompañado de algún colega tuyo del MI6. Mingo dice que conoce al responsable del servicio, un tal Troy. Pídele que te eche una mano. Allí veremos entre todos cómo organizamos tu regreso a Granada. Suerte.

Diciendo esto, el policía abandonó la sala rápidamente. Al poco, Tony escuchó las dos explosiones que le marcaban el momento en que también él

debía iniciar la escapatoria de aquel maltrecho hospital.

—Señor Robles, un tipo que dice ser el Cónsul inglés en Granada desea ver urgentemente al señor Gobernador —extendió el guardia civil la tarjeta de Brendan Chadwick al secretario de Valdés—. ¿Le digo que espere o que vuelva otro día?

—Espere un momento, Templado, voy a preguntarle al señor Gobernador.

Instantes después salía el secretario indicando al guardia que el señor cónsul sería recibido de inmediato por usía.

—Buenos días, señor gobernador, —solemnizó el saludo Chadwick — permítame presentarle mis respetos y los de su Graciosa Majestad el Rey Eduardo VIII de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Emperador de la India. No habíamos tenido todavía la oportunidad de coincidir...

—Corte el rollo, Chadwick, no estoy para zarandajas ni para los protocolos a que tan aficionados son ustedes los ingleses. Dígame a qué ha venido que tengo mucho trabajo, cíñase al asunto.

—Como desee, señor Valdés, aprecio su llaneza en lo que vale. El caso es que acabo de recibir por radio desde Madrid la noticia de que ya puede usted dar por recuperadas las pruebas de determinada ejecución que tuvo lugar durante el pasado mes de agosto en la Sierra de la Alfaguara, en las inmediaciones del pueblo de Alfacar, concretamente en el paraje de Fuente Grande. ¿Le suena el asunto? —hizo acopio de su mejor ironía el legatario, que no se sintió en ningún momento intimidado por los bruscos modales del dirigente.

—Interesante. Prosiga —indicó el gobernador mientras cerraba personalmente la puerta de su despacho y empezaba a pensar que aquel interlocutor iba a ser un hueso más duro de roer de lo que había calculado en un principio .

—Me ha pedido que vaya al grano y es lo que voy a hacer. Comisionó usted desde un primer momento a un competente inspector de su policía con el mandato de recuperar las comprometedoras fotos y le dio carta blanca en el asunto. Si para conseguir su propósito tenía que... digamos *neutralizar* al poseedor de las pruebas, contaría con todas sus bendiciones.

Pero las cosas se planean de una forma y la realidad se encarga de que

salgan de otra. Ese “recuperador” que usted envió las ha pasado canutas, como ustedes dicen, para cumplir su misión y, entre otras muchas peripecias, ahora resulta que su perseguido le salvó la vida en el frente de Aragón, casi a las puertas de Zaragoza, *c’est la vie, mon cher Monsieur...* Digamos que son los imponderables, lo que no hay forma de prever.

Naturalmente, el perseguido, que ya ha hecho entrega de las referidas pruebas renunciando a su publicación como era su más ardiente deseo, le ha puesto en la tesitura de intentar recuperar, al menos, su antigua situación en Granada o de que le arrebatara su máspreciado bien, la mera existencia. Ha tenido usted la mala suerte de que tanto el perseguidor como el perseguido son dos auténticos caballeros, no sé si usted sabe lo que es eso...

—¡Chadwick, no me toque usted las pelotas o lo mando ahora mismo a la puta calle escoltado por dos civiles! Su nacionalidad no le da derecho a insultarme.

—Nada más lejos de mi intención, señor Valdés, le pido disculpas si no he sabido expresarme adecuadamente; defectos de mi pésimo español ¿sabe usted? —se mofó veladamente Brendan—. El caso es que me tiene usted aquí para interceder por el súbdito inglés, insisto en el *pequeño detalle* de su nacionalidad, y que lo único que pide es volver a su ciudad sin que nadie le moleste y podamos de una vez olvidar todo este enojoso asunto.

—No sé si a este glorioso Movimiento Nacional le puede interesar que ande suelto por ahí, aunque sea sin las fotos, un testigo de aquel, digamos, suceso luctuoso.

—No he terminado, señor gobernador. Permítame concluir mi exposición. Por una parte, no es imprescindible el testimonio de mi amigo para que, tarde o temprano, se conozca primero la desaparición y luego la muerte del poeta, eso está claro. Una personalidad de esa categoría no desaparece de la noche a la mañana sin que surjan aquí y allá voces preguntando por él. Otra cosa es que nadie pueda atribuirles a ustedes, sin pruebas contundentes, la pérdida del importante escritor, al menos durante bastante tiempo.

Por otra parte, y no menos importante, tengo que decirle que los clichés delatores los puede usted dar por recuperados en cuestión de horas, pero las primeras y únicas copias de fotos que se obtuvieron de ellos obran en mi poder. Tal vez al registrar concienzudamente el piso de mi paisano en la calle Alhóndiga no se dieron cuenta sus investigadores de que una pequeña pieza

carente de ventana había sido utilizada como cuarto oscuro de fotógrafo. Es una pena.

—No tengo por qué creer lo que acaba de decirme. Puede ser perfectamente una argucia para favorecer a su defendido.

—No puede correr el riesgo y usted lo sabe. Le interesa creerme. Naturalmente, no valen lo mismo las fotos sin los clichés que las respaldarían, pero son fotos al fin y al cabo y soportarían fácilmente las pruebas de autenticidad a que pudieran ser sometidas. Pero no se precipite, yo vengo aquí a negociar, no vengo a amenazar a nadie.

—¿Qué es lo que pretende a cambio de esas fotos?

—Nada, esas fotos no están en venta, no estoy aquí para entregarlas a cambio de dinero ni de nada tangible. De hecho, no están en Granada, sino en Inglaterra, a buen recaudo, en manos de personas de mi total confianza. Mi oferta es sencilla: usted hace la vista gorda sobre el regreso de mi compatriota a Granada y yo me comprometo formalmente en el sentido de que esas fotos jamás sean publicadas.

—Necesito pensarlo. No me gusta ir dejando cabos sueltos por ahí y no es fácil dar el visto bueno a la ligera a una demanda como la suya. Vuelva usted dentro de unos días, de manera que me dé tiempo a hablar con el inspector Morales, que para entonces habrá regresado de Madrid, y pueda tomar una decisión sin precipitaciones.

—Como guste, señor gobernador. Confío en que adopte la solución más conveniente para las dos partes —abandonó el despacho Chadwick con la mayor dignidad que pudo después de haber echado semejante órdago a la más despótica autoridad de la ciudad.

La llegada de Tony a Granada se produjo casi al mismo tiempo que la de Morales, aunque por distinta vía. El inspector utilizó los cómodos servicios de un coche patrulla camuflado que escamoteó su amigo Mingo del Parque Móvil, aprovechando la sin par confusión que reinaba en Madrid y consiguiéndole como conductor a un guardia que sabía de buena tinta pertenecía secretamente a lo que ya se había dado en llamar “la quinta columna”, la organización clandestina que venía de alguna forma a completar en la sombra las cuatro columnas del amotinado General Varela y que contaba con recursos más que sobrados para introducir a su pasajero en la Granada nacional.

Tony volvió a utilizar el tren para su regreso hasta Moreda, donde le

esperaba de nuevo el mallorquín Bennasar, a quien el cónsul había vuelto a proveer con falsos salvoconductos para evitarles problemas en los posibles encuentros con milicianos y nacionalistas. Sin embargo, para más seguridad, el motorista se adentró desde un primer momento por polvorientos caminos de herradura en la Sierra de Huétor que tan bien conocía y, de madrugada, cruzaron las líneas nacionales a pie y con el motor de su vehículo convenientemente apagado.

El uno de diciembre, Brendan Chadwick volvió a pedir audiencia al gobernador José Valdés. No las tenía todas consigo porque durante la semana anterior no había recibido noticia alguna de la primera autoridad de la ciudad.

—He pensado mucho en su propuesta, Chadwick. Mi colega el gobernador militar, Félix San Mateo, ha abogado por usted, dice que es una persona honrada y un hombre de palabra. En su opinión, si usted dice que guardará el secreto de las fotos, es que lo guardará, lo cual me tranquiliza bastante.

De todas formas, y aunque me duela reconocerlo, me tiene usted cogido y, después de mucho pensarlo, creo que voy a concederle lo que me pide. Dígale a su compatriota que puede regresar a la ciudad, que nadie atentará contra su integridad, siempre que sea discreto y no se vuelva a hablar más de este enojoso asunto.

—Mr. Anthony Martin ya se encuentra en la ciudad, aunque en paradero que no es conocido prácticamente por nadie hasta este momento.

—Muy seguro se encontraba usted de obtener mi beneplácito, Chadwick.

—Pues sí, señor, lo que es razonable es razonable. Por otra parte hay otras novedades en cuanto a la persona de mi compatriota. Mi estancia en España se ha prolongado tal vez demasiado y creo que ha llegado la hora de pensar en mi retiro y en el regreso a la madre patria, donde tengo una bonita casa y unas pequeñas propiedades que me bastarán para sentirme medianamente ocupado.

Adelantándome a su visto bueno sobre el regreso de mi paisano, y dada la calidad del trabajo que ha venido desarrollando dentro de la más absoluta discreción para el servicio de su Majestad británica, he obtenido del Foreign Office el nombramiento para Mr. Martin de lo que hasta hoy ha sido mi puesto en esta ciudad. Me permito presentarle en este momento las cartas credenciales de Mr. Anthony Martin, el nuevo cónsul británico en la ciudad

de su digno mando —extendió ceremonioso la mano Mr. Brendan con los documentos que refrendaban sus palabras.

El gobernador Valdés se quedó de piedra y, cuando se recuperó de la sorpresa, estuvo a punto de estallar de ira. No obstante, él era un político y debía adaptarse a cualquier situación, jamás le convendría causar algún tipo de desencuentro con el representante consular de una nación como el Reino Unido. Ni Queipo de Llano ni los demás dirigentes del Glorioso Movimiento Nacional le perdonarían que les causara un problema de ese tipo.

—Con razón me dice Félix San Mateo que es usted un peligroso estratega en el juego del bridge. Me tengo que rendir ante la más que demostrada astucia y sutileza de la diplomacia inglesa. Ha conseguido convertir a su protegido en persona amparada por la inmunidad diplomática. Enhorabuena, Chadwick, creo que le había infravalorado injustamente.

—Y mi agradecimiento por su venia lo verá reflejado en el hecho de que jamás volverá a oírse hablar de esas indiscretas fotografías, se lo garantizo, señor gobernador. Aprovecho la ocasión para despedirme oficialmente de usted. Dudo que volvamos a vernos, pero puedo certificarle que contará en todo momento con la colaboración del nuevo cónsul. Buenos días.

“Será cabrón el tío, nadie me ha hecho nunca la cama con tanta elegancia, hay que joderse —recapacitó Valdés—. ¡Si encima voy a tener que estarle agradecido!”

—¡Robles, guarde usted esta mierda de cartas credenciales en algún sitio, no quiero volver a verlas en mi vida, coño! —bramó a su estupefacto secretario.

—Bien, muchacho, ya ha terminado todo —glosó Brendan Chadwick ante un Tony agradecido—. Lamento la pérdida de tus fotos, pero la situación del país es la que es y los militares alzados contra el Gobierno no podían permitir que esas pruebas de su aberración anduvieran sueltas por ahí, eran demasiado comprometedoras. Hemos tenido suerte en que se haya creído Valdés que existían también unas fotos y que se encontraban bien custodiadas lejos de aquí. Ha sido todo un éxito. *I'm very glad indeed.*

Confío en que durante estos días de obligado encierro en Nívar te habrás recuperado de tanto ajeteo como has padecido en los últimos tiempos. No hay nada como un buen baño y una buena comida junto a la mujer que se

ama. Bien... supongo que hay otras cosas, *my friend*, pero no hacen al caso.

He preguntado en Londres si se te permite compatibilizar tu labor en el Consulado con tu antiguo trabajo en Pujante Spices, según me encargaste, y me han contestado afirmativamente. Como podrás suponer, el oficio de cónsul en Granada no es especialmente agotador y tú, que no eres un viejo solterón como yo, podrás llevar a buen término los dos cometidos al mismo tiempo. Por lo que respecta a tu antigua labor en el *Ideal de Granada*, yo lo dejaría estar en estos momentos tan delicados...

En el Consulado te va a ayudar una secretaria que será la que se encargue de casi todo el papeleo. Luego te presentaré a Miss Doreen Titheridge, una compatriota bastante mayor pero con muchas ganas de trabajar que residía en Atarfe hasta hace poco con su difunto marido y que prefiere completar su magra pensión con lo que se le va a pagar por echar una mano en estas oficinas.

—¿Se retira Miss Clint? —se interesó Tony por quien siempre le había tratado tan bien en sus visitas a aquella legación.

—Lo vamos a saber ahora mismo —sentenció enigmático su valedor—. ¿Miss Clint, puede venir un momento, por favor?

—Usted dirá, Mr. Chadwick.

—Deseo hablar con usted y me he buscado como testigo a Mr. Martin, al que conocemos desde hace diez años. Supongo que recuerda cuando nos visitó por primera vez con su padre al cumplir 18 años.

—¿Cómo olvidarlo? Era un alto y guapo muchacho medio inglés, medio español. Ha sabido hacerse apreciar en esta casa desde entonces, señor.

—Exacto. Pues bien, ahora que, como bien sabe, va a sustituirme al frente de este consulado quiero yo preguntarle a usted en su presencia si estaría dispuesta a acompañar a este viejo luchador en su regreso a su *cottage* de Haddington, encantador pueblecito de East Lothian, Escocia, para compartir su vida con este solterón recalcitrante y que siente de una vez por todas la cabeza, haciéndola su esposa en la parroquia de St Mary's, regida desde hace treinta años por mi amigo el reverendo Hodgson.

—¡Oh, Brendan...! —se echó a llorar copiosamente Claudine Clint, al tiempo que sacaba un anticuado pañuelo de la manga de su blusa.

—Supongo que eso quiere decir que sí, querida —se dirigió Chadwick a Tony guiñándole un cómplice y pícaro ojo, mientras el otro a duras penas contenía su satisfacción.

INDICE

Capítulo 1º: Toque de queda. 1936.....	
página 1	
Capítulo 2º: Una puñalada trapera. 1900.....	
página 11	
Capítulo 3º: El reclutamiento. 1931.....	
página 22	
Capítulo 4º: Me van a matar en agosto. 1936.....	
página 35	
Capítulo 5º: Carpe diem. 1931.....	
página 48	
Capítulo 6º: Noblesse oblige. 1931.....	
página 65	
Capítulo 7º: Tiempos de tribulación. 1908.....	
página 81	
Capítulo 8º: Ubi bene, ibi patria. 1931.....	
página 94	
Capítulo 9º: “Las Cuatro Herraduras”. 1931.....	
página 106	
Capítulo 10º: Blanco, verde y púrpura. 1908 —1909.....	
página 122	
Capítulo 11º: Cuatro sargentos gurkhas 1931.....	
página 134	
Capítulo 12º: Leche caliente con miel. 1931.....	
página 144	

Capítulo 13º: Auld Lang Syne. 1931.....	
página 155	
Capítulo 14º: “El Gran Descontento Obrero”. 1909 —1911.....	
página 164	
Capítulo 15º: Saber para vencer. 1932.....	
página 180	
Capítulo 16º: Escuela de mayordomos. 1932.....	
página 190	
Capítulo 17º: It's a long way to Tipperary. 1932.....	
página 198	
Capítulo 18º: Marqueses de Luca de Tena. 1932	
página 209	
Capítulo 19º: Una fiesta en ABC. 1932	
página 222	
Capítulo 20º: Un tal Pagán. 1932 —1935	
página 232	
Capítulo 21º: Una liebre en el camino 1935 —1936	
página 243	
Capítulo 22º: Junkers y Savoias. 1936	
página 252	
Capítulo 23º: Un chien andalou. 1936	
página 260	
Capítulo 24º: ¡Salud, camaradas! 1936	
página 268	
Capítulo 25º: Charly Edwards. 1936	
página 282	
Capítulo 26º: Suquet de peix. 1936	
página 295	
Capítulo 27º: Reales Atarazanas. 1936	
página 306	
Capítulo 28º: Hospital Clínico. 1936	
página 316	

Principales personajes

F: ficticio

R: real

AAREN	SIR REGINALD	Grado 33 de la masonería en la logia Royal Athelstan, de Londres. F
ABAJO	MAY	Compañero del protagonista en el <i>Id de Granada</i> . F
ABERFFRAW	OWAIN	<i>Maitre d'hotel</i> en el Restaurante Cardiff Bay. F
AIDEN	NILS	Vicario anglicano en Cwmtillery. F
AJENJO MORENO	MARIANO	Sargento de la Guardia de Asalto, partícipe en el fusilamiento de García Lorca. R
ARCOLLAS CABEZAS	JOAQUÍN	Líder sindicalista anarquista detenido junto a García Lorca. R
ASQUITH	HERBERT HENRY	Primer Ministro británico (1852-192 R
ALEXANDER	VIRGIL	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Suiza. F
AMSDEN	NOEL	Inspector de policía en Coventry. F
BAKENROTH	EHUD	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de la URSS. F
BARKER	JAYSON	Capataz y sindicalista en la mina Ely de la New Naval Colliery Co. Ltd. en Penygraig en 1909. F
BARNACLE	ARTHUR H.	Alcalde de Coventry en 1936. R
BARO LEYVA	SALVADOR	Guardia del Cuerpo de Vigilancia y

		Seguridad, participe en el fusilamiento de García Lorca. R
BATEMAN	MICHAEL	Médico. Profesor en <i>The Half</i> . F
BENAVIDES	ANTONIO	Falangista. Participe en el fusilamiento de García Lorca. R
BERESFORD	LARRY	Sobrino político de Colin Mudford, Director de <i>The Half</i> de Londres. F
BLACKWOOD	BASTIAN	Propietario de la Escuela de Mayordomos de Burtenshaw Manor.
BLUNT	SEBASTIAN	Sargento. Profesor en <i>The Half</i> . F
BOLÍN BIDWELL	LUIS	Corresponsal de ABC en Londres en 1935. Interviene en la contratación de un avión que trasladaría a Franco de Canarias a Marruecos. R
BONET	“JOSEMA”	Redactor Jefe en <i>El Defensor de Granada</i> . F
BONILLA	“GORDO”	Compañero del protagonista en <i>El Defensor de Granada</i> . F
BORSDORF	JUTTA	Compañera del protagonista en el servicio, procedente de Alemania. F
BOTELLA	ARMILO	Cazador furtivo de la Sierra de Huétor. F
BOTWRIGHT	CHRISTOPHER	Sastre en Burtenshaw Butler School.
BRADLEY	APRIL	Casera del protagonista en Londres. Nacida el 02.02.1904. F
BRADLEY	KENNETH	Difunto sargento, marido de la casera del protagonista en Londres. 11.08.1889 —16.09.1929. F
BRADLEY	VERA	Hija de la casera del protagonista en Londres. F
BRISCOE	AUSTIN	Mayordomo de Juan Ignacio Luca de Tena. F
BRUNET Y SERRANO	CATALINA	Esposa de Juan Ignacio Luca de Tena. R

BUXTON	SYDNEY	Ministro de Comercio británico de 1910 a 1914. R
BYLES	GAVIN	Sargento. Profesor de Falsificación de documentos y Cartografía en <i>The Ho</i> F
CARRO	SATURNINO	Minero español amigo de Olegario e la mina de Cwmtillery. F
CEFERINO		Empleado de Olegario en su talabartería. F
CERVANTES	PASCUAL	Distribuidor de RJ Reynolds Tobacc Company en Marruecos. F
CHADWICK	BRENDAN	Cónsul inglés en Granada, escocés, tacaño, soltero, fumador de habanos, jugador de bridge. F
CHAMPNESS	CILLIAN	Director de la mina Ely de la New Naval Colliery Co. Ltd. en Penygraig 1909. F
CHEKE	SIR MARCUS JOHN	Agregado Honorífico de la Embajada inglesa en Lisboa. R
CHURCHILL	WINSTON LEONARD	Primer Ministro británico (1874-196 R
CIERVA Y CODORNÍU	JUAN	Ingeniero. Interviene en la contratación del avión que trasladaría a Franco de Canarias a Marruecos. R
CLARK	TOD	Compañero de Olegario en la <i>Welsh Mineworkers Trade Union</i> de Cardiff F
CLINT	CLAUDINE	Secretaria y única oficinista del Consulado Inglés en Granada. F
COLINO	PEPE	Conductor del camión de Harinas Sa Antonio, de Medina de Rioseco. F
COHEN	NAT	Comandante de la Centuria Tom Mann. R
CONSTANCE	PHILPOTT	Comadrona en Abertillery. F

COOK	CIRIL	Juez. Profesor en <i>The Half</i> . F
CORREA CARRASCO	FERNANDO	Miembro del Cuerpo de Vigilancia y Seguridad. Partícipe en el fusilamiento de García Lorca. R
COWAN	FRANK	Profesor de Análisis de la situación política en <i>The Half</i> . F
DAWSON	ADRIAN	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Italia. F
DE VERE BEAUCLERK	CHARLES FREDERICK	Decimotercer Duque de St. Albans. I
DENTON	WILLIAM	Alcalde de Liverpool en 1936.R
ENCARNI		Cocinera en el domicilio de Juan Ignacio Luca de Tena. F
EDWARDS	CHARLES	Nombre falso de Tony Martin en la Guerra Civil española. F
ESPIGARES	JOAQUIN	Panadero en Nívar. R
FEILDING	RUDOLF	Noveno Conde de Denbigh y octavo Desmond. R
FENOY	VÍCTOR	Redactor jefe de <i>El Ideal de Granada</i> . F
FERMINA		Sirvienta en el domicilio de Juan Ignacio Luca de Tena. F
FINCH	GILBERT	MI6. Jefe de Área de Doctrinas y Movimientos Subversivos. F
FLORA	“Señora”	Dueña de la Pensión Guadix, de Granada. F
FRANCO BAHAMONDE	FRANCISCO	General dirigente de la rebelión contra la II República española que desembocó en la Guerra Civil de 1936-1939. Fue Jefe del Estado Español hasta su muerte en 1975.R
FREITAS	JOSE VICENTE DE	Alcalde de Lisboa en 1931. R
GALADÍ	FRANCISCO	Líder sindicalista anarquista detenido

MELGAR		junto a García Lorca. R
GALINDO GONZÁLEZ	DIÓSCORO	Maestro de Pulianas y Santiponce, fusilado con García Lorca. R
GETHIN	GILBERT	Presidente de Glenavon Garw Collie Co en 1906. F
GIL ROBLES	JOSÉ MARÍA	Cofundador de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) en 1933. R
GILES	GT	Suboficial telegrafista en el HMS Hood. R
GIMENO	BLAS	Nombre falso del policía Gonzalo Morales en la Guerra Civil española.
GLYNDWUR	ANGHARAD	Dueña del restaurante galés Four Horseshoes, en Londres. F
GOIZUETA	MANUEL	Compañero del protagonista en <i>El Defensor de Granada</i> . F
GORNALL	KEITH	Guardiamarina en el HMS Hood. F
GRAHAME	GEORGE DIXON	Embajador británico en Madrid en 1931. R
GRAY	JIM	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Marruecos. F
GRIFFIN	RONALD	Contra maestre en el <i>HMS Hood</i> . F
GURNEY	EVAN "SMART"	Guardiamarina en el HMS Hood. F
HAIG	GLENN	MI6. Catedrático de Filosofía Política y Social. F
HASSAN BIN EL MEHDI	MULEY	Jalifa de Marruecos en 1931. R
HAYWOOD	ELISSA	Esposa de Raymond, tío de Tony. Oriunda de Cardiff. Trabaja en el sindicato de estibadores del puerto de Cardiff. F
HEATHER	MATT	Capataz de la mina de Cwmtillery. F

HENDERSON	A. R.	Capitán secretario personal del Contraalmirante Tomkinson. R
HERNANDEZ MARÍN	ANTONIO	Cabo de la Guardia de Asalto, partíc en el fusilamiento de García Lorca. F
HIORNS	LEONARD	Cónsul inglés en Tánger. F
HOOD	JAMES	Presidente de Glamorgan Coal Company en 1906. R
INFANTE	BLAS	Notario. Político andalucista. Masón en la Gran Logia Regional del Mediodía. R
JIMÉNEZ CASCALES	JUAN	Policía, partícipe en el fusilamiento de García Lorca. R
KALEIGH	ALAN	Sustituto de Olegario en el sindicato la “South Wales Colliery”. F
KELLAWAY	BILL	Compañero de Olegario en la <i>Welsh Mineworkers Trade Union</i> de Cardiff. F
KELL	VERNON	Director General del MI5. R
KELLEY	EMMA	Esposa del vicario protestante de Cwmtillery. F
KYNASTON	COLIN	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Turquía. F
KYNASTON	DOUGLAS	Padre de Colin Kynaston, compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Turquía. F
LEWIS	EBENEZER	Presidente de Lewis Merthyr Consolidated Collieries Limited en 1906. F
LINDSAY	ELLIOTT	Instructor de Armas y Prácticas de tiro en <i>The Half</i> . F
LLOYD GEORGE	DAVID	Canciller del Exchequer de 1908 a 1915. R
LOPEZ FERRER	LUCIANO	Alto Comisario del Protectorado de Marruecos en 1931. R

LUCA DE TENA Y ÁLVAREZ OSSORIO	TORCUATO	I Marqués de Luca de Tena. Periodista y político. R
LUCA DE TENA Y GARCÍA DE TORRES	JUAN IGNACIO	II Marqués de Luca de Tena. Periodista. R
LUCIANO		Segundo criado en el domicilio de Juan Ignacio Luca de Tena. F
MAEZTU	RAMIRO DE	Escritor y político español, colaborador del diario ABC. R
MAGALHAÊS	MARIA CARMEM	Madre de João McConnell, compañera del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Portugal. F
MAGALHAÊS	OTÁVIO	Abuelo de João McConnell, compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Portugal. F
MAGALHAÊS	TOMÉ	Hermano de la madre de João McConnell, compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Portugal. F
MANZANA	JOSÉ	Sargento de artillería, ayudante de Buenaventura Durruti. R
MARCH	JUAN	Empresario, banquero y financiero español. R
MARTIN	ANTHONY	Protagonista. Nacido en Cardiff, Gales el 29.10.1908. F
MARTIN	OLEGARIO	Padre del protagonista, natural de Lugo nacido el 13.04.1878. F
MARTÍNEZ BUESO	MANUEL	Jefe de los servicios motorizados de columna del Capitán Nestares. R
MARTÍNEZ FAJARDO	RAFAEL	Teniente de la Guardia de Asalto, que recibió de Romero Funes la orden de

		conducir a Lorca a la Colonia junto con otros tres presos para su confinamiento y posterior fusilamiento. R
MATAS	ANGEL	Cónsul español en Estambul en 1931 F
MATÍAS		Portero de la casa de los Marqueses de Luca de Tena en Madrid. F
MATTHEWS	CALVIN	Agente del MI6. Asistente de Bryan Tomkins para España y Portugal. F
MAURA Y MONTANER	ANTONIO	Presidente del Consejo de Ministros España en 5 ocasiones entre 1903 y 1922. R
MAURA GAMAZO	GABRIEL	I Duque de Maura. R
MAURA GAMAZO	MIGUEL	Ministro de la Gobernación español en 1931. R
MAVIS	CAMERON	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Grecia. F
McCONNELL	BRENDAN	Padre de João McConnell, compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Portugal. F
McCONNELL	JOÃO	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Portugal. F
McCONNELL	LOURENÇO	Hermano de João McConnell, Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Portugal. F
MELHUSH	CHARLES WILLIAM	Alcalde de Cardiff en 1931. R
MENÉNDEZ LOPEZ	ARTURO	Director General de Seguridad en 1932. R
MENOYO BAÑOS	FRANCISCO	Alcalde de Granada en 1931. R
MINGO CASAS	JAVIER	Inspector de policía en Madrid. F

MOHAMMED MEHEDI ULD BEN ISMAEL	MULEY	Padre del Jalifa de Marruecos en 1936. R
MOHAMMED	V	Sultán de Marruecos en 1931. R
MORALES	GONZALO	Inspector encargado de la búsqueda de Tony. F
MUDFORD	BYRON	Coronel de Artillería. Director de <i>The Half</i> de Londres. F
MÜLLER (SAFIRSZTEIN)	HANS	Ingeniero de Merck amigo de Jutta Borsdorf. F
NESTARES CUÉLLAR	JOSÉ MARÍA	Capitán Jefe del Sector Militar de Víznar en 1936. R
NIBLEY	MELVYN	Sargento. Profesor en <i>The Half</i> . F
NICASIA		Mujer republicana del quiosquero Salva, en el Mercado de la Paz de Madrid. F
NOLAN	HARVEY	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de Francia. F
PAGÁN		Jefe de máquinas en el buque <i>Achille</i> . F
PANCRACIO		Empleado de Olegario en su talabartería. F
PAREDES	ABELARDO	Padre de Inés Paredes, la novia del protagonista en Granada. F
PAREDES	INÉS	Novia de Tony Martin. Farmacéutica de Nívar. Hija de Abelardo Paredes. Nacida el 07.07.1909. F
PATTERSON	JULIAN FRANCIS CHICHESTER	Capitán del <i>HMS Hood</i> . R
PAVEY	DEREK	Cuñado de April Bradley, casera del protagonista en Londres. F
PAVEY	LOUISE	Hermana de April Bradley, la casera del protagonista en Londres. F

PORCAR	ENRIC	Sargento en las Reales Atarazanas de Barcelona. F
PUIGDEVALL	XAVIER	Cabo en las Reales Atarazanas de Barcelona. F
PUJANTE	AVELINO	Industrial granadino propietario de PUJANTE SPICES S.L. y jefe del protagonista. F
PURSEY	BERNIE	Sucesor de Olegario al frente de la <i>Welsh Mineworkers Trade Union</i> en Cardiff. F
QUEIPO DE LLANO	GONZALO	General rebelde, “Virrey de Andalucía”. R
RHUDDLAN	CLAIRE	Sufragista de Cardiff. F
RICO LÓPEZ	PEDRO	Alcalde de Madrid en 1932. R
RIQUELME Y PEDRAZA	ANTONIO DE	Delegado de Asuntos Indígenas en el Protectorado Español de Marruecos (1931). Marqués de la Villa de Lorquí
ROBBINS	MALCOLM	Comisario jefe de Coventry. F
ROBINSON	FRANKIE	Distribuidor de Philip Morris International en Marruecos. F
RODRIGUEZ	SALVIO	Guardia civil destinado en Víznar. R
ROMERO FUNES	JULIO	Encargado por Nicolás Velasco del traslado de García Lorca desde el Gobierno Civil a La Colonia. R
ROMILLY	ESMOND	Sobrino de Winston Churchill. Soldado de la Centuria Tom Mann. R
ROWLANDS	ADAM	Presidente de Naval Colliery Company en 1906. F
ROY	DOROTHY	Esposa del sargento Rob Roy. F
ROY	ROBERT (ROB)	Sargento, “hombre para todo” en <i>The Half</i> de Londres. F
RUIZ HERNANDEZ	CAYETANO	Maestro armero en Ceuta. R

SABATER	BLAS	Minero español amigo de Olegario e Cwmtillery. F
SALTER	BILL	Guardiamarina en el <i>HMS Hood</i> . F
SAN MATEO	FÉLIX	Gobernador Militar de Granada en 1926. F
SANCHO	ALFREDO	Comisario Jefe de Policía de Granada F
SAPPINGTON —MARTIN	BETTY	Madre del protagonista, natural de Abertillery (Gales), 06.07.1880 — 24.01.1923. F
SAPPINGTON	BONNIE y ELIONA	Tías solteras de Tony. F
SAPPINGTON	MARTHA	Prima del protagonista. Hija de Raymond y Elissa. Nacida 15.08.1908.F
SAPPINGTON	RAYMOND	Tío de Tony. Casado con Elissa Haywood. F
SAPPINGTON	SARAH	Madre de Betty, abuela materna del protagonista. Nacida en 1851. F
SAPPINGTON	TIM	Primo del protagonista. Hijo de Raymond y Elissa. Nacido en 1926.
SAPPINGTON	TIMOTHY	Padre de Betty, abuelo materno del protagonista. Nacido en 1850.F
SCHOFIELD	CAROL	Profesora de Intervención de Teléfor y Correspondencia en <i>The Half</i> . F
SCOTT	ALEX	Minero rescatado por Olegario del pozo de la mina. F
SEBASTIÁN		Primer criado y conductor del coche Juan Ignacio Luca de Tena. F
SENÉN	DON	Coadjutor en la iglesia de San Gabriel de Loja en 1902. F
SHRIMPTON	BARBARA	Profesora en <i>The Half</i> . F
SINCLAIR	Sir HUGH FRANCIS	Director del Servicio Secreto de Inteligencia SIS o MI6 en 1932. R

	PAGET	
SOFI		Sirvienta en el domicilio de Juan Ignacio Luca de Tena. F
SOL SÁNCHEZ	VICENTE	Director General de Prisiones en 1936. R
STURROCK	KEEGAN	Dirigente de la <i>Welsh Mineworkers Trade Union</i> de Cardiff. F
TAYLOR	EDDY	Distribuidor de Liggett & Myers Tobacco en Marruecos. F
THOMAS	DAVID ALFRED	Presidente de la compañía minera Cambrian Ltd. en 1906. R
TOMKINS	BRYAN	Directivo del MI6. Encargado de Operaciones en Europa Continental.
TOMKINSON	WILFRED	Contraalmirante, máxima autoridad de la Armada en el <i>HMS Hood</i> . R
TRESCASTRO MEDINA	JUAN LUIS	Civil que disparó al cadáver de García Lorca. R
TROY	BENJAMIN	Delegado del MI6 en la embajada británica en Madrid. F
TULA		Ama de llaves en el domicilio de Juan Ignacio Luca de Tena. F
VALDÉS GUZMÁN	JOSÉ	Gobernador Civil de Granada en 1936. R
VELASCO SIMARRO	NICOLÁS	Teniente Coronel de la Guardia Civil. Lugarteniente del Gobernador Civil de Granada en 1936. R
VIZCAINO	SALVADOR	Quiosquero del Mercado de la Paz en Madrid. F
WILLIAMS	TREVOR	Secretario personal de David Lloyd George. F
WISSLER	LINTON	Médico de Abertillery que descubre tuberculosis de Betty Martin. F
WOOD	JESSE	Compañero del protagonista en <i>The Half</i> , procedente de EE.UU. F

ZOMEÑO

EVARISTO

Médico de Nívar. Difunto esposo de
Inés Paredes. F



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

